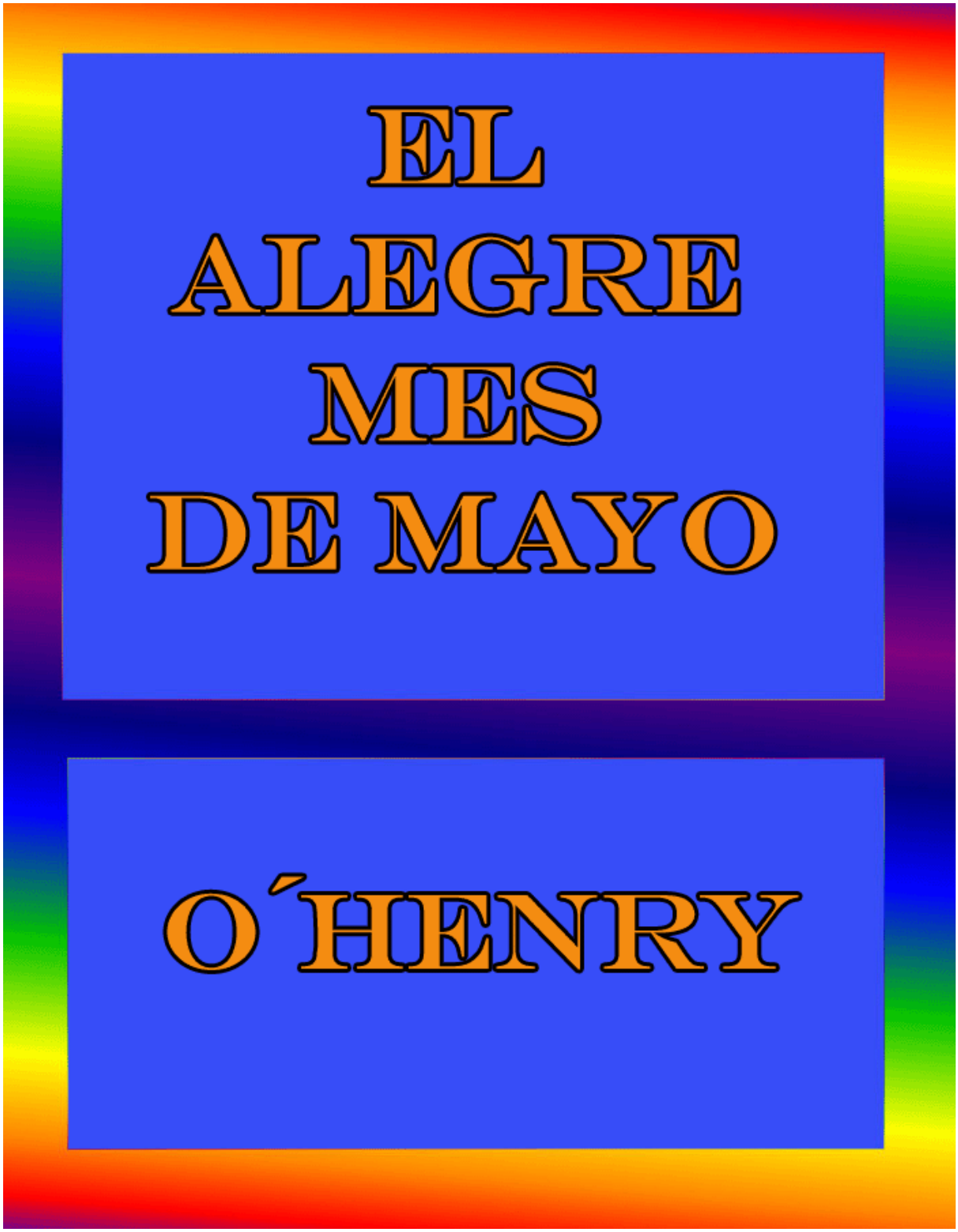
El alegre mes de mayo
O´HENRY



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Os ruego que le propinéis un buen golpe al poeta cuando os cante las alabanzas del mes de mayo. Se trata de un mes que presiden los espíritus de la travesura y la demencia. En los bosques en flor rondan los duendes y los trasgos: Puck y su séquito de gnomos se dedican febrilmente a cometer desaguisados en la ciudad y en el campo.

En mayo, la naturaleza nos amonesta con un dedo admonitorio, recordándonos que no somos dioses, sino súper engreídos miembros de su gran familia. Nos recuerda que somos hermanos de la almeja y del asno, vástagos directos de la flor y del chimpancé y primos de las tórtolas que se arrullan, de los patos que graznan, y de las criadas y los policías que están en los parques.

En mayo, Cupido hiere a ciegas: los millonarios se casan con las taquígrafas, los sabios profesores cortejan a masticadoras de chicle de blanco delantal que, detrás de los mostradores de los bares, sirven almuerzos a la americana; los jóvenes, provistos de escaleras, se deslizan rápidamente por los parques donde los espera Julieta en su enrejada ventana, con la maleta pronta; las parejas juveniles salen a pasear y vuelven casadas; los viejos se ponen polainas blancas y se pasean cerca de la Escuela Normal; hasta los hombres casados, sintiéndose insólitamente tiernos y sentimentales, les dan una palmada en la espalda a sus esposas y gruñen: “¿Cómo vamos, vieja?”

Este mes de mayo, que no es una diosa sino Circe, que se pone un traje de disfraz en el baile dado en honor de la bella Primavera que hace su presentación en sociedad, nos abruma a todos.

El viejo señor Coulson gruñó un poco y luego se sentó, muy enhiesto, en su silla de inválido. Tenía un fuerte reumatismo gotoso en un pie, una casa cerca de Gramercy Park, medio millón de dólares y una hija. Y también un ama de llaves, la señora Widdup. El hecho y el nombre merecen una frase cada uno. En la ventana junto a la cual estaba sentado el señor Coulson había junquillos, jacintos, geranios y pensamientos. La brisa trajo el olor de aquellas flores a la habitación. Inmediatamente se entabló una enconada lucha entre el olor de las flores y los enérgicos y activos efluvios del linimento para la gota. El linimento venció fácilmente, pero no antes de que las flores le aplicaran un uppercut a la nariz del viejo señor Coulson. Mayo, la implacable y falsa hechicera, había hecho su obra mortífera.

A través del parque, a las fosas nasales del señor Coulson llegaron esos olores inconfundibles, característicos y patentados de la primavera que le pertenecen en exclusividad a la gran ciudad que está sobre el subterráneo: los olores del asfalto caliente, de las cavernas subterráneas, de la nafta, del pachulí, ele las cáscaras de naranja, de las alcantarillas, de los cigarrillos egipcios, de la mezcla de las construcciones y de la tinta seca de los periódicos. El aire que penetraba era suave y fragante. Los gorriones reñían gozosos dondequiera. No os fiéis jamás de mayo.

El señor Coulson retorció las guías de su blanco bigote, maldijo su pie y agitó una campanilla que tenía en la mesa, a su lado.

Entró la señora Widdup. Era de aspecto agradable, rubia, sonrosada, cuarentona y taimada.

-Higgins ha salido, señor -dijo, con una sonrisa que parecía un masaje vibratorio-. Ha salido a echar una carta al correo. ¿Puedo servirle en algo, señor?

-Es hora de que tome mi acónito -dijo el viejo señor Coulson-. Prepáremelo. Aquí está el frasco. Tres gotas. Con agua. ¡Maldito sea Higgins! En esta casa a nadie le importa si me muero en esta silla por falta de atención.

La señora Widdup dejó escapar un hondo suspiro.

-No diga eso, señor -declaró-. Hay quienes se preocuparían más de lo que se imagina. ¿Dijo trece gotas, señor?

-Tres -respondió el viejo Coulson.

Tomó su dosis y luego la mano de la señora Widdup.

Ésta se sonrojó. Oh, sí, eso puede hacerse. Basta con contener el aliento y comprimir el diafragma.

-Señora Widdup -dijo el señor Coulson-. Estamos ya en plena primavera.

-¿Verdad que sí? -dijo la señora Widdup-. El aire está realmente tibio. Y hay letreros anunciando que se vende cerveza en todas las esquinas. Y el parque está amarillo y rosado y azul de flores, y siento punzantes dolores en las piernas y en el tórax.

-"En primavera -citó el señor Coulson, retorciéndose el bigote- la imaginación de un hombre se vuelve fácilmente hacia los pensamientos de amor."

-¿Verdad? -exclamó la señora Widdup-. Eso parece estar en el aire.

-Señora Widdup, esta casa sería solitaria sin usted -continuó el viejo Coulson-. Soy... soy viejo, pero tengo una respetable suma de dinero. Si medio millón de dólares en títulos del gobierno y el sincero afecto de un corazón que, aunque no late ya con el primer ardor de la juventud, puede palpitar aún con un auténtico...

El sonoro estrépito de una silla derribada cerca de la puerta de vidriera del cuarto contiguo interrumpió a la venerable y confiada víctima de mayo.

Entró con grandes pasos la señorita Van Meeker Constantia Coulson, huesuda, alta, nariguda, frígida, bien nutrida, de treinta y cinco años, y se caló unos impertinentes. La señora Widdup se inclinó precipitadamente y arregló los vendajes del pie gotoso del señor Coulson.

-Creí que Higgins estaba contigo -dijo la señorita Van Meeker Constantia.

-Higgins ha salido -explicó su padre-. Y la señora Widdup atendió el llamado. Ya estoy mejor, señora Widdup, gracias. No. No necesito nada más.

El ama de llaves se retiró, encarnada como una amapola, bajo la fría e inquisitiva mirada de la señorita Coulson.

-Este tiempo primaveral es hermoso... ¿verdad, hija? -dijo el viejo, afectado y comprensivo.

-Precisamente -replicó la señorita Van Meeker Constantia Coulson, con tono algo vago-. ¿Cuándo se va de vacaciones la señora Widdup, papá?

-Creo que dentro de una semana -dijo el señor Coulson. La señorita Van Meeker Constantia se quedó parada durante un minuto junto a la ventana, contemplando el pequeño parque, anegado por el tibio sol de la tarde. Con ojos de botánico examinó las flores... las armas más poderosas del insidioso mayo. Con el frío pulso de una virgen de Colonia soportó el embate de la etérea dulzura. Los dardos del agradable sol retrocedieron, helados, ante la fría panoplia de su inconmovible pecho. El olor de las flores no despertaba sentimientos suaves en los inexplorados recovecos de su dormido corazón. El gorjeo de los gorriones le causaban dolor. Se burlaba de mayo.

Pero aunque la señorita Coulson era inexpugnable ante los ataques de la estación, era lo bastante sagaz para apreciar su poder. Sabía que los hombres de edad y las mujeres de ancha cintura saltaban como pulgas amaestradas en el ridículo séquito de mayo, el alegre burlador de los meses. Había oído hablar ya de caballeros viejos y estúpidos que se casaban con sus amas de llaves. ¡Qué humillante era, después de todo, aquel sentimiento que se llamaba el amor!

A las ocho de la mañana siguiente, cuando llamó el repartidor de hielo, la cocinera le dijo que la señorita Coulson quería hablar con él en el subsuelo. El repartidor, algo asombrado y a título de concesión, se bajó las mangas de la camisa, dejó sus anchos con el hielo sobre un cantero y entró. Cuando la señorita Van Meeker Constantia Coulson le dirigió la palabra, se quitó el sombrero.

-Hay una entrada por los fondos a este subsuelo -dijo la señorita Coulson-. Y puede llegarse a ella a través del baldío contiguo, donde están practicando las excavaciones para un edificio. Quiero que usted me traiga por ese camino, en el término de dos horas, quinientos kilos de hielo. Quizás necesite la ayuda de uno o dos hombres más. Le mostraré dónde quiero que lo pongan. También necesito que me traiga quinientos kilos diarios, por el mismo camino, durante los cuatro días próximos. Su compañía puede anotarnos el hielo en la cuenta de todos los meses. Tome por su molestia extra.

La señorita Coulson le tendió al repartidor un billete de diez dólares. El repartidor se inclinó y mantuvo su sombrero en ambas manos, a la espalda.

-No se moleste, señorita. Será para mí un placer arreglar las cosas como usted lo desee.

¡Ay de mayo!

A mediodía el señor Coulson hizo caer dos vasos de la mesa, rompió el resorte de su campanilla y llamó a gritos a Higgins, todo a un tiempo.

-Traiga un hacha o mande a buscar un litro de ácido prúsico o a un agente de policía para que me mate a tiros -ordenó, sardónicamente-. Lo prefiero a morirme de frío.

-Al parecer está haciendo frío, señor -dijo Higgins-. No lo había notado antes. Cerraré la ventana, señor.

-Hágalo -dijo el señor Coulson-. ¿A esto lo llaman primavera? Si dura mucho, volveré a Palm Beach. Esta casa parece una morgue.

Más tarde entró respetuosamente la señorita Coulson a preguntar por la gota de su padre.

-Constantia -dijo el viejo-. ¿Cómo está el tiempo en la calle?

-Claro pero frío -respondió la señorita Coulson.

-Se diría que estamos en pleno invierno -dijo su padre.

-"Es un caso en que el invierno se demora en el regazo de la primavera" -dijo la joven mirando distraídamente por la ventana-. Aunque la metáfora no es del gusto más refinado.

Poco después echó a andar, flanqueando el pequeño parque, y se dirigió a Broadway para hacer unas compras.

Al poco rato la señora Widdup entró en la habitación del inválido.

-¿Llamó usted, señor? -preguntó, dejando ver muchos hoyuelos-. Le encargué a Higgins que fuera a la farmacia y creí oír que usted tocaba el timbre.

-No llamé -dijo el señor Coulson.

-Temo que ayer lo interumpí, señor, cuando usted iba a decir algo -dijo la señora Widdup.

-¿Cómo se explica, señora Widdup, que yo sienta tanto frío en esta casa? -dijo con tono severo el viejo Coulson.

-¿Frío, señor? -dijo el ama de llaves-. ¡Caramba! Ahora que me lo dice, realmente me parece sentir frío en esta habitación. Pero afuera el tiempo es tibio y hermoso como en pleno junio. ¡Y cómo le hace saltar a uno el corazón este tiempo, señor! Y la hiedra ha brotado sobre el flanco de la casa, y los organillos tocan, y los niños bailan en la vereda ... Es la mejor oportunidad para decir lo que uno siente. Ayer usted decía, señor ...

-¡Mujer, es usted una tonta! -bramó el señor Coulson-. Yo le pago por cuidar de esta casa. Me estoy muriendo de frío en mi propio cuarto y usted viene a charlar sobre la hiedra y los organillos. Tráigame inmediatamente un abrigo. Cuide de que cierren abajo todas las puertas y ventanas. ¡Pensar que un ser viejo, gordo, irresponsable y unilateral como usted parlotea sobre la primavera y las flores en pleno invierno! Cuando vuelva Higgins dígale que me traiga un ponche caliente. ¡Y ahora, váyase!

Pero ... ¿quién podría humillar el luminoso rostro de mayo? Por pícaro que sea y por mucho que perturbe la paz de los cuerdos, ni la astucia de una virgen ni todo un depósito de hielo le hará abatir la cabeza en la brillante constelación de los meses.

Ah, sí. Este cuento no ha concluido aún.

Transcurrió una noche e Higgins le ayudó al viejo

Coulson por la mañana a instalarse en su silla, junto a la ventana. El frío había desaparecido de la habitación. Penetraban olores celestiales y una fragante dulzura.

Entró la señora Widdup y se paró junto a la silla. El señor Coulson tendió su huesuda mano y aferró la regordeta de su ama de llaves.

-Señora Widdup, esta casa no sería un hogar sin usted -dijo-. Tengo medio millón de dólares. Si eso y el sincero afecto de un corazón que ya no está en la flor de la edad, pero que aún no se ha enfriado, pudiera...

-Ya he descubierto la causa del frío, señor -dijo la señora Widdup, reclinándose contra la silla del señor Coulson-. Era el hielo ... el hielo por toneladas... acumulado en el subsuelo y en el cuarto de la caldera, en todas partes. ¡Cerré los registros por los cuales penetraba el frío en su habitación, señor Coulson, pobrecito! Y ahora estamos de nuevo en mayo.

-Un corazón sincero -prosiguió el viejo Coulson, divagando un poco- que la primavera ha hecho revivir y... pero... ¿Qué dirá mi hija, señora Widdup?

-No tema, señor -dijo jovialmente la señora Widdup-. ¡La señorita Coulson se fugó anoche con el repartidor de hielo!

El péndulo

The Pendulum

-Calle Ochenta y Uno... Dejen bajar, por favor - gritó el pastor de azul.

Un rebaño de ciudadanos salió forcejeando y otro subió forcejeando a su vez. ¡Ding, ding! Los vagones de ganado del Tren Aéreo de Manhattan se alejaron traqueteando, y John Perkins bajó a la deriva por la escalera de la estación, con el resto de las ovejas.

John se encaminó lentamente hacia su departamento. Lentamente, porque en el vocabulario de su vida cotidiana no existía la palabra “quizás”. A un hombre que está casado desde hace dos años y vive en un departamento no lo esperan sorpresas. Al caminar, John Perkins se profetizaba con lúgubre y abatido cinismo las previstas conclusiones de la monótona jornada.

Katy lo recibiría en la puerta con un beso que tendría sabor a cold cream y a dulce con manteca.

Se quitaría el saco, se sentaría sobre un viejo sofá y leería en el vespertino crónicas sobre los rusos y los japoneses asesinados por la mortífera linotipo. La cena comprendería un asado, una ensalada condimentada con un aderezo que se garantizaba no agrietaba ni dañaba el cuero, guiso de ruibarbo y el frasco con mermelada de fresas que se sonrojaba ante el certificado de pureza química que ostentaba su rótulo. Después de la cena, Katy le mostraría el nuevo añadido al cobertor de retazos multicolores que le había regalado el repartidor de hielo, arrancándolo de la manta de su coche. A las siete y media ambos extenderían periódicos sobre los muebles para recoger los fragmentos de yeso que caían cuando el gordo del departamento de arriba iniciaba sus ejercicios de cultura física. A las ocho en punto, Hickey y Mooney, los integrantes de la pareja de varietés (sin contrato) que vivían del otro lado del pasillo, se rendirían a la dulce influencia del delírium trémens y empezarían a derribar sillas, con el espejismo de que Hammerstein los perseguía con un contrato le quinientos dólares semanales. Luego, el caballero que se sentaba junto a la ventana, del otro lado de la escalera, sacaría a relucir su flauta; el escape de gas nocturno huiría para hacer sus travesuras en los caminos; el ascensor se saldría de su cable; el conserje volvería a llevar a los cinco hijos de la señora Janowitski a través del Yalu; la dama de los zapatos color champaña y del terrier Skye bajaría a tropezones la escalera y pegaría su nombre del jueves sobre su timbre y su buzón ... y la rutina nocturna de los departamentos Frogmore se pondría en marcha nuevamente.

John Perkins sabía que esas cosas sucederían. Y también sabía que a las ocho y cuarto apelaría a su coraje y tendería la mano hacia su sombrero, y su esposa le diría, con tono quejumbroso:

-Bueno... ¿Adónde vas, John Perkins, puede saberse?

-Creo que le haré una visita al café de MacCloskey -contestaría él-. Y que jugaré un par de partiditas de billar con los muchachos.

En los últimos tiempos, ésa era la costumbre de John Perkins. Volvía a las diez o a las once. A veces, Katy dormía; a veces, lo esperaba, pronta a seguir fundiendo en el crisol de su ira el baño de oro de las labradas cadenas de acero del matrimonio. Por esas cosas, Cupido habrá de responder cuando comparezca ante el sitial de la justicia con sus víctimas de los departamentos Frogmore.

Esa noche, al llegar a su puerta, John Perkins se encontró con un tremendo cambio en la rutina diaria. Ninguna Katy lo esperaba allí con su afectuoso beso de repostería.

En las tres habitaciones, parecía reinar un prodigioso desorden. Por todas partes, veíanse dispersas las cosas de Katy. Zapatos en el centro de la alcoba, tenacillas de rizar, cintas para el cabello, kimonos, una polvera, todo tirado en franco caos sobre el tocador y las sillas... Aquello no era propio de Katy. Con el corazón oprimido, John vio el peine, con una enroscada nube de cabellos castaños de Katy entre los dientes. Una insólita prisa y nerviosidad debía haber hostigado a su mujer, porque Katy depositaba siempre cuidadosamente aquellos rastros de su peinado en el pequeño jarrón azul de la repisa de la chimenea, para formar algún día el codiciado “postizo” femenino.

Del pico de gas pendía en forma visible un papel doblado. John lo desprendió. Era una carta de su esposa, con estas palabras:

Querido John:

Acabo de recibir un telegrama en que me dicen que mamá está enferma de cuidado. Voy a tomar el tren de las 4.30. Mi hermano Sam me esperará en la estación de destino. En la heladera hay carnero frío. Confío en que no será nuevamente su angina. Págale cincuenta centavos al lechero. Mamá tuvo una seria angina en la primavera última. No te olvides de escribirle a la compañía sobre el medidor del gas y tus medias buenas están en la gaveta de arriba. Te escribiré mañana.

Presurosamente,

Katy

Durante sus dos años de matrimonio, Katy y él no se habían separado una sola noche. John releyó varias veces la carta, estupefacto. Aquello destruía una rutina invariable y lo dejaba aturdido.

Allí, sobre el respaldo de la silla, colgaba, patéticamente vacía e informe, la bata roja de lunares negros que ella usaba siempre al preparar la comida. En su prisa, Katy había tirado su ropa por aquí y por allá. Una bolsita de papel de su azúcar can mantequilla favorito yacía con su bramante aun sin desatar. En el suelo estaba desplegado un periódico, bostezando rectangularmente desde el agujero donde recortaran un horario de trenes. Todo lo existente en la habitación hablaba de una pérdida, de una esencia desaparecida, de un alma y vida que se habían esfumado. John Perkins estaba parado entre esos restos sin vida y sentía una extraña desolación.

John comenzó a poner el mayor orden posible en las habitaciones. Cuando tocó los vestidos de Katy, experimentó algo así como un escalofrío de terror. Nunca había pensado en lo que sería la vida sin Katy. Su mujer se había adherido tan indisolublemente a su existencia que era como el aire que respiraba: necesaria pero casi inadvertida. Ahora, sin aviso previo, se había marchado, desaparecido; estaba tan ausente como si nunca hubiese existido. Desde luego, esto sólo duraría unos días, a lo sumo una semana o dos, pero a John le pareció que la mano misma de la muerte había apuntado un dedo hacia su seguro y apacible hogar.

John extrajo el trozo de carnero frío de la heladera, preparó el café y se sentó a cenar solo, frente al desvergonzado certificado de pureza de la mermelada de fresas. Entre las provisiones que sacara, aparecieron los fantasmas de unas carnes asadas y la ensalada con mostaza. Su hogar estaba desmantelado. Una suegra con angina había hecho saltar por los aires sus lares y penates. Después de su solitaria cena, John Perkins se sentó junto a una ventana.

No tenía ganas de fumar. Fuera, la ciudad bramaba invitándolo a plegarse a su danza de locura y placer. La noche estaba a su disposición. Podía andar por ahí sin que le hicieran preguntas y pulsar las cuerdas de la parranda con tanta libertad como cualquier soltero. Podía divertirse y vagabundear y corretear por ahí hasta el alba si se le antojaba: y no lo esperaría ninguna airada Katy, con el cáliz que contenía las heces de su alegría. Si quería, podía jugar al billar en el café de McCloskey con sus jactanciosos amigos hasta que la aurora empacara las luces eléctricas. El yugo del himeneo, que lo doblegara siempre en los departamentos Frogmore, se haría relajado. Katy no estaba.

John Perkins no estaba habituado a analizar sus sentimientos. Pero ahora, sentado en su sala de recibo de 3 X 4, privada de la presencia de Katy, acertó inequívocamente con la clave de su desconsuelo. Ahora sabía que Katy era necesaria para su felicidad. Los sentimientos que le inspiraba su mujer, adormecidos hasta la inconsciencia por el monótono carrusel de la vida doméstica, habían sido conmovidos violentamente por la pérdida de su presencia. ¿Acaso no nos han inculcado el proverbio, el sermón y la fábula la idea de que nunca apreciamos la música hasta que el pájaro de la dulce voz ha volado.. . u otras manifestaciones no menos floridas y auténticas?

“Me porto con Katy de una manera pérfida -meditó Perkins-. Todas las noches me voy a jugar al billar y a perder el tiempo con los muchachos, en vez de quedarme en casa con ella. ¡La pobre está aquí sola y aburrida, y yo obro así! John Perkins, eres un cochino. Tengo que compensarle a Katy todo el mal que le he hecho. La llevaré de paseo para que se divierta un poco. Y doy por terminadas mis relaciones con la pandilla del McCloskey desde este mismo momento.”

Sí; fuera, la ciudad bramaba, llamándolo a bailar en el séquito de Momo. Y en el café de McCloskey, los muchachos hacían caer las bolas de billar en las troneras, matando el tiempo hasta la partida de casino de la noche. Pero ninguna carambola elegante y ningún chasquido de taco podían regocijar el alma henchida de remordimientos de Perkins, el abandonado. Aquello que era suyo, aquello que asía con mano poco firme y desdeñaba a medias, le había sido arrebatado y él lo quería. Perkins, el de los remordimientos, podía rastrear su genealogía remontándose hasta un hombre llamado Adán, a quien el querubín desalojara del jardín.

Al alcance de la mano derecha de John Perkins, había una silla. Sobre su respaldo pendía una blusa de Katy, que conservaba todavía algo de su contorno. En el centro de sus mangas, veíanse las finas arrugas causadas por los movimientos de sus brazos al trabajar por la comodidad y el placer de su marido. Brotaba de la blusa una delicada pero dominadora fragancia a camándulas. John la tomó y miró larga y seriamente la silenciosa tela. Katy nunca había dejado de responderle. Las lágrimas, sí, las lágrimas asomaron a los ojos de John Perkins. Cuando Katy volviera, las cosas cambiarían. Él la compensaría por todo su abandono. ¿Qué era la vida sin ella?

La puerta se abrió. Katy entró, con una pequeña maleta. John la miró, estúpidamente.

-¡Caramba! -dijo Katy-. Me alegro de haber vuelto. La enfermedad de mamá carecía de importancia. Sam me esperaba en la estación y dijo que aquello sólo había sido un leve acceso y que mamá se había repuesto a poco de telegrafiarme él. De modo que tomé el primer tren de regreso. Me estoy muriendo por una taza de café.

Nadie oyó el rechinar de los engranajes cuando el número 3 de los departamentos Frogmore volvió al debido Orden de Cosas. Se deslizó una polea, tocaron un resorte, regularon una palanca y los engranajes recomenzaron a girar en su vieja órbita.

John Perkins miró a su reloj. Eran las 8:15. Tendió la mano hacia su sombrero y se encaminó hacia la puerta.

-Vamos... ¿Adónde vas, John Perkins, puede saberse? -preguntó Katy, con tono quejumbroso.

-Creo que haré una escapada al café de McCloskey a jugar unas partiditas con los muchachos -dijo John.

El perfil encantado

The Enchanted Profile

Hay pocas mujeres califas. Las mujeres son Scheherazadas de nacimiento, por predilección, por instinto y por disposición de las cuerdas vocales. A diario, centenares de miles de hijas de visires les narran los mil y un cuentos a sus respectivos sultanes. Perro el arco alcanzará a algunas de ellas si no se cuidan.

Sin embargo, he oído un cuento sobre una mujer califa. No es precisamente un cuento de Las mil y una noches, porque nos trae a la Cenicienta, que lució su repasador en otra época y país. De modo que, si al lector no le importa la confusión de fechas (lo cual, después de todo, parece darle al asunto un sabor oriental), seguiremos adelante.

En Nueva York hay un hotel viejo, muy viejo. El lector lo habrá visto en grabados en las revista... Lo construyeron... veamos... cuando en la calle Catorce sólo había la vieja huella india que llevaba a Boston y a la oficina de Hammerstein. Pronto demolerán la vieja posada. Y cuando derriben las resistentes paredes y los ladrillos rueden estrepitosamente por los saetines, multitudes de ciudadanos se reunirán en las esquinas próximas y llorarán la destrucción de un viejo y querido mojón. El orgullo cívico es fuerte en Nueva Bagdad: y el que más llorará y aullará contra los iconoclastas será el hombre (originariamente de Terre Haute) cuyos afectuosos recuerdos del antiguo hotel se limitan a que fue expulsado a puntapiés de su sección de almuerzos gratuitos en 1873.

En aquel hotel paraba siempre la señora Maggie Brown. La señora Brown era una mujer huesuda de sesenta años, de mohoso traje negro y cuya cartera era aparentemente del cuero del animal primitivo a quien Adán había resuelto llamar cocodrilo. La señora Brown ocupaba siempre una salta y un dormitorio en el último piso del hotel, pagando un alquiler de dos dólares diarios. Y, cuando estaba allí, siempre venían a verla a diario muchos hombres, de rostro agrio y aire ansioso, con sólo unos pocos segundos disponibles. Porque se decía que Masggie Brown ocupaba el tercer lugar entre las mujeres más ricas del mundo: y aquellos solícitos caballeros eran simplemente los corredores y hombres de negocios más ricos de la ciudad, que querían míseros préstamos de media docena de millones o algo así de la sucia dueña de la prehistórica cartera.

La taquígrafa y dactilógrafa del Acrópolis Hotel (¡bueno, ya se me ha escapado su nombre!) era la señorita Ides Bates, una sobreviviente de los clásicos griegos. Su físico era perfecto. Un hombre de otros tiempos, al rendirle homenaje a una dama, dijo: “Haberla amado era una educación liberal.” Pues bien: el solo hecho de haber mirado el negro cabello y la blanca blusa de la señorita Bates equivalía a un curso completo de una escuela por correspondencia. La señorita Bates solía hacerme algunos trabajos a máquina y como se negaba a cobrar por adelantado, llegó a considerarme algo así como un amigo y protegido suyo. Su bondad y jovialidad eran inagotables: y ni siquiera un viajante de albayalde o un importador de pieles se habrían atrevido nunca a franquear los límites de buena conducta en su presencia. Todo el personal del Acrópolis Hotel, desde el propietario, que vivía en Viena, hasta el jefe de conserjes, postrado en el lecho desde hacía dieciséis años, hubiera acudido en su defensa instantáneamente.

Cierto día yo pasaba por el pequeño santuario Remingtorium de la señorita Bates y vi en su lugar a un ser de cabello negro -una persona inequívocamente- que martillaba en el teclado con los índices de ambas manos. Meditando sobre la mutabilidad de los asuntos humanos, seguí de largo. Al día siguiente, me tomé dos semanas de vacaciones. Al volver crucé el vestíbulo de la Acrópolis y vi, envuelta en la cordial aureola de los buenos tiempos de antaño, a la señorita Bates, tan griega y bondadosa e impecable como siempre, que acababa de poner la funda sobre su máquina. Era hora de cerrar: pero la señorita Bates me pidió que me sentara durante unos minutos en la silla desde la cual le dictaba y me explicó su ausencia y regreso al Acrópolis Hotel con palabras como las siguientes, o al menos muy parecidas:

-Bueno... ¿Cómo marchan sus cuentos?

-Bastante bien -dije-. Vienen y se van.

-Perdón -dijo ella-. En un cuento, lo más importante es pasarlo debidamente a máquina. Usted me habrá echado de menos... ¿no es así?

-Ninguna de las muchachas que he conocido sabe distribuir tan adecuadamente como usted las hebillas de cinturón, los puntos y comas, los huéspedes de hotel y las horquillas. Pero también usted ha estado ausente. Días pasados vi en su lugar un paquete de menta–pepsina.

-Yo iba a hablarle de eso cuando usted me interrumpió -dijo la señorita Bates-. Naturalmente, usted conoce a Maggie Brown, que se hospeda aquí Bueno: pues posee 40.000.000 de dólares. Vive en Jersey, en un departamento de diez dólares. Tiene siempre más dinero a mano que media docena de candidatos a la vicepresidencia. No sé si lo guarda en la media o no, pero sí sé que es popularísima en el sector de la ciudad donde adoran al becerro de oro Pues bien: hace dos semanas, la señora Brown se detuvo ante la puerta y se burló de mí durante diez minutos. Yo estaba sentada de costado, haciendo varias copias carbónicas de un negocio de minas de cobre para un viejo ricachón de Tonopah. Pero siempre veo todo lo que pasa a mi alrededor. Cuando trabajo de firme, veo las cosas por entre mis peinetas laterales, y me basta con dejar suelto un botón de mi blusa en la espalda para ver quien está detrás de mí No miro, porque gano de dieciocho a veinte dólares semanales y no tengo por qué mirar.

“Esa tarde, a la hora de irse, la señora Brown me llamó a su departamento. Yo tenía que pasar a máquina unas dos mil palabras de pagarés, embargos y contratos, con una propina de diez centavos en vista: pero fui. Pues bien, amigo mío: ciertamente, me sentí sorprendida. La vieja Maggie Brown se había humanizado.

“-Hija mía -me dijo-. Es usted el ser humano más hermoso que yo haya visto en mi vida. Quiero que deje su trabajo y que venga a vivir conmigo. No tengo más parientes que un marido y un par de hijos, y no mantengo relaciones con ninguno de ellos. Son una carga costosísima para una mujer que trabaja tan firme. Quiero que usted sea una hija para mí. Dicen que soy mezquina y avara y los periódicos publican mentiras y afirman que yo misma me cocino la comida y me lavo la ropa. Eso es mentira. Mando a lavar la ropa afuera, salvo los pañuelos, medias, enaguas y cuellos y toda la ropa liviana como ésa. Tengo cuarenta millones en efectivo y títulos y acciones tan negociables como los de la Standard Oil. Soy una vieja solitaria y necesito compañía. Usted es el ser humano más hermoso que he visto. ¿Quiere venir a vivir conmigo? Ya verá si sé gastar dinero o no.

“Pues bien... ¿Qué habría hecho usted en mi lugar? Naturalmente, acepté. Y a decir verdad, la vieja Maggie comenzó a inspirarme simpatía. Eso no se debió solamente a los cuarenta millones y a lo que podía hacer por mí. También yo me sentía algo así como solitaria. Todos necesitan a alguien a quien poder hablarle del dolor que sienten en el hombro izquierdo y de la rapidez con que se gastan los zapatos de charol cuando se rajan. Y una no puede hablarles de esas cosas a los hombres a quienes conoce en los hoteles: ellos buscan precisamente esas oportunidades.

“De modo que dejé mi empleo del hotel y me fui con la señora Brown. Ciertamente, parecía que yo la había conquistado. Me miraba durante media hora cuando me veía sentada, leyendo u hojeando las revistas.

“En cierta ocasión le dije: «¿Le recuerdo a algún difunto pariente o amigo de su infancia, señora Brown? He notado que me hace usted un bonito examen óptico de vez en cuando.

«Su cara -me contestó ella- es idéntica a la de una amiga mía muy querida... a la mejor amiga que he tenido en mí vida. Pero también me gusta usted por usted misma, hija mía.

“¿Y sabe usted qué hizo? Se ablandó como una ondulación Marcel con la marejada de Coney Island. Me llevó a casa de una modista aristocrática y le dio carta blanca para que me pusiera en condiciones: no hacía cuestión de dinero. Hubo órdenes precipitadas y madame cerró la puerta y puso a trabajar a todo su personal.

“Luego nos mudamos. ¿Adónde supone usted? No, píenselo bien; eso es, al hotel Bonton. Tomamos un departamento de seis habitaciones; nos costaban cien dólares diarios. Vi la menta. Empecé a cobrarle afecto a la vieja señora.

“Y luego, cuando empezaron a llegar mis vestidos... ¡oh, yo no podría describírselo!. Usted no me comprendería. Y empecé a llamarla tía Maggie. No habrá olvidado el cuento de la Cenicienta, naturalmente. Pues bien: lo que dijo Cenicienta cuando el príncipe le ajustó aquel A 3½ sobre el pie es un relato de mala suerte comparado con las cosas; que le dije yo.

“Luego, la tía Maggie anunció que ofrecería en el Bonton, para presentarme en sociedad, un brillante banquete que dejaría a todas las antiguas familias holandesas de la Quinta Avenida a la altura de unos furgones de mudanzas.

“-Por mí no hay inconveniente, tía Maggie -le dije-. ¿Pero. sabe que éste es uno de los hoteles más aristocráticos de la ciudad? ¿,Y que, con perdón de usted, cuesta mucho reunir a un grupo de gente distinguida, a menos que una tenga mucha práctica?

“-No se inquiete por eso, hija mía -dijo la tía Maggie-. Yo no mando invitaciones: doy órdenes. Tengo aquí a cincuenta invitados que no podrían ser reunidos en una recepción, a menos que la ofrecieran el rey Eduardo o Williams Travers Jerome. Son hombres, desde luego, y todos ellos me deben dinero o se proponen debérmelo. Las esposas de algunos de ellos no vendrán, pero muchas sí que lo harán.

“Bueno. Lamento que usted no haya presenciado ese banquete. Toda la vajilla era de oro y de cristal tallado. Había unos cuarenta hombres y mujeres, fuera de la tía Maggie y de mí. Usted no habría reconocido a la mujer que ocupa el tercer lugar entre las más ricas del mundo. Se había puesto un vestido nuevo de seda negra con tanta pasamanería que sonaba cono el granizo cine oí en cierta oportunidad, cuando pasé la noche en el cuarto de una muchacha que vivía en una buhardilla.

“¡Y mi vestido! No puedo despilfarrar palabras con usted. Era de encaje hecho a mano... y costaba 300 dólares. Vi la cuenta. Los hombres eran todos calvos o con patillas blancas y charlaban en un vivo fuego graneado de preguntas y respuestas sobre el tres por ciento y Bryan y la cosecha de algodón.

A mi izquierda había algo que hablaba como un banquero, y a mi derecha un joven que decía ser dibujante de un periódico. Era el único... Bueno, por poco se lo digo.

“Cuando terminó la cena, la señora Brown y yo subimos al departamento. Tuvimos que abrirnos paso entre la muchedumbre de reporteros que atestaba los salones. Ésa es una de las cosas que logra el dinero. A propósito... ¿Conoce por casualidad a un dibujante de los periódicos que se llama Lathrop... un hombre alto de hermosos ojos y que halla con desenvoltura? No, no recuerdo en qué periódico trabaja. Bueno, tanto da.

“Cuando subimos a nuestras habitaciones, la señora Brown telefoneó inmediatamente para pedir la cuenta. Se la mandaron y era de 600 dólares. La vi. La tía Maggie se desmayó. La acosté en un canapé y le solté el rosario.

“-Hija mía -me dijo, al volver en sí-. ¿Qué ha pasado? ¿Es un aumento del alquiler o un impuesto a la renta?

“-Sólo una cenita -dije-. No hay motivo para preocuparse: apenas una gota de agua en la Bolsa. Atención y mire lo que hace.

“¿Sabe usted qué hizo entonces la tía Maggie? ¡Se asustó! Me sacó precipitadamente del hotel Bonton a las nueve de la mañana siguiente. Nos fuimos a una casa de pensión del West Side inferior. Alquiló un cuarto que tenía el agua en el piso de abajo y la luz en el piso de arriba. Cuando nos mudamos allí sólo se veían en la habitación vestidos nuevos por valor de unos 1.500 dólares y una cocina de gas de un solo mechero.

‘La tía Maggie había sufrido un repentino ataque de tacañería. Creo que cualquiera debe permitirse una francachela una vez en su vida. Un hombre gasta lo suyo en copas y una mujer se entusiasma con los vestidos. Pero cuando hay cuarenta millones de dólares... ¡caramba! Me gustaría tener un retrato de... Pero, a propósito de retratos... ¿conoció usted alguna vez a un dibujante de los periódicos llamado Lathrop? Un hombre alto... Ah, sí... Yo se lo había

preguntado ya... ¿verdad? Fue amabilísimo conmigo durante la cena. Su voz me fascinaba. Creo que me suponía heredera del dinero de tía Maggie.

"Y bien... Con tres días de esa economía doméstica liviana me bastó. La tía Maggie estaba más afectuosa que nunca. Casi no consentía que me alejara de su lado. Pero déjeme que le cuente. Era una tacaña de Tacañeville, distrito del Tacañismo. Fijaba un límite de setenta centavos diarios. Nos preparábamos la comida en el cuarto. Y ahí me tenía usted, con vestidos de última moda por valor de mil dólares y haciendo cosas sobre una cocina de gas de un solo mechero.

"Como dije, al tercer día volé de la jaula. Me resultaba insoportable la idea de preparar un guisado de riñoncitos usando un vestido de 150 dólares, con entredós de encajes de Valenciennes. De modo que me acerqué al ropero y me puse el más barato de los vestidos que me había comprado la señora Brown es el que llevo puesto ahora, y no está tan mal por 75 dólares... ¿verdad? Había dejado todos mis vestidos en el departamento de mi hermana, en Brooklyn.

"-Señora Brown, ex tía Maggie -le dije-. Voy a mover los pies en forma alternada, el uno después del otro, de tal modo y con tal rumbo que este departamento se aleje de mí con la mayor rapidez posible. No adoro el dinero -dije-, pero no puedo soportar ciertas cosas. Puedo soportar a ese monstruo fabuloso sobe el cual he leído cosas y que hace volar con el mismo soplo a pájaros calientes y botellas frías. Pero no puedo soportar a un tránsfuga. Dicen que usted tiene cuarenta millones... Pues bien: nunca tendrá menos. Y yo estaba empezando a cobrarle afecto.

"Entonces, la ex tía Maggie empegó a patalear hasta que le brotaron las lágrimas. Se ofreció a mudarse a una habitación distinguida, con una cocina de dos quemadores y agua corriente.

"-He gastado muchísimo dinero, hija -dijo-. Tenemos que economizar durante algún tiempo. Es usted el ser más hermoso que yo haya visto en mi vida y no quiero que me abandone.

"Bueno. Pues aquí me tiene... Fui derechito al Acrópolis y pedí que me devolvieran mi empleo y me lo devolvieron. ¿Cómo dijo que marchaban sus escritos? Sé que se le han perdido algunos porque no estaba yo para pasarlos a máquina. ¿Suele hacerlos ilustrar? Y, por lo demás... ¿Conoce a un dibujante?... ¡Oh, no me diga nada! Recuerdo que se lo he preguntado ya. No sé en qué periódico trabaja... Es curioso, pero no puedo dejar de pensar que él pensaba en el dinero que debió pensar que yo pensaba conseguir de la vieja Maggie Brown. Si yo conociera al menos a algunos de los directores de los diarios, entonces..."

De la puerta llegó el rumor de unos leves pasos e Ida Bates vio quién era en su peineta. La vi sonrojarse, a pesar de ser una estatua perfecta... un milagro que sólo comparto con Pigmalión.

¿Merezco perdón? -me dijo, adorable, solicitante-. Es... es el señor Lathrop. Me pregunto si no habrá sido en realidad el dinero... me pregunto sí, después de todo, él...

Naturalmente, me invitaron a la boda. Después de la ceremonia, arrastré a Lathrop a un aparte.

¡Usted es dibujante y no se ha dado cuenta de la razón por la cual Maggie Brown le cobró tanto afecto a la señorita Bates! ... ¿No es así? Permítame que se lo muestre.

La novia lucía un sencillo vestido blanco de tan bellos pliegues como la indumentaria de las antiguas griegas. Tomé algunas hojas de una de las guirnaldas ornamentales de la salita e hice con ellas una corona, la puse, sobre el cabello castaño de la ex–señorita Bates y la obligué a volverse para que su marido la viese de perfil.

-¡Caramba! -dijo él- ¿Verdad que la cabeza de Ida es idéntica a la de esa dama del dólar de plata?

Incursión en la amnesia

A Ramble In Aphasia

Aquella mañana mi esposa y yo nos despedimos ateniéndonos exactamente a nuestras prácticas habituales. Dejó a un lado su segunda taza de té para acompañarme hasta la puerta de entrada. Allí sacó de mi solapa la invisible hebra de hilo (el universal ademán de las mujeres para proclamar su derecho de propiedad) y me recomendó que me cuidara el resfrío. No estaba resfriado. Luego siguió el beso de despedida, el uniforme beso doméstico aromatizado con té verde. No se corría ningún riesgo de que su rutina inalterable fuera sazonada por lo novedoso o lo extemporáneo. Con el ágil accionar de una sostenida habilidad, propinó un mañoso golpecito al bien sujeto alfiler de mi corbata. Luego, al cerrar la puerta, escuché sus chinelas mañaneras chapoteando de regreso al té que se estaba enfriando.

Cuando me puse en marcha, no tenía ninguna idea o premonición sobre lo que iba a ocurrir. El ataque se presentó súbitamente.

Durante muchas semanas había trabajado, casi noche y día, en un memorable caso legal vinculado a los ferrocarriles; y lo había ganado de manera triunfal apenas unos pocos días atrás. De hecho, años y años había estado inmerso sin pausa en el estudio de problemas jurídicos. Una o dos veces el bueno del doctor Volney, amigo mío y mi medico, me había puesto sobre aviso:

-Si no aflojas un poco, Bellford -decía-, en cualquier momento te harás añicos. Tus nervios o tu cerebro no te responderán. Anda con cuidado, no pasa una semana sin que te informes por los diarios sobre un caso de amnesia, sobre algún hombre perdido que vagabundea sin nombre, con su pasado y su identidad anulados. Y todo por culpa de esa ligera perturbación que producen en el cerebro el exceso de trabajo o las preocupaciones.

-Siempre pensé -le respondí- que en esos episodios la perturbación en realidad habría que buscarla en los cerebros de los periodistas.

El doctor Volney meneó la cabeza:

-La enfermedad existe -afirmó-. Necesitas un cambio o un descanso. Los tribunales, tu estudio y tu hogar constituyen la única ruta que recorres. Para entretenerte, lees textos jurídicos. Sería mejor que tomaras precauciones a tiempo.

-Los jueves por la noche mi esposa y yo jugamos a los naipes -dije a la defensiva-. Los domingos, ella me lee la carta semanal que le envía su madre. En cuanto a la afirmación de que los textos jurídicos no constituyen un entretenimiento, eso aún está por demostrarse.

Esa mañana mientras caminaba, iba pensando en las advertencias del doctor Volney. Me sentía tan bien como de costumbre, posiblemente de mejor ánimo que lo habitual.

Me desperté con los músculos entumecidos y acalambrados por haber dormido demasiado tiempo en el incómodo asiento de un coche de pasajeros diurno. Apoyé la cabeza en el respaldo y traté de pensar.

Después de un prolongado lapso me dije: “Debo tener algún apellido”. Revisé mis bolsillos. No pude encontrar ni una tarjeta, ni una carta, ni un documento, ni siquiera un monograma. Pero en cambio en el curso de mi requisa comprobé que llevaba casi tres mil dólares en billetes grandes. “Por supuesto, tengo que ser alguien”, me repetí a mí mismo, y empecé a examinar la situación.

El vagón estaba atestado de hombres, entre quienes, -reflexioné- tenía que existir algún interés común porque charlaban entre si con gran fluidez y parecían hallarse de inmejorable buen humor y en excelente estado de ánimo. Uno de ellos, un vigoroso caballero de anteojos, envuelto en un penetrante olor a cinamomo y áloe, ocupó la mitad vacante de mi asiento después de inclinar amistosamente la cabeza; desplegó un diario. En los intervalos de su lectura platicamos, como lo suelen hacer los viajeros, sobre problemas de actualidad. Descubrí que me sentía capaz de sostener una conversación sobre esos temas, lo cual, por lo menos, era un punto a favor de mi memoria. Mi compañero dijo:

-Usted es uno de los nuestros, por supuesto. En esta oportunidad el Oeste envía un admirable conjunto de representantes. Me alegra que la convención se reúna en Nueva York.

Nunca estuve en el Este anteriormente. Mi nombre es R.P. Bolder, de Bolder e Hijo, en Hickory, distrito de Groove, Misurí.

Aunque me tomó desprevenido, hice frente a la emergencia, tal como proceden los hombres en esos casos.

Tenía que procurarme un cristianamiento y ser al mismo tiempo infante, cura párroco y progenitor. Mis sentidos acudieron al rescate de mi lerdo cerebro.

El olor a específicos de mi compañero me dio una idea; una mirada a su periódico, en el que mis ojos tropezaron con una conspicua propaganda, me proporcionó una ayuda adicional.

-Mi nombre -dije con gran soltura- es Edward Pinkhammer. Soy farmacéutico y resido en Cornópolis, Kansas.

-Sabía que era farmacéutico -declaró mi compañero de viaje afablemente-. Advertí en el dedo índice de su mano derecha el callo que produce el mango del mortero. Por supuesto, usted es un delegado a nuestra Convención Nacional.

-¿Todos estos son boticarios? -inquirí dubitativamente.

-Sí, en efecto. Este coche fue despachado desde el Oeste. Todos pertenecen a la vieja escuela. Ninguno tiene nada que ver con esos fármaco–francotiradores que venden tabletas y granulados envasados y usan máquinas expendedoras en lugar de una mesa para preparar recetas. Nosotros filtramos nuestros propios paregóricos, preparamos nuestras propias píldoras, no desdeñamos vender en primavera semillas para el jardín ni ocuparnos adicionalmente de ropas de confección y zapatos. Le aseguro, Hampinker, que estoy dispuesto a lanzar una propuesta en esta convención; lo que necesitan es ideas nuevas. Bien, usted conoce las botellitas de emético tartárico y de Sal Rochelle que procede de Tart. de Ant. y Pot, y de Tart. de Sod. y Pot.; como es sabido, uno es m veneno, mientras que el otro es inofensivo. Es fácil confundir los rótulos. Pero, ¿dónde las guarda la mayoría de los boticarios? Tan separadas entre sí como es posible, en estantes distintos. Eso es un error. Yo afirmo: hay que ubicarlas unas junto a las otras para que cuando se necesite uno de los compuestos siempre pueda compararse con el otro a fin de evitar confusiones. ¿Capta la idea?

-Me parece muy acertada -repliqué.

-¡Muy bien! Cuando lo proponga en la convención, usted me apoyará. Conseguiremos que algunos sabihondos del Este, de esos que trafican en cremas para masajes con fosfato de naranja y creen que semejantes productos son los únicos que hay en el mercado se queden tan chatos como un comprimido.

-Si puedo ser de alguna ayuda -declaré calurosamente-, las dos botellas de... etc....

-Tartrato de antimonio y potasio y tartrato de soda y potasio...

-De ahora en adelante deben colocarse una junto a otra -concluí con firmeza.

-Ahora bien, hay otro punto -agregó el señor Bolder-. Para preparar píldoras, ¿qué excipiente prefiere: carbonato de magnesia o radícula pulverizada de glycyrriza glabra?

-La... este... magnesia -dije. Era más fácil de pronunciar que la otra denominación.

El señor Holder me miró con recelo a través de sus anteojos.

-Prefiero la radícula pulverizada de glycyrriza glabra -declaró-. La magnesia se resquebraja.

A continuación, añadió pasándome el diario y señalando un suelto con el dedo:

-Aquí tenemos otro de esos fingidos casos de amnesia. No creo en eso. Sostengo que nueve de cada diez son fraudes. Un hombre llega a hartarse de sus negocios y de su gente y quiere pasarlo bien.

Se escapa a cualquier parte, y cuando lo encuentran simula que perdió la memoria, no sabe su propio apellido y ni siquiera reconoce la marca en forma de frutilla que su esposa tiene en el hombro izquierdo. ¡Amnesia! ¡Uf! ¿Por qué no se quedan en su casa para olvidar?

Tomé el diario y leí, debajo del cáustico titular, la siguiente noticia:

Dénver, junio 12. Elwyn C. Bellford, un destacado jurista, desde hace tres días ha desaparecido misteriosamente de su hogar y todos los esfuerzos para localizarlo han sido estériles. El señor Bellford es un conocido caballero que goza del mayor prestigio y se ha

desempeñado prolongada y exitosamente en la profesión legal. Está casado, posee una hermosa residencia y la mayor biblioteca privada del Estado. EI día de su desaparición, retiró una elevada suma de dinero de su banco. No se ha podido hallar a nadie que lo haya visto después de abandonar ese establecimiento.

El señor Bellford era un hombre de hábitos peculiarmente metódicos y domésticos y al parecer centraba su dicha en el hogar y en el ejercicio de su profesión. Si existe alguna pista con respecto a su extraña desaparición hay que buscarla en el hecho de que durante algunos meses estuvo totalmente absorbido en un importante caso judicial vinculado a la empresa ferroviaria Q. Y. & Z. Se teme que el exceso de trabajo haya afectado su cerebro. Se realizan todos los esfuerzos posibles para descubrir el paradero del caballero desaparecido.

-Creo que usted es un tanto escéptico, señor Bolder -dije, después de haber leído el suelto-. Éste me suena a un caso auténtico. ¿Por qué motivo un individuo próspero, casado felizmente y respetado decidió de improviso abandonarlo todo? Tengo la certeza de que tales lapsos de memoria ocurren, y que esos hombres se encuentran a la deriva sin un apellido; un pasado o un hogar.

-¡Jarabe de pico! -contestó el señor Bolder-. Lo que quieren es darse la gran vida. En nuestros días

hay demasiada instrucción. Los hombres saben que existe la amnesia y la utilizan a modo de excusa. También las mujeres son sabias; cuando todo ha terminado, lo miran a uno en los ojos y dicen, tan científicamente como usted prefiera: "'Él me hipnotizó".

Después, el señor Bolder cambió de tema, para sus comentarios y reflexiones no significaron ninguna ayuda para mí.

Llegamos a Nueva York a eso de las diez de la noche. Tomé un coche de alquiler para ir a un hotel y asenté mi nombre en el registro: "Edward Pinkhammer". Al hacerlo sentí que me invadía un júbilo espléndido, frenético y embriagador, una sensación de libertad ilimitada, de posibilidades recién alcanzadas. Acababa de nacer en el mundo. Los antiguos grillos -sean cuales fueren- se habían desprendido de mis manos y de mis pies. El futuro desplegaba ante mí una senda tan despejada como la que se abre ante un infante, y podía internarme en ella equipado con la sabiduría y la experiencia de un hombre maduro.

Pensé que el conserje del hotel me observaba cinco segundos más de lo necesario. Yo no tenía equipaje.

-La Convención de los Farmacéuticos -dije-. Por algún motivo mi baúl no ha llegado.

Exhibí un fajo de billetes de banco.

-¡Ah! me respondió el empleado enseñando un diente aurificado-. Tenemos gran cantidad de delegados del Oeste alojados aquí.

Hizo sonar una campanilla para llamar al botones. Mientras tanto, me esforcé en dar colorido a mi papel.

-Entre nosotros, los del Oeste, se está planeando una importante moción -anuncié-, centrada en una ponencia ante la convención; se trata de conseguir que las botellas que contienen tartrato de antimonio y potasio y las que contienen tartrato de sodio y potasio se ubiquen en sitios contiguos en los estantes.

-El caballero al tres catorce -dijo el conserje apresuradamente. Me introdujeron en mi habitación.

El día siguiente compré un baúl y ropas y empecé a vivir la vida de Edward Finkhammer. No me estrujé el cerebro tratando de resolver problemas del pasado. La gran ciudad insular colocó ante mis labios una copa burbujeante y espumosa. La bebí agradecido. Las llaves de Manhattan pertenecen a quien es capaz de usarlas. Usted puede ser el huésped de la ciudad o su víctima.

Los pocos días siguientes fueron de oro y plata. Edward Pinkhammer, aunque desde su nacimiento contaba sólo escasas horas, conoció el insólito júbilo de ingresar en un mundo ameno, opulento y carente de restricciones. Me instalaba embelesado en las alfombras mágicas ofrecidas en los teatros y en las confiterías ubicadas en las terrazas de los rascacielos

que nos transportan a lejanas y placenteras comarcas plenas de música traviesa, chicas bonitas, y grotescas a la vez que jocosamente extravagantes parodias sobre la especie humana. Iba de aquí para allá, acatando los dictados de mi apreciada voluntad, y no admitía límites de espacio, tiempo y comportamiento.

Comí en extrañas tabernas, en más extrañas aún mesas comunes en locales de ínfima categoría, arrullado por el son de la música húngara y por los alocados gritos de versátiles artistas y escultores. O, sino, penetraba en aquellos sitios donde la vida nocturna se estremece bajo el resplandor eléctrico como una imagen cinematográfica, y los usos del mundo y sus alhajas y aquéllas a quienes ornamentan y los seres humanos que respaldan la existencia de esos tres componentes se reúnen para entretenerse y ofrecer un adecuado espectáculo. Y en todos esos ámbitos que menciono aprendí algo que antes nunca supe. La llave de la libertad no está en manos de la Licencia; quien la tiene es la Convención. La urbanidad administra una barrera de peaje ante la cual hay que pagar, o no es posible ingresar en el país de la Libertad. En ese resplandor, ese aparente desorden, ese exhibicionismo, ese arrebato, observé que prevalecía esta norma, que no ponía trabas y, sin embargo, era tan rígida como el hierro. En consecuencia, si en Manhattan acata esas leyes no escritas, usted es el más libre de los libres. Si se niega a dejarse atar por ellas, usted queda aherrojado.

A veces, cuando mi estado de ánimo me inducía a hacerlo, iba a comer a locales solemnes, decorados con palmeras que murmuraban suavemente y exhalaban el aroma de vida de gran tono y de refinada circunspección. En otras ocasiones, solía recorrer, los trayectos acuáticos en barquichuelos repletos de empleados vociferantes, acicalados, desprovistos de restricciones y donjuanescos, que iban acompañados por vendedoras de tienda a buscar sus toscos placeres en las playas de la isla. Y siempre estaba Broadway -resplandeciente, opulenta, astuta, variada, atractiva Broadway- que se apodera de nosotros como el hábito de fumar opio.

Una tarde, al entrar a mi hotel, me cerró el paso en el corredor un individuo vigoroso con una enorme nariz y un bigote negro. Cuando me disponía a sortearlo, me saludó con ofensiva familiaridad.

-¡Hola, Bellford! -exclamó con voz estrepitosa-. ¿Qué diablos estás haciendo en Nueva York? No sabía que algo pudiese sacarte de tu viejo cubículo repleto de libros. ¿Has venido con tu mujer o éste es un breve viajecito de negocios, eh?

-Usted me ha confundido, señor -dije fríamente desprendiendo mi mano de su apretón-. Me llamo Pinkhammer. Discúlpeme.

El individuo se hizo a un lado, al parecer perplejo.

Mientras avanzaba hacia el escritorio del conserje, escuché que llamaba a un botones y decía algo sobre formularios para telegramas.

-Prepáreme la cuenta -ordené- y disponga que bajen mi equipaje dentro de media hora. No me agrada permanecer en un sitio donde me fastidian espías.

Esa misma tarde me trasladé a otro hotel, tranquilo y anticuado, en la parte baja de la Quinta Avenida.

A poca distancia de Broadway había un restaurante donde a uno lo servían casi al fresco, en medio de un decorado tropical de plantas que hacían las veces de tabiques. El ambiente apacible y lujoso y una atención perfecta lo convertían en un sitio ideal para comer o tomar algún refrigerio. Una tarde estaba allí, abriéndome paso a través de los helechos para conseguir una mesa, cuando advertí que alguien me tomaba de la manga..

-¡Señor Bellford! -exclamó una voz asombrosamente dulce.

Me di vuelta con rapidez y vi a una dama sentada sola; tenía unos treinta años y ojos sobremanera hermosos; me miraba como si yo hubiese sido su más querido amigo.

-Casi estuvo a punto de no advertir mi presencia -afirmó con aire acusador-. No me diga que no me conoce. ¿Por qué no nos damos la mano, por lo menos una vez en quince años?

De inmediato nos estrechamos las manos. Me ubiqué en una silla frente a ella en la mesa. Levanté las cejas para llamar a un camarero que rondaba por allí. La dama estaba

coqueteando con un helado de naranja. Pedí una crême de menthe. Su pelo era de una tonalidad broncínea rojiza. Uno no podía contemplarlo porque era imposible apartar la mirada de sus ojos. Pero se tenía conciencia de su pelo de la misma manera en que se tiene conciencia de la puesta del sol cuando se escudriña en las profundidades de un bosque a la hora del crepúsculo.

-¿Está segura de que me conoce? -pregunté.

-No -replicó sonriendo-. Nunca estuve segura.

-¿Qué pensaría usted -le dije con cierta ansiedad- si le informara que me llamo Edward Pinkhammer y soy de Cornópolis, Kansas?

-¿Qué pensaría? -repitió dirigiéndome una traviesa mirada-. Bueno, por supuesto supondría que no vino a Nueva York en compañía de la señora Bellford. Desearía que lo hubiera hecho; me habría agradado ver a Marian. -Su voz bajó levemente-. No has cambiado mucho, Elwyn.

Sentí que sus admirables ojos miraban los míos y mi rostro más atentamente.

-Sí, has cambiado -se corrigió, y advertí una nota suave y jubilosa en sus últimas palabras-. Lo percibo en este momento. No has olvidado. No has olvidado ni durante un año, en un día ni en una hora. Te dije que nunca podrías.

Introduje la pajita con vehemencia en mi crême de menthe.

-Le reitero que solicito su perdón, -insistí, sintiéndome un tanto incómodo ante su mirada-. Pero ése es precisamente el problema. He olvidado. Lo he olvidado todo.

Se burló de mi negativa. Se rió deliciosamente de algo que, al parecer, vio en mi cara.

-De vez en cuando tuve noticias tuyas -continuó-. Has llegado a ser un prominente abogado en el Oeste, en Dénver, ¿no es verdad?, ¿o acaso es en Los Ángeles? Marian tiene que sentirse muy orgullosa de ti. Ya sabes, al menos supongo, que me casé seis meses después que ustedes. Es posible que te hayas enterado por los diarios. Sólo las flores costaron dos mil dólares.

Se había referido a quince años. Quince años es mucho tiempo.

-¿Sería demasiado tarde -pregunté con cierto temor- para felicitarla?

-No, si te atreves a hacerlo -respondió con una audacia tan sutil que permanecí en silencio, y comencé a trazar dibujos en el mantel con la uña del pulgar.

-Dime una cosa -inquirió inclinándose hacia mí con cierta ansiedad-, algo que he deseado saber durante muchos años, sólo por curiosidad femenina, naturalmente. Desde aquella noche, ¿alguna ves te atreviste a tocar, a aspirar el aroma, a contemplar rosas blancas, rosas blancas humedecidas por la lluvia y el rocío?

Tomé un trago de crême de menthe.

-Sería inútil, supongo -declaré con un suspiro-, repetir que no conservo absolutamente ningún recuerdo de esos hechos. Mi memoria es un vacío total. No necesito agregar cuánto lo lamento.

La dama apoyó los brazos sobre la mesa y una vez más sus ojos desdeñaron mis palabras y recorriendo su propia trayectoria, llegaron, en forma directa, hasta mi alma. Rió con suavidad, y en el sonido había un extraño matiz; era una risa de júbilo, sin duda, y de satisfacción, y de nostalgia. Traté de apartar la mirada.

-Usted miente, Elwyn Bellford -suspiró con aire feliz-. ¡Sé de manera positiva que está mintiendo!

Contemplé los helechos con expresión estúpida.

-Mi nombre es Edward Pinkhammer -reiteré-. He venido con los delegados a la Convención Nacional de Farmacéuticos. Estamos preparando una moción para conseguir que se distribuyan de distinta manera las botellas de tartrato de antimonio y tartrato de potasio, lo cual, verosímilmente, a usted le interesa muy poco.

Un resplandeciente coche se detuvo ante la entrada. La dama se levantó. Le tomé la mano y me incliné.

-Siento con toda el alma -le dije- no poder recordar. Podría explicárselo, pero me temo que usted no lo comprendería. No admitiría a Pinkhammer, y por mi parte me es imposible imaginar las... las rosas y otras cosas.

-Adiós, señor Bellford -insistió con su sonrisa beatífica y melancólica, y subió al coche.

Esa noche fui al teatro. Al regresar a mi hotel, un individuo imperturbable, vestido de negro, que parecía interesado en lustrarse las uñas con un pañuelo de seda, surgió como por arte de magia a mi lado.

-Señor Pinkhammer -me dijo con indiferencia, concentrando toda su atención en el dedo índice-, ¿puedo solicitarle que me conceda una breve conversación en privado? Aquí hay una salita.

-Por supuesto -asentí.

Me guió hasta un salón pequeño y reservado.

Allí se hallaban una dama y un caballero. Llegué a la conclusión de que la dama hubiese sido insólitamente hermosa sino fuera porque sus rasgos estaban empañados por una expresión de inquietud y fatiga. Tenía un aspecto estilizado y poseía matices y rasgos que lograron una agradable respuesta en mi fantasía. Usaba un atuendo de viaje; fijó en mí una seria mirada de extrema ansiedad y apoyó una temblorosa mano sobre su pecho. Creo que se hubiese precipitado a mi encuentro, pero el caballero detuvo su impulso con un autoritario ademán de la mano. Luego, él mismo se acercó a mí. Era un hombre de unos cuarenta años, con las sienes un tanto plateadas y un rostro enérgico e inteligente.

-Bellford, viejo -dijo con cordialidad-, me alegro mucho de verte de nuevo. Por supuesto, no hay duda de que todo está perfectamente bien. Ya sabes que te advertí que te estabas extralimitando. Ahora regresarás con nosotros y dentro de muy poco volverás a ser el mismo que siempre.

Sonreí con ironía.

-He sido “Bellfordizado” con tanta frecuencia -sostuve-, que esto ya ha dejado de tener gracia. ¡Aún más, a la larga puede resultar aburrido! ¿Podría tener la amabilidad de admitir la hipótesis de que mi nombre es Edward Pinkhammer y de que con anterioridad jamás en mi vida lo había visto a usted?

Antes de que el hombre pudiera responderme, la dama profirió una quejumbrosa exclamación. Se adelantó pese a que él intentó detenerla con el brazo. “¡Elwyn!”, sollozó y se arrojó sobre mí aferrándome estrechamente. “Elwyn”, volvió a exclamar una vez más, y agregó:

-No me destroces el corazón. Soy tu esposa; pronuncia mi nombre una sola vez, sólo una vez. Preferiría verte muerto antes que en este estado.

-Me desprendí de sus brazos respetuosa pero firmemente.

-Señora -afirmé con severidad-, perdóneme si sugiero que ha aceptado un mero parecido con excesiva prisa. Es una lástima -proseguí con una divertida risa al ocurrírseme la idea- que este tal Bellford y yo mismo no podamos ser colocados el uno junto al otro en el mismo estante como los tartratos de sodio y de antimonio para que nos identifiquen. Para entender esta alusión -concluí con seguridad-. Le sería necesario ponerse al tanto de las actuaciones de la Convención Nacional de Farmacéuticos.

La dama se volvió hacia su acompañante y se aferró a su brazo.

-¿Qué significa esto, doctor Volney? ¿Qué es esto? -se quejó.

La acompañó hasta la puerta.

-Vaya a su habitación un rato -oí que le decía-. Me quedaré aquí y hablaré con él. ¿Su mente? No, creo que no; me parece que se trata sólo de una parte del cerebro. Sí, estoy seguro de que se recobrará. Vaya a su habitación y déjeme con él.

La dama desapareció. También el hombre vestido de negro salió de la salita. Creo que se quedó esperando en el vestíbulo.

-Me gustaría hablar un poco con usted, señor Pinkhammer, si me lo permite -declaró el caballero que se quedó conmigo.

-Muy bien, si es su deseo -repliqué-, y le pido que me permita ponerme cómodo; estoy bastante cansado.

Me estiré en un canapé junto a la ventana y encendí un cigarro. Acercó una silla.

-Pongamos las cosas en claro -observó con suavidad-. Su nombre no es Pinkhammer.

-Lo sé tan bien como usted -asentí con frialdad-. Pero un hombre tiene que tener un apellido de alguna especie. Puedo asegurarle que no admiro en forma extravagante el apellido Pinkhammer. Pero se diría que, cuando uno se bautiza a sí mismo repentinamente, los apellidos más elegantes no surgen de modo espontáneo. ¡Pero suponga que hubiese sido Scheringhausen o Scroggixis! Creo que me arreglé muy bien con Pinkhammer.

-Su nombre -respondió el otro seriamente- es Elwyn C. Bellford. Usted es uno de los abogados más prominentes de Dénver. Está padeciendo un ataque de amnesia que lo ha hecho olvidar su identidad. El motivo fue una excesiva consagración a su actividad profesional y quizás una vida en exceso desprovista de entretenimientos y placeres apropiados. La dama que acaba de abandonar esta salita es su esposa.

-Es lo que yo llamaría una mujer hermosa -comenté después de una pausa reflexiva-. En particular, admiro las tonalidades castañas de su pelo.

-Es una esposa de la que uno puede sentirse orgulloso. Desde que usted desapareció, hace casi dos semanas, apenas si ha cerrado los ojos. Supimos que estaba en Nueva York por un telegrama que mandó Isidore Newman, un viajero procedente, de Dénver. Decía que lo había encontrado en un Hotel de aquí y que usted no lo reconoció.

-Me parece que recuerdo el episodio -dije-. Si no me equivoco el tipo me llamó “Bellford”. ¿Pero no cree que ha llegado el momento de que usted se presente a sí mismo?

-Soy Robert Volney, el doctor Volney. He sido su amigo íntimo durante veinte años y su médico por espacio de quince. Vine con la señora Bellford para localizarlo, apenas recibimos el telegrama. Elwin, viejo, haz la prueba, trata de recordar.

-¿Para qué sirve intentarlo? -argüí frunciendo un poco las cejas-. Usted afirma que es médico. ¿La amnesia puede curarse? Cuando un hombre pierde la memoria, ¿la recobra en forma lenta o repentina?

-Depende... A veces de manera gradual e imperfecta. En otras ocasiones la memoria se recobra en forma súbita.

-¿Está dispuesto a tratar mi caso, doctor Volney? -pregunté.

-Viejo -me contestó, haré todo lo que esté dentro de mis posibilidades y apelaré a todo el auxilio de la ciencia para curarte.

-Muy bien -convine-, considere que soy su paciente. De ahora en adelante todo será confidencial. Secreto profesional.

-Por supuesto -dijo el doctor Volney.

Me levante del canapé. Alguien había colocado un jarrón de rosas blancas en la mesita del centro; era un manojo de rosas recién rociadas y fragantes.

Las arrojé bien lejos por la ventana y después volví a extenderme en el canapé.

-Lo mejor será, Bobby -anuncié-, hacer que esta cura se produzca súbitamente. De cualquier modo, estoy un tanto cansado del asunto. Ahora puedes ir a buscar a Marian. Pero, viejo -agregué con un suspiro a tiempo que le propinaba un puntapié en la canilla-, viejo querido, ¡fue glorioso!

Una historia inconclusa

An Unfinished Story

Ya no gemimos ni amontonamos cenizas sobre nuestras cabezas cuando se mencionan las llamas de Tophet, porque hasta los predicadores han empezado a decirnos que Dios es radio, o éter, o algún compuesto científico, y que lo peor que nosotros, pecadores, podemos esperar es una reacción química. Es ésta un hipótesis agradable; pero por ahí subsiste todavía algo del antiguo, del hermoso terror de la ortodoxia.

No hay sino dos temas sobre los cuales uno puede discutir con libre imaginación y sin la posibilidad de ser refutado. Podéis hablar de vuestros sueños; y podéis contar lo que habéis oído decir a un loro. Tanto Morfeo como el pájaro son testigos incompetentes, y el que os escucha no se atreve a refutar vuestro relato. La más infundada creación de una visión, pues, suministrará mi tema -elegido con excusas y remordimientos- en lugar del campo más limitado constituido por la intrascendente charla de la linda cotorra Mariquita. Tuve un sueño que estaba muy distante de la alta crítica relacionada con la antigua, respetable y lamentada teoría del tribunal de enjuiciamiento.

Gabriel había hecho sonar su trompeta, y aquellos de nosotros que no pudieron seguir el ejemplo fueron dispuestos para ser interrogados. Noté a un costado una reunión de fiadores profesionales vestidos solemnemente de negro y con cuellos abotonados por detrás; pero parecía haber cierta dificultad entre ellos a propósito de sus títulos de propiedad de bienes raíces, y no parecían dispuestos a abandonar a ninguno de nosotros.

Un vigilante alado -un ángel policía- voló hacia mí y me tomó por el ala izquierda. Muy cerca había un grupo de espíritus con aspecto de mucha prosperidad prontos a ser sometidos a juicio.

-¿Pertenecéis a esa gavilla? -me preguntó el policía.

-¿Quiénes son? -fue mi respuesta.

-Caramba -dijo él-, son...

Pero este material fuera de propósito está absorbiendo el espacio que debería ocupar la historia.

Dulcie trabajaba en un almacén de artículos generales. Allí vendía encajes, o pimientos rellenos, o automóviles, o cualquier otra chuchería de las que hay en esos almacenes. De lo que ganaba, Dulcie recibía seis dólares por semana. El resto le era acreditado y debitado en la cuenta de algún otro en el libro mayor a cargo de G... Oh, primera energía, decís, reverendo doctor... Bien, entonces en el Libro de Primera Energía.

Durante su primer año en el empleo, Dulcie cobraba cinco dólares por semana. Sería ilustrativo saber cómo vivía con esa suma. ¿No os importa? Muy bien, probablemente os interesan sumas mayores. Seis dólares es una suma mayor. Os diré cómo vivía con seis dólares por semana.

Una tarde, a las seis, cuando Dulcie se ponía su alfiler de sombrero a una profundidad de un octavo de pulgada en su medula oblongada, le dijo a su compañera, Sadie, la muchacha que os atiende dándoos su costado izquierdo:

-Oye, Sadie, me he comprometido a cenar esta noche con Piggy.

-¡Nunca lo hiciste! -exclamó Sadie, con admiración-. ¡Sí que eres afortunada! Piggy es muy buen mozo, y siempre lleva a las chicas a lindos lugares. A Blanche la llevó una noche a Hoffman House, donde escucharon linda música, y donde puedes ver muchas cosas lindas. Pasarás un lindo rato, Dulcie.

Dulcie se apuró en llegar a su casa. Sus ojos brillaban, y sus mejillas mostraban el delicado rosa de la vida, de la verdadera vida, cuando se aproxima la aurora. Era viernes, y tenía cincuenta centavos sobrantes de su paga de la semana última.

Las calles estaban llenas de gente que afluía en oleadas presurosas. Las luces eléctricas de Broadway resplandecían, invitando a los insectos nocturnos desde millas de distancia, desde leguas, desde centenares de leguas en la oscuridad a venir y asistir a la escuela de chamuscamiento. Hombres en trajes impecables, con caras como las talladas en huesos de

cereza por las viejas sales en los hogares de marineros, se daban vuelta y clavaban su mirada en Dulcie mientras ésta, marchando presurosa y distraída, pasaba a su lado. Manhattan, el cactus de flores nocturnas, empezaba a abrir sus pétalos de blanco mortal y de denso perfume.

Dulcie se detuvo en un bazar donde se vendían artículos de poco precio y compró un cuello de imitación encaje con sus cincuenta centavos. Ese dinero debía haber sido gastado de otra manera: quince centavos para la cena, diez centavos para el desayuno, diez centavos para el almuerzo. Otros centavos debían haber sido añadidos a sus pequeños ahorros, y cinco centavos habían de ser despilfarrados en comprar algunas gotas de regaliz, la especie que hace que vuestras mejillas aparezcan como con dolor de muelas y que dura tanto como éste. El regaliz era una extravagancia, casi una orgía, pero ¿qué es la vida sin placeres?

Dulcie vivía en un cuarto amueblado que alquilaba. Existe diferencia entre un cuarto amueblado y una casa de pensión. En un cuarto amueblado nadie afuera se entera cuándo tenéis apetito.

Dulcie subió a su cuarto, al fondo del tercer piso de una casa con frente de piedra oscura, en West Side. Encendió el gas. Los científicos nos dicen que el diamante es la substancia más dura que se conoce.

Se equivocan. Las amas de casa conocen un compuesto al lado del cual el diamante es como la masilla. Lo meten en los picos de los quemadores de gas, y uno puede pararse sobre una silla y hundir en ellos vanamente los dedos hasta que éstos quedan amoratados y magullados. Un alfiler de cabello no lo quitaría; por lo tanto, llamémoslo inmovible.

Así, pues, Dulcie encendió el gas. A favor de su resplandor, de una potencia igual a la cuarta parte de una vela, observaremos la habitación.

Cama cómoda, mesa, lavabo, silla; de esto mucho era imputable a la dueña de casa. El resto pertenecía a Dulcie. Sobre la cómoda se hallaban sus tesoros: un vaso de porcelana dorado que le había regalado Sadie, un almanaque impreso por una fábrica de pickles, un libro de interpretación de sueños, un poco de polvo de arroz en un platillo de vidrio, y un racimo de cerezas artificiales atadas con una cinta roja.

Contra el arrugado espejo se veían las fotografías del general Kitchener, de William Muldoon, de la duquesa de Marlborough y de Benvenuto Cellini. Contra una pared estaba colocada una placa de yeso que reproducía a un O'Callahan con yelmo romano. Cerca había una violenta oleografía de un niño de color limón cazando una mariposa. Éste encarnaba el juicio final de Dulcie sobre arte; pero nunca había sido trastornado. Su reposo jamás había sido perturbado por murmuraciones; ningún crítico había elevado sus ojos ante su infantil entomólogo.

Piggy debía venir a buscarla a las siete. Mientras ella se alista apresuradamente, miremos discretamente por otro lado y murmuremos.

Por el cuarto, Dulcie pagaba dos dólares por semana. Los días de trabajo su desayuno le costaba diez centavos; mientras se vestía preparaba el café y cocinaba un huevo sobre la luz de gas. Los domingos a la mañana se regalaba regiamente con carne de ternera y buñuelos de ananá en el restaurante "Billy" a un costo de veinticinco centavos, y daba a la camarera dos centavos de propina. Nueva York ofrece tantas tentaciones que inducen a uno a caer en extravagancias. Los demás días almorzaba en el restaurante del almacén en que trabajaba al costo de sesenta centavos en la semana; las cenas resultaban en total $ 1,05. Los diarios de la tarde -mostradme a un neoyorquino que vaya sin su diario- sumaban seis centavos, y dos periódicos dominicales -uno por la columna personal y el otro para leer- hacían diez centavos. El total ascendía a $ 4,76. Ahora bien, uno tiene que comprarse ropas, y...

Renuncio a seguir. Oigo hablar de maravillosas gangas en la compra de telas, y de milagros llevados a cabo con aguja e hilo pero lo dudo. Tengo mi pluma posada en vano cuando desearía añadir a la vida de Dulcie algunos de esos goces que corresponden a una mujer por virtud de todas las no escritas, sagradas, naturales e inoperantes ordenanzas de equidad del cielo. Dos veces había estado ella en el parque de diversiones de Coney Island y

cabalgado en los caballicos mecánicos. Es triste cosa tener que contar vuestros placeres por veranos en vez de por horas.

Piggy requiere, aunque más no sea, una palabra. Cuando las muchachas le bautizaron con ese nombre, un inmerecido estigma fue arrojado sobre la noble familia de los cerdos. Las lecciones de palabras de tres letras que componen la vieja cartilla celeste comienza con la biografía de Piggy. Era gordo; tenía el alma de una rata, los hábitos de un murciélago, y la magnanimidad de un gato... Usaba ropas costosas, y era perito en inanición. Podía mirar a una muchacha de tienda y deciros cuánto tiempo había transcurrido desde que aquélla hubiera ingerido otra cosa más nutritiva que pastillas de altea y té. Merodeaba por los barrios de las tiendas, y recorría los comercios con sus invitaciones a cenar. Los hombres que sacan a pasear por las calles a sus perros atados a una cuerda lo desprecian Es un ejemplar distintivo; no puedo sufrir más tiempo el ocuparme de él; mi pluma no es a propósito para él; no soy carpintero.

Cuando faltaban diez minutos para las siete, Dulcie estaba lista. Se miró en el espejo. La reflexión fue satisfactoria. El vestido azul oscuro que le caía sin una arruga; el sombrero con su vistosa pluma negra; los guantes ligeramente ennegrecidos; todo ello que representaba abstención, hasta de la comida misma, le sentaba muy bien.

Dulcie olvidó por un momento toda otra cosa, con excepción de que estaba hermosa, y que la vida se hallaba a punto de levantar un extremo de su misterioso velo para que ella observara sus maravillas. Ningún caballero la había invitado antes a salir. Ahora iba a penetrar por un breve instante en el relumbrante y exaltado espectáculo.

Las muchachas decían que Piggy era un “gastador”. Tendría una espléndida cena, y música, y vería a damas magníficamente vestidas y comería de cosas cuya descripción trababa extrañamente la lengua de las muchachas cuando trataban de hablar de ellas. Sin duda, volvería a ser invitada a salir.

En un escaparate que ella conocía se exhibía un traje de “pongee” azul; ahorrando veinte centavos por semana en vez de diez... veamos... ¡Oh, pasarían años! Pero había un comercio que vendía vestidos de segunda mano en la Séptima Avenida, donde...

Alguien llamó a la puerta. Dulcie la abrió. La dueña de casa estaba allí con una espuria sonrisa, resollando porque estaba cocinando con gas robado.

-Hay abajo un caballero que pregunta por usted -dijo-. Su nombre es míster Wiggins.

Por tal epíteto era conocido Piggy por las infortunadas que tenían que tomarlo en serio.

Dulcie se tornó a la cómoda para tomar su pañuelo, y entonces se detuvo, permaneciendo inmóvil, y se mordió con fuerza el labio inferior. Mientras se miraba en su espejo había visto el país de las hadas y se había contemplado a sí misma como una princesa que en ese instante despierta de un largo sueño. Había olvidado que uno la estaba observando con ojos tristes, hermosos y austeros, el único que había allí para aprobar o condenar lo que hacía. Erguido, delgado y alto, con una expresión de doloroso reproche en su melancólicamente hermosa cara, el general Kitchener fijó en ella sus maravillosos ojos desde su fotografía de marco dorado que pendía sobre el tocador.

Dulcie se tornó como una muñeca automática hacia la dueña de casa.

-Dígale que no puedo ir -le dijo con expresión triste-. Dígale que estoy enferma, o cualquier otra cosa. Dígale que no voy a salir.

Luego de cerrar la puerta y correr el cerrojo Dulcie se arrojó sobre la cama, aplastando la negra pluma de su sombrero, y lloró durante diez minutos. El general Kitchener era su único amigo. Era para Dulcie el ideal del caballero galante. Miraba con una expresión tal que parecía tener una pena secreta, y su magnífico bigote era un sueño, y ella le temía un poco a esa adusta aunque tierna expresión de sus ojos. Solía imaginarse que él vendría alguna vez a la casa y que preguntaría por ella, con su espada golpeándole las altas botas. Una vez, cuando un niño hizo sonar una cadena golpeándola contra un poste del alumbrado, ella había abierto la ventana y mirado afuera. Pero fue inútil. Sabía que el general Kitchener se hallaba lejos,

allá en el Japón, dirigiendo su ejército contra los salvajes turcos, y que nunca saldría de su dorado marco para llevarla.

No obstante, una mirada suya había vencido a Piggy esa noche. Sí, esa noche.

Cuando su llanto cesó, Dulcie se levantó, se quitó su mejor vestido y se puso su viejo kimono azul. No deseaba cenar. Recitó dos versos de “Sammy”. Luego su interés se concentró en una manchita rosa al costado de su nariz.

Después, acercó una silla a la desvencijada mesa, y se adivinó la suerte con unas viejas cartas.

“¡Qué horrible, qué descarado! -profirió en voz alta-. ¡ Jamás le dirigí una palabra o una mirada que le hicieran pensar eso!”

A las nueve de la noche, Dulcie sacó una caja de galletas y un potecito de mermelada de frambuesa y se dio un banquete. Ofreció una galleta untada con mermelada al general Kitchener; pero éste no hacía otra cosa que mirarla lo mismo que la esfinge hubiera mirado a una mariposa, si es que hay mariposas en el desierto.

“No comáis si no os place -dijo Dulcie-. Y no os deis tantos aires y no regañéis tanto con vuestros ojos. Quisiera saber si os mostraríais tan superior y arrogante si tuvierais que vivir con seis dólares a la semana.”

No era buena señal el que Dulcie se mostrara ruda con el general Kitchener. Y después puso a Benvenuto Cellini de cara a la pared con un gesto severo. Empero, eso no era inexcusable, por cuanto ella había creído siempre que él era Enrique VIII, y por lo tanto no lo veía con buenos ojos.

A las nueve y media Dulcie echó una última mirada a las fotografías sobre el tocador, apagó la luz y se deslizó dentro de la cama. Terrible cosa es irse a dormir con una mirada de despedida al general Kitchener, a William Muldoon, a la duquesa de Malborough y a Benvenuto Cellini.

Esta historia realmente no va a ninguna parte absolutamente. El resto viene después, cierta vez cuando Piggy invita nuevamente a Dulcie a cenar con él, y ella se siente más sola que de costumbre, y al general Kitchener le ocurre estar mirando para otro lado, y entonces...

Como dijera antes, soñé que yo me hallaba cerca de una multitud de ángeles de próspero aspecto, y que un policía me tomó por el ala y me preguntó si yo pertenecía a ellos.

-¿Quiénes son? -pregunté.

-Caramba -dijo él-. Son los hombres que contratan a muchachas trabajadoras y les pagan cinco o seis dólares por semana para que vivan con esa paga. ¿Es usted uno de ese grupo?

-No, por su inmortalidad -le respondí-. Yo no soy más que un individuo que prendió fuego a un asilo de huérfanos, y asesinó a un ciego para robarle sus monedas.

Mientras el coche espera

While The Auto Waits

A principios de primavera la joven vestida de gris volvió, como de costumbre, al quieto rincón del pequeño y silencioso parque. Se sentó sobre un banco y comenzó a leer un libro, porque faltaba media hora, para lo que ella sabía.

Repitámoslo: vestía de gris. Y tan sencillo que así lograba ocultar su impecabilidad de estilo y corte. Un amplio velo semiocultaba su sombrero en forma de turbante, y su rostro, que irradiaba una serena y no buscada belleza. Había ido allí los dos días anteriores, y una persona que no lo ignoraba.

El joven que no lo ignoraba se acercaba allí ofreciendo mentales sacrificios en el ara de la suerte. Y su piedad fue recompensada porque, al volver la mujer una página, el libro se le deslizó de las manos y cayó al suelo, a un paso de distancia del banco.

El hombre lo recogió con instantánea avidez y lo devolvió a su propietaria con galantería y esperanza. Con placentera voz, aventuró un comentario sobre el tiempo -ese manido tema que ha causado tantas infelicidades en este mundo- y luego permaneció inmóvil un momento, esperando su destino.

La muchacha lo miró despaciosamente. En el vestido corriente de aquel hombre y en sus facciones no se distinguía nada de extraordinario.

-Puede sentarse si gusta -dijo con lenta y llena voz de contralto-. Por mi parte no me molesta. Hace muy poca claridad para seguir leyendo y preferiría un rato de charla.

El vasallo de la suerte se sentó al lado de la mujer, muy satisfecho. Y habló en seguida, empleando la fórmula que los conquistadores de parque eligen para sus parlamentos.

-¿Sabe que es usted la mujer más asombrosamente guapa que he conocido? Me fijé en usted ayer. ¿No hay nadie, nena mía, que viva deslumbrado por esos dos faros que tiene usted en la cara?

La muchacha habló con tono glacial:

-Quienquiera que sea usted, ha de empezar por saber que yo soy una dama. Le excuso sus palabras porque, sin duda, son muy naturales en su ambiente. Le autoricé a que, se sentara a mi lado, pero si la, autorización va a constituirme en nena suya, considérela retirada.

El joven se expresó suplicantemente.

-Le pido perdón. A su expresión satisfecha había sucedido otra de penitencia y humildad. La culpa ha sido mía -dijo- Ya sabe que hay muchachas en los parques... Bueno, usted no lo sabe, pero... Porque yo...

-Dejemos eso. Desde luego, sé lo que pasa con las muchachas de los parques. Pero prefiero que hablemos de otra cosa. Por ejemplo, de la gente que va y viene por estos senderos. ¿Adónde se dirigen? ¿Por qué tienen tanta prisa? ¿Serán felices?

El joven abandonó casi en el acto sus aires de donjuan plebeyo. No sabía el papel que le indicaba que jugase y lo más prudente era esperar.

-Desde luego, es interesante examinarlos -respondió, pesando bien sus palabras-. Al fin y al cabo, representan, el, maravilloso drama de la vida. Algunos van a cenar y otros..., a otros sitios. Pero no conocemos sus respectivas historias...

-Yo tampoco lo sé -dijo la muchacha y, por otra parte, no soy demasiado inquisitiva. Si vengo aquÍ es para sentirme más cerca del grande, vibrante y común corazón de la humanidad. Porque vivo en un ambiente al que no llegan los latidos de la gente. ¿Comprende por qué deseo hablarle, señor...?

-Parkenstacker -completó el joven. Parecía, animoso y esperanzado.

La joven alzó el dedo índice y esbozó una ligera sonrisa.

-No. Lo hubiera reconocido inmediatamente. Es imposible disfrazar el nombre de uno. La misma cara lo dice. Este velo y este sombrero (que son de una doncella mía y me proporcionan un relativo incógnito. Sí, ¿verdad? Pues mi chofer, cuando piensa que no lo veo, me dirige unas miradas... Porque ocurre, sinceramente hablando, que entre esos cuatro o cinco

apellidos que pueden considerarse incluidos en el santuario de los santuarios, el mío es uno de ellos. Como le decía, señor Stackenpot...

-Parkenstacker -corrigió, modesto, el joven.

-Como le decía, señor Parkenstacker, deseaba hablar a alguien que perteneciese a un medio natural y no echado a perder por los despreciables matices de la riqueza, y la posición social. No sabe lo harta que estoy de lo mismo. Dinero, dinero, dinero... Estoy harta también de los hombres que me rodean y que danzan en torno mío como si fuesen marionetas, todos cortados por la misma tijera. Estoy harta de los placeres, de las joyas, de los viajes, de la sociedad y de toda clase de lujos.

El joven dijo, titubeante: -Yo siempre he creído que el dinero era una cosa muy útil.

-Siempre es útil no estar siendo un nadie, entre otros. Pero cuando se tienen millones de sobra... -La muchacha concluyó la sentencia con un ademán de desesperación-. Lo que molesta -continuó- es la monotonía que encierra. Viajes, comidas, teatros, bailes, cenas nocturnas, y todo bajo el signo de la dorada opulencia. A veces casi me vuelve loca el tintinear del hielo en mi copa de champaña.

Parkenstacker se mostró ingenuamente interesado.

-Siempre me ha gustado -dijo- conocer estas cosas de los aristócratas y ricos. Debo ser un tonto, pero, en todo caso, deseo informarme bien de la realidad. Yo creía que el champaña se enfriaba en las botellas y no directamente en las copas.

La joven soltó una risa musical de auténtica diversión.

-Mire -explicó, con tono de indulgencia-, los que pertenecemos a las clases inútiles fundamos nuestra importancia en apartarnos de los precedentes establecidos. Y ahora precisamente se ha puesto de moda mezclar el hielo con el champaña. La idea la dio un príncipe de Tartaria que estaba de paso en Nueva York y que paraba en el Waldorf. Dentro de poco sobrevendrá otro capricho. Esta semana, en un banquete en la avenida Madison, a cada invitado se le puso junto al plato un guante de cabritilla verde para coger las aceitunas.

El joven admitió con humildad:

-Comprendo. Esas diversiones especiales de la gente de alta importancia social no llegan a ser conocidas de las personas de condición modesta.

La joven se inclinó ligeramente, como perdonando aquel leve yerro.

-A veces he pensado que, si alguna vez me enamorase de un hombre, había de pertenecer a la clase baja. De un trabajador y no de un vago. Pero las exigencias de la riqueza y la casta, son más fuertes que mi inclinación. Por qué le confiaré estas cosas, señor Packenstarker?

-Parkenstacker -corrigió el joven-. Verdaderamente no sabe lo que aprecio su confianza.

La muchacha le contempló con una mirada fría e impersonal apropiada a la diferencia de sus posiciones sociales.

-A qué se dedica usted, señor Parkenstacker? -continuó.

-A algo muy humilde. Pero espero abrirme camino en el mundo. ¿Hablaba de verdad cuando dijo, que preferiría, antes que con otros, casarse con un hombre de modesta posición social?

-Hablé de verdad. Sólo que en condicional. Como están un gran duque y un marqués... Sí, nada me importaría que un hombre fuese muy humilde en su oficio, con tal de que resultase tal como yo quisiera.

Parkenstacker declaró:

-Yo trabajo en un restaurante...

-¿De camarero? -dijo la muchacha, estremeciéndose, ligeramente-. No porque el trabajo no sea noble, sino porque esos servicios personales, como ayuda de cámara o...

-No soy camarero; soy cajero en... -Señaló un cartel eléctrico que al otro lado del parque decía restaurante-. Soy cajero en ese establecimiento.

La muchacha consultó un reloj de pulsera, de rico diseño, que llevaba en el brazo izquierdo, y se levantó presurosamente. Guardó el libro en un esplendente bolso que llevaba suspendido a la cintura y para el que el libro resultaba demasiado grande.

-¿Cómo no está usted trabajando? -preguntó.

-Trabajo en el turno de noche -respondió el hombre y no empiezo la jornada hasta dentro de una hora. ¿Puedo verla otro día?

-No lo sé. Acaso. Pero puedo no volver a sentir este capricho. Esta noche tengo que ir a una comida, y a la ópera, y... Siempre lo mismo... Si se ha fijado en un automóvil que espera en la esquina del parque, con la carrocería blanca...

-¿Y ruedas rojas? -preguntó el joven, frunciendo meditativamente el entrecejo.

-Ése. Siempre vengo en él y dejo a Pierre esperándome. Cree que he ido de compras a la tienda de allí al lado. Estas cosas de la vida social nos obligan a engañar hasta a los chóferes. Buenas noches.

-Es muy tarde ya -dijo Parkenstacker- y a esta, hora hay muchos tipos dudosos en el parque. Si me permite acompañarla...

La muchacha dijo firmemente:

-Si tiene en la menor consideración mis deseos, no se moverá de este banco hasta diez minutos después de que yo me haya ido. No quiero ofenderle, pero habrá visto que los automóviles llevan generalmente el monograma de sus propietarios. Buenas noches.

Y, rápida y majestuosa, desapareció en la oscuridad. El joven contempló su graciosa silueta hasta que la vio llegar a la acera exterior del parque, dirigiéndose a la esquina donde estaba parado, en efecto, el automóvil. Y entonces, sin vacilar y traicionando lo que le pidieran, se deslizó entre árboles y arbustos, siguiendo un camino paralelo al de la muchacha.

Al llegar a la esquina ella se detuvo un instante, miró el automóvil y continuó andando. Oculto tras un taxi el joven seguía todos los movimientos de su desconocida amiga. La vio cruzar la calle, llegar a la acera opuesta y penetrar en el restaurante cuyo cartel le sirviera a él, poco antes, de punto de referencia. El establecimiento, era, desde luego, muy vistoso, con abundancia de cristal y pintura blanca, y allí se podía comer ostentosamente y por poco precio. La muchacha atravesó una de las puertas traseras del local y volvió a salir sin sombrero ni velo.

El mostrador del cajero estaba muy cerca de la entrada. Una moza pelirroja bajó de la especie de estrado en que se hallaba la registradora. Miraba atentamente el reloj. La muchacha vestida de gris ocupó su lugar.

El joven del parque hundió las manos en los bolsillos y caminó lentamente por la acera. Junto a la esquina su pie tropezó con un libro caído. Por su llamativa cubierta lo reconoció como el libro que había estado leyendo la muchacha. Lo levantó despreocupadamente y observó que su título decía: Nuevas Noches Árabes, por Stevenson1.

Dejó caer el libro sobre la hierba y, durante unos instantes, permaneció irresoluto. Luego entró en el automóvil, se reclinó en los cojines y se dirigió al conductor:

-Al club, Henri.

[1] *Nuevas Noches Árabes* (*New Arabian Nights*) colección de cuentos cortos escrita por Robert Louis Stevenson (1850-1894), donde el protagonista, el Príncipe Florizel de Bohemia, encubre su identidad bajo un disfraz para desenvolverse entre sus súbditos y así involucrarse en toda serie de aventuras fantásticas. Es precisamente este argumento el que da pie a la muchacha para hacerse pasar por una dama de la alta sociedad mezclada con gente humilde.

La habitación amueblada

The Furnished Room

En el bajo del West Side existe una zona de edificios de ladrillo rojo cuya población incluye un vasto sector de gente inquieta, trashumante y fugaz. La carencia de hogar hace que estos habitantes tengan multitud de hogares y se muevan de un cuarto amueblado a otro, en un incesante peregrinaje que no sólo alcanza a la morada sino también al corazón y a la mente. Cantan Hogar, dulce hogar en ritmo sincopado y transportan sus lares y penates en cajas de cartón; su viña se entrelaza en el sombrero de paja, y su higuera es un gomero.

Por tal motivo, es posible que las casas de ese barrio, que tuvieron infinidad de moradores, lleguen a contar asimismo con infinidad de anécdotas, en su mayoría indudablemente insulsas, pero resultaría extraño que entre tantos huéspedes vagabundos no hubiera uno o dos fantasmas.

Después de la caída del sol, cierto atardecer, un hombre joven merodeaba entre esas ruinosas mansiones rojas y tocaba sus timbres. Al llegar a la duodécima, dejó su menesteroso bolso de mano sobre la escalinata y limpió el polvo que se había acumulado en la cinta de su sombrero y en su frente. El timbre sonó, débil y lejano, en alguna profundidad remota y hueca.

A la puerta de esta duodécima casa en la que había llamado se asomó una casera que le dejó la impresión de un gusano enfermizo y ahíto que se había comido su nuez hasta dejar vacía la cáscara, La que ahora trataba de rellenar con locatarios comestibles.

El recién llegado preguntó si había un cuarto para alquilar.

-Pase usted -respondió la casera, con una voz que parecía brotar de una garganta forrada en cuero-. Desde hace una semana tengo vacío el cuarto trasero del tercer piso. ¿Desea verlo?

El hombre joven la siguió escaleras arriba. Una débil iluminación de procedencia incierta mitigaba la penumbra de los corredores. Subieron sin hacer ruido a lo largo de los peldaños cuya alfombra hubiera sido repudiada por el telar mismo en que la confeccionaron. Tenía el aspecto de haberse transformado en un vegetal, de haber degenerado en aquel aire fétido y sombrío hasta convertirse en el próspero liquen o el floreciente musgo cuyo crecimiento dibujaba manchas hasta llegar a la caja de la escalera y formaba bajo los pies una capa viscosa, como si se pisara materia orgánica. En cada recodo del trayecto ascendente había huecos en la pared que permanecían vacíos. Tal vez en alguna época allí fueron instaladas plantas. Si había sucedido así, acabaron muriéndose en esa atmósfera enfermiza y corrompida. Acaso en esas concavidades hubo estatuas de santos, pero no resultaba nada difícil imaginar que duendes y demonios las sacaron a la rastra en la oscuridad y las arrojaron en las impías honduras de algún infierno amueblado en lo más profundo.

-Ésta es la habitación -dijo la casera desde el interior de su garganta forrada-. Es muy linda y rara vez se halla vacía. El verano pasado tuve instalada aquí gente muy distinguida; no creaban dificultades y pagaban por adelantado con absoluta puntualidad. Si necesita agua, la encontrará al fondo del corredor. Sprowls y Mooney, que tenían un número en el teatro de variedades, la ocuparon por espacio de tres meses. Usted debe de haber oído hablar de la señorita Bretta Sprowls... ¡Bueno! Ése sólo era su nombre teatral. Justo en ese lugar, sobre el tocador, colgaba el certificado de casamiento, enmarcado. Allí está el gas, y usted puede comprobar que hay abundancia de alacenas. Es una habitación que le gusta a todo el mundo; nunca permanece vacía por mucho tiempo.

-¿En esta casa hay instalada mucha gente de teatro? -interrogó el joven.

-Vienen y se van. Buena parte de mis pensionistas está vinculada al teatro. En efecto, señor: éste es el barrio que habita la gente de la farándula. Los actores nunca permanecen mucho tiempo en ninguna parte. A mí me corresponde una cuota de ellos, si bien llegan y se marchan constantemente.

El recién llegado tomó la habitación y pagó una semana por adelantado. Dijo que estaba cansado y que se instalaría de inmediato. Contó el dinero que debía abonar y la casera le comunicó que todo estaba dispuesto para que ocupara el cuarto, incluidas las toallas y el agua.

En el momento en que la mujer se disponía a salir, el nuevo huésped formuló por milésima vez la pregunta que tenía en la punta de la lengua.

-Entre sus pensionistas, ¿no recuerda si estuvo cierta muchachita de apellido Vashner..., Eloise Vashner? Con toda seguridad debe de haber sido cantante de teatro. Bonita, de estatura mediana, delgada, con pelo dorado tirando a rojizo y un lunar oscuro cerca de la ceja izquierda.

-No, ese apellido no me dice nada, pero la gente de teatro cambia de nombre con tanta facilidad como se muda de habitación. Llegan y se marchan. No, no recuerdo a la persona que usted menciona.

No. Siempre le respondían que no. Durante cinco meses de averiguaciones incesantes la contestación era una inevitable negativa. Cuánto tiempo había dilapidado, de día en interrogar empresarios, representantes, escuelas, coros; de noche, en hacer indagaciones mezclado con el público teatral, desde el que asiste a las representaciones de grandes figuras hasta el que frecuenta espectáculos tan indignos que temía encontrar allí lo que buscaba con tal ahínco. Nadie la había querido tánto, y su deseo era hallarla. Estaba seguro de que desde que la muchacha había desaparecido de la casa, esta enorme ciudad circundada por las aguas2 la retenía en algún rincón, pero aquello era un monstruoso tembladeral cuyas partículas, desprovistas de sustentación, cambiaban de lugar continuamente, hoy en la superficie y mañana sepultadas en fango y limo.

El cuarto amueblado recibió a su huésped más reciente con un destello inicial de fingida hospitalidad, con una bienvenida febril, demacrada y puramente formal, parecida a la sonrisa engañosa que exhibe una mujer de vida equívoca. El simulado bienestar se ponía de manifiesto en resplandores que reflejaban los muebles desgastados: el raído tapizado de brocado que recubría un canapé y dos sillas, un tosco espejo de cuerpo entero de treinta centímetros de ancho que había sido instalado entre dos ventanas, una o dos láminas circundadas con marco dorado y una cama de bronce arrinconada en un ángulo de la habitación.

El huésped se desplomó, laxamente, en una silla, mientras la habitación, en lenguaje tan confuso como si fuera un aposento de Babel, trataba de hablarle acerca de sus pasados arrendatarios.

Una alfombra policroma, semejante a un islote rectangular de brillante floresta tropical, se hallaba circundado por el mar embravecido de una estera manchada. En la pared de vistoso empapelado colgaban esas imágenes que persiguen de casa en casa a los que carecen de un hogar permanente: Los amantes hugonotes, La primera disputa, El desayuno de los recién casados, Psiqué en la fuente. El diseño de la repisa, de casta severidad, quedaba ignominiosamente oculto detrás de un cortinado inoportuno, torcido de manera desvergonzada como los ceñidores del ballet de amazonas. Sobre la repisa quedaban las míseras supervivencias abandonadas por los náufragos que un velero feliz rescató de esa roca desértica para trasladar a un nuevo refugio: uno o dos jarrones sin valor, retratos de actrices, una botella de medicina, algunos naipes sueltos de una baraja.

Tal como ocurre con las palabras cruzadas que se van descifrando, los pequeños indicios que la procesión de huéspedes habían dejado en el cuarto amueblado revelaron, uno tras otro, algún significado. El espacio desgastado en la alfombra, frente a la cómoda, sugirió que el tropel había incluido la presencia de hermosas mujeres. Las marcas de minúsculos dedos en el empapelado revelaron la existencia de pequeños prisioneros que tanteaban una vía de escape hacia el sol y el aire libre. La mancha de una salpicadura, que trazaba rayos como si visualizara el estallido de una bomba, dio testimonio del sitio en que una copa o una botella se hizo añicos, al estrellarse contra la pared. A través del espejo de cuerpo entero se había grabado con un diamante el nombre de Marie en letras vacilantes. Se tenía la impresión de que los sucesivos pensionistas del cuarto amueblado -quizás impelidos más allá de toda contención por la presuntuosa frialdad que exhibía el aposento- habían estallado en muestras

[2] Manhattan, el centro de Nueva York.

de arrebato, descargando sus pasiones en el recinto que los alojaba. Los muebles presentaban cortaduras y magullones; el canapé, deformado por los resortes que habían reventado, tenía el aspecto de un horrible monstruo aniquilado por la violencia de alguna grotesca convulsión. Un cataclismo más poderoso había desprendido un gran trozo de mármol en la parte superior de la chimenea. Cada tabla del piso tenía su expresión y su quejido particulares, como si procedieran de un sufrimiento independiente y propio. Resultaba increíble que la habitación hubiese sido víctima de tanto daño y rencor por obra de quienes durante algún tiempo la consideraron su hogar; no obstante, lo que había precipitado la ira de los moradores quizá hubiese sido la ciega supervivencia del instinto doméstico defraudado o el resentimiento contra falsos dioses domiciliarios. En cambio, podemos barrer, ornamentar y mimar una mera choza, con tal de que sea nuestra.

El joven arrendatario, instalado en su silla, dejó que estos pensamientos vagaran en silencio por su mente, mientras penetraban en el cuarto sonidos y olores de otras habitaciones amuebladas. Oyó en un cuarto una risa ahogada, incontenible y perezosa; en otros, el monólogo de una mujer regañona, el rumor de unos dados, una canción de cuna y alguien que se quejaba con monotonía, en tanto que arriba un banjo resonaba briosamente. En algún lado se escuchaban estridentes portazos; los trenes del ferrocarril elevado rugían con intermitencia; un gato maullaba con lastimero acento en un cerco trasero. Y el recién llegado aspiraba el aliento de la casa: un dejo de humedad más bien que un olor; un hedor frío y rancio, como si proviniera de bóvedas subterráneas y se mezclara con el efluvio de linóleo, moho y carpintería podrida.

De pronto, mientras el recién llegado permanecía allí, la habitación fue invadida por el olor intenso y dulzón de la reseda. Llegó como un aislado embate de viento, con tal seguridad, fragancia y énfasis que casi parecía un visitante de carne y hueso. Y como si respondiera a un llamado que lo hubiese obligado a volverse sobresaltado, un vozarrón masculino atronó interrogativo: “¿Qué sucede, querida?” El olor intenso lo circundó y terminó envolviéndolo. El muchacho tendió los brazos para recibirlo, con todos sus sentidos transitoriamente confundidos y mezclados. ¿De qué modo era posible que un aroma lo reclamara perentoriamente? Sin duda había existido un sonido. Pero, ¿no sería el sonido el que lo había alcanzado y acariciado?

-Eloise estuvo en este cuarto -exclamó, al tiempo que saltaba de la silla para arrebatar a la habitación una prueba, pues sabía que estaba en condiciones de reconocer el más pequeño indicio de lo que había pertenecido a la muchacha o de lo que ella había tocado.

Este olor envolvente a reseda, este aroma que Eloise tánto amaba y que había hecho suyo, ¿de dónde procedía?

El cuarto había sido ordenado descuidadamente. Dispersa en el tapete que recubría la cómoda había una media docena de horquillas, esas amigas discretas e imperceptibles de la mujer, femeninas en su género, indefinidas en su modo, indeterminadas en su tiempo. El nuevo huésped desechó estos adminículos, convencido de que exhibían una triunfal carencia de identidad. Exploró las gavetas de la cómoda y halló un pañuelo abandonado, diminuto y convertido en un harapo. Lo oprimió contra la cara. Su olor a heliotropo era intenso y agresivo; lo arrojó al piso. En otra gaveta encontró botones sueltos, el programa de una función teatral, la tarjeta de un prestamista, dos pastillas olvidadas de malvavisco, un manual para la interpretación de sueños. En la última gaveta descubrió un moño de raso negro para el pelo que lo retuvo, vacilante, entre el hielo y el fuego. Pero un moño de raso negro para el pelo es asimismo un ornamento femenino recatado, impersonal y común, que no revela nada.

Luego atravesó el cuarto como un perdiguero que sigue el rastro, examinando las paredes, explorando los rincones de la apelotonada estera apoyado en manos y rodillas, revolviendo la repisa de la chimenea, las mesas, el estante para bebidas alcohólicas, los cortinados y las colgaduras, en busca de un signo visible, incapaz de advertir que ella estaba allí, al lado, alrededor, enfrente, adentro o encima de él, aferrada a él, persiguiéndolo, llamándolo tan intensamente a través de sus sentidos más sutiles que hasta sus percepciones

más torpes llegaban a distinguir el clamor. Una vez más el nuevo huésped respondió en voz alta: "¡Sí, querida!", y se volvió con mirada extraviada para contemplar el vacío, porque todavía le era imposible discernir en el aroma de reseda la forma, el color, el amor, los brazos abiertos. "¡Mi Dios!, ¿de dónde proviene ese perfume, y desde cuándo los olores tienen una voz para llamarnos?" Por consiguiente, siguió buscando a tientas.

Buscó en grietas y rincones y halló corchos y cigarrillos, que desechó con pasivo desprecio. Pero en un determinado momento encontró en un pliegue de la estera un cigarro fumado a medias y lo pisoteó con el taco, al tiempo que profería un juramento vigoroso y mordaz. Revisó la habitación palmo a palmo. Halló pequeños testimonios, sombríos y vergonzosos, de muchos arrendatarios peripatéticos; pero no descubrió ni el más mínimo rastro de aquella a la que buscaba, que pudo haberse alojado allí y cuyo espíritu parecía seguir revoloteando en ese lugar.

Entonces pensó en la casera.

Corrió escaleras abajo desde el cuarto hechizado, hasta llegar a la puerta que tenía una hendidura por donde pasaba la luz. La mujer se asomó en respuesta al llamado. El nuevo huésped trató de reprimir su excitación lo mejor que pudo.

-Por favor, señora -le imploró-, ¿podría decirme quién ocupó mi cuarto antes de que yo llegara?

-¡Cómo no, señor!, se lo volveré a decir. Fueron Sprowls y Mooney, tal como le referí. Bretta Sprowls era el nombre con que se la conocía en el teatro, pero en realidad era la señora de Mooney. Mi casa, se lo puedo asegurar, es bien conocida por su respetabilidad. El certificado matrimonial, enmarcado, colgaba de un clavo sobre...

-¿Qué tipo de persona era la señorita Sprowls...? Quiero decir, ¿qué aspecto tenía?

-Bueno, señor... tenía pelo negro, era de baja estatura, más bien robusta, con una cara cómica. El martes se cumple una semana desde que dejaron la habitación.

-Y antes que ellos, ¿quién la ocupó?

-Bueno... Hubo un caballero soltero que estaba vinculado al negocio del transporte. Cuando se marchó, me debía una semana. Antes que él, estuvo la señora Crowder y sus dos chicos, que permanecieron cuatro meses; y antes, el anciano señor Doyle, cuyos hijos pagaban el alquiler. Ocupó el cuarto durante seis meses, lo cual cubre un año, señor; más allá de este plazo, no estoy en condiciones de proporcionarle información segura.

El muchacho le agradeció y se arrastró de regreso a su cuarto. La habitación estaba muerta. El efluvio que la vivificó se había desvanecido. El aroma de reseda ya no se percibía. En su reemplazo, había retornado el viejo olor rancio a muebles de casa húmeda, a lugar cerrado.

El reflujo de sus esperanzas dejó seco el manantial de su fe. Permaneció sentado, contemplando la luz de gas, amarilla y siseante. Muy pronto se dirigió a la cama y comenzó a cortar las sábanas en tiras. Con el filo de su cortaplumas introdujo los trozos firmemente en cuantas hendiduras circundaban las ventanas y la puerta. Cuando completó su tarea de taponar las rendijas, apagó la luz, de nuevo abrió totalmente el gas y se tendió en la cama con placidez.

***

Esa noche le correspondía a la señora McCool ir con la jarra en busca de cerveza. Por lo tanto, la trajo y se sentó con la señora Purdy en uno de esos refugios subterráneos donde se reúnen las caseras y donde el gusano que fastidia nuestra conciencia no termina de morir.

-Esta tarde he vuelto a alquilar el cuarto del tercer piso -dijo la señora Purdy, por encima de un prometedor círculo de espuma-. Lo tomó un muchacho, que hace dos horas subió para acostarse.

-¡No me diga! ¿Hizo eso, señora Purdy? -respondió la señora McCool con gran sorpresa-. Usted posee habilidades prodigiosas para alquilar habitaciones como ésa. Pero al menos, ¿le contó lo sucedido? -agregó con un ronco susurro cargado de misterio.

-¡Las habitaciones están amuebladas para alquilarlas! -dictaminó la señora Purdy con una voz en la que se percibía el cuero que forraba su garganta-. No le conté nada, señora McCool.

-¡Cuánta razón tiene, señora! Nuestro medio de vida es alquilar habitaciones. Indudablemente, usted posee un exacto sentido del negocio, mi amiga. Hay mucha gente que se negaría a ocupar un sitio en cuya cama murió un suicida.

-Como ya lo dijo usted, es necesario ganarse la vida -subrayó la señora Purdy.

-Sí, señora; ésa es la verdad. Hace exactamente una semana que la ayudé cuando usted puso en orden el cuarto del tercer piso. Era una chica demasiado bonita para matarse con gas... Tenía una carita muy dulce, mi querida señora Purdy.

-Se la hubiera podido considerar hermosa, como usted dice, si no hubiese tenido ese lunar junto a la ceja izquierda -opinó la señora Purdy, con actitud de asentimiento crítico-. ¿Me llena el vaso otra vez, señora McCool?

Primavera a la carta

Springtime À La Carte

Corrían los primeros días de la primavera.

Nunca jamás se debe comenzar un cuento de este modo, cuando se escribe. No hay apertura peor. Es seca, sin relieve, carente de imaginación y, según todas las probabilidades, sólo ha de contener viento. Pero en este caso resulta permisible. Pues el párrafo siguiente, que debería haber inaugurado la narración, es demasiado extravagante, descabellado y ridículo para que se lo lance a la cara del lector, sin preparación alguna.

Sara estaba llorando sobre el menú.

¡A quién se le ocurre! ¡Una neoyorquina derramando lágrimas sobre el menú!

Para explicar este hecho, se permitirá al lector pensar que se habían terminado las langostas, o que ella había hecho promesa de no comer helados durante la Cuaresma, o que acababa de pedir cebollas, o que terminaba de ver una película muy triste. Y luego, considerando que todas estas teorías son erróneas, se dignará el lector permitir que el relato continúe.

Cierto caballero afirmó una vez que el mundo era una ostra y que él la abriría con su espada; en realidad, acertó más de lo que merecía. No es difícil abrir una ostra con una espada. Pero ¿alguna vez se vio que alguien tratara de abrir a ese terrestre molusco utilizando una máquina de escribir? ¿Querría esperar a que abran una docena con tal sistema?

Sara había logrado apartar las valvas con esa incómoda arma, lo bastante como para mordisquear un poquito el frío mundo interior. Sabía tan poca estenografía como una recién graduada de la escuela de comercio.

Por lo tanto, incapaz de taquigrafiar, no podía ingresar a la brillante galaxia de los talentos oficinescos. Trabajaba como mecanógrafa independiente, haciendo copias para quien se lo pidiera.

En su batalla contra el mundo, su triunfo mayor había sido el trato hecho con el restaurante Schulenberg, Comidas Caseras. Ese local estaba junto al viejo edificio de ladrillo en donde ella alquilaba un cuarto. Una noche, después de consumir los cinco platos del Menú Fijo Schulenberg de Cuarenta Centavos (servidos con la misma celeridad con que se arrojan cinco pelotas en el béisbol), Sara se llevó la lista de comidas. Estaba redactada en una escritura casi ilegible, que no era inglés ni alemán, y dispuesta de modo tal que, si uno no se andaba con cuidado, empezaba la cena con escarbadientes y budín de arroz, para terminarla con sopa y el día de la semana.

Al día siguiente, Sara presentó a Schulenberg una pulcra tarjeta en donde se leía el menú, bellamente mecanografiado, con las viandas tentadoramente dispuestas bajo los encabezamientos adecuados, desde “Antipastos” hasta “No nos responsabilizamos por la pérdida de sobretodos y paraguas”.

De inmediato, Schulenberg se convirtió en ciudadano naturalizado. Antes de que Sara lo dejara ir habían llegado afablemente a un acuerdo: ella debía proveer listas de platos mecanografiadas para las veintiuna mesas del restaurante (una nueva por cada día), más las correspondientes al desayuno y al almuerzo, con tanta frecuencia como lo requirieran los cambios de menú o la pulcritud de las tarjetas.

A cambio, Schulenberg le enviaría tres comidas diarias a su habitación, por medio de un mozo (obsequioso, de ser posible) y le proporcionaría, todas las tardes, un borrador a lápiz de lo que el Destino depararía a los clientes de Schulenberg al día siguiente.

El acuerdo funcionó para satisfacción de ambos. Los comensales del restaurante pasaron a saber cómo se llamaba lo que comían, si bien a veces los intrigaba su naturaleza. Y Sara tuvo comida asegurada a lo largo de un invierno frío y oscuro, lo cual era su mayor interés.

Pero entonces el almanaque, mentiroso, dijo que había llegado la primavera. La primavera llega cuando llega. Las heladas nieves del crudo invierno aún yacían, inexorables, sobre las calles de la ciudad. Los organillos seguían tocando En los buenos tiempo del verano, con tanta vivacidad y sentimiento como al concluir el otoño. Los hombres empezaron a librar

pagarés a 30 días para pagar vestidos primaverales. Los porteros suprimieron la calefacción. Y cuando ocurren estas cosas, uno puede estar seguro de que la ciudad sigue en las garras del invierno.

Aquella tarde, Sara temblaba en su elegante dormitorio separado por un tabique del resto de la sala, “calefacción; limpieza esmerada; comodidades; ver para creer”, sin nada que hacer salvo los menús de Schulenberg. Sentada en su chirriante mecedora de mimbre, miraba por la ventana. El calendario de la pared insistía en gritarle: “Llegó la primavera, Sara, te digo que llegó la primavera. Mírame, Sara: mis números lo dicen. Y tú, Sara, tienes una silueta primaveral. ¿Porqué miras por la ventana con tanta tristeza?”

El cuarto de Sara estaba en la parte trasera de la casa. Al mirar por la ventana sólo veía un alto muro de ladrillos, sin aberturas, correspondiente a la fábrica de cajas de la calle siguiente. Pero ese muro era del más puro cristal, y la muchacha contemplaba una pradera cubierta de césped, sombreada por cerezos y olmos, bordeada por matas de frambuesa y rosales silvestres.

Los heraldos reales de la primavera son demasiado sutiles para la vista y el oído. Algunos necesitan ver florecido el azafrán y estrellado el bosque de cornejos, o escuchar la voz del mirlo, e incluso un recordatorio tan grosero como la despedida de las ostras y el alforfón en retirada, antes de recibir a la dama de verde con sus pechos entumecidos. En cambio, para los hijos dilectos de este viejo mundo, hay mensajes directos y dulces de la nueva esposa, diciéndole que no serán hijastros a menos que así lo prefieran.

En el verano anterior, Sara había ido al campo, donde se enamoró de un granjero.

(Al escribir un cuento nunca se debe retroceder así. Es mala literatura y mutila el interés. Es preciso dejar que la acción camine y camine.)

Sara pasó dos semanas en la granja Sunnybrook, donde llegó a enamorarse de Walter, el hijo del viejo Franklin. Muchos granjeros han sido amados, desposados y enviados a pasturas en menos tiempo. Pero el joven Walter Franklin era un agricultor moderno. Tenía teléfono en los establos y sabía exactamente qué efecto causaría la cosecha de trigo de Canadá, el año siguiente, en las papas plantadas durante la luna nueva.

Fue en esa sombreada y aframbuesada pradera, donde Walter le hizo la corte y la conquistó. Allí se habían sentado juntos, tejiendo una corona de dientes de león para su pelo. Después él alabó exageradamente el efecto de los capullos amarillos contra sus cabellos castaños; ella dejó allí la corona y volvió a la casa agitando en las manos el sombrero de paja.

Debían casarse en la primavera... con las primeras señales de la primavera, había dicho Walter. Y Sara volvió a la ciudad para castigar su máquina de escribir.

Un golpe a la puerta borró las visiones de Sara sobre aquel día feliz. Un mozo traía el borrador a lápiz de Comidas Caseras, redactada con la escritura angulosa del viejo Schulenberg. Ella se sentó ante la máquina y puso una tarjeta entre los rodillos. Era hábil mecanógrafa; por lo general, una hora y media le bastaba para terminar los veintiún menús.

Ese día, los cambios de la lista eran más numerosos que de costumbre. Las sopas eran más livianas; había desaparecido el cerdo de entre los antipastos y sólo figuraba, con nabos, en la sección “Parrilla”. El gracioso espíritu de la primavera impregnaba todo el menú. Los corderos que poco antes brincaban en las verdes colinas habían entrado en explotación, con una salsa que conmemoraba sus cabriolas. El canto de la ostra , aunque no acallado, estaba diminuendo con amore. La sartén parecía pender inactiva tras las barras benéficas de la parrilla. La lista de pasteles se había henchido; los budines más sustanciosos ya no existían, y los embutidos, con todas sus vestiduras, perduraban apenas en una agradable catalepsia, con los alforfones y el dulce pero malhadado jarabe de arce.

Los dedos de Sara bailaban como los mosquitos sobre un arrollo estival. De plato en plato, fue dando a cada uno su sitio exacto, según la longitud del nombre, calculando con ojo experto.

Antes del postre venía la lista de verduras: zanahorias y arvejas, espárragos sobre pan tostado, los perennes tomates, maíz, chauchas, repollo y...

Sara estaba llorando sobre su lista de platos. Desde las profundidades de alguna sagrada desesperación, las lágrimas se elevaron en su corazón y se le agolparon en los ojos. Bajó la cabeza sobre la pequeña máquina de escribir, y el teclado matraqueó un seco acompañamiento a sus húmedos sollozos.

Pues no había recibido carta de Walter en las dos últimas semanas, y el siguiente plato del menú era diente de león... diente de león con huevos... ¡Pero a quién le importaban los huevos! Diente de león, con cuyos dorados pimpollos la había coronado Walter, nombrándola su reina de amor y futura esposa. Dientes de león, los heraldos de la primavera, la corona de espinas de su tristeza, remembranza de días más felices.

Señora, la desafío a sonreír en medio de esta prueba. Que le sirvan en ensalada, con aderezo francés, las rosas finísimas que le trajo Percy la noche en que usted le dio su corazón. Si Julieta hubiera visto así deshonrados los testimonios de su amor, tanto antes habría ansiado las hierbas letales del buen boticario.

Pero ¡Qué bruja es la primavera! Era preciso enviar un mensaje a la fría metrópolis de piedra y acero. No había quién lo llevara, salvo el pequeño y resistente mensajero de los campos, el de tosco abrigo verde y aspecto humilde. Era un verdadero soldado de la fortuna, este diente de león. Florido, será asistente del amor, enredado en la cabellera castaña de mi dama; joven, imberbe y sin flor, entra en la cacerola y transmite la palabra de su soberana.

Poco a poco, Sara contuvo las lágrimas. Había que escribir los menús. Sin embargo, demorada todavía un leve, dorado resplandor de flores amarillas, golpeó distraídamente las teclas de la máquina por un ratito, con la mente y el corazón en la pradera de su joven granjero. De todos modos, pronto regresó a las rocosas laderas de Manhattan; entonces los tipos metálicos empezaron a saltar como un automóvil en carrera a campo traviesa.

A las seis de la tarde, el mozo le trajo la cena y se llevó las tarjetas mecanografiadas. Sara dejó a un lado, suspirando, el plato de dientes de león con su corona de huevos. Tal como esa masa oscura se había transformado, de una flor brillante, sostenida por el amor, en una ignominiosa verdura, así sus esperanzas estivales se marchitaban y perecían. Como decía Shakespeare, el amor puede alimentarse a sí mismo, pero Sara no se podía decidir a comer plantas que, como adorno, habían agraciado el primer banquete espiritual de su corazón.

A las 7.30, la pareja del cuarto vecino empezó a discutir; el hombre del cuarto de arriba buscaba un Do en su flauta; la luz de gas perdió un poco de potencia; tres carros de carbón empezaron a descargar... único ruido que pone celoso al fonógrafo; los gatos de las cercas traseras se retiraron lentamente hacia otros vecindarios. Estas señales indicaron a Sara que era hora de leer. Sacó El claustro y el hogar (el libro menos vendido del mes), apoyó los pies en su arcón y empezó a divagar con Gerard.

En eso oyó el timbre de la puerta principal. Atendió la propietaria, pero Sara abandonó a Gerard y a Danys, acorralados en un árbol por un oso, para prestar atención. ¡Oh, por supuesto, ustedes hubieran hecho lo mismo!

Y entonces se oyó una fuerte voz en el vestíbulo de abajo. Sara brincó hacia la puerta, dejando el libro en el suelo y al oso como fácil vencedor del primer encuentro.

Sí, adivinó usted. Apenas había llegado a la escalera cuando apareció su granjero, subiendo los escalones de a tres, y la segó limpiamente, sin dejar nada a los espigadores.

-¿Por qué no me escribiste? ¿Por qué? -gritó Sara.

Nueva York es una ciudad bastante grande -observó Walter Franklin-. Llegué hace una semana y fui a la dirección que me habías dado. Allí me dijeron que te habías retirado un jueves. Eso me consoló, porque eliminaba la posible mala suerte del viernes. ¡Pero eso no quita que te haya estado buscando desde entonces con la policía y todo!

¡Yo te escribí! -afirmó Sara, vehemente.

-¡No recibí nada!

-¿Y cómo me encontraste?

El joven granjero esbozó una sonrisa de primavera.

Esta tarde entré a ese restaurante de al lado. Y no me importa decirlo: a esta altura del año me gusta comer un plato de verduras. Estaba buscando algo que me agradara en ese lindo menú, tan bien mecanografiado, pero en cuanto pasé el repollo volteé la silla y llamé al propietario a grito pelado. Él me dio tu dirección.

-Me acuerdo -suspiró Sara, feliz-. Después del repollo había diente de león.

-En cualquier sitio del mundo sería capaz de reconocer esa W mayúscula, elevada sobre la línea, que hace tu máquina de escribir- dijo Franklin.

-Pero si “diente de león” no se escribe con W -exclamó ella, sorprendida.

El joven sacó el menú del bolsillo y señaló un renglón. Sara reconoció entonces la primera tarjeta que había mecanografiado esa tarde. Aún se notaba la mancha irregular, en la esquina superior derecha, dejada por una lágrima caída. Pero sobre la mancha, donde hubiera debido leerse el nombre de la planta de las praderas, el insistente recuerdo de sus capullos dorados había hecho que sus dedos operaran teclas extrañas.

Entre el repollo colorado y los pimientos verdes rellenos figuraba el plato:

queridisimo walter, con rodajas de huevo duro.

Mammon y el arquero

Mammon And The Archer

El viejo Anthony Rockwall, fabricante retirado y propietario del Jabón Eureka de Rockwall, miró por la ventana de la biblioteca de su residencia de la Quinta Avenida y sonrió. Su vecino de la derecha -el aristocrático clubman V. Van Schuylight Suffolk–Jones- salió para subir al automóvil que lo esperaba, frunciendo la nariz como de costumbre con aire insultante ante los bajorrelieves renacentistas que ostentaba la fachada del palacio de Rockwall.

-¡Vieja y engreída estatuilla de la inutilidad! -comentó el ex rey del jabón-. El Museo del Edén se quedará con ese viejo Nesselrode petrificado si no se cuida. En el verano próximo haré pintar esta casa de rojo, blanco y azul, y veremos si eso le hará mirarla con tanto desdén.

Y Anthony Rockwall, que ignoraba los timbres, fue hacia la puerta de su biblioteca y gritó "¡Mike!" con la misma voz que había retumbado antaño en las praderas de Kansas.

-Avise a mi hijo que venga antes de marcharse -ordenó al sirviente que acudió.

Cuando el joven Rockwall entró en la biblioteca, el viejo dejó el periódico, lo miró con bondadosa severidad en su semblante liso y rubicundo y revolvió con una mano su mechón de pelo blanco, mientras hacía tintinear con la otra las llaves en el bolsillo.

-Richard -dijo Anthony Rockwall-. ¿Cuánto pagas por el jabón que usas?

Estas palabras sobresaltaron un tanto a Richard, quien había vuelto de la universidad seis meses antes.

Aún no conocía lo suficiente al autor de sus días, un hombre tan pródigo en sorpresas como una muchacha en su primera fiesta.

-Seis dólares la docena de pastillas, papá, según creo.

-¿Y por tu ropa?

-Calculo que unos sesenta dólares, generalmente.

-Eres un caballero -declaró Anthony, con aire resuelto-. He oído decir que esos jóvenes petimetres pagan veinticuatro dólares por una docena de pastillas de jabón y exceden los cien tratándose de ropa. Tienes tanto dinero para derrochar como cualquiera de ellos y, con todo, te limitas a lo que es decente y moderado. Por mi parte, uso el viejo Eureka..., no por razones sentimentales, sino porque es el jabón más puro que se fabrica. Siempre que se paga más de diez centavos la pastilla, se compran malos perfumes y etiquetas. Pero cincuenta centavos está en consonancia con un joven de tu generación y posición. Como dije, eres un caballero. Afirman que se requieren tres generaciones para formar uno. Se equivocan. El dinero lo forma con la misma facilidad con que se desliza la grasa del jabón. Te ha convertido en un caballero. Y... ¡qué diablos!... por poco ha hecho uno de mí. Soy casi tan descortés y desagradable y mal educado como esos dos viejos linajudos que viven en las casas contiguas a la mía y que no duermen tranquilos desde que compré la casa que está entre las de ellos.

-Hay cosas que no se pueden obtener con dinero -observó el joven Rockwall, con aire lúgubre.

-Vamos, no hables así -dijo el viejo Anthony, escandalizado-. Apuesto mi dinero en favor del dinero en cualquier caso. He recorrido el diccionario íntegro, hasta la Y, buscando algo que no se pueda comprar con dinero; y creo que tendré que apelar al apéndice del diccionario en la semana próxima. Juego al dinero contra el mundo entero. Dime algo que no se pueda comprar con él.

-Por lo pronto, no permite ingresar a los círculos selectos de la sociedad -respondió Richard, un poco fastidiado.

-¡Ajá! ¿Con que no? -gritó el paladín de la raíz del mal-. ¿Dónde estarían tus círculos selectos si el primero de los Astor no hubiese podido pagarse su pasaje en el entrepuente para venir aquí?

Richard suspiró.

-Y a eso iba -dijo el viejo, más aplacado ya-. Por eso te llamé. A ti te pasa algo, muchacho. Lo he notado en estas dos últimas semanas. Vamos, habla. Creo que yo podría

disponer de once millones en las veinticuatro horas próximas, sin contar mis inmuebles. Si se trata de tu hígado, tienes el "Rambler" fondeado en el puerto, cargado de carbón y listo para viajar a las Bahamas en dos días.

-Tu conjetura es bastante acertada, papá; no la erraste por mucho.

-¡Ah! -dijo con vivacidad el viejo Anthony-. ¿Cómo se llama la chica?

Richard empezó a pasearse por la biblioteca. En su rústico padre había camaradería y solidaridad suficientes para suscitar su confianza.

-¿Por qué no le declaras tu amor? -preguntó el viejo Anthony-. Se te echará al cuello. Tienes dinero y estampa y eres un muchacho decente. Tus manos están limpias. No hay jabón Eureka sobre ellas. Has estado en la universidad, pero la chica hará caso omiso de eso.

-No he tenido oportunidad de hablarle -dijo Richard.

-Búscala -dijo su progenitor-. Llévala de paseo por el parque o a dar una vuelta en coche, o acompáñala a su casa cuando vuelva de la iglesia. ¡Una oportunidad! ¡Vamos!

-Tú no conoces el molino social, papá. Ella forma parte del torrente que lo hace girar. Cada día, cada hora y cada minuto de su tiempo están ocupados con días de antelación. Necesito conseguir a esa muchacha, papá, o esta ciudad será siempre para mí un pantano. Y no puedo escribirle: no puedo hacerlo.

-¡Hombre! -dijo el viejo-. ¿Quieres hacerme creer que, con todo mi dinero, no puedes obtener un par de horas del tiempo de esa muchacha?

-He postergado demasiado el asunto. Ella se embarca para Europa pasado mañana a mediodía, para quedarse allí dos años. Podré estar a solas con ella mañana por la noche durante unos pocos minutos. Ahora se halla en Larchmont, en casa de su tía. No puedo ir allí. Pero no me ha permitido que vaya a recibirla a la Estación Central mañana por la noche, con un coche, cuando llegue el tren de las 8.30. Iremos por Broadway a toda velocidad al Wallack, donde su madre y unos amigos nos esperarán en el vestíbulo. ¿Crees que escucharía una declaración mía durante esos seis u ocho minutos, en semejantes circunstancias? No. ¿Y qué probabilidades de éxito tendría yo en el teatro o más tarde? Ninguna. No, papá. Tu dinero no puede desenredar este embrollo. No podemos comprar un solo minuto de tiempo con dinero; si así fuera, la gente rica viviría mucho más. No tengo esperanzas de hablar con la señorita Lantry antes de que se embarque.

-Perfectamente, hijo mío -dijo con aire risueño el viejo Anthony-. Ahora puedes irte a tu club. Me alegro de que no se trate de tu hígado. Pero no te olvides de quemar unas pajuelas perfumadas en el templo chino ante el gran dios Mazuma, de vez en cuando. ¿Dices que con el dinero no se puede comprar tiempo? Bueno, desde luego, uno no puede ordenar que le envuelvan la eternidad y se la manden a casa por un precio, pero he visto al Padre Tiempo magullarse los talones con las piedras cuando cruzaba los lavaderos de oro.

Esa noche vino la tía Ellen, afable, sentimental, cubierta de arrugas, suspirante, abrumada por las riquezas, y al encontrar a su hermano Anthony leyendo el periódico de la noche, empezó a perorar sobre los infortunios de los enamorados.

-Richard ya me dijo todo eso -declaró Anthony, bostezando-. Le contesté que mi cuenta bancaria estaba a su disposición. Entonces empezó a vapulear el dinero. Dijo que no podría ayudarle. Y que las normas sociales no podían ser desviadas ni un metro por un equipo de multimillonarios.

-Oh, Anthony -replicó, con un suspiro, la tía Ellen-. Ojalá no le dieras tanta importancia al dinero. La riqueza nada significa cuando hay un verdadero afecto. El amor es todopoderoso. ¡Si Richard hubiese hablado antes! Ella no habría podido rechazarlo. Pero temo que ahora sea demasiado tarde. Ya no tendrá oportunidad de hablarle. Todo tu oro no podrá darle la felicidad a tu hijo.

A las ocho de la noche siguiente la tía Ellen sacó un antiguo anillo de oro de un estuche apolillado y se lo dio a Richard.

-Úsalo esta noche, sobrino -pidió-. Me lo regaló tu madre. Dijo que daba suerte en el amor. Me rogó que te lo diera cuando encontraras a la mujer amada.

El joven Rockwall tomó el anillo con aire de veneración y se lo probó en el meñique. La sortija resbaló hasta el segundo nudillo, y se detuvo. Se la quitó y se la guardó en el bolsillo de la chaqueta, de acuerdo con el hábito masculino. Luego pidió por teléfono su coche.

En la estación, capturó a la señorita Lantry entre la ruidosa multitud a las 8.32.

-No debemos hacer esperar a mamá y a los demás -manifestó la joven.

-¡Al teatro Wallack, con toda la rapidez posible! -ordenó con lealtad Richard.

Enfilaron velozmente por la calle 42 rumbo a Broadway y luego bajaron por el camino de blancas estrellas que lleva de las suaves praderas del crepúsculo a las rocosas colinas de la mañana.

En la calle 34 el joven Richard levantó con rapidez la escotilla y ordenó al cochero que parara.

-Se me ha caído un anillo -se excusó, mientras se apeaba-. Era de mi madre y me dolería mucho perderlo. Solo la demoraré un minuto. Vi donde cayó.

Antes de que hubiera transcurrido el minuto, el joven Rockwall volvió al coche con el anillo.

Pero en ese breve lapso, delante del coche se había detenido un automóvil. El cochero intentó desviar el cabriolé hacia la izquierda, pero un pesado camión le cerró el camino. Probó después por la derecha y tuvo que apartarse de un furgón de mudanzas que no tenía por qué estar allí. Procuró retroceder, pero finalmente dejó caer las riendas y blasfemó a conciencia. Lo bloqueaba una enredada maraña de vehículos y caballos.

Se había producido una de esas congestiones de tránsito que suelen paralizar de pronto el comercio y el movimiento en la gran ciudad.

-¿Por qué no sigue? -preguntó con impaciencia la señorita Lantry-. Llegaremos tarde.

Richard se paró en el cabriolé y miró. Vio un mar de carros, camiones, coches, furgones y tranvías que llenaban el vasto espacio donde se cruzan Broadway, la Sexta Avenida y la calle 34, como llena una doncella de sesenta y cinco centímetros de talle su cinturón de cincuenta y cinco. Desde todas las calles adyacentes, otros vehículos avanzaban, traqueteando a toda velocidad hacia aquella densa y forcejeante masa, trabando las ruedas y añadiendo al fragor las imprecaciones de sus conductores. Parecía que todo el tránsito de Manhattan se apiñaba a su alrededor. Ni los más viejos neoyorquinos que había entre los miles de espectadores parados en las aceras recordaban una congestión de semejantes proporciones.

-Lo siento muchísimo -dijo Richard, volviendo a sentarse-. Pero parece que nos hemos atascado. Ni en una hora arreglarán este lío. La culpa fue mía. Si no se me hubiese caído el anillo, nosotros...

-Muéstremelo -dijo la señorita Lantry-. Ahora que esto no tiene remedio, tanto me da. De todos modos, los teatros me parecen algo estúpidos.

A las once de la noche, alguien llamó suavemente a la puerta de Anthony Rockwall.

-Adelante -gritó Anthony, quien vestía una bata roja y leía un libro de aventuras de piratas.

Ese alguien era la tía Ellen, cuyo aspecto evocaba a un ángel de cabellos canos abandonado en la tierra por error.

-Ya son novios, Anthony -dijo, con dulce voz-. Ha prometido casarse con Richard. Cuando iban al teatro, hubo una congestión de tránsito y su cabriolé tardó dos horas en salir de allí. Y..., ¡oh, hermano Anthony! ... No te vuelvas a jactar del poder del dinero. Lo que permitió a nuestro Richard encontrar la felicidad fue un pequeño símbolo del verdadero amor, un anillito que encarnaba un cariño infinito y desinteresado. Se le cayó en la calle y se apeó para recobrarlo. Y antes de que pudieran proseguir el viaje, se produjo la congestión. Richard le habló a su amada y la conquistó mientras el coche estaba clavado allí. El dinero es una basura comparado con el verdadero amor, Anthony.

-Muy bien -dijo el viejo Anthony-. Me alegro de que el chico haya conseguido lo que quería. Ya le dije yo que no ahorraría gastos con tal que él...

-Pero... ¿De qué habría podido servirle tu dinero, hermano Anthony?

-Hermana -dijo Anthony Rockwall-. Mi pirata está en un apuro tremendo. Acaban de hundirle el barco y es un juez demasiado bueno del valor del dinero para permitir que se pierda. Por favor, déjame seguir leyendo este capítulo.

Este cuento debería acabar aquí. Yo lo desearía tanto como el lector. Pero debemos llegar al fondo del pozo para descubrir la verdad.

Al día siguiente, una persona de manos rojas y corbata a lunares, que dijo llamarse Kelly, vino a casa de Anthony Rockwall y fue recibido sin demora en la biblioteca.

-Bueno -dijo Anthony, teniendo la mano hacia su talonario de cheques-. Fue un buen trabajo. Veamos... Le di 5 000 dólares al contado.

-Agregué otros 300 de mi bolsillo -repuso Kelly-. Tuve que exceder un poco el presupuesto. Pude conseguir la mayoría de los carros y cabriolés por 5 dólares; pero los camiones y las yuntas de caballos me costaron 10. Los conductores de tranvías quisieron 10 dólares y algunos de los carreros 20. Los más costosos fueron los policías; a dos de ellos les pagué 50 dólares, y a los demás, 20 y 25. Pero... ¿verdad que salió bien, señor Rockwall? Me alegro de que William A. Brandy no haya presenciado esa escenita, esa aglomeración de vehículos al aire libre. ¡Se le habría encogido el corazón de envidia! ¡Y eso que no hicimos un solo ensayo! Los muchachos llegaron al sitio fijado con una puntualidad perfecta. Pasaron dos horas antes de que una víbora pudiera meterse debajo de la estatua de Greeley.

-Aquí tiene 1300 dólares, Kelly -dijo Anthony, arrancando un cheque del talonario-. Sus 1000, y los 300 que debió agregar de su bolsillo. Usted no desprecia el dinero..., ¿verdad, Kelly?

-¿Yo? -dijo Kelly-. Le daría una buena tunda al que inventó la pobreza.

Anthony llamó a Kelly cuando este ya había llegado a la puerta.

-¿No notó usted entre la congestión del tránsito a un niño regordete y desnudo que disparaba flechas con un arco? -le preguntó.

-No -respondió Kelly, intrigado-. No lo noté. Si estaba desnudo, como usted dice, es probable que los policías lo hayan detenido antes de llegar allí.

-Ya me imaginaba yo que ese bribonzuelo no se dejaría ver -dijo Anthony, riendo entre dientes-. Adiós, Kelly.

La puerta verde

The Green Door

Supongamos que usted va caminando por el centro, después de cenar; ha asignado diez minutos a la consumición de un cigarro y trata de decidir entre divertirse con una tragedia o ver algo serio, tipo comedia musical. De pronto, alguien le apoya una mano en el brazo. Al volverse, usted se encuentra con los ojos inquietantes de una hermosa mujer, que luce magníficamente sus diamantes y sus martas rusas. Ella, apresuradamente, le pone en la mano un panecillo enmantecado, muy caliente, y con un diminuto par de tijeras le corta el segundo botón del sobretodo, exclamando una sola palabra sin significado alguno: “¡paralelogramo!”. De inmediato huye por una calle lateral, echando una mirada temerosa a sus espaldas.

Eso sería una auténtica aventura. ¿La aceptaría usted? No, usted no. Enrojecido de vergüenza, dejaría caer tímidamente el panecillo y seguiría caminando por la avenida, manoseando febrilmente el ojal vacío. Es decir, así sería, a menos que usted sea uno de los pocos bienaventurados en quienes aún no ha muerto el puro espíritu de la aventura.

Los auténticos aventureros nunca han sido numerosos. Los que figuran como tales en letras de molde fueron, en su mayoría, hombres de negocios que aplicaron métodos recientemente inventados. Buscaban las cosas que ambicionaban: vellocinos de oro, santos griales, el amor de una mujer, tesoros, coronas y fama. El auténtico aventurero avanza sin meta y sin cálculos al cordial encuentro del destino desconocido. Un buen ejemplo nos lo brinda el Hijo Pródigo... al iniciar el regreso al hogar.

Semiaventureros, personajes todos valientes y magníficos, los ha habido de sobra. Desde las cruzadas hasta las defensas terraplenadas, han enriquecido las artes de la historia y la ficción, así como el comercio de la ficción histórica. Pero cada uno de ellos tenía un premio a obtener, una meta a conquistar, un hacha a la que dar filo, un nuevo golpe de esgrima que exhibir, un nombre al que poner lustre, una corona que ceñir... por lo tanto, no eran perseguidores de la auténtica aventura.

En la gran ciudad, el Romance y la Aventura, dos espíritus gemelos, viven a la busca de cortejantes que valgan la pena. Mientras vagamos por las calles nos miran de reojo, desafiándonos de veinte modos diferentes. Sin saber porqué, súbitamente levantamos la vista hacia una ventana y divisamos un rostro que parece pertenecer a nuestra galería de retratos íntimos. En cualquier vecindario adormecido oímos un grito de miedo y tormento, que proviene de una casa vacía, cerrada. Un taxista cualquiera, en vez de dejarnos en nuestra acera familiar, nos deposita ante una puerta extraña, que alguien abre ante nosotros con una sonrisa, invitándonos a entrar. Un trozo de papel con algo escrito aletea hasta posarse a nuestros pies, desde las altas celosías del Azar. Intercambiamos miradas de odio, afecto o temor instantáneos con cualquier desconocido que pasa apresuradamente en la multitud. Una súbita ráfaga de lluvia... y nuestro paraguas puede estar protegiendo a la Hija de la Luna Llena, prima hermana del Sistema Sideral. En todas las esquinas caen pañuelos, hay dedos que nos llaman, ojos que nos acorralan, y las claves de la aventura, perdidas, solitarias, arrebatadas, misteriosas, peligrosamente cambiantes, se deslizan furtivamente entre nuestros dedos. Pero pocos de nosotros estamos dispuestos a retenerlas y a seguirlas. Se nos cría rígidos, con la vara de las convenciones sujeta a la espalda. Pasamos de largo. Y un buen día, al término de una vida muy opaca, llegamos a reflexionar que nuestras aventuras han sido la imagen descolorida de uno o dos matrimonios, una rosa de satén guardada en el cajón de la caja fuerte y una eterna reyerta con el radiador de la calefacción.

Rudolf Steiner era un auténtico aventurero. Pocas eran las tardes en que no salía de su cubículo - dormitorio en busca de lo inesperado y lo egregio. Para él, lo más interesante de la vida parecía ser lo que quizás estuviera a la vuelta de la esquina. A veces, esas ansias de tentar al destino lo llevaban por rumbos extraños. En dos ocasiones había pasado la noche en una comisaría; de tanto en tanto, embusteros ingeniosos y mercenarios lo hacían su víctima, y también su reloj y su dinero habían sido, en una oportunidad, trofeos de un cebo halagador.

Pero él, con impertérrito ardor, seguía recogiendo todos los guantes que se le arrojaban, en alegre persecución de la aventura.

Una noche, Rudolf paseaba por una calle lateral, en la parte más antigua del centro. Dos ríos de gente llenaban las aceras: por una parte, los que corrían de regreso al hogar; por otra, ese contingente inquieto que lo abandona por la sabrosa bienvenida de un menú de restaurante profusamente iluminado.

El joven aventurero era de agradable porte y se movía con cautelosa serenidad. A la luz del día trabajaba vendiendo pianos en un local. Llevaba la corbata pasada por un anillo de topacio, en vez de sujetarla con un alfiler. En una oportunidad había escrito al director de una revista, afirmando que La prueba del amor de Junie, obra de la señorita Libbey, había influido sobre su existencia más que ningún otro libro.

Durante su paseo, un violento castañeteo de dientes exhibidos en una vitrina llamó su atención (envuelta en escrúpulos) hacia el restaurante en cuya fachada se lucían. Sin embargo, una segunda mirada le reveló el letrero luminoso de un dentista, muy por encima de la puerta siguiente. Un negro gigantesco, fantásticamente ataviado con una chaqueta roja bordada, pantalones amarillos y gorra militar, distribuía tarjetas con toda discreción entre los transeúntes que consentían en tomarlas.

Esta modalidad de propaganda odontológica era un espectáculo común para Rudolf. Generalmente pasaba junto al repartidor de tarjetas sin disminuir su provisión, pero esa noche el africano le deslizó una en la mano, con tanta destreza que él la retuvo, sonriendo un poco para festejar la triunfal hazaña.

Después de recorrer algunos metros más, echó sobre la tarjeta una mirada indiferente. Sorprendido, la dio vuelta para mirarla con mayor interés. Un lado de la cartulina estaba en blanco; en el otro se leían, escritas en tinta, tres palabras: “La Puerta Verde”. En eso, Rudolf vio que un hombre, algunos pasos más adelante, arrojaba al suelo la tarjeta que el negro le había dado. La recogió; tenía impresos el nombre y la dirección del dentista, con el habitual anuncio de “emplomaduras, puentes y coronas”, más ricas promesas de “operaciones indoloras.”

El aventurado vendedor de pianos se detuvo en la esquina para estudiar la situación. Por fin cruzó la calle, retrocedió una cuadra, volvió a cruzar y se unió nuevamente al río de gente que avanzaba por la calle. Sin demostrar que reparaba en el negro, pasó junto a él por segunda vez y tomó, al descuido, la tarjeta que le ofrecía. Diez pasos más allá la inspeccionó. Mostraba, en la misma escritura de la primera tarjeta, las palabras “La Puerta Verde”. En la acera había tres o cuatro cartulinas, arrojadas por peatones que habían pasado antes o después de él. Estaban caídas con la cara en blanco hacia arriba, pero al invertirlas Rudolf vio que todas tenían impreso el anuncio del “salón” dental.

Rara vez debía el malicioso duende de la Aventura convocar dos veces a Rudolf Steiner, su fiel seguidor. Pero dos veces lo había hecho, y la gesta se iniciaba ya.

Rudolf regresó lentamente al puesto del negro gigantesco, junto a la vitrina de la dentadura castañeteante. En esa oportunidad, al pasar, no recibió ninguna tarjeta. A pesar de su vistoso y ridículo atuendo, el etíope exhibía una dignidad bárbara innata en tanto ofrecía suavemente las tarjetas a algunos, dejando que otros pasaran sin ser molestados. Cada medio minuto entonaba una frase áspera, ininteligible, similar al chapurreo de los cocheros y los cantantes de ópera. Esa vez, no sólo retuvo sus tarjetas, sino que a Rudolf le pareció recibir, de aquella faz reluciente, negra, voluminosa, una mirada de frío desdén, casi despectivo,

Aquella mirada acicateó al aventurero, quien leyó en ella la silenciosa acusación de que se lo había sorprendido en delito de desear. Cualquiera fuese el significado de las misteriosas palabras escritas en la tarjeta, el negro lo había elegido dos veces entre la multitud como digno de recibirlas. Y ahora parecía condenarlo como falto de ingenio y de ánimo para lanzarse en el enigma.

El joven, apartándose de la muchedumbre, efectuó una rápida apreciación del edificio en donde, a su modo de ver, debía esperarlo la aventura. Tenía cinco pisos; un pequeño restaurante ocupaba el subsuelo.

La planta baja, ya cerrada, parecía albergar una peletería. El primer piso, junto al letrero parpadeante, correspondía al dentista. Por encima se veía una políglota babel de letreros que se esforzaban por indicar los paraderos de quirománticos, modistas, músicos y médicos. Aún más arriba, las cortinas fruncidas y las botellas de leche, blancas en el antepecho de las ventanas, proclamaban las regiones de lo doméstico.

Tras concluir su investigación, Rudolf subió animosamente el largo tramo de escalones de piedra que llevaba a la casa. Ascendió otros dos pisos por la escalera alfombrada y en la cima se detuvo. Allí el pasillo estaba apenas iluminado por dos pálidos picos de gas; uno lejos, a la derecha; el otro, más próximo, a su izquierda. Rudolf vio, a la débil luz del más cercano, una puerta verde. Por un momento vaciló, pero de inmediato creyó ver la sonrisa despectiva del africano repartidor de tarjetas, y avanzó rectamente hacia la puerta verde para llamar a ella.

Momentos como los transcurridos antes de que su llamada recibiera respuesta miden el rápido aliento de la auténtica aventura. ¡Qué no habría detrás de esos paneles verdes! Apostadores en pleno juego de cartas; astutos timadores que cebaban sus trampas con sutil habilidad; alguna belleza enamorada del coraje y que, por tanto, planeaba hacerse buscar por él; peligro, muerte, amor, desilusión, ridículo; cualquiera de esas cosas podía responder a sus temerarios golpecitos.

Dentro se oyó un leve susurro y la puerta se abrió con lentitud. Una muchacha, que aún no llegaba a los veinte años, asomó por ella, pálida y estremecida. Soltó el picaporte y se tambaleó débilmente, moviendo un brazo como en busca de algo a qué sujetarse. Rudolf la sostuvo, levantándola en vilo, y la depositó en un sofá descolorido que se veía contra la pared. Luego cerró la puerta y echó un rápido vistazo a su alrededor, a la luz de un parpadeante pico de gas. La historia que allí leyó era la de una limpia, pero extremada pobreza.

La muchacha seguía inmóvil, como desvanecida. Rudolf, excitado, buscó algún barril en la habitación. Hay que hacer rodar sobre un barril a la gente que... no, eso es para los que se ahogan. Entonces optó por abanicarla con su sombrero. Eso resultó bien, pues le golpeó la nariz con el ala de su galera y ella abrió los ojos. El joven pudo ver que su rostro era, por cierto, el que faltaba en la galería de retratos íntimos que guardaba en su corazón. Los francos ojos grises, la naricita, que se curvaba pícaramente hacia arriba, el pelo castaño y enrulado como los zarcillos de las arvejillas: todo eso parecía el final debido, la recompensa de todas sus maravillosas aventuras. Pero ese rostro lucía penosamente enflaquecido y pálido.

La muchacha le clavó una mirada tranquila. Luego sonrió.

-Me desmayé, ¿no es cierto? -preguntó, débilmente-. Bueno, vaya a no... trate de pasarse tres días sin comer y vea lo que le ocurre.

-¡Recórcholis! -exclamó Rudolf, levantándose de un salto-. Espéreme; ya vuelvo.

Y salió a la carrera por la puerta verde, escaleras abajo. Veinte minutos después estaba de regreso. Tuvo que golpear la puerta con la punta del pie pata que ella abriera, pues traía los dos brazos ocupados con un cúmulo de paquetes del almacén y el restaurante. Los dejó sobre la mesa: pan, manteca, carnes frías, tortas, pasteles, encurtidos, ostras, un pollo asado, una botella de leche y otra de té bien caliente.

-Es absurdo -le recriminó- pasar por alto las comidas. Tiene que olvidarse de ese tipo de apuestas. La cena está lista.

Mientras le acercaba la silla a la mesa, le preguntó:

-¿Hay alguna taza para el té?

-En el estante, junto a la ventana -respondió ella.

Al volver con la taza, Rudolf la vio atacar, con los ojos arrebatados y brillantes, un enorme encurtido de apio que acababa de pescar de alguna bolsa, con el infalible instinto femenino. El se lo quitó, riendo, y le llenó la taza de leche.

-Primero beba esto -ordenó-. Después tomará un poco de té y un ala de pollo. Mañana, si se porta muy bien, podrá comer encurtidos. Y ahora, si me permite invitarme a cenar, comamos.

Rudolf ocupó la otra silla. El té dio brillo a los ojos de la muchacha y le devolvió un poco de color. Empezó a comer con una especie de elegante ferocidad, como los animales salvajes muertos de hambre. Parecía que la presencia de aquel joven y su ayuda le resultaban naturales. No porque restara valor a las convenciones, sino como si sus terribles aprietos le dieran el derecho de hacer a un lado todo lo artificial para quedarse con lo humano. Gradualmente, empero, al recobrar la fuerza y el bienestar, tomó alguna conciencia de las pequeñas convenciones correspondientes. Entonces empezó a contarle su pequeña historia. Era una entre los miles que hacían bostezar diariamente a la gran ciudad: la historia de la vendedora que gana un sueldo insuficiente, más reducido aún por “multas” que van a engrosar las ganancias del comerciante; de tiempo perdido por enfermedad y, por fin, de empleos perdidos, perdidas esperanzas y... Y el llamado de la aventura a la puerta verde.

Para Rudolf, sin embargo, aquél relato sonaba tan grandioso como la Ilíada o la crisis en La prueba del amor de Junie.

-Y pensar que usted pasó por todo eso -exclamó.

-Fue algo duro -reconoció la chica, solemne.

-¿No tiene parientes ni amigos en la ciudad?

-A nadie, en absoluto.

-Yo también estoy sólo en el mundo -dijo Rudolf, después de una pausa.

-Me alegro -se apresuró a decir la muchacha.

Y al joven, de algún modo, le alegró saber que ella aprobaba su desamparada condición. Muy de pronto, ella dejó caer los párpados con un profundo suspiro.

-Tengo un sueño tremendo -reconoció-. Y me siento tan bien...

Rudolf se levantó, recogiendo su sombrero.

-En ese caso, me despido. Una buena noche de descanso le caerá bien.

Le tendió la mano y ella se la tomó, diciendo “Buenas noches”. Pero sus ojos formularon una pregunta, con tanta elocuencia, con tanta franqueza y patetismo que él la contestó de viva voz:

-Oh, volveré mañana para ver cómo está. No se va a deshacer de mí tan fácilmente.

Ya en la puerta, como si no importara tanto el porqué de su aparición como el hecho mismo de que allí estuviera, ella preguntó:

-¿Qué lo trajo hasta mi puerta?

Él la miró por un momento, recordando las tarjetas con una súbita punzada de celos. ¿Y si hubieran caído en otras manos, tan aventureras como las suyas? Rápidamente, decidió que ella debía ignorar la verdad. Jamás le permitiría saber que conocía el extraño recurso al cual se había visto obligada por su gran aprieto.

-Uno de nuestros afinadores de pianos vive en esta casa -respondió-. Llamé a su puerta por equivocación.

Lo último que vio dentro del cuarto, antes de que la puerta verde se cerrara, fue la sonrisa de la muchacha.

Cuando estaba por bajar la escalera se detuvo a echar una mirada curiosa a su alrededor. Luego recorrió el pasillo hasta el extremo, subió a los pisos más altos y continuó sus desconcertadas exploraciones. Todas las puertas de la casa estaban pintadas de verde.

Intrigado, descendió hasta la acera. El fantástico africano seguía allí; Rudolf lo enfrentó con las dos tarjetas en la mano.

-¿Quiere decirme porqué me dio estas tarjetas y qué significan? -le preguntó.

El negro exhibió, una amplia y afable sonrisa, una espléndida propaganda de la profesión de su amo.

-Ahí está, jefe -dijo señalando calle abajo-. Pero creo que va a llegar tarde para el primer acto.

Rudolf, al seguir la dirección de su dedo, vio la entrada de un teatro que anunciaba, en deslumbrantes letras eléctricas, su nueva obra: “La puerta verde”.

-Dicen que la obra es de primera, don -afirmó el negro-. El agente me dio un dólar, ¿sabe? Para que distribuyera algunas tarjetas junto con las del doctor. ¿Quiere una del doctor, don?

En la esquina de la cuadra donde vivía, Rudolf se detuvo para tomar un vaso de cerveza y comprar un cigarro. Cuando salió, con su habano encendido, se abotonó el abrigo, echó hacia atrás el ala del sombrero y dijo, severamente, al poste de la esquina:

-De cualquier modo, estoy seguro de que fue el Destino el que me proporcionó el modo de encontrarla.

Conclusión que, dadas las circunstancias, anota a Rudolf Steiner, sin lugar a dudas, en las filas de los auténticos seguidores del Romance y la Aventura.

Memorias de un perro amarillo

Memoirs Of A Yellow Dog

No creo que ninguno de ustedes vaya a rasgarse las vestiduras por leer un relato puesto en boca de un animal. Míster Kipling y muchos otros buenos escritores han demostrado que los animales son capaces de expresarse en provechoso inglés, y hoy en día ninguna revista pasa a imprenta sin una historia de animales, a excepción de las articuladas publicaciones mensuales que todavía siguen sacando retratos de Bryan y de la horrorosa erupción de Mont Pelée.

Pero no vayan ustedes a buscar en mi cuento ningún tipo de literatura pretenciosa, como la de los parlamentos de Bearoo el oso, Snakoo la serpiente y Tammanoo el tigre, reflejados en los libros de la jungla. No puede esperarse que un perro amarillo que ha pasado la mayor parte de su vida en un piso barato de Nueva York, durmiendo en un rincón sobre una vieja combinación de satén (la misma sobre la que ella derramó el oporto en el banquete de lady Longshoremen), sea capaz de grandes trucos en el arte de hablar.

Nací cachorro amarillo; con fecha, localidad, pedigní y peso desconocidos. Mi primer recuerdo es que una vieja me tenía dentro de una cesta en la esquina de Broadway con la calle Veintitrés, tratando de venderme a una señora gorda. La vieja Mamá Hubbard se dedicaba a hacerme publicidad sin límites, anunciándome como un genuino fox–terrier de Stoke Poges, de origen pomeranio–hambletonio, chino, hindú y rojo irlandés. La mujer gorda empezó a rebuscar un billete de cinco dólares entre las muestras de gros grain que llevaba en el bolso hasta que logró cazarlo, y se dio por vencida. Desde aquel momento me convertí en una mascota, en el caprichito de mamá. Dígame, querido lector, ¿le ha cogido a usted alguna vez una mujer de noventa kilos, echándole el aliento con aroma de Camembert y Peau d'Espagne y restregándole la nariz por todo el cuerpo, al tiempo que repetía sin cesar con un tono de voz a lo Emma Eames: «¿Quién es la cosita más chiquitita y más preciosa de su amita?»

De ser un cachorro amarillo con pedigní pasé a ser un anónimo chucho amarillo que parecía un cruce de gato de Angora con una caja de limones. Pero mi ama nunca se apeó del burro. Tenía la certeza de que los dos primitivos cachorros que Noé recogió en su arca no eran sino una rama colateral de mis antepasados. Dos policías tuvieron que impedirle la entrada en el Madison Square Garden donde pretendía presentarme al premio de sabuesos siberianos.

Les hablaré ahora de aquel piso. La casa era del tipo más común en Nueva York, con mármol de la isla de Paros en el suelo del portal y terrazo a partir del primer piso. Había que subir... bueno, más bien trepar tres tramos de escaleras hasta nuestro hogar. Mi ama lo alquiló sin amueblar, y lo decoró con los elementos habituales: tresillo tapizado estilo 1902, un cromo al óleo que representaba a una geisas en un salón de té de Harlem, plantas artificiales y un marido.

¡Por Sirius!, qué pena me daba aquel pobre bípedo. Era un hombre pequeño, con pelo y patillas color de arena, muy semejantes a las mías. ¿Picoteado por la gallina de su mujer? Tucanes, flamencos y pelícanos parecían tenerle dominado bajo sus picos. Secaba los platos y escuchaba a mi ama contarle lo baratas y andrajosas que eran las ropas tendidas por la vecina del segundo, la del abrigo de ardilla. Y todas las noches, mientras ella preparaba la cena, le obligaba a sacarme de paseo atado al extremo de una correa.

Si los hombres supiesen cómo las mujeres pasan el tiempo cuando están solas no se casarían jamás. Laura Lean Jibbey, un poco de crema de almendras sobre los músculos del cuello, cascar cacahuetes, los platos sin fregar, media hora de cháchara con el hombre del hielo, lectura de un montón de cartas viejas, un par de tapas de escabeche y dos botellas de extracto de malta, una hora entera mirando furtivamente al piso del otro lado del patio por un agujero de la ventana..., y poco más queda por contar. Veinte minutos antes de que él llegue del trabajo se apresuran a arreglar la casa, cambian de cara para no dejar translucir su holgazanería, y sacan gran cantidad de labores de costura para hacer un paripé de diez minutos.

Llevaba yo una vida perra en aquel piso. La mayor parte del día me la pasaba tumbado allí, en mi rincón, viendo cómo aquella mujer gorda mataba el tiempo. A veces me dormía y tenía sueños imposibles en los que perseguía a gatos por los sótanos y gruñía a viejas de negros mitones, tal y como se supone que debe hacer un perro. Entonces ella se cernía sobre mí y me lanzaba una de aquellas sartas de cursilerías de caniche y me besaba en el hocico, pero ¿qué podía hacer yo? Un perro no puede mascar ajos.

Empecé a sentir compasión por Hubby, ¡os lo juro por mis gatos! Nos parecíamos tanto que la gente se daba cuenta cuando salíamos, y así andábamos desconcertados por las calles por las que baja el taxi de Morgan, y nos poníamos a trepar por los montones de la última nieve de diciembre en los barrios donde vive la gente de poco dinero.

Una tarde en que íbamos paseando como digo, y yo intentaba parecer un San Bernardo con premio, y el buen viejo pretendía simular que no había asesinado al primer organillero al que se le ocurriese tocar la marcha nupcial de Mendelssohn, miré hacia mi amo y le dije a mi manera:

-¿Por qué te amargas la vida, tú, soldado británico con galones de estopa? A ti jamás te besa. No tienes que sentarte en su regazo y escuchar una charla que lograría que un libreto de comedia musical pareciese las máximas dle Epicteto. Tendrías que estar agradecido por no ser un perro. Animo, Benedick, y sacúdete de encima las melancolías.

El desdichado cónyuge me miró con una mirada de inteligencia casi canina.

-¡Ay, perrito! -dijo-. Perrito bueno. Casi parece como si fueras capaz de hablar. ¿Qué te pasa, perrito, hay gatos?

¡Gatos! ¡Capaz de hablar!

Pero, naturalmente, no podía entenderme. A los humanos les ha sido negado el lenguaje animal. El único lugar común de entendimiento entre los perros y el hombre está en la ficción.

En el piso frente al nuestro vivía una señora con un terrier negro y canela. Su marido le ponía la traílla y lo sacaba todas las tardes, pero siempre volvía a casa silbando y de buen humor. Un día nos rozamos los hocicos el terrier y yo en el descansillo, y le pedí una explicación.

-Escucha, Brinca–y–salta -le dije-, sabes muy bien que no es propio de la naturaleza de un hombre de verdad el hacer de niñera de un perro en público. No he visto jamás a ninguno de los que llevan a un perro con una correa que no diese la impresión de querer pegar a cualquier hombre que le mirara. Pero tu jefe vuelve todos los días a casa de un humor excelente y tan dispuesto como un prestidigitador aficionado haciendo el truco del huevo. ¿Cómo lo consigue? No vayas a decirme que le gusta.

-¿Que qué hace? -dijo el negro–y–canela-. Pues, usa el Propio Remedio de la Naturaleza. Al principio volvía a casa como quien acaba de perder su pasta al póquer. Cuando hemos estado ya en ocho bares, le da lo mismo si la cosa que tiene al final de la traílla es un perro o un bagre. He perdido dos pulgadas de rabo en mis intentos por esquivar esas dichosas puertas giratorias.

La pista que me dio aquel terrier -satisfactoria imitación de vodevil- me hizo pensar.

Una tarde, alrededor de las seis, mi ama le ordenó que se pusiese en acción y realizase el acto de oxigenar a «Lovey». He tratado de mantenerlo oculto hasta ahora, pero así es como me llamaba. Al negro–y–canela le llamaban «Dulzor». Bien mirado, creo ser mejor que él cazando conejos. Aun así, opino que «Lovey» es una especie de lata nominal colgada del rabo de la dignidad de uno.

En un lugar tranquilo de una calle sin peligros tiré de la correa de mi guardián frente a un atractivo y refinado saloon. Me lancé como una flecha furiosa hacia las puertas, gimiendo como un perro que pretende comunicar el mensaje de que la pequeña Alice acaba de hundirse en el lodo mientras está recogiendo lilas en el arroyo.

-Caray, ¿qué ven mis ojos? -dijo el viejo con un remedo de sonrisa-; que Dios me prive de la vista si este chucho azafrán hijo de limonada con sifón, no me está pidiendo que me

tome una copa. Vamos a ver, ¿cuánto tiempo hace que no ahorro suela de zapato apoyándola en la barra de un bar? Me parece que...

Comprendí que ya estaba en mis manos. Pidió whisky a palo seco, sentado ante una mesa. Durante una hora estuvieron llegando los Campbell. Yo me senté a su lado llamando al camarero con golpecitos de la cola, y consumiendo comida gratis en nada comparable a la que mamá traía al piso en su carrito casero después de comprarla en un ultramarinos ocho minutos antes de que llegase papá.

Cuando se habían agotado todos los productos escoceses, excepto el pan de centeno, el viejo me desató de la pata de la mesa y me sacó jugueteando a la calle como un pescador sacaría a un salmón. Al llegar allí me quitó el collar y lo tiró al suelo.

-Pobre perrito -dijo-; mi buen perrito. Ella no volverá a besarte nunca más. Es una condenada vergüenza. Mi buen perrito, aléjate, déjate pillar por un tranvía y sé feliz.

Me negué a marcharme. Salté y retocé alrededor de sus piernas, tan feliz como un doguillo en una alfombra.

-Óyeme bien, viejo cazador de marmotas con cerebro de mosquito -empecé a decirle-, tú, viejo sabueso aullalunas, ojeaconejos y robahuevos, ¿es que no te das cuenta de que no quiero abandonarte? ¿No te das cuenta de que los dos somos cachorros perdidos en el bosque y que el ama es el tío cruel que te persigue a ti con el trapo de secar los platos y a mí con el linimento matapulgas y un lacito rosa para atármelo al rabo? ¿Por qué no cortar con eso para siempre y ser compañeros hasta la muerte?

-Perrito -repuso al fin-, no vivimos más que una docena de vidas en esta tierra, y muy pocos de nosotros llegamos a vivir más de trescientos años. Si vuelvo a ver ese piso en mi vida es que soy un fracasado, y si lo vuelves a ver tú es que eres un lameculos, y no hablo en broma. Apuesto sesenta contra uno a que Westward Ho[3] gana por la longitud de un perro tejonero.

No había correa ya, pero fui trotando junto a mi amo hacia el transbordador de la calle Veintitrés. Y los gatos que se cruzaron en nuestro camino tuvieron sobradas razones para dar gracias por haber sido dotados de uñas prensiles.

Al llegar a la orilla de Jersey, mi amo le dijo a un forastero que estaba allí de pie comiendo un bollo recién hecho:

-Yo y mi perrito nos dirigimos a las montañas Rocosas.

Pero cuando más dichoso me sentí fue cuando mi viejo me tiró de las dos orejas hasta que aullé, y dijo:

-Óyeme bien, cabeza de mono, cola de rata, hijo azufrado de un felpudo, ¿sabes cómo te voy a llamar?

Me acordé de «Lovey» y gemí lastimeramente.

-Te voy a llamar «Pete» -dijo mi amo, y si yo hubiera tenido cinco colas no habría tenido suficientes para agitarlas celebrando merecidamente el hecho.

[3] Nombre que el dueño del perro se da a sí mismo, simulando ser un caballo. (N. de la T.)

El oro que relucía

The Gold That Glittered

Un cuento con moraleja final es como una picadura de mosquito. Después de fastidiarle a uno, le inyecta una gota de escozor para irritarle la conciencia. Por consiguiente, empecemos por la moraleja y acabemos por el asunto. No es oro todo lo que reluce, pero juicioso es el muchacho que nunca se olvida de mantener cerrado su frasquito de ácido para experimentos.

Allí donde Broadway bordea la esquina de la plaza presidida por Jorge el Veraz se encuentra el Pequeño Rialto. En ese lugar se reúnen los actores del barrio, y su cantinela siempre es la misma.

-No -le dije a Frohman, antes de largarme-, no me sacarás un kopek por menos de dos ciencuenta. Alejándose, hacia el oeste y hacia el sur, del resplandor de las candilejas hay una o dos calles donde se ha apiñado una colonia hispanoamericana para encontrar algo de calor tropical en el gélido norte. La vida de este recinto tiene su centro de reunión en El Refugio, un café y restaurante que abastece a los volátiles exiliados venidos del sur. De Chile, Bolivia y Colombia, de las inestables repúblicas centroamericanas y las iracundas islas de las Antillas vienen huyendo los caballeros de capa y sombrero, que se encuentran esparcidos como lava ardiente por causa de las erupciones políticas de sus respectivos países. Llegan aquí para preparar conspiraciones, a esperar la hora propicia, a pedir préstamos, a reclutar mercenarios, a sacar armas y municiones de contrabando, a seguir el juego desde la distancia. En El Refugio encuentran un ambiente donde prosperar.

En el restaurante El Refugio se sirven platos deliciosos para el paladar del hombre de Capricornio o de Cáncer. El altruismo obliga a hacer un alto en este punto del relato. ¡Oh, comensal cansado de los subterfugios culinarios del chef galo, apresúrate a entrar en El Refugio! Sólo allí encontrarás un pescado -pez azul, sábalo o pámpano del Golfo- asado a la manera española. Los tomates le dan color, personalidad y alma; el colorado pimentón le otorga entusiasmo, originalidad y fervor; desconocidas hierbas lo rocían de picante y misterio, y... Pero la cumbre de su gloria merece una frase aparte. Rodeándolo y sobrevolándolo, por debajo y en las proximidades, pero nunca dentro de él, flota un aura etérea, un efluvio tan inclasificable y delicado que sólo la Sociedad de Investigaciones Físicas podría precisar su origen. Que nadie diga jamás que el pescado de El Refugio tiene ajo. Es, más bien, como si el espíritu del ajo hubiese pasado rozando para dejar al vuelo un beso que se queda prendido en la fuente coronada de perejil, tornándose tan inolvidable como esos besos fingidos que en nuestra desesperada fantasía dejamos caer sobre unos labios que no nos pertenecen. Y luego, cuando Conchito, el camarero, trae una fuente de fríjoles y una garrafa de vino que no ha encontrado reposo desde Oporto hasta El Refugio, entonces... ¡Ay, Dios!

Un día, un transatlántico de la Hamburg–América dejó en el muelle 55 al general Perico Ximénez Villablanca Falcón, pasajero procedente de Cartagena. El general tenía una tez entre arcillosa y baya, medía cuarenta y dos pulgadas de cintura y levantaba cinco pies y cuatro pulgadas del suelo sobre sus tacones Du Barry. Tenía un bigote como de dueño de una caseta de tiro al blanco, iba vestido de arriba abajo como un congresista tejano, exhibía ese aire importante dei delegado poco instruido.

El general Falcón tenía suficientes nociones de inglés escondidas bajo el sombrero como para ser capaz de preguntar por dónde se iba a la calle de El Refugio. Cuando llegó a aquel barrio vio un letrero colgado en una respetable casa de ladrillo rojo, que decía: «Hotel Español». En la ventana había una tarjeta escrita en español: «Aquí se habla español». El general entró, seguro de haber llegado a buen puerto.

En la acogedora oficina estaba mistress O'Brien, la dueña. Tenía el pelo rubio, sí, intachablemente rubio. Por lo demás era toda afabilidad, y su cuerpo se extendía generosamente ocupando unas cuantas pulgadas de los alrededores. El general Falcón rozó el suelo con su sombrero de ala ancha, y soltó una buena retahíla en español, cuyas sílabas sonaron como petardos estallando suavemente en hilera.

-¿Español o dago4? -preguntó mistress O'Brien con amabilidad.

-Soy colombiano, señora -dijo orgulloso el general-. Hablo el español. El anuncio que tiene usted en la ventana dice que aquí se habla español. ¿Cómo es eso?

-Bueno, usted acaba de hablar en él, ¿no? -comentó la dama-. Yo, desde luego, no tengo ni idea.

El general Falcón reservó habitación en el Hotel Español y allí se estableció. Al anochecer salió a merodear por las calles para ver las maravillas de aquella rugiente ciudad del norte. Mientras paseaba iba pensando en el maravilloso pelo dorado de madame O'Brieni. «Aquí es -se dijo el general, hablando en su idioma sin lugar a dudas- donde se encuentran las mujeres más hermosas del mundo. En mi Colombia natal no he visto jamás una belleza que pueda compararse can alguna de éstas. ¡Pero no! El general Falcón no puede andar pensando en la belleza. Es mi país el que reclama toda mi devoción.»

Al llegar a la esquina de Broadway con el Litle Rialto, el general empezó a verse en apuros. Los tranvías le desconcertaban, y el guardabarros de unos de ellos le hizo retroceder hasta chocar con un carrito cargado de naranjas. Un conductor de taxi lo esquivó por unas pocas pulgadas gracias a un frenazo, y empezó a proferir bárbaras blasfemias contra él. Llegó arrastrándose hasta la acera y allí volvió a saltar aterrorizado cuando el silbato de un tostador de cacahuetes introdujo en su oído un alarido estentóreo.

-¡Válgame Dios! ¡Esta ciudad es un infierno!

Cuando el general iba caminando, en un intento de esquivar la corriente de transeúntes al igual que un pajarillo herido, fue señalado simultáneamente como presa por dos cazadores. Uno era Bully McGuire, cuyo sistema de caza requería el uso de un fuerte brazo y el mal uso de un trozo de cañería que medía ocho pulgadas. El otro Nemrod del asfalto era Spider Kelley, un cazador de métodos más refinados.

En su impulso hacia la visible presa, míster Kelley fue ligeramente más rápido. Su hombro apartó con precisión la furiosa embestida de míster McGuire.

-¡G'wan! -ordenó con aspereza-. Yo lo vi primero. McGuire se esfumó, amedrentado por una inteligencia superior a la suya.

-Perdone -le dijo míster Kelley al general-, se ha visto usted atrapado por el tránsito, ¿verdad? Déjeme ayudarle.

Cogió el sombrero del general y le limpió el polvo. Las maneras de míster Kelley no podían conducirle más que al éxito. El general, consternado y aturdido por las ruidosas calles, dio la bienvenida a su salvador como a un caballero de desinteresado corazón.

-Tengo el deseo -dijo el general- de regresar al hotel de O'Brien, en el que estoy parando. ¡Caramba, señor, vaya velocidad y ruido que hay en esa Nueva York!

La educación de míster Kelley no podía permitir que el distinguido colombiano se enfrentara solo a los peligros del regreso. Al llegar a la puerta del Hotel Español se detuvieron. Un poco más allá, bajando por la otra acera, brillaba el letrero modestamente iluminado de El Refugio. Míster Kelley, para quien había pocas calles desconocidas, conocía superficialmente aquel lugar como «un garito de dagos». Míster Kelley clasificaba a todos los extranjeros en dos grupos, los franceses y los «dagos». Propuso al general que repusiesen allí sus fuerzas y regasen su encuentro con un buen elemento líquido.

Una hora más tarde, el general Falcón y míster Kelley estaban sentados en una mesa de El Refugio en el rincón de los conspiradores. Numerosos vasos y botellas se alzaban entre los dos. Por décima vez el general le confió el secreto de su misión en Estados Unidos. Había ido allí -declaró- para comprar armas, dos mil rifles Winchester destinados a los revolucionarios colombianos. Llevaba en el bolsillo talones, por valor de veinticinco mil dólares, extendidos por el banco de Cartagena para ser cobrados en la correspondiente sede neoyorquina. En otras mesas había otros revolucionarios que gritaban a voz en cuello sus secretos políticos a sus compinches de conspiración, pero nadie lo hacía en voz tan alta como el general. Este golpeaba la mesa, aullaba para pedir más vino y vociferaba para decirle a su amigo que

[4] Hombre de origen italiano o portugués, aunque también puede englobar a los españoles. (N. de la T.)

aquella misión era secreta, y que ni un alma debía sospecharla siquiera. Hasta el propio míster Kelley se sintió espoleado por un entusiasmo clemente y agarró la mano al general a través de la mesa.

-Señor -dijo con seriedad-, no sé dónde se encuentra ese país suyo, pero estoy con él. De todas formas, debe de ser una sucursal de los Estados Unidos, porque los poetas y los estudiantes también nos llaman a veces Columbia. Ha tenido suerte al encontrarse conmigo esta noche. Soy la única persona de todo Nueva York que puede arreglarle ese asunto de las armas. El secretario de Guerra de Estados Unidos es mi mejor amigo. Ahora se encuentra en la ciudad, y mañana iré a verle para lo suyo. Mientras tanto, monsieur, guarde usted bien esos talones en el bolsillo interior. Le vendré a buscar mañana y le llevaré a ver a mi amigo. ¡Por cierto! ¿No será el barrio de Columbia de lo que está usted hablando? ¿Verdad? -concluyó míster Kelley, asaltado por una duda súbita-. Eso no se puede tomar ni con dos mil rifles; ya se ha intentado con muchos más.

-¡No, no, no! -exclamó el general-. Se trata de la República de Colombia, una gran república situada en la parte alta de América del Sur. Sí. Sí.

-Ah, bueno -dijo míster Kelley, sintiéndose seguro de nuevo-. Y ahora debemos irnos a casa y despedirnos ya. Esta noche escribiré al secretario de Guerra y le pediré una cita. Es una tarea muy delicada sacar armas de Nueva York. No lo puede hacer McClusky personalmente.

Se separaron en el puerta del Hotel Español. El general volvió los ojos hacia la luna y suspiró.

-Es un gran país su Nueva York -dijo-. Es cierto que los coches lo cazan a uno por las calles, y el motor de tostar cacahuetes produce un chirrido espantoso. Pero, ¡ay, señor Kelley, las señoras con cabellos muy dorados y admirables redondeces, son realmente magníficas! ¡Muy magníficas!5

Kelley se dirigió a la cabina telefónica más cercana y llamó al café de McCrary, en la parte alta de Broadway. Preguntó por Jimmy Dunn.

-¿Eres Jimmy Dunn? -preguntó Kelley.

-Sí -respondió la voz.

-Mentiroso -respondió Kelley con voz cantarina y alegre-. Eres el secretario de Guerra. Espérame ahí hasta que llegue. Acabo de pescar el pez más suculento que jamás soñaste. Es un colorado maduro, con una banda dorada y cupones suficientes para comprar una lámpara de oro macizo y una estatuilla de Psique jugueteando en el arroyo. Llegaré en el próximo metro.

Jimmy Dunn era miembro asociado de Crookdom6, y un artista del timo. No había visto en su vida una cachiporra, y despreciaba los puñetazos. De hecho, jamás habría puesto delante de una futura víctima nada que no fuese la más pura de las bebidas, si hubiera sido posible procurarse tal cosa en Nueva York. La mayor ambición de Spider Kelley era llegar a tener la clase de Jimmy.

Los dos susodichos caballeros sostuvieron una conferencia aquella noche en el local de McCrary. Kelley planteó el asunto.

-Es pan comido. Es oriundo de la isla de Colombia, donde hay una huelga, o una lucha intestina o algo así, y lo han enviado aquí para que compre dos mil Winchester con los que arbitrar el asunto. Me ha enseñado dos talones de diez mil dólares cada uno, y uno de cinco mil extendido por un banco de aquí. Es la pura verdad, Jimmy; casi estuve a punto de enfadarme con él porque no los llevase en billetes de mil dólares y me los sirviese en bandeja de plata. Así que tendremos que esperar a que vaya al banco y saque el dinero para nosotros.

Estuvieron dos horas dándole vueltas al asunto, y por fin dijo Dunn:

-Llévalo mañana por la tarde al número... de Broadway, a las cuatro en punto.

Kelley fue a buscar al general con tiempo suficiente al Hotel Español. Se encontró a aquel astuto guerrero en una placentera conversación con mistress O'Brien.

[5] En castellano en el original. (N. *de la T)*

[6] Literalmente, «país de los ladrones.» (N. *de la T.)*

-El secretario de Guerra nos está esperando -anunció Kelley.

El general se apartó de allí con notable y desgarrador esfuerzo.

-¡Ay, señor! -exclamó-. El deber me reclama. Pero, señor, las señoras de sus Estados Unidos, ¡qué bellezas! Tomemos como ejemplo a madame O'Brien, ¡qué magnífica7! Es una diosa, una Juno, lo que ustedes llaman una Juno de ojos de buey.

Conviene decir que míster Kelley era un gracioso, y mejores hombres que él se han marchitado con el fuego de su propia imaginación.

-¡Claro que sí! -asintió con una mueca-, pero querrá usted decir más bien que parece un buey Juno, y además rubio del frasco.

Mistress O'Brien oyó aquellas palabras y levantó su dorada cabeza. Su mirada de mujer de negocios se quedó clavada unos instantes en la silueta ahusada de míster Kelley. Excepto en los tranvías, uno no tiene por qué ser innecesariamente grosero con una dama.

Cuando el galante colombiano y su escolta llegaron a la dirección de Broadway, los tuvieron en una sala de espera durante media hora y luego los hicieron pasar a un despacho lujosamente amueblado en el que un hombre de porte distinguido y rostro amable estaba escribiendo, sentado ante una mesa. El general Falcón le fue presentado al secretario de Guerra de los Estados Unidos, y éste fue informado por su viejo amigo, míster Kelley, de la misión que le había llevado hasta allí.

-¡Ah, Colombia! -dijo el secretario con énfasis, cuando hubo comprendido el asunto-. Me temo que en ese caso habrá algunas dificultades. El presidente y yo diferimos en nuestras simpatías acerca de su país. El se inclina por el Gobierno establecido, mientras que yo... -el secretario dirigió al general una misteriosa pero estimulante sonrisa-. Usted sabrá, por supuesto, general Falcón, que a partir de la guerra de Tammany se promulgó una ley del Congreso mediante la cual se exige que todas las armas de fábrica y municiones exportadas por este país pasen previamente por el Departamento de Guerra. Ahora bien, si puedo hacer algo por usted, estaré encantado de servirle como un favor a mi amigo míster Kelley. Pero habrá de ser dentro del más absoluto de los secretos, ya que el presidente, como acabo de decirle, no mira con buenos ojos los esfuerzos de su partido revolucionario en Colombia. Le diré a mi ordenanza que me traiga una lista de las armas de que actualmente dispone el almacén.

El secretario tocó una campanilla, y un ordenanza con las letras A D T grabadas en el sombrero entró inmediatamente en la habitación.

-Tráigame el cuadro B del inventario de armas pequeñas -ordenó el secretario.

El ordenanza retornó al punto con un papel impreso. El secretario lo estudió con detenimiento.

-Por lo que veo -dijo-, en el almacén número nueve de las reservas del Gobierno hay un cargamento de dos mil rifles Winchester que fueron encargados por el sultán de Marruecos, quien se olvidó de mandar el dinero junto con el pedido. Nuestra regla es que se ha de pagar al contado y en metálico, en el mismo momento de la compra. Mi querido Kelley, su amigo el general Falcón tendrá este lote de armas, si así lo desea, a precio de fábrica. Y en cuanto a usted, le ruego que me perdone si me veo obligado a dar por terminada nuestra entrevista. Seguro que lo comprenderá. Estoy esperando al ministro japonés y a Charles Murphy... ¡de un momento a otro!

Uno de los resultados de aquella entrevista fue que llenó de gratitud al general hacia su estimado amigo míster Kelley. Otro fue que el diestro secretario de Guerra estuvo muy ocupado durante los dos días siguientes comprando cajones de rifles vacíos y llenándolos de ladrillos, hecho lo cual fueron apilados en un almacén alquilado para tal fin. Y como un tercer resultado podríamos citar que, cuando el general regresó al Hotel Español, mistress O'Brien fue a su encuentro, le quitó un hilo de la solapa y dijo:

-Dígame, señor, no es que quiera meterme en lo que no me importa, pero ¿qué diablos quiere de usted ese duro de pacotilla con cara de mono, ojos de gato y encima chismoso?

[7] En castellano en el original. (N. *de la T.)*

-¡Sangre de mi vida!8 -exclamó el general-. No es posible que se esté usted refiriendo a mi buen amigo el señor Kelley.

-Venga usted al jardín de verano -dijo mistress O'Brien-. Quiero hablar con usted.

Supongamos ahora que ha transcurrido una hora entera.

-¿Y dice usted -estaba diciendo el general- que por la suma de dieciocho mil dólares puede comprarse el mobiliario de la casa y el alquiler de un año con derecho a este lindo jardín, tan parecido a los patios de mi querida Colombia?

-Y es una ganga -suspiró la dama.

-¡Ay Dios! -jadeó el general Falcón-. ¿Qué significan para mí la guerra y la política? Este lugar es un paraíso. Mi país encontrará otros muchos héroes que continúen la lucha. ¿Qué serían para mí la gloria y la muerte de tantos hombres? ¡Ah, no! Aquí es donde he encontrado un ángel. Compremos el Hotel Español y seréis mía, y ese dinero no se desperdiciará en armas.

Mistress O'Brien apoyó su rubia cabeza en el hombro del patriota colombiano.

-Oh, señor -suspiró feliz-, ¡es usted terrible!

Dos días después llegó la fecha señalada para la compra de armas por el general. Las cajas de supuestos rifles estaban ya en el almacén alquilado, y el secretario de Guerra se hallaba sentado sobre ellas, en espera de que su amigo Kelley fuese a buscar a su víctima.

Míster Kelley corrió, a la hora fijada, hacia el Hotel Español. Se encontró allí al general detrás del mostrador, haciendo cuentas.

-He decidido -dijo el general- no comprar armas. Hoy mismo acabo de comprar el interior de este hotel, y se celebrará matrimonio entre el general Perico Ximénez Villablanca Falcón con madame O'Brien.

Míster Kelley estuvo a punto de ahogarse:

-Oigame bien, viejo cabeza de betún -soltó al fin-, es usted un estafador, ¡eso es lo que es usted! Ha comprado usted una casa de huéspedes con dinero de su infernal país, dondequiera que se encuentre.

-Ah -dijo el general, apoyándose en una columna-, eso es lo que ustedes llaman política. La guerra y la revolución no son bonitas. Sí. No es deseable seguir siempre a Minerva. No. Es mucho mejor regentar hoteles y estar con esta Juno, con esta Juno de ojos de buey. ¡Ay, qué dorado pelo tiene!

Míster Kelley volvió a atragantarse.

-¡Ay, señor Kelley! -exclamó el general, con sentimiento y para terminar-. ¿Ha comido usted alguna vez la carne asada que prepara madame O'Brien?

[8] En castellano en el original. (N. *de la T.)*

Psique y el rascacielos

Psyche And The Pskyscraper

Si eres un filósofo puedes hacer lo siguiente: subirte a la cumbre de un edificio alto, mirar hacia abajo a tus semejantes, a cien metros de distancia, y despreciarlos como a insectos. Como los irresponsables insectos zapateros negros en las charcas estivales, se arrastran en círculos y se apresuran estúpidamente sin meta ni propósito. Ni siquiera se mueven con la admirable inteligencia de las hormigas, porque las hormigas siempre saben cuándo van a regresar a casa. La hormiga pertenece a una clase inferior, pero no será extraño que, cuando ella haya llegado a casa y calzado ya las zapatillas, tú permanezcas abandonado en tu elevada clase.

Así pues, el hombre, para el filósofo encaramado en las alturas, no aparece más como un rastrero y despreciable escarabajo. Los agentes de Bolsa, los poetas, los millonarios, los limpiabotas, las beldades, los carreteros y los políticos se convierten en pequeños puntos negros que van esquivando otros puntos negros mayores en calles no más anchas que el dedo pulgar.

Desde esta elevada vista, la propia ciudad se degrada hasta convertirse en una masa ininteligible de edificios distorsionados y perspectivas imposibles; el venerado océano es un estanque de patos y la propia Tierra se ha convertido en una pelota de golf perdida. Todos los detalles de la vida han desaparecido. El filósofo contempla el cielo infinito que tiene encima, y permite que su alma se expanda ante la influencia de su nueva visión. Tiene la sensación de ser heredero de la Eternidad e hijo del Tiempo. También el espacio debería ser suyo por los derechos de su inmortal herencia, y se estremece ante el pensamiento de que algún día su especie pueda atravesar esas misteriosas rutas aéreas entre planeta y planeta. El diminuto mundo que yace a sus pies y sobre el que esta torre de acero es como una mota de polvo sobre el Himalaya, no es más que uno de esos innumerables átomos giratorios. ¿Qué son las ambiciones, los logros, las insignificantes conquistas de esos inquietos insectos negros de ahí abajo, comparados con la serena y terrible inmensidad del universo que se extiende sobre ellos y rodea su insignificante ciudad?

No cabe duda alguna de que el filósofo tendría tales pensamientos. Han sido expresamente recogidos de las filosofías de todo el mundo y planteados con su correspondiente signo de interrogación para representar las invariables cavilaciones de los pensadores profundos en los lugares elevados. Y cuando el filósofo baja en el ascensor, su mente se ha ensanchado, tiene el corazón en paz y su concepto de la cosmogonía de la creación es tan amplio como la hebilla del cinturón de verano de Orión.

Pero si usted, por casualidad, se llamase Daisy, trabajase en una confitería de la Octava Avenida y viviese en un pequeño dormitorio frío, de dos metros por uno y medio, ganase seis dólares a la semana, se alimentara con almuerzos de diez centavos y tuviese diecinueve años, y se levantase a las seis y media y trabajara hasta las diez, y jamás hubiese estudiado filosofía, es muy probable que no mirara las cosas de ese modo desde la cumbre de un rascacielos.

Dos hombres suspiraban por la mano de Daisy, la no–filosófica. Uno era Joe, que regentaba la tienda más pequeña de Nueva York. Tenia el tamaño de una caja de herramientas y estaba adherida como un nido de golondrinas a la esquina de un rascacielos del sur de Manhattan. Su mercancía consistía en fruta, golosinas, periódicos, libros de música, cigarrillos y limonada cuando era la época. Cuando el crudo invierno sacudía sus congeladas cerraduras y Joe tenía que trasladarse dentro con la fruta, había en la tienda el espacio justo para su propietario, la mercancía, una estufa del tamaño de una vinagrera y un cliente.

El convertirse en proveedor eterno de fruta no era el fin de la vida de Joe ni le hacía delirar de entusiasmo. Era un joven americano competente que estaba ahorrando dinero y que quería que Daisy le ayudase a gastarlo. Se lo había pedido tres veces.

-Tengo dinero ahorrado, Daisy -era su canción de amor-, y ya sabes que te quiero con locura. Esta tienda mía no es muy grande, pero...

-Ah, ¿no es muy grande? -solía ser la antífona de la no–filosófica-. Pues tenía entendido que los de Wanamaker pretendían subarrendarte parte del inmueble para usarlo ellos el año que viene.

Daisy pasaba por la esquina de Joe mañana y tarde.

-¡Hola, Dos–por–cuatro! -era su saludo acostumbrado-. Me da la impresión de que tu tienda parece más vacía. Habrás vendido un paquete de chicle.

-No hay mucho espacio aquí, desde luego -solía contestar Joe con su lenta sonrisa-, excepto para ti, Daisy. Yo y mi tienda te estamos esperando para cuando nos quieras coger. ¿No crees que podrías hacerlo dentro de poco?

-¡Tienda dice! -y se leía un sutil desprecio en la nariz respingona de Daisy-. ¡Lata de sardinas, diría yo! ¿Dices que me está esperando? ¡Ja! Tendrás que arrojar fuera unas cien libras de caramelos antes de que pueda entrar yo, Joe.

-No me importaría hacer un canje tan equitativo como ese -decía Joe galantemente.

La vida de Daisy estaba limitada en todos los sentidos. Tenía que andar de medio lado entre el mostrador y las estanterías de la confitería. En su propia habitación lo recoleto había sido llevado hasta el límite de la estrechez. Las paredes estaban tan cerca una de otra que el empapelado que las cubría producía el ruido de una perfecta Babel. Podía encender el gas con una mano y cerrar la puerta con la otra sin apartar los ojos del reflejo de su copete castaño en el espejo. Tenía sobre el tocador una fotografía de Joe en un marco dorado, y a veces... Pero su pensamiento era siempre el de la divertida tiendecita de Joe claveteada como una jabonera contra la esquina de aquel edificio enorme, y su sentimiento se desvanecía arrastrado por una ráfaga de risa.

El otro pretendiente de Daisy era en varios meses posterior a Joe. Llegó un día a hospedarse en la casa donde ella vivía. Se llamaba Dabster, y era un filósofo. A pesar de su juventud, sus conocimientos sobresalían en él como lo harían las etiquetas de un viaje a Europa pegadas a una maleta del condado de Passaic, en Nueva Jersey. Tales conocimientos los había raptado de enciclopedias y libros de bolsillo de información útil, pero en lo que respecta a la sabiduría, cuando ésta pasaba se quedaba resoplando en la calle sin tomarle siquiera el número de la matrícula. Era capaz, y lo hacía, de decir la proporción de agua y las propiedades para formar músculo a partir de los guisantes y la carne de vaca, el versículo más corto de la Biblia, la cantidad de kilos de clavos necesaria para sujetar 256 tablones de cuatro en cuatro pulgadas, la población de Kankakee en Illinois, las teorías de Spinoza, el nombre del segundo lacayo de míster H. McKay Twombly, la longitud del túnel de Haosac, la mejor época para que empolle una gallina, el salario del mensajero de la oficina de correos de la estación que hay entre Driftwood y Red Bank Furnace, en Pennsylvania, y el número de huesos de la pata delantera de un gato.

Semejante peso de erudición no era ningún hándicap para Dabster. Sus estadísticas eran las ramitas de perejil con que guarnecía la fiesta de pequeña charla que no dudaba en ofrecer en caso de considerar que era del gusto de alguien. Y también las usaba como parapeto en la pensión con vistas a conseguir lo que quería. Mientras lanzaba una retahíla de cifras relativas al peso de un pie lineal de una barra de hierro de 5 pulgadas por 2 y 3/4, y la media de lluvias anual en Fort Snelling, Minnesotta, atravesaba con el tenedor el mejor trozo de pollo de la fuente mientras su interlocutor trataba de reponer fuerzas para preguntarle débilmente por qué una gallina cruza la carretera.

Así pues, brillantemente armado, y equipado además con un aceptable buen aspecto del tipo pelo grasiento y distrito–comercial–a–las–tres–de–la–tarde, parece ser que Joe, el del emporio liliputiense, tenía un rival a la altura de su acero, Pero Joe no llevaba espada alguna. No habría habido sitio en su tienda para sacarla, caso de haberla tenido. Un sábado por la tarde, sobre las cuatro, Daisy y míster Dabster se pararon delante del puesto de Joe. Dabster llevaba un sombrero ribeteado de seda, y... bueno, Daisy era una mujer y aquel sombrero no tenía la menor probabilidad de regresar a su caja sin que Joe lo hubiese visto. Un chicle de

piña fue el pretexto para llamar su atención. Joe se lo suministró por el lado abierto de la tienda. No palideció ni desfalleció ante la visión del sombrero.

-Míster Dabster me va a llevar a la cumbre del edificio para contemplar la vista -dijo Daisy después de presentar a sus admiradores-. No he subido nunca a un rascacielos. Me imagino que debe ser maravilloso y muy divertido estar allí arriba.

Joe respondió con un carraspeo de poca convicción.

-El panorama expuesto a la mirada desde la cumbre de un edificio -dijo alto míster Dabster- no es solamente sublime, sino instructivo. Miss Daisy tiene reservado un indudable placer.

-Hace mucho viento ahí arriba también, igual que aquí -dijo Joe-. ¿Vas bien abrigada, Daisy?

-¡Por supuesto! Voy forrada de pies a cabeza -respondió Daisy, sonriendo maliciosamente ante su ceño nublado-. Pareces una momia encajonada, Joe. ¿No habrás entrado una factura de media libra de cacahuetes o alguna que otra manzana? Tu tienda parece sobreabastecida.

Daisy se rió de su chiste favorito, y Joe tuvo que sonreír con ella.

-Sus dependencias son algo limitadas, señor... -comentó Dabster- en comparación con el tamaño de este edificio. Tengo entendido que el área de su costado es de ciento quince por treinta metros. Lo que le haría ocupar a usted un espacio proporcional al que tendría medio Beluchistán si estuviese colocado sobre un territorio tan extenso como los Estados Unidos al este de las montañas Rocosas, con Bélgica y la provincia de Ontario añadidas.

-¿De veras es así, muchacho? -dijo Joe afablemente-. Es usted un Weinsenheimer de las cifras, no cabe duda. ¿Cuántas libras cuadradas de heno en gavillas cree que podría comerse un burro si dejase de rebuznar el tiempo suficiente para permanecer quieto un minuto y cinco octavos?

Unos minutos más tarde, Daisy y míster Dabster salían de un ascensor y llegaban al último piso del rascacielos. Entonces subieron por una corta y empinada escalerilla que salía a la azotea. Dabster la condujo hasta el parapeto, para que pudiese contemplar los puntos negros que se movían abajo en la calle.

-¿Qué son? -preguntó ella, temblando.

Nunca había estado en un lugar tan alto como aquél. Y entonces es cuando Dabster ha de desempeñar el papel del filósofo en la torre y llevar su alma al encuentro de la inmensidad del espacio.

-Bípedos -dijo solemne-. Mira en lo que se convierten incluso desde la insignificante altura de ciento diez metros: en meros insectos reptadores que van de un lado a otro movidos por el azar.

-¡Qué van a ser insectos! -exclamó Daisy de repente-. ¡Son personas! Acabo de ver un automóvil. ¡Qué impresión! Pero ¿tan altos estamos?

-Ven por aquí -dijo Dabster.

Le mostró la gran ciudad que se extendía a lo lejos como una impresionante serie de juguetes ordenados, iluminados aquí y allí, en aquella hora temprana, por las primeras luces de la tarde de invierno. Y más allá la bahía y el mar, hacia el sur y hacia el este, se desvanecían misteriosamente en el cielo.

-No me gusta -declaró Daisy con ojos turbados-. Vamos a bajar.

Pero el filósofo no estaba dispuesto a renunciar a su oportunidad. La dejaría captar la grandeza de su mente, la mano con que atrapaba el infinito y su memoria para las estadísticas. Y entonces nunca más volvería a contentarse con comprar chicles en la tienda más pequeña de Nueva York. Y de este modo empezó a predicar acerca de la pequeñez de los asuntos humanos, y de cómo incluso un alejamiento de la tierra tan pequeño como aquél hacía que el hombre y sus obras pareciesen la décima parte de un dólar contado tres veces. Y dijo también que uno debería considerar el sistema sideral y las máximas de Epicteto y sentirse confortado.

-No me vas a arrastrar -dijo Daisy-. Escucha, me parece horrible estar en un sitio tan alto que las personas parecen pulgas. Una de las que hemos visto podría haber sido Joe. ¡Qué caramba! ¡Igual podríamos estar en Nueva Jersey! ¡Mira, me da miedo estar aquí!

El filósofo sonrió con fatuidad.

-La tierra -dijo- es toda ella como un grano de trigo en el espacio. Mira allí.

Daisy miró hacia arriba con aprensión. El breve día estaba muriendo y las estrellas empezaban a salir.

-Aquella estrella -dijo Dabster- es Venus, el lucero de la tarde. Está a sesenta y seis millones de millas de distancia del Sol.

-¡Qué tontería! -dijo Daisy con un breve relámpago de humor-. ¿Te crees que soy de Brooklyn? A Susie Price, una de mi tienda, le mandó su hermano un billete para ir a San Francisco, que está sólo a tres mil millas.

El filósofo sonrió con indulgencia.

-Nuestra tierra -dijo- está a noventa y un millones de millas de distancia del Sol. Hay dieciocho estrellas de primera magnitud que están doscientas once mil veces más lejos de nosotros que el Sol. Si alguna de ellas se apagase pasarían tres años antes de que viéramos extinguirse su luz. Hay seis mil estrellas de la sexta magnitud. La luz de cualquiera de ellas tarda treinta y seis años en llegar a la Tierra. Con un telescopio de seis metros podemos ver cuarenta y tres millones de estrellas, incluyendo aquellas de la decimotercera magnitud, cuya luz tarda dos mil setecientos años en llegar a nosotros. Cada una de esas estrellas...

-Estás mintiendo -exclamó enfadada Daisy-. Estás intentando asustarme. Y lo has conseguido: ¡quiero bajar!

Golpeó el suelo con los pies.

-Arcturus... -empezó a decir el filósofo con voz aplacadora.

Pero fue interrumpido por una demostración surgida de la inmensidad de la naturaleza que se estaba esforzando en retratar con la memoria en vez de con el corazón. Porque para el que explica la naturaleza desde el corazón, las estrellas fueron expresamente colocadas en el firmamento para iluminar con su luz suave a los amantes que pasean felices bajo ellas, y si una noche de septiembre uno camina sigiloso del brazo de su amada, casi puede llegar a tocarlas con la mano. ¡Y su luz tarda tres años en llegar a nosotros!

Un meteoro apareció de repente por el oeste, iluminando la azotea del rascacielos con una luz casi de mediodía. Su furiosa parábola quedó marcada con vivos colores contra el cielo en dirección al este. Iba silbando al pasar, y Daisy lanzó un grito.

-¡Llévame abajo! -chilló con vehemencia-. ¡Llévame abajo, matemático mental!

Dabster la acompañó al ascensor y entraron en él. Daisy tenía una mirada salvaje, y se estremeció cuando el veloz ascensor pegó su sacudida final.

Al salir de la puerta giratoria del edificio el filósofo la perdió. Se desvaneció, y allí se quedó él, perplejo, sin cifras ni estadísticas que pudiesen venir en su ayuda.

Joe tenía una tregua en su trabajo, y retorciéndose entre la mercancía logró encender con éxito un cigarrillo y acercar un frío pie a la languideciente estufa.

La puerta se abrió de repente, y Daisy, riendo, gritando, derribando frutas y caramelos al pasar, se arrojó en sus brazos.

-¡Ay, Joe, he subido al rascacielos! ¡Qué acogedor y calentito se está aquí dentro! Estoy dispuesta para ti, Joe, para cuando tú quieras cogerme.

El tributo del éxito

The Assessor Of Success

Hastings Beauchamp Morley iba paseando lenta y apaciblemente por Union Square con una mirada de compasión dirigida a los cientos de personas que se encontraban reclinadas en los bancos del parque. Formaban una colección variopinta: los hombres, con rostro estólido, animal y sin afeitar; las mujeres, inquietas y cohibidas, cruzando y descruzando los pies que les colgaban a cuatro pulgadas de distancia de la gravilla.

Si yo fuese míster Carnegie o míster Rockefeller me metería unos cuantos millones en el bolsillo interior y convocaría a todos los guardias del parque (a la vuelta de la esquina, si fuese preciso), y ordenaría que se pusieran bancos en todos los parques del mundo, lo suficientemente bajos para que las mujeres pudiesen sentarse apoyando los pies en el suelo. Una vez hecho esto, tal vez me dedicase a abastecer de bibliotecas las ciudades que quisieran pagar por ello, o a construir sanatorios para profesores chiflados, y llamarlos luego colleges, si así me placía.

Las asociaciones en defensa de los derechos de la mujer llevan muchos años luchando por conseguir la igualdad con el hombre. ¿Y con qué resultado? Cuando se sientan en un banco se ven obligadas a entrelazar los tobillos y a girar incómodamente sus más altos tacones franceses, exentos de todo apoyo terrenal. Señoras, no empiecen la casa por el tejado. Pongan primero los pies en el suelo y luego elévense a las teorías sobre la igualdad mental.

Hastings Beauchamp Morley iba pulcra y cuidadosamente vestido, lo cual se debía a un instinto innato del que le habían dotado su cuna y educación. No nos está permitido mirar el pecho de un hombre más allá de su pechera de almidón; así que lo único que nos queda es observar sus andares y su conversación.

Morley no llevaba ni un centavo en los bolsillos, pero iba sonriendo compasivamente a los cientos de seres mugrientos y desdichados que no tenían más dinero que él, y que tampoco lo tendrían cuando los primeros rayos del sol tiñesen de amarillo el alto edificio en forma de abrecartas que se alzaba al oeste de la plaza. Morley, sin embargo, sí tendría dinero suficiente por entonces. En muchas otras ocasiones le había sorprendido el ocaso con los bolsillos vacíos, pero la luz del alba los había visto siempre nuevamente forrados.

Primero se dirigió a casa de un cura cerca de Madison Avenue y le entregó una carta falsificada de presentación que muy santamente pretendía proceder de un obispado de Indiana. Aquello le hizo sacar en limpio cinco dólares una vez que hubo apoyado la historia con un cuento muy realista sobre el retraso de un giro postal.

A veinte pasos de la puerta del cura, un hombre pálido y gordo lo abordó bruscamente en la cera blandiendo el rojo puño, al tiempo que le exigía con una voz de campanario el pago de una antigua deuda.

-Pero hombre, Bergman -dijo Morley con voz suave y cantarina-, ¿eres tú? Precisamente me dirigía ahora mismo a tu casa para pagarte. El giro de mi tía no me ha llegado hasta esta mañana. Todo ha sido culpa de un error en las señas. Sube conmigo hasta la esquina y te saldaré la deuda: Me alegro mucho de verte; así me has ahorrado una caminata.

Cuatro copas aplacaron al emocional Bergman. Había un aplomo en Morley, cuando se sentía respaldado por dinero en el bolsillo, que habría logrado retrasar el pago de un préstamo al contado en casa del mismísimo Rothschild. Cuando estaba sin blanca, sus faroles bajaban medio tono, pero pocos son los hombres competentes para detectar las diferencias de notas.

-Tú venir a mi pasa para pagarrme mañana por la mañana, Morley -dijo Bergman-. Disculpa mi forrma de actuar antes en der calle. Pero tres meses hacerr que no te veo. Pros't!

Morley se alejó con una sonrisa aviesa en su pálido y afable rostro. El crédulo alemán, suavizado por el alcohol, le divertía. De ahora en adelante tendría que evitar la calle Veintinueve. No había caído en la cuenta de que Bergman volvía siempre a casa por aquella ruta.

Al llegar a la puerta de una casa sombría, dos plazas más al norte, Morley llamó con una determinada secuencia de golpecitos. La puerta se abrió las seis pulgadas que permitía la

cadenita, y el negro rostro pomposo e imponente de un guardián africano se plantó en la rendija. Morley fue admitido.

En una habitación de un tercer piso, envuelto en una atmósfera opaca por el humo, Morley pasó diez minutos colgado de una mesa de ruleta. Luego se escurrió escaleras abajo, donde fue despedido con premura por el imponente negro, mientras hacía tintinear en el bolsillo los cuatro centavos de plata que le quedaban de su capital de cinco dólares. Al llegar a la esquina vaciló indeciso.

Al otro lado de la calle había una farmacia bien iluminada, que lanzaba destellos de plata y cristal alemán desde la fuente de soda y las vitrinas. Un chaval de cinco años se dirigía hacia allí, directo al dispensario, sintiéndose importante por la seria misión que le habían encomendado, debida tal vez a que su edad aventajada le había supuesto un ascenso. Llevaba en la mano algo fuertemente apretado, de un modo público, orgulloso y notorio.

Morley lo detuvo con su encantadora sonrisa y su suave voz.

-¿Yo? -dijo el chaval-. Voy a la farmacia para mamá. Me ha dao un dólar para que le compre una botella de midicina.

-¡Vaya, vaya, vaya! -se admiró Morley-. ¿Tan mayor eres ya para andarle haciendo recados a tu madre? Tengo que acompañar a mi hombrecito y cuidar de que no lo pille un tranvía. Y por el camino compraremos una chocolatina. ¿O prefieres caramelos de limón?

Morley entró en la farmacia con el chiquillo cogido de la mano. Enseñó la receta que envolvía el dinero.

En su rostro había una sonrisa rapaz, paternal, política, profunda.

-Agua pura, medio litro -le dijo al farmacéutico-. Y diez gramos de cloruro sódico. En solución legalizada autorizada. Y no intente timarme, porque lo sé todo acerca del número de galones de H2O en el embalse de Croton, y en cuanto al otro ingrediente lo uso siempre para las patatas:

-Son quince centavos -dijo el farmacéutico, con un pestañeo, después de preparar el pedido-. Veo que entiende usted de farmacia. El precio normal es un dólar.

-Para los pardillos -comentó Morley sonriente. Colocó cuidadosamente la botella envuelta entre los brazos del niño, lo acompañó hasta la esquina y deslizó en su propio bolsillo los ochenta y cinco centavos que acababa de ganarse gracias a sus conocimientos de química.

-Ten cuidado con los tranvías, hijito -recomendó cariñosamente a su pequeña víctima.

Dos de tales tranvías aparecieron de repente en direcciones opuestas lanzándose hacia el pequeño. Morley se precipitó entre ambos y agarró al infantil mensajero por el cuello, poniéndolo a salvo. Luego, desde la esquina de su calle lo puso en camino, estafado, feliz y pegajoso a fuerza de viles caramelos baratos comprados en el puesto de fruta italiano.

Morley fue a un restaurante y pidió un chuletón y media botella de Cháteau Breuille barato. Se echó a reír sin ruido, pero con tal convicción que el camarero se aventuró a preguntarle si había tenido buenas noticias.

-No, qué va -respondió Morley, quien raramente entablaba conversación con nadie-. No es eso. Lo que me divierte es otra cosa. ¿Sabe usted qué tres grupos de personas son los más fáciles de aventajar en cualquier tipo de transacción?

-Claro que sí -dijo el camarero, calculando la magnitud de la propina que prometía el esmerado nudo de la corbata de Morley-; están los compradores de mercería en el Sur durante el mes de agosto, y los recién casados en luna de miel por Staten Island, y...

-¡Falso! -le interrumpió Morley, chasqueando la lengua gozoso-. La respuesta es simplemente: los hombres, las mujeres y los niños. El mundo... bueno, digamos Nueva York y sus alrededores hasta donde alcanzan nadando los turistas veraniegos desde Long Island, está lleno de pardillos. Dos minutos más en la parrilla habrían hecho de esta chuleta algo digno de un caballero, FranVois.

-Si cree usted que no está en su puntó -dijo el camarero-. Lo puedó arreglag...

Morley levantó la mano con gesto de protesta, una protesta con un ligero toque de sacrificio.

Déjelo, puede pasar así -dijo magnánimo-. Y ahora sírvame un Chartreuse verde, frappé, y una taza de café.

Morley salió del restaurante pausadamente y se apostó en una esquina en la que se cruzan dos bulliciosas arterias de la ciudad. Estaba de pie sobre el bordillo, con una solitaria moneda de diez centavos en el bolsillo como todo capital, contemplando con ojos cínicos, seguros y sonrientes las corrientes de gente que pasaban junto a él. En aquel fluir podría arrojar la red y sacar peces para cubrir su inmediato sustento y necesidades. El bueno de Izaak Walton no tenía ni la mitad de su confianza en sí mismo y de su sabiduría popular.

Un festivo grupo de cuatro personas -dos hombres y dos mujeres- cayeron sobre él con gritos de gozo. Habían preparado una fiesta con cena, ¿dónde se había metido los últimos quince días? ¡Qué suerte haberse encontrado con él así! Lo rodearon y lo acorralaron: tenia que unirse a ellos, y tra–la–la, y todas esas cosas.

Una de las mujeres, con un penacho blanco en el. sombrero que le volaba sobre los hombros, le cogió de la manga y lanzó una mirada a los demás como diciendo: «¡Mirad lo que puedo hacer con él!» y así reforzar su dominio como reina del convite.

-Podéis imaginar -dijo Morley con voz patéticacuánto lamento rehusar la invitación a vuestra fiesta. Pero mi amigo Carruthers, del Yatch Club de Nueva York, va a venir a buscarme aquí en su automóvil a las ocho en punto.

El blanco penacho iba ondeando visiblemente a medida que el cuarteto se alejaba calle abajo bailando como un grupo de enanitos traviesos en torno a un arco de luz. Morley se quedó allí de pie, dándole vueltas y más vueltas a la moneda que tenía en el bolsillo y riéndose con júbilo para sus adentros.

«Fachada -recitó para sus adentros-, fachada es lo que hace falta. Es un triunfo en el juego. ¡Cómo pican! Hombres, mujeres y niños, con engaños y mentiras de agua con sal, ¡hay que ver cómo pican!»

Un hombre viejo con un traje que le sentaba muy mal, una barba gris descuidada y un aparatoso paraguas surgió de, un salto de la aglomeración de taxis y tranvías para ir a parar al mismísimo lugar de la acera donde se encontraba Morley.

-Forastero -dijo-, discúlpeme sí le molesto, pero ¿conoce usted a alguien, aquí en esta ciudad, llamado Solomon Smothers? Es mi hijo y acabo de llegar de Ellensville para visitarlo. Me gustaría saber dónde diablos he podido meter sus señas.

-No lo sé, señor -respondió Morley, entrecerrando los ojos para velar la alegría que a ellos asomaba-, Será mejor que acuda a la policía.

-¿A la policía? -exclamó el viejo-. ¡No he hecho nada ara tener que llamar a la policía. He venido simplemente a ver a Ben. Me escribió que vivía en una casa de cinco pisos. Si conoce usted a alguien con ese nombre y puede...

-Ya le he dicho que no -repuso fríamente Morley-. No conozco a nadie que se llame Smithers, y lo que le aconsejo es que...

-Smothers, no Smithers -interrumpió el viejo, esperanzado-. Es un hombre de complexión robusta, aunque desgarbado, de unos veintinueve años, con los incisivos salientes, de unos cinco pies de...

-¡Ah, Smothers...! -exclamó Morley--. ¿Sol Smothers? ¡Pero si vive al lado de mi casa! Había entendido Smithers.

Morley miró el reloj. Hay que tener reloj. Por un dólar es posible. Más vale pasar hambre que privarse de un reloj de bronce de cañón o de esos de noventa y ocho centavos por los cuales -según los relojeros- se rigen los horarios de los trenes

-El obispo de Long Island -dijo Morley- había quedado aquí conmigo a las ocho para que cenásemos juntos en el Kingfisher,s Club. Pero no puedo permitir que el padre de mi amigo Sol Smothers ande solo por las calles. ¡Por san Swithin, míster Smothers, hay que ver cómo trabajamos los hombres de Wall Street! ¡Decir hasta el agotamiento es quedarse corto!

Estaba a punto de cruzar a la otra esquina para tomarme una copa de ginger ale con unas gotítas de jerez cuando se ha acercado usted. Va usted a permitirme que le acompañe a casa de Sol, míster Smothers, pero antes de coger el tranvía me gustaría mucho que viniese conmigo a tomar...

Una hora después, Morley estaba sentado en el extremo de un banco tranquilo en Madison Square, con un puro de veinticinco centavos entre los labios y ciento cuarenta dólares en billetes, doblados y bien metidos dentro del bolsillo interior. Satisfecho, alegre, irónico, vivamente filosófico, estaba contemplando la luna que entraba y salía de entre un laberinto de nubes errantes. Un hombre viejo y andrajoso con la cabeza gacha se encontraba sentado al otro extremo del banco.

De repente el viejo se agitó y miró a su compañero de asiento. En el aspecto de Morley le pareció reconocer algo superior a los habituales ocupantes nocturnos de los bancos.

-Amable caballero -gimió-, si pudiese usted gastarse diez centavos o incluso unos pocos peniques en alguien que...

Morley cortó tajantemente su estereotipada súplica entregándole un dólar.

-¡Que Dios se lo pague! -dijo el viejo-. He estado buscando trabajo y...

-¡Trabajo! -repitió Morley con su risa cantarina-. Es usted tonto, amigo mío. La vida para ti es un erial, no me cabe la menor duda, pero tienes que ser un Aarón y golpearla con tu barra. Y entonces cosas mejores que el agua brotarán de ella para ti. Para eso está el mundo. A mí me concede todo lo que deseo de él.

-Dios le ha bendecido a usted -dijo el viejo-. Yo lo único que he conocido es el trabajo. Y ahora ya no me dan ninguno.

-Tengo que marcharme a casa -anunció Morley, levantándose y abotonándose la chaqueta-. Me he sentado aquí sólo para fumarme un purito. Espero que encuentre usted el trabajo que busca.

-Es muy posible que su amabilidad le sea recompensada esta misma noche -dijo el viejo.

-No tiene importancia -sonrió Morley-, ya tiene usted lo que deseaba. Y yo estoy satisfecho. Creo que la buena suerte me persigue como un perro. Voy a pasar la noche en ese hotel luminoso que ve usted allí. ¡Y vaya luna que hace esta noche, alumbrando toda la ciudad! Creo que no hay nadie que disfrute de la luz de la luna y de esas cosillas tanto como yo. Bien, que tenga usted una buena noche.

Morley anduvo hasta la esquina desde la cual cruzaría hacia su hotel. Iba soltando lentas bocanadas de humo que se elevaban desde su cigarro hasta el cielo. Un policía, al pasar, respondió con un saludo a su afable inclinación de cabeza. ¡Qué luna tan bonita hacía!

El reloj empezó a dar las nueve en el mismo instante en que una muchacha, apenas recién convertida en mujer, se detuvo en la esquina a la espera del tranvía que se estaba acercando. Iba apresurada como si volviese del trabajo o llegara tarde a casa. Tenía unos ojos claros y puros, iba vestida sencillamente de blanco, y miraba con impaciencia hacia el tranvía, sin volver la vista ni a derecha ni a izquierda.

Morley la reconoció. Ocho años antes había estado sentado junto a ella en el mismo banco del colegio. No había existido nada entre los dos, nada que no fuese la amistad de los días inocentes.

Pero Morley bajó por la bocacalle hasta llegar a un lugar tranquilo y apoyó su rostro súbitamente ardiente contra el frío hierro de una farola, y dijo sordamente: -¡Dios mío, quisiera morirme!

El teatro es la vida

The Thing's The Play

Gracias a mi amistad con un periodista que tenía un par de entradas gratis pude ir a ver, hace dos noches, el espectáculo que daban en una de las salas populares de voudeville.

Uno de los números era un solo de violín que tocaba un hombre de aspecto impresionante y poco más de cuarenta años, aunque peinaba ya muchas canas en su espesa cabellera. Como no soy particularmente sensible a la música, dejé que el sistema de ruidos pasase de largo por mis oídos mientras me dedicaba a contemplar al hombre.

-Hace uno o dos meses hubo una historia protagonizada por ese tipo -lijo el periodista-. Me encargaron a mí la crónica. Tenía que escribir una columna y había de ser en un tono extremadamente ligero y divertido. Al viejo parece gustarle el toque jocoso con el que trato los sucesos locales. Sí, ahora estoy trabajando en una farsa. Bueno, pues entonces fui a ver al hombre a la sala y tomé nota de todos los detalles; pero lo cierto es que fracasé en aquel empeño. Me eché para atrás y opté por hacer una crónica sobre un funeral en el East Side. ¿Que por qué? No sé, en cierto modo me sentí incapaz de hincarle el diente a aquel asunto por el lado divertido. Quizá tú pudieras hacer una tragedia de un acto, en plan entremés, con aquella historia. Voy a contártela con detalle.

Después del concierto, mi amigo el reportero me relató los hechos en el Würzburger.

-No veo la razón -dije, cuando hubo terminado- para que no pueda hacerse con eso una historia divertida realmente estupenda. Esas tres personas no podrían haber actuado de forma más absurda y ridícula si hubiesen sido auténticos actores de teatro. Me temo que el escenario es todo un mundo, en cierto modo, y todos los actores simples hombres y mujeres. «El teatro es la vida», así es como yo cito a míster Shakespeare.

-Inténtalo -dijo el periodista.

-Lo haré -le contesté.

Y así lo hice, para demostrarle cómo podría haber transformado aquella narración en una columna humorística para su periódico.

Había una vez una casa cerca de Abingdon Square. En el piso bajo hay una tienda pequeña de juguetes, artículos de regalo y objetos de escritorio desde hace veinticinco años.

Una noche, hace veinte años, se celebró una boda en las habitaciones de encima de la tienda. La viuda Mayo era la dueña de la tienda y de la casa. Su hija, Helen, se casaba con Frank Barry. John Delaney era el padrino. Helen tenía dieciocho años, y su retrato había aparecido en un periódico de la mañana junto a unos titulares que decían: «Asesina de mujeres al por mayor», una historia escrita por Butte, Mont. Pero cuando tanto los ojos como la inteligencia habían rechazado la conexión, uno cogía la lupa y leía bajo el retrato de la muchacha un pie de foto que la describía como una de las Bellezas Destacadas del oeste del bajo Manhattan.

Frank Barry y John Delaney eran «destacados» galanes de ese mismo barrio, y amigos íntimos de quienes el espectador siempre estaría dispuesto a esperar que se lanzasen uno contra otro nada más levantarse el telón. Quien paga dinero por una butaca en un concierto o espectáculo es esa precisamente lo que espera. Esta es la primera idea divertida que ha surgido ya en la narración. Ambos habían librado una reñida carrera por conseguir la mano de Helen. Cuando Frank la ganó, John le dio la mano y la enhorabuena; sí, así lo hizo.

Después de la ceremonia, Helen corrió al piso de arriba a ponerse el sombrero. Se había casado con traje de viaje. Ella y Frank iban a pasar una semana en Old Point Comfort. En el piso de abajo las habituales hordas de cavernícolas balbucientes esperaban con las manos llenas de viejas polainas del Congreso y bolsas de papel repletas de gachas de avena.

De repente se oyó un crujido en la escalerilla de incendios, y el loco enamorado John Delaney saltó dentro de la habitación de la muchacha con un rizo empapado goteándole sobre la frente. Y le hizo violentas y censurables proposiciones a su perdido amor, incitándola a huir con él a la Riviera, o al Bronx, o a cualquier viejo lugar donde hubiera cielos italianos y dolce far niente.

El rechazo de Helen debía de haber conducido a Delaney al punto más febril de su locura de amor. Con ojos iracundos y despectivos lo fulminó sin esfuerzo, preguntándole qué pretendía conseguir hablando a la gente de aquel modo.

En pocos minutos acabó con él. La hombría que le había poseído le abandonó. Agachó la cabeza y farfulló algo acerca de «impulso irreprimible» y «llevar tu recuerdo siempre en la memoria». Ella le sugirió al instante que tomase la primera escalerilla de incendios de bajada que encontrase.

-Me marcharé -anunció John Delaney- al lugar más remoto del mundo. No puedo permanecer junto a ti sabiendo que perteneces a otro. Me iré a África, y allí, en otro escenario, lucharé por...

-Por lo que más quieras, vete ya -dijo Helen-. Puede llegar alguien.

El muchacho hizo una genuflexión y ella le alargó una blanca mano para que la besase como despedida. Muchachas, ¿habéis recibido alguna vez del pequeño gran dios Cupido tan azaroso favor: tener firme y seguro en vuestras manos, de modo irrevocable, al hombre amado, y recibir la visita de aquel al que no amáis, el cual, con un rizo empapado sobre la frente se arrodilla ante vosotras y balbucea frases sobre África y el amor que, por encima de todo, permanecerá siempre en su corazón como una flor de amaranta? Conocedoras de vuestro poder y con la dulce seguridad de vuestro feliz estado, enviáis al desdichado, al corazón roto, a climas extranjeros, mientras os felicitáis a vosotras mismas, al tiempo que él deposita su último beso sobre vuestros nudillos, por tener en ese momento una buena manicura en las manos.:. Oídme bien, muchachas, es una situación bochornosa, no dejéis jamás que os suceda algo semejante.

Y en aquel instante, por supuesto, ¿cómo lo habéis adivinado?, la puerta se abrió y dio paso al enfurecido novio que había empezado a sentirse celoso de la lentitud de su flamante esposa en atarse los lazos del sombrero.

El beso del adiós quedó impreso sobre la mano de Helen, y por la ventana salió disparado John Delaney, rumbo a África.

Un poco de música lenta, si os parece, un desmayado toque de violín, un mero suspiro del clarinete y un acorde de violonchelo. Imaginaos la escena. Frank, rojo de ira, lanza el grito de un hombre herido de muerte. Helen se arroja en sus brazos y lo agarra, tratando de darle una explicación. El la coge por las muñecas y se las arranca de los hombros; una, dos, hasta tres veces la rechaza de ese modo y luego -el director de escena os mostrará cómo- la arroja lejos de sí tirándola al suelo, convertida en un guiñapo estrujado y gimiente. Jamás, exclama, jamás volverá a mirarla a la cara, y luego se aleja de la casa entre los atónitos grupos de invitados.

Y ahora, ya que se trata de la vida y no del teatro, la audiencia ha de salir en el descanso al vestíbulo real del mundo y casarse, o morir, encanecer, enriquecerse, empobrecerse, o sentirse feliz o desdichada durante un intermedio de veinte años que han de preceder al levantamiento del telón para el segundo acto.

Mistress Barry heredó la tienda y la casa. A los treinta y ocho años podría haber desbancado a muchas jovencitas de dieciocho en un concurso de belleza por puntos y resultado general. Sólo unos pocos se acordaban de la comedia de su boda, pero no hizo de ello ningún secreto. No envolvió aquel recuerdo en hojas de lavanda o naftalina, ni tampoco se lo vendió a una revista.

Un día, un abogado de mediana edad y buena posición económica, que compraba en su tienda el sello legal y los tampones, le pidió, a través del mostrador, que se casase con él.

-No sabe cuánto se lo agradezco -respondió Helen afectuosamente-, pero me casé con otro hombre hace veinte años. Era más un ganso que un hombre, pero me temo que todavía le amo. No he vuelto a verle nunca más desde media hora después de la ceremonia. ¿Eran tampones lo que ha pedido o tinta para la pluma?

El abogado le hizo una reverencia tras el mostrador con anticuada gracia y depositó un respetuoso beso sobre el dorso de su mano. Helen suspiró. Los saludos de despedida, aunque

sean románticos, pueden resultar fatigosos. Allí estaba ella a sus treinta y ocho años, hermosa y admirada, y todo lo que parecía haber recibido de sus enamorados eran adioses y reproches. Peor aún, en el último había perdido además a un cliente.

El negocio empezó a flojear, y colgó un cartel de «Se alquilan habitaciones». Dos amplias estancias en el tercer piso fueron dispuestas para recibir a inquilinos deseables. Y los inquilinos llegaban y se marchaban con gran pena, porque la casa de mistress Barry era la morada de la pulcritud, la comodidad y el buen gusto.

Un buen día llegó Ramonti, el violinista, y alquiló la habitación de delante. La estridencia y el estruendo de la parte alta de la ciudad ofendían sus delicados oídos; así que un amigo le había enviado a aquel oasis en el desierto del ruido.

Ramonti, con su rostro joven todavía, sus oscuras cejas, su barba castaña recortada, puntiaguda y extranjera, su distinguida cabeza canosa y su temperamento de artista -que se revelaba en sus maneras delicadas, alegres y cordiales- fue un inquilino bien recibido en la vieja casa cercana a Abingdon Square.

Helen vivía en el piso de encima de la tienda. Su arquitectura era rebuscada y singular. El vestíbulo era amplio y casi cuadrado. Por una de sus paredes trepaba en diagonal, de esquina a esquina, una escalera descubierta que conducía al piso de arriba. Aquel espacioso vestíbulo lo había decorado Helen como cuarto de estar y oficina combinados. Allí tenía su despacho y escribía las cartas de negocios; y allí se sentaba durante las noches junto a un cálido fuego y una lámpara de buena luz y se ponía a coser o a leer un libro. Ramonti encontraba tan agradable aquel ambiente que pasaba gran parte del tiempo allí, describiéndole a mistress Barry las maravillas de París, donde había estudiado con un violinista particularmente notorio y ruidoso.

Después llegó el inquilino número dos, un hombre guapo y melancólico de cuarenta y pocos años, con una barba castaña y misteriosa, y ojos extrañamente obsesionantes. También él consideraba la sociedad de Helen como algo muy apetecible. Con los ojos de Romeo y la lengua de Otelo, la encantaba con relatos de remotos climas y la pretendía mediante respetuosas insinuaciones.

Helen sintió por este hombre, desde el principio, una maravillosa e impulsiva emoción. Su voz la trasladaba de algún modo a los pasados días de su romance juvenil. Este sentimiento fue creciendo, y ella lo dejó crecer, y acabó conduciéndola a una instintiva creencia de que él había formado parte de aquel remoto romance. Y entonces, con un razonamiento muy femenino (sí, a veces también ellas razonan) saltó por encima de la lógica y las teorías y silogismos comunes, y tuvo la certeza de que su marido había vuelto a ella. Porque en sus ojos leía amor, algo que una mujer no confunde jamás, y un millar de tonos de arrepentimiento y mala conciencia, los cuales despertaron su piedad, tan peligrosamente cercana al amor correspondido, que es la condición sine qua non en la casa que construyó Jack.

Pero no se dio por enterada. Un marido que se larga sin dejar rastro durante veinte años y luego vuelve a aparecer no puede esperar encontrarse con las zapatillas preparadas ni con una cerilla dispuesta a encender su cigarro. Ha de haber expiación, explicaciones y posiblemente también execración. Un poco de purgatorio, y luego, tal vez, si fuese realmente humilde, podría llegar a ser reconocido y admitido de nuevo con un arpa y una corona. Así que no dio la menor muestra de saber o sospechar nada.

¡Y mi amigo, el periodista, no veía en esto nada divertido! Le habían encargado que escribiese una historia trepidante, burlona, cómica y brillante de..., pero no voy a meterme con un colega, sigamos con la historia.

Una tarde, Ramonti se quedó en la salita–oficina de Helen y le habló de su amor por ella con la ternura y el ardor de un artista arrebatado. Sus palabras eran una llama fulgurante del fuego divino que brota del corazón de un hombre soñador y hombre de acción al mismo tiempo.

-Pero antes de que me dé una respuesta -prosiguió, sin dar tiempo a que ella pudiese acusarle de precipitación- he de decirle que Ramonti es el único nombre que puedo ofrecerle. Es el que me dio mi jefe. No sé ni quién soy ni de dónde vengo. Mi primer recuerdo es el de haber despertado en un hospital. Yo era joven y había permanecido allí durante varias semanas. Mi vida anterior es un espacio en blanco en mi memoria. Me dijeron que fui encontrado en la calle con una herida en la cabeza y que me condujeron hasta allí en una ambulancia. Pensaron que debí caer y romperme la cabeza contra los adoquines. No había señal alguna para atestiguar mi identidad. Y jamás he sido capaz de recordarlo. Cuando me dieron de alta, empecé con el violín. He tenido un gran éxito. Mistress Barry, es el único nombre que conozco de usted, la quiero; la primera vez que la vi me di cuenta de que era usted la única mujer en el mundo para mí..., y...

Bueno, la retahíla prosiguió más o menos con el mismo tono.

Helen se sintió rejuvenecer. Primero la embargaron una oleada de placer y un dulce estremecimiento de vanidad, luego miró a Ramonti a los ojos, y un vertiginoso latido sacudió su corazón. No se había esperado aquella conmoción. Le cogió de sorpresa. El músico se había convertido en parte muy importante de su vida y no se había percatado hasta entonces.

-Míster Ramonti -lijo con pena (esto no sucedía en el escenario, no lo olvidéis, sino en la vieja casa cerca de Abingdon Square)-. Lo siento en el alma, pero soy una mujer casada.

Y entonces le contó la triste historia de su vida, como ha de hacer una heroína, más tarde o más temprano, bien sea dirigiéndose a un empresario de teatro o a un periodista.

Ramonti le cogió la mano, se inclinó y se la besó, y luego subió a su habitación.

Helen se sentó y se miró la mano con desolación. Bien podía. Tres pretendientes la habían besado, montado en sus briosos corceles y huido a galope.

Al cabo de una hora apareció el misterioso forastero de los ojos obsesionantes. Helen estaba sentada en la mecedora china, tejiendo una prenda inútil en lana de algodón. Apareció rebotando por las escaleras y se detuvo a charlar con ella. Sentado frente a ella al otro lado de la mesa, también él soltó la narración de sus amores. Y luego dijo:

-¿No te acuerdas de mí, Helen? Me parecía haberlo visto en tus ojos. ¿Podrás perdonar el pasado y recordar este amor que ha durado veinte años? Me equivoqué contigo por completo, y tenía miedo de volver, pero mi amor ha sido más fuerte que la razón. ¿Podrás perdonarme? ¿Vas a perdonarme?

Helen se puso de pie. El misterioso forastero le cogió una mano con un apretón fuerte y tembloroso.

Y allí se quedó ella, inmóvil, y lástima me da el escenario que no represente una escena como aquélla ni retrate emociones como las suyas.

Porque su corazón estaba dividido. El amor fresco, inolvidable y virginal hacia su novio le pertenecía; pero también la otra mitad más plana, más reciente. Y así el pasado entabló lucha con el presente.

Y mientras se debatía en la duda, llegó de la habitación de arriba una música de violín suave, desgarradora y suplicante. La bruja música es capaz de hechizar a las almas más nobles. Los cuervos pueden picotear la manga sin infligir daño, pero a aquel que lleve el corazón en el tímpano no le será difícil sentirlo atenazando su garganta.

La música y el músico la reclamaban, pero el honor y el viejo amor tiraban de ella en dirección opuesta.

-Perdóname -suplico él.

-Veinte años son muchos para mantenerse alejado de alguien a quien se dice amar -declaró con un cierto tono de expurgación.

-¿Cómo te lo podría explicar? -dijo él suplicante-. No te ocultaré nada. Aquella noche, cuando él se marchó, yo le seguí. Estaba loco de celos. En una calle oscura lo golpeé hasta derribarlo. No se levantó. Lo examiné, y su cabeza se había golpeado contra una piedra. No pretendía matarlo. Estaba loco de amor y celos. Me escondí por allí cerca y vi cómo se lo llevaba una ambulancia. Helen, aunque te casaras con él...

-¿Quién eres tú? -exclamó la mujer, con los ojos como platos, retirando la mano bruscamente.

-¿No me recuerdas, Helen? ¿No te acuerdas del que siempre te quiso más que nadie? Soy John Delaney. Si me puedes perdonar...

Pero ella ya había desaparecido, saltando, tropezando, corriendo, volando escaleras arriba hacia la música y hacia aquel que nada recordaba, pero que la había tenido por suya en cada una de sus dos existencias. Y mientras subía la escalera, iba sollozando y cantando:

-¡Frank! ¡Frank! ¡Frank!

Y así fue como tres mortales hicieron malabarismos con los años como si fuesen bolas de billar, y mi amigo, el periodista, ¡no había sido capaz de verle el lado cómico!

Déjeme tomarle el pulso
Let Me Feel Your Pulse
Así que fui al médico.

-¿Cuánto tiempo hace que metió usted algo de alcohol en su organismo? -me preguntó.

-Pues hace ya un buen rato -contesté, meneando la cabeza.

Era un médico joven y podía tener cualquier edad entre los veinte y los cuarenta. Llevaba calcetines de color heliotropo, pero se parecía a Napoleón. Me gustó muchísimo.

-Y ahora -dijo-, le voy a mostrar el efecto del alcohol sobre su circulación.

Creo que lo que dijo fue «circulación», aunque muy bien podría haber sido «propaganda».

Desnudó hasta el codo mi brazo izquierdo, sacó una botella de whisky y me sirvió una copa. Empezó a parecerse más todavía a Napoleón. Y empezó a gustarme aún más.

Luego me comprimió la parte superior del brazo con una especie de faja, me tomó el pulso con los dedos y se puso a apretar una pera de goma conectada a un aparato que parecía un termómetro. El mercurio saltaba de arriba abajo y daba la impresión de no detenerse en ningún sitio, pero el médico dijo que marcaba doscientos treinta y siete o ciento sesenta y cinco, o algún número semejante.

-¿Ve usted ahora -preguntó- los efectos del alcohol sobre su tensión sanguínea?

-Es maravilloso -dije-, pero ¿cree usted que es suficiente esa prueba? Déme otro trago, y vamos a probar con el otro brazo.

Pero se negó.

Luego me cogió la mano con fuerza. Creí que ya estaba desahuciado y que me estaba diciendo adiós. Pero todo lo que pretendía era clavarme una aguja en la yema de un dedo y comparar la roja gota con una serie de fichas de póquer de cincuenta centavos que tenía colocadas sobre una tarjeta.

-Es el test de la hemoglobina -explicó-. El color de su sangre no es el que debería tener.

-Bueno -dije-, ya sé que tendría que ser azul, pero éste es un país de mucha mezcla. Algunos de mis antepasados fueron caballeros, pero se mezclaron con gente de la isla de Nantucket, así que...

-Lo que quiero decir -aseveró el médico- es que el tono de rojo es demasiado claro.

-¡Ah! -dije-. Entonces es una cuestión de hacer juego y no de raza.

A continuación, el médico me golpeó severamente la región pectoral. Cuando hizo tal cosa no sé si me recordó más a Napoleón que a Battling o al almirante Nelson. Luego adoptó una mirada grave y empezó a enumerar toda una cadena de dolencias de las cuales la carne es heredera, la mayoría terminadas en «itis». Inmediatamente le di quince dólares en pago.

-¿Es alguna de ellas inevitablemente fatal? -pregunté.

Me pareció que mi implicación en el asunto justificaba la manifestación de un cierto grado de interés.

-Todas ellas -contestó animosamente-. Pero su proceso se puede detener. Con cuidados y un adecuado e ininterrumpido tratamiento puede usted llegar a vivir hasta los ochenta y cinco o los noventa años.

Empecé a pensar en la factura.

-Estoy seguro de que me basta con llegar a los ochenta y cinco -fue mi comentario. Le pagué otros diez dólares más.

-Lo primero que hay que hacer -explicó con renovados ánimos- es encontrar un sanatorio donde pueda usted vivir en reposo absoluto durante algún tiempo, para que sus nervios se pongan en mejores condiciones. Yo mismo le acompañaré y elegiré el más adecuado.

Y así fue cómo me llevó a un manicomio en los Catskills.

Se alzaba sobre una pelada montaña frecuentada tan sólo por muy raros visitantes. No se veía más cosa que piedras y cantos rodados, algunas manchas de nieve y unos cuantos pinos desperdigados. El joven médico que estaba al frente de aquello era francamente agradable. Me

dio un estimulante sin comprimirme el brazo con faja alguna. Era la hora del almuerzo y nos invitaron a comer. Había en el comedor como unos veinte enfermos sentados en mesas pequeñas. El joven médico jefe se acercó a nuestra mesa y dijo:

-Tenemos la costumbre de tratar a nuestros invitados no como pacientes, sino como simples damas y caballeros fatigados que necesitan un descanso. Por leves que sean las enfermedades que puedan tener, nunca se alude a ellas en la conversación.

Mi médico llamó en voz alta a una camarera para que me trajese un poco de fosfoglicerato de cal, galleta de perro, tortitas de sales de bromo y té de nuez vómica como refrigerio. De repente surgió un sonido que parecía un súbito huracán en los pinares. Era producido por los elevados susurros de todos los comensales, que exclamaban al mismo tiempo: «¡Neurastenia!», excepto un hombre con una soberbia nariz, a quien oí claramente decir: «Alcoholismo crónico.» Tuve la esperanza de volver a encontrarme con él. El médico jefe dio media vuelta y se marchó.

Aproximadamente una hora después de la comida nos condujo al taller de trabajo, a unas cincuenta yardas de la casa. Los demás huéspedes habían sido llevados allí por el suplente y mano derecha del médico, un hombre de grandes pies y jersey azul. Era tan alto que no llegué a estar seguro de que tuviera cara, pero la Compañía de Embalaje del Acero se habría sentido extasiada ante sus manos.

-Aquí -explicó el médico jefe- es donde nuestros huéspedes se relajan de sus pasadas preocupaciones mentales mediante la entrega al trabajo físico, a la reacción.

Había tornos, útiles de carpintería, instrumentos para modelar la arcilla, ruecas, telares, ruedas de afilador, tambores de tam–tam, caballetes con retratos al carboncillo, fraguas de herrero y otras cosas por el estilo que pudieran entretener a los lunáticos huéspedes de pago en un sanatorio de lujo.

-La señora que está haciendo tortas de barro en aquella esquina -susurró el médico jefe- no es otra que Lula Lulington, autora de la novela titulada Por qué ama el amor. Lo que está haciendo ahora es sencillamente descansar su cerebro después de llevar a cabo semejante obra.

Yo conocía aquel libro.

-¿Y por qué no descansa escribiendo otro? -pregunté.

Como pueden ver, no estaba yo tan ido como creían.

-El caballero que está echando agua en ese embudo -continuó el médico- es un corredor de Bolsa de Wall Street, desquiciado por la sobrecarga de trabajo.

Me abotoné la chaqueta.

Otros, según nos contó, eran arquitectos que jugaban con arcas de Noé, pastores que leían la Teoría de la evolución, de Darwin, abogados que aserraban madera, aburridas damas de sociedad recitando a Ibsen para el ayudante del jersey azul, un millonario neurótico dormido en el suelo y un artista de renombre que arrastraba un pequeño vagón por toda la habitación.

-Parece usted estar bastante fuerte -me dijo el médico jefe-. Creo que el mejor relajamiento mental para usted sería arrojar pequeños pedruscos montaña abajo y volver a subirlos otra vez.

Me había alejado ya unas cien yardas cuando mi médico logró darme alcance.

-¿Qué sucede? -me preguntó.

-Lo que sucede -dije- es que no hay aviones a mano. Así que voy a recorrer apresurada y alegremente el camino que lleva a la estación y a coger el primer expreso para la ciudad.

-Bueno -admitió el médico-, puede que tenga usted razón. Este no parece ser precisamente el lugar más adecuado para usted. Pero lo que necesita es tranquilidad, tranquilidad absoluta y ejercicio.

Aquella noche me fui a un hotel y le dije al recepcionista:

-Necesito tranquilidad absoluta y ejercicio. ¿Podría darme una habitación con una de esas altas camas plegables y unos cuantos botones para que la muevan arriba y abajo mientras yo descanso?

El recepcionista se sacudió una mota de una de sus uñas y miró de reojo a un hombre alto con sombrero blanco que estaba sentado en el vestíbulo. Aquel hombre se me acercó y me preguntó cortésmente si había visto los arbustos de la entrada oeste. Yo no los había visto, así que me los enseñó y luego me miró de arriba abajo.

-Creí que los habría visto -dijo amablemente-. Pero no se preocupe. De todas maneras, será mejor que vaya a ver a un médico.

Una semana más tarde, mi médico me volvió a tomar la presión sanguínea sin el estimulante preliminar. Ya no se me pareció tanto a Napoleón. Y sus calcetines eran de un tono tostado que no me atrajo nada.

-Lo que usted necesita -decidió- es el aire del mar y compañía.

-¿Cree que serviría una sirena...? -empecé a decir.

Pero él se escudó tras sus maneras profesionales.

-Yo, personalmente -dijo-, le llevaré al hotel Bonair, cerca de la costa de Long Island, y le vigilaré hasta que se encuentre en forma. Es un lugar tranquilo y confortable, donde pronto se recuperará,

El hotel Bonair resultó ser un hostal de moda de novecientas habitaciones sobre una isla alejada de la costa. A todo aquel que no se vestía para cenar se le metía en un comedor trasero y se le daba por toda comida tortuga de agua dulce y champán. La bahía era el lugar ideal para ricos con yate. El corsario estaba anclado allí el día que llegarnos. Vi a míster Morgan de pie sobre cubierta comiéndose un sándwich de queso y contemplando el hotel con melancolía. Con todo, era un sitio muy caro. Nadie podía permitirse pagar aquellos precios. Al marcharse uno, se limitaba a dejar allí el equipaje, robaba un esquife y zarpaba en él de noche hacia tierra firme.

Cuando llevaba un día allí, cogí un mazo de impresos de telegrama del despacho del recepcionista y les puse un cable a todos mis amigos pidiéndoles dinero. Mi médico y yo jugamos una partida de croquet en el campo de golf y nos quedamos dormidos sobre el césped.

Al volver a la ciudad, pareció ocurrírsele una idea de repente.

-Por cierto -preguntó-, ¿qué tal se encuentra?

-Muy aliviado -contesté.

Ahora conviene decir que un médico consultor es otra cosa. Nunca está muy seguro de si se le va a pagar o no, y esta incertidumbre le garantiza a uno la más cuidadosa o bien la más negligente de las atenciones.

Mi médico me llevó a ver a un médico consultor. Este hizo una desafortunada conjetura y me dedicó una cuidadosa atención. Me gustó muchísimo. Me puso a hacer algunos ejercicios de coordinación,

-¿Le duele a usted la nuca? -preguntó. Le dije que no.

-Cierre los ojos -me ordenó-, junte bien los pies y empiece a saltar hacia atrás lo más lejos que llegue. Siempre se me dio muy bien saltar hacia atrás con los ojos cerrados, así que le obedecí. Me di con la cabeza contra el filo de la puerta del cuarto de baño, que habían dejado abierta y estaba sólo a tres pies de distancia. El médico se sintió muy compungido. Había pasado por alto el detalle de la puerta abierta. La cerró.

-Ahora tóquese la nariz con el índice de la mano derecha -dijo.

-¿Dónde está? -pregunté.

-En su cara -contestó él.

-Me refiero al índice de mi mano derecha -aclaré.

-Ay, cuánto lo siento -dijo.

Volvió a abrir la puerta del cuarto de baño y sacó mi dedo, que había quedado atrapado en la ranura. Después de haber llevado a cabo la maravillosa proeza dígito–nasal, dije:

-Doctor, no quiero engañarle en cuanto a los síntomas; la verdad es que tengo una especie de dolor en la nuca.

Ignoró aquel síntoma y auscultó cuidadosamente mi corazón con un fonendoscopio que recordaba una máquina musical de tragaperras. Me sentí como una balada.

-Y ahora -dijo- galope como un caballo durante unos cinco minutos por toda la habitación.

Hice la mejor imitación posible de un percherón descalificado y expulsado del Madison Square Garden. Luego, sin echar ninguna moneda, volvió a auscultarme el pecho.

-No hay glandulitis equina en nuestra familia, doctor -dije.

El médico consultor levantó su índice a tres pulgadas de mi nariz.

-Míreme el dedo -ordenó. -¿Ha probado usted alguna vez las peras de..? -empecé a decir.

Pero él prosiguió rápidamente con su test.

-Ahora mire hacia la bahía. A mi dedo. Hacia la bahía. A mi dedo. A mi dedo. Hacia la bahía. A mi dedo. Hacia la bahía.

Y así durante tres minutos.

Explicó que aquel era un test para comprobar la acción del cerebro. Me pareció muy fácil. Ni una sola vez confundí su dedo con la bahía. Estoy seguro de que si hubiese usado las frases: «Espíe hacia afuera con sus ojos, como con despreocupación, más bien lateralmente, en dirección a la línea del horizonte, superpuesta, por así decirlo, al fluido adyacente a la ensenada», y luego: «Ahora, volviendo a su atención, o, mejor aún, haciéndola retroceder, pósela sobre mi levantado dígito», estoy seguro, repito, de que en ese casi ni el mismísima Harry James habría superado con éxito la prueba.

Después de preguntarme si había tenido alguna vez algún antepasado con una desviación de columna o algún primo con los tobillos inflamados, los dos doctores se retiraron al cuarto de baño y se sentaron en el borde de la bañera a deliberar. Me comí una manzana, y clavé la vista primero en mi dedo y luego en la bahía.

Los médicos aparecieron con aire grave. Es más, parecían losas mortuorias y manuscritos de Tennessee Williams. Escribieron una lista con la dieta a la que había de restringirme. En ella figuraba todo aquello cuanto yo consideraba comestible, excepto caracoles. Y jamás me comería un caracol a no ser que primero me atacase y luego me mordiese.

-Tiene que seguir estrictamente esta dieta -dijeron los médicos.

-La seguiría al milímetro si pudiese conseguir tan sólo una décima parte de los alimentos que en ella figuran -respondí.

-De máxima importancia son también -prosiguieron- el aire libre y el ejercicio. Y aquí tiene una receta que le será altamente beneficiosa.

Luego todos cogimos algo. Ellos sus sombreros y yo el camino de regreso.

Fui a una farmacia y mostré la receta.

-Una botella de una onza le costará dos dólares con ochenta y siete centavos -anunció el farmacéutico.

-¿Me puede dar un trocito de su cuerda de envolver? -pregunté.

Hice un agujero en la receta, pasé por allí la cuerda, me la até al cuello y la doblé hacia dentro. Todos tenemos nuestras supersticiones y la mía es la de tener fe en los amuletos.

Por supuesto que todo aquello no tenía nada que ver conmigo, pero estaba muy enfermo. No podía trabajar, ni dormir, ni comer, ni jugar a la pelota. La única forma de merecer alguna compasión era pasarme cuatro días sin afeitar. Aun así, siempre había alguien que decía: «Muchacho, estás más fuerte que un roble. ¿Has estado de excursión por los bosques de Maine?»

Entonces me acordé de repente de que tenía que tomar el aire libre y hacer ejercicio. Y así fue como bajé al sur, a casa de John. John es un pariente cercano, por obra y gracia del veredicto de un predicador que permaneció con un misal en las manos bajo una bóveda de

crisantemos ante la mirada de cien mil personas. John tiene una casa de campo a siete millas de Pineville. Está a bastante altitud y sobre la cordillera de las montañas Azules, y se halla en un estado con demasiada dignidad para ser introducido en esta controversia. John es de mica, que es más valiosa y más limpia que el oro.

Me fue a buscar a Pineville, y tomamos el tranvía hasta su casa. Es una gran casa de campo muy aislada sobre una colina rodeada de cientos de montañas. Nos bajamos en su pequeña estación privada, donde la familia de John y Amaryllis habían ido a nuestro encuentro para darnos la bienvenida. Amaryllis me miró con una sombra de ansiedad.

Un conejo saltó cruzando la colina entre nosotros y la casa. Tiré al suelo mi maleta y empecé a perseguirlo a toda prisa. Cuando hube recorrido veinte yardas, desapareció. Me senté sobre la hierba y empecé a llorar desconsoladamente.

-Ya no soy capaz de perseguir a un conejo -sollocé-. Ya no sirvo de nada en este mundo. Más me valdría estar muerto.

-Pero bueno, ¿qué te pasa, dime, qué te pasa, hermano John? -le oí decir a Amaryllis.

-Tiene los nervios un poco alterados -explicó John con su acostumbrada calma-. No te preocupes. Y tú levántate, caza–conejos, y ven a la casa antes de que se enfríen los pasteles.

Estaba anocheciendo, y las montañas se alzaban con toda la nobleza de las descripciones de miss Murfree. Poco después de cenar anuncié que me creía capaz de dormir durante uno o dos años seguidos, incluyendo las fiestas de guardar. Así que me condujeron a una habitación tan grande y fresca como un jardín de flores, donde había una cama del tamaño de un trozo de césped. Poco después se retiró a sus habitaciones el resto de la familia y el silencio cayó sobre la tierra.

Hacía muchos años que yo no oía un silencio como aquél. Era absoluto. Me erguí apoyándome en el codo, y me dediqué a escucharlo. ¡Dormir! Pensé que si al menos pudiese oír el parpadeo de una estrella o una brizna de hierba afilándose a sí misma podría disponerme a descansar. En una ocasión me pareció oír la vela de un barquito virando en la brisa, pero decidí que no debía ser más que una tachuela de la moqueta. Seguí escuchando.

De repente, algún pajarillo tardío se posó sobre el alféizar de la ventana y, en lo que sin duda él consideraba tonos arrulladores, enunció ese ruido que se transcribe generalmente como «pío».

Pegué un enorme respingo.

-¡Eh! ¿Qué pasa ahí? -gritó John desde su habitación, que estaba encima de la mía.

-Nada, nada -contesté-; simplemente que me he golpeado accidentalmente la cabeza contra el techo.

A la mañana siguiente salí al porche y miré hacia las montañas. Había cuarenta y siete a la vista. Me estremecí, entré en el enorme salón de la casa, cogí el manual de Medicina práctica familiar de Pancoast de la librería y me puse a leer. John entró, me quitó el libro y me llevó afuera. Tiene una granja de trescientos acres abastecida con los accesorios habituales: establos, mulas, campesinos y enormes rastrillos con tres dientes delanteros rotos. Había visto cosas como aquellas en mi infancia y mi corazón empezó a languidecer.

Entonces John me habló de alfalfa y se me iluminó el rostro de repente.

-Ah, sí -dije-, ¿no estaba ella en el coro de...? Vamos a ver...

-Es verde, no sé si sabrás -aclaró John-, y tierna, y se la siembra después de la primera estación.

-Ya sé -dije-, y la hierba crece sobre ella.

-Exacto -asintió John-. Después de todo, sabes algo de agricultura.

-Sé algo acerca de algunos granjeros -aseguré, y una guadaña certera los segará el día menos pensado. En el camino de regreso a casa, una hermosa e inexplicable criatura se nos cruzó por delante. Me detuve, irresistiblemente fascinado, sin dejar de contemplarla. John esperó pacientemente, fumándose un cigarrillo. Es un granjero moderno. Al cabo de diez minutos, dijo:

-¿Te vas a quedar todo el día ahí mirando a ese pollo? El desayuno está casi a punto.

-¿Un pollo dices? -dije yo.

-Una gallina Orpington blanca, si quieres particularizar.

-¿Una gallina Orpington blanca? -repetí, con gran interés.

El ave se alejó lentamente con graciosa dignidad, y yo la seguí como un chiquillo detrás del Flautista Moteado. John me concedió cinco minutos más, y luego me cogió de la manga y me llevó a desayunar.

Cuando ya llevaba allí una semana, empecé a alarmarme. Estaba durmiendo y comiendo bien y empezaba a disfrutar de la vida. Para un hombre en mi desesperada condición aquello no podía ser bueno. Así que corrí a la estación del tranvía, tomé el vehículo hasta Pineville y fui a ver a uno de los mejores médicos de la ciudad. A aquellas alturas ya sabía exactamente lo que tenía que hacer cuando necesitaba tratamiento médico. Colgué mi sombrero del respaldo de la silla, y dije de un tirón:

-Doctor, tengo cirrosis del corazón, esclerosis en las arterias, neurastenia, neuritis, indigestión aguda y convalecencia. Voy a seguir una dieta estricta. También me daré un baño de agua tibia por la noche y uno frío por la mañana. Prometo ser agradecido y ocupar mi mente con pensamientos gratos. En cuanto a las drogas, tengo intención de tomar la píldora de fósforo tres veces al día, preferiblemente después de las comidas, y un tónico compuesto de tintura de genciana, chinchona, calisaya y cardamomo. En cada cucharadita de dicha mezcla echaré unas gotitas de nuez vómica, empezando con una gota y aumentándola cada día hasta alcanzar la máxima dosis. Esto lo tomaré con un cuentagotas, que puede ser adquirido por un precio irrisorio en cualquier farmacia. Buenos días.

Cogí el sombrero y salí. Después de cerrar la puerta me acordé de que me había olvidado de decir una cosa. El médico no se había movido de posición, pero dio un pequeño respingo nervioso cuando me vio aparecer otra vez.

-Olvidé mencionar -dije- que también haré reposo absoluto y ejercicio.

Después de aquella consulta me sentí mucho mejor. El volver a instalar en mi mente el pensamiento de que estaba enfermo sin esperanza me dio tanta satisfacción que casi tuve que volver a ponerme melancólico. No hay nada más alarmante para un neurótico que el sentirse mejorar y de buen humor.

John me cuidaba con esmero. Como había demostrado tanto interés por su pollo Orpington blanco, hizo todo lo que pudo para entretener mi mente, y se preocupó especialmente por cerrar bien el gallinero todas las noches. Progresivamente, el tonificante aire de la montaña, la buena alimentación y los paseos diarios por las colinas aliviaron de tal modo mi mal que me sentí abatido y enfermo en grado sumo. Oí hablar de un médico rural que vivía cerca en las montañas. Fui a visitarle y le conté toda la historia. Era un hombre de barba gris, con ojos claros, azules y arrugados, que llevaba un traje casero de tela vaquera gris.

Para ahorrar tiempo le diagnostiqué mi caso, me toqué la nariz con el índice de la mano derecha, me golpeé encima de la rodilla para hacer saltar el pie, hice resonar el pecho, saqué la lengua y le pregunté el precio de una parcela en el cementerio de Pineville.

Encendió la pipa y me miró durante tres minutos.

-Hermano -dijo al fin-, está usted muy mal. Tiene una oportunidad de salir adelante, pero es francamente pequeña.

-¿Qué puede ser? -pregunté ansiosamente-. He tomado oro y arsénico, fósforo, ejercicio, nuez vómica, baños hidroterapéuticos, descanso, excitación, codeína y vapores aromáticos de amoníaco. ¿Acaso queda algo en la farmacopea?

-En algún lugar de estas montañas -dijo el médico- crece una planta, una planta con flores, que le curará; y es la única cosa que podrá lograrlo. Pertenece a una especie tan vieja como el mundo, pero en los últimos tiempos es tremendamente escasa y muy difícil de encontrar. Usted y yo tendremos que ir a buscarla. Ahora no estoy ya en la práctica activa de mi profesión, tengo ya muchos años, pero me ocuparé de su caso. Tendrá que venir todas las tardes y ayudarme a buscar esa planta hasta que la encontremos. Los médicos de la ciudad

Librodot

puede que sepan mucho de cosas científicas, pero no saben gran cosa de los remedios que la naturaleza nos trae en sus zurrones.

Así que todos los días el médico y yo nos íbamos en busca de la planta milagrosa por las montañas y los valles de la cordillera Azul. Juntos trepábamos afanosamente por las empinadas pendientes, tan resbaladizas por las hojas caídas del otoño que nos teníamos que agarrar a todo arbolito o rama al alcance de la mano para no caernos. Íbamos vadeando por fraguas y abismos, recubiertos de frondosos helechos y laureles, seguíamos las orillas de los arroyos de montaña durante millas, éramos como indios buscando nuestro camino a través de bosquecillos de pinos. Por el sendero y la colina, bordeando el riachuelo y siguiendo la ladera de la montaña fuimos explorando en nuestra búsqueda de la planta milagrosa.

Como había dicho el viejo doctor, se había vuelto muy escasa y difícil de encontrar. Pero proseguimos nuestra persecución. Día tras día sondeábamos los valles, escalábamos las alturas, y recorríamos las mesetas tras las huellas de la planta milagrosa. Nacido en la montaña, el viejo no parecía cansarse nunca. Yo llegaba con frecuencia a casa tan fatigado que sólo era capaz de dejarme caer sobre la cama y dormir hasta la mañana siguiente. Y así estuvimos durante un mes entero.

Una tarde, cuando acababa de regresar de una excursión de seis millas con el viejo médico, Amaryllis y yo dimos un pequeño paseo bajo los árboles que bordeaban la carretera. Contemplábamos las montañas envueltas en sus regios mantos de púrpura para el reposo nocturno.

-Me alegro de que vuelvas a estar bien -dijo-. Cuando llegaste, me asusté. Creí que estabas seriamente enfermo.

-¡Volver a estar bien! -exclamé casi con un chillido-. ¿Sabes que no tengo más que una oportunidad entre mil. de seguir viviendo?

Amaryllis me miró sorprendida.

-Pero bueno -dijo-, estás tan robusta como una de las mulas de labor, duermes de diez a doce horas todas las noches y estás acabando con todas las existencias de la casa. ¿Qué más quieres?

-Te diré que, a menos que encontremos a tiempo la magia, es decir, la planta que estamos buscando, nada podrá salvarme. Así me lo ha dicho el médico.

-¿Qué médico?

-El doctor Tatum, el viejo doctor que vive en la ladera de la montaña del Roble Negro. ¿Lo conoces?

-Lo conozco desde que tengo uso de razón. ¿Y ahí es donde vas todos los días? ¿Es él quien te lleva a dar esas largas caminatas y escaladas que te han devuelto la salud y la fortaleza? Dios bendiga al viejo doctor.

Y en aquel preciso instante el viejo doctor en persona apareció lentamente por la carretera, conduciendo su destartalada calesa. Le saludé con la mano y le grité que estaría disponible al día siguiente a la hora acostumbrada. Detuvo el caballo y le dijo a Amaryllis qué se acercase. Hablaron durante cinco minutos mientras yo esperaba. Luego el viejo doctor siguió su camino.

Cuando llegamos a la casa, Amaryllis sacó un pesado tomo de una enciclopedia y buscó en él una palabra.

-Me ha dicho el doctor -explicó- que ya no es necesario que vuelvas a acudir a él como paciente, pero que estará encantado de verte como amigo siempre que lo desees. Luego me dijo que buscara mi nombre en la enciclopedia y que te dijera lo que significa. Parece ser el nombre de un género de plantas con flor, y también es el nombre de pila de una campesina que aparece en Teócrito y Virgilio. ¿Qué crees que quiso dar a entender con eso?

-Sé muy bien lo que quiso decir -aseguré-. Ahora lo sé.

Y ahora unas palabras para el hermano que pueda haber caído bajo el embrujo de la inquieta Dama Neurastenia.

La fórmula era auténtica. Aunque a tientas algunas veces, los médicos de las ciudades amuralladas habían acertado con el medicamento específico.

Y en cuanto al ejercicio, el que quiera acudir al buen doctor Tatum de la montaña del Roble Negro habrá de tomar el camino que bordea por la derecha la casa de reunión metodista en el bosquecillo de pinos.

Calma absoluta y ejercicio.

¿Y qué calma más curativa que la de sentarse con Amaryllis en la sombra y, con un sexto sentido, leer el idilio no escrito de Teócrito sobre las montañas Azules cubiertas de oro, caminando apaciblemente hacia los dormitorios de la noche?

Librodot

Némesis y el vendedor de caramelos

Nemesis And The Candy Man

-Zarpamos mañana por la mañana, a las ocho, en el Celtic -dijo Honoria, quitándose una hebra de su manga de encaje.

-Ya me lo han dicho -declaró el joven Ives, lanzando el sombrero al aire sin lograr volver a atraparlo-, y por eso he venido a desearte un feliz viaje.

-Supongo que te lo habrán dicho por ahí -dijo Honoria con gélida dulzura-, porque yo, desde luego, no he tenido ocasión de informarte personalmente.

Ives la miró suplicante, pero sin esperanza.

De la calle llegó una voz aguda que entonaba, no sin cierta musicalidad, una cancioncilla comercial:

-¡Carameeeelos! ¡Riquíííísimos caramelos recién hechos!

-Es nuestro viejo vendedor de caramelos -dijo Honoria, asomándose a la ventana y llamándolo por señas-. Quiero comprarle unos cuantos «besitos» de esos con verso. En las tiendas de Broadway no son ni la mitad de buenos.

El vendedor de caramelos detuvo el carrito frente a la vieja casa de Madison Avenue. Tenía un aire festivo infrecuente en los vendedores ambulantes. Llevaba una corbata nueva de color rojo vivo con un alfiler en forma de herradura casi de tamaño natural, que lanzaba engañosos destellos desde los pliegues de la tela. Su oscuro y tostado rostro de arrugaba formando una sonrisa medio estúpida. Unos puños rayados con gemelos en forma de cabeza de perro cubrían la piel morena de sus muñecas.

-Debe de estar a punto de casarse -dijo Honoria con tristeza-. Nunca lo había visto vestido así. Y hoy es la primera vez en muchos meses que se ha puesto a vocear la mercancía, estoy segura.

Ives lanzó una moneda a la acera. El vendedor de caramelos conoce bien a sus clientes. Llenó una bolsa de papel, subió la anticuada escalinata y se la entregó.

-Me acuerdo de cuando... -empezó Ives.

-Espera un momento -ordenó Honoria.

Y sacó una pequeña carpeta del cajón del escritorio, y de la carpeta una finísima hojita de papel de cuatro centímetros de largo por medio de ancho.

-Esto -dijo Honoria con voz inflexible- es con lo que iba envuelto el primer caramelo que abrimos.

-Hace un año de esto -alegó Ives con tono de disculpa, al tiempo que alargaba la mano para cogerlo.

Y leyó en la hojita lo siguiente:

Mientras el cielo siga azul
conmigo, amor, seguirás tú.

-Habíamos planeado zarpar hace quince días -dijo Honoria con tono de reproche-. El verano ha sido tórrido. La ciudad está medio desierta. No hay ningún sitio a donde ir. Aunque me han dicho que hay uno o dos bailes al aire libre que están divertidos. Parece ser que sus atracciones han calado hondo en más de uno.

Ives no se inmutó. Cuando uno está en el ring, no le sorprende que el adversario le pegue en las costillas. -Aquel día -dijo Ives con poco tacto- seguí al vendedor de caramelos y le di cinco dólares al llegar a la esquina de Broadway.

Cogió la bolsita de papel, que Honoria se había colocado en el regazo, sacó uno de los cuadrados caramelos y quitó lentamente el papel que lo envolvía.

-El padre de Sara Chillingworth -explicó Honoria- le acaba de regalar un automóvil.

-Lee esto -pidió Ives, alargándole el papel del caramelo recién desenvuelto:

Del arte de vivir la vida es dueña
y el amor a perdonar nos enseña.

Las mejillas de Honoria se pusieron rojas como la grana.

-¡Honoria! -exclamó Ives, levantándose de un salto de la silla.

-Miss Clinton -corrigió Honoria, emergiendo como Venus entre la espuma de las olas-. Ya te advertí que no volvieras a pronunciar ese nombre.

-Honoria -repitió Ives-, tienes que escucharme. Ya sé que no merezco tu perdón, pero he de conseguirlo. En ocasiones nos vemos poseídos por una locura de la que no es responsable lo mejor de nosotros mismos. Arrojo al viento todo lo que no seas tú. Rompo las cadenas que me han tenido preso. Renuncio a la sirena que me alejó de ti con malas artes. Permite que ese verso de vendedor ambulante te suplique en mi nombre. Eres la única a quien puedo amar. Deja que tu amor perdone, y yo te juro que el mío seguirá contigo «mientras el cielo siga azul».

***

Al oeste de Manhattan, entre la Sexta y la Séptima Avenida, un callejón se abre en la mitad de la manzana y muere en un pequeño patio en el centro de la misma. Es un barrio de gente de teatro, y sus habitantes son la espuma de media docena de naciones. El ambiente es bohemio, el idioma políglota, el entorno miserable.

El vendedor de caramelos vivía en el patio, al final del callejón. A las siete en punto empujaba su carrito por la estrecha entrada, lo apoyaba sobre las irregulares losetas de piedra y se sentaba en una de sus barras para refrescarse. Por aquel callejón pasaba una fresca corriente de aire.

Había una ventana justo encima del lugar donde siempre se sentaba. En el frescor de la tarde, mademoiselle Adèle, atracción principal de Aerial Roof Garden, uno de los bailes al aire libre, se sentaba junto a la ventana a tomar el aire. Solía dejar caer su hermosa mata de pelo castaño rojizo, para que la brisa tuviese la dicha de ayudar a Sidonie, la doncella, en la tarea de secarlo y airearlo. Llevaba un pañuelo de color heliotropo colocado muy flojo alrededor de los hombros, que eran la parte de su anatomía más explotada por los fotógrafos. Llevaba los brazos desnudos hasta el codo, y aunque no había allí escultores para extasiarse con ellos, ni las estólidas paredes de ladrillo del callejón habrían sido tan insensatas como para no darles su aprobación. Mientras permanecía allí sentada, Felice, otra de sus doncellas, bañaba y ungía aquellos pequeños pies que tanto fascinaban con sus guiños a la audiencia nocturna del Aerial.

Paulatinamente, mademoiselle empezó a percibir la presencia del vendedor de caramelos que se paraba bajo su ventana para enjugarse la frente y refrescarse un poco. En manos de sus doncellas se encontraba temporalmente apartada de su profesión: el fascinante y obligatorio carro del hombre. A mademoiselle le molestaba perder el tiempo. Allí estaba el vendedor de caramelos y aunque, ciertamente, no era la presa más adecuada para sus dardos, pertenecía al sexo contra el cual ella había nacido para luchar.

Después de lanzarle miradas de indiferente frialdad una docena de veces, una tarde se desheló de repente y derramó sobre él una sonrisa que hizo ruborizarse a los caramelos del carrito.

-Vendedor de caramelos -dijo con voz acariciadora, mientras Sidonie la seguía en su impulsivo arrebato sin dejar de cepillar su espesa cabellera caoba-, ¿no crees que hoy soy hermosa?

El vendedor de caramelos se rió con aspereza y miró hacia arriba con su fina mandíbula apretada, al tiempo que se secaba la frente con un pañuelo azul y rojo.

-Valdría usted para la portada de una revista masculina -dijo a regañadientes-. Guapa o no, es cosa de ellos. Ese no es mi estilo. Si lo que anda buscando son cumplidos, vaya a cualquier otro sitio entre las nueve y las doce. Me parece que va a llover.

Es cierto que un vendedor de caramelos no es mucho más fascinante que ponerse a cazar conejos en medio de una espesa nevada, pero el cazador tiene el corazón muy grande. Mademoiselle cogió un gran mechón de pelo de entre las manos de Sidonie y lo dejó caer por la ventana.

-Óyeme bien, vendedor de caramelos, ¿tienes una novia en algún sitio con un pelo tan largo y suave como éste? ¿Y con los brazos tan redondeados?

Alargó un brazo por el alféizar de la ventana como Galatea después del milagro.

El vendedor de caramelos soltó una risita chillona y se puso a recoger unos cuantos caramelos de mantequilla y azúcar moreno que se le habían caído al suelo.

-¡Esfúmate! -dijo con vulgaridad-. No tiene nada que hacer con esas armas. Soy demasiado listo para dejarme engatusar por un mechón de pelo y un brazo recién untado de crema. Supongo que estará usted muy bien en el escenario, con cantidad de polvos y maquillaje encima, mientras la orquesta toca «Bajo el viejo manzano». Pero no se le ocurra ponerse el sombrero y correr escaleras abajo para venirse conmigo a la iglesita de la esquina. Ya he tenido que lidiar en otras ocasiones con cajas de tinte y maquillaje. Y ahora, bromas aparte, ¿no cree que va a llover?

-Vendedor de caramelos -insistió mademoiselle con suavidad, curvando los labios y formando un hoyuelo en la barbilla-, ¿no me encuentras bonita?

El hombre hizo una mueca.

-Ahorrando dinero, ¿no es así? -dijo-. Debe de ser muy rentable eso de hacerse la publicidad uno mismo. Yo fumo, pero no he visto nunca su jeta en ninguna caja de cigarros de cinco centavos. De todas formas haría falta que saliera una nueva marca de mujer para lograr conquistarme. Las conozco desde las peinetas hasta los cordones de los zapatos. Dame un buen día de ventas y un filete con cebolla a las siete, y una pipa y un periódico de la tarde al volver aquí al patio, y no me inmutaré ni aunque la mismísima Lillian Russel me guiñe el ojo, con su perdón.

Mademoiselle hizo un puchero.

-Vendedor de caramelos -dijo suave y profundamente-, aun así me dirás que soy hermosa. Todos los hombres lo hacen y tú no serás menos.

El vendedor de caramelos se rió y vació la pipa.

-Bueno -contestó-, tengo que marcharme. Estoy leyendo un relato que viene en el periódico. Hay unos hombres buscando un tesoro en el mar, y los piratas los espían desde detrás de los arrecifes. Y no hay una sola mujer por tierra, mar o aire. Buenas noches.

Y se fue callejón adelante, empujando su carrito de regreso al húmedo patio donde vivía.

Asombrosamente para aquel que no conozca las mujeres, mademoiselle se sentaba todos los días junto a la ventana y lanzaba sus redes a su ignominiosa presa. En una ocasión estuvo esperando a un caballero de altos vuelos durante media hora en la salita de espera, mientras se dedicaba a bombardear en vano la ruda filosofía del vendedor de caramelos. Su áspera risa hería su vanidad en lo más profundo. Todos los días se sentaba en su carrito a recibir la brisa del callejón mientras a ella le arreglaban el pelo, y diariamente las flechas de su belleza rebotaban contra su duro pecho tan despuntadas como ineficaces. Un resentimiento de despecho encendía sus ojos. Con el orgullo herido, le lanzaba miradas que habrían elevado al séptimo cielo a sus más devotos admiradores. Los duros ojos del vendedor de caramelos la miraban con una mal disimulada burla que acabó por impulsarla a usar la flecha más afilada del carcaj de su belleza.

Una tarde se apoyó en el alféizar, y no se dedicó a desafiarle ni a torturarle como otras veces.

-Vendedor de caramelos -dijo-, ponte de pie y mírame a los ojos.

El hombre se puso de pie y la miró a los ojos, con su áspera risa resonando como una aserradora. Se quitó la pipa de la boca, jugueteó un poco con ella y se la volvió a meter en el bolsillo con mano temblorosa.

-Ya basta -lijo mademoiselle con una sonrisa lenta-. Ahora tengo que marcharme a la sesión de masaje. Buenas noches.

La tarde siguiente, a las siete en punto, el vendedor de caramelos apareció y apoyó su carrito bajo la ventana. Pero ¿era realmente el vendedor de caramelos? Su corbata era de un rojo rabioso y la llevaba adornada por un reluciente alfiler de corbata en forma de herradura casi de. tamaño natural. Los zapatos estaban recién lustrados; el moreno de sus mejillas había

palidecido y se había lavado las manos. La ventana estaba vacía y esperó allí con la nariz vuelta hacia arriba, como un perro esperando un hueso.

Finalmente apareció mademoiselle, con Sidonie sujetando su mata de pelo. Miró al vendedor de caramelos y sonrió, una lenta sonrisa que se desvaneció hasta convertirse en aburrimiento. Supo al instante que la presa estaba ya en el bote, e inmediatamente se sintió hastiada de aquella cacería. Empezó a hablar con Sidonie.

-Ha hecho un día magnífico -dijo el vendedor de caramelos con voz profunda-. Es la primera vez en un mes que me he sentido de primera. Me he recorrido Madison de arriba para abajo voceando la mercancía como antaño. ¿Cree que lloverá mañana?

Mademoiselle rodeó con ambos brazos el cojín que tenía en el alféizar de la ventana y apoyó sobre ellos su barbilla con hoyuelo.

-Vendedor de caramelos -dijo suavemente-, ¿no me amas?

El hombre se puso de pie y se apoyó contra el muro de ladrillo.

-Señora -dijo jadeando-, tengo ochocientos dólares ahorrados. ¿Dije que no erais hermosa? Tomadlo, tomadlo todo entero y comprad con ello una correa para vuestro perro.

Un sonido como el de cien campanas de plata se oyó en la habitación de mademoiselle. La risa invadió el callejón y resonó en el patio de atrás, y aquel eco resultó allí tan ajeno como la mismísima luz del sol. Mademoiselle estaba divertida. Sidonie, su sabio eco, añadió una voz de contralto tan fiel como sepulcral. La risa de ambas pareció al fin penetrar al vendedor de caramelos. Empezó a juguetear con el alfiler de corbata. Al fin, mademoiselle, exhausta, volvió su bello rostro arrebolado hacia la ventana.

-Vendedor de caramelos -dijo-, márchate. Cuando me río, Sidonie me tira del pelo. Y no puedo hacer otra cosa si sigues ahí.

-Aquí hay una nota para mademoiselle -dijo Felice, acercándose en aquel momento a la ventana.

-No es justo -dijo el vendedor de caramelos, levantando las barras de su carrito y alejándose con él.

Se había desplazado unos cuantos metros, cuando se detuvo. Una serie de gritos agudos salieron de la ventana de mademoiselle. Regresó a toda prisa. Oyó el ruido de un cuerpo que caía al suelo y el sonido de unos tacones que parecían patalear sobre él.

-¿Qué pasa? -gritó.

El rostro severo de Sidonie se asomó a la ventana.

-Mademoiselle ha recibido malas noticias -dijo-. Aquel a quien ella amaba con toda el alma se ha marchado. Habrá usted oído hablar de él, se trata de monsieur Ives. Zarpa mañana en un barco hacia el otro lado del océano. ¡Ay, cómo son ustedes los hombres!

Los caprichos de la suerte

The Shocks Of Doom

Existe una aristocracia de los parques públicos, e incluso de los vagabundos que los emplean como apartamentos privados. Vallance era un novato en la materia, pero cuando emergió de su mundo para internarse en el caos, sus pasos le llevaron directamente a Madison Square.

Seco y adusto como una colegiala -de las de antes-, el joven mayo suspiraba con austeridad entre los árboles florecientes. Vallance se abotonó la chaqueta, encendió su último cigarrillo y se sentó en un banco. Durante tres minutos lamentó la pérdida de los últimos cien de sus últimos mil dólares, arrebatados por un policía motorizado que había puesto fin a su última correría en automóvil. Luego se revisó todos los bolsillos y no encontró un solo penique. Aquella mañana había dejado su apartamento. Los muebles habían servido para pagar ciertas deudas. Su ropa, salvo la que tenía puesta, había pasado a manos de su criado, en concepto de salarios atrasados. Y allí estaba, en una ciudad que no le deparaba una cama, una langosta asada, un pasaje de tranvía, un clavel para la solapa, a menos que los obtuviera dando un sablazo a sus amigos o mediante algún engaño. Por lo tanto, había elegido el parque.

Y todo por culpa de un tío que lo había desheredado, pasándole de una generosa asignación a la nada. Y todo porque su sobrino le había desobedecido con respecto a cierta muchacha que no entra en esta historia, razón por la cual los lectores que hayan comenzado a interesarse por ese lance no deben avanzar más. Existía otro sobrino, de una rama diferente, que en un tiempo había despuntado como probable heredero favorito. Falto de gracia y esperanza, había desaparecido en el fango largo tiempo atrás. Ahora rastreaban su paradero: debía ser rehabilitado y devuelto a su posición. De modo que Vallance, como Lucifer, había caído aparentemente a la sima más honda, reuniéndose así con los andrajosos fantasmas del pequeño parque.

Allí sentado, se reclinó a sus anchas en la dura madera del banco y, sonriendo, lanzó un chorro de humo hacia las ramas más bajas de un árbol. La repentina ruptura de todos sus vínculos vitales le había acarreado una alegría libre, estremecedora, casi exultante. Era la misma sensación del aeronauta que se aferra al paracaídas y deja que su globo se aleje sin rumbo.

Eran casi las diez. En los bancos no había demasiados vagabundos. El morador del parque, si bien combate tercamente al frío otoñal, es lento en atacar a la vanguardia del ejército primaveral.

Entonces alguien abandonó su banco, cerca del surtidor saltarín, y fue a sentarse al lado de Vallance. No era ni joven ni viejo; las pensiones baratas le habían contagiado un olor a moho; peines y navajas no tenían tratos con él, en su cuerpo la bebida había sido embotellada y etiquetada bajo la vigilancia del diablo. Pidió una cerilla, lo cual suele servir de presentación entre esa clase de banqueros, y después comenzó a hablar.

-Usted no es de los habituales -le dijo a Vallance-. Reconozco la ropa hecha a medida apenas la veo. Usted sólo ha parado aquí un momento. ¿Le molesta que le hable mientras tanto? Es que he de estar con alguien. Tengo miedo, tengo miedo. Se lo he dicho a dos o tres de esos gandules que hay por ahí. Creen que estoy loco. Escuche, escuche lo que le voy a decir: todo lo que me queda para comer hoy son dos rosquillas y una manzana. Mañana me presento para heredar tres millones, y aquel restaurante que ve allí, todo rodeado de coches, me resultará demasiado barato. No me cree, ¿verdad?

-Almorcé en ese restaurante ayer -dijo Vallance riéndose- sin el menor problema. Esta noche no podría pagar los cinco centavos de una taza de café.

-Usted no parece uno de nosotros. Bien, supongo que esas cosas suceden. Hace algunos años yo estaba en la cumbre. ¿Qué fue lo que lo hizo caer?

-Oh..., yo... perdí mi trabajo -dijo Vallance.

-Esta ciudad es la esencia del Hades -continuó el otro-. Un día uno come en porcelana china, y al día siguiente come a lo chino: un puñado de arroz. He tenido muy mala suerte.

Hace cinco años que no soy más que un mendigo. Me criaron para vivir a lo grande y no hacer nada. No me importa decírselo, sabe; he de hablar con alguien porque tengo miedo; ¿se da cuenta?, tengo miedo. Me llamo Ide. Usted no me creerá si le digo que el viejo Paulding, uno de los millonarios de Riverside Drive, era tío mío. ¿Me cree? Y bien, así es. En otro tiempo viví en su casa y tuve todo el dinero que me dio la gana. Oiga, ¿por casualidad no tendrá para pagar un par de copas, mister...? ¿Cómo se llama usted?

-Dawson -dijo Vallance-. No; lamento declarar que financieramente estoy liquidado.

-Hace una semana que vivo en un depósito de carbón de Division Street -prosiguió Ide-, con un granuja llamado Blinky Morris. No tenía otro sitio adonde ir. Hoy, mientras estaba fuera, se ha presentado un tipo con un montón de papeles, preguntando por mí. Yo he pensado que era un policía de paisano, así que no he vuelto hasta la noche. Había una carta esperándome. Oiga, Dawson; era de Mead, un gran abogado de la ciudad. He visto su placa en Ann Street. Paulding pretende convertirme en el sobrino pródigo, quiere que regrese, vuelva a ser su heredero y despilfarre su dinero. Mañana, a las diez, he de presentarme en la oficina del abogado para calzar otra vez mis viejos zapatos... Heredaré tres millones, Dawson, y me darán diez mil dólares al año. Y tengo miedo... Tengo miedo.

El vagabundo se puso en pie de un salto y se llevó los brazos temblorosos a la cabeza. Contuvo la respiración y lanzó un gemido histérico.

Vallance lo agarró del brazo y le obligó a sentarse.

-¡Serénese! -ordenó en un tono parecido al del asco-. Se diría que ha perdido usted una fortuna, en lugar de haberla ganado. ¿De qué tiene miedo?

Encogido en el banco, Ide se estremeció. Agarró la manga de Vallance e, incluso al débil resplandor de las luces de aquella avenida de donde éste fuera expulsado, se podían ver en los ojos del otro lágrimas impelidas por un extraño terror.

-Temo que me pase algo antes del amanecer. No sé qué... Algo que me impida alcanzar ese dinero. Tengo miedo de que me caiga un árbol encima, de que me atropelle un coche, o me aplaste una cornisa o algo por el estilo. Nunca había sentido esto. He pasado cientos de noches en este parque, tan en calma como una figura de piedra, sin saber cómo iba a desayunar. Pero ahora es diferente. Yo adoro el dinero, Dawson, soy feliz como un dios cuando lo palpo, cuando la gente se inclina a mi paso, cuando me veo rodeado de música, flores y ropa cara. Mientras supe que estaba fuera del juego no me preocupé. Hasta pasé momentos felices sentado aquí, andrajoso y hambriento, escuchando el rumor de la fuente y mirando los coches de la avenida. Pero ahora que está nuevamente al alcance de mi mano..., no soy capaz de soportar las doce horas de espera, Dawson, no soy capaz. Hay cincuenta cosas que pueden sucederme... Podría quedarme ciego, podría sufrir un ataque al corazón, el mundo podría acabarse antes de...

Ide volvió a ponerse en pie con un chillido. En los bancos la gente se agitó y empezó a mirar. Vallance le tomó del brazo.

-Vamos, caminemos -le dijo suavemente-. Y trate de calmarse. No hay por qué excitarse o preocuparse. Todas las noches son iguales.

-Es verdad -dijo Ide-. Quédese conmigo, Dawson... Usted es un buen tipo. Andemos juntos un poco. Jamás he estado así de deshecho, y eso que he sufrido muchos golpes duros. ¿Cree usted que podría conseguir algo de comer, amigo? Temo que estoy demasiado nervioso para mendigar.

Vallance condujo a su compañero por una casi desierta Quinta Avenida, y luego hacia el oeste, por la Treinta, hacia Broadway.

-Espere aquí un momento -dijo dejando a Ide en un lugar silencioso, entre las sombras. Entró en un conocido hotel y se encaminó hacia la barra con la soltura de otros tiempos.

-Mira, Jimmy, fuera hay un pobre diablo -explicó al camarero- que dice tener hambre, me parece que es cierto. Ya sabes lo que esa gente hace si les das dinero. Prepárale un par de sándwiches, y yo me ocuparé de que no los tire por ahí.

-Seguro, mister Vallance -dijo el camarero-. No todos son mentirosos. Y no me gusta que nadie se muera de hambre.

Envolvió en una servilleta una generosa ración del menú libre. Vallance salió con ella y se reunió con su compañero. Ide se abalanzó sobre la comida con una avidez famélica.

-En todo el año no había comido un menú como éste -declaró-. ¿No va a probarlo, Dawson?

-Gracias, no tengo hambre -dijo Vallance.

-Volvamos a la plaza -propuso Ide-. Allí no nos molestarán los polis. Guardaré el resto del jamón y lo demás para el desayuno. No comeré más. Tengo miedo de enfermarme. ¡Imagínese que muera de un calambre y jamás llegue a tocar el dinero! Todavía faltan once horas para ver al abogado. Usted no me abandonará, ¿verdad, Dawson? Temo que pueda sucederme algo. Usted no tiene adónde ir, ¿verdad?

-No -dijo Vallance-. Esta noche no tengo casa.

-Si es verdad lo que me ha contado -continuó Ide-, se lo toma usted con mucha calma. Juraría que cualquier hombre que se quedara en la calle después de perder un buen trabajo, estaría arrancándose los pelos.

-Creo haber señalado ya -dijo Vallance- que, para mí, un hombre en situación de recibir una fortuna debería sentirse alegre y sereno.

-Es curioso -filosofó Ide- ver cómo la gente se toma las cosas. Aquí está su banco, Dawson, justo al lado del mío. En este lugar la luz no le dará en los ojos. Oiga, Dawson, cuando vuelva a casa haré que el viejo escriba una carta de recomendación para que usted encuentre trabajo. Me ha ayudado mucho esta noche. De no haber dado con usted, no habría sobrevivido.

-Gracias -dijo Vallance-. ¿Se duerme sentado o tumbado?

Durante horas, casi sin parpadear, Vallance contempló las estrellas a través de las ramas de los árboles y escuchó el agudo retumbar de los cascos de los caballos que, sobre el mar de asfalto, pasaban hacia el sur. Si bien mantenía la mente activa, sus sentimientos se habían adormecido. Parecía como si le hubiesen extirpado toda emoción. No sentía pena ni angustia, ni dolor ni incomodidad. Hasta cuando pensaba en la muchacha, le daba la impresión de que ella habitaba una de las estrellas remotas que estaba contemplando. Recordó las absurdas bufonadas de su compañero y se rió quedamente, pero sin regocijo alguno. Pronto el ejército cotidiano de carros de lechero convirtió la ciudad en un tambor bramante al compás del cual marchaban. Vallance se durmió en el incómodo banco.

Al día siguiente, a las diez, ambos se presentaron a la puerta del despacho del abogado Mead, en Ann Street.

A medida que se aproximaba la hora, los nervios de Ide iban de mal en peor; y Vallance no se decidía a entregarlo a los peligros que temía.

Cuando entraron en el despacho, Mead les miró estupefacto. Vallance y él eran viejos amigos. Después de saludarlo se volvió hacia Ide, quien se hallaba lívido y temblequeante, al borde de la presumible crisis.

-Anoche envié a su dirección una segunda carta, mister Ide -dijo el abogado-. Le informa de que mister Paulding ha reconsiderado la propuesta de acogerlo una vez más bajo su protección. Ha decidido no hacerlo, y desea comunicarle que esto no afectará a las relaciones entre ustedes.

El temblor de Ide cesó repentinamente. Su rostro recuperó el color, y enderezó la espalda. Adelantó tres centímetros la mandíbula y en sus ojos despuntó un fulgor. Retiró con una mano su estropeado sombrero, y tendió la otra, de dedos rígidos, al abogado. Inspiró profundamente y acabó por lanzar una risa sardónica.

-Dígale al viejo Paulding que se puede ir al infierno -dijo con voz clara y rotunda, y, dándose la vuelta, salió del despacho con paso firme y vivo.

Mead giró sobre sus talones para enfrentarse a Vallance, y sonrió.

-Me alegro de que hayas venido -dijo de buen humor-. Tu tío quiere que vuelvas a casa enseguida. Ha reflexionado sobre la situación que produjo su apresurada decisión, y desea comunicarte que a partir de ahora todo volverá a ser como... -Mead interrumpió la frase y gritó a su ayudante-: ¡Eh, Adams! Traiga un vaso de agua... Mister Vallance acaba de desmayarse.

Pasajeros en Arcadia

Transients in Arcadia

En Broadway hay un hotel que todavía los organizadores de temporadas veraniegas no han descubierto. Tiene un fondo grande, ancho y fresco. Sus cuartos están terminados en roble obscuro. Las brisas hogareñas y el verdor intenso de los árboles brindan un grato panorama, sin las dificultades de los Adirondacks. Se puede ascender por sus anchas escaleras o subir soñadoramente en sus ascensores, guiados por empleados con botones de latón, con una apacible alegría nunca alcanzada por los alpinistas. En la cocina hay un chef que adereza la trucha de arroyo mejor que en White Mountains, unos mariscos que enloquecerían de envidia a Old Point Confort, y una carne de venado del Maine que ablandaría el corazón burocrático del guardacaza.

Poca gente ha descubierto este oasis en el desierto de julio de Manhattan. Puede verse, en ese mes, al escaso grupo de huéspedes del hotel disperso indolentemente en la fresca obscuridad de un lujoso comedor, observándose por entre la nevada extensión de las mesas desocupadas, felicitándose en silencio.

Unos camareros superfluos, a la expectativa, con movimientos etéreos, revolotean cerca, brindando cuanto se pueda precisar aun antes de que se pida. El tiempo es un abril eterno. El cielorraso, pintado a la acuarela, imita un cielo estival, recorrido por sutiles nubes que van y vienen sin desaparecer, tal como, mal que nos pese, lo hacen las verdaderas.

En la fantasía de los huéspedes dichosos, el grato y distante ruido de Broadway se convierte en una cascada que inunda los bosques con su tranquilo rumor. Cada vez que se percibe un paso extraño los huéspedes vuelven los oídos con ansiedad, por temor de que su refugio haya sido descubierto e invadido por los incansables buscadores de placeres que siempre asedian a la naturaleza aun en sus rincones más remotos.

Por eso, durante la época de calor, la pandilla de expertos se esconde cuidadosamente en la hostería deshabitada, gozando al máximo los placeres de la montaña y la plaza, que han unido y les han servido el arte y la maestría.

En ese mes de julio arribó al hotel una pasajera, que remitió su tarjeta al recepcionista a fin de que la anotara en el registro del hotel. La tarjeta decía:

“Madame Héloise D’Arcy Beaumont”.

Madame Beaumont era de los huéspedes que amaban el Hotel Lotus. Poseía el aire distinguido de las personas selectas, moderado y suavizado por una gracia cordial, que hizo de los empleados del hotel sus es clavos. Los botones competían por acudir cuando tocaba el timbre; de no ser porque no lo poseían, los empleados no habrían vacilado en transferirle el hotel con todas sus pertenencias; los otros huéspedes la tenían por el mayor exponente de la elegancia femenina y de la belleza que perfeccionaba aquel ambiente.

Difícilmente esa superexcelente pasajera abandonaba el hotel. Sus modales concordaban con los hábitos de la exclusivista clientela del Hotel Lotus. Para gozar de aquella exquisita hostería, hay que olvidar la ciudad, como si distara muchas leguas. Por la noche se impone una breve recorrida a las terrazas cercanas; mas durante el ardiente día uno permanece en la umbrosa seguridad del Lotus, como una trucha suspendida en los translúcidos santuarios de su laguna preferida.

Pese a estar sola en el Hotel Lotus, Madame Beaumont se conducía como una reina cuya soledad se debe exclusivamente a su posición. Desayunaba a las diez, como un ser dulce, indolente y sutil que resplandece suavemente en la difusa penumbra como un jazmín en la obscuridad.

Pero era a la hora del almuerzo cuando el brillo de Madame llegaba al máximo. Vestía un atuendo tan bello y etéreo como la niebla surgida de una cascada invisible en un desfiladero de las montañas. Describir esta prenda sobrepasa la capacidad del autor. Rosas de rojo pálido descansaban siempre sobre su pechera guarnecida de encaje. Su vestido provocaba la admiración respetuosa del “maitre d’Hotel”, que salía a recibirla con una inclinación. Viéndolo, se pensaba en París, y tal vez en misteriosas condesas, y seguramente en Versalles

y los estoques y en la señora Fiske y en el rojo y el negro. Estaba difundido en el Hotel Lotus el rumor, de impreciso origen, de que Madame era una cosmopolita, y de que sus delicadas manos blancas manejaban ciertos resortes internacionales en favor de Rusia. Dado que era una ciudadana de los más felices caminos del mundo, no tenía nada de extraño que encontrara en la atmósfera de refinamiento del Hotel Lotus el sitio de los Estados Unidos más deseable para una estadía reposada durante el auge de la canícula.

Comenzaba el tercer día de residencia de Madame Beaumont en el hotel, cuando ingresó al Lotus un joven que se anotó en el registro como huésped. Su vestimenta -para mencionar su aspecto en el .terreno admitido- estaba a la moda, sin exageración: sus rasgos eran agradables y regulares; su fisonomía era la de un hombre de mundo serio y distinguido. Notificó al empleado que permanecería tres o cuatro días; inquirió por los vapores que partían hacia Europa, y se hundió en la vacuidad dichosa de aquel hotel incomparable, con el aspecto satisfecho de un viajero que se acomoda en su posada preferida.

Si no cuestionamos la veracidad del registro, el joven se llamaba Harold Farrington. Y se entregó tan cauta y silenciosamente a la aristocrática y leve corriente de la vida del Lotus, que ni una sutil ondulación de las aguas llamó la atención, en su descanso, de los otros perseguidores de placeres. Comía en el hotel, y se adormeció en la misma paz dichosa que los otros dichosos navegantes. En un solo día se congració con su mesa y su camarero, y compartió el temor de que los jadeantes perseguidores de la tranquilidad que tenían a Broadway en efervescencia se abalanzaran allí y destruyeran ese paraíso cercano pero escondido.

Al otro día del arribo de Harold Farrington, Madame Beaumont, después del almuerzo, dejó caer al descuido su pañuelo. El señor Farrington lo alzó y se lo restituyó, sin adoptar el modo expansivo del hombre que procura trabar relación.

Tal vez hubiera una mística francmasonería entre los huéspedes distinguidos del Lotus. Tal vez los vinculara recíprocamente su común fortuna de descubrir lo mejor en cuanto a veraneo se tratase en un hotel de Broadway. Lo cierto es que estos dos cambiaron finas palabras de cortesía e intentaron apartarse del tono solemne. Y se desarrolló entre ambos, como en el propicio ambiente de un verdadero hotel de verano, una amistad florecida y fructificada sobre el terreno, como la mística planta del hechicero. Por unos instantes, los dos permanecieron parados en un balcón en el que terminaba el pasillo y se lanzaron mutuamente la plumosa pelota de la conversación.

-Una se fatiga de los viejos hoteles de verano -dijo Madame Beaumont, con tenue pero dulce sonrisa-. ¿De qué vale escapar a las montañas o a la playa para evadir el tumulto y el polvo, si la misma gente que los provoca nos persigue hasta allí?

-Aun hasta el océano lo siguen a uno los filisteos -acotó penosamente Farrington-. Los más aristocráticos transatlánticos se están transformando en simples barcazas de transporte. Dios nos proteja cuando el veraneante se entere de que el Lotus está más distante de Broadway que las Mil Islas o Mackinac.

-Espero que nuestro secreto esté a salvo al menos durante una semana -dijo Madame, con un suspiro y una sonrisa-. Ignoro dónde iría si esa gente se lanzara sobre nuestro amado Lotus. Conozco tan sólo un sitio tan delicioso en verano, y es el castillo del conde Polinski, en los Urales.

-Tengo entendido que Baden-Baden y Cannes están prácticamente desiertos en esta temporada -dijo Farrington-. Año a año, los antiguos sitios de veraneo se desprestigian más. Tal vez muchos otros, igual que nosotros, persigan los rincones serenos que se le es capan a la mayoría.

-Me prometo tres días más de este encantador des canso -dijo Madame Beaumont-. El lunes sale el “Cedric”.

Los ojos de Harold Farrington denunciaron su pesar.

-Yo también debo partir el lunes -dijo-. Pero no voy al extranjero.

Madame Beaumont se encogió de hombros de una manera parisiense, luciendo un hombro redondo.

-Una no puede esconderse así constantemente, por encantador que esto pueda ser. Me están preparando el castillo desde hace un mes. ¡Qué molestas son esas fiestas que una tiene que dar! Pero nunca podré olvidar mi semana en el Hotel Lotus.

-Tampoco yo -dijo Farrington, en voz baja-. Y no olvidaré nunca el “Cedric”.

Tres días más tarde, la noche del domingo, los dos estaban sentados junto a una pequeña mesa en la misma terraza. Un reservado camarero trajo cubitos de hielo y vasitos con clarete.

Madame Beaumont lucía el mismo bello vestido de noche que llevaba todos los días para almorzar. Parecía pensativa. Sobre la mesa, junto a su mano, estaba un pequeño bolso adornado con dijes.

-Señor Farrington -dijo, con la sonrisa que había congraciado al Lotus-. Deseo decirle algo. Mañana por la mañana, antes del desayuno, me iré del hotel, pues debo regresar a mi trabajo. Soy vendedora de la sección medias del Bazar Gigante, de Casey, y mis vacaciones terminan mañana a las ocho. Este billete de dólar es el último dinero que veré hasta cobrar mi sueldo de ocho dólares semanales el sábado próximo a la noche. Usted es un verdadero caballero y ha sido bondadoso conmigo, de manera que deseo decírselo antes de partir.

“Estuve haciendo economías sobre mi sueldo por un año, sólo para permitirme estas vacaciones. Deseaba vivir una semana como una dama, aunque no fuese más que una vez en mi vida. Deseaba levantarme cuando me viniera en gana, en lugar de tener que arrastrarme fuera de la cama todas las mañanas a las siete, y vivir con lo mejor, y ser servida, y tocar el timbre para pedir cosas como lo hacen los ricos. Ahora lo he hecho, y he tenido las más dichosas horas de mi vida. Regreso a mi empleo y a mi pequeño vestíbulo-dormitorio satisfecha por otro año. Deseaba decírselo, señor Farrington, puesto que yo... supuse que usted simpatizaba conmigo, y yo... yo he simpatizado con usted. Pero debí engañarlo hasta ahora porque todo esto no era para mí más que un cuento de hadas. De manera que me referí a Europa y a todo lo que hay en otros países y sobre lo cual he leído, y le hice creer a usted que era una gran dama.

“Este vestido que llevo, el único entre los que tengo que merece usarse, lo compré en O’Dowd y Levinsky, en cuotas. Me costó setenta y cinco dólares, y fue hecho de medida. Pagué diez dólares al contado, y continuarán cobrándome a razón de un dólar por semana hasta que lo haya terminado de pagar. Esto es, aproximadamente, todo lo que tengo para decirle, señor Farrington, excepto que me llamo Mamie Siviter y no Madame Beaumont, y que le agradezco sus gentilezas. Este dólar me servirá mañana para pagar la cuota semanal del vestido, que vence ese día. Ahora creo que subiré a mi habitación.”

Harold Farrington había escuchado la narración de la huésped más bella del Lotus con aire imperturbable. Cuando Madame Beaumont terminó, Farrington sacó del bolsillo del saco un librito que semejaba un talonario de cheques, anotó algo sobre un formulario en blanco con un pedacito de lápiz, quitó la hoja, se la entregó a su interlocutora y tomó el dólar.

-También yo debo regresar a mi trabajo mañana por la mañana -dijo-. Y es mejor que comience ahora. Aquí tiene un recibo por su pago semanal del vestido. Soy cobrador de O’Dowd y Levinsky desde hace tres años. Es notable que a usted y a mí se nos haya ocurrido la misma idea de pasar nuestras vacaciones... ¿cierto? Siempre soñé con alojarme en un hotel aristocrático, y ahorré cuanto pude de mis veinte dólares semanales para poder hacerlo. Oiga, Mamie... ¿Qué le parece si fuéramos el sábado por la noche a pasear en el barco de Coney Island?

El rostro de la supuesta Madame Heloise D’Arcy Beaumont se iluminó.

-Oh, apueste a que iré, Mr. Farrington. La tienda cierra los sábados a las doce. Supongo que Coney puede estar bien incluso después de pasar una semana entre la alta sociedad.

Bajo el balcón, la sofocante ciudad rugía bulliciosa en la noche de julio. En el interior del Hotel Lotus reinaban las frías y suaves sombras, y el solícito camarero deambulaba[9] cerca de las ventanas bajas, atento ante cualquier señal para servir a Madame y su acompañante.

Ante la puerta del ascensor, Farrington se despidió y Madame Beaumont se preparó para su última ascensión. Pero antes de que llegara la silenciosa jaula, se dijeron:

-Desde ahora olvídate de Harold Farrington, ¿vale? Me llamo McManus, James McManus, aunque suelen llamarme Jimmy.

-Buenas noches, Jimmy -dijo Madame.

[9] En inglés “single-footed”, término del vocabulario ecuestre que significa andar al paso, mediante el cual el caballo avanza rápido levantando una pata a cada paso y depositándola de nuevo en el suelo antes de comenzar con la siguiente.

La palma de la mano de Tobin

Tobin’s Palm

Tobin y yo, fuimos un día a Coney. Entre los dos poseíamos cuatro dólares y él necesitaba distracciones, pues había perdido de vista a Katie Mahorner, su novia, de County Sligo, cuando ella marchó a los Estados Unidos, tres meses antes, con doscientos dólares, sus propios ahorros y cien provenientes de la venta de la finca heredada por Tobin -un lindo cottage- en Bog Shannaugh y un cerdo. Y, desde la carta que Tobin recibió, en la que le manifestaba que partía para reunirse con él, no había visto ni oído nada concerniente a Katie Mahorner. Insertó avisos en los periódicos, mas nada pudo saber de ella.

Por consiguiente, Tobin y yo fuimos a Coney, en la creencia de que una vuelta por los canales y el olor de las palomitas de maíz levantaría el corazón de su pecho. Pero mi amigo era un hombre terco, de manera que la tristeza se le adhirió a la piel. Rechinaban los dientes ante los globos con pitos; maldijo las películas cinematográficas y, aunque bebía siempre que se le ofreciera, despreciaba el “Punch” y el “Judy”, y estuvo por darles una tunda a los hombres del daguerrotipo.

Lo llevé, pues, hacia un camino lateral, en un paseo de madera donde las atracciones eran menos violentas. En un pequeño puesto de seis por ocho, Tobin se detuvo, reflejando una mirada más humana en sus ojos.

-Aquí -dijo- me divertiré. Haré que me lea la palma de la mano la maravillosa quiromántica del Nilo y comprobaré si lo que va a ser será.

Tobin creía en signos y en lo natural de la naturaleza. Poseía convicciones ilegales, junto con temas de gatos negros, números de suerte y creía en los pronósticos climatéricos de los periódicos.

Penetramos en el encantado gallinero, arreglado misteriosamente con géneros rojos y cuadros de manos cruzadas por líneas como una central ferroviaria. El cartel ubicado sobre la puerta decía que se trataba de madame Zozo, quiromántica egipcia. Dentro, se hallaba una gruesa mujer, ataviada con una capa con garabatos y fieras bordados. Tobin le dio diez centavos y extendió uno de sus brazos. Ella le tomó la mano, hermana del casco de un caballo de tiro, y se la examinó para comprobar si lo que el hombre iba a buscar era una piedra del crucero o una horma de zapato.

-Hombre -dijo madame Zozo- la línea de su destino muestra...

-No es mi pie -dijo Tobin, interrumpiéndola-. Claro que no es linda, pero lo que usted tiene entre sus manos es la palma de la mía.

-La línea muestra -dijo la madame-, que usted no va a llegar al término de su vida sin sufrir mala suerte. Y hay algo más. El monte de Venus -¿o es una piedra machacada?- dice que usted ha estado enamorado. Existirán contrariedades en su vida a causa de su novia.

-Se ha referido a Katie Mahorner -me dijo Tobin hacia un lado con voz fuerte.

-Veo -dijo la quiromántica- que usted sufrirá muchísimas tribulaciones y grandes pesares por una persona a quien no puede olvidar. Advierto que las líneas del nombre señalan hacia las letras K y M.

-¡Chitón! -me dijo Tobin-. ¿Has oído eso?

-Tenga cuidado -continuó la mujer- con un hombre moreno y una mujer rubia, pues ambos le traerán pesares. Pronto hará usted un viaje por agua y sufrirá una pérdida económica. Veo una línea de buena suerte. Un hombre se mezclará en su vida y le traerá buena fortuna. Lo conocerá cuando lo vea, por su nariz torcida.

-¿Está aclarado su nombre? -interrogó mi amigo-. Sería conveniente saberlo para saludarlo cuando venga a traerme la buena suerte.

-Su nombre -repuso la quiromántica mirando pensativamente- no aparece señalado por las líneas, pero ellas indican que es un nombre largo y en él figurará la letra “o”. No hay más nada que agregar. Buenas tardes. No obstruya la puerta.

-Es maravilloso cuánto sabe - dijo Tobin mientras caminábamos hacia el muelle.

Mientras nos apretábamos para salir a través del portón, un negro arrimó el cigarrillo encendido a la oreja de Tobin, y se suscitó un altercado. Mi amigo le apretó el cuello, las mujeres chillaron, y yo, con presencia de ánimo, arrastré al pequeño hombre fuera del camino antes de que llegara la policía. Tobin siempre se pone de mal talante cuando se divierte.

En el vapor de vuelta, cuando el hombre gritó "¿Quién quiere al mozo bien parecido?", Tobin trató de confesarse culpable, experimentando el deseo de soplar la espuma de una olla de agua jabonosa, pero, cuando se tocó el bolsillo, encontróse absuelto por falta de pruebas. Durante la conmoción, alguien había alterado su cambio. Por consiguiente, nos sentamos en los bancos, aburridos, a escuchar los violines de los italianos, que ejecutaban en la cubierta. Tobin sentíase más deprimido, si es que experimentaba algo, y congeniaba menos con sus desdichas que cuando salimos.

En el asiento ubicado contra la barandilla, se hallaba una mujer joven con una vestimenta adecuada para viajar en un automóvil rojo y cabello color pipa de espuma de mar en la cual no se ha fumado. Al pasar, mi amigo le pisó el pie descuidadamente, y, como era cortés con las damas cuando se hallaba bebido, trató de revolear su sombrero, mientras le pedía disculpas. Pero se le escapó la mano y el viento lo lanzó por sobre la borda.

Tobin regresó y se sentó, y yo comencé a cuidarlo, pues las adversidades del hombre se estaban haciendo demasiado frecuentes. Cuando la mala suerte lo impulsaba era capaz de emprenderla a puntapiés con el hombre mejor vestido que encontrara, y de tratar de dirigir el barco.

Inmediatamente, Tobin me cogió del brazo y me dijo excitado:

-John, ¿sabes lo que estamos haciendo? Estamos viajando por agua.

-Bueno -le contesté-, ten control de ti mismo. El barco tocará tierra dentro de diez minutos.

-Mira la dama rubia que está sentada en el banco -dijo-. ¿Y has olvidado al negro que me quemó la oreja? Y el dinero que perdí ¿no era un dólar sesenta y cinco?

Creí que no hacía sino resumir sus catástrofes, para tener un buen motivo para contrariarse, como lo hacen los hombres, y traté de hacerle entender que tales cosas eran simples menudencias.

-Escucha -dijo Tobin-. Tú no tienes oído para los dones de la profecía o los milagros del inspirado. ¿Qué dijo la quiromántica al leer mi mano? Esto se realizará ante tus ojos. "Tenga cuidado -dijo- con un hombre moreno y una mujer rubia, pues ambos le traerán pesares". ¿Has olvidado al negro, no obstante haberse llevado una contestación de mi puño? ¿Puedes mostrarme una mujer de cabellos más claros que la rubia que ocasionó la caída de mi sombrero al agua? Y, ¿dónde está mi dólar con sesenta y cinco, que tenía en mi chaleco cuando abandoné el stand de tiro?

La forma en que Tobin presentaba las cosas, parecía realmente corroborar el arte de la predicción, aunque yo juzgaba que esos accidentes podían pasarle a cualquiera, en Coney, sin la complicidad de la quiromancia.

Mi amigo se puso de pie y caminó alrededor de la cubierta, mirando de cerca a los pasajeros, con sus pequeños ojos rojos. Le interrogué qué significaban sus movimientos, porque uno nunca sabe lo que él piensa hasta que ha empezado a llevar a cabo sus ideas.

-Has de saber -dijo- que pondré en práctica las formas de salvación que prometen las líneas de la palma de mi mano. Estoy buscando al hombre de nariz torcida que me traerá buena suerte. Éste es el único que podrá salvarme. John, ¿has visto alguna vez en tu vida un grupo de tipos! de nariz más derecha?

Era el barco de las 9.30. Llegamos a tierra y caminamos por la parte alta de la ciudad, a través de la calle Veintidós; Tobin lo hacía sin sombrero.

En una esquina, parado debajo de la luz de gas y mirando por sobre el elevado camino, hacia la luna, se hallaba un hombre. Era un individuo alto, de vestimenta pulcra, y llevaba un cigarro entre sus dientes. Observé que su nariz describía dos curvas desde el puente hasta el extremo, como una culebra. Tobin advirtió esta característica al mismo tiempo, y lo oí respirar

con pesadez, como un caballo al que se le quita la montura. Se dirigió directamente al hombre y yo lo seguí.

-Buenas noches -le dijo.

El hombre se quitó el cigarro y aprobó con cortesía el cumplido.

-¿Quiere darnos su nombre -interrogó Tobin-, para conocer su extensión? Puede ser que nos veamos obligados a entrar en conocimiento.

-Mi nombre -repuso cortésmente el individuo- es Friedenhausman, Maximus G. Friedenhausman.

-Es la correcta extensión -dijo mi amigo-. ¿Lleva una "o" en alguna parte?

-No -contestó el hombre.

-¿Puede escribirlo con una "o"? -interrogó Tobin, tornándose ansioso.

-Si su conciencia -replicó el hombre de la nariz- se siente indispuesta hacia los idiomas extranjeros, puede usted, para conformarse, introducir esa letra en la penúltima sílaba.

-Está bien -dijo mi amigo-. Está usted en presencia de John Malone y Daniel Tobin.

-La aprecio -dijo el individuo haciendo una reverencia-. Y ahora, puesto que no concibo que desee efectuar una reunión de deletreo en la esquina de una calle, ¿puede darme algún motivo razonable por el cual anda usted suelto?

-Por los dos signos -contestó Tobin, tratando de explicarle- que se revelan en usted, de acuerdo con la predicción de la quiromántica egipcia que leyó la palma de mi mano, ha sido señalado para compensar, con buena suerte, las líneas que me pronostican dificultades y se relacionan con un negro y con una dama rubia que estaba en el barco con la pierna cruzada, así como con la pérdida económica de un dólar con sesenta y cinco, todo lo cual se ha cumplido, hasta ahora, de acuerdo con Hoyle.

El hombre dejó de fumar y me miró.

-¿Tiene usted alguna enmienda -interrogó- que hacer a esa declaración, o usted también es uno de ellos? Por su aspecto, juzgué que usted podría tener a su amigo a su cargo.

-Ninguna -le contesté-, salvo que, así como una herradura se parece a otra, usted es el vivo retrato de la buena suerte, tal como le fue pronosticada a mi amigo por las líneas de su mano. De lo contrario, éstas podrían haber estado cruzadas; no lo sé.

-Son los dos iguales -dijo el hombre de la nariz, mirando hacia uno y otro lado en busca de un policía-. He gozado muchísimo con vuestra compañía. Buenas noches.

Dicho lo cual, se introdujo el cigarro en la boca y cruzó la calle caminando rápidamente. Pero Tobin se le pegó a un costado y yo al otro.

- ¿Qué? -dijo el hombre, deteniéndose en la acera opuesta y echándose el sombrero hacia atrás-. ¿Me estáis siguiendo? Les aseguro -dijo en voz muy alta- que estoy orgulloso de haberlos conocido. Pero deseo librarme de ustedes, pues voy para mi casa.

-Vaya -dijo Tobin recostándose contra el brazo del individuo-. Vaya a su casa. Yo me sentaré en el umbral de la puerta y lo esperaré hasta mañana. Porque depende de usted evitar la maldición del negro, de la dama rubia y de la pérdida económica del dólar con sesenta y cinco.

-Esa es una extraña alucinación -dijo el individuo, dirigiéndose a mí como a un loco más razonable-. ¿No sería mejor que lo llevara a su casa?

-Escuche, hombre -le contesté-. Daniel Tobin es tan sensible como siempre ha sido. Quizás está un poco alterado a causa de que ha bebido lo suficiente como para desasosegarlo, pero no tanto como para sosegar sus sentidos. Sin embargo, no hace sino seguir el legítimo camino de las supersticiones y los predicamentos, que le explicaré -al decir esto le relaté los hechos acerca de la quiromántica y en qué forma el dedo de las sospechas lo señalaba como instrumento de la buena suerte-. Comprenda -terminé diciendo- mi posición en este lío. Soy el amigo de mi amigo Tobin, de acuerdo con mis interpretaciones. Es fácil ser amigo de los prósperos, pues pagan bien; no. es difícil serlo del pobre, porque se hincha de gratitud y coloca la foto de usted en el frente "de su mísera vivienda, con un balde de carbón y un huérfano de cada mano. Pero esto extrema el arte de la amistad hasta convertirlo en verdadero

amigo del tonto nato. Y esto es lo que estoy haciendo -añadí-, porque, en mi opinión, no hay suerte que se pueda pronosticar leyendo la palma de mi mano, que no ha sido impresa, cogiendo el mango de un pico. Y, aunque usted posea la nariz más torcida de toda Nueva York, no dudo de que todas las adivinas puedan agotar su buena suerte. Pero las líneas de la mano de Danny lo señalan claramente a usted, y ayudaré a mi amigo a que realice experimentos hasta que se convenza de que usted está agotado.

Después de esto, el individuo recurrió a la risa. Se recostó contra la esquina de la pared y rió largo rato. Luego nos palmeó a ambos, tomándonos del brazo.

-Yo estaba equivocado -dijo-. ¿Cómo me iba a imaginar que algo tan agradable y maravilloso surgiría a la vuelta de la esquina? Casi llegué a que se me considerara indigno de ello. Muy cerca de aquí -añadió- hay un café cómodo y adecuado para agasajar las idiosincrasias. Entremos y bebamos algo mientras discutimos la inadaptabilidad de lo categórico.

Al decir esto, nos guió hacia una cantina y pidió las bebidas, dejando el importe sabré la mesa. Nos miró a Tobin y a mí como a hermanos, mientras fumábamos.

-Han de saber ustedes -dijo el hombre del destino- que mi paso por la vida es lo que se llama literario. Deambulo de noche por las calles en busca de idiosincrasias en las masas y verdad en el cielo. Cuando ustedes se me acercaron, estaba en contemplación del elevado camino en unión con la principal luminaria de la noche. El rápido tránsito es poesía y arte; la luna, tan sólo un cuerpo tedioso, seco, moviéndose mecánicamente, Pero éstas son opiniones privadas, pues, en la cuestión literaria, las condiciones son a la inversa. Tengo la intención de escribir un libro, para explicar extrañas cosas que he descubierto en la vida.

-¿Me incluirá en un libro -interrogó Tobin disgustado-, me incluirá en un libro?

-No lo haré -repuso el hombre-, pues las tapas no podrán contenerlo. Todavía no. Lo mejor que puedo hacer es gozar de usted, pues no es oportuno el momento para destruir las limitaciones de lo impreso. Usted quedaría fantástico impreso. Solo y para mí debo beber esta copa de alegría. Pero, gracias, muchachos; me siento realmente agradecido.

-Su charla -dijo Tobin resoplando a través de sus bigotes y golpeando la mesa con el puño- es algo que agota mi paciencia. Se me prometió buena suerte surgida de la curva de su nariz; mas usted da frutos como el golpe de un tambor. Se parece usted, con su bulla de libros, al viento que sopla a través de una rendija. Ahora, con seguridad, pensaré que la palma de mi mano miente; pero en cuanto a la verdad del negro, la dama rubia y...

-¡Chitón! -exclamó el hombre alto-. ¿Se va a dejar confundir por la fisonomía? Mi nariz hará lo que pueda dentro de sus límites. Hagamos que nos llenen de nuevo los vasos; es bueno mantener bien húmedas las idiosincrasias, pues están expuestas a deteriorarse en una seca atmósfera moral.

Por consiguiente, el hombre de la literatura, según mi opinión, procedió bien, pues pagó alegremente todo, ya que el capital de Tobin y el mío estaban exhaustos por la predicción. Pero mi amigo estaba resentido y bebía callado, mostrando el rojo de sus ojos.

Luego nos retiramos, pues eran las 23, y permanecimos un rato en la acera. El hombre expresó que debía retirarse a su casa y nos invitó a caminar en la misma dirección de él. Llegamos a una calle lateral, a dos cuadras de distancia, donde había una hilera de casas de ladrillo con altas escaleras y rejas de hierro. El individuo se detuvo frente a una de ellas y miró hacia las ventanas de arriba, que estaban obscuras.

-Esta es mi humilde residencia -dijo-; comienzo a percatarme por los signos, de que mi esposa se ha retirado a dormir. Por consiguiente, me voy a aventurar un poco en el terreno de la hospitalidad. Deseo que entren al sótano, donde comemos, y compartamos un discreto refrigerio. Habrá un poco de rica gallina fría y un par de botellas de cerveza inglesa. Serán bienvenidos si entran a comer y beber, porque les estoy agradecido por la diversión que me han proporcionado.

El apetito y la conciencia míos y de Tobin armonizaban con la propuesta, aunque difícilmente entraba dentro de la superstición de Danny el pensar que unos tragos y un lunch frío representaran la buena suerte prometida por la palma de la mano.

-Desciendan los escalones -dijo el hombre de la nariz torcida-; yo entraré por la puerta de arriba y los haré pasar. Le diré a la nueva sirvienta -agregó- que prepare café para que beban antes de retirarse. Es bueno el café que hace Katie Mahorner, para ser una muchacha nueva, que recién hace tres meses que ha llegado. Entren -dijo el hombre- y la enviaré a vuestra presencia.

Un cosmopolita en un café

A Cosmopolite In A Café

A medianoche, el café estaba repleto de gente. Por alguna casualidad, la mesita a la cual estaba yo sentado había escapado a la mirada de los que llegaban, y dos sillas desocupadas, colocadas al lado de ella, extendían sus brazos con mercenaria hospitalidad al influjo de los parroquianos.

En ese momento, un cosmopolita se sentó en una de ellas. Me alegré, pues sostengo la teoría de que, desde Adán, no ha existido ningún auténtico ciudadano del mundo. Oímos hablar de ellos y vemos muchas etiquetas extranjeras pegadas en sus equipajes; pero, en lugar de cosmopolitas, hallamos simples viajeros.

Invoco a vuestra consideración la escena: las mesas con tabla de mármol; la hilera de asientos en la pared, recubiertos de cuero; los alegres parroquianos; las damas vestidas de media etiqueta, hablando en coro, de exquisito acento, acerca del gusto, la economía, la opulencia o el arte; los garçons diligentes y amantes de las propinas; la música abasteciendo sabiamente a todos con sus incursiones sobre los compositores; la mélange de charlas y risas, y, si usted quiere, la “Würzburger en los altos conos de vidrio, que se inclinan hacia sus labios como una cereza madura en su rama ante el pico de un grajo ladrón. Un escultor de Mauch Chunk me manifestó que la escena era auténticamente parisién.

Mi cosmopolita se llamaba E. Rushmore Cogían y de él se sabrá el próximo verano en Coney Island, pues me informó que instalará allí una nueva “atracción”, que ofrecerá un benévolo entretenimiento. Y luego su conversación se extendió a lo largo de paralelos de latitud y longitud. Tomó el enorme y redondo mundo en sus manos, por así decirlo, con familiaridad y desprecio, y éste no parecía más grande que la semilla de un cerezo marasco en una toronja de table d’hotel. Habló irrespetuosamente del Ecuador, saltó de continente en continente, se burló de las zonas y fregó los altos mares con la servilleta. Con un ademán, hablaba de cierto bazar en Haiderabad. ¡Puf! Lo llevaba a usted en esquí en Laponia. ¡Pif! Ahora perseguía los infractores, con los kanakas en Kealai-kahiki. ¡Pronto! Lo arrastraba a usted a través de un pantano de robles de Arkansas, lo dejaba secar un momento, en las plantas de álcali, en las planicies de su rancho de Idaho; luego lo lanzaba a la sociedad de los archiduques vieneses. De pronto, le hablaba de un resfrío contraído por la brisa de un lago de Chicago y de cómo la vieja Escamila se lo curó en Buenos Aires con una infusión caliente de hierba chuchula. Usted podría haber dirigido una carta a “Mr. E. Rushmore Cogían, la Tierra, Sistema Solar, el Universo”, seguro de que se la entregarían.

Yo tenía la certeza de haber encontrado, por fin, el verdadero cosmopolita surgido después de Adán, y escuché su discurso mundial temeroso de descubrir en él la nota local del mero globe-trotter. Pero sus opiniones nunca se agitaban ni decaían; era tan imparcial en cuanto a las ciudades, los países y continentes como respecto a los vientos o la gravitación.

Y, mientras E. Rushmore Cogían parloteaba acerca de su pequeño planeta, pensé con alegría en un gran casi cosmopolita que escribió para el mundo y dedicóse a Bombay. En un poema dice que hay orgullo y rivalidad entre las ciudades de la tierra y que “los hombres que surgen de ellas comercian de un lado a otro, pero se adhieren a los límites de sus ciudades como el niño a la pollera de la madre”. Y, siempre que caminan “por ruidosas calles desconocidas”, recuerdan su ciudad natal “en la forma más leal, tonta y tierna, haciendo de su apenas musitado nombre vínculo sobre vínculo”. Me causó alegría el hecho de haber captado la descripción de Mr. Kiping. Había encontrado aquí a un hombre que no estaba hecho de polvo; que no tenía mezquinas ostentaciones de suelo nativo o país; que si se jactaba, lo hacía de todo su mundo redondo contra los marcianos y los habitantes de la luna.

La conversación sobre estos temas le fue urgida a E. Rushmore Cogían por la música proveniente en dirección de la tercera esquina de nuestra mesita. Mientras él describía la topografía del ferrocarril siberiano, la orquesta se explayó a través de un pot-pourri. El

fragmento con que concluía era Dixie10 y, mientras las regocijantes notas terminaban, fueron casi ahogadas por un ruidoso aplauso surgido de casi todas las mesas.

Vale la pena dedicar un párrafo para decir que esta extraordinaria escena puede ser presenciada todas las noches en numerosos cafés de la ciudad de Nueva York. Toneladas de cerveza han sido consumidas en el desarrollo de teorías que la expliquen. Algunos han conjeturado apresuradamente que todos los budistas de la ciudad se apresuran a refugiarse en los cafés al caer la noche. Este aplauso de la canción "rebelde" en una ciudad norteña realmente confunde un poco; pero la cuestión no es insoluble.

La guerra con España, que durante muchos años fue una generosa cosecha de menta y sandías; algunos vencedores de tiro largo en el hipódromo de Nueva Orleáns y los brillantes banquetes ofrecidos por los ciudadanos de Indiana y Kansas, que componen la sociedad de Carolina del Norte, han hecho del Sur más bien una "moda" en Manhattan. Su manicura le balbuceará suavemente que el dedo índice de su mano izquierda le recuerda muchísimo al de un caballero de Richmond, Virginia. ¡Oh, sin duda! Pero muchas damas tienen ahora que trabajar... la guerra, usted sabe.

Cuando se estaba ejecutando Dixie, un joven de cabellos negros surgió de algún lado con un grito de guerra de los Mosby y agitó frenéticamente su sombrero de blando borde. Luego se perdió entre el humo, se dejó caer en la silla desocupada de nuestra mesita y sacó un paquete de cigarrillos.

La velada estaba en el período en que desaparece la reserva. Uno de nosotros mencionó tres Würzburgers al mozo; el hombre de cabellos obscuros agradeció el que se lo incluyera en el pedido, dibujando una sonrisa y efectuando un movimiento de cabeza. Me apresuré a formularle una pregunta, porque deseaba poner a prueba una teoría que había elaborado.

-¿Tendría usted inconveniente -comencé- en decirme de dónde procede?...

El puño de E. Rushmore Cogían golpeó la mesa y el estrépito me sumió en el silencio.

--Discúlpeme -dijo él-, pero ésa es una pregunta que no me agrada oír nunca. ¿Qué importa de dónde procede un hombre? ¿Es justo juzgar a un hombre por su dirección postal? Caramba, he visto personas oriundas de Kentucky que odian el whisky; virginianos que no eran descendientes de Pocahontas; indianos que no han escrito una novela; mejicanos que no usan pantalones de terciopelo con dólares de plata cosidos a lo largo de las costuras; ingleses divertidos; yanquis pródigos; sureños impasibles; occidentales estrechos de criterio y neoyorquinos demasiado ocupados para detenerse una hora en la calle a observar un empleado de almacén manco colocando arándanos en bolsas de papel. Dejad que el hombre sea hombre y no le pongáis trabas con la etiqueta de ninguna zona.

-Perdóneme -dije-, pero mi curiosidad no era del todo inútil. Conozco el sur, y cuando la banda toca Dixie me agrada observar. Me he formado la idea de que el hombre que aplaude este fragmento con especial vehemencia y ostensible lealtad regional, es invariablemente un nativo de Secaucus, Nueva Jersey, o el distrito comprendido entre Murray Hill Lyceum y el río Harlem, es decir, esta ciudad. Estaba por poner a prueba mi opinión preguntándole a este caballero, cuando usted me interrumpió con su propia..., larga teoría debo confesarlo.

El hombre de cabellos obscuros habló y se puso de relieve que su pensamiento se movía también a lo largo de su propia serie de surcos.

-Me agradaría ser una pervencha -dijo misteriosamente-, estar en el extremo de un valle y cantar tu-ralu-ralu.

Esto, evidentemente, era demasiado obscuro, de manera que me volví hacia Coglan.

-He dado la vuelta al mundo doce veces -dijo-. Conozco un esquimal, de Upernavik, que pide a Cincinati sus corbatas, y he visto un pastor de cabras, en Uruguay, que ganó un premio en un certamen de acertijos de alimentos para desayuno, de Battle Creek. Pagué durante todo el año el alquiler de una habitación en Cairo, Egipto, y otra en Yokohama. Tuve las chinelas esperándome en un salón de té en Shanghai y no me fue necesario decir en qué forma debía

[10] Canción compuesta por Daniel Decatur Emmet, tenor de *The Virginia Minstréls,* y que fue utilizada como canto de guerra por los ejércitos sudistas, durante la contienda civil estadounidense. – N. del T.

cocinar los huevos en Río de Janeiro o Seattle. Es un mundo enormemente pequeño. ¿De qué sirve jactarse de ser del norte o del sur, de la casa solariega del vallecico o de la avenida Euclid, Cleveland; de Pike's Pike o Fairfax Country, Virginia; de Holligan's Fíats o cualquier otro sitio? El mundo será mejor cuando dejemos de embobarnos con algún enmohecido pueblo, o con diez acres de pantano, simplemente porque ha dado la casualidad de que hemos nacido allí.

-Parece ser usted un genuino cosmopolita -dije con admiración-. Pero también parece que usted sería capaz de desacreditar el patriotismo.

-Es una reliquia de la edad de piedra -declaró Cogían cálidamente-. Somos todos hermanos: chinos, ingleses, zulúes, patagones y los pobladores de la curva del río Kaw. Algún día todo este orgullo mezquino por una ciudad, un estado, una zona o país desaparecerá y todos seremos ciudadanos del mundo, como debiéramos ser.

-Pero, mientras usted deambula por tierras extranjeras -insistí-, ¿su pensamiento no retrocede hacia algún sitio ... algún querido y...

--No; hacia ningún sitio -interrumpió E. R. Cogían de manera impertinente-. El pedazo de materia terrestre, esférico y planetario, ligeramente aplastado en sus polos y conocido como la Tierra, es mi morada. En el extranjero me he encontrado con muchísimos ciudadanos a los que los guiaba algún objetivo. He visto hombres de Chicago navegando, en góndolas, en Venecia, en noches de luna, y fanfarronear por sus canales de desagüe. He conocido a un sureño que, al ser presentado al rey de Inglaterra, le proporcionó, sin pestañear, la información de que su tía abuela, por parte de su madre, estaba relacionada políticamente con los Perkinse de Charleston. Me vinculé a un neoyorquino que fue secuestrado, para obtener un rescate, por unos bandidos afganos. Su familia envió el dinero y el hombre regresó con el agente a Kabul. "¿Afganistán? -le dijeron los nativos por intermedio del intérprete-. Bueno, no es tan lejos, ¿no le parece?" "Oh, no lo sé", repuso él, y comenzó a hablarles de un cochero de la Sexta avenida y Broadway. Esas ideas no me agradan. No estoy ligado a nada que no tenga ocho mil millas de diámetro. Anóteme como E. Rushmore Cogían, ciudadano de la esfera terrestre.

Mi cosmopolita me dijo un largo adiós y me dejó, pues creyó ver a un conocido, a través de la charla y el humo. Por consiguiente, quedé con el aspirante a pervencha, que fue reducido a Würzburger sin mayor habilidad para expresar sus aspiraciones, para encaramarse, melodioso, en la cima de un valle.

Permanecí reflexionando sobre mi evidente cosmopolita y preguntándome cómo había hecho el poeta para perderlo. Era mi descubrimiento y yo creía en él. ¿Cómo era esto? "Los hombres que surgen de ellos trafican por todas partes, pero adhieren a los límites de sus ciudades como el niño a la pollera de su madre."

No ocurre así con B. Rushmore Cogían. Con todo el mundo para él...

Mis preocupaciones fueron interrumpidas por un tremendo ruido y una discusión, que se produjeron en otra parte del café. Por sobre las cabezas de los parroquianos sentados vi a B. Rushmore Cogían y a otra persona desconocida para mí, trabados en una terrible lucha. Reñían como titanes, entre las mesas; rompíanse los vasos y los hombres cogían sus sombreros y eran derribados; una trigueña gritó y una rubia comenzó a cantar Teasing.

Mi cosmopolita defendía el orgullo y la reputación de la Tierra cuando los mozos se acercaron a ambos combatientes, con su famosa formación de prismas volando, y los echaron, mientras aún se resistían.

Llamé a McCarthy, uno de los garçons franceses, y le pregunté el motivo del conflicto.

-El hombre de corbata roja (era mi cosmopolita) -me repuso-, se enojó a causa de las cosas que el otro tipo decía acerca de los holgazanes callejeros y el abastecimiento de agua del pueblo del que aquél procede.

-Caramba -dije confundido-, ese individuo es un ciudadano del mundo... un cosmopolita... El...

-Es oriundo de Mattawamkeag, Maine -continuó McCarthy-, según dijo, y no admitía que desprestigiaran ese pueblo.

Librodot

Entre dos asaltos

Between Rounds

La luna de mayo brillaba resplandeciente sobre la casa de pensión de Mrs. Murphy. Consultando el almanaque, se descubrirá una amplia zona sobre la cual sus rayos también caían. La primavera hallábase en su apogeo y la fiebre de heno la seguiría pronto. Los parques estaban verdes, con nuevas hojas y llenos de compradores para el comercio occidental y sureño. Las flores y los agentes de puntos de veraneo prosperaban; el aire y las respuestas a Lawson se tornaban más suaves; los organillos, las fuentes y el juego de naipes extendíanse por doquier.

Las ventanas de la casa de pensión de Mrs. Murphy estaban abiertas. Un grupo de pensionistas hallábase sentado en la elevada escalinata, en redondas y chatas esteras como pasteles alemanes.

En una de las ventanas del segundo piso, Mrs. McCaskey esperaba a su esposo. La sopa se enfriaba sobre la mesa; su calor le llegaba a Mrs. McCaskey.

El hombre llegó a las 21. Llevaba el saco en el brazo y la pipa entre los dientes. Se disculpó por molestar a los pensionistas que se hallaban en los escalones, mientras elegía sitios de piedra entre ellos para colocar su medida 42/7.

Al abrir la puerta de su habitación recibió una sorpresa. En lugar de tener que esquivar la tapa del hornillo o la máquina de pisar papas, sólo le llegaron palabras.

Mr. McCaskey consideró que la benigna luna de mayo había suavizado el pecho de su esposa.

-Te oí -llegó el sustituto oral de los utensilios de cocina-. Te disculpas ante la chusma de la calle por colocar tus torpes pies en el ruedo de sus vestidos, pero serías capaz de caminar sobre el cuello de tu esposa, hasta cubrir la extensión de una soga para tender ropa, sin importársete nada, y estoy segura de que lo tengo de ese largo, de tanto caminar al viento para ti y comer alimentos fríos, como si hubiera dinero para comprarlos, después de que te bebes los jornales en el Gallegher’s, los sábados por la noche, y el cobrador del gas vino hoy dos veces.

-¡Mujer! -exclamó Mr. McCaskey arrojando el saco y el sombrero sobre una silla-, el bullicio que haces constituye un insulto a mi apetito. Cuando olvidas la buena crianza, sacas la mezcla de los ladrillos de los fundamentos de la sociedad. Cuando pides la disensión de las damas que obstruían el camino no haces sino incitar a la aspereza a un caballero. ¿ Quieres llevar tu cara de cerdo al viento y cuidar la comida?

Mrs. McCaskey se levantó pesadamente y dirigióse al hornillo. En sus maneras había algo que puso en guardia a Mr. McCaskey. Cuando bajaba las esquinas de la boca rápidamente, como un barómetro, pronosticaba una caída de cacharros y lozas.

-¿Cara de cerdo, no? -dijo Mrs. McCaskey, y le tiró a su señor una cacerola llena de tocino y nabos.

Mr. McCaskey no era un novicio en materia de réplicas. No ignoraba lo que seguía al fiambre con ensalada. Sobre la mesa había un solomillo asado de cerdo, aderezado con perejil. El hombre contestó con esto y recibió la apropiada respuesta de un budín de pan, colocado en un plato de barro. Una gruesa rebanada de queso suizo, certeramente lanzada por su esposo, le dio a Mrs. McCaskey debajo de un ojo. Cuando ella respondió con una bien dirigida cafetera llena de un líquido caliente, negro, casi fragante, la batalla, de acuerdo con las reglas, debiera haber cesado.

Pero el hombre no era ningún talle d’hóter de cincuenta centavos. Dejad que los bohemios consideren último al café, si lo desean. Dejad que hagan ese faux pas. El era todavía más zorro. Las palanganas no estaban más allá de la esfera de su experiencia. No las había en la pensión Murphy, pero el equivalente lo tenía a mano. Triunfalmente lanzó un recipiente de hierro enlozado gris a la cabeza de su adversario matrimonial. Mrs. McCaskey lo esquivó a tiempo. Y cogió una plancha, con la cual, como si fuera el licor, esperaba llevar a su fin el

duelo matrimonial. Pero un fuerte y gimiente grito en el piso bajo hizo que ella y su esposo se detuvieran en una especie de involuntario armisticio.

En la esquina de la acera de la casa, el agente Cleary estaba parado con una oreja dirigida hacia arriba, escuchando el estampido de los utensilios de la casa.

“Son de nuevo John McCaskey y su esposa -meditó el policía-. Me pregunto si debo subir y poner fin a la trifulca. No lo haré. Son casados y gozan de pocos placeres. No durará mucho. Claro es que tendrán que pedir prestados más platos para continuar.”

Y en ese preciso instante los fuertes gritos del piso bajo daban muestras de terror o terrible urgencia.

“Es probablemente el gato”, se dijo el policía Cleary, y caminó aprisa en otra dirección.

Los pensionistas que se hallaban en la escalera mostrábanse nerviosos. Mr. Toomey, un agente de seguros de nacimiento y un investigador de profesión, penetró en la casa para analizar el grito. Regresó con la noticia de que el hijito de Mrs. Murphy, Mike, se había perdido. Siguiendo al mensajero saltó Mrs. Murphy: doscientas libras en lágrimas e histerismo, cogiendo el aire y llorando al cielo por la pérdida de treinta libras de pecas y travesuras. Pasaba de lo sublime a lo ridículo, ciertamente; pero Mr. Toomey sentóse al lado de miss Purdy, modista y sus manos se unieron con simpatía. Las dos viejas sirvientas, misses Walsh, que siempre se quejaban por el ruido que se hacía en los corredores, averiguaron de inmediato si alguien había mirado detrás del reloj.

El comandante Grigg, que se hallaba sentado, al lado de su gruesa esposa, en el último escalón de la escalera, se puso de pie y abotonóse la chaqueta.

-¿Se ha perdido el chico? -interrogó-. Registraré la ciudad.

Su esposa nunca lo dejaba salir después de obscurecer. Pero esta vez dijo con voz de barítono:

-¡Ve, Ludovic! El que pueda presenciar la tristeza de esa madre, sin volar en su alivio, tiene un corazón de piedra.

-Dame unos treinta o sesenta centavos, amor -dijo el comandante-. Los chicos a veces se pierden lejos. Puedo necesitar tomar algún vehículo.

El viejo Denny, de la habitación que daba al hall, de la parte de atrás del cuarto piso, que se hallaba sentado en uno de los primeros escalones, tratando de leer el diario a la luz de la lámpara de la calle, dio vuelta una hoja para seguir el artículo sobre la huelga de los carpinteros.

Mrs. Murphy gritó a la luna:

-¡Oh, Mike, por el amor de Dios! ¿Dónde estás, pedazo de mi alma?

-¿Cuándo lo vio por última vez? -interrogó el viejo Denny con un ojo en el informe de la Building Trades League.

-¡Oh! -gimió Mrs. Murphy-, fue ayer, o a lo mejor hace cuatro horas. No lo sé. Pero se ha perdido mi Mike. Esta mañana estaba jugando en la acera, ¿o fue el miércoles? Estoy tan ocupada con el trabajo, que me resulta difícil retener las fechas. Pero he revisado la casa, desde la azotea hasta el sótano, y no está. ¡Oh, por el amor de Dios!...

Silenciosa, torva, colosal, la gran ciudad nunca ha estado contra sus detractores. La llaman dura como el hierro; dicen que en su pecho no palpita el pulso de la lástima; comparan sus calles con solitarios bosques y desiertos de lava. Pero, debajo de la dura corteza del cangrejo se encuentra una agradable y sabrosa comida. Quizás una sonrisa diferente habría resultado más sensata. Sin embargo, nadie se daba por ofendido. A nadie llamaríamos cangrejo si no tiene buenas y suficientes garras.

Ninguna calamidad sacude tanto el corazón común de la humanidad como la pérdida de un niñito. Sus pies son tan vacilantes y débiles; los caminos tan inclinados y extraños...

El comandante Grigg marchó aprisa, calle abajo, hacia la esquina y ascendió la avenida rumbo al negocio de Billy.

-Déme un whisky de centeno -le dijo al mozo-. ¿No han visto por aquí a un diablito de piernas arqueadas y cara sucia, de unos seis años?

Mr. Toomey retenía la mano de miss Purdy.

-Piense en ese querido chiquillo -dijo la muchacha-: perdido del lado de la madre; quizá ya ha caído bajo los cascos de hierro de caballos al galope; ¡ah!, ¿no es terrible?

-Tiene usted razón -asintió Mr. Toomey, apretándole la mano-. ¡Saldré a buscarlo!

-Quizá -dijo miss Purdy- debiera hacerlo. Pero, ¡oh!, Mr. Toomey, es usted tan precipitado... tan inquieto... Supóngase que en su vehemencia le ocurriera algún accidente; entonces, ¿qué...?

El viejo Denny leía una nota sobre el acuerdo de arbitraje, siguiendo con el dedo las letras.

En el segundo piso, Mr. y Mrs. McCaskey se asomaron a la ventana para tomar resuello. Mr. McCaskey sacábase nabos del chaleco, con el dedo índice encorvado, y su esposa se restregaba un ojo, que la sal del cerdo asado no había beneficiado. Al oír el grito procedente de abajo habían sacado sus cabezas por la ventana.

-El pequeño Mike se ha perdido -dijo Mrs. McCaskey con voz queda-, ¡el hermoso pequeño ángel creador de líos, de una irlandesa!

-¿Se ha perdido el muchachito ? -interrogó Mr. McCaskey-. Caramba, eso sí que es malo. Si fuera una mujer, me agradaría, pues cuando se van lo dejan a uno tranquilo. Pero tratándose de un chico, es diferente.

Dejando de lado la estocada, Mrs. McCaskey cogió a su esposo del brazo.

-John -dijo con tono sentimental-. El chico de Mrs. Murphy se ha perdido. Esta es una ciudad enorme para poder encontrar a un chico perdido. Tenía seis años. John, es de la misma edad que contaría nuestro hijito si lo hubiéramos tenido hace seis años.

-Nunca lo hicimos -repuso Mr. McCaskey prolongando la cuestión.

-Pero, si lo hubiéramos hecho, John, piensa lo que tendríamos esta noche en nuestros corazones, con nuestro Phelan desaparecido y robado no se sabe por quién.

-Hablas tonterías -dijo el hombre-. Se llamaría Pat, como mi viejo padre de Cantrim.

-¡Mientes! -repuso Mrs. McCaskey sin enojarse-. Mi hermano valía más que diez docenas de McCaskey trotapantanos. El muchacho llevaría el nombre de él -se incorporó sobre la solera de la ventana y miró hacia la gente que se apresuraba y gritaba abajo-. John -continuó la mujer-, siento haber procedido con precipitación contigo.

-Fue un budín precipitado, como tú dices -repuso su esposo-, nabos apresurados y café “date prisa”. Era lo que podrías llamar un lunch rápido, y no nos equivocaríamos.

Mrs. McCaskey deslizó su brazo debajo del de su esposo y le tomó la áspera mano entre las de ella.

-Escucha los llantos de Mrs. Murphy -dijo la mujer-. Es terrible que un chiquito se pierda en una ciudad tan grande. Si fuera nuestro pequeño Phelan, John, se me partiría el corazón.

Mr. McCaskey retiró su mano con torpeza. Pero la pasó alrededor de los cercanos hombros de su esposa.

-Es una tontería, por supuesto -dijo en forma áspera-, pero yo estaría acongojado si nuestro... Pat fuera raptado o algo por el estilo. Pero nunca tuvimos ningún chico. A veces he sido rudo y malo contigo, Judy. Olvídalo.

Se incorporaron juntos y miraron el drama sentimental que se desarrollaba abajo.

Largo tiempo permanecieron así. La gente se agitaba en las aceras, agrupándose, formulando preguntas, llenando el aire con rumores y triviales conjeturas. Mrs. Murphy se movía de un lado a otro entre ellas, como una montaña de superficie lisa, por la cual desciende una audible catarata de lágrimas. Iban y venían correos.

Fuertes voces y un renovado tumulto se elevaban frente a la casa de pensión.

-¿Qué pasa ahora, Judy? -interrogó Mr. McCaskey.

-Es la voz de Mrs. Murphy -repuso su esposa, aguzando el oído-. Dice que acaba de encontrar al pequeño Mike dormido detrás del rollo del linóleo, debajo de la cama de su habitación.

Mr. McCaskey rió con estrépito.

-Ese es tu Phelan -gritó sardónicamente-. Como sería un poco diablo. Pat no habría hecho esa treta. Si el muchacho que nunca tuvimos estuviera perdido o secuestrado, por Dios, deberías llamarlo Phelan y buscarlo oculto debajo de la cama como un cacharro sarnoso.

Mrs. McCaskey se enderezó pesadamente y dirigióse hacia la pileta de los platos, con las esquinas de la boca estiradas hacia abajo.

El policía Cleary regresó a la esquina, mientras el gentío se dispersaba. Sorprendido, dirigió una ojeada hacia el departamento de McCaskey, donde el ruido de hierros, lozas y la serie de utensilios de cocina lanzados por el aire parecía tan fuerte como antes. El agente Cleary sacó el reloj.

-¡Por las culebras deportadas! -exclamó-, John McCaskey y su dama han estado peleando durante una hora y cuarto por reloj. La mujer podría darle cuarenta libras de peso de ventaja.

El policía Cleary abandonó de nuevo la esquina.

El viejo Denny dobló su diario y ascendió presuroso la escalera, en el preciso instante en que Mrs. Murphy iba a cerrar la puerta.

La habitación de la claraboya

The Skylight Room

Mrs. Parker le mostraba a usted primero las dos salas. Usted no se habría atrevido a interrumpir su descripción de las ventajas y los méritos del caballero que las había ocupado durante ocho años. Luego usted lograba balbucear la confesión de que no era ni médico ni dentista. Mrs. Parker tenía una manera tal de recibir esa declaración, que usted no podía, después, abrigar la misma sensación hacia su padre, que no lo había hecho estudiar una de las carreras que se adaptaban a las salas de Mrs. Parker.

Se ascendía luego un tramo de escalera y usted visitaba la habitación del segundo piso, que costaba ocho dólares. Convencido por las “maneras de segundo piso” de la mujer, de que la habitación valía los doce dólares que Mr. Toosenberry pagó siempre por ella, hasta que la abandonó para hacerse cargo de la plantación de naranjas de su hermano, en Florida, cerca de Palm Beach, donde Mrs. McIntyre pasaba todos los inviernos; que tenía doble frente y baño privado, usted lograba mascullar que deseaba algo más barato.

Si usted sobrevivía al desprecio de Mrs. Parker, era conducido a ver la gran habitación que daba al hall, de Mr. Skidder, en el tercer piso. La habitación de Mr. Skidder, que escribía obras teatrales y fumaba cigarrillos todo el día, no estaba desocupada. Pero, a toda persona que anduviera a la pesca de una alcoba, se la hacía pasar a su dormitorio para que admirara la sobrepuerta. Después de cada visita, Mr. Skidder, a causa del temor a un posible desalojo, pagaba un poco de su alquiler atrasado.

Luego -¡oh, luego!- si usted aún se mantenía sobre un pie, apretando con la caliente mano los tres húmedos dólares en el bolsillo y proclamaba roncamente su horrible y culpable pobreza, Mrs. Parker no hacía más de cicerone de usted. Gritaba fuerte la palabra “Clara”, le daba a usted la espalda y se marchaba escaleras abajo. Entonces Clara, la sirvienta de color, lo escoltaba a usted hacia arriba de la escalera alfombrada, que conducía al cuarto piso, y le mostraba la Habitación de la Claraboya. Ocupaba siete por ocho pies de espacio, en la mitad del hall. A cada lado de ella se hallaba un armario de madera o despensa.

Contaba con un catre de hierro y una silla. Una repisa hacía las veces de toilet. Sus cuatro paredes desnudas parecían cerrarse sobre usted como los costados de un ataúd. Su mano se deslizaba hacia su garganta, usted boqueaba, miraba hacia arriba, como desde un pozo, y respiraba una vez más. A través del vidrio de la pequeña claraboya veíase un cuadrado del infinito azul.

-Dos dólares, señor -decía Clara con su tono medio despectivo medio atento.

Un día llegó miss Leeson en busca de una habitación. Llevaba una máquina de escribir hecha para ser llevada por una mujer mucho más alta que ella. Era una muchacha muy menuda, de ojos y cabellos que habían continuado creciendo después que ella hubo dejado de hacerlo, y que parecían decir: ‘‘ ¡Ave María! ¿Por qué no te quedas con nosotros ‘‘

Mrs. Parker le mostró las dos salas.

-En este armario uno puede colocar -dijo la mujer- un esqueleto, anestésicos o carbón...

-Pero yo no soy ni médica ni dentista - repuso miss Leeson, temblando.

Mrs. Parker le dirigió la mirada más incrédula, misericordiosa y despreciativa que reservaba para aquellos que no habían podido recibirse de médicos o dentistas, y la condujo al segundo piso.

-¿Ocho dólares?-interrogó miss Leeson-. ¡Dios mío! No soy Hetty aunque parezca inexperta. Soy simplemente una pobre muchacha trabajadora. Muéstreme alguna habitación más alta y más barata.

Cuando golpearon a su puerta, Mr. Skidder saltó y regó el piso con colillas de cigarrillos.

-Discúlpeme, Mr. Skidder -dijo Mrs. Parker con su diabólica sonrisa, ante el semblante pálido del hombre-. No sabía que estaba usted aquí. Deseo mostrarle los postigos a la señorita, que mirara.

-Son demasiado lindos -dijo miss Leeson sonriendo de la manera exacta en que lo hacen los ángeles.

Después que se retiraron, Mr. Skidder se ocupó en tachar la alta heroína de cabellos negros de su última obra teatral (no estrenada) e insertar una menuda, picaresca, de espesos y brillantes cabellos y rasgos vivaces.

"Anna Held se pondrá furiosa ante esto", se dijo Mr. Skidder, colocando los pies contra los postigos y desapareciendo en una nube de humo, como un pulpo aéreo.

De inmediato, el toque de somatén de " ¡Clara!'' anunció al mundo el estado del bolsillo de miss Leeson. Un duende negro la tomó, ascendió una escalera estigia, la lanzó a una bóveda con un destello de luz en su parte superior y gruñó las amenazadoras y cabalísticas palabras:

-¡Dos dólares!

-¡La tomaré! -suspiró miss Leeson, hundiéndose en el chirriante catre de hierro.

Miss Leeson salía todos los días a trabajar. Por la noche regresaba con papeles manuscritos, que copiaba en su máquina de escribir. A veces no tenía trabajo por las noches y entonces sentábase en los escalones de la alta escalera, con otros pensionistas. Miss Leeson no estaba destinada a una habitación con claraboya cuando fueron trazados los planes para su creación. Era alegre y plena de tiernas y caprichosas fantasías. Una vez permitió a Mr. Skidder que le leyera tres actos de su comedia (inédita) No es Kid o El heredero de la mina.

Siempre que miss Leeson tenía tiempo de sentarse en la escalera, durante una o dos horas, reinaba la alegría entre los caballeros pensionistas. Pero miss Longnecker, la rubia alta que enseñaba en una escuela pública y decía "¡Bueno, realmente!" a todo lo que uno le expresase, sentábase en el último escalón de la escalera y bufaba. Y miss Dorn, que tiraba al pato todos los domingos en Coney y trabajaba en una tienda, tomaba asiento en el primer escalón y bufaba. Miss Leeson se ubicaba en el escalón del medio y los hombres se agrupaban de inmediato en torno a ella.

Mr. Skidder en particular, quien la había imaginado para estrella de un drama privado y romántico (mudo), de la vida real; Mr. Hoover, de cuarenta y cinco años, grueso, sonrosado y tonto; y el joven Mr. Evans, que fingía una tos hueca para inducirla a que le pidiera que abandonase el cigarrillo. Los hombres la votaron como "la más divertida y alegre"; pero los resoplidos provenientes del último escalón de la escalera y del primero, eran implacables.

* * *

Les ruego que dejemos hacer un alto al drama, mientras el coro se acerca a las candilejas con paso majestuoso, y deja caer lágrimas epicenas sobre la gordura de Mr. Hoover. Entonad vuestras flautas a la tragedia del sebo, a la ruina del volumen, a la calamidad de la corpulencia. Sometido a prueba, Falstaff podría haber impreso más romanticismo a la tonelada, de lo que lo habrían hecho las desvencijadas costillas de Adán a la onza. Un amante puede suspirar, pero no debe resoplar. Los hombres gordos son enviados al séquito de Momo. El corazón palpita en vano sobre una cintura de cincuenta y dos pulgadas. ¡Atrás, Hoover! Hoover, de cuarenta y cinco años, sonrosado y tonto, podría haber conquistado a la propia Elena; Hoover, de cuarenta y cinco años, sonrosado, tonto y gordo, es carne para la perdición. Nunca habrá una oportunidad para ti, Hoover.

Mientras los pensionistas de Mr. Parker se hallaban sentados en esa forma, una noche de verano, miss Leeson miró el firmamento y gritó con su pequeña y alegre risa:

-¡Caramba, allá está Billy Jackson! Lo puedo ver desde aquí.

Todos miraron hacia arriba; algunos a las ventanas de los rascacielos; otros alrededor, por si Jackson guiaba una aeronave.

-Es esa estrella -explicó miss Leeson, señalando con su delgado dedo-. Esa grande que titila, no, sino la azul quieta, de cerca de aquella. La veo toda la noche por la claraboya de mi habitación. La he bautizado con el nombre de Billy Jackson.

-¡Bueno, realmente! -exclamó miss Longnecker-. No sabía que era usted astrónoma, miss Leeson.

-Oh, sí -repuso la pequeña observadora de estrellas,-, sé tanto como cualquiera acerca del estilo de las mangas que se van a usar el próximo otoño en Marte.

-¡Bueno, realmente! -exclamó miss Longnecker-. La estrella a la cual usted se refiere es Gamma, de la constelación Casiopea. Está, cercana a la segunda magnitud y su meridiano es...

-Oh -dijo el joven Mr. Evans-, creo que Billy Jackson es un nombre mucho mejor para esa estrella.

-Yo opino lo mismo -dijo Mr. Hoover, respirando fuerte y en forma desafiante hacia miss Longnecker-. Creo que miss Leeson tiene tanto derecho a bautizar estrellas como lo tuvieron los viejos astrólogos.

-¡Bueno, realmente! -exclamó miss Longnecker.

-Me pregunto si es una estrella fugaz -señaló miss Dorn-. El domingo volteé nueve de diez patos y un conejo, en el stand de Coney.

-Desde aquí no se ve bien -dijo miss Leeson-. Tendrían que verla desde mi habitación. Ustedes saben que desde el fondo de un pozo, hasta de día se pueden ver las estrellas. De noche, mi alcoba es como el pozo de una mina de carbón y hace que Billy parezca un gran prendedor de diamantes con el cual la Noche se prende su quimono.

Después de esa noche transcurrió un tiempo durante el cual miss Leeson no llevó sus formidables papeles para copiar a máquina. Y, cuando salía, por las mañanas, en lugar de trabajar, iba de oficina en oficina y dejaba que su corazón se derritiera en gotas de fríos rechazos transmitidos por intermedio de insolentes cadetes. Y este estado de cosas continuaba.

Una noche, la muchacha ascendió hastiadamente la escalera de la casa de Mrs. Parker, a la hora, en que la dueña de casa siempre regresaba de cenar en el restaurante. Mas la pensionista no había comido.

Al penetrar en el hall, Mr. Hoover se le acercó y aprovechó la oportunidad. Le pidió que se casara con él, y su gordura revoloteó sobre ella como una avalancha. La muchacha la esquivó y cogióse del pasamanos. El hombre trató de tomarle la mano y ella la levantó y le golpeó débilmente en el rostro. Paso a paso, la mujer subió los escalones, arrastrándose por el pasamano. Pasó frente a la habitación de Mr. Skidder, mientras su ocupante hallábase anotando, con tinta roja, unas instrucciones para Myrtle Delorme (miss Leeson), concernientes a la representación de su comedia (no aceptada), en el sentido de que “hiciera unas piruetas a través del escenario, desde L hasta el lado del conde”. La muchacha arrastróse hacia arriba de la escalera alfombrada y abrió la puerta de la habitación con claraboya.

Sentíase demasiado débil para encender la luz o desvestirse. Se dejó caer sobre el catre de hierro y su frágil cuerpo apenas estiró los gastados elásticos del colchón. En el erebo de su habitación levantó pesadamente sus párpados y sonrió.

Porque Billy Jackson resplandecía hacia ella, calmo, brillante y constante, a través de la claraboya. Alrededor de la muchacha no existía el mundo. Estaba hundida en un foso de obscuridad; sólo un pequeño cuadrado de pálida luz rodeaba la estrella que ella había bautizado tan caprichosa e ineficazmente. Miss Longnecker debía de tener razón; era Gamma, de la constelación Casiopea, y no Billy Jackson. Y, sin embargo, ella no podía permitir que fuese Gamma,

Mientras yacía de espaldas, trató dos veces de levantar el brazo. En su tercer intento llevóse dos de sus delgados dedos a los labios y lanzó otros tantos besos, desde la obscuridad, a Billy Jackson. Su brazo volvió a caer flojamente.

-Adiós, Billy -murmuró con suavidad-. Te encuentras a millones de millas de distancia y ni siquiera titilas una vez. Pero te mantienes allí, donde puedo verte la mayor parte del tiempo, cuando no hay nada más que mirar que obscuridad, ¿verdad?... Millones de millas... Adiós, Billy Jackson.

Clara, la sirvienta negra, encontró la puerta cerrada con llave, a las 10 de la mañana siguiente. Llamó a otras personas y la forzaron. De nada sirvieron el vinagre aromático y las palmadas en las muñecas; alguien corrió al teléfono y llamó una ambulancia.

A su debido tiempo, golpearon a la puerta, y el hábil y joven médico, de blanco guardapolvo de hilo, diligente, activo, confiado y de rostro suave, medio afable, medio torvo, danzó escaleras arriba.

-Llamaron una ambulancia para el 491-dijo lacónicamente-. ¿Qué ocurre?

-Oh, sí, doctor -bufó Mrs. Parker como si su molestia de que hubiera molestias en la casa fuese más importante que lo que ocurría-. No sé qué puede haberle pasado. Nada de lo que hayamos hecho pudo haberla impulsado. Es una muchacha joven, una miss Elsie, sí una miss Elsie Leeson. En mi casa nunca antes...

-¿Qué habitación es? -gritó el médico con una voz terrible, a la cual Mrs. Parker era extraña.

-Es la habitación de la claraboya. Ella ...

Era evidente que el médico de servicio estaba familiarizado con la ubicación de las habitaciones con claraboyas. Subió la escalera de a cuatro escalones. Mrs. Parker lo siguió pesadamente, tal como su posición lo exigía.

Después del primer descanso lo vio que regresaba llevando la astrónoma en sus brazos. El médico se detuvo y soltó el ejercitado escalpelo de su lengua, en voz no muy elevada. Mrs. Parker se contraía gradualmente como un tieso vestido que se cae de un clavo. Después, quedaron arrugas en su mente y en su cuerpo. A veces sus curiosos pensionistas le preguntaban qué le había dicho el médico.

-Dejemos eso -contestaba la mujer- Si pudiera hallar perdón por haberlo escuchado me sentiría satisfecha.

El médico de la ambulancia caminó con su carga a través de la manada de sabuesos que seguían la caza de la curiosidad y hasta retrocedían en la acera, confundidos porque su rostro era el de quien lleva un muerto de su propia familia.

Se percataron de que no colocó la forma que llevaba en la camilla de la ambulancia, y todo lo que dijo fue:

--Corre como el día... o, “Wilson -dirigiéndose al conductor.

Eso es todo. ¿Es un cuento! En el diario de la mañana siguiente leí una breve noticia, cuya última frase puede ayudar a ustedes (como me ayudó a mí) a hilar los incidentes.

Anunciaba la recepción, en el hospital Bellevue, de una joven que había sido conducida desde el número 49 de la calle East, afectada de debilidad por inanición. Concluía con estas palabras.-

“El doctor William Jackson, médico que fue en la ambulancia y atendió el caso, dice que la paciente se repondrá”.

Un sacrificio por amor

A Service Of Love

Cuando uno ama su propio arte, ningún sacrificio parece demasiado arduo.

Esa es nuestra premisa. Este cuento extraerá de ella una conclusión y, al mismo tiempo, demostrará que la premisa es incorrecta, lo cual constituirá algo nuevo en lógica y un hecho en la narración de cuentos, más viejo que la gran muralla de China.

Joe Larrabee surgió de las llanuras de robles del medio «este, palpitando con el genio del arte pictórico. A los seis años dibujó un cuadro representando la bomba de la ciudad, por el lado de la cual pasaba aprisa un ciudadano prominente. Este esfuerzo pictórico fue colocado en un marco y colgado en el escaparate del bar, al lado de una fila irregular de botellas de whisky. A los veinte años, partió para Nueva York con una corbata de moño suelto, y un capital algo más ajustado.

Delia Caruthers hacía cosas en seis octavas tan promisorias en una aldea de pinos del sur, que sus parientes guardaron mucho en su barato sombrero para que ella fuese al “norte” y “terminara”. No podían ver su t . . ., pero ésa es nuestra historia.

Joe y Delia se conocieron en un atelier donde se había reunido un grupo de estudiantes de arte y música, para discutir el clarobscuro, Wagner, música, las obras de Rembrandt, cuadros, Waldenteufel, papel de pared, Chopin y Oolong.

Delia y Joe se enamoraron uno del otro o mutuamente, como a usted le agrade, y, en breve lapso, casaron..., pues (véase más arriba) cuando uno ama su propio arte ningún sacrificio parece demasiado arduo.

Mr. y Mrs. Larrabee comenzaron a sostener un departamento. Era un departamento triste como el sostenido en la primera octava del piano. Pero ellos sentíanse felices, pues tenían su Arte y se sonreían mutuamente. Yo daría un consejo a los jóvenes ricos: vended todas vuestras posesiones y dadlas al portero de vuestra casa, por el privilegio de contar con un departamento en el que habiten vuestro arte y vuestra Delia.

Los moradores de departamentos apoyarían mi sentencia de que a ellos solos pertenece la auténtica felicidad. Si en un hogar reina la felicidad, nunca es demasiado estrecho; dejad que el aparador se desplome y convierta en una mesa de billar; que el manto de chimenea se trueque en un aparato de remo; el escritorio en un dormitorio de huéspedes; el lavabo en un piano vertical; que las cuatro paredes se junten si lo desean, siempre que usted y su Delia queden entre ellas. Pero, si el hogar es de otra clase, que sea amplio y largo; entre usted por la Puerta de Oro, cuelgue su sombrero en Hatteras, su capa en el Cabo de Hornos y salga por el Labrador.

Joe pintaba en la clase del gran Magister; usted conoce su fama. Sus honorarios son elevados; sus lecciones, breves; sus luces sutiles le han valido renombre. Delia lo hacía con Rosenstock; usted tiene noticias de su reputación como desbaratador de las teclas del piano.

Fueron muy felices en tanto tuvieron dinero. Así son todos...; pero no me mostraré cínico. Sus objetivos eran muy claros y definidos. Joe pronto sería capaz de pintar retratos que viejos caballeros de delgadas patillas y abultadas carteras se atropellarían en su estudio para tener el privilegio de adquirir. Delia se familiarizaría con la música y tornaríase luego desdeñosa hacia el arte de la bella combinación de los sonidos, de manera que cuando vio que las entradas para un concierto no se vendieron, pudo haber tenido dolor de garganta y quedarse en un comedor reservado, rehusándose a salir al escenario.

Pero lo mejor, en mi opinión, era la vida hogareña en el reducido departamento: las ardientes y volubles pláticas que tenían lugar después del estudio cotidiano; las cómodas cenas y los frescos y ligeros desayunos; el intercambio de ambiciones: ambiciones que se mezclaban con las del otro miembro de la pareja, o bien eran imposibles de ser tenidas en cuenta; la ayuda e inspiración mutuas, y -pasad por alto mi naturalidad- las aceitunas y los sandwiches de queso a las 23.

Después de un tiempo, el Arte hizo alto. Así sucede, a veces, aun cuando ningún guardabarrera le haga señas con la bandera. Todo sale y nada entra, como dicen los vulgares.

Faltaba el dinero para pagar a Mr. Magister y a herr Rosenstock. Cuando uno ama su propio Arte ningún sacrificio parece arduo. Por consiguiente, Delia le manifestó a su esposo que debía dar lecciones de música para conservar la olla hirviendo.

Durante dos o tres días, salió en busca de alumnos. Una, noche regresó a su casa triunfante.

-Joe, querido -dijo alegremente-, tengo un alumno. Y, ¡oh!, la mejor gente. La hija del general... general A. B. Pinkney, que vive en la calle Setenta y Uno ¡Qué espléndida casa, Joe; tienes que ver qué puerta de calle! Creo que tú la llamarías bizantina. ¡Y adentro! ¡Oh, Joe!, nunca había visto una cosa semejante.

"Mi alumna se llama Ciernen tina. Ya la amo. Es delicada, viste siempre de blanco y posee las maneras más dulces y simples. Tiene sólo dieciocho años. Le voy a dar tres lecciones por semana. Y, ¡date cuenta, Joe!, me pagarán cinco dólares por lección. No tengo, pues, el más mínimo inconveniente en enseñarle; así, cuando tenga dos o tres alumnos más, podré reanudar mis lecciones con herr Eosenstock. Bueno, desarruga ahora ese ceño, querido, y comamos bien."

-Eso te conviene mucho, Delia -repuso Joe, atacando una lata de guisante con un cortaplumas y un tenedor-, pero, ¿qué me dices de mí? ¿Crees que voy a dejar que corras de un lado a otro en busca del sueldo, mientras yo coquetee en las regiones del arte elevado? ¡Por los restos de Benvenuto Cellini, no! Me parece que puedo vender diarios o colocar adoquines en las calles, y ganar un par de dólares.

Delia se le acercó y colgósele del cuello.

-Joe, querido, eres tonto. Debes continuar tus estudios. No sería lo mismo si yo dejara la música y fuese a trabajar en alguna otra cosa. Mientras enseño, aprendo. No me aparto de los límites de la música. Y, con quince dólares por semana, podemos vivir como millonarios. No debes pensar en abandonar a Mr. Magister.

-Perfectamente -dijo Joe estirándose para coger el plato azul de verduras-. Pero detesto que des lecciones. Eso no es arte. Pero eres lo suficientemente buena como para hacer eso.

-Cuando una ama su Arte, ningún sacrificio es demasiado arduo -dijo Delia.

-Magister exaltó hasta el cielo el boceto que hice en el parque-dijo Joe-. Y Tinkle me dio permiso para colgar dos, de ellos en su vidriera. Podré vender alguno si los ve algún idiota adinerado.

-Estoy segura de que lo harás -repuso Delia dulcemente-. Y ahora, agradezcamos al general Pinkey y a este asado de ternera.

Durante la semana siguiente, los Larrabee tomaron el desayuno temprano. Joe hallábase entusiasmado con los bocetos de efectos matutinos que estaba haciendo en el Central Park, y Delia lo despidió, desayunado, mimado, ponderado y besado, a las 7. El Arte es una novia comprometedora. Muchas veces, cuando regresaba, eran las 19.

Al final de la semana, Delia, dulcemente orgullosa pero lánguida, colocaba de manera triunfal, tres dólares sobre la mesa de centro de ocho por diez (pulgadas) de la sala de Ocho por diez (pies) del departamento.

-A veces -dijo la mujer con cierto hastío-, Clementina me acaba. Me parece que no practica lo suficiente y tengo que repetirle todos los días las mismas cosas. Y siempre se viste de blanco, lo cual se torna monótono. ¡Pero el general Pinkey es el viejo más encantador que he visto! Me agradaría que lo conocieses. A veces se presenta cuando estoy practicando con Clementina, y se para frente al piano, tirándose sus blancos bigotes. "-¿Y cómo marchan las semicorcheas y las fusas?"- me pregunta siempre.

"¡Me gustaría que vieras cómo tienen arreglada la sala, Joe! Poseen cortinas con ruedo de Astracán. Clementina tiene una tos muy cómica. Espero que sea más fuerte de lo que aparenta. Oh, le estoy cobrando verdadero cariño; ¡es tan cortés y distinguida!... El hermano del general Pinkey fue embajador en Bolivia,

Joe, con el aire de un Montecristo, extrajo un billete de diez dólares, uno de cinco, uno de dos, y uno de uno -todas tiernas notas legales- y los dejó al lado de las ganancias de Delia.

-Vendí esa acuarela del obelisco a un hombre de Peoría -le comunicó abrumadoramente.

-No me bromees -repuso Delia-, ¡no es de Peoría!

-Te lo aseguro. Me gustaría que lo conocieras, Dele. Es grueso, usa una bufanda de frisa y mondadientes de pluma de ave. Vio el dibujo en la vidriera de Tinkle y al principio creyó que era un molino de viento. Sin embargo, el hombre resultó una bendición, pues luego lo compró. Me pidió otro, un óleo de la estación ferroviaria de Lackawanna. ¡Lecciones musicales! Oh, creo que el Arte radica todavía en eso.

-Estoy muy contenta de que continúes en tus trabajos -dijo Delia cordialmente-. Estás llamado a triunfar, querido. ¡Treinta y tres dólares! Nunca hemos dispuesto antes de tanto dinero. Esta noche comeremos ostras.

-Y filet mignon y champaña -dijo Joe-. ¿Dónde está el tenedor para aceitunas?

El sábado siguiente por la noche Joe llegó a su hogar. Colocó sus dieciocho dólares sobre la mesa de la salita y se lavó la pintura de las manos, que parecían demasiado sucias.

Media hora después se hizo presente su esposa, con la mano derecha vendada,

-¿Qué significa esto? -interrogó Joe después de su usual saludo. Delia rió, pero no muy alegremente.

-Clementina -explicó la mujer- insistió en que comiera conejo de Gales después de la lección. Es una muchacha extraña. Semejante comida a las 17. El general estaba presente. Tendrías que haberlo visto correr con la fuente, Joe, como si no hubiera sirvienta en la casa. Me he dado cuenta de que Clementina no goza de buena salud; es muy nerviosa. Al servir, dejó caer sobre mi brazo un gran trozo de conejo hirviendo. Me quemó horriblemente, Joe. ¡La pobre muchacha estaba muy afectada por lo que le sucedió! El general Pinkey, Joe, casi se vuelve loco. Se lanzó escaleras abajo y envió a alguien -dicen que al cocinero o alguna persona de servicio- a una farmacia, en busca de un poco de óleo calcáreo y vendas para atarme la mano. Ahora no me duele mucho.

-¿Qué es esto? -interrogó Joe tomándole tiernamente la mano y tirando de los algodones que tenía debajo de la venda.

-Es algodón con óleo calcáreo -repuso Delia-. Oh, Joe, ¿vendiste el otro cuadro? -había visto el dinero sobre la mesa.

-¿Si lo vendí? -interrogó el esposo-; pregúntale al hombre de Peoria. Hoy llevó el que representa a la estación. Tal vez me pida el paisaje de un parque y una vista del Hudson. ¿A qué horas te quemaste la mano, Dele?

-Creo que a las 17 -contestó la mujer quejumbrosamente-. La plancha, quiero decir el conejo, lo sacaron del fuego más o menos a esa hora. Tendrías que haber visto al general Pinkey, Joe, cuando ...

-Siéntate aquí un momento, Dele -dijo Joe. La arrastró hasta el sofá, sentóse al lado de ella y la rodeó con sus brazos.

-¿Qué has estado haciendo durante las dos últimas semanas? -interrogó el hombre.

Delia lo desafió durante unos instantes con una mirada preñada de amor y decisión, y murmuró vagamente un par de frases acerca del general Pinkey. Pero, por fin, agachó la cabeza y surgieron la verdad y las lágrimas.

-No pude conseguir ningún alumno -confesó-. Y no me era posible tolerar que abandonaras tus lecciones, de manera que he conseguido una ocupación de lavandera en ese gran taller de lavado y planchado de la calle Veinticuatro. Creo que procedí bien al inventar la existencia del general Pinkey y de Clementina, ¿no te parece! Esta tarde, cuando una muchacha del lavadero me asentó una plancha caliente en el brazo, inventé esa historia del conejo de Gales. ¿No> estás enojado, verdad, Joe? Si no hubiera conseguido el trabajo no habrías podido vender tus pinturas al hombre de Peoria.

-No era de Peoria -repuso Joe lentamente.

-Bueno, no interesa de dónde procedía. ¡Qué inteligente que eres, Joe!... Y..., bésame, Joe... ¿Qué fue lo que te hizo sospechar que no daba lecciones a Clementina?

-No sospeché -repuso el hombre- hasta esta noche. Y tampoco habría desconfiado, si no hubiera sido porque esta tarde envié esos algodones y el óleo calcáreo, desde el cuarto de máquinas, para una muchacha del piso alto que se había quemado la mano con la plancha. He estado trabajando en las máquinas de ese lavadero durante las dos últimas semanas. !

-Y entonces tú no...

-Mi comprador de Peoria -dijo Joe- y el general Pinkey son ambos creación del mismo arte, al cual no podrías llamar ni pintura ni música.

Ambos rieron y Joe comenzó:

-Cuando uno ama su propio Arte ningún sacrificio parece...

Pero Delia lo interrumpió poniéndole la mano en los labios.

-No -dijo-, simplemente “cuando uno ama”.

El estreno de Maggie

The Coming-Out Of Maggie

Todos los sábados por la noche, el Clover Leaf Social Club ofrecía un baile en la sala de la Give and Take Athletic Association, en East Side11. Para concurrir a uno de esos bailes se requería ser miembro de la Give and Take, o, si uno pertenecía a la clase de los que comienzan a bailar el vals con el pie derecho, debía trabajar en la fábrica de cajas de cartón de Rhinegold. Además, cualquier miembro del Clover Leaf tenía el privilegio de acompañar o ser acompañado por un extraño a un solo baile. En general, cada uno de los socios de la Give and Take llevaba a una muchacha de la fábrica, de la cual gustara, y pocos extraños podían alardear de haber sacudido los pies en los bailes semanales.

Maggie Toóle, a causa de sus ojos opacos, su ancha boca y su estilo desmañado al bailar el two-step, iba a los bailes con Anna McCarty y su "compañero". Anna y Maggie trabajaban juntas en la fábrica y eran las mejores amigas. Por eso Anna hacía que Jimmy Burns la acompañara a la casa de Maggie todos los sábados por la noche, para que su amiga pudiera ir con ellos al baile.

La Give and Take Athletic Association desarrollaba sus actividades dentro del marco que enuncia su nombre. Su salón, en la calle Orchard, estaba equipado con todos los inventos para el desarrollo muscular. Con sus fibras musculares adiestradas, se requería que sus miembros se trabaran en alegres torneos con la policía y las organizaciones sociales y atléticas rivales, matizando esas ocupaciones más serias, los bailes del sábado a la noche, con las muchachas de la fábrica de cajas de cartón, ejercían una influencia refinada y eran un eficaz pretexto. Porque a veces las apuestas alcanzaban para todos, y si usted se encontraba entre los elegidos, que descendían las escaleras en puntas de pie, en la obscuridad, le era posible ver clara y satisfactoriamente un encuentro de pesos welter, hasta un final como el que ocurre dentro de las cuerdas.

Los sábados, la fábrica de cajas de cartón de Rhinegold cerraba a las 15. Una tarde, Anna y Maggie regresaron juntas a sus hogares. Al llegar a la puerta de la casa de ésta, Anna le dijo, como de costumbre:

-Está lista para las diecinueve en punto, Mag. Jimmy y yo vendremos a buscarte.

Pero, ¿qué ocurrió? En lugar del acostumbrado y reconocido agradecimiento de la muchacha exenta de compañía, su amiga observó un ligero movimiento de unos hoyuelos orgullosos en las esquinas de su amplia boca y casi un destello en sus opacos ojos castaños.

-Gracias, Anna -dijo Maggie-; pero esta noche tú y Jimmy no tendrán que molestarse en acompañarme. Un caballero me llevará al baile.

La gentil Anna palmeó a su amiga, sacudió la cabeza, la increpó y luego la rogó. ¡Maggie Toóle había conseguido un compañero! Maggie, la simple, querida, leal y exenta de atractivos, tan dulce como una colegiala, tan no buscada para bailar un two-step, u ocupar un banco a la luz de la luna en el pequeño parque. ¿Cómo era eso? ¿Cuándo ocurrió? ¿Quién era el candidato?

-Ya verás esta noche -dijo Maggie sonrosada por el vino de las primeras uvas que había cortado del parral de Cupido-. Es un tipo bastante bien; dos pulgadas más alto que Jimmy y viste a la moda. Te lo presentaré, Anna, tan pronto como lleguemos al salón de baile.

Anua y Jimmy fueron de los primeros del Clover Leaf que llegaron esa noche. Anna mantenía sus ojos con brillante fijeza en la puerta del salón para captar el primer destello de la "conquista" de su amiga.

A las 20.30, miss Toóle irrumpió en el salón con su compañero. Sus triunfantes ojos descubrieron rápidamente a su amiga, bajo el ala de su fiel Jimmy.

-¡Oh, caramba! -gritó Anna-, ha dado el gran golpe, ¡oh! ¿Lindo tipo? Bueno, ¡caramba! ¿Estilo? Míralo.

[11] Barrio judío neoyorquino. – N. del T.

-Llega todo lo lejos que quieras -dijo Jimmy con papel de lija en su voz-. Sóbralo nomás, si quieres. Pero estos noveles siempre ganan por la novedad. No me hagas caso. Pero no se las llevará todas de arriba. ¡Hum!

-Cállate, Jimmy. Tú sabes lo que quiero decir. Me alegro por Mag. Es el primer amigo que consigue. Oh, aquí vienen.

Maggie surcó la pista como un coqueto yate convoyado por un majestuoso crucero. Y, realmente, su compañero justificaba las ponderaciones de su fiel amiga. Era dos pulgadas más alto que el término medio de los atletas de la Give and Take; de cabellos negros y ondeados; y sus ojoso y sus dientes destellaban cada vez que regalaba sus frecuente sonrisas. Los jóvenes del Clover Leaf Club no depositaban tanto su fe en las gracias personales como en sus fuerzas, en sus realizaciones, en luchas mano a mano y en su resguardo de los castigos legales que constantemente los amenazaban. Los miembros de la asociación que ataría una doncella de la fábrica de cajas de cartón al carro de su conquistador, desdeñaban emplear aires de Hermoso Brummel, los cuales no eran considerados métodos honorables de lucha. Los bíceps abultados, los botones del saco tirantes sobre el pecho, el aire de consciente convicción de la supereminencia del hombre en la cosmografía de la creación, y hasta una tranquila exhibición, de piernas arqueadas, como agentes subyugantes y encantadores en los corteses torneos de Cupido: éstos eran las armas y los pertrechos aprobados por los galanes del Clover Leaf. Miraban, pues, las genuflexiones y las poses seductoras de los visitantes, con sus barbillas en un nuevo ángulo.

-Un amigo, Mr. Terry O'Sullivan -fue la fórmula de presentación de Maggie, quien guió al visitante alrededor del salón, presentándolo a todos los que iban llegando. La muchacha estaba ahora casi bonita, mostrando la rara luminosidad en sus ojos, que se enciende en las muchachas ante su primer pretendiente y en un gato en presencia de su primera laucha.

-Por fin, Maggie Toóle consiguió un amigo -era la frase que circulaba de boca en boca entre las muchachas de la fábrica de cajas de cartón.

-Es el capataz de la delgada Mag -así expresaban su indiferente desprecio las muchachas de la Give and Take.

Usualmente, durante los bailes semanales, Maggie guardaba con su espalda un sitio en la cálida pared. Experimentaba y demostraba tanto su agradecimiento cuando un sacrificado compañero la invitaba a bailar, que su placer se reducía y menguaba. Hasta se había acostumbrado a notar cuando Anna tocaba con el codo al renuente Jimmy, como señal para que la invitara a que le caminase sobre los pies en un two-step.

Pero esa noche, la calabaza habíase convertido en una carroza. Terry O'Sullivan era un victorioso Príncipe Encantado, y Maggie Toóle iniciaba su primer vuelo de mariposa. Aunque nuestra metáfora de la tierra de las hadas se mezcle con la de la entomología, no harán que se derrame una gota de ambrosía de la melancolía coronada de rosas de una noche perfecta de Maggie.

Las muchachas la asediaban para que las presentara a su "amigo". Los jóvenes del Clover Leaf, después de dos años de ceguera, percibieron, de pronto, encantos en Maggie Toóle. Hinchaban sus fuertes músculos ante ella y la apalabraban para bailar.

Así logró ventaja entre las muchachas; pero, para Terry O'Sullivan, los honores de la velada proliferaban. Sacudió sus rulos, sonrió, pasó fácilmente a través de las siete posturas que para adquirir gracia hacía en su habitación ante una ventana abierta, diez minutos diarios. Bailaba como un fauno, introducía "maneras", "estilo" y "atmósfera", las palabras le surgían fácilmente de su lengua y bailó dos veces seguidas el vals con la chica de la fábrica de cajas de cartón que acompañaba a Dempsey Donovan.

Dempsey era el líder de la asociación. Vestía traje de etiqueta y podía dar dos vueltas a la barra con una mano. Era uno de los lugartenientes de "Big Mike" O'Sullivan, y nunca se inquietaba por las inquietudes. Ningún agente se atrevía a arrestarlo. Siempre que rompía una carretilla en la cabeza de un hombre o le disparaba un proyectil en la rodillera de algún

miembro de la Heinrick B. Sweeney Outing an Literary Association, aparecía un agente y decía:

-El capitán desearía verlo unos minutos en la comisaría, cuando tenga usted tiempo, Joven Dempsey.

Pero en la comisaría se encontraban siempre varios caballeros con largas cadenas de oro y negros cigarros; alguien contaba alguna historia divertida y luego Dempsey regresaba y hacía ejercicio con pesas de seis libras. Bailar sobre un alambre tendido a través del Niágara resultaba un acto terpsicóreo más fácil que danzar dos veces el vals con la muchacha de la fábrica de cajas de cartón que acompañaba a Dempsey Donovan. A las 22, el rostro redondo y alegre de "Big Mike" O'Sullivan brilló en la puerta, durante cinco minutos. Siempre se asomaba durante ese breve lapso, sonreía a las muchachas y lanzaba verdaderos "perfectos" a los deleitados muchachos.

Dempsey Donovan se colocaba de inmediato al lado de él, hablándole con rapidez. "Big Mike"' observaba cuidadosamente a los bailarines, sonreía, sacudía la cabeza y marchábase.

La música cesó. Las parejas se dirigieron hacia las sillas situadas alrededor del salón. Terry O'Sullivan, con su fascinante corbata de lazo entregó una hermosa muchacha vestida de azul a su compañero, y regresó en busca de Maggie. Dempsey le interceptó el paso en la mitad de la pista.

Cierto bello instinto que Roma debió de habernos trasmitido hacía que casi todos se dieran vuelta y lo miraran; se experimentaba una sutil sensación de que dos gladiadores se encontraban en la liza. Dos o tres miembros del Give and Take, que vestían sacos de apretadas mangas, se acercaron.

-Un momento, Mr. O'Sullivan -dijo Dempsey-. Espero que se esté divirtiendo. ¿Dónde dijo que vivía?

Los dos gladiadores estaban bien a la altura. Dempsey podía, quizá, haber rebajado diez libras de peso. O'Sullivan respiraba con rapidez. Dempsey tenía un ojo glacial, la boca de rasgo dominante, una quijada indestructible, el cutis de una belleza y la tranquilidad de un campeón. El visitante demostraba más fuego en su desprecio y menos control sobre su conspicuo desprecio. Eran enemigos por la ley escrita cuando las rocas estaban derretidas. Ambos eran demasiado espléndidos, demasiado poderosos, demasiado incomparables para dividir la preeminencia. Uno solo debía sobrevivir.

-Yo vivo en Grand -dijo O'Sullivan con insolencia- y no cuesta trabajo encontrarme en casa, i Dónde vive usted?

Dempsey no prestó atención a la pregunta.

-¿Dijo usted que su nombre es O'Sullivan? -continuó-. Bueno, "Big Mike" dice que nunca lo ha visto a usted antes.

-Muchas cosas no ha visto -dijo el favorito del baile.

-Por regla general -siguió diciendo Dempsey con voz ronca y dulce-, los O'Sullivan del barrio se conocen. Usted acompaña a una dama que es miembro de esta asociación y deseamos obtener una oportunidad. Si usted tiene árbol genealógico veamos algunos brotes históricos de O'Sullivan que crezcan en él. ¿ O desea usted que nosotros se lo desenterremos por las raíces?

_-¿Qué le parece si se ocupara de sus propias cosas ? -sugirió O'Sullivan con suavidad.

Los ojos de Dempsey chispearon. Levantó, inspirado, el dedo índice, como si lo hubiera asaltado una brillante idea.

-Ahora comprendo -dijo cordialmente-. Fue un pequeño error. Usted no es O'Sullivan. Es usted un mono de cola anillada. Discúlpeme por no haberlo reconocido al principio.

A O'Sullivan se le encendieron los ojos. Hizo un rápido movimiento, pero Andy Geoghan, que estaba atento, le cogió la mano.

Dempsey le hizo una seña con la cabeza a Andy y a William McMahan, secretario del club, y marchó aprisa hacia la puerta, situada al final del salón. Otros dos miembros de la Give and Take Association se unieron con presteza al pequeño grupo. Terry O'Sullivan estaba

Librodot

ahora en manos del tribunal de reglamentaciones y de los referees sociales, quienes lo hablaron breve y suavemente, y lo condujeron a través de la misma puerta del final del salón.

Este movimiento por parte de los miembros del Clover Leaf requiere unas palabras explicativas. En la parte de atrás del salón de la asociación había una piecita alquilada por el club. Las dificultades personales que surgían en el salón de baile se arreglaban en ella de hombre' a hombre, con las armas de la naturaleza, y bajo la supervisión del tribunal. Ninguna dama podía decir que había presenciado una lucha en un baile de Clover Leaf en varios años. Lo 'garantizaban los caballeros que eran miembros del club.

Dempsey y el tribunal habían hecho el trabajo preliminar en forma tan fácil y suave, que muchas de las personas presentes en el salón no advirtieron el contratiempo sufrido por el triunfo social del fascinante O'Sullivan. Y entre ellos se hallaba Maggie, quien miraba en derredor en busca de 'su compañero.

-¡Hola! -exclamó Rose Cassidy-. ¿No estabas aquí? Demps Donovan se trenzó en discusión con tu amigo y los muchachos lo llevaron a la habitación de matanza. ¿Cómo me queda el cabello así levantado, Mag?

Maggie se llevó la mano a la pechera de su corpiño de estopilla de algodón.

-¿Ha ido a pelear con Dempsey? -interrogó sin aliento-. Habrá que detenerlos. Dempsey Donovan no puede luchar con él. ¡Caramba, lo... matará!

-¡Ah!, ¿qué te importa ? -interrogó Rose-. ¿Acaso algunos de ellos no luchan todos los días en que se realizan, bailes?

Pero Maggie se había alejado, lanzándose en zig zag entre el grupo de bailarines. Irrumpió a través de la puerta de la parte de atrás del salón, en la pieza obscura y lanzó sus sólidos hombros contra la de la habitación de combate. La puerta cedió y, en el momento en que la muchacha penetraba sus ojos captaron la escena.- los miembros del tribunal, de pie, formando un círculo, reloj en mano; Dempsey Donovan bailando a una holgada distancia de su adversario, en mangas de camisa, con ágiles piernas y la aguda gracia del moderno pugilista. Terry O'Sullivan, de pie, con los brazos cruzados y mirada sanguinaria en sus obscuros ojos. Sin disminuir la velocidad de su entrada, la muchacha se adelantó prorrumpiendo un grito, y saltó a tiempo para coger el brazo a O'Sullivan, que lo levantó de súbito, y desviar el largo y brillante estilete que había extraído de su cintura.

El cuchillo cayó y corrió por el suelo. ¡Frío acero extraído en las habitaciones de la Give and Take Association! Cosa semejante no había ocurrido nunca antes. Todos permanecieron inmóviles durante un momento. Andy Geoghan dio un puntapié, curiosamente, al estilete, como un anticuario que ha dado con algún arma antigua por él desconocida.

O'Sullivan silbó algo ininteligible entre dientes. Dempsey y el tribunal intercambiaron miradas. Dempsey miró a O'Sullivan sin ira, como quien observa a un perro extraviado, e hizo una seña con la cabeza en dirección a la puerta.

-La escalera de atrás, Giuseppi -dijo lacónicamente-. Alguien te alcanzará el sombrero.

Maggie se acercó a Dempsey Donovan. Por las mejillas de ella, en las que se observaba una brillante mancha roja, descendían lentas lágrimas. Pero lo miró a los ojos con valentía.

-Lo sabía, Dempsey -dijo, mientras sus ojos se tornaban opacos, a pesar de las lágrimas-. Sabía que era italiano. Su nombre es Tony Spinelli. Me apresuré a venir cuando me dijeron que tú y él estaban luchando. Los italianos siempre llevan cuchillo. Pero tú no entiendes, Dempsey. Nunca en mi vida tuve un amigo. Estaba cansada de venir con Anna y Jimmy todas las noches, de manera que convinimos en que lo llamaría O'Sullivan y lo traje. Yo no ignoraba que no tendría nada que hacer si revelaba que era italiano. Creo que ahora renunciaré del club.

Dempsey se dirigió a Andy Geoghan.

-Saca ese cortador de queso de la ventana--dijo- y comunica adentro que Mr. O'Sullivan recibió un llamado telefónico que fuera a Tammany Hall.

Luego se dirigió a Maggie.

-Oye, Maggie -dijo-. Te veré en tu casa. Y, ¿qué me dices del sábado por la noche? ¿Vendrás al baile conmigo si te hablo?

Era extraordinaria la rapidez con que los ojos de la muchacha podían variar del opaco al marrón brillante.

-¿Contigo, Dempsey? -tartamudeó- ¡Caramba!... ¿qué más quiere el pato, que lo echen al agua?

Librodot

Un hombre de ciudad

Man About Town

Dos o tres cosas yo deseaba saber. No me importa del misterio. Por consiguiente, comencé a investigar.

Me llevó dos semanas averiguar qué llevan las mujeres en sus maletas. Y luego comencé a preguntar por qué un colchón se hace de dos piezas. Esta seria pregunta fue, al principio, recibida con sospechas, pues parecía una adivinanza. Por fin, se me aseguró que su construcción está destinada a aliviar la tarea de la mujer, que tiende la cama. Fui tan tonto como para insistir, rogando que me informaran por qué entonces no se hacía en dos partes iguales, pregunta cuya contestación fue evitada.

El tercer trago que pedí a la fuente del conocimiento fue que se me ilustrara acerca de un personaje llamado Hombre de la Ciudad, pues era más vago en mi mente de que lo que puede ser un símbolo. Debemos tener una idea concreta de cualquier cosa, aunque ésta sea una idea imaginaria, antes de poder comprenderla. Ahora bien: poseo en mi mente una imagen de John Doe, tan clara como un grabado en acero. Sus ojos son azul claro; viste un chaleco marrón y un saco de sarga negra. Siempre está parado al sol, masticando algo, y medio cerrado su cortaplumas y abriéndola con su pulgar. Y", si el Hombre Superior se encuentra alguna vez, les aseguro que será alto, pálido, con puños azules, postizos, apareciendo de la manga, se sentará para que le lustren los zapatos cerca del bullicio de una callejuela ventosa y habrá turquesas en algún sitio cercano a él.

Pero el lienzo de mi imaginación, cuando se trataba de pintar al Hombre de la Ciudad, estaba vacío. Yo lo imaginaba con algún destacable gesto (como la sonrisa del gato de Cheshire) y puños postizos; eso era todo. Después interrogué al respecto a un reportero de diario.

-Oh -me contestó-, un "Hombre de Ciudad" es algo entre un "calavera" y un "clubman". No es exactamente..., bueno, se ubica entre el tipo de los que concurren a las recepciones de Mrs. Fish y los que asisten a los encuentros privados de box. No..., bueno, no pertenece ni al Lotos Club ni a la Jerry Me Geogheghan Galvanished Iron Worker's Apprentice's Left Hook Chowder Association. No sé exactamente cómo describírselo. Usted lo verá donde quiera que se haga algo. Sí, supongo que es un tipo. Se engalana todas las noches; conoce los subterfugios; llama a todos los policías y porteros por el nombre. No; nunca viaja con los derivados del hidrógeno. Usted lo encontrará generalmente solo, o con otro hombre.

Mi amigo el reportero me dejó y yo seguí mi camino. Por entonces, las tres mil ciento veintiséis luces eléctricas del Rialto estaban encendidas. La gente pasaba, pero sin prestarme atención. Sus ojos emitían rayos hacia mí y me dejaban tieso. Gentes que comían fuera de sus hogares, empleadas de casas de comercio, hombres de confianza, mendigos, actores, salteadores de caminos, millonarios y extranjeros, se apresuraban, saltaban, caminaban, es escurrían, fanfarroneaban y huían precipitadamente a mi alrededor; mas yo no los advertía. Los conocía a todos; había leído sus corazones, así es que habían prestado su servicio. Deseaba hallar al Hombre de Ciudad, pues era un tipo y, dejarlo de lado, sería cometer un error -tipográfico-, pero, ¡no!, continuemos.

Continuemos con una digresión moral. Satisface ver a una familia leyendo el diario del domingo. Las secciones han sido separadas. El padre examina concienzudamente la página que exhibe a una joven haciendo ejercicio frente a una ventana abierta y flexionando...; pero, ¡vamos, vamos! La madre está interesada en tratar de adivinar las letras que faltan en las palabras Nue...a Yo...k. Las hijas mayores escudriñan con avidez las informaciones financieras, pues cierto joven les dijo la noche del domingo que tomaría un rápido en Q. X. y Z. Willie, el hijo de dieciocho años, que cursa estudios en la escuela pública de Nueva York, está absorbido en el artículo semanal que describe la manera de rehacer una pollera vieja, pues espera ganar un premio en costura el día de los exámenes. La abuela tiene el suplemento de chistes desde hace dos horas y la pequeña Tottie, la hijita menor, se las averigua lo mejor que le es posible con la página de las transferencias de bienes raíces. Este panorama pretende

ser tranquilizador, pues es aconsejable que algunas líneas de esta historia sean pasadas por alto, ya que introducen una fuerte bebida.

Penetré en un café y mientras me preparaban una taza, interrogué al hombre que toma sus sobras tan pronto como usted las deja, qué entendía por los términos, epítetos, la descripción, designación, caracterización o el nombre, de “Hombre de Ciudad”.

-¡Caramba -exclamó cuidadosamente-, es un tipo despierto, vivo para la actividad nocturna, ¿comprende? Es un rico tipo con quien usted no puede dar en ningún lado entre los Flatirons, ¿comprende? Creo que eso es, más o menos. Le agradecí la información y partí.

En la acera, una muchachita del Ejército de Salvación golpeó cortésmente su alcancía contra el bolsillo de mi saco.

-¿Tendría inconveniente usted en decirme -le interrogué- si encontró alguna vez un personaje comúnmente denominado “Hombre de Ciudad”, durante su cotidiano deambular ?

-Creo que sé a quien se refiere usted -contestó la muchacha dibujando una sonrisa cortés-. Los vemos en los mismos sitios noche tras noche. Son la guardia de corps del diablo y, si los soldados de cualquier ejército son tan fieles como ellos, sus comandantes deben de estar bien atendidos. Nosotras nos mezclamos entre ellos, distrayendo algunos centavos de sus perversidades para el servicio del Señor.

Volvió a agitar la alcancía y yo le puse diez centavos en ella.

Frente a un lujoso hotel, un amigo mío, que es crítico, descendió de un coche. Parecía desocupado, de manera que le formulé mi pregunta. Me contestó conscientemente, como yo estaba seguro de que lo haría.

-Existe un tipo de “Hombre de Ciudad” en Nueva York -me repuso-. La expresión me es muy familiar, pero creo que nunca me he visto en la obligación de definirlo. Sería difícil señalarle un espécimen exacto. Yo diría, por lo pronto, que es un hombre que constituye un desesperado caso de la enfermedad peculiar de Nueva York; la de desear ver y saber todo. La vida empieza para él a las 6. Signe en forma rígida los convencionalismos de la ropa y los modales; en el deseo de meter la nariz en todas partes donde no lo llaman, sería capaz de dar instrucciones a un gato de algalia o a un grajo. Es un hombre que ha ido tras la bohemia por toda la ciudad, desde los sótanos de los restaurantes al roof garden y desde la calle Hester a Harlem, hasta que usted no puede encontrar un solo sitio en la ciudad, en el cual él no corte los tallarines con un cuchillo. Eso es lo que hace el “Hombre de la Ciudad”. Siempre anda al olor de algo nuevo. Es la curiosidad, el atrevimiento y la omnipresencia en persona. El cabriolé ha sido hecho para él y los cigarros con anillo de oro, y la maldición de la música a la hora de la comida. No hay muchos, pero su informe de la minoría se adopta por doquier.

“Me alegro de que usted haya puesto sobre el tapete el tema; yo he experimentado la influencia de este pulgón nocturno sobre nuestra ciudad, pero nunca se me ocurrió analizarlo antes. Ahora me doy cuenta de que el “Hombre de la Ciudad” debería haber sido clasificado hace mucho tiempo.

En su vigilia surgen agentes de vino y modelos de capas, y La orquesta ejecuta Vamos todos a casa de Maud para él, a pedido, en lugar de las obras de Handel. Todas las noches hace su recorrida, mientras que usted y yo vemos el elefante ana vez por semana. Cuando incursiona en la cigarrería hace una guiñada al policía familiarizado con su terreno, y se marcha inmune, mientras usted y yo buscamos nombres entre loa presidentes y domicilios entre las estrellas para darlos en la comisaría.’’

Mi amigo, el crítico, se detuvo para tomar aliento y adquirir nueva elocuencia. Y yo aproveché mi oportunidad.

-Tú lo has clasificado -grité con alegría-. Has pintado su retrato en la galería de los tipos de la ciudad. Pero quiero encontrar uno cara a cara; hacer un estudio de primera mano del “Hombre de la Ciudad”. ¿Dónde puedo encontrarlo ? ¿Cómo lo conoceré?

Sin demostrar haberme oído, el crítico continuó. Y, mientras tanto, el cochero esperaba que le pagasen.

-Es la quintaesencia del Entremetimiento; el refinado e intrínseco extracto del que se introduce en medio de las dificultades; el concentrado, purificado, irrefutable, inevitable espíritu de la Curiosidad y la Indiscreción. El aire que penetra por las ventanas de su nariz constituye para él una nueva sensación; cuando su experiencia se ha agotado explora nuevos campos en la forma incansable de un...

-Discúlpame -lo interrumpí-, pero, ¿puedes presentarme un ejemplo de este tipo? Para mí es algo nuevo. Quiero estudiarlo. Registraré la ciudad hasta dar con él. Su residencia debe estar aquí, en Broadway.

-Estoy por cenar aquí -dijo mi amigo-. Ven conmigo y, si encuentro algún Hombre de la Ciudad te lo señalaré de inmediato. Conozco a la mayor parte de los parroquianos.

-Yo no voy a comer todavía -le contesté-. Me disculparás, pues. Esta noche voy a buscar al Hombre de la Ciudad, aunque tenga que escudriñar Nueva York desde Battery hasta Little Coney Island.

Abandoné el hotel y caminé Broadway abajo. La búsqueda de mi tipo imprimía un agradable sabor de vida e interés al aire que yo respiraba. Me sentía contento de hallarme en una ciudad tan grande, tan compleja y diversificada. Caminé descuidadamente y con cierto aire; el corazón se me ensanchaba ante la idea de que era un ciudadano del gran Gotham, que compartía sus placeres y magnificencias, y participaba de su gloria y prestigio.

Me di vuelta para cruzar la calle. Oí un zumbido como de abejas, y luego di un largo y agradable paseo con Santos Dumont.

Cuando abrí los ojos recordé un olor a gasolina y dije en vos alta:

-¿No ha pasado todavía?

La enfermera de un hospital me colocó su mano, que no era particularmente suave, sobre la frente, que no la tenía del todo afiebrada. Se acercó sonriendo un joven médico, y me entregó un diario de la mañana.

-¿Quiere saber cómo ocurrió ? - me interrogó alegremente.

Leí el artículo. El contenido de sus titulares comenzaba en el momento en que dejé de oír el zumbido, la noche anterior. Terminaba con estas líneas:

‘‘...el hospital Bellevue, donde se dice que sus heridas no son serias. Parece ser un típico Hombre de la Ciudad”.

Un orden de la naturaleza

An Adjustment Of Nature

El otro día, en una exposición de arte vi una pintura que se había vendido por la suma de cinco mil dólares. El pintor era un joven insignificante, surgido del oeste, de nombre Kraft, que tenía una comida favorita y una mezquina teoría. Su pábulo era una incuestionable creencia en el Infalible Orden Artístico de la Naturaleza. Su teoría se fijaba alrededor de la cocina con huevos escalfados. Detrás del cuadro había una historia, de manera que fui a mi casa y la dejé escurrirse por medio de una estilográfica. La idea de Kraft..., bueno, éste no es el comienzo del relato.

Hace tres anos, Kraft, Bill Judkins (un poeta) y yo tomamos la comida en el restaurante Cypher, de la Octava avenida. Dije “tomamos”. Cuando teníamos dinero, el restaurante “disponía” del mismo, según el propio Cypher decía. No poseíamos crédito; entrábamos, pedíamos comida y la ingeríamos. Y pagábamos, o no lo hacíamos. Confiábamos en el mal humor y la ferocidad de Cypher. Muy profundo en su alma sombría, era un príncipe, un tonto o un artista. Sentábase al apolillado escritorio, cubierto por pilas de adiciones, tan viejas que estoy seguro de que la última era por almejas comidas por Hendrik Hudson. Cypher tenía la facultad, en común con Napoleón III y las percas de ojos saltones, de echarse una tela en los ojos, que tornaba opacos los vidrios de las ventanas de su alma. Una vez, en que no le pagamos, oponiendo extraordinarias excusas, me di vuelta a mirarlo y lo vi sacudiéndose con una risa inaudible, detrás de su tela. De cuando en cuando, pagábamos adiciones atrasadas.

Pero lo principal en el restaurante de Cypher era Milly, la criada. Era un gran ejemplo de la teoría de Kraft acerca del orden artístico de la naturaleza. Pertenecía en cuerpo y alma al servicio, como Minerva al arte de la guerra o Venus a la ciencia de la auténtica coquetería. Colocada sobre un pedestal de bronce, podría haber alternado con las más nobles de sus heroicas hermanas, como una estatua titulada “El Hígado y el Tocino Fortifican al Mundo”. Pertenecía al restaurante de Cypher. Uno esperaba ver su colosal figura a través del humo azul de grasa frita, así como uno aguarda que las Palisades aparezcan a través de la neblina flotante del río Hudson. Allí, en medio del vapor de las verduras y el vaho acre del “tocino”, el ruido de lozas, el repiqueteo de los cubiertos, el grito de “breves órdenes”, el clamor de los hambrientos y el hórrido tumulto de alimentar al hombre, rodeado por enjambres de las zumbadoras bestias aladas legadas a nosotros por Faraón, Milly timoneaba, a través de su magnífico camino, como un gran vapor, abriéndose paso entre canoas de salvajes ululantes.

Nuestra Diosa del Alimento estaba construida sobre líneas tan majestuosas, que sólo podían ser observadas con temor reverente. Siempre usaba las mangas recogidas arriba del codo. Podría haber llevado tres mosqueteros en sus dos manos y habernos echado por la ventana. Había visto menos años que cualesquiera de nosotros, pero era tan mujer y poseía tanta naturalidad que, desde el principio, nos sirvió de madre. Derramaba ante nosotros el acopio de comestibles de Cypher, con magnífica indiferencia hacia el precio o la cantidad, como surgidos de un cuerno de la abundancia que no conocía agotamiento. Su voz retumbaba como una gran campana de plata; su sonrisa, muy frecuente, descubría una larga hilera de dientes; la muchacha parecía un pálido amanecer en la cima de la montaña. Yo nunca lo contemplé, pero, al verla, evocaba el Yosemite. Y, empero, nunca podía pensar en ella como existente fuera del restaurante de Cypher. La naturaleza la había colocado allí y ella habíase arraigado y crecido vigorosamente. Parecía feliz, y tomaba sus pobres dólares, los sábados por la noche, con el sonrojado placer de un chico que recibe un inesperado regalo.

Kraft fue quien primero expresó el temor que cada uno de nosotros debe de haber tenido latente. Este surgió, por supuesto, a raíz de ciertas cuestiones de arte acerca de las cuales estábamos discutiendo. Uno de nosotros comparó la maravillosa armonía existente en una sinfonía de Haydn y en un helado de pistacho, con la exquisita congruencia reinante entre Milly y el restaurante de Cypher.

-Cierta suerte pende sobre Milly -dijo Kraft- y si la alcanza estará perdida para el Cypher y para nosotros.

-¿Engordará? -interrogó Judkins temerosamente.

-¿Irá a la escuela nocturna y se refinará? -me aventuré a preguntar con ansiedad.

-Lo que ocurre es esto -dijo Kraft puntualizando, en un poco de café derramado, con el dedo índice rígido-. César tuvo su Bruto; el algodón posee su gorgojo; la muchacha corista, su amigo; el veraneante, su ortiga; el héroe, su medalla de Carnegie; el arte, su Morgan; la rosa, sus...

-Habla -lo interrumpí bastante molesto-. ¿No creerás que Milly comenzará a pegar?

-Un día -concluyó Kraft solemnemente-, llegará al Cypher, a comer un plato de habas, un millonario, comerciante en maderas, de Wisconsin, y casará con Milly.

-¡Nunca! -exclamamos Judkins y yo, horrorizados.

-Un comerciante en maderas -repitió Kraft con aspereza.

-¡Y un millonario, comerciante en maderas! -suspiré con desesperación.

-¡De Wisconsin! - gruñó Judkins.

Estuvimos de acuerdo en que la terrible suerte la amenazaba. Pocas cosas eran menos improbables. Milly, como algún extenso bosque virgen de pinos, estaba hecha para llenar el ojo del maderero. Y nosotros conocíamos bien los hábitos de los tejones12, de manera que a la mujer le sonreía una fortuna. Irrumpen en Nueva York y ponen sus mercaderías a los pies de las muchachas qué les sirven en una fuente. ¡Caramba!, el alfabeto mismo disimula. Ellos disminuyen el trabajo del que hace los títulos del diario del domingo.

“Winsome Waitress Wins Wealthy Wiseonsin Wioodsman” (Una atractiva criada conquista a un rico maderero de Wisconsin).

Durante un tiempo, tuvimos la impresión de que Milly estaba a punto de perdérsenos.

Nuestro amor al Infalible Orden Artístico de la Naturaleza era lo que nos inspiraba. No podíamos entregársela a un maderero, doblemente execrable por el dinero y el provincialismo. Nos estremecíamos al pensar en Milly, con su voz modulada y sus codos descubiertos, sirviendo el té en la vivienda de mármol de un asesino de árboles. ¡No! Ella pertenecía al restaurante Cypher, al humo de la grasa, al perfume del repollo, a] gran coro wagneriano de los golpes de hierro y loza, y del arrastrar de muebles.

Nuestros temores debían de haber sido proféticos, pues esa misma noche, el bosque indómito descargó sobre nosotros -al predestinado secuestrador de Milly; era nuestra gratificación al arreglo y al orden. Pero fue Alaska, y no Wisconsin, la que arregló el peso de la visita.

Estábamos comiendo carne estofada y manzanas al horno, cuando él penetró aprisa, como si fuera corriendo una yunta de perros, y se convirtió en uno de los comensales del revoltijo de nuestra mesa. Con la libertad de los campos, asaltó nuestros oídos y exigió la confraternidad de los hombres perdidos en lo cerril de una casa de comida. Lo abrazamos, como un espécimen y, en tres minutos, casi nos habríamos dejado matar el uno por el otro, por la amistad.

Era arrugado, tenía barba y el cutis reseco por el sol. Acababa de salir de la “trocha” - dijo - de uno de los ferries del río North. Imaginé ver la nieve de Chilcoot todavía empolvándole los hombros. Y luego el campesino sembró la mesa con las pepitas de oro, chochas rellenas, cuentas trabajadas y cueros de foca, y comenzó a hablarnos de sus millones.

-Ordenes de pago por dos millones -fue su resumen- y miles de dólares por día se apilan, procedentes de mis rentas. Y ahora quiero un poco de carne estofada y duraznos en lata. No me apeé del tren desde que partí de Seattle, y tengo hambre. El mejunje que los negros le sirven a uno allí no cuenta. Vosotros, caballeros, podéis pedir lo que queráis.

Milly apareció con un millar de platos -apilados, grandes, blancos, rosados y terribles como el monte San Elías- los brazos desnudos y una sonrisa como el amanecer en una quebrada. El recién llegado tiró sus cueros y pepitas, cual si fueran basura, dejó caer a medias la quijada, clavándole la mirada a la muchacha. Usted casi podía ver la tiara de diamantes

[12] Nombre con que se designa, en el *slang* norteamericano, a las personas oriundas de Wisconsin, – N. del T.

sobre la frente de Milly y las vestiduras de seda parisién, bordadas a mano, que él estaba destinado a comprarle.

Por fin el gorgojo había atacado al algodón -la hiedra venenosa estiraba sus zarcillos para entrelazar al veraneante- el maderero millonario, disfrazado con sutileza como minero de Alaska, estaba a punto de engolfarse a nuestra Milly y trastornar el orden de la Naturaleza.

Kraft fue el primero en proceder. Dio un salto y palmeó al forastero.

-¡Vamos, beba! -gritó-. Beba primero y luego coma.

Judkins le cogió una mano y yo la otra. Alegre, ruidosa, irresistiblemente y a la manera de buenos y felices colegas, lo arrastramos desde el restaurante hasta un café, rellenándole los bolsillos con sus cueros y sus indigestas pepitas.

Entonces él hizo retumbar una protesta ruda y bonachona.

-Esa es la muchacha especial para mi dinero -declaró-. Podrá comer de mi cacerola por el resto de sus días. Caramba, nunca he visto una joven tan linda. Regresaré y le pediré que case conmigo. Creo que no querrá hacer rellenos de picadillo cuando vea la pila de oro que tengo.

-Tomará ahora otro whisky y leche -lo persuadió Kraft, con la sonrisa de Satanás-. Yo creía que los tipos del norte eran mejores.

Kraft gastó su pequeño acopio de monedas en el bar y luego nos dirigió a Judkins y a mí una suplicante mirada para que invirtiéramos hasta el último centavo en brindar con nuestro huésped.

Cuando nuestras municiones habíanse terminado, y el hombre, todavía algo sobrio, comenzó a hablar de nuevo de Milly, Kraft le susurró en el oído un insulto tan cortés e incisivo acerca de la gente avarienta con su dinero, que el hombre destrozó y tiró un puñado de billetes y pagarés, invocando todo el fluido del mundo para ahogar la imputación.

Así, pues, la obra fue realizada. Lo ahuyentamos del campo de batalla con sus propias armas. Y luego lo tuvimos que llevar en coche a un pequeño y distante hotel, y lo acostamos con sus pepitas.

-No volverá a encontrar el restaurante de Cypher -dijo Kraft-. Mañana se ofrecerá al primer delantal blanco que vea en un restaurante. ¡Y Milly -quiero decir al Orden Natural- estará salvada!

Los tres regresamos al restaurante de Cypher, y, como había poca gente, nos tomamos de la mano y ejecutamos una danza india, alrededor de Milly.

Esto, digo, acaeció hace tres años. Y, más o menos en esa época, un poco de suerte descendió sobre nosotros tres, siéndonos posible pagar una comida más cara y edificante que la del restaurante Cypher. Nuestras rutas separáronse; no vi más a Kraft y me encontré rara vez con Judkins.

Pero, como dije, el otro día vi una pintura que se vendió por cinco mil dólares. Se titulaba Boadicea y la figura parecía llenar todo el mundo. Pero de todos los admiradores que la contemplaban, creo que yo era el único que ansiaba que Boadicea saliera del marco dándome carne picada con huevos escalfados.

Salí con presteza en busca de Kraft. Sus satánicos ojos eran los mismos, sus cabellos más enmarañados, pero su traje había sido cortado sobre medida.

-No te conocía -le dije.

-Con el dinero hemos comprado un cottage en Bronx -me dijo-. Puedes encontrarme cualquier tarde a las 19.

-Entonces -le contesté-, ¿cuando nos dirigiste contra el maderero no era a causa de el Infalible Orden Artístico de la Naturaleza?

-Bueno, no del todo -repuso Kraft con una sonrisa.

El filtro de amor de Ikey Schoenstein

The Love-Philtre Of Ikey Schoenstein

La farmacia “Blue Light” se halla situada en la parte baja de la ciudad, entre la Bowery13 y la Primera avenida, donde la distancia entre ambas calles es menor. Este comercio no consideraba que la farmacia fuera una cuestión de hric-á-hrac, perfumes y helados. Si usted pide un calmante no le darán a usted un bombón.

La “Blue Light” desdeña el arte de ahorrarse trabajo de la farmacia moderna. Macera el opio y filtra el láudano y los calmantes. Hasta ahora, las píldoras las hacen detrás del alto escritorio de recetas; las amasan en una loza, las dividen con una espátula, las arrollan con los dedos, las espolvorean con magnesia calcinada y las entregan en cajitas redondas de cartón. El comercio se halla en una esquina, alrededor de la cual grupos de chicos bulliciosos y harapientos juegan y se convierten en candidatos para las pastillas para la tos y el jarabe suavizante que los espera dentro.

Ikey Schoenstein era el empleado del servicio nocturno de la farmacia “Blue Light” y el amigo de los clientes. Así es en el East Side14, donde el corazón de la farmacia no está helado. Allí, tal como debe ser, el farmacéutico es un consejero, un confesor, un asesor, un hábil y bien dispuesto misionero y un mentor cuyos conocimientos son respetados, cuya oculta sabiduría se venera y cuyas medicinas son a menudo derramadas en el lavatorio sin probarlas. Por consiguiente, la nariz de forma de comiza, sobre la cual reposaban unos anteojos, y la figura estrecha y encorvada por el conocimiento del empleado, eran bien conocidas en la vecindad de la “Blue Light”, y su consejo y advertencias, muy deseados.

Ikey dormía y se desayunaba en casa de Mrs. Riddle, a dos cuadras de su comercio. Esta señora tenía una hija de nombre Rosy. El circunloquio ha sido en vano: ustedes deben de haberlo adivinado: Ikey adoraba a Rosy. La muchacha tenía todos los pensamientos de él; era el extracto compuesto de todo lo químicamente puro y oficinal; la farmacopea no poseía nada como ella. Pero Ikey era tímido y sus esperanzas permanecieron insolubles en lo solvente de su torpeza y sus temores. Detrás del mostrador, era un ser superior, sosegadamente consciente del conocimiento especializado y del valor; fuera de él, era débilmente articulado, cegato, callejero maldito por los motoristas, vestido con ropas que le quedaban mal, manchadas con sustancias químicas y oliendo a áloe y a valerianato de amonio

La mosca en el ungüento de Ikey (¡tres veces bienvenida, exacta metáfora!) era Chunk McGowan.

Mr. McGowan también estaba luchando por captar las brillantes sonrisas lanzadas por Rosy. Pero él no era outfielder15 como Ikey; él las recogía lejos del bate. Al mismo tiempo, era amigo y cliente de Ikey, y a menudo iba a la “Blue Light” para hacerse poner tintura de iodo en alguna lastimadura o comprar un poco de cinta adhesiva después de alguna agradable tarde pasada a lo largo de la Bowery.

Una tarde, McGowan penetró en el comercio, en su forma sigilosa, tranquila, y sentóse cortésmente en un banco, con su rostro suave, de expresión dura, indomable y bonachona.

-Ikey -dijo cuando su amigo hubo tomado el mortero y sentóse frente a él, moliendo benzoína de goma-, escucha atentamente. Me vendría muy bien que pudieras proporcionarme el remedio que necesito.

Ikey escudriñó el semblante de Mr. MacGowan, en busca de las usuales pruebas del conflicto, mas no halló ninguna.

-Sácate el saco -ordenó-. Ya me imagino que ha sido herido en el costado con un cortaplumas. Muchas veces te he dicho que esos italianos te Tan a arreglar.

Mr. McGowan sonrió.

[13] Calle neoyorquina frecuentada por el pueblo bajo.

[14] Barrio judío de Nueva York. – N. del T.

[15] Jugador situado fuera del cuadro o de la línea de demarcación, en el baseball. – N. del T.

-Ellos no -repuso-. No se trata de ningún italiano. Pero has hecho espléndidamente tu diagnóstico: está debajo de mi saco, cerca de las costillas. ¡Oye!, Ikey... Eosy y yo huiremos esta noche, para luego casar.

El farmacéutico tenía el dedo índice de la mano izquierda doblado sobre el borde del mortero, sosteniéndolo firmemente, y se dio un fuerte golpe, pero no lo sintió. Entretanto, la sonrisa de Mr. McGowan se desvaneció, trocándose por una mirada de perpleja melancolía.

-Es decir -continuó-, si ella persiste en la idea hasta que llegue el momento. Hemos estado preparando las cosas para la huida, durante dos semanas. Un día me dice que aceptará; por la noche me manifiesta que no. Nos hemos puesto de acuerdo en que lo haremos esta noche y esta vez se ha mantenido en su afirmativa durante dos días íntegros. Pero todavía faltan cinco horas y temo que se me detenga cuando lleguemos a la raya.

-¿Dijiste que querías algún remedio? -interrogó Ikey.

Mr. McGowan parecía haberse desahogado y experimentar fatiga, lo cual se oponía a su usual línea de conducta. Arrolló un prospecto de remedios y lo colocó, con inútil cuidado, alrededor de su dedo.

-Ni por un millón de dólares querría que este doble impedimento tuviera un falso principio -dijo-. Ya tengo listo un departamentito en Harlem, con un florero con crisantemos sobre la mesa y una olla lista para hervir. Y ya he comprometido a un cura para que esté preparado en su casa para esperarnos a las 21.30 horas. Tiene que efectuarse. ¡Y si Rosy no cambia de idea!... -Mr. MacGowan se detuvo, lleno de duda.

-No veo entonces por qué -dijo Ikey lacónicamente- hablas de medicamentos, o qué puedo hacer yo en este asunto.

-El viejo Riddle no me quiere nada -continuó el inquieto pretendiente, empeñado en sus argumentos-. Durante una semana no ha permitido que Rosy traspusiera la puerta conmigo. Si no fuera por perder a un pensionista ya me habría echado hace rato. Estoy ganando veinte dólares por semana, de manera que ella nunca se lamentará de enjaularse con Chunk McGowan.

-Me disculparás, Chunk -dijo Ikey-, pues tengo que hacer una receta que vendrán a buscar en seguida.

-Oye - dijo McGowan levantando de pronto la vista, - oye, Ikey, ¿ no hay algún remedio ..., algún polvo que haga que una muchacha guste más de uno haciéndoselo tomar?

El labio anterior de Ikey se enruló con un gesto de desprecio de un conocimiento superior; pero, antes de que pudiera contestar, McGowan continuó:

-Tim Lacy me dijo que él compró uno en lo de un curandero de la parte, alta de la ciudad y se lo dio con soda a su chica. Desde la primera dosis se convirtió en el preferido de la muchacha, en tanto que sus rivales le resultaban diferentes. Casaron en menos de un par de semanas.

Chunk McGowan era fuerte y simple. Un psicólogo mejor que Ikey, podría haber observado que su pesado marco estaba colgado con alambre fino. Como un buen general a punto de invadir el territorio enemigo, buscaba cuidar todos los detalles contra un posible fracaso.

-Pensé -añadió Chunk pleno de esperanzas- que si consiguiera esos polvos para darle a Rosy cuando la vea esta noche, a la hora de cenar, podría asegurarla y evitar que rehusara mi proposición de huir. Creo que no necesita una yunta de muías para que la arrastren, pero las mujeres están mejor en el entrenamiento que cuidando las bases. Si el mejunje surte efecto tan sólo por un par de semanas, el truco dará resultado.

-¿A qué hora tendrá lugar esa tontería de huir? -interrogó Ikey.

-A las 21 -repuso Mr. McGowan-. Cenamos a las 19. A las 20, Rosy se irá a la cama con dolor de cabeza. A las 21, el viejo Parvenzano me dejará cruzar por su patio, donde hay una tabla para pasar el cerco de Riddle, cuya casa queda al lado. Iré hasta la ventana de Rosy y la ayudaré a descender por el fuste de la misma. Tendremos que hacerlo temprano por el cura. Todo es bien fácil si Rosy no desiste cuando bajen la bandera. ¿Puedes prepararme uno de

esos polvos. Ikey? Ikey Schoenstein se restregó lentamente la nariz. -Chunk -dijo-, los farmacéuticos tenemos que andar con mucho cuidado con drogas como ésas. Sólo a ti, que eres mi amigo, entregaría un polvo semejante. Lo prepararé y verás qué opinión hará que Rosy tenga de ti.

Ikey se acercó a la mesa del laboratorio. Allí pulverizó dos tabletas solubles, cada una de las cuales contenía la cuarta parte de un gramo de morfina. Agregó un poco de azúcar de leche, para aumentar el volumen y colocó la mezcla en un papel blanco, cuidadosamente doblado. Tomado por un adulto, este polvo aseguraría varias horas de sueño pesado, sin poner en peligro al que lo ingiera. Le entregó el papelito a Chunk McGowan, diciéndole que lo administrara en líquido, si era posible, y recibió las sinceras gracias del Lochinvar del patio. La sutileza del proceder de Ikey se pone de relieve al narrar las posteriores medidas que tomó. Envió un mensajero en busca de Mr. Riddle, con el objeto de desbaratar los planes de Mr. McGowan para fugarse con Rosy. El padre de la joven era un hombre fornido, de cutis color ladrillo y rápido proceder. -Muy agradecido-le dijo brevemente a Ikey. - ¡El irlandés holgazán! Mi habitación está ubicada justamente sobre la de Rosy. Iré yo mismo allí después de cenar, cargaré la pistola y aguardaré. Si penetra en mi patio saldrá en una ambulancia en lugar de hacerlo en coche nupcial.

Con Rosy cogida en las garras de Morfeo durante varias horas de pesado sueño y el sabueso del padre esperando, armado y advertido, Ikey tenía la impresión de que su rival estaba realmente cerca de la derrota.

Esperó toda la noche en la farmacia “Blue Light”, realizando sus labores y aguardando las noticias de la tragedia; más no llegó ninguna.

A las 8 en punto llegó el empleado diurno e Ikey marchó a prisa hacia lo de Mrs. Riddle, con el objeto de enterarse del resultado. Y, ¡ he aquí que, mientras salía del comercio, saltó, desde un tranvía que pasaba, nada menos que Chunk McGowan, quien lo cogió del brazo; Chunk McGowan con una sonrisa de triunfo y sonrosado por la alegría!

-¡Aguarda esto! -exclamó Chunk, con Elíseo en su sonrisa-. Rosy apareció en la ventana con dos segundos de retraso y llegamos a lo del sacerdote a las veintiuna y cuarenta y cinco. Ahora está allá en el departamento; esta mañana cocinó huevos, vestida con un quimono azul... ¡Señor, qué feliz soy! Tienes que ir a visitarnos algún día, Ikey, y quedarte a comer con nosotros. He conseguido un puesto, cerca del puente, y ahora voy hacia allá.

-¿Y el... el... polvo? -tartamudeó Ikey.

-¡Oh!, ¿ese mejunje que me diste? -interrogó Chunk ensanchando la sonrisa-; bueno, ocurrió en esta forma. Anoche me senté a la mesa en lo de Riddle, miré a Rosy y me dije: “Chunk, si conquistas a la muchacha, hazlo honradamente, no trates de emplear ninguna treta con una chica bien nacida como ella”. Y guardé el papelito en el bolsillo. Luego, la luz de mi linterna enfocó a otro comensal, quien, me dije, llegará a sentir verdadero afecto por su futuro yerno, de manera que busqué la oportunidad y eché el polvo en el café del viejo Riddle..., ¿comprendes?

El califa, Cupido y el reloj

The Caliph, Cupid And The Clock

El príncipe Michael, del electorado de Valleluna, hallábase sentado en su banco favorito del parque. La frescura de la noche de septiembre animaba la vida en él como un raro vino tónico. Los otros bancos no estaban ocupados, pues los que holgazanean en los parques, con su sangre paralizada, están prontos a descubrir y huir a sus hogares de la fragilidad de comienzos del otoño. La luna recién aclaraba los techos de las casas de un radio que abarcaba un cuadrángulo en el este. Los chicos reían y jugaban alrededor de la fuente que esparcía un perfecta abanico de agua. En los sitios sombreados, flirteaban faunos y hamadríades, ajenos a la mirada de los ojos de los mortales. Una armónica-Filomela por la gracia de nuestro carpintero de coches, Fantasía - tocaba y holgazaneaba en una calle lateral. Alrededor de los encantados límites del pequeño parque, tranvías y enjaulados y elevados trenes rugían como tigres y leones rondando en busca de un sitio para introducirse. Y sobre los árboles brillaba la enorme, redonda y reluciente esfera de un reloj iluminado, de la torre de un viejo edificio público.

Los zapatos del príncipe Michael estaban tan rotos, que su arreglo estaba más allá de la habilidad del más esmerado zapatero remendón. El trapero habría rechazado cualquier negociación concerniente a sus ropas. El rastrojo de dos semanas de su rostro era gris y marrón, rojo y amarillo verdoso, como si hubiera sido reunido mediante contribuciones individuales del coro de una comedia musical. No existía hombre alguno que tuviera suficiente dinero como para usar un sombrero tan malo como el de él.

El príncipe Michael estaba sentado en su banco preferido, y sonreía. Le resultaba divertido pensar que era lo suficientemente rico como para comprar todas las enormes mansiones cercanas, de ventanas iluminadas, que lo rodeaban. Podía haber equiparado oro, carruajes, joyas, tesoros artísticos y tierras, con cualquier Creso en esa orgullosa ciudad de Manhattan y apenas he comenzado a enumerar la parte principal de sus posesiones. Podía haberse sentado a la mesa con los soberanos reinantes. El mundo social, el mundo del arte, la hermandad de los elegidos, la adulación, la imitación, el homenaje de los más prósperos, los honores de los más elevados, la ponderación de los más ilustrados, el halago, la estima, el crédito, el placer, la fama: toda la miel de la vida lo esperaba, en el panal en la colmena del mundo, al príncipe Michael, del Electorado de Valleluna, siempre que se le ocurriera tomarla. Pero elegía sentarse harapiento y sucio en el banco del parque, pues había probado de la fruta del árbol de la vida y, encontrándola amarga, había salido del Edén durante un tiempo en busca de distracción cercana al palpitante e indefenso corazón del mundo.

Esas ideas se extraviaban en forma soñadora a través de la mente del príncipe Michael, mientras sonreía bajo el rastrojo de su policromática barba. Holgazaneando en esa forma, vestido como el más pobre de los mendigos de la plaza, le agradaba estudiar la humanidad. Encontraba mayor placer en el altruismo que en sus riquezas, su situación y todas las mayores dulzuras que la vida le brindaba. Su principal placer y satisfacción lo constituía aliviar los pesares individuales, conferir favores a las personas dignas que necesitaran ayuda, sorprender a los desdichados con inesperados y extraordinarios obsequios de verdadera magnificencia real, hechos, empero, con tacto y discernimiento.

Y, mientras los ojos del príncipe Michael descansaban sobre la resplandeciente esfera del gran reloj de la torre, su sonrisa, a pesar de ser altruista, se tiñó ligeramente de desprecio. Grandes pensamientos eran los del príncipe, y siempre consideraba, con un movimiento de cabeza, la sujeción del mundo a la arbitraria medida del Tiempo. Las idas y venidas de la gente apresurada y temerosa, controladas por las pequeñas y móviles manos de acero del reloj, siempre lo hacía entristecer.

Luego apareció un joven vestido de etiqueta y sentóse a tres bancos de distancia del príncipe. Durante media hora fumó cigarros con nerviosa premura y luego observó la esfera iluminada del reloj, que se veía por sobre los árboles. Su inquietud era evidente y el príncipe

advirtió en su tristeza que sus cansas estaban vinculadas, de alguna manera, con las manecillas de lento movimiento del reloj.

Su Majestad se puso de pie y dirigióse al banco del joven.

-Discúlpeme que me dirija a usted -dijo-, pero me percato de que está preocupado. Si la libertad que me he tomado puede servirle para mitigar su preocupación, agregaré que soy el príncipe Michael, heredero del trono del Electorado de Valleluna. Ando de incógnito, como usted lo deducirá por mi indumentaria. Es una originalidad de mi parte, con el objeto de prestar ‘ayuda a quienes juzgo dignos de ella. Quizá la cuestión que parece inquietarlo pueda rendirse con mayor facilidad a nuestros mutuos esfuerzos.

El joven miró al príncipe con animación. Con animación, pero la línea perpendicular de perplejidad, situada entre sus cejas, no se alisó. Rió y ni siquiera la risa consiguió borrarla. Pero aceptó la momentánea diversión.

-Me alegro de conocerlo, príncipe -dijo con tono bonachón-. Sí, yo diría que estamos de incógnito, perfectamente. Gracias por su ofrecimiento de ayuda, mas no veo cómo su intervención pueda solucionar las cosas. Se trata de una especie de asunto privado, comprende; pero, de cualquier manera, le agradezco.

El príncipe Michael sentóse al lado del joven. A menudo se lo rechazaba, pero nunca en forma descomedida, pues sus maneras corteses y sus palabras lo impedían.

-Los relojes -dijo el príncipe- son grillos colocados en los tobillos de la humanidad. Lo he observado a usted mirando insistentemente al reloj. El rostro de éste es el de un tirano; sus números son falsos como los de los billetes de lotería; sus manos, las de un estafador, que hace un convenio con usted para arruinarlo. Permítame que le ruegue que se deshaga de sus humillantes vínculos y deje de ordenar sus asuntos de acuerdo con ese insensato monitor de bronce y acero.

-Yo no uso, por lo general -repuso el joven-, reloj, salvo cuando visto mis mejores ropas.

-¡Conozco la naturaleza humana como los árboles y el pasto! -dijo el príncipe con extrema dignidad-. Soy un maestro de psicología, graduado en arte y tengo el bolsillo de un afortunado. Existen pocas aflicciones de mortales, que yo no pueda aliviar o vencer. He leído su semblante y hallado en él honestidad y nobleza, así como inquietud. Le ruego que acepte mi consejo o ayuda. No desmienta la inteligencia que advierto en su rostro, juzgando por mi apariencia mi habilidad para vencer sus dificultades.

El joven volvió a echar una ojeada al reloj y frunció obscuramente el ceño. Cuando su mirada abandonó la brillante esfera, se posó atentamente en una casa de cuatro pisos, de ladrillo rojo, en la hilera que se ubicaba frente a ellos. Las sombras se retiraron y brillaron las luces en muchas de sus habitaciones.

-¡Las 20.50! -exclamó el joven con un impaciente gesto de desesperación. Dio su espalda a la casa y un par de pasos en dirección contraria.

-¡Quédese! -ordenó el príncipe Michael con una voz tan potente que el contrariado se dio vuelta con una risa algo enfadada.

-Ce daré a ella diez minutos de plazo y luego me iré -musitó y luego en voz alta se dirigió al príncipe-: Me uniré a usted en la tarea de confundir todos los relojes, amigo, también en la de deshacernos de las mujeres.

-Siéntese -dijo el príncipe con calma-. No acepto su agregado. Las mujeres son enemigas naturales de los relojes y, por consiguiente, las aliadas de los que buscan la liberación de los monstruos que miden nuestras locuras y limitan nuestros placeres. Si usted confiara en mí, le rogaría que me contase su historia.

El joven se lanzó sobre el banco con una descuidada carcajada.

-Lo haré, Su Majestad -repuso con tono de fingida atención-. ¿Ve usted aquella casa que tiene tres ventanas altas, en la que se advierte luz? Bueno, a las 18 estuve en esa casa con la joven con quien estoy... es decir, estuve... comprometido. He estado procediendo mal, mi

querido príncipe; he sido un muchacho travieso y ella llegó a saberlo. Por supuesto que deseé que se me perdonara: siempre queremos que las mujeres nos perdonen, ¿verdad, príncipe?

"Deseo darme tiempo para pensarlo -dijo la muchacha-. Una cosa es cierta: o te perdonaré completamente o no volveré a verte más la cara. No andaré con paños tibios. A las 20.30, exactamente a las 20.30, tú observarás la ventana del medio del piso más alto. ¡Si decido perdonarte colgaré de esa ventana una bufanda blanca! Por ello te enterarás de que todo queda como antes, y podrás venir a verme. Si no ves ninguna bufanda, puedes considerar que todo entre nosotros ha terminado para siempre." Por eso-concluyó amargamente el joven - he estado observando el reloj. La hora para la señal ha pasado hace veintitrés minutos. ¿Se maravilla de que me sienta un poco intranquilo, mi príncipe de los Harapos y la Barba?

-Permítame que le repita -dijo el príncipe Michael con suave y bien modulado tono- que las mujeres son las enemigas naturales de los relojes. Los relojes son malos; las mujeres, una bendición. La señal puede aparecer todavía.

-¡ Nunca, por su principado! -exclamó el joven con desesperación-. Usted no conoce a Marian, por supuesto. Siempre es puntualísima. Eso fue, precisamente, lo primero que me atrajo en ella. Tengo el mitón en lugar de la bufanda. A las 30.31, yo debería haberme convencido de que estaba desahuciado. Esta noche parto para el oeste, en el tren de las 23.45, con Jack Milburn. Ha terminado el baile. Trataré de vivir un tiempo en el rancho de Jack y ahogar las penas en whisky. Buenas noches, príncipe.

El príncipe Michael dibujó su sonrisa enigmática, cortés y comprensiva, y lo tomó de la manga del saco. La brillante luz de los ojos del príncipe se suavizaba tornándose soñadora y sombríamente traslúcida.

-Espere -dijo con solemnidad- hasta que el reloj dé la hora. Tengo riqueza, poder y conocimiento mayor que muchos hombres, pero cuando el reloj da la hora siento miedo. Quédese a mi lado hasta entonces. Esa mujer será suya. Tiene usted la palabra del príncipe heredero de Valleluna. El día de su boda le daré cien mil dólares y un palacio a orillas del Hudson. Pero en él no deberá tener relojes en el palacio, pues miden nuestras locuras y limitan nuestros placeres. ¿ Está usted de acuerdo en esto?

-Por supuesto -dijo el joven alegremente-, de cualquier manera, son una molestia, siempre produciendo el tic tac, dando las horas y haciéndonos llegar tarde a cenar.

Volvió a mirar el reloj de la torre. Las manecillas señalaban las 20.57.

-Creo -dijo el príncipe Michael- que dormiré un rato. El día ha sido muy fatigoso.

Se estiró sobre el banco como alguien que está acostumbrado a hacerlo.

-En esta plaza me encontrará usted cualquier noche en que reine buen tiempo -dijo el príncipe en forma soñolienta-. Cuando haya fijado el día de la boda véame y le entregaré un cheque.

-Gracias, Su Majestad -dijo seriamente el joven-. No me parece que vaya a necesitar ese palacio del Hudson, pero aprecio lo mismo su ofrecimiento.

El príncipe Michael se hundió en el sueño. Su gastado sombrero rodó desde el banco al suelo. El joven lo levantó, lo colocó sobre el rostro fruncido y colocó una de las piernas, grotescamente ablandadas, en una posición más cómoda.

-¡Pobre diablo! -dijo mientras arreglaba las raídas ropas alrededor del pecho del príncipe.

Sonoras y sobrecogedoras, de la torre del reloj surgieron las nueve campanadas. El joven volvió a suspirar, dio vuelta la cabeza para echar una última ojeada a la casa de sus abandonadas esperanzas y gritó con voz fuerte palabras profanas y de santo embeleso.

Del medio de la ventana alta surgió, en medio del polvo, un tremolante, nevado, ondulante, maravilloso y divino emblema de perdón y promesa de reconciliación.

Allí cerca apareció un ciudadano grueso, de andar tranquilo, que se dirigía a su hogar, ajeno a los deleites de bufandas de seda que se agitaban en las esquinas de parques débilmente alumbrados.

-¿Quiere hacer el favor de decirme la hora, señor? -interrogó el joven.

El ciudadano, consultando cuidadosamente su reloj para estar seguro, contestó:

-Son las 20.29 y medio, señor.

Y luego, por costumbre, echó una ojeada al reloj de la torre y continuó su discurso:

-¡Por George! ¡Ese reloj está adelantado una hora! Es la primera vez, en diez años, que he visto que adelante. Mi reloj nunca varía un...

Pero el ciudadano hablaba al vacío. Se dio vuelta para mirar a su interlocutor y lo vio como una negra sombra que marchaba apresuradamente, en dirección a la casa de las tres ventanas altas iluminadas.

Y, por la mañana, llegaron dos policías que cumplían la ronda. El parque estaba desierto; la única persona que quedaba era una harapienta figura tendida, dormida, sobre un banco. Los vigilantes se detuvieron al lado de ella.

-Es Dopy Mike -dijo uno de los agentes-. Viene todas las noches. Hace veinte años que es holgazán de parques. Creo que ya está en sus últimas.

El otro policía se agachó y miró algo arrugado y torcido en la mano del hombre dormido.

-¡Caramba! -exclamó-. De cualquier manera, se ha dopado por valor de cincuenta dólares. Me gustaría saber qué clase de opio fuma.

Y luego, el bastón del realismo sonó “¡bang, bang, bang!” contra las suelas de los zapatos del príncipe Michael, del Electorado de Valleluna.

Las hermanas del Círculo de Oro

Sisters Of The Golden Circle

El coche de excursión estaba listo para marchar. Los alegres viajeros de arriba habían sido ubicados cortésmente en sus asientos por el conductor. La acera estaba bloqueada por curiosos que se habían reunido para mirar a los curiosos, justificando la ley natural de que a toda criatura de la tierra la devora alguna otra criatura.

El hombre del megáfono levantó su instrumento de tortura; el interior del automóvil comenzó a sacudirse y palpitar como el corazón de un bebedor de café. Los que viajaban en la parte de arriba se cogieron nerviosamente de sus asientos; la vieja dama oriunda de Valparaíso, Indiana, chilló para que la dejaran apear. Pero, antes de que den vuelta las ruedas, escuchen un breve preámbulo a través del cardiásfono, que le señalará a usted un objeto de interés en la vida de la jira del curioso.

Rápido y amplio es el reconocimiento del blanco por el blanco en las selvas africanas; el saludo espiritual entre la madre y el niño es inmediato e infalible; amo y perro conversan sin vacilar a través de la breve distancia que existe entre el animal y el hombre; extraordinariamente rápidos y comprensivos son los breves mensajes entre uno y la persona a quien se ama. Pero todos estos ejemplos sólo promueven un intercambio lento y vacilante de simpatía y pensamiento al lado de otro ejemplo que revela el coche de excursión. Usted aprenderá (si ya no lo ha hecho) qué es lo que dos seres, entre todos los seres vivientes de la tierra, miran más rápidamente en sus corazones y almas cuando se encuentran cara a cara.

Sonó la campana y el maravilloso coche inició majestuosamente su instructiva excursión.

En el asiento más alto de la parte de atrás se ubican James Williams, de Cloverdale, Missouri, y su Desposada.

Póngalo con mayúscula, amigo tipo -la última palabra-, de las palabras en la epifanía de la vida y el amor. El perfume de las flores, el botín de las abejas, la prístina humedad de las aguas de primavera, la obertura de la alondra, el exprimir de la corteza del limón en el cocktail de la creación: todo eso es la desposada. La esposa es santa; la madre, respetable; la novia, pura; pero la desposada es el cheque certificado de los obsequios de bodas que envían los dioses cuando el hombre casa hasta la muerte.

El vehículo ascendió el Golden Way. En el puente del gran crucero se hallaba el capitán, anunciando a los excursionistas los diversos puntos de la gran ciudad. Con la boca y los oídos abiertos, los pasajeros escuchaban la descripción de las vistas de la metrópoli, atronadas ante sus ojos. Confundidos, delirantes por la nerviosidad y los anhelos provincianos, trataban de responder ocularmente al ritual megafónico. En las solemnes agujas de grandes catedrales, veían el hogar de los Vanderbilt; en el ocupado volumen de los depósitos de la Grand Central, observaban maravillados, la humilde cabaña de Eussell Sage. Invitados a contemplar los terrenos altos del Hudson, abrían la boca sin sospecharlo, ante las montañas de tierra de una cloaca recién instalada. Para muchos, el ferrocarril elevado era el Rialto, en cuyas estaciones sentábanse hombres uniformados y hacían chop suey16 con los boletos que usted le entregaba. Y hasta ahora, en los barrios apartados, muchos aseguran que Chuck Connors, con su mano en el corazón, encabeza reformas, y, si no fuera por los nobles esfuerzos municipales de un tal Parkhurst, fiscal de distrito, la notoria pandilla del “Obispo” Potter habría destruido la ley y el orden desde Bowery hasta el río Harlem.

Pero les ruego que observen a Mrs. James Williams: Hattie Chalmers, que fue la belleza de Cloverdale. La desposada es de rostro azul pálido, si ella permite y acepta este color. La rosa le había prestado, gustosamente, a sus mejillas, su color -¡y en cuanto al violeta!- sus ojos marcharán muy bien como son, gracias. Debajo de la barbilla tenía atado un inútil trozo de género blanco -oh, no, él guiaba el automóvil- de chiffon blanco o quizá era granadina o tul, que simulaba sujetarle el sombrero. Pero usted sabe tanto como yo que los pinches son los encargados de ello.

[16] Plato chino de pollo o cerdo guisado, verduras y granos. – N. del T.

En el rostro de Mrs. James Williams se reflejaba una pequeña biblioteca de los mejores pensamientos del mundo en tres volúmenes. El volumen número uno contenía la creencia de que James Williams constituía casi la perfección. El segundo era un ensayo sobre el mundo, declarándolo un sitio excelente. El restante exponía la creencia de que ocupando el asiento más alto en el coche de excursión, viajaban en el sitio por el cual pasa toda la comprensión.

James Williams, ustedes lo habrán adivinado, tenía alrededor de veinticuatro años. Les complacerá saber que vuestro cálculo fue muy exacto. Tenía justamente veintitrés años, once meses y veintinueve días. Era bien plantado, activo, de mandíbula vigorosa, bonachón y próspero. Iba en viaje de bodas.

Querida hada bondadosa, por favor suspende esas órdenes de pago, los coches de excursión de 40 H.P., la fama, el nuevo crecimiento del cabello y la presidencia del club de remo. En lugar de cualesquiera de esas cosas, vuelve - oh, vuelve y ofrécenos, de nuevo, tan sólo un ínfimo momento de nuestro viaje de bodas. Una sola hora, querida hada, para que podamos recordar cómo son el pasto, los álamos y las colas de los sombreros, atados debajo de la barbilla, aunque los pinches los sostengan. ¿Puedes concedernos esto? Muy bien, apúrese entonces con ese coche de excursión y con la provisión de aceite. Frente a Mrs. James Williams sentábase una muchacha que vestía una chaqueta marrón suelta y un sombrero de paja con uvas y rosas. Sólo en sueños y en las casas de las modistas, ¡ay!, contamos juntas las uvas y las rosas. Esta muchacha miraba fijamente con sus grandes ojos azules, crédulos, cuando el hombre del megáfono rugía su doctrina de que los millonarios merecían nuestra atención. Entre los gritos, ella regresaba a la filosofía de Epicteto en la forma de goma de mascar de pepsina.

A la derecha de la muchacha se hallaba sentado un joven de cerca de veinticuatro años, bien plantado, vivaz, de mandíbula vigorosa y bonachón. Pero, si su descripción se parece a la de James Williams, despójela de cualquier rasgo cloverdaliano. Este hombre pertenecía a las duras calles y las agudas esquinas. Miraba con penetración a su alrededor, pareciendo envidiar el asfalto que pisaban las personas a quienes miraba desde su alcándara.

Mientras el megáfono ladra frente a un famoso hotel, permítanme musitarles, a través del cardiásfono de tono bajo, que se sienten bien, porque ahora están por ocurrir cosas y la gran ciudad se cerrará sobre ellos, de nuevo, como sobre un pedazo de cinta de cotización de la Bolsa flotando por la calle Broad abajo, desde la guarida de un bajista.

La muchacha de chaqueta marrón se dio vuelta para ver a los peregrinos que iban sentados en el último asiento. Ella ya había absorbido a los otros pasajeros; el asiento de atrás era su alcoba de Barba Azul.

Sus ojos se encontraron con los de Mrs. James Williams. Entre dos tic tacs de reloj cambiaron las experiencias, las historias, las esperanzas y fantasías de sus vidas. Y todo, observe usted, con el ojo, antes de que dos hombres hubieran podido decidir desenvainar acero o prestarse un fósforo.

La desposada se incorporó. Ella y la muchacha hablaron presurosamente; sus lenguas se movieron con rapidez como las de dos serpientes, comparación ésta que no pretende llegar más lejos. Dos sonrisas y una docena de reverencias cerraron la conferencia.

En la amplia y tranquila avenida, frente al coche de excursión, se detuvo un hombre vestido con ropas obscuras y levantó la mano. Desde la acera, otro se apresuró y uniósele.

La muchacha de sombrero fructuoso tomó presurosamente del brazo a su compañero y le musitó unas palabras en el oído. Este exhibió pruebas de habilidad para proceder con rapidez. Agachándose, se deslizó por el borde del vehículo, detúvose por un instante y luego desapareció. Media docena de los pasajeros de arriba observaron con sorpresa sus movimientos, mas no formularon comentarios, juzgando prudente no expresar sorpresa a lo que podría ser la manera convencional de apearse en esta ciudad aturdidora. El tunante pasajero evitó un coche y luego pasó flotando, como una hoja en una corriente, entre un camión de transportes y el carro de un florista.

La muchacha de chaqueta marrón volvió a darse vuelta y miró a Mrs. James Williams a los ojos. Luego se dio vuelta y permaneció quieta, mientras el vehículo se detuvo al destello de la insignia de debajo de la solapa del hombre.

-I Qué está usted haciendo 1 - exigió el del megáfono abandonando su discurso profesional por inglés puro.

-Manténgala en el ancla un minuto - ordenó el funcionario. - Hay a bordo un hombre a quien buscamos; un ladrón de Filadelfia llamado Pinky McGuire. Allá está en el asiento de detrás. Mire por el costado, Donovan.

Donovan se dirigió hacia las ruedas traseras del coche y miró a James Williams.

-Ven, viejo tahúr -dijo en forma cordial-. Te hemos atrapado. Irás de vuelta a Sleepytown. No es una mala idea esconderte en un automóvil de excursión, aunque la recordaré.

Suavemente, a través del megáfono, surgió el consejo del conductor:

-Conviene que se apee y explique, señor. El coche debe continuar su viaje.

James Williams mezclaba su cabeza entre las de los demás pasajeros. Con necesaria lentitud, se abrió camino entre las demás personas, hasta los escalones del frente del vehículo. Lo siguió su esposa, pero primero dio vuelta la cabeza y vio al evadido turista deslizarse, desde detrás del camión de muebles, y esconderse detrás de un árbol del borde de una plazoleta ubicada a menos de quince metros de distancia.

Una vez en la acera, James Williams enfrentó a su aprehensor con una sonrisa. Pensaba en la buena historia que tendría para contarles a los de Cloverdare, al ser confundido con un ladrón. El vehículo permaneció detenido, sin demostrar respeto hacia sus pasajeros. ¿Qué otro espectáculo podría ser más interesante que ése?

-Me llamo James Williams y soy de Cloverdale, Missouri -dijo con tono bondadoso, para que los funcionarios no se mortificaran mucho-. Tengo aquí unas cartas que les demostrarán...

-Vendrá con nosotros, por favor -anunció el hombre de particular-. La descripción de Pinky McGuire se adapta tan bien a su físico como una franela lavada en agua jabonosa caliente. Un detective lo vio subir al vehículo en Central Park y telefoneó para que lo tomáramos. Tendrá que formular sus explicaciones en la comisaría.

La esposa de James Williams - desde hacía dos semanas - lo miró a la cara con un extraño y suave brillo en sus ojos, y las mejillas sonrojadas; lo miró a la cara y dijo:

-Ve con ellos rápido, Pinky, y a lo mejor es para tu bien.

Y luego, mientras el coche se alejaba, ella se dio vuelta y tiró un beso -su esposa tiró un beso- a alguien que viajaba en los asientos altos del vehículo.

-Tu chica te ha dado un buen consejo, McGuire - dijo Donovan. - Vamos.

Y luego la locura descendió sobre James Williams y se apoderó de él. Se echó el sombrero para atrás.

--Mi esposa parece pensar que soy un ladrón -dijo atolondradamente-. Nunca he sabido que ella sea loca, de manera que debo de estar insano. Y, si lo estoy, nada pueden hacerme por matar a ustedes dos, tontos, en mi locura.

Luego de lo cual se resistió a que lo arrestaran con tanto ánimo y diligencia que hubo que llamar a los agentes y después dispersar a varios miles de espectadores deleitados ante el espectáculo, i

En la comisaría, el sargento le interrogó el nombre.

-McDoodle, el Pink17 o Pinky el Bruto, he olvidado cuál de los dos es mi nombre - repuso James Williams-. Pero pueden estar seguros de que soy un ladrón; no lo olviden. Y usted podría agregar que fueron necesarios cinco policías para capturar al Pink. Me agradaría particularmente dejar constancia de eso en el sumario.

Al cabo de una hora llegó Mrs. James Williams con el tío Thomas, de la avenida Madison, en un automóvil que imponía respeto, llevando las pruebas de la inocencia del

[17] *Pinje-,* rosado. – N. del T.

héroe; porque a todo el mundo le agrada que el tercer acto de un drama esté respaldado por un automóvil.

Después de que la policía hubo reconvenido a James Williams por imitar a un ladrón registrado y ofrecerle un descargo tan honorable como le fue capaz al departamento, Mrs. Williams lo volvió a arrestar y lo llevó a una esquina de la comisaría. James Williams la miró con un solo ojo. El siempre decía que Donovan cerraba el otro mientras alguien le tomaba la mano derecha. Nunca antes la mujer le había manifestado una sola palabra de reproche o reprobación.

-Si puedes explicarme -comenzó él en forma algo dura- ¿por qué tú...?

-Querido -lo interrumpió-, escucha. Ha sido una hora de tristeza y prueba para ti. Hice eso por ella, quiero decir por la muchacha que me habló en el vehículo. Yo estaba tan feliz, Jim, tan feliz contigo, que no me atreví a negar esa felicidad a otro. Jim, esos dos habían casado recién esta mañana, de manera que procuré dejarlo escapar. Mientras ellos luchaban contigo, lo vi deslizarse por detrás de un árbol y atravesar aprisa el parque. Eso es todo, querido; me vi obligada a hacerlo.

Así, una hermana del grupo de oro puro conoce a otra que se coloca en la luz encantada que brilla una sola y breve vez para cada uno. El hombre simple se entera de las bodas por el arroz y la corbata de satén. Pero la desposada conoce otra desposada echándole una simple ojeada. Y entre ellas se establece de inmediato la armonía y el entendimiento en un lenguaje que los hombres y las viudas no conocen.

El romance de un ocupado bolsista

The Romance Of A Busy Broker

Pitcher, empleado de confianza en la oficina de Harvey Maxwell, bolsista, permitió que una mirada de suave interés y sorpresa visitara su semblante, generalmente exento de expresión, cuando su empleador entró con presteza, a las 9.30, acompañado por su joven estenógrafa. Con un vivaz “Buen día, Pitcher”, Maxwell se precipitó hacia su escritorio como si fuera a saltar por sobre él, y luego se hundió en la gran montaña de cartas y telegramas que lo esperaban.

La joven hacía un año que era estenógrafa de Maxwell. Era hermosa en el sentido de que decididamente no era estenográfica. Renunció a la pompa de la seductora Pompadour. No usaba cadenas/ni brazaletes, ni relicarios. No tenía el aire de estar a punto de aceptar una invitación a almorzar. Vestía de gris liso, pero la ropa se adaptaba a su figura con fidelidad y discreción. En su pulcro sombrero negro llevaba un ala amarillo verdosa de un guacamayo. Esa mañana, se encontraba suave y tímidamente radiante. Los ojos le brillaban en forma soñadora; tenía las mejillas como genuino durazno florecido, su expresión de alegría, teñida de reminiscencias.

Pitcher, todavía un poco curioso, advirtió una diferencia en sus maneras. En lugar de dirigirse directamente a la habitación contigua, donde estaba su escritorio, se detuvo, algo irresoluta, en la oficina exterior. En determinado momento, caminó alrededor del escritorio de Maxwell, acercándose tanto que el hombre se percató de su presencia.

La máquina sentada a ese escritorio ya no era un hombre; era un ocupado bolsista de Nueva York, movido por zumbantes ruedas y resortes desenrollados.

-Bueno, ¿qué es esto? ¿Algo? -interrogó Maxwell lacónicamente.

Las cartas abiertas yacían sobre el ocupado escritorio que parecía un banco de hielo. Su agudo ojo gris, impersonal y brusco enfocó con impaciencia la mitad del cuerpo de la muchacha.

-Nada -repuso la estenógrafa alejándose con una ligera sonrisa.

-Mr. Pitcher -le manifestó al confidencial empleado-, ¿Mr. Maxwell dijo algo acerca de emplear a otra estenógrafa?

-Sí -repuso Pitcher-. Me ordenó que tomara a otra. Ayer por la tarde pedí a la agencia que enviara algunas para probarlas esta mañana. Son las 9.45 y todavía no se ha mostrado ningún modelo de sombrero ni ningún pedazo de goma de mascar.

-Entonces haré el trabajo como de costumbre -dijo la joven- hasta que llegue alguna muchacha para ocupar el puesto -se dirigió a su escritorio y colgó el sombrero negro con el ala de guacamayo gris verdoso, en el sitio acostumbrado.

El que se haya visto privado de presenciar el espectáculo de un ocupado bolsista de Manhattan durante una avalancha de trabajo, está impedido para ejercer la profesión de la antropología. El poeta canta acerca de la “ocupada hora de la vida gloriosa”. La hora del bolsista no sólo es ocupada, sino que los minutos y los segundos están suspendidos de todas las correas de las plataformas delantera y trasera.

Y ése era un día ocupado de Harvey Maxwell. El indicador de las cotizaciones comenzó a arrojar sus espasmódicos rollos de papel y el teléfono de sobre el escritorio tenía un ataque crónico de zumbido. Los hombres comenzaron a irrumpir en la oficina y a llamarlo por sobre la baranda en forma jovial, seca, viciosa, nerviosa. Los mensajeros entraban y salían corriendo con notas y telegramas. Los empleados de la oficina saltaban de un lado a otro como marineros durante una tormenta. Hasta el rostro de Pitcher se ablandó, dibujando algo que se parecía a una expresión de animación.

En la Bolsa había huracanes, terremotos, tormentas de nieve, glaciares, volcanes, y esas perturbaciones comunes se reprodujeron en miniatura, en las oficinas del bolsista. Maxwell empujó su silla contra la pared, mientras tramitaba operaciones comerciales como un bailarín de puntillas. Saltaba del indicador de cotizaciones al teléfono, del escritorio a la puerta, con la diestra agilidad de un arlequín.

En medio de esta creciente e importante tensión, el bolsista advirtió de pronto, un rulo dorado, enrollado alto, debajo de un inclinado dosel de terciopelo, extremos de avestruz, un saco de imitación piel de foca y una cuerda de cuentas tan larga como una rama de nueces, terminando, cerca del piso, en un corazón de plata. Había allí una joven serena, relacionada con estos accesorios. Pitcher estaba al lado de ella para interpretarla.

-Es una señorita de la Agencia de Estenógrafas que desea conocer detalles acerca del puesto - dijo Pitcher.

Maxwell dio media vuelta con las manos llenas de papeles y una cinta de indicador de cotizaciones.

-¿Qué puesto? -interrogó ceñudo.

-El puesto de estenógrafa -repuso Pitcher-. Ayer me dijo usted que llamase para que hoy enviaran una.

-Está usted perdiendo el juicio -dijo Maxwell-. ¿Para qué habría de darle semejantes instrucciones? Miss Leslie ha cumplido perfectamente durante el año de estada aquí. El puesto le pertenece a ella mientras desee conservarlo. No hay vacante, madam. Dé la contraorden a la agencia, Pitcher, para que no manden más estenógrafas.

El corazón de plata abandonó la oficina, balanceándose y golpeándose contra los muebles de la oficina como si se marchara indignado. Pitcher aprovechó la oportunidad para comentarle al tenedor de libros que el “viejo” parecía tornarse cada día más distraído y olvidadizo.

La avalancha y el ritmo de los negocios se tornaron cada vez más nerviosos y rápidos. En el piso se diseminaba media docena de títulos, en los cuales los clientes de Maxwell habían hecho grandes inversiones. Las órdenes de compra y venta iban y venían con tanta rapidez como una bandada de golondrinas. Algunas de sus propias acciones estaban en peligro, y el hombre trabajaba como una máquina potente, delicada y rápida, con plena tensión, marchando a toda velocidad, precisa, sin vacilación alguna, con la palabra adecuada y la decisión y la acción listas y prontas; empréstitos e hipotecas, dividendos y títulos; era un mundo de finanzas, y no había lugar en él para el mundo humano o el mundo de la naturaleza.

Al aproximarse la hora de almorzar se percibió una ligera calma en el tumulto.

Maxwell estaba de pie, al lado de su escritorio, con las manos llenas de telegramas y notas, con una estilográfica en la oreja derecha y el cabello cayéndole en desorden sobre la frente. Tenía la ventana abierta, pues la amada portera Primavera había enviado un poco de calor a través de las zonas de la tierra, que despertaban.

Y a través de la ventana llegaba un extraño -quizá perdido- olor, un olor delicado y dulce a lilas, que mantuvo al bolsista un rato inmóvil. Porque ese perfume pertenecía a miss Leslie; era propio de ella y único de ella.

El perfume hizo que el hombre se la representara en forma vivida, casi tangible. El mundo de las finanzas se convirtió en una manchita. La muchacha estaba en la habitación contigua, a unos veinte pasos.

-¡Por George, lo haré ahora! -dijo Maxwell en voz un poco alta-. Le pediré ahora. Me pregunto por qué no lo he hecho hace tiempo.

Se precipitó hacia la oficina interior, con la premura de un short[18] tratando de hacer una jugada, y echóse sobre el escritorio de la estenógrafa.

La muchacha levantó la vista hasta él y sonrió. Una tonalidad rosa pálida subió a las mejillas de la empleada, cuyos ojos mostraron una expresión bondadosa y franca. Maxwell apoyó un codo sobre el escritorio. Aun cogía con ambas manos una serie de papeles y tenía la estilográfica sobre la oreja.

-Miss Leslie -comenzó apresuradamente-, tengo un solo minuto de tiempo. Quiero decirle algo. ¿Quiere casar conmigo? No he tenido tiempo de hacerle a usted el amor en la forma acostumbrada; perol la amo de verdad. Hable pronto, por favor, pues esos tipos están uniendo para despojar al Union Pacific.

[18] Nombre de uno de los puestos del juego del baseball y del que lo desempeña. – N. del T.

-¡Oh!, ¿de qué me estás hablando? -interrogó la joven. Se puso de pie y lo miró con los ojos abiertos.

-¿No comprendes? -dijo Maxwell con impaciencia-. Quiero casar contigo. Te amo. Deseaba decírtelo y logré conseguir un minuto cuando el trabajo aflojó un poco. Ahora me llaman por teléfono. Dígales que me esperen un poco, Pitcher.

La estenógrafa se portaba de manera muy extraña. Al principio parecía dominada por la sorpresa; luego, de sus ojos maravillados fluyeron lágrimas, y por fin sonrió alegremente, deslizando con ternura el brazo alrededor del cuello del bolsista.

-Ahora lo sé -dijo con suavidad-. Son los negocios los que ahuyentaron, durante un tiempo, todo lo demás de tu mente. Estaba asustada al principio. ¿No recuerdas, Harvey? Anoche a las 20 casamos en la Pequeña Iglesia de la Vuelta.

Librodot

Perdido con traje de desfile

Lost On Dress Parade

Mr. Towers Chandler planchaba su traje de etiqueta en su habitación. Una plancha estaba calentándose en un pequeño hornillo de gas; la otra era presionada de arriba abajo, vigorosamente, para obtener la deseada raya, que luego sería exhibida extendiéndose recta desde los zapatos de cuero charolado de Mr. Chandler hasta el borde de su largo saco. Eso es todo lo que se nos puede confiar acerca de la toilet del héroe. Lo demás lo podrán adivinar aquellos cuya airosa pobreza los ha llevado a esos indignos recursos. Nuestro próximo encuentro con él será mientras desciende la escalera de su casa de pensión, inmaculada y correctamente vestido; tranquilo, seguro, buen mozo: su aspecto es el de un típico joven clubman de Nueva York, marchando, ligeramente fastidiado, hacia la inauguración de los placeres de la noche.

Los honorarios de Chandler ascendían a dieciocho dólares semanales. Trabajaba como arquitecto en una oficina. Tenía veintidós años de edad; consideraba la arquitectura un auténtico arte, y creía honestamente -aunque no se habría atrevido a admitirlo en Nueva York- que el edificio Flatiron era inferior, en su diseño, a la gran catedral de Milán.

De cada sueldo semanal, Chandler apartaba un dólar. Al final de cada diez semanas, con el capital extra acumulado, alquilaba un traje de etiqueta en el mostrador de las rebajas del mezquino viejo Padre Tiempo. Se ataviaba con las insignias de los millonarios y los presidentes, dirigíase al barrio en el cual la vida es más brillante y ostentosa, y cenaba allí con buen gusto y lujo. Con diez dólares, puede un hombre, durante algunas horas, desempeñar a perfección el papel del rico ocioso. La suma es suficiente para lograr una comida bien elegida, una botella con una respetable etiqueta, proporcionadas propinas, pago del coche y los comunes etcéteras.

Esa deliciosa noche, extraída de cada una de las áridas setenta, era para Chandler una fuente de renaciente felicidad. En la sociedad, las niñas recién presentadas se estrenan una sola vez y este recuerdo perdura en la memoria de las mujeres hasta que se les blanquea el cabello. Pero para Chandler, cada diez semanas le llegaba una alegría tan honda, tan conmovedora, como la primera. Sentarse entre los bon vivants, bajo las palmeras, en el torbellino de la secreta música, mirar a los habitúes de semejante paraíso y ser mirado por ellos, ¿qué era el primer baile de una muchacha comparado con esto?

Chandler marchaba Broadway arriba, con sus vespertinas ropas de desfile. Porque esa noche él era un objeto expuesto a la exhibición, así como un observador. Durante las próximas sesenta y nueve noches comería vestido de cheviot y vencido en dudosas tables d'hótes, en bulliciosos mostradores de lunches o sandwiches y cerveza en su habitación. Estaba ansioso porque llegara ese momento, pues era un auténtico hijo de la gran ciudad del deslumbramiento, y para él una noche en la luz compensaba muchas obscuras.

Chandler demoró su paso hasta que los Cuarenta comenzaron a cortar el enorme y resplandeciente camino florido, pues eran recién las primeras horas de la noche, y, cuando uno se halla en el beau monde una noche entre setenta, le agrada prolongar el placer. Sobre él se posaban miradas brillantes, siniestras, curiosas, admirativas, seductoras, provocativas; porque su garbo y su aire lo proclamaban un devoto de la hora del solaz y el placer.

Al llegar a cierta esquina se detuvo, formulándose la pregunta de si retrocedería hacia el ostentoso y elegante restaurante, en el que generalmente cenaba las noches de su lujo especial. En ese preciso instante, una muchacha se deslizó con suavidad a la vuelta de la esquina, resbaló en un charco de nieve y cayó a plomo sobre la acera.

Chandler la ayudó a ponerse de pie, con rápida y solícita cortesía. La muchacha rengueó hasta la pared de un edificio, se recostó contra ella y le agradeció recatadamente.

-Oreo que me he forzado la articulación del tobillo -dijo-. Se me torció al caer.

-¿Le duele mucho? -interrogó Chandler.

-Sólo cuando apoyo el peso del cuerpo. Creo que dentro de unos instantes podré caminar.

-Si puedo serle de alguna ayuda -sugirió el joven-, llamaré un coche, o...

-Gracias -dijo la muchacha, suave pero atentamente-. Estoy segura de que no necesitará molestarse más. He sido muy torpe. Y los tacos de mis zapatos son sencillamente comunes, de manera que no puedo culparlos.

Chandler miró a la joven y se percató de que atraía rápidamente el interés de él. Era bonita y refinada, y sus ojos reflejaban una expresión alegre y bondadosa. Estaba vestida sin lujo, con un traje negro, liso, que semejaba una especie de uniforme, como el que usan las empleadas de tienda. Su lustroso cabello castaño aparecía por debajo de un barato sombrero de paja negra, cuyo único adorno era una cinta de terciopelo y un moño. Podía haber posado como modelo de decorosa muchacha trabajadora del mejor tipo.

Una súbita idea surgió en la mente del joven arquitecto. Le pediría que cenara con él. Allí estaba el elemento de que carecían sus espléndidas, pero solitarias fiestas. Su breve lapso de elegante lujo sería doblemente agradable si agregaba la sociedad de una dama. Esta chica era una dama; él estaba seguro, pues sus maneras y sus palabras lo demostraban. Y, a pesar de su vestimenta extremadamente simple, el muchacho experimentaba la sensación de que se sentiría muy agradado de sentarse con ella.

Esas ideas desfilaron con prisa por su mente y decidió invitarla. Desde luego que era una infracción a las reglas de la etiqueta, pero a menudo muchachas trabajadoras renunciaban a formalidades de esa clase. Por lo general, eran astutos jueces de los hombres, y pensaban mejor acerca de sus propios juicios que de los inútiles convencionalismos. Los diez dólares del joven, gastados con discreción les permitirían cenar bien a ambos. La comida resultaría, sin duda, una maravillosa experiencia en la árida rutina de la vida de la joven, y su vivida apreciación agregaría a la de él triunfo y placer.

-Creo -dijo Chandler con franca gravedad- que sus pies requieren un descanso más prolongado del que usted juzga necesario. Le voy a sugerir una manera de proporcionárselo y, al mismo tiempo, hacerme un favor. Me dirigía a cenar solo a un restaurante cuando usted tropezó en la esquina. Venga conmigo, cenaremos cómodamente y mantendremos una agradable conversación; luego estoy seguro de que su tobillo la llevará a su casa tranquilamente.

La muchacha se apresuró a mirar el despejado y agradable rostro de Chandler. Parpadeó con vivacidad y luego sonrió ingenuamente.

-Pero no nos conocemos; no estaría bien, ¿no le parece! -dijo vacilante.

-Nada malo hay en ello -repuso el joven con candidez-. Permítame que me presente: Mr. Towers. Después de la cena, que trataré de que sea todo lo más agradable posible, le diré buenas noches o la acompañaré hasta la puerta de su casa, como usted lo prefiera.

-Pero, ¡Dios mío! -exclamó la chica echándole una ojeada a la impecable vestimenta de Chandler- ¡Con este traje y este sombrero viejos!

-No importa eso -dijo alegremente Chandler-. Estoy seguro de que queda más encantadora con ellos que con cualesquiera de las más complicadas vestimentas de noche que veamos.

-Todavía me duele el tobillo -admitió la muchacha intentando dar algunos pasos rengueando-. Creo que aceptaré su invitación, Mr. Chandler. Puede llamarme miss Marian.

-Vamos, entonces, miss Marian -dijo el joven arquitecto alegremente, pero con perfecta cortesía-. No tendrá que caminar mucho. En la próxima cuadra hay un restaurante respetable y bueno. Tendrá que apoyarse en mi brazo y caminar con lentitud. Cenar solo es muy triste. Estoy un poco contento de que se haya resbalado en el hielo.

Una vez que estuvieron bien establecidos en una mesa adecuadamente situada, con un prometedor mozo revoloteando para atenderlos, Chandler comenzó a experimentar la verdadera alegría que sus regulares salidas siempre le proporcionaban.

El restaurante no era tan lujoso o elegante como el que se hallaba unas cuadras más abajo, en Broadway, y al cual él siempre prefería concurrir; pero no estaba muy lejos de poseer aquellas cualidades. Las mesas hallábanse bien puestas, ocupadas por comensales de

próspero aspecto; había una buena orquesta, que ejecutaba con la suavidad necesaria para que la conversación constituyese un placer, y la cocina y el servicio Estaban más allá de toda crítica. La compañera de Chandler, aun cuando vistiera un traje y un sombrero tan baratos, mantenía un aire “que agregaba distinción a la natural belleza de su rostro y de su figura. Y es exacto que ella -de maneras animadas pero serenas y ojos azules, bondadosos y francos- miraba al joven con algo que no estaba lejos de la admiración.

Luego, la Locura de Manhattan, el Frenesí de Bullicio y Plumas, el Bacilo de la Jactancia, la Plaga Provincial de la Pose, apoderándose de Towers Chandler. Estaba en Broadway, rodeado de pompa y elegancia, y muchos ojos que lo miraban. En el escenario de esa comedia, había asumido el papel, de una noche, de una mariposa de elegancia y un holgazán de medios económicos y buen gusto. Estaba vestido para su papel y todos sus buenos ángeles no tuvieron el poder de evitar que lo desempeñara.

Por lo tanto, comenzó a charlar con miss Marian sobre clubes, tes, golf, cabalgatas, perreras, cotillones y excursiones al exterior, y dejó entrever que tenía un yate anclado en Larchmont. Advertía que ella estaba muy impresionada por esa charla vaga, de manera que apoyó su pose mediante casuales insinuaciones concernientes a grandes fortunas y mencionó de manera familiar algunos nombres que el proletariado reverencia. Era el breve día de Chandler y le estaba extrayendo el mejor jugo posible. Sin embargo, un par de veces, vio el oro puro de esa muchacha brillar a través de la niebla que su egotismo había levantado entre él y todos los objetos.

-Esa forma de vivir, a la que usted se refiere -dijo ella- me parece inútil y sin objeto. ¿No tiene usted ningún trabajo en el mundo que pueda interesarle más que eso?

-Mi querida miss Marian -exclamó el muchacho- ...¡trabajo! Piense en el trabajo de vestirse todos los días para cenar, de hacer media docena de visitas en una tarde, con un policía en cada esquina listo para saltar sobre su automóvil y llevarla a usted a la comisaría si marcha a mayor velocidad que un carromato tirado por un asno. Nosotros los holgazanes somos los que trabajamos más en el mundo.

Concluida la cena, el mozo se alimentó generosamente, y los dos comensales salieron hasta la esquina en que se habían encontrado. Miss Marian caminaba muy bien ahora; su renguera apenas se percibía.

-Gracias por el buen rato que me ha hecho pasar -dijo la muchacha con franqueza-. Ahora debo marchar rápido a casa. Me gustó muchísimo la cena, Mr. Chandler.

El joven le dio la mano, sonriendo cordialmente, y dijo algo respecto al bridge que jugaba en el club. La observó durante un momento; caminó algo aprisa rumbo al este y luego tomó un coche, que lo condujo lentamente hasta su casa.

En su habitación helada, despojóse de sus ropas de etiqueta, dándoles un descanso de sesenta y nueve días. Caminó pensativo en derredor

“Era una muchacha sorprendente -se dijo-. Apostaría a que es excelente, aunque tenga que trabajar. Quizá si le hubiera contado la verdad, en lugar toda esa charlatanería, podríamos..., pero ¡maldito sea! Tuve que ponerme a la altura de mis ropas”.

Así habló el valiente que nació y fue criado en las chozas de la tribu de los manhatans.

Después de abandonar a su anfitrión, la muchacha marchó aprisa hasta que llegó a una hermosa y atildada mansión, situada a dos cuadras hacia el este de la avenida que constituye la carretera de Mammón y los dioses auxiliares. Penetró en ella rápidamente y ascendió a una habitación en la cual una joven bonita, de impecable traje de entre casa, miraba con ansiedad por la ventana.

-¡Oh, calavera! -exclamó la muchacha mayor cuando la otra entró en la habitación-. ¿Cuándo vas a dejar de asustarnos en esta forma? Hace dos horas que te has ido con esos jirones de un traje viejo y el sombrero de Marie. Mamá está muy alarmada. Envió a Luis en el automóvil para que te buscara. Eres una traviesa y atolondrada chiquilla.

La muchacha mayor oprimió un botón e inmediatamente se hizo presente una mucama.

-Marie, dile a mamá que Marian ha regresado.

-No me regañes, hermana. Sólo fui a lo de Mme. Theo para decirle que le ponga al vestido un entredós color malva, en lugar de rosa. Mi vestimenta y el sombrero de Marie eran lo que yo necesitaba. Estoy segura de que todas me creyeron una empleada de tienda.

-Ya hemos terminado de cenar, querida; te demoraste demasiado.

-Lo sé. Me caí en la acera y me torcí el tobillo. No podía caminar, de manera que rengueé hasta un restaurante y me senté allí hasta sentirme mejor. Por eso demoré tanto.

Las dos muchachas sentáronse al lado- de la ventana, mirando las luces de fuera y las hileras de vehículos que marchaban aprisa por la avenida. La más joven colocó la cabeza sobre las faldas de su hermana.

-Algún día tendremos que casar -dijo en forma soñadora-. Tenemos tanto dinero que no se nos permitirá desagradar al público. ¿Quieres que te diga qué clase de hombre podría amar?

-Continúa, cabeza de chorlito -sonrió la otra.

-A un hombre de ojos azul obscuro y bondadoso, que sea cortés y respetuoso para con las muchachas pobres, buen mozo, bueno y que no trate de flirtear. Pero sólo podría amarlo si él tuviera alguna ambición, un objetivo, alguna obra por realizar en el mundo. No me importaría lo pobre que él fuese, si lo pudiera ayudar a abrirse camino. Pero, querida hermana, el tipo de hombre con el que siempre nos encontramos... -el hombre que vive una vida ociosa, que se desliza entre la sociedad y el club-; no me sería posible amar a un hombre semejante, aunque sus ojos fueran azules y se mostrasen siempre bondadosos hacia las muchachas pobres que encuentra en la calle.

Librodot

Por correo

By Courier

No era ni la estación ni la hora en que el parque se hallaba frecuentado; era muy posible que la joven que estaba sentada en uno de los bancos, al lado del camino, hubiera obedecido simplemente a un súbito impulso de sentarse un rato y gozar de antemano la llegada de la primavera.

Descansaba allí, pensativa y quieta. Cierta melancolía, que rozaba su semblante, debía ser de reciente data, pues aun no había alterado los finos y juveniles contornos de sus mejillas, ni dominado el arco picaresco, aunque resoluto, de sus labios.

Cerca de donde ella estaba sentada, apareció un joven que avanzó por el camino. Detrás de él marchaba un muchacho llevando una valija. Al ver a la joven, el rostro del hombre enrojeció, palideciendo luego. Mientras se acercaba, observó la cara de la muchacha con la ansiedad y la esperanza mezcladas en su expresión. Pasó a pocos metros, mas ella no dio muestra - alguna de percatarse de su presencia o enterarse de su existencia.

A unos cuarenta y cinco metros, se detuvo de súbito y sentó en un banco, a un costado. El muchacho dejó la valija y le clavó la mirada con sorprendidos, astutos ojos. El joven sacó el pañuelo y secóse la frente. Era un buen pañuelo, una frente bien formada y su dueño tenía un excelente aspecto. Luego, le dijo al muchacho:

-Deseo que le transmitas un mensaje a esa joven que está sentada en el banco. Exprésale que voy camino a la estación, para marchar a San Francisco, donde me uniré a la expedición de caza de antas en Alaska. Dile que, puesto que me ha ordenado que ni le hable ni le escriba, recurro a este medio de hacer un último llamado a su sentido de justicia, en aras de lo que ha sido. Que condenar y rechazar a una persona que no merece tal tratamiento, sin darle sus razones o brindarle la oportunidad de que se explique, es contrario a la naturaleza de ella, según yo la juzgo. Que, hasta cierto punto, he desobedecido así sus órdenes, esperando que pudiera inclinarse a hacer justicia. Ve y dile eso.

El joven deslizó medio dólar en la mano del muchacho. Este lo miró durante un momento con brillantes y sagaces ojos, desde su sucia e inteligente cara, y luego marchó a la carrera. Se aproximó, con cierta duda, pero sin embarazo, a la muchacha que estaba sentada en el banco. Se tocó la parte de atrás de la vieja gorra a cuadros de ciclista. La muchacha lo miró con frialdad, sin prejuicio ni favor.

-Señora -dijo-, ese caballero que está en el otro banco le envía a usted una canción y una danza por mi intermedio. Si usted no conoce al tipo y él está tratando de hacerse el fresco, dígamelo, y llamaré a un vigilante en tres minutos. Si realmente lo conoce usted, y es correcto, le transmitiré la sarta de cosas que le manda decir.

La muchacha demostró cierto interés.

-¡Una canción y una danza! -exclamó la joven con un tono decidido y dulce, que parecía envolver sus palabras en un diáfano manto de impalpable ironía-. Supongo que se trata de una nueva idea dentro de la especialidad de los trovadores. Yo... conocía al caballero que lo envió a usted, de manera que apenas me parece necesario llamar a la policía. Puede usted ejecutar su danza y su canción, pero sin elevar mucho la voz. Es demasiado pronto para realizar espectáculos de vaudeville al aire libre, por lo cual podríamos llamar la atención de la gente.

-Ah -dijo el muchacho con un encogimiento de hombros que recorrió la distancia de su estatura-, usted sabe a qué me refiero, señora. No es un acto de vaudeville; es un secreto. Me dijo que le dijera a usted que tiene los cuellos y los puños de las camisas en la mano, listos para disparar a Prisco19. Luego va a cazar pinzones de las nieves en el Klondike. Dice que usted le dijo que no le enviara más esquelas rosadas, ni se acercara al portón del jardín, y él emplea este medio de enterarla. Dice qué usted se refería a él como a algo pasado, sin haberle dado derecho al pataleo. Dice que usted le dio el olivo y nunca le dijo por qué.

El interés ligeramente despertado en la muchacha y reflejado en sus ojos, no disminuía. Quizá lo había suscitado la originalidad o la audacia del cazador de pinzones de las nieves

[19] San Francisco. – N. del T.

para enredar en esa forma las expresas órdenes de ella contra el empleo de los medios ordinarios de comunicación. Fijó los ojos en una estatua parada, desolada, en el descuidado parque, y le habló al transmisor:

-Dígale al caballero que no necesito repetirle la descripción de mis ideales. El sabe cuáles fueron y cuáles son todavía. En lo que concierne a ellos en este caso, la lealtad y la verdad absolutas son de primerísima importancia. Dígale que he estudiado mi propio corazón tan bien como a uno mismo le es posible hacerlo y conozco sus debilidades, así como sus necesidades. Por eso decliné prestar atención a sus ruegos, sea cuales fueren. No lo condeno por oídas o pruebas dudosas, y es por eso que no formulo cargos. Pero, puesto que insiste en oír lo que conoce muy bien, puede usted transmitirle la cuestión.

"Dígale que esa noche entré en el conservatorio por la puerta trasera, con el objeto de cortar una rosa para mi madre.

Que los vi a él y a miss Ashburton debajo de la rosa adelfa. El cuadro vivo era lindo, pero la pose y la yuxtaposición demasiado elocuentes y evidentes para requerir explicación. Abandoné el conservatorio y, al mismo tiempo, la rosa y mi idea. Puede usted llevarle esa canción y esa danza a su empresario".

-Tengo reparo en cuanto a una palabra, señora. Yux... yux... explíquemela, ¿quiere?

-Yuxtaposición, o puede usted decir también proximidad o, si le agrada, estando demasiado cerca para que una conserve la posición de un ideal.

Las piedras giraban debajo de los pies del muchacho, que se paró al lado del otro banco. Los ojos del hombre lo interrogaban sediento. Los del muchacho brillaban con el celo impersonal del traductor.

-La señora dice que sostiene que las muchachas son presa fácil cuando los tipos cuentan historias de fantasmas y tratan de fingir, y que por eso no atenderá charlas falsas. Dice que lo sorprendió a usted abrazando a una muchacha en un invernáculo. Ella se estiró para cortar unas flores y usted estaba abrazando a la otra muchacha en gran forma. Dijo que el cuadro tenía lindo aspecto, perfecto, perfecto, pero la puso furiosa. Dice que es mejor que usted se ocupe en ir a tomar el tren.

El joven emitió un largo silbido y sus ojos chispearon con una súbita idea. Sus manos se hundieron en el bolsillo interno de su saco, del que extrajo un manojo de cartas. Eligió una, que le entregó al muchacho, seguida de un dólar que sacó del bolsillo del chaleco.

-Entrégale esta carta a la señorita -dijo- y pídele que la lea. Dile que ella explicará la situación. Dile que, si hubiera mezclado un poco de confianza en su concepción del ideal, se habrían evitado muchos dolores de cabeza. Que la lealtad que ella tanto estima nunca ha vacilado. Que espero una contestación.

El mensajero se presentó frente a la muchacha.

-El caballero dice que se lo ha cargado sin motivo. Dice que no es un holgazán y, señora, lea usted la carta y le aseguro que es un buen tipo.

La joven desdobló el papel con cierta duda y lo leyó.

"Estimado doctor Arnold:

Le estoy muy agradecido por su bondadosa y oportuna ayuda prestada a mi hija, el viernes por la noche, cuando ella fue presa de un ataque de su vieja afección al corazón en el conservatorio, en la recepción de Mrs. Waldron. Si usted no hubiera estado cerca para sostenerla mientras caía y para prestarle la atención requerida, podríamos haberla perdido. Me sentiría contento si nos visitara y emprendiese el tratamiento de su caso.

Agradecidamente suyo,

Robert Ashburton. "

La joven dobló la carta y se la entregó al muchacho.

-El caballero desea una contestación -dijo el mensajero- ¿Qué le digo?

Los ojos de la muchacha relampaguearon rápidamente, brillantes, sonrientes y húmedos.

-Dígale al tipo que está sentado en ese banco -dijo con una risa feliz y trémula- que esta muchacha lo desea.

El breve debut de Tildy

The Brief Début Of Tildy

Si no conoce el “Bogle’s Chop House and Family Restaurant”, usted es el que pierde, pues si es usted uno de los felices mortales que comen en restaurantes caros debiera interesarse en saber cómo consume alimentos la otra mitad de la población. Y, si pertenece usted a la mitad de la población para la cual las fichas del mozo constituyen cosas del momento, debería usted conocer el restaurante de Bogle, pues allí, por su dinero, le dan a usted el verdadero valor de su dinero... en cantidad por lo menos.

El restaurante de Bogle está situado en esa carretera de la bourgeoisie, en ese boulevard de los Brown-Jones-y-Robinson: la Octava avenida. En el salón se eslabonan dos hileras de mesas, seis de ellas en cada una. En cada una de las mesas hay una aceitera que contiene frascos de condimentos. Del frasco de la pimienta puede usted extraer, sacudiéndolo, una nube de algo insulso y melancólico, como tierra de un volcán. Del salero no puede usted esperar obtener nada. Aunque un hombre logre extraer una corriente sanguinaria del descolorido nabo, su proeza será obstaculizada cuando desee arrancar un grano de sal a los saleros de Bogle. Hay también sobre cada una de las mesas una imitación de la benigna salsa hecha ‘‘ según la receta de un noble de la India”.

En la caja se sienta Bogle, frío, sórdido, lento, latente, y recibe el dinero. Detrás de una montaña de mondadientes, le da a usted el cambio, llena las adiciones y le expele a usted, como un sapo, una palabra acerca del tiempo. Es mejor que usted no se aventure más allá de una corroboración de su observación meteorológica, pues usted no es amigo de Bogle; es un comensal, un cliente transitorio, y usted y él pueden no volver a encontrarse hasta que suene la trompeta de Gabriel de la cena. Por consiguiente, reciba usted el cambio y váyase... al diablo si quiere. Tales son los sentimientos de Bogle.

Dos muchachas y una Voz atendían las necesidades de los clientes de Bogle. Una de las jóvenes se llamaba Aileen; era alta, bonita, vivaz, graciosa y burlona. ¿Su apellido? En el restaurante de Bogle no se necesitaba más el apellido que lo que se requería el bowl para lavarse las manos.

La otra muchacha se llamaba Tildy. ¿Por qué sugiere usted Matilde? Por favor, escuche bien esta vez: Tildy... Tildy. Tildy era regordeta, de rostro franco y demasiado ansiosa de agradar para agradar. Repita usted para sí la última cláusula una o dos veces y conozca el duplicado infinito.

En lo de Bogle, la Voz era invisible. Provenía de la cocina y no brillaba por su originalidad. Era una Voz pagana y se contentaba con la vana repetición de las exclamaciones emitidas por las mozas, concernientes a la comida,

¿Se cansaría usted si le dijera de nuevo que Aileen era bonita? Si ella hubiera gastado algunos cientos de dólares en ropas, se hubiese unido al desfile de Pascua Florida y usted la hubiera visto, se habría apresurado a decirlo.

Los clientes de Bogle eran sus esclavos. Le era posible atender seis mesas al mismo tiempo. Las personas que estaban apuradas reprimían su impaciencia por la simple alegría de contemplar su figura graciosa y de ágiles movimientos. Las que terminaban de comer, agregaban algún otro plato a su menú con el objeto de continuar a la luz de sus sonrisas.

Aileen podía cambiar airosamente ironías con una docena de personas al mismo tiempo. Y cada sonrisa que lanzaba, alojábase, como perdigones surgidos de una escopeta, en muchos corazones. Y, mientras tanto, realizaba sorprendentes hazañas con pedidos de cerdo y habas, asaderas con carne, jamón, salchichas y sopas, y cualquier cantidad de cosas en utensilios y cacerolas, hacia arriba y hacia un lado. Con todas estas suntuosidades, este coqueteo y el alegre intercambio de agudezas, el restaurante de Bogle estaba muy cerca de ser un salón en el que Aileen hacía las veces de madame Récamier.

Si los que frecuentaban ocasionalmente el restaurante sentíanse fascinados por Aileen, los que lo hacían con regularidad eran sus adoradores, y entre muchos de éstos existía verdadera rivalidad. Aileen habría podido tener un compromiso por la noche. Dos veces por

semana, por lo menos, alguno la llevaba a un teatro o a un baile. Un fornido caballero, a quien ella y Tildy habían bautizado con el apodo de “El cerdo”, le obsequió un anillo de turquesa. Otro, llamado “Descocado” y que manejaba el carro de reparaciones de la Traction Company, le regalaría un perro de lanas en cuanto su hermano consiguiera el contrato de acarreo en la Novena avenida. Y el hombre que comía siempre costillas de cerdo y espinaca, y decía que era bolsista, la invitó a Parsifal.

-No sé dónde queda ese sitio -le contestó Aileen mientras conversaba con Tildy-, pero tendré que tener el anillo de compromiso antes de dar una puntada en un traje de viaje, ¿no te parece ? Bueno, ¡ así lo creo!

Pero, ¡Tildy!...

En el restaurante de Bogle, lleno de vapor, charlas y olor a repollo, se desarrollaba por lo menos una tragedia sentimental. Tildy, con su nariz roma, su cabello color paja, su cutis pecoso, su figura de bolsa de papas, nunca había tenido un admirador. Ningún hombre la seguía con la mirada mientras ella iba y venía en el restaurante, y, cuando lo hacían, sus ojos chispeaban por la comida como bestias hambrientas. Ninguno le hablaba alegremente, con coquetos intercambios de agudezas. Ninguno la bromeaba en voz alta, como lo hacían con Aileen, acusándola cuando los huevos tardaban en llegar, de haberse demorado en compañía de envidiados cortejadores. Nadie le había regalado jamás un anillo de turquesa ni la había invitado a efectuar un viaje al misterioso y lejano Parsifal.

Pero Tildy servía bien, de manera que los clientes la toleraban. Los que se sentaban a su mesa le hablaban lacónicamente, haciendo breves citas extraídas de la lista del menú, y luego levantaban sus voces con acentos almibarados, y también condimentados, de manera elocuente a la agradable Aileen. Se retorcían en sus sillas para buscar en derredor la inminente figura de Tildy, que la pulcritud de Aileen podría sazonar y convertir en ambrosía el tocino y los huevos.

Sin embargo, Tildy sentíase contenta de ser la fregona no cortejada, si Aileen podía recibir las lisonjas y los homenajes. La nariz roma era leal para con la griega. Era amiga de Aileen y experimentaba satisfacción al verla dominar corazones y distraer la atención de los hombres del humeante pastel de carne y del merengue de limón. Pero profundamente debajo de nuestras pecas y nuestros cabellos color paja, el más mal parecido de nosotros sueña con un príncipe o una princesa, no como sustituto, sino para nosotros especialmente.

Cierto día, Aileen fue a trabajar con los ojos ligeramente magullados, y la solicitud de Tildy era casi suficiente para curar cualquier ojo.

-La otra noche -explicó Aileen-, mientras iba para casa, al llegar a la calle Veintitrés y la Sexta avenida, un tipo fresco, que caminaba aprisa, se detuvo y me hizo una invitación. Lo rechacé fríamente y se fue, pero me siguió hasta la Dieciocho y volvió a insinuarse. ¡Caramba!, pero le di una buena en la mejilla. Entonces él me la contestó en el ojo. ¿Se nota mucho, Til? No me agradaría que me viera Mr. Nicholson, cuando venga a las diez a tomar el té con tostadas.

Tildy escuchaba con suspensa admiración el relato de la aventura, pues nunca hombre alguno había tratado de seguirla. A cualquier hora del día le era posible salir sin correr riesgo alguno. ¡Qué felicidad debía ser la de que un hombre la siguiera y le pusiese un ojo negro por amor!

Entre los clientes del restaurante de Bogle se hallaba un joven llamado Seeders, que trabajaba en un lavadero. El hombre era delgado, de cabello claro, y parecía recién lavado y almidonado. Era demasiado tímido para aspirar a que Aileen lo advirtiese, de manera que con frecuencia sentábase a una de las mesas atendidas por Tildy, donde se consagraba a la merluza silenciosa y hervida.

Un día, Mr. Seeders llegó a cenar y había bebido cerveza. En el restaurante, se hallaban tan sólo dos o tres parroquianos. Al terminar de comer su merluza, se puso de pie, abrazó a Tildy, la besó ruidosa y descaradamente, salió a la calle, castañeteó los dedos en dirección al

lavadero y marchó aprisa para echar unos centavos en la máquina automática del Amusement Arcade.

Durante algunos instantes, Tildy quedó petrificada. Luego cobró conciencia de que Aileen agitaba hacia ella un arqueado dedo índice y le decía:

-¡Caramba, Til, qué muchacha picara! ¡Te estás poniendo terrible, miss Picarona! Me parece que me vas a robar alguno» de mis tipos. Tendré que tener cuidado con usted, señora.

Pero surgió otra cosa más en los sentidos recuperados de Tildy. En un instante, se convirtió, de desesperada y humilde admiradora, en .colega de la potente Aileen. Ahora era una encantadora de hombres, un blanco para Cupido, una Sabina que debía ser recatada cuando los romanos asistieran a sus banquetes. El hombre había hallado alcanzable su cintura y sus labios deseables. El precipitado y erótico Seeders había realizado para ella, por así decirlo, una milagrosa obra de un día de trabajo del lavadero. Había tomado la arpillera de la falta de gracia de la muchacha, la había lavado, secado, almidonado y planchado, devolviéndosela a su linón bordado: el manto de la propia Venus.

Las pecas del rostro de Tildy se mezclaron con un rosado sonrojo. Ahora, Circe y Psique atisbaban desde sus avivados ojos. Ni siquiera Aileen había sido abrazada y besada públicamente en un restaurante.

Tildy no podía mantener el delicioso secreto. Cuando mermó el trabajo, se dirigió al escritorio de Bogle. Le brillaban los ojos y trató de que sus palabras no tuvieran acento de orgullo y jactancia.

-Un caballero me ha insultado hoy -dijo la muchacha-. Me abrazó y besó.

-¿Es cierto? -interrogó Bogle, abriendo de un golpe su armadura comercial-. Desde la semana próxima ganará usted un dólar más.

A la hora de la próxima comida, cuando Tildy apareció ante los clientes con quienes tenía relación, les dijo modestamente a cada uno de ellos, como alguien cuyos méritos no requieren alardes:

-Hoy me insultó un caballero en el restaurante. Me abrazó y besó.

Los comensales recibían la revelación en diferentes formas: unos, con incredulidad; otros, felicitándola, y otros, por fin, dirigieron hacia ella la corriente de chanzas que hasta entonces habían encauzado en dirección a Aileen. A Tildy se le hinchó el corazón en el pecho, pues, al fin, veía elevarse las torres del Romance desde el horizonte de la gris planicie por la cual ella había transitado durante tanto tiempo.

Por dos días, Mr. Seeders no volvió al restaurante. Durante ese lapso, la moza se estableció con firmeza como una mujer a la que se podía cortejar. Compróse unas cintas y se arregló el cabello como lo hacía Aileen, apretándose la cintura tres centímetros. Abrigaba un conmovedor aunque delicioso temor de que Mr. Seeders irrumpiera en el negocio y le disparase un tiro. Pues debía haberla amado en forma desesperada, y los amantes impulsivos son ciegamente celosos.

Ni siquiera Aileen había sido herida con una pistola. Y entonces Tildy deseó que el hombre no la hiriera, pues ella era siempre leal y no deseaba eclipsar a su amiga.

Mr. Seeders se presentó al tercer día, a las 16. Las mesas no estaban ocupadas todavía. En el fondo del comercio, Tildy llenaba los frascos de mostaza y Aileen cortaba pasteles. Mr. Seeders se dirigió hacia donde estaban las mujeres.

Tildy levantó la vista y lo vio; tragó saliva y presionó la cuchara de la mostaza contra su corazón. Tenía una cinta roja en sus cabellos; usaba la divisa de las Venus de la Octava avenida: el collar de cuentas azules con el simbólico corazón de plata colgando.

Mr. Seeders hallábase sonrojado y aturdido. Hundió una mano en el bolsillo del saco y la otra en un pastel recién hecho.

-Miss Tildy -dijo-, quiero disculparme por lo que hice la otra noche. Le diré la pura verdad: estaba bebido, pues de otro modo no lo habría hecho. Si hubiera estado sobrio no habría cometido semejante acto con una dama. Espero, pues, miss Tildy, que acepte mis

disculpas, y le aseguro que no habría hecho lo que hice si hubiese tenido conciencia de mis actos y no hubiera estado bebido.

Luego de haber presentado esa cortés disculpa, Mr. Seeders dio media vuelta y se alejó con la certidumbre de haber ofrecido satisfacciones.

Pero, detrás de un tabique conveniente, Tildy se lanzó sobre una mesa entre restos de manteca y tazas de café, sollozando amargamente, regresando de nuevo a la gran, planicie gris, donde transitan las mujeres de nariz roma y cabello color paja. Rompió la vincha roja con que sujetaba sus cabellos y la tiró al suelo. Despreciaba absolutamente a Seeders; había recibido su beso como el de un príncipe explorador y profético que podría haber hecho funcionar los relojes y los pajes en la tierra de las hadas. Pero el beso había sido dado por un beodo y sin intención; la corte no se había agitado ante la falsa alarma; ella debía permanecer por siempre siendo la Bella Durmiente.

Sin embargo, no estaba todo perdido. Aileen la rodeó con sus brazos y la mano roja de Tildy permaneció crispada entre los restos de manteca, hasta que sintió el cálido apretón de la de su amiga.

-No te lamentes, Til -dijo Aileen, que no entendía del todo la situación-. Ese cara de nabo, broche de ropa, de Seeders, no lo merece. No tiene nada de caballero, pues de otro modo no se habría disculpado nunca.

El Código Calloway

Calloway’s Code

El Enterprise de Nueva York envió a H. B. Calloway como corresponsal al teatro de operaciones de la guerra rusojaponesa.

Durante dos meses Calloway anduvo vagando por Yokohama y Tokio, jugando a los dados con los otros corresponsales por las copas; la verdad es que no se ganaba el salario que le pagaba su diario. Pero la culpa no era de Calloway. Los hombrecitos morenos que sostenían en sus dedos los hilos del destino no estaban dispuestos a sazonar el desayuno de los lectores del Enterprise con batallas de los descendientes de los dioses.

Pero pronto la columna de corresponsales que había de salir con el Primer Ejército se ajustó las correas de los binóculos y fue hasta orillas del Yalú con Kuroki. Calloway estaba entre ellos.

No nos proponemos referir la batalla del río Yalú, la cual ya fue relatada en detalle por los corresponsales que contemplaron los anillos de humo formados por la granadas desde tres millas de distancia. Pero, sea dicho en honor de la verdad, lo cierto es que el comandante japonés les prohibió que se acercaran más.

Calloway realizó su hazaña antes de la batalla; y el consistió en ofrecer al Enterprise la noticia más sensacional de la guerra. Su diario publicó en forma exclusiva y con lujo de detalles la noticia del ataque a las líneas del general ruso Zassulich el mismo día en que tuvo lugar. Ninguno otro diario publicó una palabra al respecto antes de dos días después, con la sola excepción de un diario londinense cuya crónica era absolutamente falsa.

Calloway logró cumplir la proeza a pesar de que el general Kuroki desplazaba a sus soldados y concebía sus planes dentro del más profundo secreto, y del hecho de que sobre los corresponsales recaía la prohibición de despachar noticias sobre tales planes, hasta el punto de que todo mensaje pasaba por una censura rígidamente severa.

El corresponsal del diario londinense envió un despacho en que se puntualizaban los planes de Kuroki y, como era falso de punta a cabo, el censor hizo una mueca y lo dejó pasar.

Pues bien, allí estaban enfrentados Kuroki, de un lado del Yalú, con cuarenta y dos mil soldados de infantería, cinco mil de caballería y ciento veinticuatro cañones. En la otra orilla acampaba Zassulich y lo esperaba con nada más que veintitrés mil soldados que, por añadidura, debían defender una larga extensión del río. Calloway llegó a obtener cierta importante información confidencial que, lo sabía, haría reunir a todo el personal del Enterprise en torno del cable que la anunciara. Si sólo pudiera disfrazar el mensaje para que el censor no advirtiera su contenido... Había llegado un nuevo censor, quien se había hecho cargo del puesto aquel mismo día.

Calloway hizo lo que suele hacerse en semejantes circunstancias. Encendió la pipa y se sentó a pensar en la cureña de un cañón. Dejémoslo allí, pues el resto de la historia pertenece a Vesey, un cronista del Enterprise que ganaba dieciséis dólares por semana.

A las cuatro de la tarde el secretario general del Enterprise recibió el cable. Lo leyó tres veces; luego sacó un espejo de bolsillo de una casilla del escritorio, y se puso a mirar atentamente sus reflejos. Luego fue hasta el escritorio de Boyd, su ayudante (habitualmente llamaba a Boyd cuando lo necesitaba) y puso ante éste el telegrama.

-Es de Calloway -dijo-. Vea qué puede sacar en limpio.

El mensaje estaba fechado en Wi-ju y contenía las siguientes palabras:

“Asunto preconcertado temeraria culpanicargo sinprevio alfilodela fidedigno rumor aguerrido favorito oficialista infortunado sorpresivo actuales línea en acérrimo nieblavisibilidad bruta influyente nohaypalabraspara azarosos viajero supina incontrovertible.”

Boyd lo leyó dos veces.

-Es un mensaje cifrado, o Calloway se pescó una insolación -dijo.

-¿Ha habido alguna vez un código, un código secreto en esta oficina? -preguntó el secretario general, que solamente hacía dos años que desempeñaba tal cargo. Los secretarios generales suelen cambiarse con frecuencia.

-El único que ha habido es el de la jerga de la página de modas -dijo Boyd-. ¿No será un acróstico!

-Ya pensé en eso -dijo el secretario general-, pero no pude formar ninguna palabra. Por fuerza ha de estar escrito en código.

-Tratemos de formar grupos -sugirió Boyd-. Veamos: “temeraria culpanicargo”... ¡vaya con la dama!; ¡temeraria e inocente!; “fidedigno rumor aguerrido”..., ¡vaya con el rumor, qué sólido es!; “viajero supina incontrovertible”... no, no sale nada. Llamaré a Scott.

El secretario de redacción llegó al punto y probó suerte. Un secretario de redacción debe saber algo sobre todas las cosas, y por eso Scott poseía conocimientos rudimentarios de la escritura cifrada.

-Acaso sea lo que se conoce con el nombre de código de alfabeto invertido -dijo-. Haré la prueba.

Scott trabajó rápidamente con el lápiz por espacio de dos minutos; partiendo de la cantidad de letras repetidas formó un código, reemplazando las que figuraban más veces por aquellas letras que, según el espíritu del idioma, aparecen con mayor frecuencia.

Luego mostró la primera palabra, con arreglo al lectura: “scejtez”.

-¡Estupendo! -exclamó Boyd-. Es una charada. La primera palabra es el nombre de un general ruso. ¡Adelante, Scott!

-No, no da resultado -dijo el secretario de redacción-. Indudablemente, se trata de un código. Es imposible leerlo sin la clave. ¿Empleó alguna vez la redacción un código?

-Eso es lo que yo preguntaba -dijo el secretario general-. Que vengan todos los que puedan saber algo al respecto. Hemos de descifrar de cualquier modo el mensaje. Evidentemente, Calloway nos envía una noticia muy importante y, para burlar al censor, ha debido valerse de este galimatías.

Desde todas las dependencias del Enterprise fue llegando gente a la redacción que, por razón de su sabiduría, información, inteligencia natural o largos años de servicio pudiera saber algo de un código, pasado o presente. Formaron un apiñado grupo en cuyo centro se hallaba el secretario general. Nadie había oído hablar de un código. Cada cual comenzó a explicar al jefe que los diarios jamás se valen de códigos o, por lo menos, jamás envían mensajes cifrados. Desde luego, la Associated Press emplea una suerte de código, pero esta es más bien una abreviación antes que...

El secretario general sabía todo aquello y así lo dijo. Preguntó a cada uno de los reunidos cuánto hacía que trabajaba en el diario. Ninguno de ellos había recibido el sobre semanal del Enterprise desde hacía más de seis años.

Y hacía doce años que Calloway estaba en el diario.

-Probemos con el viejo Heffelbauer -dijo el secretario general-. Ya trabajaba aquí cuando Parle Row era un baldío.

Heffelbauer era un institución. Era medio portero, medio ordenanza y medio sereno. Lo enviaron a buscar y apareció irradiando inequívocamente su nacionalidad. -Heffelbauer -dijo el secretario del general-, ¿oyó hablar alguna vez de un código perteneciente a la redacción hace mucho tiempo... un código privado? Usted sabe lo que es un código, ¿no es cierto?

-Sí -dijo Heffelbauer-. Claro que sé lo que es un código -añadió con fuerte acento alemán-. Sí, hace unos doce o quince años la oficina tenía un código. Los redactores lo tenían aquí, en la redacción.

-¡Ah! -dijo el secretario general-. Ya estamos sobre la pista. ¿Dónde lo guardaban, Heffelbauer?

-A veces -dijo el alemán- lo ponían allí, en el cuartito que queda atrás de la biblioteca.

-¿Podría usted encontrarlo? -preguntó ansiosamente el secretario general-. ¿Sabe usted dónde está?

-¡Mein Gott! -exclamó Heffelbauer-. ¿Cuánto cree usted que puede vivir una cabra? Los redactores la tenían como mascota. Pero un día le dio un topetazo al director y...

-¡Oh!, habla de una cabra -dijo Boyd-. Váyase, Heffelbauer.

Otra vez desconcertados, los redactores del Enterprise concentraron sus talentos en el enigma que les proponía Calloway, considerando en vano sus misteriosas palabras.

Entonces llegó Vesey.

Vesey era el cronista más joven. Era una especie de pigmeo, pero su resplandeciente traje de tela escocesa le confería una atildada presencia y lo ponía siempre en primer plano. Se colocaba el sombrero de tal modo que la gente lo seguía para verlo cuando se lo sacaba, convencida de que debía colgar de un taco oculto entre el abundante pelo de la nuca. Jamás se desprendía de un bastón inmenso, nudoso, de dura madera, con un casquillo plateado en el puño curvo. Vesey escribía siempre sus propias notas, excepto las de mucha importancia, de las que se encargaba un redactor. Añádase a este hecho el que entre todos los habitantes, templos y bosques sagrados de la tierra nada existía que pudiera confundir a Vesey y se tendrá un pálido esbozo de su personalidad.

Vesey se abrió paso en el círculo de lectores del criptograma de modo muy semejante al que hubiera empleado el “código” de Heffelbauer, y preguntó de qué se trataba. Alguien se lo explicó, con el dejo de condescendencia semifamiliar que todos empleaban con él. Vesey llegó al centro del círculo y tomó el cable de las manos del secretario general. Bajo la protección de alguna Providencia especial, continuamente hacía cosas aterradoras como esa y siempre salía ileso.

-Es mensaje cifrado -dijo Vesey-. ¿Alguien tiene la clave?

-La oficina no tiene código -dijo Boyd, alargando la mano para coger el mensaje. Pero Vesey lo retuvo.

-Esto quiere decir que el viejo Calloway espera que lo descifremos -dijo-. Ha pescado algo bueno y se las ha ingeniado para burlar al censor. ¡Caramba! ¿Por qué no me habrán mandado con él? Pero... no podemos fallarle. “Asunto preconcertado culpanicargo sinprevio”. ¡Ejem!

Vesey se sentó en el ángulo de una mesa y comenzó a silbar suavemente, mirando con el ceño fruncido el cable.

-Démelo, por favor -dijo el secretario general-. Tenemos que descifrarlo.

-Creo que ya descifré una línea -dijo Vesey-. Déme diez minutos.

Avanzó hacia su escritorio, arrojó él sombrero en el cesto de los papeles, se echó boca abajo en el escritorio como un vistoso lagarto y comenzó a escribir. La flor y nata de la sabiduría del Enterprise permaneció en un grupo apartado; reían entre sí y echaban significativas miradas hacia Vesey. Luego comenzaron a cambiar ideas sobre el mensaje.

Vesey trabajó durante quince minutos, y luego llevó al secretario general una hoja de papel donde estaba escrita la clave del código.

-Apenas lo vi, olí de qué se trataba -dijo Vesey-. ¡Viva el viejo Calloway! Burló a los japoneses y asestó un golpe a todos los diarios que se van en comentarios y no dan noticias. Mire esto.

Vesey había dado a cada una de las palabras del mensaje una equivalencia:

asunto,- concluido
preconcertado - arreglo
temeraria - acción
culpanicargo - sin previo - aviso
alfilodela - medianoche
fidedigno - informe
rumor - dice
aguerrido -ejército
favorito - caballo
oficialista - mayoría

infortunado - peatón
sorpresivo - ataque
actuales - condiciones
líneaen - blanco
acérrimo - enemigo
nieblavisibilidad - escasa
bruta - fuerza
influyente - falso
nohaypalabraspara-describir
azarosos - tiempos
viajero - corresponsal
supina - ignorancia
incontrovertible - hecho

-Es simplemente el lenguaje periodístico -explicó Vesey-. Hace bastante que trabajo en el Enterprise para conocerlo de memoria. El viejo Calloway nos da una o dos palabras de las expresiones generalmente usadas por el periodismo y todo lo que tuve que hacer es completarlas con las palabras que faltaban. Léanse ahora las dos columnas y se verá cómo las palabras que están en la misma línea encajan perfectamente y forman modos de decir periodísticos. Ahora bien, este es el mensaje que quiso transmitirnos.

Vesey presentó otra hoja de papel:

Concluido arreglo para actuar sin aviso a medianoche. El informe dice que un ejército de caballería y una fuerza abrumadoramente superior de infantería atacará. Condiciones blancas. El enemigo dispone de escasas fuerzas. Es falsa la descripción del 'Times'. Su corresponsal ignora los hechos.

-¡Diablos! -exclamó Boyd, excitado-. Kuroki cruza esta noche el Yalú y ataca. ¡Hundiremos a todos los rivales!

-Mr. Vesey -dijo el secretario general con su modo condescendiente- ha hecho usted una reflexión profunda sobre los usos literarios del diario que lo emplea. Asimismo su concurso ha sido decisivo para que podamos ofrecer a nuestros lectores la noticia más sensacional del año. Dentro de dos o tres días le haré saber si decidimos despedirlo o retenerlo en la redacción con mayor salario. Que alguien busque a Ames.

Ames era la estrella más brillante en el firmamento de redactores del Enterprise. Veía tentativas de asesinato en los cólicos provocados por manzanas verdes, ciclones en el céfiro estival, niños perdidos en cada pilluelo que vagaba por las calles, un levantamiento de las masas pisoteadas cada vez que alguien lanzaba una papa podrida contra un automóvil. Cuando no redactaba para el diario, Ames sentado en la galería del frente de su chalet de Brooklyn, jugaba a las damas con su hijo de diez años.

Ames y el "redactor bélico" se encerraron en un cuarto. Contra la pared había un mapa lleno de alfileres que representaban los ejércitos y las divisiones. Durante días sus dedos habían sentido el irresistible impulso de mover aquellos alfileres a lo largo de la línea curva del Yalú. Y eso hicieron ahora; con palabras de fuego Ames trasladó el breve mensaje de Calloway a la primera página del diario, primera página que resultó una obra maestra comentada por todo el mundo. Refirió lo tratado en los consejos secretos de los oficiales japoneses; transcribió íntegros los encendidos discursos de Kuroki; dio los números exactos de los soldados de caballería y de infantería, sin olvidar ni un solo infante ni un solo caballo; describió la rápida y silenciosa construcción del puente en Suikauchen, a través del cual las legiones del Mikado se lanzaron sobre el sorprendido general Zassulich, cuyas tropas estaban dispersas a lo largo del río. ¡Y la batalla!... Bien podrá imaginar el lector qué puede hacer Ames con una batalla apenas le den un hilillo de humo en qué fundarla. Y en el mismo relato, con un conocimiento de los hechos aparentemente sobrenatural, censuró alegremente al más serio diario de Inglaterra por la información falsa y equívoca sobre los movimientos del Primer Ejército Japonés, aparecida en la edición de la misma fecha.

Sólo se deslizó un error, y de él fue culpable el operador telegráfico de Wi-ju. Calloway lo señaló cuando volvió a Nueva York. Las palabras “líneaen” del mensaje debieron ser “líneade”, con su palabra complementaria “batalla”. Pero Ames recibió en el mensaje las palabras “condiciones blancas” y, desde luego, entendió que se trataba de una tormenta de nieve. Su descripción de la lucha librada por el ejército japonés en medio de la tormenta de nieve cegado por los densos y remolineantes copos, fue espeluznantemente vivida. Los dibujantes realizaron algunas ilustraciones eficaces, cuadros notables en que se veía la artillería arrastrando los cañones por el hielo. Pero, como el ataque tuvo lugar el primero de mayo, las “condiciones blancas” no dejaron de provocar sonrisas divertidas. De todos modos, el éxito del Enterprise fue rotundo.

Fue algo estupendo. Y Calloway también estuvo estupendo cuando le hizo creer al nuevo censor que aquella retahila de palabras sólo expresaba una queja por la falta de noticias y una petición de nuevos envíos de dinero. Vesey también estuvo estupendo. Pero las más estupendas son las palabras, así como estupendo es el modo en que traban amistad unas con otras, y a mal nudo se enlazan de tal suerte que ni siquiera las noticias necrológicas las separan.

A los dos días de la publicación del ataque, el secretario de redacción se detuvo ante el escritorio de Vesey, donde el cronista escribía la historia de un hombre que se había quebrado una pierna al caer en una carbonera. Ames no había logrado hallar en el hecho un motivo de crimen.

-El viejo le aumentó el salario a veinte dólares por semana -dijo Scott.

-Muy bien -dijo Vesey-. Algo es algo. Dígame... Mr. Scott, ¿qué expresión le gusta más: “Estamos en condiciones de afirmar sin temor a equivocarnos” o “En general, puede aseverarse con certeza”?

El sueño (o Murray tuvo un sueño)

The Dream

La psicología vacila cuando intenta explicar las aventuras de nuestro mayor inmaterial en sus andanzas por la región del sueño, “gemelo de la muerte”. Este relato no quiere ser explicativo: se limitará a registrar el sueño de Murray. Una de las fases más enigmáticas de esa vigilia del sueño, es que acontecimientos que parecen abarcar meses o años, ocurren en minutos o instantes.

Murray aguardaba en su celda de condenado a muerte. Un foco eléctrico en el cielo raso del comedor iluminaba su mesa. En una hoja de papel blanco una hormiga corría de un lado a otro y Murray le bloqueaba el camino con un sobre. La electrocutación tendría lugar a las nueve de la noche. Murray sonrió ante la agitación del más sabio de los insectos.

En el pabellón había siete condenados a muerte. Desde que estaba ahí, tres habían sido conducidos: uno, enloquecido y peleando como un lobo en una trampa; otro, no menos loco, ofrendando al cielo una hipócrita devoción; el tercero, un cobarde, se desmayó y tuvieron que amarrarlo a una tabla. Se preguntó como responderían por él su corazón, sus piernas y su cara; porque ésta era su noche. Pensó que ya casi serían las nueve.

Del otro lado del corredor, en la celda de enfrente, estaba encerrado Carpani, el siciliano que había matado a su novia y a los dos agentes que fueron a arrestarlo. Muchas veces, de celda a celda, habían jugado a las damas, gritando cada uno la jugada a su contrincante invisible.

La gran voz retumbante, de indestructible calidad musical, llamó:

-Y, señor Murray, ¿cómo se siente? ¿Bien?

-Muy bien, Carpani -dijo Murray serenamente, dejando que la hormiga se posara en el sobre y depositándola con suavidad en el piso de piedra.

-Así me gusta, señor Murray. Hombres como nosotros tenemos que saber morir como hombres. La semana que viene es mi turno. Así me gusta. Recuerde, señor Murray, yo gané el último partido de damas. Quizás volvamos a jugar otra vez.

La estoica broma de Carpani, seguida por una carcajada ensordecedora, más bien alentó a Murray; es verdad que a Carpani le quedaba todavía una semana de vida.

Los encarcelados oyeron el ruido seco de los cerrojos al abrirse la puerta en el extremo del corredor. Tres hombres avanzaron hasta la celda de Murray y la abrieron. Dos eran guardias; el otro era Frank -no, eso era antes- ahora se llamaba el reverendo Francisco Winston, amigo y vecino de sus años de miseria.

-Logré que me dejaran reemplazar al capellán de la cárcel -dijo, al estrechar la mano de Murray.

En la mano izquierda tenía una pequeña biblia entreabierta.

Murray sonrió levemente y arregló unos libros y una lapicera en la mesa. Hubiera querido hablar, pero no sabía que decir. Los presos llamaban a este pabellón de veintitrés metros de longitud y nuevo de ancho, Calle del Limbo. El guardia habitual de la Calle del Limbo, un hombre inmenso, rudo y bondadoso, sacó del bolsillo un porrón de whisky, y se lo ofreció a Murray diciendo:

-Es costumbre, usted sabe. Todos lo toman para darse ánimo. No hay peligro de que se envicien.

Murray bebió profundamente.

-Así me gusta -dijo el guardia-. Un buen calmante y todo saldrá bien.

Salieron al corredor y los siete condenados lo supieron. La Calle del Limbo es un mundo fuera del mundo y si le falta alguno de los sentidos, lo reemplaza con otro. Todos los condenados sabían que eran casi las nueve, y que Murray iría a su silla, a las nueve. Hay también, en las muchas calles del Limbo, una jerarquía del crimen. El hombre que mata abiertamente, en la pasión de la pelea, menosprecia a la rata humana, a la araña, y a la serpiente. Por eso solo tres saludaron abiertamente a Murray, cuando se alejó por el corredor, entre los guardias: Carpani y Marvin que al intentar una evasión habían matado a un guardia,

y Bassett, el ladrón que tuvo qeu matar porque un inspector, en un tren, no quiso levantar las manos. Los otros cuatro guardaban humilde silencio.

Murray se maravillaba de su propia serenidad y casi indiferencia. En el cuarto de las ejecuciones había unos veinte hombres, entre empleados de la cárcel, periodistas y curiosos que...

[Aquí en medio de una frase, “El Sueño” quedó interrumpido por la muerte de O. Henry. Sabemos sin embargo el final: Murray, acusado y convicto del asesinato de su esposa, enfrentaba su destino con inexplicable serenidad. Lo conducen a la silla eléctrica, lo atan. De pronto, la cámara, los espectadores, los preparativos de la ejecución, le parecen irreales. Piensa que es víctima de un error espantoso. ¿Por qué lo han sujetado a esa silla? ¿Qué ha hecho? ¿Qué crimen ha cometido? Se despierta: a su lado están su mujer y su hijo. Comprende que el asesinato, el proceso, la sentencia de muerte, la silla eléctrica, son parte de un sueño. Aún trémulo, besa en la frente a su mujer. En ese momento, lo electrocutan.

La ejecución interrumpe el sueño de Murray.]

El Águila Negra

The Passing of Black Eagle

Durante algunos meses de cierto año un ceñudo bandido infestó la ribera del Río Grande, del departamento de Texas. El célebre merodeador, bautizado con el remoquete de El Águila Negra, fue durante aquel tiempo terror de la ribera. Muchas son las historias horripilantes que recuerdan sus hazañas y las de su cuadrilla. Repentinamente, en el transcurso de un solo minuto, el bandido desapareció, como si se le hubiese tragado la tierra, sin que ni sus propios compañeros pudieran adivinar su misteriosa desaparición. En los ranchos y establecimientos de la ribera se temía que apareciese de nuevo para saquear las viviendas; pero nada de esto ocurrió; para ello se publica esta narración, para descubrir la suerte de El Águila Negra.

El movimiento inicial de la historia se debe al pie de un tabernero de San Luis. Su ojo experto fijóse en un vagabundo que se hallaba comiendo con avidez; un hombre de larga y afilada nariz como el pico de un ave; conocido por Ruggles el Tragapollos; mote que le cuadraba a las mil maravillas porque realmente tragaba más bien que comía, sobre todo si se trataba de aves de corral, manjar de su predilección, que, como todos los demás, tenía costumbre de no pagar.

Convienen los médicos en que la mezcla de líquidos con las viandas es una costumbre antihigiénica; la higiene de los salones promulga lo contrario. Tragapollos no había olvidado de pedir bebida con que remojar la comida, y trató de añadir el importe del líquido a la deuda de las viandas; pero el tabernero dio la vuelta al mostrador, y, cogiendo a Tragapollos por una oreja, con un prensalimones, le condujo hasta la puerta, y de un puntapié le lanzó en medio de la calle.

Allí volvió el vagabundo a la realidad de la vida, a pensar en el crudo invierno que se aproximaba. La noche era fría, las estrellas brillaban con fulgor poco amable, y la gente caminaba apresuradamente por las aceras, formando dos compactas hileras. Los hombres iban envueltos hasta las orejas en confortables abrigos, y Tragapollos pudo apreciar en toda su magnitud la dificultad, cada vez mayor, de hacerse con una cartera abotonada en el bolsillo interior del chaleco y guardada por aquellas prendas defensivas. Había llegado la hora de trasladar su residencia al Sur, según tenía por costumbre en aquella época del año.

Un muchachito de unos cinco o seis años de edad miraba con ojos codiciosos el escaparate de una confitería. En una de sus manitas llevaba un frasco vacío y con la otra sujetaba nerviosamente una moneda cuyos cantos bruñidos brillaban a la luz del escaparate. La escena ofrecía a Tragapollos un campo de operaciones muy apropiado a su talento y osadía, y luego de echar una ojeada al horizonte para asegurarse de que no se hallaba a la vista ningún delegado de la autoridad, lanzóse insidiosamente sobre su presa. El niño, a quien los autores de sus días habían aleccionado para que no se dejase sorprender y mirase con extrema desconfianza toda obra altruista, recibió con frialdad aquella obertura.

Tragapollos comprendió tenía que dar uno de esos desesperados capucetes en la especulación, cosa que la fortuna exige de aquellos que tratan de ganar sus favores. Como todo su capital no pasaba de cinco céntimos tenía que correr el riesgo de perderlos contra la ocasión de hacerse con cuanto encerraba la apretada y regordeta mano del muchachito. Sabía Tragapollos que la jugarreta era horrible, pero tenía que realizarla estratégicamente, puesto que le causaba indecible terror el verse forzado a robar a un niño a viva fuerza.

Una vez, acosado por el hambre, trató de arrebatar de manos de un pequeñuelo, ocupante de un cochecito en un parque público, una botella de alimento peptonizado; pero la criaturita oprimió con tal fuerza la botella y abrió la boca con tal prontitud, que acudieron rápidamente en su ayuda, y Tragapollos fue encarcelado durante un mes. Desde entonces, como él decía, le escamaban los niños.

Así, pues, comenzó por preguntar habilidosamente al niño qué dulces eran los que más le gustaban, y, gradualmente, fue arrancándole la información que deseaba. Su mamá le había encargado pidiese en la droga diez céntimos de paregórico y que se lo echasen dentro del

frasco; además le había dicho que apretase bien la mano en que llevaba el dólar, que no se parase a hablar en la calle con persona alguna, y que le pidiese al droguero le envolviera los cambios del dólar y los ocultase en uno de los bolsillos del pantalón. En efecto, tenía bolsillos. ¡Dos nada menos!

Al chico le gustaban los bombones de chocolate. Tragapollos penetró en la confitería decidido a dar el primer capucete, e invirtió todo su capital en mercancías, simplemente para suavizar algo el gran riesgo a que iba a exponerse. Entregó los dulces al niño y tuvo la satisfacción de notar que entre ambos se había establecido la confianza. Después de esto lo demás era cosa fácil: conducir al niño de la mano hasta una hermosa droguería que en aquella misma manzana había. Al llegar allí, Tragapollos, con aire paternal, cogió el dólar, penetró en la tienda y pidió el medicamento, cosa que alegró al muchachito por verse relevado de la responsabilidad de la compra. En aquel instante el afortunado granuja tropezó en uno de sus bolsillos con un ancho botón perteneciente a algún gabán de invierno y, envolviéndolo cuidadosamente, introdujo el ostensible cambio en el bolsillo del pantalón del confiado niño. Encaminó al chico hacia su casa, y golpeándole benévolamente en la espalda (pues Tragapollos tenía un corazón blando como la pluma de sus homónimos) despidióse de él, habiendo realizado un beneficio de 1.700 por 100 sobre su capital invertido.

Dos horas más tarde salía un tren de mercancías con destino a Texas. En una jaula de ganado, medio enterrado entre las virutas de empaquetar, se acomodó Tragapollos. Junto a 61 colocó un saquito de papel con pan y queso, y un frasquito de detestable whisky. Mister Ruggles en su carruaje particular caminaba hacia el Sur, donde decidiera pasar la temporada invernal.

Durante una semana el coche fue arrastrado hacia el Sur, desenganchado y vuelto a enganchar, pero Tragapollos no abandonó su escondite sino para saciar su hambre y su sed. Sabía que más tarde o más temprano llegaría a aquella región ganadera, y San Antonio, corazón de la región, era su cuartel de invierno. Allí el aire era sano y suave, y los moradores, indulgentes y sufridos. Allí no se vería arrojado a puntapiés de las tabernas; todo lo más que podría ocurrirle es que los taberneros protestasen airadamente si sus comidas eran largas y frecuentes. Allí se disfruta una perpetua primavera, las plazas eran agradabilísimas durante la noche y había música y alegría; salvo en las infrecuentes noches frías podía dormirse confortablemente fuera de puertas.

En Texarkana engancharon su vagón a otro tren, y en él continuó su viaje hasta que, por fin cruzó el Puente Colorado de Austin y tomó la recta que conduce a San Antonio.

Cuando el tren se detuvo en esta población, Tragapollos estaba profundamente dormido. A los diez minutos el convoy partió de nuevo para Laredo, término del recorrido. Las jaulas se distribuían en distintos puntos de la línea para que los ranchos embarcasen los ganados.

Cuando Ruggles despertó, su vagón estaba parado; asomóse y vio que era una hermosa noche de luna. Saltó a tierra y percibió que su coche, con otros tres, se hallaba en una línea muerta y en un terreno yermo y solitario. Junto a la vía se alzaban una choza y una telera. La línea férrea cruzaba extensa pradera, en el centro de la cual, Tragapollos, con su sencilla casa rodante, se hallaba tan completamente embarrancado como lo estaba Robinson con su bote. Un poste blanco se alzaba junto a los carriles y en su extremo superior se leía: «S. A. 90». Era la distancia a que se hallaba de allí Laredo; le separaban unas cien millas de la población más próxima. Los coyotes comenzaron a gañir en aquel mar misterioso que le rodeaba, y Tragapollos se sintió solo. Había vivido en Boston, sin educación; en Chicago, sin nervio; en Filadelfia, sin albergue donde dormir; en Nueva York, sin dar un pique, y en San Petersburgo había sido sobrio; pero en ninguno de esos puntos hablase sentido tan solitario como entonces.

Repentinamente rompió el intenso silencio de la noche el relincho de un caballo. El sonido llegaba a él desde el extremo de vía que daba al Este, y Ruggles comenzó a explorar temerosamente en aquella dirección. Caminó durante largo tiempo sobre la hierba, temeroso de tropezar con culebras, ratas, bandidos, ciempiés, espejismos, vaqueros, tarántulas y

tamales, cosas que había leído existían en aquellos eriales. Al dar vuelta a un grupo de punzantes cacahuetes que blandían amenazadores sus fantásticas ramas de alineadas cabecitas redondas, fue atacado de un miedo estremecedor al escuchar un resoplido y un ruido atronador; eran producidos por un caballo que a su vez se espantó; y después de correr unos cincuenta metros se puso a pastar tranquilamente. Esta era una de las cosas que Ruggles no temía en aquel desierto. Se había criado en un potrero, había manejado caballos y los conocía, y además era jinete.

Acercóse al animal despacio y hablándole suavemente; el caballo, después de su primera carrera, parecía estar más aquietado. Ruggles cogió el cabo del largo ramal que se extendía sobre la hierba y poco trabajo le costó hacer con él una especie de bozal a la manera que lo hacen los mejicanos. A los pocos momentos se halló a caballo, dejando que el animal galopase libremente, a su antojo. «A algún sitio me conducirá», se dijo Ruggles.

Aquella rápida carrera por la extensa pradera y a la luz de la luna hubiese constituido para cualquiera una diversión; no así para Tragapollos, que no estaba en ánimo de divertirse. Su cabeza le atormentaba dolorosamente y sentía una sed abrasadora; en el punto a que su cabalgadura pudiera llevarle tropezaría con alguna imprevista y funesta aventura.

Notó el jinete que el caballo había tomado una dirección definida; que corría, como una flecha, en dirección del Este. Aunque los montecillos, los arroyos y los impracticables espinos le hacían desviarse de su ruta, el animal volvía a su camino, guiado por su fino instinto. Por fin, al llegar al pie de una suave pendiente, dejó el galope y continuó a paso de paseo. A un tiro de piedra se divisaba un grupo de árboles, tras del cual se alzaba un «jacal», tal como los mejicanos construyen estos albergues, de una sola pieza, con unos pies derechos jaharrados con barro y con techumbre de hierbas. Un ojo experto hubiera adivinado que aquella construcción era una avanzadilla de un pequeño rancho de ganado. A la luz de la luna se veía que el suelo de aquella corraliza estaba pulverizado por las pisadas de los carneros. Aquí y allá se descubrían desparramados cuerdas, bridas, monturas, pieles de cordero, sacos de lana, pesebreras y camastros de campo. Cerca de la puerta y junto a un carro había un barril con agua potable. Las guarniciones se apilaban desordenadamente sobre el pescante del vehículo, cubiertas de rocío.

Ruggles echó pie a tierra y ató el caballo a un árbol. Llamó repetidas veces, pero la casa continuó en silencio. Como la puerta estaba abierta, penetró con precaución y pudo apreciar, a pesar de la poca luz, que no había en la casa ser viviente. Sacó cerillas y encendió una lámpara que descansaba sobre una mesa. La única pieza de que se componía la vivienda parecía ser la de un ranchero soltero que tuviera satisfechas las necesidades de su vida. Ruggles escudriñó el aposento inteligentemente hasta tropezar con un jarro que todavía contenía una buena parte de su bebida predilecta.

Media hora después, Tragapollos, con el aspecto hostil de un gallo de pelea, salió de la casa con paso incierto y transformado su vestuario con el equipaje del ranchero ausente. Llevaba puestos unos pantalones bastos, de dril obscuro, y una especie de chaqueta corta; calzaba botas altas y espuelas, que resonaban estrepitosamente al andar. Como complemento de su indumentaria se había ceñido un cinto de cuero, del que pendían dos pistoleras con dos enormes revólveres de seis tiros.

Recorrió los alrededores de la casa y encontró mantas, bridas y montura, con las que ensilló y aparejó su cabalgadura; montó a caballo y se alejó de allí silbando a todo pulmón una canzoneta desentonada.

* * *

La banda de Bud King, compuesta de hombres desesperados, ladrones de ganado, rudos y fieros, se hallaba acampada en un sitio seguro de la ribera del Frío. Sus lamentables correrías por la tierra del Río Grande, aún no siendo peores que las realizadas usualmente, habían puesto en movimiento la compañía del capitán Kinney, que recorría aquellos contornos en su persecución. Consecuentemente, Bud King, que era un general experto, en vez de apresurarse en su cometido, como era deseo de su gente, permaneció algún tiempo en el

Librodot

espinoso valle del Frío. Aquella lenta y prudente manera de obrar, no incompatible con la reconocida bravura de Bud, sembró discusiones entre los miembros de su banda; y mientras permanecieron inactivos y faltos de gloria en la espesura del valle, se discutió el acierto de Bud King en la dirección de aquella batida, si bien lo hicieron a puerta cerrada. Era la primera vez que la pericia y eficacia de sus planes fueron discutidas y criticadas; los sentimientos de la banda cristalizaban en la opinión de que El Águila Negra podía guiarles con más brillantez, provecho y distinción. Este Águila, titulado El Terror de la Ribera, hacía tres meses que era individuo de la cuadrilla.

Una noche, mientras se hallaban acampados junto a la aguada de San Miguel, se precipitó sobre ellos un jinete solitario. El recién llegado era hombre de aspecto portentosamente devastador. Su corta y larga nariz, en forma de pico, destacaba sobre sus cerradas patillas de un negro azulado. Sus ojos eran fieros y cavernosos. Calzaba botas altas y espuelas, iba cubierto con un ancho sombrero, bien armado, abundantemente borracho y sin asomo de miedo. Contadas personas de la tierra que riega el Río Grande hubieran osado irrumpir así en el campamento de Bud King; pero aquel pajarraco llegó a él temerariamente, y hasta tuvo el atrevimiento de pedirle provisiones de boca.

La hospitalidad en aquellas praderas es ilimitada; aunque vuestro enemigo sea quien la demande, es una obligación alimentarle antes de que le levantéis la tapa de los sesos; estáis obligados a vaciar vuestra despensa antes que vuestra cartuchera. Así, pues, el desconocido de desconocidas intenciones se dio un banquete en toda regla.

Era un pajarraco charlatán que contó las más maravillosas historias y exploraciones en un lenguaje que, si no era siempre claro, no carecía de colorido. Fue una sensación nueva para los hombres de Bud King, quienes rara vez tropezaban con tipos nuevos. Escuchaban deleitados sus vanagloriosas alabanzas, su extraño y pintoresco léxico, su satisfecha familiaridad con la vida, el mundo y sus más remotos lugares, y la extravagante franqueza con que demostraba sus sentimientos.

Para aquel huésped la banda de ladrones no era sino una congregación de patanes con los que él hubiera sido capaz de hacer una cuerda mientras les contara sus andanzas a la puerta de una granja para amenizar una merienda. Y en efecto, su ignorancia tenía la disculpa de que la gente maleante del Sudoeste no es extremosa; aquellos bandoleros podían muy bien confundirse con rústicos pacíficos reunidos para cualquier otra cosa inocente. De maneras sencillas, rebosantes de alegría, sin proferir gritos y vestidos humildemente, nadie podía adivinar en ellos señal alguna que delatase sus desesperadas correrías y sus temidas hazañas. El resplandeciente desconocido fue festejado durante dos días y después, de común acuerdo los de la banda, fue invitado a formar parte de ésta. Consintió en ello, alistándose con el pomposo nombre de El Capitán Montressor, que fue acatado por todos, si bien se le aplicó el remoquete de Piggy, como complemento a su terrible e insaciable apetito.

De este modo recibió la ribera de Texas al bandolero más aparatoso que jamás pisara sus chaparrales.

Durante los tres meses siguientes Bud King condujo sus asuntos en la forma acostumbrada, evitando encuentros con las fuerzas gubernamentales y contentándose con beneficios razonables. La banda hacía alguna escapatoria para proveerse de buenas monturas y de pequeños rebaños que transportaban desde el lado opuesto del Río Grande para provecho propio. Con frecuencia penetraban en las pequeñas aldeas y estados mejicanos, aterrorizando a sus habitantes y haciéndose con cuanto precisaban para su sustento y municionamiento. Estas correrías fueron las que dieron más fama al terrible y feroz Piggy, más renombre y más gloria que el que otros desesperados de aspecto tristón pudieron alcanzar en toda su vida.

Los mejicanos, más impuestos en nomenclatura, le bautizaron primeramente con el nombre de El Águila Negra, y con él asustaban a los díscolos pequeñuelos, relatándoles historias del famoso bandido, que solía llevarse los niños malos sujetos por su pico enorme. Pronto se extendió el nombre y El Águila Negra, El Terror de la Ribera, se hizo un factor reconocido en los reportajes exagerados de los periódicos y en las charlas de los ranchos.

El terreno comprendido entre los ríos Nueces y Grande era una estrecha faja, de vegetación lujuriosa y salvaje, que servía de pasto a los ganados. Los habitantes eran escasos y el pastoreo libre; la ley no tenía fuerza y los piratas hallaron poca oposición, hasta que la banda del garrido Piggy dio motivo para que marchase sobre ella la fuerza que mandaba Mc Kinney. Comprendió Bud King que aquella persecución llevaba aparejada con ella una guerra sin cuartel o una disolución temporal de su gente. Recapacitando que todo riesgo era innecesario, condujo a sus hombres a un sitio inasequible de las márgenes del Frío, donde, como ya hemos dicho, comenzó el disgusto entre ellos y premeditaron procedimientos en contra de su jefe, pensando substituirle con El Águila Negra. Bud King no desconocía estos secretos manejos y llamó aparte a su lugarteniente Taylor para discutir el asunto.

-Si los muchachos no están satisfechos de mí, estoy pronto a marcharme. Están descontentos con mi modo de proceder, especialmente porque trato de evitar que les ahorquen o que pasen el resto de su vida en una mazmorra y se rebelan y dicen que no soy bueno -dijo Bud King.

-No se debe tanto a eso como a que están entusiasmado con Piggy; sin duda, prefieren aquellas patillas y su afilada y corva nariz para que corte el aire a la cabeza de la banda.

-Yo no veo en Piggy nada asombroso; nunca he apreciado un destello que justifique la elevación a ese grado. Es un buen jinete y tiene maña para el saqueo, pero no he tenido ocasión de verle metido en fuego. Ya sabes, Cactus, que desde que está con nosotros no hemos combatido. Piggy es apto para degollar cabritos y desvalijar un almacén de víveres; reconozco que se pinta solo para comerse una fábrica de quesos; pero... ¿qué apetito tendrá para pelear? He conocido muchos ciudadanos que parecían comerse los niños crudos y a la primera dosis de plomo que les administraron padecieron un mal caso de dispepsia.

-Él relata los zafarranchos en que ha sido actor: que los elefantes le parecen conejos y las aves de rapiña gorriones.

-Ya lo sé -replicó Bud, usando el tono escéptico de su lugarteniente-; pero me suena que...

Esta conversación tuvo lugar cierta noche en que ocho individuos de la banda rodeaban una hoguera en el campamento mientras cenaban. Cuando Bud y Cactus cesaron de hablar, oyeron la formidable voz de Piggy que chanceaba con los compañeros, sin dejar de comer a dos carrillos, pero sin lograr saciar su descomunal apetito.

-¿Qué se saca con cabalgar durante millas y millas para hacerse con unas ternerillas? -decía Piggy-. Eso no tiene fin práctico. ¡Correr entre esos matorrales para sufrir una sed que no podrían apagar todas las cervecerías del país! ¡Decid! ¿Sabéis lo que yo haría si fuese jefe de esta banda? Pues asaltaría un tren; volaría un expreso y sacaría mucho dinero, mientras ahora no sacáis ni agua. Me aburro aquí; esta mezquina diversión me da asco.

Algo más tarde fue una comisión a hablar con Bud; permanecieron indecisos, masticando ramitas de mezquite, por no encontrar forma de expresar su pensamiento sin herir los sentimientos del jefe. Bud comprendió la situación y les allanó el camino. Lo que deseaban era correr mayores riesgos y obtener mayor provecho.

La sugestión de Piggy de asaltar un tren había inflamado sus imaginaciones, llenándolas de admiración hacia su franco y rudo instigador. Eran tan simples, tan desmeñados y rutinarios salteadores, que jamás pensaron en rebasar sus costumbres de desvalijar almacenes y disparar sobre los que se aventuraban a intervenir en contra de sus correrías.

Bud convino con su gente en ocupar un segundo puesto en la cuadrilla hasta que El Águila Negra diese pruebas de merecer el puesto de jefe.

Después de largas consultas, de estudiar los horarios y de discutir la topografía del terreno, se decidió la hora y el punto en que habían de llevar a efecto su nuevo plan. Por aquel entonces había en Méjico gran escasez de ganado y de géneros alimenticios en ciertas regiones de los Estados Unidos y el tráfico internacional era activo.

Se remitían grandes cantidades de dinero por el ferrocarril que unía las dos Repúblicas y convinieron en que el punto mejor para dar el golpe era Espina, pequeña estación situada

cuarenta millas al norte de Laredo. El tren paraba allí un minuto; el terreno era yermo y deshabitado y la estación se componía de una sola casa, donde vivía un agente.

La banda partió de noche en aquella dirección y cuando llegaron a las proximidades de Espina dieron descanso a los caballos durante todo el día en una espesura cercana.

El tren tenía la llegada a las diez y treinta de la noche; podían desvalijar el convoy y estar de vuelta en la ribera mejicana con su botín al amanecer del siguiente día.

A decir verdad, El Águila Negra no daba señales de desmayo ante el cargo que se le había conferido; designó los respectivos puestos que debía ocupar cada hombre y les explicó sus deberes cuidadosamente. Cuatro hombres debían permanecer ocultos entre los chaparros, a cada lado de la vía. Gotch–Ear Rodgers debía hacerse cargo del agente; Bronco Charlie quedaría con los caballos preparados para la huida. En el sitio calculado para que parase la máquina debían ocultarse Bud King a un lado y El Águila Negra al otro; ambos obligarían al maquinista y fogonero a detenerse y les forzarían a seguir el viaje una vez cometido el robo. Nadie debería abandonar su puesto hasta que oyesen un disparo. El plan era perfecto.

Diez minutos antes de la llegada del tren todos estaban en sus puestos, ocultos entre el chaparral que llegaba hasta los mismos carriles. La noche era obscura y calmosa, impregnada con la humedad que despedían las voladoras nubes que flotaban sobre el golfo. El Águila Negra se ocultó tras una mata, a corta distancia de la vía. Llevaba al cinto dos revólveres de seis tiros y a intervalos bebía de un frasco que ocultaba en uno de sus bolsillos.

A lo lejos apareció la luz de la cabeza del tren, que se acercaba con creciente ruido; la locomotora llegó hasta donde se hallaban ocultos aquellos dos desesperados, lanzando silbidos y deslumbradores reflejos, como un monstruo vengativo que viniese a hacerles justicia. El Águila Negra se pegó más al suelo. La máquina, al contrario de lo que había calculado, en vez de hacer alto entre él y Bud King, aun corrió unas cuantas yardas.

El cabecilla de la banda se incorporó y dio vuelta a la mata. Todos sus hombres permanecieron quietos en espera de la señal. Opuesto al sitio donde se hallaba El Águila Negra, vio algo que llamó su atención: en vez de un tren regular de viajeros era un mixto. Ante él había un vagón cuya puerta estaba ligeramente abierta; se acercó y la abrió más. Hirió su olfato un olor húmedo, rancio, familiar, intoxicador; un olor que traía a su memoria recuerdos alegres de pasados días y de memorables viajes. El Águila Negra aspiró aquel aroma encantador, como el aventurero que vuelve a su hogar aspira el aroma de las flores que se cimbrean ante la puerta. Se apoderó de 61 la nostalgia, introdujo la mano en el vagón y palpó las virutas de empaquetar, secas, rizadas, suaves, incitadoras, que cubrían el suelo. En el exterior, la niebla se había convertido en lluvia menuda.

Sonó la campana; el bandido desabrochó su cinto y lo arrojó al suelo con los revólveres; después tiró las espuelas y su sombrero de anchas alas. El tren partió con una trepidación atronadora; el ex Terror de la Ribera trepó hasta el vagón y cerró la puerta tras sí, acomodándose entre las virutas, oprimiendo el negro frasco contra su pecho, con los ojos entornados y dibujando sus terribles facciones una alegre sonrisa.

Ruggles el Tragapollos emprendió su viaje de vuelta.

Sin que la banda de salteadores que cercaban el tren, ocultos entre la maleza, lo impidiese, emprendió éste la marcha; los bandidos quedaron inmóviles esperando la señal convenida para atacar el convoy. Cuando éste tomó velocidad y los chaparrales cruzaban veloces ante su vista, el mensajero del tren encendió su pipa y se asomó a la ventanilla, exclamando sentidamente:

-¡En verdad que el sitio es ideal para un asalto!

La venganza de Cisco Kid

The Caballero's Way

Cisco Kid20 había matado a seis hombres en pendencias más o menos honestas, había asesinado a dos mejicanos, y había dejado inútiles a otros muchos, a los cuales, modestamente, no se preocupó en contar. Por consiguiente, una mujer le amaba.

Cisco Kid tenía veinticinco años y aparentaba veinte; y una compañía de seguros celosa de su dinero hubiera calculado la probable fecha de su muerte fijándola alrededor de los veintiséis años. Se movía en una zona situada entre el Frío y el Río Grande. Mataba por afición... porque estaba de mal humor... para evitar que le detuvieran... para divertirse... Había escapado de la captura porque podía disparar ocho décimas de segundo antes que cualquier sheriff o ranger21 de servicio, y porque montaba un caballo ruano que conocía al dedillo todas las vueltas y revueltas de los caminos, incluso de los de cabras, desde San Antonio a Matamoras.

Tonia Pérez, la muchacha que amaba a Cisco Kid, era medio Carmen, medio Madona, y el resto -¡Oh, sí! Una mujer que es medio Carmen y medio Madona puede ser siempre algo más-, el resto era colibrí. Vivía en un jacal22 con techo de ramas cerca de un pequeño poblado mejicano en el Lone Wolf Crossing, del Frío. Con ella vivía un padre o abuelo, un descendiente de los aztecas, que tenía por lo menos mil años, pastoreaba un centenar de cabras y se pasaba la mayor parte del tiempo borracho, por culpa del mescal23. Detrás del jacal se extendía un inmenso bosque. A través de su espinosa espesura, el ruano llevaba a Kid a visitar a su novia. Y en cierta ocasión, trepando como una lagartija hasta el tejado de ramas, Kid había oído a Tonia, con su rostro de Madona y su belleza de Carmen y su alma de colibrí, hablar con el sheriff, negando conocer a su hombre en su dulce mezcolanza de inglés y castellano.

Un día, el ayudante general del Estado, que es, ex officio, comandante de las fuerzas de rangers, escribió unas sarcásticas líneas al capitán Duval, de la Compañía X, estacionada en Laredo, acerca de la tranquila existencia que llevaban los asesinos y "desperados"24 en el territorio del susodicho capitán.

La tez del capitán adquirió el color del ladrillo al leer aquellas líneas y se las remitió, con unos comentarios de cosecha propia, al teniente Sandridge, que estaba acampado en las inmediaciones del Nueces con un escuadrón de cinco hombres para mantener el orden y hacer cumplir la ley.

El teniente Sandridge enrojeció intensamente, se metió la carta en el bolsillo y masticó uno de los extremos de sus largos bigotes.

A la mañana siguiente ensilló su caballo y se dirigió, solo, al poblado mejicano del Lone Wolf Crossing, que se hallaba a veinte millas de distancia.

Con sus seis pies de estatura, rubio como un vikingo, calmoso como un diácono, peligroso como una ametralladora, Sandridge fue de jacal en jacal en busca de noticias acerca de Cisco Kid.

Mucho más que a la ley, los mejicanos temían la fría y segura venganza del jinete solitario por el cual se interesaba el ranger. Uno de los pasatiempos de Kid había consistido en

---

[20] El personaje de Cisco Kid está inspirado en el famoso William Booney, alias *Billy el Niño*. Vivió por la misma época y tenía mucha relación con los mejicanos. *(N. del T.).* Asimismo, el personaje de este relato dio origen a una célebre tira de cómic, dibujada por el argentino José Luis Salinas, que más tarde sería trasladada a la pequeña pantalla. En ambos casos, el protagonista adopta un origen hispano, al contrario que en el original de O'Henry.

[21] En Estados Unidos, el sheriff es el principal encargado de hacer efectivas las medidas para aplicar la ley, man tener la tranquilidad pública y poner en práctica las resolu ciones judiciales. El ranger, en cambio, es el funcionario a quien se encomienda la vigilancia en zonas alejadas, espe cialmente en las tierras fiscales. (N. de la T.)

[22] Choza mejicana de adobe. (N. del T.)

[23] Bebida sacada de los cactos. (N. del T.)

[24] Corrupción de "desesperados", nombre que se daba a los forajidos. (N. del T.)

disparar contra los mejicanos “para verles patalear”: y si había hecho aquello para divertirse, ¿qué no sería capaz de hacer con alguien que provocara su furor? Uno a uno, los mejicanos fueron encogiéndose de hombros, llenado el aire de “¿Quién sabe?” y negando conocer a Cisco Kid.

Pero había un hombre llamado Fink, que tenía una tienda en el Crossing..., un hombre de muchas nacionalidades, lenguas, intereses y modos de pensar.

-Es inútil que les pregunte a los mejicanos -le dijo a Sandridge-. Tienen miedo. Ese hombre, al que llaman el Kid -su verdadero nombre es Goodall, ¿no?-, ha estado en mi tienda un par de veces. Creo que sé cómo podría atraparle usted..., pero no sería prudente por mi parte decírselo: tardo un par de segundos más en sacar el revólver de lo que tardaba antes, y el hecho merece ser tenido en cuenta tratándose de Cisco Kid. Lo que puedo decirle es que tiene una novia medio mejicana en el Crossing, y viene a verla con cierta frecuencia. Vive en el jacal que está a un centenar de yardas del arroyo, en el lindero del bosque. Tal vez ella... no, supongo que no lo haría; pero, de todos modos, el jacal sería un excelente lugar para vigilar.

Sandridge se dirigió al jacal de Pérez. El sol estaba bajo, y la sombra de los grandes árboles cubría ya el tejado de ramas de la choza. Las cabras estaban encerradas para pasar la noche en una especie de corral construido con estacas junto a la cabaña. Unos cuantos chiquillos jugueteaban por los alrededores. El viejo mejicano estaba tendido en una manta sobre la hierba, atiborrado de mescal, soñando, quizás, en las noches en que él y Pizarro habían brindado por el Nuevo Mundo. Y en la puerta del jacal estaba Tonia, en pie. El teniente Sandridge, sin apearse de su montura, se quedó mirándola fijamente.

Cisco Kid, al igual que todos los eminentes y afortunados asesinos, era una persona vanidosa. Su orgullo habría sufrido un rudo golpe de haber sabido que, con un simple intercambio de miradas, dos personas, en cuyas mentes estaba él desde hacía mucho tiempo, le olvidaban por completo (al menos momentáneamente).

Tonia no había visto nunca un hombre como aquél. Parecía estar hecho de rayos de sol, piel sonrosada y agua clara. Al sonreír pareció iluminar la sombra de los árboles, como si hubiera vuelto a salir el sol. Los hombres que ella había conocido eran bajitos y morenos. Incluso Kid, a pesar de sus hazañas, no era mucho más alto que ella, con un pelo negro y liso y un rostro tan frío como el mármol.

En cuanto a Tonia, tenía el pelo de color negro azulado y unos ojos enormes y llenos de la melancolía latina que le conferían su aspecto de Madona. Sus movimientos revelaban el fuego oculto y el deseo de agradar que había heredado de las gitanas españolas. Lo que de colibrí había en ella moraba en su corazón; no podía percibirse a menos que su brillante falda roja y su blusa azul le recordaran a uno aquel pájaro.

El recién llegado pidió un vaso de agua. Tonia se lo sirvió de la jarra roja colgada de una rama, a la sombra. Sandridge estimó necesario descabalgar para hacer menos embarazosa la situación.

No hago de espía; ni pretendo conocer los pensamientos de cualquier corazón humano; pero afirmo, con mi derecho de cronista, que antes de que hubiera transcurrido un cuarto de hora, Sandridge le estaba enseñando a Tonia a tejer una cuerda con fibras vegetales y Tonia le había explicado a Sandridge que, de no haber sido por el pequeño libro inglés que su peripatético padre le había regalado y por el pequeño chivo tullido, se hubiera sentido muy sola.

Lo cual conduce a la sospecha de que las defensas de Kid necesitaban una reparación, y de que el sarcasmo del ayudante general había caído sobre un terreno improductivo.

En su campamento, el teniente Sandridge anunció y reiteró su intención de acabar con las andanzas de Cisco Kid, abatiéndole sobre las praderas del Frío o arrastrándole a la presencia de un juez y de un jurado. La cosa no parecía fácil. Y necesitaba una cuidadosa preparación. Dos veces a la semana, Sandridge se dirigía al jacal de Pérez y conducía los inexpertos dedos de Tonia por los intrincados caminos que había que recorrer para tejer una cuerda con fibras vegetales. Tejer una cuerda es difícil de aprender y fácil de enseñar.

El ranger sabía que podía encontrar a Kid allí en cualquiera de sus visitas. Por lo tanto, durante sus estancias en el jacal, se mantenía ojo avizor, con la artillería siempre a punto y sin perder de vista la parte trasera de la cabaña. Así podría abatir al milano y al colibrí con una sola piedra.

Mientras el rubio ornitólogo proseguía sus estudios, Cisco Kid atendía también sus obligaciones profesionales. Armó una trifulca en un “saloon” de un pequeño pueblo ganadero en Quintana Creek, liquidó al sheriff (haciendo que la bala agujereara limpiamente su estrella de latón) y luego ahuecó el ala, malhumorado e insatisfecho. Ningún verdadero artista se enorgullece de haber matado a un viejo armado con un antiguo cacharro del 38.

En su camino, Kid experimentó súbitamente el deseo que experimentan todos los hombres cuando su propia conducta les ha dejado insatisfechos. Deseó que la mujer a la que amaba le asegurase que era suya a pesar de todo. Deseó que Tonia le sirviera agua de la jarra roja colgada a la sombra del árbol, y que le contara cómo se tomaba el biberón el chivo.

Kid volvió la cabeza del ruano hacia los chaparrales de diez millas de longitud que se extienden por Arroyo Hondo hasta terminar en el Lone Wolf Crossing, del Frío. El ruano relinchó alegremente, ya que poseía el mismo sentido de la orientación que un caballo que trabaja uncido a un carro y sabía que al final de aquel trayecto le esperaba una sabrosa ración de hierba de mesquite.

Cabalgar a través de un chaparral tejano resulta más aburrido y solitario que una exploración amazónica. Las multiformes variedades de cactos jalonan el camino, extendiendo sus retorcidos miembros para hacerlo intransitable. Y la “planta del diablo”, que parece vivir sin tierra ni lluvia, aumenta las dificultades del viajero, tendiendo ante él una inextricable red espinosa.

Perderse en un chaparral significa sufrir la muerte del ladrón en la cruz, traspasado por clavos y con grotescas formas demoníacas revoloteando a su alrededor.

Pero ése no era el caso de Kid y su montura. Dando vueltas y revueltas, abriéndose paso por los lugares más inverosímiles, el buen ruano fue acortando insensiblemente la distancia que les separaba del Lone Wolf Crossing.

Mientras avanzaban, Kid cantaba. No sabía más que una canción y la cantaba, del mismo modo que sólo conocía un código y lo vivía, y sólo conocía a una muchacha y la amaba. Era un hombre sencillo, de ideas convencionales. Tenía una voz parecida a la de un coyote acatarrado, pero cuando había decidido cantar, cantaba. Era una canción muy popular en los campamentos, que empezaba con estas palabras:

No mosconees con mi novia Lulú, si no quieres tener un disgusto...

El ruano estaba acostumbrado a la canción... y a la voz, y no le importaba.

Pero, incluso el peor de los cantantes acaba por cansarse de contribuir a los ruidos del mundo. De modo que Kid, cuando se encontraba a un par de millas del jacal de Tonia, había dejado de cantar... no porque sus gorgoritos sonaran desagradablemente a sus propios oídos, sino porque sus músculos laríngeos estaban fatigados.

Como si estuviera en la pista de un circo, el ruano giró y danzó a través del laberinto de maleza hasta que el jinete supo, por ciertos detalles del terreno, que el Lone Wolf Crossing se encontraba cerca. Luego, a medida que la maleza se hacía menos tupida, Kid divisó el tejado de ramas del jacal. Unos metros más allá, Kid detuvo al ruano, desmontó y siguió avanzando a pie, tan silenciosamente como un indio. El ruano, conociendo su papel, permaneció completamente inmóvil, sin producir el menor ruido.

Kid se deslizó silenciosamente hasta el mismo borde del chaparral y se escondió entre las hojas de un grupo de cactos.

A diez metros de su escondrijo, y a la sombra del jacal, vio a su Tonia tejiendo tranquilamente una cuerda vegetal. La ocupación en sí no era condenable; todo el mundo sabe que las mujeres, de cuando en cuando, tienen los más raros caprichos. Pero, para decirlo todo, hay que añadir que la cabeza de Tonia reposaba contra el ancho y cómodo pecho de un

hombre alto y rubio, y que el brazo del hombre rodeaba los hombros de la muchacha, guiando sus pequeños dedos en una tarea que, al parecer, precisaba de continuas lecciones.

Sandridge miró rápidamente hacia la oscura masa del chaparral al oír un leve ruido que no le resultaba desconocido. Un pistolero puede hacer aquel ruido al empuñar repentinamente su revólver. Pero el sonido no se repitió; y los dedos de Tonia necesitaban una cuidadosa atención.

Luego, Tonia y el hombre alto y rubio empezaron a hablar de su amor; y en la plácida tarde de julio, todas las palabras que pronunciaban llegaron a oídos de Kid.

-Recuerda que no debes volver hasta que yo te avise -decía Tonia- No tardará en presentarse. Un vaquero ha dicho hoy en la tienda que le vio en Guadalupe hace tres días. Cuando está tan cerca, siempre viene. Y si llega y te encuentra aquí, te matará. De modo que, por favor, no vengas hasta que yo te avise.

-De acuerdo -dijo el ranger-. Y entonces, ¿qué?

-Entonces -dijo la muchacha-, tienes que venir con tus hombres y matarle. Si no, él te matará a ti.

-No es un hombre que se deje detener, desde luego -dijo Sandridge-. El oficial que se enfrente a Cisco Kid tiene que estar dispuesto a matar o morir.

-Tienes que matarle -dijo la muchacha-. Si no lo haces, no habrá paz en el mundo para ti ni para mí. Ha matado a muchos hombres. De modo que merece la muerte. Tráete a tus hombres, y no le dejes ninguna posibilidad de escapar.

-Antes no pensabas eso de él -dijo Sandridge.

Tonia dejó caer la cuerda que estaba tejiendo, y rodeó el cuello del ranger con un brazo de color limón.

-Antes -murmuró en un fluido castellano- no te conocía a ti, amor mío. Y tú eres cariñoso y bueno, además de fuerte. ¿Cómo podría pensar en él, después de conocerte a ti? Tiene que morir, para que el miedo de que pueda hacernos algún daño no llene mis días y mis noches.

-¿Cómo sabré que ha venido? -preguntó Sandridge.

-Cuando viene -dijo Tonia-, suele quedarse dos días, y a veces tres. Gregorio, el hijo de la vieja Luisa, la lavandera, tiene una yegua muy rápida. Te escribiré una carta, diciéndote cómo puedes atraparle. Gregorio te la llevará; no vengas solo, querido, y ten mucho cuidado, ya que la serpiente de cascabel no es más rápida en su ataque que el Chivato, como llaman a Kid25, en “sacar”.

-Kid es muy rápido con su revólver, desde luego -admitió Sandridge-, pero cuando venga aquí a por él vendré solo. El capitán me escribió unas cuantas cosas que me hicieron desear capturar a Kid sin la ayuda de nadie. Hazme saber cuando llegue Mr. Kid, y yo me encargaré del resto.

-Te enviaré el mensaje por medio de Gregorio -dijo la muchacha-. Sé que eres más valiente que aquel pequeño asesino, que nunca sonríe. ¿Cómo es posible que haya podido estar interesada por él?

El ranger se dispuso a regresar a su campamento. Antes de montar en su caballo levantó a Tonia del suelo con un solo brazo y se despidió cariñosamente de ella. La bochornosa tarde veraniega volvió a sumirse en una profunda quietud. El humo del fuego que ardía en el jacal, donde los fríjoles hervían en la olla de hierro, surgía tan recto como una plomada por encima de la chimenea de arcilla. Ningún sonido ni movimiento turbaba la calma que envolvía al chaparral.

Cuando la forma de Sandridge hubo desaparecido, Kid se deslizó hasta el lugar donde se hallaba su propio caballo, montó en él y retrocedió por el tortuoso camino que había seguido al venir.

[25] “Chivato” puede interpretarse como la traducción que los hispanohablantes daban al término *Kid,* que en inglés significa “cabrito”. *(N. dr la T.)*

Pero no llegó muy lejos. Se detuvo a esperar en las silenciosas profundidades del chaparral hasta que transcurrió media hora. Poco después, Tonia oyó las notas desafinadas de su canción, cada vez más cerca; y corrió hacia el lindero del chaparral para recibirle.

Kid no sonreía casi nunca; pero sonrió y agitó su sombrero cuando vio a Tonia. Desmontó, y la muchacha se echó en sus brazos. Kid la contempló cariñosamente. Su rostro moreno, que habitualmente estaba tan rígido como una máscara de arcilla, parecía sacudido por una corriente subterránea de sentimientos.

-¿Cómo está mi muchacha? -preguntó, abrazándola.

-Enferma de tanto esperar, querido -respondió Tonia-. Me duelen los ojos de tanto mirar hacia el chaparral, esperando verte aparecer. Pero ahora estás aquí, amor mío, y soy completamente feliz. ¡Qué mal muchacho! No venir a ver a su alma más a menudo... Entra y descansa; yo cuidaré de abrevar a tu caballo y lo trabaré. En la jarra hay agua fresca para ti.

Kid la besó afectuosamente.

-No puedo permitir que una dama cuide de mi caballo -dijo-. Pero si me preparas un poco de café mientras yo lo atiendo, chica, te quedaré eternamente agradecido.

Además de su habilidad con el revólver, Kid poseía otra cualidad por la que se admiraba mucho a sí mismo. Era muy caballero, como dicen los mejicanos, en lo que respecta a las damas. Siempre las había tratado con el mayor respeto. No podía hablarle rudamente a una mujer. Podía asesinar despiadadamente a sus maridos y hermanos, pero era incapaz de alzar un dedo contra una mujer. Muchas personas que le habían tratado superficialmente se mostraban reacias a creer las historias que circulaban acerca de Mr. Kid. Y cuando les presentaban pruebas de algún hecho infamante cometido por él, decían que tal vez le habían obligado a hacerlo, y que, de todos modos, sabía tratar a una dama.

Teniendo en cuenta ese aspecto de la idiosincrasia de Kid y lo orgulloso que se sentía de él, no resulta difícil intuir que el problema que se le planteaba después de lo que había visto y oído desde su escondrijo aquella tarde (al menos en lo que respecta a uno de los actores) era de los más peliagudos. Y, sin embargo, no cabía imaginar a Cisco Kid atosigado por asunto de tan poca monta.

Después del breve crepúsculo, se reunieron alrededor de una cena compuesta de fríjoles, filetes de cabra, melocotón en conserva y café, a la luz de un farol en el interior del jacal. Más tarde, el antepasado se fumó un cigarrillo y se convirtió en una momia envuelta en una manta gris. Tonia lavó los escasos platos mientras Kid los secaba con un trozo de saco de harina. Los ojos de Tonia brillaban; charló volublemente de los triviales acontecimientos que se habían producido en su pequeño mundo desde la última visita de Kid; los mismos que en las anteriores visitas.

Luego salieron al exterior y Tonia se tendió en una hamaca de hierba con su guitarra y cantó melancólicas canciones de amor.

-¿Sigues queriéndome igual, nena? -preguntó Kid, liando un cigarrillo.

-Exactamente igual, amor mío -dijo Tonia, acariciándole con sus oscuros ojos.

Se produjo un corto silencio. Al cabo de un rato, Kid se puso en pie y dijo:

-Voy a llegarme a casa de Fink para comprar tabaco. Creí que llevaba otro paquete, pero se me ha terminado. Regresaré dentro de un cuarto de hora.

-Date prisa -dijo Tonia-. Y, dime... ¿Cuánto vas a quedarte esta vez? ¿Te irás mañana, dejándome con mi pesar, o te quedarás más tiempo con tu Tonia?

-¡Oh! Esta vez puedo quedarme dos o tres días -dijo Kid bostezando-. He estado huyendo durante un mes, y quiero descansar un poco.

Cuando regresó, al cabo de media hora, Tonia seguía tendida en la hamaca.

-Me sucede una cosa muy rara -dijo el Kid-. Tengo la sensación de que hay alguien emboscado detrás de los arbustos, dispuesto a matarme. Nunca me había pasado una cosa así. Tendré que marcharme antes de que amanezca. La región de Guadalupe está en ascuas desde que me cargué a aquel viejo sheriff.

-No tendrás miedo... Nadie puede asustar a mi valiente.

-Bueno, hasta ahora nadie puede decir que soy un conejo cuando llega el momento de dar la cara; pero no me gustaría tener complicaciones mientras me encuentro en tu jacal. Podría perjudicarte a ti...

-Quédate con tu Tonia, aquí no te encontrará nadie.

Kid contempló pensativamente, a través de la oscuridad, las lejanas luces del poblado mejicano.

-Ya hablaremos de eso más tarde -decidió.

A medianoche, un jinete se presentó en el campamento de los rangers, gritando desaforadamente para señalar su presencia e indicar que sus intenciones eran pacíficas. Sandridge y uno de sus hombres acudieron a su encuentro. El jinete se presentó a sí mismo diciendo que se llamaba Domingo Sales y vivía en el Lone Wolf Crossing. Traía una carta para el señor Sandridge. La vieja Luisa, la lavandera, le había convencido para que la trajera, porque su hijo Gregorio estaba enfermo y no podía cabalgar.

Sandridge encendió un farol y leyó la carta.

“Querido mío: Ya ha llegado. Apenas te habías marchado cuando se presentó. Al principio, dijo que se quedaría dos o tres días. Luego, pareció cambiar de idea y dijo que se marcharía antes de que amaneciera, y me habló de un modo muy raro, como si sospechara que no le he sido fiel. Estoy muy asustada. Le he jurado que le amo, que sigo siendo su Tonia. Y él me ha dicho que tengo que demostrarle que soy sincera. Cree que hay hombres emboscados entre los arbustos, dispuestos a matarle en cuanto se marche del jacal. Para huir, dice que se pondrá mis ropas, la falda roja, la blusa azul y la mantilla en la cabeza. Pero antes tengo que ponerme yo sus pantalones, su camisa y su sombrero, y salir del jacal montada en su caballo, dar unas vueltas por el chaparral y regresar. Así podrá ver si soy sincera y si hay hombres emboscados en el chaparral para matarle. Es horrible. Eso será una hora antes de que amanezca. Ven, querido, y mata a ese hombre. No trates de cogerle vivo. Mátale en cuanto le eches la vista encima. No quiero que corras riesgos inútiles. Puedes venir antes de la hora que te he indicado y esconderte en el pequeño cobertizo que hay cerca del jacal, donde guardamos el carro y los arreos. Nadie te verá. El llevará mi falda roja, mi blusa azul y mi mantilla negra. Te envío un millar de besos. Dispara contra él en cuanto le eches la vista encima. Es lo más seguro. Siempre tuya,

Tonia.”

Sandridge explicó rápidamente a sus hombres la parte oficial de la misiva. Los rangers se mostraron reacios a dejarle marchar solo.

-Será coser y cantar -dijo el teniente-. La muchacha le tiene bien atrapado. No podrá escapar.

Sandridge ensilló su caballo y cabalgó hacia el Lone Wolf Crossing. Ató al animal detrás de un macizo de arbustos junto al arroyo, cogió su Winchester y se acercó cautelosamente al jacal de Pérez. La luna, que se encontraba en su cuarto menguante, quedaba oculta a intervalos detrás de unas grandes nubes de color lechoso.

El cobertizo era un lugar excelente para apostarse; y el teniente se acomodó en él. Tuvo que esperar casi una hora antes de que dos figuras salieran del jacal. Una, vestida de hombre, montó rápidamente en el caballo que estaba delante de la cabaña y emprendió un rápido galope en dirección al poblado. La otra figura, vestida con una falda roja, una blusa azul y una mantilla negra, permaneció en pie a la débil claridad de la luna, contemplando al jinete que se alejaba. Sandridge pensó que sería mejor aprovechar la ocasión antes de que Tonia regresara. Imaginaba que el espectáculo no sería de su agrado.

-¡Arriba las manos! -ordenó, en voz alta, saliendo del cobertizo con la culata del Winchester apoyada en el hombro.

La figura se volvió rápidamente, pero no hizo ningún movimiento que demostrara que estaba dispuesta a obedecer; el ranger apretó el gatillo una, dos, tres veces... y luego dos veces más. Tratándose de Cisco Kid, había que asegurarse bien. A aquella distancia no podía fallar el tiro, ni siquiera en la semioscuridad que le rodeaba.

El viejo antepasado, dormido en su manta, se despertó con el ruido de los disparos. Tendió el oído y escuchó el grito que profería un hombre aquejado de un intenso dolor o de una enorme angustia, y se levantó gruñendo contra las “tonterías de los modernos”.

El alto y enrojecido fantasma de un hombre irrumpió en el jacal, blandiendo una carta en una mano. Se acercó a la luz del farol y gritó:

-¡Mire esta carta, Pérez! ¿Quién la ha escrito?

-¡Ah! Es el señor Sandridge -murmuró el viejo, acercándose-. Pues, señor, esa carta la escribió el Chivato..., el novio de Tonia. Dicen que es un hombre malo; yo no lo sé. Mientras Tonia dormía, escribió la carta y le encargó a Domingo Sales que se la llevara a usted. ¿Ocurre algo? Yo soy muy viejo y no sé nada. ¡Válgame Dios! Este mundo está cada día más loco; y no hay nada en la casa para beber..., nada para beber.

Lo único que Sandridge pudo hacer fue salir del jacal y dejarse caer boca abajo en el suelo, junto a su pequeño colibrí que ahora no agitaba ni una sola de sus plumas. Sandridge no era caballero por instinto, y no podía comprender los refinamientos de la venganza.

A una milla de distancia, el jinete que poco antes había emprendido un rápido galope en dirección al poblado, rompió a cantar, con voz de coyote acatarrado, una canción que empezaba con las siguientes palabras:

No mosconees con mi novia Lulú, si no quieres tener un disgusto...

Librodot

La redención de Caliope

The Reformation of Calliope

Caliope Catesby estaba otra vez alunado; empezaba a atacarle el tedio. Este bendito promontorio, la tierra, y especialmente esa porción conocida por Quicksand, sólo era para él una pestilente congregación de vapores. El filósofo, atacado por la melancolía, suele buscar alivio en el soliloquio; mi señora se solaza con las lágrimas; el fláccido neoyorquino regaña a las mujeres de su casa por las cuentas de la sombrerera. Tal recurso no bastaba para los habitantes de Quicksand. Caliope, en particular, era dado a expresar su aburrimiento de acuerdo con sus luces.

Por la noche ha desplegado las señales del inminente malhumor, pateando a su propio perro en el porche del hotel y negándose a pedir disculpas. Después se mostró quisquilloso y lleno de caprichos en la conversación. Mientras caminaba tomó varias ramitas de algarrobo para mascar las hojas ferozmente; eso era siempre síntoma alarmante. Otra señal de peligro, para quienes conocían las diferentes etapas de sus rabietas, la constituía su creciente cortesía y la tendencia a usar frases formales. Una áspera suavidad sucedía a su tono natural, penetrante y despacioso. Una ominosa cortesía subrayaba sus modales. Más tarde se le torció la sonrisa (la mitad izquierda de la boca se inclinó hacia arriba) y Quicksand se preparó para resistir.

Generalmente, a esa altura Caliope empezaba a beber. Por fin, cerca de la medianoche, lo vieron ir rumbo a su casa; saludando a quienes encontraba con exagerada, pero inofensiva cortesía. La melancolía de Caliope aún no ha llegado al punto peligroso. Se instalaría ante la ventana del cuarto que ocupaba sobre la peluquería de Silvester, para cantar baladas lúgubres y desafinadas hasta el amanecer, acompañando sus ruidos con un apropiado castigo a su guitarra. Más magnánimo que Nerón, daba así su advertencia musical del inminente disturbio municipal que esperaba a Quicksand.

En cualquier otro momento, Caliope Catesby era un hombre tranquilo y amable (tranquilo hasta la indolencia y amable hasta la inutilidad). En su mejor estado se lo tenía por un gandul y un estorbo; en el peor, era el Terror de Quicksand. Su ocupación ostensible era algún trabajo de subordinado en la línea de las propiedades inmobiliarias: oficiaba de cochero para los seducidos visitantes de la Costa Este que deseaban comprar lotes y campos. Originariamente provenía de los estados del Golfo; su metro ochenta de estatura, el ritmo despacioso de su lengua y sus expresiones coloquiales evidenciaban el lugar de su nacimiento.

Sin embargo, ya adaptado al Oeste, este lánguido trozacajones, portabarriles, habitante de rincones sombreados en los algodonales y las colinas del sur, cobró fama como hombre malo entre hombres que llevaban toda una vida en el estudio de la truculencia como arte.

A las nueve de la mañana siguiente, Caliope estaba listo. Inspirado por sus propias melodías bárbaras y por el contenido de su jarro, estaba bien preparado para recoger laureles frescos, arrancados de las tímidas sienes de Quicksand. Rodeado y cruzado por cartucheras, abundantemente provisto de revólveres y copiosamente ebrio, fluyó por la calle principal. Demasiado caballeresco para tomar a la ciudad por sorpresa y capturarla por una entrada silenciosa, se detuvo en la esquina más cercana para emitir su anuncio: ese temible chillido de bronce, tan similar al de los órganos de vapor que le ha ganado el clásico apelativo, ya más popular que su nombre de bautismo. Siguieron a esa vociferación tres disparos de su cuarenta y cinco, a fin de ir calentando las armas y probando la puntería. Un perro amarillo, propiedad personal del coronel Swazev. dueño del hotel, cayó patas arriba en el polvo, con un solo aullido de despedida. Un mexicano que cruzaba la calle desde la verdulería, con una botella de querosén en la mano, se vio estimulado a una súbita y admirable corrida, sosteniendo aún el cuello de la botella hecha añicos. La nueva veleta dorada que adornaba la vivienda del juez Riley, toda limón y azul marino, se estremeció, aleteó un poco y quedó colgando de una aguja, como juguete de todos los vientos.

La artillería estaba a punto. La mano de Caliope. firme. Sobre él operaba el elevado, tranquilo éxtasis de la batalla habitual, si bien levemente amargado por la tristeza de Alejandro en cuanto a que sus conquistas se limitaran al mundillo de Quicksand.

Calle abajo fue Caliope, disparando a derecha e izquierda. Los vidrios caían como granizo; los perros se batían en retirada; volaban los pollos, chillando, y las voces femeninas alzaban af!igidos llamados a todos los niños en general. Ese estrépito se veía perforado, a intervalos, por el staccato de los disparos, así como sofocado periódicamente por el chirrido broncíneo que Quicksand conocía tan bien. Las morriñas de Caliope constituían feriado obligatorio en la ciudad: a todo lo largo de la calle principal, en anticipación de su llegada, los empleados cerraban las puertas y bajaban las persianas. Los negocios languidecerían por un tiempo. Caliope tenía derecho de paso y, según avanzaba, observando la muerte de toda oposición y las escasas oportunidades de distracción, su melancolía aumentó perceptiblemente.

Sin embargo, cuatro cuadras más adelante se estaban efectuando vivaces preparativos para responder al amor del señor Catesby con intercambio de cumplidos y réplicas hirientes. La noche anterior, numerosos mensajeros se han apresurado a advertir a Buck Patterson, comisario de la ciudad, sobre la inminente erupción de Caliope. La paciencia de este oficial, con frecuencia sobrecargada por sus contemplaciones para con las malandanzas del perturbador, estaba ya agotada. En Quicksand se concedía cierta indulgencia a la natural efervescencia de la naturaleza humana. Mientras no se acabara inmisericordemente con la vida de los ciudadanos más útiles, mientras no se perdieran innecesariamente demasiadas propiedades, la comunidad se oponía a imponer la ley con demasiado rigor. Pero Caliope, había sobrepasado los límites: sus estallidos eran demasiado violentos y demasiado frecuentes para caber en la clasificación de un desahogo normal y saludable.

Buck Patterson había estado esperando en su pequeña oficina que el chillido preliminar anunciara la melancolía de Caliope. Al llegar la señal, el comisario se levantó y enfundó los revólveres. Dos subcomisarios y tres ciudadanos, que habían probado las cualidades del fuego, se levantaron también, dispuestos a enfrentarse con las pesadan jocosidades del señor Catesby.

-Rodeen a ese hombre -dijo Buck Patterson, trazando los planes del ataque-. Nada de charla: disparen en cuanto lo tengan a la vista. Manténganse a cubierto y derríbenlo. Es un inútil. Creo que esta vez será su turno de quedar patas arriba. Abranse y vayan, muchachos. Y no se descuiden, porque él es de los que ponen la bala donde ponen el ojo.

Alto, musculoso y de rostro solemne, con su insignia de comisario reluciente en la pechera de la camisa azul, dio las últimas instrucciones para la matanza de Caliope. Dentro de lo posible el plan debía lograr la caída del Terror de Quicksand sin bajas en el grupo atacante.

Inadvertido de los planes para su escarmiento, el colérico Caliope venía a todo vapor por el canal, lanzando salvas de cañón, cuando súbitamente reparó en las rompientes que lo esperaban. El comisario y uno de sus ayudantes asomaron por detrás de unos cajones, media cuadra por delante, y abrieron fuego. Al mismo tiempo, el resto del grupo, dividido, le disparó desde dos calles laterales. en las cuales maniobraban cautelosamente, después de un ataque por sorpresa. bien organizado.

I.a primera descarga quebró el martillo a uno de los revólveres de Caliope, le abrió un rasguño en la oreja derecha e hizo estallar un cartucho en el cinturón que llevaba cruzado al pecho, quemándole las costillas. Estimulado por ese inesperado tónico a su depresión espiritual, Catesby ejecutó un fortissimo en lo más alto de su registro y devolvió los disparos como un eco. Los defensores de la ley esquivaron las balas, un poquito demasiado tarde, sin poder evitar que uno de los avudantes recibiera una herida justo sobre el codo y el comisario, una espina en la mejilla, arrancada por un proyectil de tonel tras el cual se ocultaba.

Y entonces Caliope enfrentó las tácticas del enemigo de igual a igual. Una rápida apreciación le hizo escoger la calle de la cual había recibido el fuego más débil y menos certero; la invadió a toda marcha, abandonando el centro desprotegido de la calle principal. Con rara astucia, las fuerzas opositoras de ese lugar (uno de los ayudantes y dos de los valerosos voluntarios) aguardaron, ocultos tras barriles de cerveza, hasta que Caliope pasó en retirada. De inmediato lo atacaron por la retaguardia. Un momento después recibían refuerzos,

provenientes del comisario y su otro ayudante. Entonces Catesby comprendió que, a fin de prolongar eficazmente las delicias de la controversia, debía hallar un medio de reducir la gran superioridad del adversario. En eso, su mirada cayó sobre una estructura que parecía ofrecerle esta promesa, siempre que pudiera alcanzarla.

A poca distancia de allí se levantaba la pequeña estación de ferrocarril: una casa de tres por seis, elevada más de un metro sobre el suelo por una plataforma. Tenía ventanas en cada pared, y podía convertirse en una especie de fortaleza para alguien tan afectado por la superioridad numérica.

Caliope se lanzó en audaz carrera hacia allí, mientras el grupo del comisario disparaba a discreción contra él. Alcanzó su refugio sano y salvo, en tanto el jefe de estación abandonaba el edificio por una ventana, como una ardilla voladora, al verse invadido por la puerta.

Patterson y sus auxiliares se detuvieron bajo la protección de varios maderos para efectuar una rápida consulta. En la estación tenían a un aventurero muy tranquilo, excelente tirador, provisto de abundantes municiones. En treinta metros a la redonda del lugar situado sólo había terreno descubierto. Sin duda, quien intentara entrar a esa zona desprotegida sería detenido por las balas de Caliope.

El comisario estaba decidido: Había resuelto que Catesby no volvería a atronar Quicksand con su estridente aullido. Y así lo había proclamado. En lo oficial y en lo personal, se sentía imperativamente obligado a aplicar sordina a tan desafinado instrumento y a música tan fea.

Cerca de allí había una carretilla, utilizada para trasladar pesos pequeños. Estaba junto a un cobertizo, lleno de bolsas de lana consignadas por uno de los ranchos ovejeros. En esa carretilla, el comisario y sus hombres amontonaron tres pesados sacos de lana. Buck Patterson, bien agachado, inició la marcha hacia la fortaleza de Caliope, empujando lentamente la carretilla cargada a manera de escudo. Sus ayudantes, desplegándose, se dispusieron a derribar al sitiado, en el caso de que se expusiera al repeler al representante de la justicia, que se arrastraba hacia él. Sólo una vez se les presentó la oportunidad: Caliope disparó desde una ventana y algunos vellones brotaron de la fiel defensa del comisario. Los disparos provenientes de sus hombres se estrellaron contra el marco de la ventana, sin pérdidas para ninguno de los dos bandos.

El comisario estaba tan concentrado en el manejo de su baluarte que sólo reparó en el tren de la mañana cuando ya estaba a dos o tres metros de la plataforma. El tren se acercaba por el otro lado. Apenas se detendría un minuto en Quicksand. ¡Qué oportunidad para Caliope! Bastaría con que saliera por la otra puerta y subiera al convoy para alejarse.

Buck, abandonando su protección y con el revólver preparado, subió los escalones como un relámpago y abrió la puerta con un solo empellón de sus voluminosos hombros. Los miembros de su grupo oyeron un solo disparo. Después, el silencio.

***

Por fin el herido abrió los ojos. Tras un espacio en blanco tornó a ver, a oír, recobró la sensación y el pensamiento. Al echar una mirada a su alrededor se encontró acostado en un banco de madera. Un hombre alto, de aspecto perplejo, se erguía ante él, con una enorme insignia en la que se leía «Comisario». Una viejecita de negro, de rostro arrugado y ojos negros, chispeantes, le sostenía un pañuelo mojado contra una de las sienes. Mientras él intentaba fijar estos hechos en su mente y conectarlos con sucesos anteriores, la anciana empezó a hablar.

-¡A ver, hombre fuerte, grande, forzudo! Esa bala ni siquiera lo tocó. Le rozó la cabeza, no más, y medio lo dejó paralizado por un rato. ¡Si sabré yo de estas cosas! Conmoción, la llaman. Abel Wadkins solía matar ardillas así; él decía que era «descortezarlas». Bueno, señor, a usted lo descortezaron, pero estará bien en seguida. Ya se siente mucho mejor, ¿no? Quédese quieto un rato más y deje que le refresque la cabeza. Ya sé que no me conoce, y no me sorprende. Vine en ese tren desde Alabama, para ver a mi hijo. Hijo grandote el mío, ¿no? ¡Caramba! ¡Quién diría que era un bebé chiquito! ¿Verdad? Este es mi hijo, señor.

La anciana, volviéndose a medias, levantó la vista hacia el hombre que permanecía de pie; su rostro curtido se encendió con orgullo, en una sonrisa magnífica. Alargando una mano encallecida y venosa, tomó la de su hijo. Después, con una sonrisa animosa para el hombre postrado, continuó sumergiendo el pañuelo en el lavatorio de la sala de espera para aplicárselo suavemente a la sien. Tenía la garrulidad benévola de los muchos años.

-Hacía ocho años que no lo veía -continuó-. Elkanah Price, uno de mis sobrinos, que es maquinista en uno de estos ferrocarriles, me consiguió un pase para venir. Puedo quedarme toda una semana. Después me llevará de regreso. ¡Imagínese, que mi muchachito haya llegado a oficial, a comisario de toda una ciudad! Es casi como los militares, ¿no? Yo no sabía que era oficial; nunca me dijo nada en las cartas. Supongo que no quería asustar a esta vieja con los peligros del puesto. ¡Pero caramba, yo nunca fui dada a sustos! ¿Para qué? Cuando estaba bajando de ese tren oí tiros y vi que salía humo de la estación, pero seguí caminando, no más. Y en eso veo la cara de mi hijo mirándome por la ventana. Lo reconocí en seguida, claro. Salió a la puerta y me abrazó que casi me mata. Y allí estaba usted, señor, tirado allí como muerto, y yo dije que viéramos qué se podía hacer para ayudarlo.

-Creo que ahora me puedo sentar -dijo el paciente conmocionado-; ya me siento mucho mejor.

Y se sentó, todavía algo débil, recostándose contra la pared. Era un hombre corpulento, de huesos grandes y bien plantado. Los ojos firmes, penetrantes, parecieron demorarse en el rostro del hombre que permanecía tan silencioso a su lado. Del rostro que estudiaba pasaron a la insignia de comisario que el otro tenía en el pecho.

-Sí, sí, se va a poner bien -aseguró la anciana, palmeándole el brazo-. Siempre que no vuelva a ponerse pesado, señor, o los demás tendrán que atacarlo. Mi hijo me habló de usted, señor, cuando estaba sin sentido en el suelo. No me tome por una vieja entrometida si le hablo de esto. Fíjese que tengo un hijo de su edad. Y no debe tenerle rencor a mi muchacho por haberlo herido. Los comisarios tienen que defender la ley ; es su deber. Y el que mal anda, mal acaba. Mi hijo no tiene la culpa, señor. Siempre fue buen muchacho; se portaba bien cuando niño; era amable, obediente y bien educado. ¿Le puedo dar un consejo, señor, que no lo haga más? Sea bueno, deje el vino, viva en paz y como Dios manda. Deje las malas compañías y trabaje como la gente honrada. Verá que así podrá dormir en paz.

La mano enguantada de la anciana solicitante rozó con suavidad el pecho del hombre al que se dirigía. Muy severo, muy franco lucía el rostro viejo y gastado. Con su vestido negro descolorido, con su sombrero anticuado, próxima ya al final de una larga vida, resumía la experiencia del mundo. Sin embargo, el hombre al cual se dirigía miraba por encima de ella, contemplando al hijo silencioso.

-¿Qué dice el comisario? -preguntó-. ¿Le parece bueno, el consejo? ¿Qué tal si el comisario habla y dice si aprueba?

El hombre alto se agitó, intranquilo. Por un momento manoseó la insigna que llevaba al pecho, pero en seguida abrazó a la anciana para acercarla a él. Ella sonrió, con la sempiterna sonrisa de quien ha sido madre por sesenta años, y le palmeó la manga oscura con los dedos, torcidos dentro de los mitones. El hijo habló.

-Pues bien -dijo, mirando directamente al otro hombre-, si yo estuviera en su lugar, seguiría el consejo. Si yo fuera un tipo bebedor, enloquecido, sin vergüenza ni esperanza, lo seguiría. Si yo estuviera en su lugar y usted en el mío, le diría: «Comisario, estoy dispuesto a jurar, si me da la oportunidad, que no daré más problemas. Dejaré de meterme en líos y de hacerme el matón. Seré buen ciudadano e iré a trabajar. Basta de tonterías. ¡Que Dios me ayude!». Eso le diría yo si usted fuera comisario y yo estuviera en su lugar.

-Escuche lo que dice mi hijo -insistió la vieja, suavemente-. Escúchelo, señor. Prometa ser bueno y él no le hará daño. Hace cuarenta y un años que su corazón empezó a palpitar en el mío, y desde entonnes siempre ha dicho la verdad.

El hombre se puso de pie, probando los miembros, estirando los músculos.

-En ese caso -dijo-. si usted estuviera en mi lugar y dijera eso, y si yo fuera comisario, le diría: «Queda en libertad; vaya y haga lo posible por mantener su promesa ».

-¡Virgen Santa! -exclamó la anciana, súbitamentealborotada-. ¡Pero si me olvidé por completo del baúl! Vi que un hombre lo dejaba en el andén justo cuando mi hijo se asomaba a la ventana y ¡pluf! se me fue de la cabeza. En ese baúl tengo ocho frascos de mermelada casera ¡de membrillos, hecha por mí! Y no quiero que se me vayan a romper.

Se alejó al trote hacia la puerta. Caliope Catesby dijo a Buck Patterson:

-¿Qué remedio me quedaba, Buck? La vi por la ventana. Ella no sabía una palabra de mis costumbres. Nunca tuve coraje para decirle que yo era un inservible abandonado por la comunidad. Y allí estabas tú, donde mi bala te había dejado, como si estuvieras muerto. De pronto se me ocurrió la idea: te saqué la insignia, me la puse y te transferí mi reputación. Le dije que yo era el comisario y tú un azote de Dios. Te devuelvo la insignia, Buck.

Empezó a quitarse el disco metálico de la camisa, con dedos temblorosos, pero Buck Patterson protestó:

-¡Quieto ahí! Deja esa insignia donde está, Caliope Catesby, y no te atrevas a quitártela antes de que tu madre se vaya. Mientras ella esté a la vista, serás el comisario de Quicksand. Yo me daré una vueltita por ahí para poner a todos en el secreto, y te aseguro que nadie le dirá una palabra. Y escucha, cabeza hueca, chiflado, caso de chaleco: ¡seguirás el consejo que ella me dio! Yo también lo voy a tener un poco en cuenta.

-Buck -exclamó Caliope, de todo corazón-, si no lo sigo, que me...

-Silencio -ordenó Buck-. Allí vuelve.

La reforma de Jimmy Valentine

A Retrieved Reformation

Un guardián entró en el taller de zapatería de la cárcel, donde Jimmy Valentine estaba remendando laboriosamente unos botines y lo acompañó a la oficina de la mesa de entradas. Allí, el alcaide le entregó a Jimmy su indulto, que había sido firmado esa tarde por el gobernador. Jimmy lo tomó, con aire cansado. Había cumplido casi diez meses de una condena a cuatro años. Sólo esperaba quedarse unos tres meses, a lo sumo. Cuando un hombre con tantos amigos como Jimmy Valentine entra en la cárcel, casi no vale la pena raparlo.

-Bueno, Valentine -dijo el alcaide-. Mañana por la mañana, quedará en libertad. Ánimo y hágase hombre. En el fondo, usted no es malo. Déjese de forzar cajas de hierro y viva honestamente.

-¿Yo? -dijo Jimmy, con aire de sorpresa-. ¡Si yo nunca he forzado una caja de hierro!

-¡Oh, no! -dijo el alcaide, riendo-. Claro que no. Veamos. ¿Cómo fue que lo detuvieron por aquel asunto de Springfield? ¿Fue porque no quiso probar la coartada por temor a comprometer a algún figurón de la alta sociedad? ¿O se debió simplemente a que aquel infame jurado lo aborrecía? Siempre pasa lo uno o lo otro cuando se trata de ustedes, inocentes víctimas.

-¿Yo? -dijo Jimmy, siempre inmaculadamente virtuoso-. Pero, alcaide... ¡Si yo jamás estuve en Springfield!

-Lléveselo, Cronin -dijo sonriendo el alcaide-. Y provéalo de ropa para irse. Ábrale las puertas a las siete de la mañana y que salga al redondel. Más vale que medite en mi consejo, Valentine.

A las siete y cuarto de la mañana siguiente, Jimmy se hallaba en la oficina de salidas de la alcaidía. Se había puesto un traje de confección, de esos muy holgados, y un par de esos zapatos rígidos y chillones que el Estado les proporciona a sus pensionistas forzosos cuando los libera.

El escribiente le dio un boleto de ferrocarril y los cinco dólares con que la ley esperaba verlo rehabilitado y convertido en un buen ciudadano, próspero y floreciente. El alcaide le regaló un cigarro y le estrechó la mano. Valentine, el 9762, fue registrado en el libro de egresos con las palabras “Indultado por el gobernador” y el señor James Valentine salió de la cárcel al sol.

Haciendo caso omiso de los gorjeos de los pájaros, de los verdes árboles que ondulaban y del perfume de las flores, Jimmy se encaminó directamente hacia un restaurante. Allí saboreó las primeras alegrías bajo la forma de un pollo asado y una botella de vino blanco, seguidos por un cigarro algo mejor’ que el que le ofreciera el alcaide. De allí se dirigió lentamente a la estación. Dejó caer un cuarto de dólar en el sombrero de un ciego sentado junto a las puertas y subió a su tren. A las tres horas llegó a un pueblecito situado cerca de la frontera estatal. Allí fue al café de un tal Mike Dolan y le estrechó la mano a Mike, que estaba solo detrás del mostrador.

-Lamento que no hayamos podido hacerlo antes, Jimmy -dijo Mike-. Pero teníamos que luchar contra esa protesta de Springfield y poco faltó para que el gobernador se negara al indulto. ¿Te sientes bien?

-Espléndidamente -dijo Jimmy-. ¿Tienes mi llave?

Se la entregaron y subió al primer piso, abriendo la puerta de un cuarto del fondo. Todo estaba como lo había dejado. En el piso vio aun aquel gemelo del cuello de Ben Price que le arrancara al eminente detective cuando la superioridad numérica de la policía lo había vencido.

Jimmy hizo surgir de la pared una cama plegadiza, corrió un panel y sacó una maleta cubierta de polvo. La abrió y contempló afectuosamente el conjunto de herramientas para robos más perfecto del Este. Era un equipo completo, de acero especialmente templado, con los últimos diseños en materia de taladros, punzones, berbiquíes, palancas, grampas y

barrenos, con un par de novedades inventadas por el propio Jimmy y que lo enorgullecían. Le había costado más de novecientos dólares hacer fabricar todo aquello en... un lugar donde hacen esas cosas para la profesión.

Al cabo de media hora, Jimmy bajó y fue al café. Ahora vestía ropa de medida para él y de buen gusto y llevaba en la mano su maleta, a la cual había quitado el polvo y limpiado.

-¿Andas en algo? -le preguntó cordialmente Mike Dolan.

-¿Yo? -replicó Jimmy, con tono perplejo-. No entiendo. Represento a la Sociedad Fusionada de Bizcochos y Trigo Descortezado de Nueva York.

Estas palabras le causaron tanto deleite a Mike que Jimmy hubo de tomar una agua de Seltz con leche inmediatamente. Nunca tocaba las bebidas “fuertes”.

A la semana de haber sido liberado Valentine, el número 9762, tuvo lugar en Richmond, Indiana, un limpio trabajo de robo, ya que forzaron una caja de hierro sin que quedara el menor indicio sobre el autor. El ladrón encontró solamente ochocientos dólares. A las dos semanas, en Logansport, abrieron como un queso una caja de hierro patentada, mejorada y a prueba de robos y se llevaron mil quinientos dólares en efectivo, dejando intactos los títulos y la platería. Esto comenzó a interesar a los cazadores de bribones. Luego, una anticuada caja de banco de Jefferson City entró en actividad y vomitó por su cráter una erupción de cinco mil dólares. Las pérdidas eran ahora suficientemente importantes para clasificar los robos entre los casos dignos de Ben Price. Al comparar las observaciones efectuadas, en cada caso, se advirtió una notable analogía en los métodos usados. Ben Price practicó investigaciones en el escenario mismo de los robos y se le oyó decir:

-Esto ostenta el autógrafo de Dandy Jim Valentine. Ha vuelto a las andadas. Miren ese dial con combinación: lo han arrancado con la misma facilidad con que se arranca un rábano con tiempo húmedo. Valentine tiene las únicas grampas que permiten hacerlo. ¡Y fíjense en la limpieza con que fueron perforados esos fiadores de la cerradura! Jimmy nunca necesita taladrar más que un agujero. Sí, creo que debo atrapar al señor Valentine. Cumplirá su condena la vez próxima sin indultos ni tonterías parecidas.

Ben Price conocía las costumbres de Jimmy. Las había estudiado al trabajar en el caso de Springfield. Saltos largos, fugas rápidas, nada de cómplices y la afición a la buena sociedad: todo esto le había ayudado al señor Valentine a eludir victoriosamente el castigo y a destacarse en ese terreno. Se insinuó que Ben Price había hallado la pista del escurridizo ladrón y otras personas que poseían cajas de hierro a prueba de robos se sintieron más tranquilas.

Una tarde Jimmy Valentine y su maleta bajaron de la diligencia del correo en Elmore, un pueblecito situado a ocho kilómetros del ferrocarril en Arkansas. Jimmy, que parecía un joven y atlético estudiante que volvía de la universidad, se dirigió por la vereda de tablones al hotel.

Una joven cruzó la calle, pasó a su lado en la esquina y entró por una puerta que ostentaba sobre su dintel el letrero “Banco de Elmore”. Jimmy Valentine la miró en los ojos, olvidó quién era y se convirtió en otro hombre. Ella bajó los ojos y se sonrojó ligeramente. Los jóvenes de la elegancia y donaire de Jimmy eran escasos en Elmore.

Jimmy abordó a un muchacho que holgazaneaba en la escalinata del banco como si fuera uno de los accionistas y empezó a formularle preguntas sobre el pueblo, alimentándolo a ratos con monedas de diez centavos. A poco, la joven salió, aparentando la despreocupación de una reina ante el joven de la maleta y se alejó.

-¿No es ésa la señorita Polly Simpson? -preguntó Jimmy, con plausible ingenuidad.

-No -dijo el muchacho-. Es Annabel Adams. Su padre es el dueño del banco. ¿A qué ha venido usted a Elmore? ¿Es de oro la cadena de su reloj? Me van a regalar un bull–dog. ¿Tiene más monedas de diez centavos?

Jimmy fue al Hotel de los Hacendados, se anotó en el registro con el nombre de Ralph D. Spencer y tomó una habitación. Se inclinó sobre el mostrador de la mesa de entradas y le reveló sus planes al empleado. Dijo que había venido a Elmore en busca de un lugar para

dedicarse a los negocios. ¿Qué perspectivas tenía allí el negocio del calzado? Había pensado en dedicarse a aquel ramo. ¿Había posibilidades de hacerlo?

El empleado se sintió impresionado al ver la indumentaria y los modales de Jimmy. Él mismo era algo así como un modelo de elegancia para la juventud escasamente dorada de Elmore, pero ahora notaba sus defectos. Mientras trataba de adivinar cómo se anudaba Jimmy la corbata, le proporcionó cordialmente una información.

Sí, debía haber buenas posibilidades en el ramo del calzado. En el pueblo no existía un solo comercio que vendiera exclusivamente zapatos. Estos se vendían en los almacenes de ramos generales y bazares. Se hacían muy buenos negocios en todos los ramos.

El empleado del hotel manifestó su esperanza de que el señor Spencer se decidiría a radicarse en Elmore. Ya vería que el pueblo era agradable y la gente muy sociable.

El señor Spencer contestó que se proponía quedarse unos días en el pueblo y estudiar el asunto. No, no hacía falta llamar al groom del hotel. Él mismo llevaría al primer piso su maleta: era bastante pesada.

El señor Ralph Spencer, el ave fénix surgida de las cenizas de Jimmy Valentina -cenizas causadas por las llamas de un repentino acceso de amor- se quedó en Elmore y prosperó. Estableció una zapatearía e hizo buenos negocios.

Desde el punto de vista social, obtuvo también éxito y se creó muchas amistades. Y realizó el anhelo de su corazón. Conoció a la señorita Annabel Adams y sus encantos lo cautivaron cada vez más.

Al cabo de un año, la situación del señor Ralph Spencer era la siguiente: se había ganado el respeto de la población, su zapatería prosperaba y estaba comprometido con Annabel, faltando dos semanas para la boda. El señor Adams, un típico banquero rural, activo y laborioso, aprobaba la elección de su hija. El orgullo que le inspiraba el señor Spencer a Annabel igualaba casi a su afecto. Y Jimmy se sentía tan a sus anchas con la familia del señor Adams y de la hermana casada de Annabel como si fuera ya miembro de la misma.

Cierto día, Jimmy se sentó en su cuarto y escribió esta carta, que envió al domicilio de uno de sus viejos amigos de Saint Louis, un lugar seguro:

Querido camarada:

Quiero que estés en el café de Sullivan, en Little Rock, el miércoles próximo a las nueve de la noche, y que me arregles unos asuntitos. Y quiero regalarte también mi caja de herramientas. Sé que te alegrará tenerlas: no conseguirías una igual ni por mil dólares. Mira, Billy. He dejado el oficio... hace un agro ya. Tengo un bonito comercio. Me gano la villa honradamente y me voy a casar dentro de dos semanas con la muchacha más linda del mundo. Ésa es para mí la única vida posible, Billy: la del camino recto. Ahora no tocaría un dólar ajeno ni por un millón. Cuando me haya casado liquidaré mi negocio y me iré al Oeste, donde no habrá tanto peligro de que me vengan a cobrar cuentas viejas. Te aseguro, Billy, que ella es un ángel. Cree en mí: y yo no cometería otra bribonada ni por todo el oro del mundo. No dejes de esperarme en el café de Sully, porque necesito hablar contigo. Te traeré las herramientas.

Tu viejo amigo

Jimmy.

Días después, un lunes por la noche, Ben Price llegó a Elmore sin llamar la atención, en un coche de alquiler. Se paseó perezosamente por el pueblo con su calma habitual hasta encontrar lo que quería. Desde la farmacia que estaba enfrente de la zapatería de Spencer pudo ver bien a Ralph D. Spencer.

“¿De modo que vas a casarte con la hija del banquero, Jimmy? -se dijo-. ¡Que me condenen!”

A la mañana siguiente, Jim fue a almorzar a casa de los Adams. Ese día iba a Little Rock para encargar su traje de novio y para comprarle algo hermoso a Annabel. Desde su llegada a Elmore era su primera salida del pueblo. Había transcurrido más de un año desde el último de aquellos “trabajos” profesionales y creía poder aventurarse sin peligro.

Librodot

Después del almuerzo, toda la familia fue a los alrededores del pueblo: el señor Adams, Annabel, Jimmy y la hermana de Annabel con sus dos niñitas, de cinco y nueve años de edad. Pasaron por el hotel donde se alojaba aún Jimmy y éste subió corriendo a su habitación y trajo su maleta. Luego, fueron al banco. Allí los esperaban el caballo y el coche de Jimmy y Dolph Gibson, que lo llevaría a la estación del ferrocarril.

Todos entraron en el recinto del banco, franqueando aquellas altas barandillas de roble tallado, inclusive Jimmy, porque el futuro yerno del señor Adams era bienvenido en todas partes. A los empleados les agradaba que los saludara aquel joven agradable y gallardo que se casaría con la señorita Annabel. Jimmy dejó su maleta en el suelo. Annabel, cuyo corazón rebosaba dicha y animación juvenil, se encasqueto el sombrero de su prometido y tomó la maleta.

-¿Verdad que yo sería un buen viajante? -dijo-. ¡Caramba, Ralph! ¡Qué pesada es! Se diría que está llena de ladrillos de oro.

-Contiene una partida de calzadores de níquel -dijo Jimmy serenamente-. Una partida que debo devolver. Se me ocurrió ahorrarme el gasto del flete llevándolos personalmente. Me estoy volviendo muy económico.

El Banco de Elmore acababa de instalar una nueva caja de seguridad. El señor Adams se enorgullecía mucho de ello e insistió en que todos la inspeccionaran. La caja era pequeña, pero tenía una nueva puerta patentada. Se cerraba con tres sólidas cerraduras de acero que giraban simultáneamente con una sola manija y que funcionaban con un mecanismo de reloj. El señor Adams le explicó con aire radiante su funcionamiento al señor Spencer, el cual reveló un interés cortés pero no demasiado inteligente. Las dos niñas, May y Agatha, quedaron encantadas al ver el reluciente metal y el extraño mecanismo de reloj y los diales.

Mientras estaban entretenidos así, Ben Price entró espaciosamente y se acodó sobre la barandilla, mirando con aire negligente lo que ocurría allí. Le dijo al pagador que no quería nada, que sólo esperaba a un amigo.

Repentinamente, las mujeres profirieron un par de chillidos y hubo un alboroto general. Sin que lo notaran los mayores, May, la niña de nueve anos, con ánimo juguetón, había encerrado a Agatha en la caja de hierro. Luego hizo funcionar las cerraduras y girar los diales como se lo viera hacer al señor Adams.

El viejo banquero saltó hacia la perílla y tiró de ella durante unos instantes.

-No es posible abrir esta puerta -gimió-. El mecanismo del reloj no tiene cuerda aún y la combinación no está fijada.

La madre de Aghata volvió a proferir un grito histérico.

-¡Silencio! -dijo el señor Adams, alzando su trémula mano-. Cállense todos por un momento. ¡Agatha! -le gritó a su nietecita con toda la fuerza posible-. Escúchame.

Durante la pausa que siguió, los presentes sólo pudieron oír el débil chillido de la criatura, que gritaba frenéticamente presa del pánico en la oscuridad de la caja.

-¡Tesoro mío! -gimió la madre-. ¡Se morirá de miedo! ¡Abran la puerta! ¡Oh, fuércenla! ¿No pueden ustedes hacer algo?

-Sólo en Little Rock hay un hombre que pueda abrir esa puerta -dijo el señor Adam, con vez trémula-. ¡Dios mío! ¿Qué haremos, Spencer? Esa criatura... esa criatura no se puede quedar mucho tiempo ahí. No hay suficiente aire, y además sufrirá convulsiones de miedo.

La madre de Agacha golpeaba con frenesí la puerta de la caja. Alguien sugirió la descabellada idea de usar dinamita. Annabel se volvió hacia Jimmy, con los grandes ojos llenos de angustia, pero sin desesperar aún. A una mujer nada le parece totalmente imposible para el hombre a quien adora.

-¿No podrías hacer algo, Ralph ... ? ¿No podrías ... intentarlo?

-Annabel -dijo-. Dame esa rosa que luces... ¿quieres?

Incrédula, creyendo no haber oído bien, Annabel desprendió el capullo de su pechera y lo depositó en su mano. Jimmy se lo metió en el bolsillo del chaleco, se despojó del saco y se arremangó. Con cato acto, Ralpl D. Spencer desapareció y lo substituyó Jimmy Valentine.

-Apárten todos de la puerta -ordenó, lacónicamente.

Puso la maleta sobre la mesa y la abrió. A partir de este momento pareció no notar la presencia de nadie. Sacó con rapidez y ordenadamente las relucientes y extrañas herramientas, silbando para sí como lo hacía siempre cuando trabajaba. Sumidos en un profundo silencio e inmóviles, los demás lo observaban como hechizados.

Al cabo de un minuto, el taladro favorito de Jimmy penetraba suavemente en la puerta de hierro. A los diez -superando su propio record de ladrón- Jimmy descorrió los pasadores y abrió la puerta.

Agatha, casi desvanecida pero ilesa, cayó en brazos de su madre.

Jimmy Valentine se puso el saco, franqueó la barandilla y se dirigió hacia la puerta del banco. Al hacerlo le pareció oír que una lejana voz, conocida antaño, le gritaba: “Ralph!”. Pero no vaciló.

En la puerta parecía esperarlo un hombre corpulento.

-¡Hola, Ben! -dijo Jimmy, siempre con su extraña sonrisa-. Por fin me ha echado el guante... ¿eh? Bueno, vamos. Ahora creo que tanto me da.

Y entonces Ben Price obró de una manera bastante extraña.

-Creo que se equivoca, señor Spencer -dijo-. Que yo sepa, no lo conozco. Tengo entendido que su coche lo espera ... ¿verdad?

Y Ben Price le volvió la espalda y echó a andar despaciosamente calle abajo.

Una Navidad en el empalme

Christmas by Injunction

Yellowhammer era un pueblo minero construido básicamente de lona y madera de pino sin desbastar. Cherokee era el padre cívico de Yellowhammer. Era un buscador de filones. Un día, mientras su burro devoraba agujas de pino mezcladas con trozos de cuarzo, el pico de Cherokee sacó un pedazo de metal de treinta onzas de peso. Denunció el yacimiento y obtuvo la concesión. Como le gustaba darse corte de hombre hospitalario y abierto, invitó a los amigos que vivían en los tres estados más cercanos al pueblo, para que fuesen a la región y poder compartir su fortuna con ellos.

Ninguno de los invitados declinó la invitación ni perdió la oportunidad, ni ninguno dijo que sentía no complacer a su amigo. Todos afluyeron desde el condado del Gila, desde Río Salado, desde Pecos, desde Alburquerque, desde Fénix y Santa Fe, y hasta de las planicies que existen entre aquellos lugares.

Cuando se congregaron un millar de ciudadanos y todos plantearon sus derechos respectivos a las concesiones mineras, le dieron a la nueva población el nombre de Yellowhammer, nombraron un cuerpo de vigilantes y regalaron a Cherokee una cadena de reloj hecha de pepitas de oro.

Tres horas después de aquellas ceremonias resultó que Cherokee no se había topado con una mina, sino con un simple depósito suelto de mineral aurífero. Entonces lo dejó y realizó infinitos intentos. La suerte se había limitado a rozarle un poco, pero nada más. Jamás encontró en Yellowhammer ni el polvo de oro suficiente para pagar sus gastos en el bar. Pero el millar de personas a las que había invitado a ir allí prosperaban magníficamente, y Cherokee los felicitaba y sonreía.

Los habitantes de Yellowhammer pertenecían a ese tipo de hombres que se sacan el sombrero ante aquel que sabe perder sonriendo. Por lo tanto, invitaron a Cherokee a que les dijera cómo y de qué manera podían serle útiles.

-¿A mí? -dijo Cherokee-. No hablemos de eso. Seguiré insistiendo y buscaré oro en el Mariposas. Si me va bien, ya se enterarán. Yo no soy de los que dejan de lado a sus amigos.

En mayo Cherokee juntó sus pertenencias sobre el lomo de su burro y dirigió su activa frente de piel de color de ratón hacia el Norte. Muchos ciudadanos lo acompañaron como escolta hasta los indefinidos límites de Yellowhammer y se despidieron con repetidos adioses y muchos consejos y recomendaciones. Lo obligaron a aceptar que llevara cinco cantimploras tan llenas que no quedaba aire entre corcho y contenido, y se le recordó que podía pensar en Yellowhammer como un lugar donde siempre tendría una cama para dormir, jamón con huevos para comer y agua caliente para afeitarse; se le hacía esta oferta permanente, pensando que la suerte tal vez no le sonriera cuando desembarcase en el Mariposas.

El título de padre cívico de Yellowhammer le fue concedido por los buscadores de oro de acuerdo con su popular sistema de nomenclatura. No era necesario para un ciudadano exhibir su partida de bautismo para recibir un sobrenombre. El apellido de cada uno era de su personal propiedad. Pero para llamarlo de modo más directo en el bar y poder diferenciarlo de otros hombres de camisa azul, era mejor un apelativo temporal, en forma de título o de epíteto, que le fuera endosado por el público. Las peculiaridades personales solían proporcionar el origen de esos bautismos no legales. A muchos se los “bautizaba” geográficamente, por el nombre de la región de donde decían venir. Algunos explicaban sin vergüenza que se llamaban Thompson o Adams, y esto enturbiaba casi siempre la sonoridad de sus otros sobrenombres. Algunos tipos de dudosa apariencia y desvergonzados daban sin dudar sus nombres propios. A esto se lo consideraba un exceso de arrogancia y no solía gozar de popularidad. Uno que dijo llamarse Chesterton L. C. Belmont y lo demostró con cartas que le habían dirigido con tal nombre, recibió la orden imperativa de dejar el pueblo antes de que anocheciese. Los que gozaban de más popularidad eran de este estilo: Bajito, Piernas Zambas, Tejas, Guillermo el Vago, Rogers el Sediento, Riley el Cojo, El Juez, Ed California... y

Cherokee se ganó el sobrenombre a que se hace referencia porque afirmó haber vivido un tiempo con los indios cherokees.

El duodécimo día de diciembre, Baldy, que era el encargado del correo, llegó a Yellowhammer con noticias muy importantes.

-Vi en Alburquerque -dijo Baldy a los parroquianos del bar- a Cherokee hecho un gran señor y vestido como el zar de Rusia, gastando dinero a montones. Los dos nos divertimos de lo lindo, y bebimos vino de ese que hace espuma, y Cherokee no me dejó pagar nada. Tenía los bolsillos tan llenos de dólares como la banca de una mesa de juego.

-Cherokee dio con un yacimiento de oro –opinó Ed California-. Es muy buen tipo y me alegro mucho de sus éxitos.

-Cherokee podría venir a Yellowhammer a charlar con los amigos -agregó otro, algo molesto-. Pero así son las cosas. Cuando a uno le va bien, ya no se acuerda de los demás.

-Espere -interrumpió Baldy-. A eso iba. Cherokee ha encontrado un yacimiento de un metro de profundidad en el Mariposas. Con eso podría irse a vivir a Europa forrado de riquezas. Pero en vez de hacer eso, se lo vendió a un sindicato por cien mil dólares al contado. Se compró un abrigo de piel de foca y un trineo rojo. ¿A qué no imaginan lo que se propone hacer ahora?

-Poner un garito -señaló Tejas, que cuando imaginaba las posibilidades de pasarla bien sólo pensaba en el juego.

-Volver a buscar a su amada -dijo Bajito, un mozo pintón, que siempre hablaba con voz cantarina, que solía llevar fotografías de mujeres en el bolsillo y que se adornaba el cuello con un pañuelo bordó.

-¿Piensa comprar un bar? -preguntó Rogers el Sediento.

-Cherokee -continuó Baldy- me llevó a una habitación que tiene reservada y me enseñó todo lo que tenía. Estaba llena de tambores, muñecas, patines, bolsitas de caramelos, animales de trapo, cajitas de sorpresas, pitos y más cosas propias para niños. ¿Saben lo que se propone hacer con todas esas inutilidades? No lo adivinarán, pero Cherokee me lo dijo. Piensa cargarlo todo en su trineo rojo y... Pero esperen un minuto y no pidan más copas por ahora. Quiere venir a Yellowhammer y obsequiar a todos los niños del pueblo con el mayor árbol de Navidad que se haya visto nunca, y con la mayor muñeca de esas que lloran, y con la mejor juguetería que se haya visto al oeste del cabo Hatteras.

Siguieron dos minutos de absoluto silencio a las palabras de Baldy. El mutismo fue interrumpido por el cantinero, quien, comprendiendo sagazmente que el momento era oportuno para mostrar liberalidad, hizo servir por su cuenta una docena de vasos de whisky para todos los reunidos ante el mostrador. Los vasos llegaron patinando uno tras otro por la superficie húmeda. Una botella cerraba la marcha.

-Pero no les contaste que... -dijo un minero al que llamaban Trinidad.

-No -respondió Baldy, pensativo-. Ni sé cómo hacerlo. Cherokee ha comprado y pagado ya todas esas inutilidades navideñas. Además, los dos teníamos el cerebro un poco confuso por lo que habíamos chupado, como ya expliqué, y no se me ocurrió decirle nada, para aclararle sus conceptos al respecto.

-No puedo dejar de demostrar cierta sorpresa -señaló el Juez, colgando de la barra su bastón de puño de marfil- con respecto a la errónea idea que tiene Cherokee de nuestra... de su población.

-Pues el comprenderlo no constituye la octava maravilla del mundo -replicó Baldy-. Cherokee no está en Yellowhammer desde hace siete meses. En este tiempo podían haber sucedido muchas cosas. ¿Cómo quieren que sepa que en esta población no hay un solo niño y que, si nos guiamos por las huellas que ofrece la inmigración femenina, no es de esperar que tengamos ni uno en mucho tiempo?

-Pensando bien en ello -observó Ed California-, es curioso que ninguno lo haya pensado. Pero la localidad no se ha desarrollado lo suficiente para dar cabida a la brigada del carmín y el estropajo. ¿No les parece?

-Para rematar sus propósitos pascuales -continuó Baldy-, Cherokee se propone llegar vestido de Papá Noel. Tiene una peluca y una barba blanca que lo ocultan por completo y le hacen parecer una de esas estampas que se ven en los libros de William Cullen Longfellow. También ha preparado ropas rojas que hacen juego con las pieles, y unos guantes de ocho onzas, y un gorro rojo, picudo y con borla. ¿No es lamentable que con semejante aparato no vaya a encontrar un sólo Guillermín o una sola Anita deseosos de los regalos de San Nicolás?

-¿Cuándo va a venir Cherokee con su cargamento? -inquirió Trinidad.

-La víspera de Navidad -respondió Baldy-. Y quiere que le tengamos preparado un cuarto para almacenar los juguetes y un árbol ya cortado y listo para plantar. Y quiere que las mujeres que sean invitadas contengan sus lenguas para no privar de la sorpresa a los niños.

La conversación de aquellos hombres describía con exactitud la condición estéril de Yellowhammer. Nunca una voz infantil había animado el interior de las toscas moradas, ni unos diminutos pies, que proporcionan tanta felicidad, habían pisado el descuidado camino que corría entre las dos filas de tiendas de campaña y edificios burdamente construidos. En el futuro, sí habría niños. Pero por ahora Yellowhammer era un campamento de montaña y no se encontraba en él ni un solo par de pícaros e inquisitivos ojos abriéndose por la mañana al encanto del día. No existían menudas manos que intentasen asir los desconcertantes arreos de San Nicolás, ni entusiasmadas voces pueriles podían recibir con alegría los espléndidos regalos del afectuoso Cherokee.

En Yellowhammer no había más que cinco mujeres.

La mujer del verificador de metales, la propietaria de la fonda Lucky Strike y una lavandera en cuya tina quedaba diariamente, después del trabajo, una onza de polvo de oro. Esas eran las vecinas permanentes. Las que se hallaban como transeúntes se llamaban las hermanas Lentejuela. Atendían, respectivamente, por los nombres de Erma y Fanchon y pertenecían a la Compañía Transcontinental de Comedias, que entonces representaba piezas de repertorio en el “improvisado” Teatro Imperial. En cambio, no se contaba ni con un solo llanto de niño. Algunas veces la joven Fanchon interpretaba con ingenio y destreza el papel de algún chico robusto, pero entre sus contornos y los perfiles preadolescentes que la fantasía parecía designar como propios de los destinatarios de las ofrendas de Cherokee, se interponía un abismo.

El día de Navidad caía el jueves siguiente. El martes por la mañana, Trinidad, en vez de dirigirse al trabajo, fue al Lucky Strike y preguntó por el Juez.

-Sería indigno de Yellowhammer -expuso Trinidad- decepcionar a Cherokee, y precisamente en las Navidades. Puede decirse que ese hombre es el fundador de la ciudad. Voy a ver lo que puedo hacer para complacerle en su papel de Papá Noel.

-Con placer prestaré mi cooperación -agregó el Juez-. Debo a Cherokee muchos favores. Hasta ahora he pensado que la carencia de niños era un lujo que nos dábamos, pero en el presente caso... En fin, no sé lo que podríamos hacer.

-Tiene adelante suyo -dijo Trinidad- a un hombre de iniciativa y recursos mentales. Voy a enganchar el carro y traeré un cargamento de niños para que asistan a la fiesta de Navidad, aunque tenga que raptar a todos los internados de un asilo de huérfanos.

-¡Eureka! -exclamó el Juez, con entusiasmo.

-No fuiste tú quien ha descubierto nada -atajó Trinidad decididamente-, sino yo. En el colegio me enseñaron esa palabra latina.

-Te acompañaré -manifestó el Juez, empuñando su bastón-. Acaso la elocuencia y don de lenguaje que pueda yo poseer persuadirán a nuestros jóvenes amigos de que apoyen el proyecto.

Una hora más tarde, Yellowhammer en pleno sabía y aprobaba el plan de Trinidad y el Juez. Algunos ciudadanos, que conocían familias con hijos en una extensión de cuarenta millas a la redonda, ofrecieron su colaboración, concretada en informes. Trinidad tomó cuidadosa nota de todo y después se lanzó a la caza de un vehículo con sus correspondientes caballos.

El primer lugar en que contaban detenerse era una casa de duros troncos, ubicada a unas quince millas de Yellowhammer. Cuando Trinidad llamó, un hombre abrió la puerta y, atravesando la explanada delantera de la casa, se dirigió a la vencida tranquera de entrada. En el umbral de la cabaña se hacinaban varios niños, andrajosos algunos, pero todos rebosantes de curiosidad y salud.

-Verá usted -explicó Trinidad-. Nosotros vivimos en Yellowhammer, y hemos salido a secuestrar niños, en el buen sentido de la palabra. Uno de nuestros más sobresalientes ciudadanos se ha obsesionado con hacer de San Nicolás, y mañana llegará al pueblo cargado con la mitad de los juguetes de maravillosos colores que se fabrican en Alemania. El más joven de los vecinos de Yellowhammer lleva una cuarenta y cinco en el cinturón y usa navaja de afeitar. De manera que no estamos muy bien preparados, digamos, para empezar con exclamaciones de asombro cuando alguien encienda las velitas del árbol de Navidad. Si usted, compañero, nos presta unos cuantos niños, le damos nuestra palabra de devolvérselos sanos y salvos el mismo día. Volverán después de haber pasado un buen rato y traerán ejemplares de El Robinson Suizo, y tambores rojos, y cuernos de la abundancia, y otros regalos del mismo estilo. ¿Qué le parece?

-En otras palabras -completó el Juez-, hemos descubierto, por primera vez, en nuestra embriónica aunque progresiva localidad, los inconvenientes de la ausencia de niños. Habiendo llegado la época del año en que es costumbre obsequiar a los tiernos y jóvenes reto...

-Entiendo -dijo el padre, apretando con un dedo el tabaco de la chimenea de su pipa-. No pienso hacerles perder su tiempo, señores. Mi mujer y yo tenemos siete hijos y, examinándolos a todos en conjunto, no veo que ni ella ni yo podamos prescindir de ninguno para complacer a ustedes. Mi mujer ha preparado maíz confitado y tiene unos cuantos muñecos de trapo en los baúles, y pensamos ofrecer a los pequeños una idea de lo que es la Navidad según nuestras limitadas posibilidades. Por mucho que quisiera, no vería el momento de desprenderme de ninguno de los muchachos. Gracias por su amabilidad, señores.

Descendieron la ladera y se encaminaron hacia el rancho de Wiley Wilson. Trinidad repitió su petición y el Juez la subrayó con su poderosa antifonía. La mujer de Wiley llamó a su lado a sus dos sonrosados vástagos y no los dejó alejarse de su pollera hasta que Wilson, riendo, movió la cabeza. Otra negativa.

Trinidad y el Juez agotaron sin resultado positivo más de la mitad de su lista. Ya el crepúsculo descendía sobre las montañas. Pasaron la noche en una posada y se pusieron en movimiento al llegar la mañana siguiente.

En el carro no había subido ni un solo pasajero, aparte de los dos hombres que lo guiaban.

-Empieza a crecer en mi cerebro -dijo Trinidad- la idea de que pedir niños prestados en vísperas de Navidades es como pedir manteca a un hombre que se dispone a preparar en el horno bollos calientes.

-Es un hecho indiscutible -acordó el Juez- que los vínculos familiares parecen más estrechos y coherentes que nunca en esta época del año.

El día anterior al de la Pascua navideña los dos gestores recorrieron treinta millas, e hicieron cuatro paradas y otras tantas inútiles tentativas. Por lo que se veía, a todos los interpelados les parecía tener un tesoro en sus hijos.

Caía el sol cuando la esposa del jefe de sección de un solitario ferrocarril les dijo, mientras resguardaba tras ella su tampoco disponible progenie:

-En el empalme de Granito hay una mujer que acaba de alquilar el bar de la estación. Creo que tiene un niño. Quizá se lo preste.

A las cinco de la tarde Trinidad tiró de las riendas de las mulas en el empalme de Granito. El tren acababa de partir con su carga de alimentados y repantigados pasajeros.

En el sector de la escalera que conducía al bar de la estación había un niño de unos diez años, fumando un cigarrillo. El comedor del bar se hallaba en un total estado de caos después de satisfacer a tantos peripatéticos apetitos. Una mujer aún joven estaba recostada, exhausta,

en una silla. En su rostro se dibujaban huellas de sufrimiento. Sin duda, había poseído en otros tiempos cierta clase de belleza que no la abandonaría jamás pero que jamás volvería. Trinidad se lanzó a cumplir la misión que lo llevaba allí.

-Consideraré un favor que se lleven a Bobby por algún tiempo -dijo ella con voz cansada-. Tengo que trabajar aquí de la mañana a la noche y no me queda tiempo para atenderlo. Además, está aprendiendo muchas malas costumbres de los hombres que vienen a comer aquí. Si se lo llevan, será el único modo de que goce de las Navidades.

Los hombres salieron y conferenciaron con Bobby. Trinidad describió con vívidos colores las glorias del árbol de Navidad y sus regalos.

Además, mi joven amigo -añadió el Juez-, San Nicolás en persona va a presentarse a distribuir los obsequios, símbolo de los que ofrendaron los pastores de Belén, y...

-Lárguense de aquí -dijo el chico, mirándoles perversamente con el rabillo del ojo-. No soy un chiquito. No existe San Nicolás. Son los mayores los que compran los juguetes y se los ponen a los pequeños mientras están dormidos. Después marcan huellas en la ceniza de la chimenea, con las pinzas, para hacer como que ha pasado por allí el trineo de San Nicolás.

-Podrá ser así -respondió Trinidad-, pero no es así; los árboles de Navidad no son un cuento de hadas. Y el de ahora va a parecer como el almacén de juguetes de todo a diez centavos que hay en Alburquerque. Imagina todo lo que se vende allí reunido en un solo árbol. Habrá tambores, y arcas de Noé, y gorros, y...

-¡Porquerías! -exclamó Bobby irritado-. Hace mucho que prescindí de todo eso. Yo lo que quiero es un fusil. Y no de salón, sino de verdad, para poder cazar gatos salvajes. Seguramente no tienen ustedes un fusil verdadero en su árbol de Navidad.

-No puedo asegurarlo -contestó Trinidad diplomáticamente-. Tal vez sí. Podés venir con nosotros y verlo.

Así, alimentada una esperanza, aunque débil, el dubitativo joven otorgó su consentimiento. Y con aquel único beneficiario de la bondad de Cherokee los buscadores de niños emprendieron el regreso al pueblo.

En Yellowhammer un galpón vacío fue transformado en lo que podía ser el entoldado de una feria de Arizona. Las mujeres habían hecho bien su trabajo. En el centro del galpón se elevaba un enorme árbol de Navidad, cubierto de velitas, adornos y juguetes hasta la más alta de las ramas, suficientes para una veintena de niños. A medida que llegaba el crepúsculo una multitud de ojos ansiosos habían empezado a mirar la calle, esperando el retorno de los proveedores de niños. Cherokee había penetrado en la población al mediodía, con su trineo lleno de paquetes, cajas y atados de todos los tamaños y formas. Tan intensamente se embarcó en la preparación de sus planes altruísticos, que ni siquiera notó que no se veían niños por ninguna parte. Nadie se animó a explicarle el humillante estado que en aquel sentido se encontraba Yellowhammer, porque esperaban que los esfuerzos de Trinidad y del Juez alcanzasen para suplir la deficiencia.

Cuando el sol se puso, Cherokee, haciendo muchas señas y muecas con su curtido rostro, se retiró a una habitación apartada, llevándose el paquete que contenía su disfraz de San Nicolás y otro bulto que contenía regalos especiales, que no había mostrado a nadie.

-Cuando los niños estén reunidos -indicó al comité de voluntarios que se habían encargado de los arreglos pertinentes-, enciendan las luces del árbol y hagan que los pequeños empiecen a cantar: El gatito busca un rincón y El rey Guillermo. Cuando todos estén bien distraídos, San Nicolás aparecerá en la entrada. Creo que habrá abundantes regalos para todos.

Las mujeres se movían alrededor del árbol, dando los toques finales que en la práctica nunca llegaban a un final. Las hermanas Lentejuela aparecían con los vestidos que la señora Violeta de Vere y su doncella María iban a lucir en el nuevo drama La amada del minero. El teatro no se abría hasta las nueve y a las dos jóvenes se las había recibido como bien venidas visitantes con motivo del montaje del árbol de Navidad. Una y otra auxiliaban a la comisión encargada de los festejos pascuales. A cada instante asomaban las cabezas a la puerta, en espera y a la escucha del vehículo de Trinidad y el Juez. Y la expectación empezaba a

convertirse en ansiedad, porque había llegado la noche y era necesario encender las luces del árbol. La irrupción de Cherokee disfrazado era inminente.

Por fin, el carro con los buscadores de niños hizo chirriar sus ruedas sobre el suelo de la calle. Las mujeres, lanzando excitados gritos, se aprestaron a encender las velas. Los hombres de Yellowhammer salían y entraban del cuarto, formando nerviosos grupos.

Trinidad y el Juez, cuyos rostros mostraban las marcas inequívocas del cansancio de su prolongado viaje, entraron en el almacén conduciendo a un solo chico, de aspecto travieso y que miraba con ojos pesimistas y hoscos el brillante árbol.

-¿Dónde están los otros niños? -preguntó la mujer del verificador, reconocida dirigente mayor de todas las actividades de tipo social.

-Señora -dijo Trinidad, suspirando-, buscar niños en vísperas de Navidad es como querer hallar plata en la piedra caliza. El asunto paternal es cosa que no alcanzo a comprender. Por lo que siempre se oye, cualquiera pensaría que los padres y las madres están deseosos de ver a sus hijos ahogados, secuestrados, envenenados con jugos vegetales y desgarrados por gatos monteses durante trescientos sesenta y cuatro días del año. Pero el de Navidad todos insisten en gozar de la mortificación de la compañía infantil. Este joven bípedo, señora, es el único fruto que han obtenido nuestras maniobras durante dos días.

-¡Qué niño tan lindo! -comentó Erma con acariciadora voz, acercándose y barriendo el suelo del galpón con la cola del vestido de Violeta de Vere.

-¡Cállese! -gruñó Bobby-. ¿Quién es el niño? Usted no, por supuesto.

-¡Qué muchacho tan decidido! -murmuró la joven Erma, esmaltando su rostro con una sonrisa.

-Hemos hecho cuanto podíamos -aseguró Trinidad-. Siento la desilusión de Cherokee, pero no he podido evitarlo.

Se abrió la puerta y entró Cherokee ostentando el tradicional disfraz de San Nicolás. Una barba blanca y una abundante melena cubrían su rostro, dejando apenas al descubierto sus ojos oscuros y brillantes. Llevaba una bolsa al hombro.

Todos permanecieron inmóviles. Hasta las hermanas Lentejuela dejaron de adoptar actitudes coquetas y miraron con curiosidad la alta figura del hombre. Bobby permanecía con las manos en los bolsillos, mirando sombríamente el afeminado y pueril árbol pascual. Cherokee dejó su bolsa en el suelo y miró escrutadoramente el ambiente. Tal vez imaginaba que en las cercanías estaba escondida una tropa de niños listos a entrar ruidosamente en el galpón cuando él llegara. Finalmente, se acercó a Bobby y le tendió su mano enguantada.

-Felices Pascuas, niño -dijo Cherokee-. Puedes sacar del árbol cualquier cosa que te guste. ¿No quieres estrechar la mano de San Nicolás?

-No hay San Nicolás -replicó el niño con voz adusta-. Usted es un hombre común y lleva barba postiza. Y yo no soy ningún niño. No me interesan las muñecas ni los caballos de hojalata. El conductor del carro me dijo que aquí había un fusil y no lo veo. Quiero volverme a casa.

Trinidad se dijo que habría que ir a Roma por todo. Estrechó la mano de Cherokee con calor y le dijo:

-No sabes cuánto lamento esto, Cherokee. Pero en Yellowhammer no existe un solo niño. Hemos querido buscarlos fuera para complacerte y en nuestro intento de pesca sólo hemos encontrado esta sardina. Es un ateo y no cree en San Nicolás. El juez y yo creíamos poder llegar con un carro lleno de candidatos a tus regalos.

-Entiendo -dijo Cherokee con seriedad-. Los gastos hechos no vale la pena mencionarlos. Podemos guardar las compras en un galpón cualquiera o tirarlas a la basura. No sé en qué estaría yo pensando, pero no se me pasó por la cabeza la idea de que no hubiera niños en Yellowhammer.

Mientras tanto, el resto de los allí reunidos se entregaba a una vana pero loable imitación de lo que debiera ser una velada de placer.

Librodot

Bobby se había replegado hasta una silla distante y miraba fríamente la escena, con una expresión de claro enojo grabada en su cara. Cherokee, ateniéndose aún a su idea original, se acercó al pequeño.

-¿Dónde vives, muchacho? -le preguntó con respeto.

-En la estación del empalme de Granito -contestó Bobby.

Hacía calor en el cuarto. Cherokee se quitó el gorro, la peluca y la barba.

-¡Hombre! -exclamó Bobby con cierto interés-. Yo lo conozco a usted.

-¿Me has visto alguna vez? -preguntó Cherokee.

-No sé, pero su retrato sí lo he visto infinidad de veces.

-¿Dónde?

El muchacho dudó un instante.

-En la mesa de mi casa -respondió luego.

-¿Cómo te llamas?

-Roberto Lumsden. El retrato que le digo es de mi madre. Lo pone debajo de la almohada por las noches. Un día le vi besarlo. Yo no haría talcosa por nada del mundo. Pero las mujeres son así.

Cherokee, levantándose, se dirigió a Trinidad.

-No dejes que el muchacho se vaya hasta que yo vuelva -dijo-. Voy a guardar estas chucherías y a enganchar los caballos al trineo. Tengo que llevar a este mocoso a su casa.

Trinidad se sentó en la silla que Cherokee había ocupado hasta entonces al lado del niño.

-Bien, infiel -dijo-. Parece que tienes demasiados años para sentir el.... de tonterías como los caramelos y los juguetes, ¿no?

-No me gusta usted -dijo Bobby con acritud-. Me aseguró que aquí habría un fusil. Y resulta que vengo a un lugar donde no se puede ni fumar. Quiero volver a casa.

Cherokee llegó a la puerta con su trineo. Los hombres colocaron a Bobby junto al conductor. Los espléndidos caballos caracoleaban sobre la nieve. Cherokee se cubría con un abrigo de pieles que valía quinientos dólares. Puso sobre sus rodillas y las del chico una cálida y suave manta como el terciopelo.

Bobby sacó un cigarrillo y trató de encender un fósforo.

-Tira ese cigarrillo -ordenó Cherokee con voz plácida, pero insólita en él; Bobby dudó, y terminó arrojando a la nieve el pequeño cilindro de papel.

-Tira también el paquete -ordenó Cherokee. El chico obedeció a regañadientes.

-¿Sabe -exclamó de pronto- que me es usted simpático? No sé por qué. Nadie hasta ahora me ha obligado a hacer cosas que yo no quisiera hacer.

-Niño -murmuró Cherokee, ya con la voz de costumbre-, ¿estás seguro de que tu madre besó una vez el retrato que dijiste?

-Seguro. La vi yo mismo.

-¿No decías que deseabas un fusil?

-Sí. ¿Me lo va a regalar usted?

-Mañana. Con incrustaciones de plata.

Cherokee consultó el reloj.

-Son las nueve y media. Llegaremos al empalme a tiempo de celebrar la Navidad. ¿Tienes frío? Acércate más, hijo.

Cómo asaltar un tren

Holding Up A Train

El hombre que me relató estos hechos vivió durante muchos años al margen de la ley en el Suroeste y participó en las acciones que describe con tanta franqueza. Su esquema del modus operandi puede resultar interesante, y sus consejos valiosos para el potencial pasajero de un tren asaltado, mientras que su valoración de los placeres del oficio difícilmente inducirán a nadie a abrazarlo. Reproduzco la historia sin apenas alterar el texto original.

O. H.

***

Si se le pidiera su opinión, la mayoría de la gente diría que asaltar un tren es una tarea complicada. Y bien, no es así; al contrario, es fácil. He contribuido a fomentar la inquietud en las líneas férreas y el insomnio de los pasajeros, y el mayor problema que me presentó un asalto fue que individuos desaprensivos me estafaran cuando estuviera gastándome el dinero. El peligro no era nada del otro mundo, y los inconvenientes nos tenían sin cuidado.

Hay un hombre que ha estado muy cerca de robar un tren sin ayuda; un puñado de veces dos asaltantes se salieron con la suya; tres pueden hacerlo si son eficaces, pero cinco es el número ideal. La hora y el lugar dependen de varias cosas.

El primer zarpazo en que participé ocurrió en 1890. Quizá la manera en que me metí en el asunto explique cómo se inicia en la profesión la mayoría de los ladrones de trenes. Cinco de cada seis delincuentes del Oeste son vaqueros sin trabajo que equivocan el camino. El sexto es un farsante del Este que se viste de villano y practica alguna triquiñuela de esas que dan mala fama. Los cinco primeros son producto de las cercas de espino y los terratenientes; el sexto, de un corazón malsano.

Jim S. y yo trabajábamos en el rancho 101 de Colorado. Los terratenientes traían al vaquero a mal traer. Se habían apropiado de la tierra y elegido representantes de la justicia con los que era difícil entenderse. Un día que volvíamos al Sur después de un rodeo, Jim y yo entramos en La Junta. Nos estábamos divirtiendo un rato sin hacer daño a nadie, cuando una batida de rancheros nos interrumpió y trató de encarcelarnos. Jim mató a un ayudante del sheriff y yo me puse de su lado. La escaramuza siguió en la calle Mayor sin demasiada suerte para los provocadores. Después de un rato, nos escabullimos y escapamos hacia el rancho, que quedaba a orillas del Ceriso. Nuestros caballos no volaban, pero eran muy capaces de cazar pájaros.

Unos días después de aquello, una pandilla de provocadores de La Junta vino al rancho con la pretensión de llevarnos con ellos. Como es natural, rechazamos la oferta. Estaban fuera de la casa y, antes de que acabáramos la discusión, las viejas paredes de adobe se llenaron de plomo. Al caer la oscuridad, los rociamos con una lluvia de balas y nos escurrimos por la puerta de atrás en busca de las rocas. Era seguro que nos habían visto. No nos quedaba más remedio que separarnos, cosa que hicimos, para volver a reunirnos en Oklahoma.

Allí no había nada que hacer y, como estábamos en las últimas, decidimos emprender una pequeña operación en el ramo ferroviario. Nos aliamos con Ike y Tom Moore, dos hermanos hechos de buen material y con ganas de convertirlo en polvo. Puedo emplear sus nombres porque los dos han muerto. A Tom lo mataron durante el asalto a un banco de Arkansas. A Ike, en el mucho más peligroso trance de asistir a un baile en Creek Nation.

Elegimos un tramo del Santa Fe donde había un puente sobre un cañón bordeado de grandes árboles. En un extremo del puente había una cisterna donde los pasajeros solían beber agua. Era un lugar tranquilo; la casa más cercana estaba a ocho kilómetros de distancia. La víspera del asalto dimos descanso a los caballos y cavilamos sobre cómo lo haríamos; ninguno de los cuatro había robado nunca un tren y, por lo tanto, el plan no estaba del todo elaborado.

El expreso de Santa Fe debía detenerse en la cisterna a las 11.15 de la noche. A las once, Tom y yo nos apostamos a un lado de la vía y Jim e Ike se colocaron al otro. Cuando el tren comenzó a acercarse, la luz del faro relampagueando sobre los rieles y el vapor subiendo entre

silbidos, sentí que el cuerpo entero se me aflojaba. Habría aceptado trabajar todo un año en un rancho a cambio de abandonar el asuntito en aquel mismo instante. Algunos de los hombres más templados del oficio me han contado que la primera vez les sucedió lo mismo.

Apenas se había parado la máquina, cuando trepé a uno de los estribos y Jim, al otro. Tan pronto como el maquinista y el fogonero vieron las armas, alzaron las manos sin que se lo pidiéramos y rogaron que no disparáramos, diciendo que harían lo que se les indicara.

-Fuera de aquí -ordené, y los dos saltaron a tierra. Los hicimos caminar delante de nosotros a lo largo del tren. Mientras sucedía esto, Tom e Ike, uno a cada lado de la vía, disparaban y aullaban como apaches para mantener a los pasajeros dentro de los vagones. Un tipo sacó por una ventanilla una pistola del 22 y tiró al aire. Retrocedí y de un golpe le hice añicos el cristal sobre la cabeza. Eso bastó para sofocar toda resistencia.

A esas alturas, ya no me sentía nervioso. Me invadía una especie de excitación agradable, como si estuviera en un baile, una fiesta o algo por el estilo. Las luces de los vagones estaban apagadas, y a medida que Tom e Ike dejaron de disparar y soltar alaridos, se fue imponiendo un silencio de camposanto. Recuerdo haber oído un pajarillo que chillaba en un arbusto, junto a las vías, como quejándose de que lo hubiesen despertado.

Le ordené al fogonero que trajese una linterna y después avancé hasta el vagón–correo y le grité al mensajero que abriera si no quería que lo perforase. El tipo abrió la puerta corredera y se quedó allí, con las manos alzadas. «Salta, hijo», dije yo, y él cayó a tierra como un saco lleno de plomo. Había dos cajas de seguridad, una grande y otra pequeña.

Debo aclarar que, antes que nada, localicé el arsenal del mensajero: una escopeta de perdigones, de doble cañón, y un revólver del 38. Descargué la escopeta, me guardé el revólver en el bolsillo y volví a llamar al mensajero. Le acaricié la nariz con mi arma y le puse a trabajar. No logró abrir la caja grande, aunque sí la pequeña. Era una magra ganancia por la molestia que nos habíamos tomado, de modo que decidimos hacer una colecta entre los pasajeros. Llevamos a los prisioneros al salón de fumar y de allí enviamos al maquinista a encender las luces de los vagones. Comenzando por el primero, colocamos un centinela en cada entrada y ordenamos a los pasajeros que se pusieran en pie entre los asientos, con las manos levantadas.

Si quieren ustedes comprobar qué partida de cobardes son la mayoría de los hombres, no tienen más que robar un tren de pasajeros. No me refiero al hecho de que no se resistan -más adelante diré por qué no pueden hacerlo-, sino a que la forma en que pierden el juicio da verdadera pena. Grandes, fornidos viajantes, granjeros y ex soldados, empleados de cuello duro y gentes de todo tipo, que unos momentos antes llenaban el coche de ruido y comentarios, de pronto se asustan tanto que se les doblan las orejas.

A esa hora de la noche había muy pocas personas en los vagones ordinarios, de modo que poco obtuvimos hasta llegar a las cabinas. El revisor de la Pullman se reunió conmigo en una de las puertas mientras Jim se apostaba en la otra. Con toda corrección me informó que yo no podía entrar en ese coche porque no pertenecía a la empresa ferroviaria y, por otra parte, ya se había perturbado bastante a los pasajeros con gritos y disparos. Jamás en mi vida he vuelto a encontrar ejemplo más acabado de dignidad oficial y confianza en los poderes de mister Pullman. Hundí el revólver en el pecho del controlador con tanta fuerza que más tarde encontré un botón firmemente atascado en el cañón y tuve que disparar para quitarlo. El farfulló algo que sonaba a ruido de cuchillo mellado y bajó los escalones del estribo.

Abrí la puerta del coche–cama y me metí. Un tipo alto y gordo se me acercó bamboleándose, lanzando soplos y bufidos. Tenía puesta una sola manga de la chaqueta e intentaba colocarse el chaleco encima. No sé por quién me habría tomado.

-Joven, joven -dijo-. Debe usted mantener la calma y no excitarse. Sobre todo, mantener la calma.

-No puedo -dije yo-. La excitación me está alterando.

Entonces lancé un aullido y agujereé una lámpara con mi 45. El viejo trató de zambullirse bajo una de las literas inferiores, pero surgieron de allí un chillido y un pie

desnudo que lo arrojaron contra la cesta del pan antes de hacerle aterrizar en el suelo. Vi que Jim entraba por la otra puerta y ordené que todo el mundo se alineara.

Empezaron a salir a gatas, y por un rato aquello pareció un circo de tres pistas. Los hombres tenían el aspecto manso y asustado de un puñado de conejos en una nevada. Como promedio, la ropa que cada uno llevaba consistía en un cuarto de traje y un solo zapato. En el pasillo había un tipo sentado con cara de estar resolviendo una difícil operación aritmética. Con toda solemnidad se empeñaba en calzar un zapato de mujer del treinta y siete en un pie del cuarenta y dos.

Las mujeres no perdieron tiempo en vestirse. Benditas sean, tenían tantas ganas de conocer a un verdadero ladrón de trenes que, envolviéndose en sábanas y frazadas, salieron de los compartimentos agitadas y gimoteantes. Siempre demuestran tener más curiosidad y agallas que los hombres.

Los alineamos y, cuando por fin reinó el silencio, recorrí la hilera. Encontré muy poco -en valores, quiero decir-. Había un tipo que era todo un espectáculo. Era uno de esos pelmazos grandullones, enormes y solemnes que van a las conferencias y escuchan con cara de listos. Antes de salir arrastrándose de la cabina, se las había ingeniado para ponerse la levita y una chistera de seda. Lo demás eran pijama y juanetes. Cuando lo registré, en lugar de obtener el lingote de oro o el fajo de bonos del gobierno que ese príncipe Alberto prometía, sólo encontré una pequeña arpa francesa de juguete. Para qué la llevaba, sigue siendo un misterio. Me sacó de quicio que me hubiese engañado de ese modo. Le aplasté el arpa en los morros.

-Ya que no pagas, por lo menos toca algo -le dije.

-No sé tocar -objetó él.

-Entonces empieza a aprender. Deprisa -dije dándole a oler el cañón del revólver.

El tipo aferró el arpa, se puso rojo como una remolacha y empezó a pulsar las cuerdas. Tocó una tonadita preciosa que yo recordaba haber oído cuando niño:

Soy la chica más bonita del país.
Papá y mamá me lo dijeron así.

Lo obligué a seguir tocando mientras permanecimos en el vagón. De vez en cuando él aflojaba y perdía tono; entonces me volvía y le preguntaba qué pasaba con aquella chica tan bonita, y si acaso tenía ganas de ir a reunirse con ella, lo cual bastaba para reanimarlo.

Creo que la estampa de ese gordinflón descalzo y con chistera, tocando el arpa de juguete, es la más divertida que he visto en mi vida. Una pelirroja que estaba en la cola empezó a reírse. Se la hubiese podido oír desde el otro vagón.

Jim los mantuvo a raya mientras yo revisaba las literas. Revolví aquellas camas y me apropié de una funda de almohada que fui llenando con la mercancía más extraña que se haya reunido jamás. A veces, al revolver las sábanas, tropezaba con una de esas pistolitas que bien podrían servir para emplomar muelas, y la tiraba por la ventana. Terminada la cosecha, volqué el contenido de la funda en medio del pasillo. Había una buena cantidad de relojes, brazaletes, sortijas, y también libretas, dientes postizos, botellas de whisky, polveras, caramelos de chocolate y pelucas de diversos colores y tamaños. También hallé cerca de una docena de medias de mujer que se habían usado para envolver relojes, fajos de billetes y joyas antes de esconderlas bajo el colchón. Ofrecí devolver las «cabelleras», explicando que no éramos indios en pie de guerra, pero ninguna de las damas se atrevió a solicitarlas.

Una de las mujeres -de muy buen ver, por cierto-, que se había cubierto con una sábana a rayas, exclamó, al verme recoger una media considerablemente abultada y con un peso raro a la altura del pie:

-Eso es mío, señor. No tendrán la intención de robar a las mujeres, ¿verdad?

El problema era que, siendo nuestro primer trabajito, no habíamos establecido un código de conducta ética, así que no supe cómo responderle. De todos modos repliqué:

-No en particular. Si aquí dentro hay algo de valor sentimental, puede quedárselo.

-Pues así es -declaró ella con firmeza, y extendió la mano para recibirlo.

-Me perdonará si antes examino el contenido -dije tomando la media por la punta. Lo que cayó al suelo fue un enorme reloj de hombre, que debía valer doscientos dólares, una billetera con seiscientos pavos y un revólver calibre 32. También apareció el único objeto que podía pasar por prenda de especial estima para una mujer: un brazalete de plata que debía costar cincuenta centavos.

-Madame, aquí tiene lo suyo -dije, y le entregué el brazalete-. Y ahora -proseguí-, ¿quiere explicarme cómo pretende que seamos amables cuando intentan engañarnos de este modo? Su conducta me sorprende.

La joven se ruborizó como si la hubiesen pillado cometiendo una acción vergonzosa. Otra mujer de la fila dijo en voz alta:

-¡Qué maldad! -Y nunca supe si se refería a mí o a la joven.

Cuando acabamos la faena, ordenamos que todo el mundo volviese a la cama, les dimos las buenas noches y nos largamos. Cabalgamos sesenta kilómetros antes de que amaneciera, y luego nos repartimos el botín. Cada uno recibió 1.752,85 dólares en efectivo. Dividimos las joyas. Por fin nos dispersamos, y cada uno siguió su propio camino.

Aquél fue mi primer robo de tren, y resultó tan fácil como cualquiera de los que le siguieron. Pero fue la única vez que registré a los pasajeros, porque es la parte del trabajo que menos me gusta. De aquella noche en adelante, siempre apunté directamente al vagón de correos. Durante los siguientes ocho años me hice con una buena cantidad de dinero.

El mejor golpe que di fue siete años después del primero. Nos enteramos de que cierto tren iba a transportar los salarios de todos los soldados de una guarnición gubernamental. Lo asaltamos a plena luz del día. Cinco de los que participábamos nos ocultamos en las dunas cercanas a una pequeña estación. La caja iba custodiada por diez soldados que bien podían haberse hallado de licencia en sus casas. Ni siquiera les dimos tiempo a asomarse a las ventanillas para contemplar el espectáculo. No tuvimos ningún problema para hacernos con el dinero, que consistía totalmente en oro. Claro está que el robo aquél despertó un tremendo revuelo. La pasta era del gobierno, y el gobierno, sarcástico, quiso saber si los soldados se habían quedado dormidos. La única excusa presentada fue que nadie podía esperar un ataque a pleno sol y en medio de esas dunas desnudas. No sé qué pensaría el gobierno, pero, a mi modo de ver, la excusa era buena. La sorpresa es el factor esencial en este oficio. Los periódicos publicaron toda clase de historias sobre las pérdidas, hasta que al fin se pusieron de acuerdo en una suma entre los nueve mil y los diez mil dólares. El gobierno no abrió la boca. He aquí la cifra real, dada a conocer por primera vez en letras de molde: cuarenta y ocho mil dólares. Si alguien quisiera tomarse el trabajo de revisar el balance de las finanzas privadas del Tío Sam durante ese año, descubriría que no miento en absoluto.

Por entonces ya poseíamos suficiente experiencia para saber qué hacer. Nos alejamos hacia el oeste, dejando un rastro que hasta un policía de Broadway hubiese seguido sin dificultad, y luego retrocedimos borrando las huellas. La segunda noche después del asalto, mientras brigadas enteras recorrían la región en todas direcciones, Jim y yo cenábamos en el segundo piso de la casa de un amigo, situada en la ciudad de donde había partido la alarma. Nuestro amigo nos señaló que, al otro lado de la calle, una imprenta producía octavillas donde se ofrecía recompensa por nuestra captura.

Se me ha preguntado qué solemos hacer con el dinero. Bien, no podría rendir cuentas por más de la décima parte de lo que obtuve, una vez que el grueso fue gastado. El dinero se va de las manos como si fuese agua. Un proscrito debe tener muchos amigos. Los ciudadanos respetables pueden llevarse bien con muy pocas personas, y a menudo lo hacen, pero un forajido necesita «apoyo logístico». Con la cantidad de policías furiosos y cazadores de recompensas hambrientos que le siguen el rastro, ha de contar con unos cuantos sitios dispersos por el país donde dar de comer al caballo, alimentarse y dormir con los dos ojos cerrados. En cuanto da un golpe, siente ganas de gastar algunas monedas con los amigos, y lo hace con generosidad. En ocasiones, al finalizar la apresurada visita a alguno de esos refugios,

he repartido un puñado de oro y billetes entre los niños que jugaban en el suelo, sin saber si el regalo era de cien dólares o de mil.

Cuando los veteranos dan un golpe sonado, por lo general van a gastar el dinero a las grandes ciudades. Los inmaduros, por mucho que sea el éxito del asalto, casi siempre se delatan haciendo ostentaciones demasiado cerca del lugar del hecho.

En 1894 participé en un trabajo que nos reportó veinte mil dólares. Para huir empleamos nuestra estratagema preferida -la de retroceder paralelamente al propio rastro- y durante un tiempo nos ocultamos cerca del lugar donde el tren sufriera el percance. Una mañana cogí un periódico y leí un artículo con grandes titulares donde se afirmaba que el sheriff, a la cabeza de ocho ayudantes y una partida de treinta hombres armados, había acorralado a los ladrones en un mezquital de la ribera del Cimarrón, y que en pocas horas los fugitivos estarían muertos o prisioneros. El marco en que yo leía el artículo era una de las residencias particulares más elegantes de la ciudad de Washington; me hallaba desayunando, y a mis espaldas había un lacayo de calzón corto. Al otro lado de la mesa, Jim conversaba con su tío segundo, un oficial de marina retirado cuyo nombre suele aparecer en las páginas dedicadas a la vida de la capital. Habíamos ido a Washington y comprado maletas enteras de ropa de calidad, tras lo cual nos reponíamos de nuestro ajetreo entre los nababs. Lo más probable es que nos mataran en el mezquital, pues doy fe de que no nos rendimos.

A continuación me propongo explicar por qué robar un tren es fácil y, más adelante, por qué nadie debería hacerlo.

En primer lugar, los asaltantes cuentan con todas las ventajas. Esto, por supuesto, partiendo de la base de que sean veteranos con la experiencia y el coraje necesarios. Tienen libertad de movimientos y los protege la oscuridad, mientras los otros se encuentran a la luz, enclaustrados en un espacio reducido y expuestos, no bien asoman la cabeza por una puerta o una ventanilla, a los disparos de hombres con buena puntería y decididos a hacer fuego.

Pero, en mi opinión, el factor que torna más fáciles los robos de trenes es ese elemento de sorpresa que enciende la imaginación de los pasajeros. Si alguna vez han visto un caballo que acaba de comer hierbas de astrágalo, entenderán lo que quiero decir cuando afirmo que los pasajeros pierden el dominio de sí. El caballo de marras empieza a confundir las cosas de la manera más espantosa. Es imposible hacerle cruzar un arroyo de medio metro de ancho, porque le parece más grande que el Mississippi. Lo mismo sucede con el pasajero: cree que fuera hay un centenar de hombres lanzando tiros y alaridos, cuando en realidad no hay más de dos o tres. Y el cañón de una 45 le parece la boca de un túnel. El pasajero se porta bien; lo máximo que puede intentar son pequeños trucos, como esconder el fajo de billetes en el zapato y olvidarse de sacarlo hasta que uno le atiza las costillas con la culata del revólver. Pero, en general, no da complicaciones.

En cuanto a la dotación del tren, ninguna nos causó más problemas que un rebaño de ovejas. No quiero decir que sean cobardes; quiero decir que tienen sentido común. Saben perfectamente que no vale la pena jugarse el pellejo. Lo mismo pasa con los agentes de policía. He visto hombres del servicio secreto, sheriffs y detectives que se resignaban a su suerte con la docilidad de un Job. Una vez presencié cómo el sheriff más valiente que he conocido ocultaba el arma bajo el asiento y se alineaba con los demás mientras yo los registraba. No era que tuviese miedo; simplemente, sabía que teníamos la sartén por el mango. Además, muchos de esos oficiales se deben a sus familias y no se animan a correr riesgos; mientras que, para el asaltante, la muerte no es una idea terrorífica. Sabe que algún día lo matarán, cosa que por lo general acaba sucediendo. Mi consejo, si alguna vez les toca sufrir un asalto de esta clase, es que se alisten en el bando de los cobardes y reserven la valentía para una ocasión en que pueda beneficiarlos. Otra de las razones por la cual los policías son refractarios a enfrentarse al ladrón de trenes es de índole financiera. Cada vez que se produce una refriega y muere alguien, los defensores de la ley pierden dinero. Si el bandido escapa, por el contrario, les dan una orden jurada de captura contra John Equis y Compañía, y viajan miles de kilómetros, y mientras persiguen a los fugitivos firman miles de vales, y el gobierno

corre con los gastos. De modo que para ellos se trata de un asunto de distancias más que de coraje.

Ofreceré un ejemplo para sustentar mi tesis de que la sorpresa es la gran carta de triunfo en un asalto.

Allá por 1892, los Dalton tenían enloquecida a la justicia de Cherokee Nation. Eran épocas afortunadas, y los hermanos se habían vuelto tan temerarios y arrogantes que solían proclamar de antemano qué trabajo iban a emprender. Una vez anunciaron que asaltarían el expreso MK & T, en fecha determinada, en la estación de Pryor Creek, dentro del territorio indio.

Esa noche la empresa de ferrocarriles contrató en Muscogee a quince ayudantes de sheriff y los instaló en el tren. Además de eso, se destacaron cincuenta hombres armados en el depósito de Pryor Creek.

Cuando el expreso llegó a la estación ni uno de los Dalton asomó la nariz. La siguiente estación era Adair, diez kilómetros más adelante. Mientras el tren paraba allí y los funcionarios se entretenían contando lo que habrían hecho con la banda de los Dalton de haberse presentado, súbitamente se desató fuera una salva de disparos como la de un ejército entero. El conductor y el guardafrenos se precipitaron en el vagón gritando: «¡Ladrones!».

Unos cuantos ayudantes de sheriff abrieron la puerta, saltaron del tren y huyeron a la carrera. Otros escondieron los Winchester bajo los asientos. Dos de ellos presentaron batalla y murieron.

A los Dalton les llevó diez minutos capturar el tren y reducir a la escolta. En veinte minutos más habían robado los veintisiete mil dólares que llevaba el tren y escapado sin dejar rastro.

En mi opinión, esos mismos agentes que en la estación de Pryor Creek, donde esperaban el ataque, habrían respondido con un fuego nutrido, en Adair fueron tomados por sorpresa y perdieron el dominio de sí, que era lo que los Dalton, conocedores de su oficio, precisamente esperaban.

No me parecería correcto poner punto final sin revelar ciertas conclusiones, producto de mi experiencia tras ocho años «en la brecha». Robar trenes no merece la pena. Dejando a un lado las consideraciones éticas y morales, que no me corresponde tratar, en la vida de un proscrito hay muy poco de envidiable. Llega un momento en que el dinero deja de tener todo valor para él. Se acostumbra a la idea de que las empresas de transportes y ferrocarriles son sus banqueros, y su revólver un talonario en blanco. Derrocha billetes a diestro y siniestro. Vive en un sobresalto casi continuo, cabalgando día y noche, y el tiempo libre lo pasa tan acosado que ni siquiera logra saborear los lujos que se brinda. Sabe que un día u otro perderá, bien la libertad, bien la vida, y que los únicos instrumentos para alejar lo inevitable son la precisión de su puntería, la rapidez de su caballo y la lealtad de su compañero.

No se trata de que pierda el sueño por miedo a un ataque de los agentes del orden. En toda mi carrera no he conocido un solo policía que atacara a una banda de delincuentes a menos que contara con fuerzas superiores en tres a uno.

Pero hay una idea que el proscrito no puede apartar de la mente -una idea que le amarga la vida-: sabe dónde recluta sus agentes la justicia. Sabe que la mayoría de esos defensores de la ley que le pisan los talones fueron, tiempo atrás, rufianes, cuatreros, saqueadores, asaltantes; forajidos como él que un buen día obtuvieron la inmunidad al ponerse de parte del Estado, al convertirse en traidores y enviar a la cárcel o al patíbulo a sus viejos camaradas. Sabe que algún día -a menos que lo maten antes- dentro de él se despertará un judas, alguien tenderá la trampa, y en lugar de asaltante será el sorprendido por la emboscada.

He aquí por qué el hombre que roba trenes escoge a sus compañeros con un cuidado mil veces superior al de una muchacha que elige novio. He aquí por qué en medio de la noche se incorpora en la cama y escucha los cascos de cada caballo que pasa. He aquí por qué durante días acecha la observación inesperada o el gesto poco usual de un compañero probado, o los murmullos entrecortados que su mejor amigo deja escapar entre sueños.

Esta es, en fin, una de las razones por las que la profesión de asaltar trenes resulta mucho menos agradable que cualquiera de sus ramas colaterales: la política y el monopolio comercial.

Librodot

Tesoro enterrado

Buried Treasure

Hay muchas clases de tontos. De momento, ¿tendrán ustedes a bien permanecer sentados mientras no se les pida de manera expresa que se levanten?

Con excepción de una, yo había pertenecido a todas las clases de tontos. Había consumido mi patrimonio, pretendido casarme, jugado al póquer, al tenis y a la bolsa; había despilfarrado velozmente mi dinero de mil maneras. Pero en el repertorio de los bufones me quedaba un papel por desempeñar: el del buscador del tesoro enterrado. No son muchos los que se ven atacados por ese delicioso furor. Pero entre quienes aspiran a seguir las huellas del rey Midas, nadie ha participado en una caza tan plena de agradables incidencias como la que me tocó a mí.

Aunque apartándome un momento de mi tema -como deben hacerlo las plumas defectuosas-, diré que yo era un tonto del tipo sentimental. Apenas conocí a May Martha Mangum, le entregué mi corazón. Ella tenía dieciocho años y el color de las teclas blancas de un piano nuevo; era hermosa y estaba poseída por la exquisita solemnidad y el hechizo patético de un ángel candido condenado a vivir en un pequeño y aburrido pueblo de la llanura de Texas. Su temperamento y su encanto le hubieran permitido arrancar como frambuesas los diamantes de la corona de Bélgica o cualquier otro reino ostentoso; pero ella lo ignoraba y yo me encargué de no descubrirle esos horizontes

Es que, verán ustedes, yo quería a May Martha para tenerla junto a mí y no soltarla nunca. Quería que permaneciera a mi lado, y que cada día guardara mi pipa y mis zapatillas donde no las pudiera encontrar por la noche.

El padre de May Martha era un hombre que se escondía detrás de gafas y patillas. Vivía para los bichos, las mariposas y toda clase de insectos que volaran, se arrastraran o zumbaran hasta aterrizar sobre la mantequilla o la espalda de uno. Era entomólogo, o como se llame eso. Se pasaba el tiempo cribando el aire en busca de peces voladores del orden de los escarabajos, para después atravesarlos con alfileres y ponerles nombres raros.

Toda la familia consistía en él y May Martha. Él la valoraba como un bello espécimen de la racibus humanus porque veía que ella le servía puntualmente las comidas, le preparaba la ropa y se preocupaba de que no faltara alcohol en las botellas del laboratorio. Dicen que los científicos tienden a la distracción.

Además de mí, había otro que consideraba deseable a May Martha Mangum. Era Goodloe Banks, un joven licenciado universitario. Poseía todos los conocimientos que pueden hallarse en los libros: latín, griego, filosofía y, en especial, las ramas superiores de la lógica y la matemática.

De no haber sido por su hábito de verter esa información e instruir a todo el que se le acercaba, yo le habría apreciado mucho. Pero incluso a pesar de ello se habría dicho que éramos grandes camaradas.

Pasábamos juntos todo el tiempo que podíamos porque cada uno de los dos recurría a cualquier medio para arrancar al otro información sobre cómo soplaban los vientos en el corazón de May Martha Mangum. La metáfora es un poco complicada. Goodloe Banks jamás habría sido capaz de tal cosa. Así son los rivales.

Puede decirse que Goodloe se dedicaba a los libros, la urbanidad, la cultura, el remo, el intelecto y la ropa. En mí se habría visto más un aficionado al béisbol y a los debates de los viernes por la noche -como forma de cultura-, y tal vez un buen jinete.

Pero tanto en nuestras charlas como en nuestras visitas a Martha, ni Goodloe Banks ni yo lográbamos descubrir a cuál de los dos prefería. May Martha era evasiva por naturaleza, y desde la cuna había sabido cómo mantener viva la imaginación de la gente.

Como ya he dicho, el viejo Mangum era distraído. Después de mucho tiempo, un día descubrió -quizá se lo contara alguna mariposa- que había dos jóvenes empeñados en arrojar una red sobre cierta personita, una hija o complemento similar, que velaba por su comodidad.

Yo no sabía que los científicos pudieran hacer frente a tales situaciones. El viejo Mangum, con toda facilidad, nos clasificó y etiquetó verbalmente, a Goodloe y a mí, como parte de los vertebrados más inferiores; y, por si fuera poco, en inglés, sin apelar a más latín que las referencias a Orgetorix, Rex Helvetii -lo cual, por otra parte, era también el límite de mis conocimientos-. Y nos dijo que si alguna vez nos pillaba en la casa, nos incluiría en su colección.

Goodloe Banks y yo nos mantuvimos lejos cinco días, esperando que pasara la tormenta. Cuando nos atrevimos a llamar de nuevo a la puerta, May Martha Mangum y su padre se habían marchado. ¡Se habían marchado! La casa que tenían en alquiler estaba cerrada. Y también había dejado de existir su pequeña tienda de mercancías y enseres.

Y ni una palabra de despedida de May Martha para ninguno de nosotros; ni una nota en papel blanco, flameando clavada en el oxiacanto del jardín, ni una marca con tiza en la verja, ni una tarjeta en el correo para darnos una pista.

Durante dos meses, Goodloe Banks y yo -cada uno por su cuenta- probamos toda clase de planes concebibles para seguir el rastro de los fugitivos. Utilizamos nuestra amistad y nuestra influencia con el agente de viajes, con los hombres de las cocheras, con maquinistas de ferrocarril y con nuestro solitario y desamparado jefe de policía, sin obtener resultado alguno.

Entonces nos hicimos mejores amigos y peores enemigos que nunca. Todas las tardes, después del trabajo, nos reuníamos en la trastienda del saloon de Snyder, jugábamos al dominó y nos tendíamos trampas verbales el uno al otro, por si se había descubierto algo. Así son los rivales.

Ahora bien, Goodloe Banks tenía la costumbre de desplegar sus conocimientos de un modo sarcástico y de situarme entre el público lector de «Pobre Jane Ray, su pájaro ha muerto, no puede jugar». Lo cierto es que a mí Goodloe me caía bastante bien y, aunque despreciara sus aires de sabihondo universitario, siempre pasé por hombre bien educado, así que no perdía la calma. Y como quería averiguar si él sabía algo nuevo de May Martha, soportaba su compañía.

Una tarde, pasando revista al tema, me dijo:

-Supón que la encuentras, Ed; ¿cómo lo aprovecharías? Miss Mangum es inteligente. Quizás aún le falte cultivarse, pero está destinada a cosas más elevadas que las que tú puedes ofrecerle. No conozco a nadie que parezca apreciar mejor el encanto de los antiguos escritores y poetas, y de los maestros modernos que han asimilado y puesto en práctica la filosofía de la vida de aquéllos. ¿No crees que pierdes el tiempo buscándola?

-Mi idea de un hogar feliz -repuse- consiste en una casa de ocho habitaciones en medio de un bosque de robles, junto a un charco de la llanura de Texas. Una pianola en la sala -continué-, tres mil cabezas de ganado marcado, para empezar, una calesa con ponys siempre enganchados para la señora, y May Martha disfrutando los beneficios del rancho como más le plazca y guardando todos los días mis zapatillas y mi pipa en sitios donde no los pueda hallar por la noche. Así ha de ser. Y a ti, a tus currículos, a tus maestros y a tu filosofía, que os den morcilla.

-Ella está destinada a cosas más elevadas -repitió Goodloe Banks.

-No importa a qué esté destinada -respondí-, ahora se ha esfumado. Y yo la encontraré tan pronto como pueda, sin ayuda de universitarios.

-El juego está bloqueado -dijo Goodloe mostrando su última ficha-, y ya nos hemos bebido la cerveza.

Poco después de aquello, un joven granjero que yo conocía me trajo un papel azul doblado. Dijo que su abuelo acababa de morir. Oculté una lágrima, y él añadió que el anciano había conservado celosamente aquel papel durante veinte años. Se lo había legado a la familia como parte de su hacienda, el resto de la cual consistía en dos mulas y una hipotenusa de tierra no arable.

La hoja era de esa clase de viejo papel azul empleado durante la rebelión de los abolicionistas contra los secesionistas. Llevaba fecha del 14 de junio de 1863 y describía el paradero de diez alforjas llenas de monedas de plata y de oro por valor de trescientos mil dólares. El viejo Rundle -abuelo de su nieto Sam- había recibido la información de un cura español, testigo del entierro del tesoro, que había muerto muchos años antes -no: después- en la casa del viejo Rundle. Los datos habían sido dictados.

-¿Por qué no lo buscó tu padre? -le pregunté al joven Rundle.

-Se quedó ciego antes de poder hacerlo -replicó él.

-¿Y por qué no lo has buscado tú? -indagué.

-Bien -dijo él-, sólo hace diez años que sé de ese papel. Primero hubo que arar en primavera, y después hubo que cortar las malezas del maíz; y más tarde vino la siega del forraje, y enseguida nos cayó encima el invierno. Y todos los años parecía pasar lo mismo.

Aquello me pareció muy razonable, de modo que de inmediato me puse de acuerdo con Lee Rundle.

Las instrucciones del papel eran simples. La caravana de burros cargados con el tesoro había partido de una vieja misión española del condado de Dolores. Viajaron hacia el sur, guiados por la brújula, hasta llegar al río Alamito. Lo vadearon y enterraron el tesoro en la cumbre de una colina en forma de albarda que se hallaba entre otras dos más altas. Un montículo de piedras marcaba la exacta ubicación del tesoro. Salvo el cura español, todos los miembros de la partida habían sido liquidados por los indios unos días después. El secreto era un monopolio. Me pareció bien.

Lee Rundle sugirió que improvisáramos un equipo de campaña, contratáramos a un topógrafo para establecer la trayectoria desde la misión española, y después nos gastáramos los trescientos mil dólares contemplando el paisaje de Fort Worth. Pero incluso sin haber recibido educación superior, yo conocía una forma de ahorrar tiempo y dinero.

Fuimos al catastro estatal y encargamos un plano esquemático -que ellos llaman «de trabajo»- de todas las mediciones de terrenos pertenecientes a la vieja misión del río Alamito. Sobre ese mapa tracé una línea en dirección sur, hacia el río. En el mapa constaban detalladamente las líneas de cada medición y las diferentes fincas. De ese modo encontramos el vado y observamos que se hallaba dentro de un importante y preciso rincón de la finca de Los Ánimos, cinco leguas concedidas por el rey Felipe de España.

Mediante este proceso evitamos recurrir a un topógrafo para trazar la línea. Fue un ahorro de tiempo y dinero.

De modo que Lee Rundle y yo pusimos todos los accesorios en una carreta y recorrimos doscientos cuarenta y nueve kilómetros hasta Chico, el pueblo más cercano al punto que queríamos alcanzar. Allí contratamos a un topógrafo oficial. El hombre encontró el rincón de la finca de Los Ánimos, marcó las cinco mil setecientas veinte varas oeste que indicaba nuestro plano, tomó café y tocino y regresó a Chico en el coche de posta.

Yo estaba totalmente seguro de que nos haríamos con los trescientos mil dólares. A Lee Rundle le correspondía sólo la tercera parte, porque yo cargaba con los gastos. Con esos doscientos mil dólares sabía que encontraría a May Martha Mangum, si es que estaba en algún rincón del planeta. Y podría llenar de mariposas el palomar del viejo Mangum. ¡Con sólo encontrar aquel tesoro!

Pero Lee Rundle y yo establecimos nuestro campamento. Al otro lado del río había una docena de montañitas densamente cubiertas de helechos de cedro, aunque ninguna tenía forma de albarda. Eso no nos disuadió. Las apariencias suelen ser engañosas. Las albardas, como la belleza, bien pueden existir sólo en el ojo del observador.

El nieto del tesoro y yo examinamos aquellas colinas cubiertas de cedros con la meticulosidad de una dama en busca de la pulga maligna. Exploramos todas las laderas, cumbres, circunferencias, elevaciones peligrosas, barrancos y concavidades de cada una de ellas a lo largo de cuatro kilómetros de ribera. Aquello nos llevó cuatro días. Finalmente,

enganchamos el pardo y el ruano y transportamos los restos del café y el tocino los doscientos cuarenta y nueve kilómetros de regreso a Concho City.

Durante el viaje Lee Rundle masticó demasiado tabaco. Yo estaba ocupado con las riendas, porque tenía prisa.

No bien hube regresado con las manos vacías, me reuní con Goodloe Banks en la trastienda del saloon de Snyder para jugar al dominó y pescar información. Le conté a Goodloe mi expedición en busca del tesoro enterrado.

-Si hubiera encontrado esos trescientos mil dólares -le dije-, habría recorrido y registrado la superficie de la tierra hasta dar con May Martha Mangum.

-Ella está destinada a cosas elevadas -dijo Goodloe-. La encontraré yo. Pero cuéntame cómo fue la búsqueda del sitio donde imprudentemente enterraron esa plusvalía.

Se lo conté hasta en los menores detalles. Le enseñé el plano del delineante con las distancias claramente marcadas. Tras observarlo con gesto magistral, se echó atrás en la silla y descargó sobre mí un estallido de sardónica y altanera risa universitaria.

-Oh, Jim, eres un tonto -dijo cuando recuperó el habla.

-Te toca jugar a ti -repliqué paciente, señalando mi doble seis.

-Veinte -dijo Goodloe, y marcó dos cruces en la mesa con su tiza.

-¿Por qué soy un tonto? -pregunté yo-. No sería la primera vez que alguien encuentra un tesoro enterrado.

-Porque al calcular el punto del río donde debía conducirte la línea, olvidaste tener en cuenta la declinación magnética -dijo-. La declinación podía ser de nueve grados en dirección oeste. Préstame tu lápiz.

Goodloe Banks hizo unos rápidos cálculos en el dorso de un sobre.

-La distancia norte–sur de la línea que nace en la misión española -dijo- es exactamente de treinta y cinco kilómetros. Según dices, fue trazada con una brújula de bolsillo. Considerando la declinación, el sitio del río Alamito donde debiste haber buscado tu tesoro se encuentra a nueve kilómetros y 789 metros de donde fuiste a parar. ¡Oh, Jim, qué tonto eres!

-¿De qué declinación estás hablando? -pregunté-. Creía que los números nunca mienten.

-Hablo de la declinación de la brújula magnética -dijo Goodloe- con respecto al meridiano real.

Me dedicó una de sus sonrisas arrogantes; y entonces vi aparecer en su rostro la codicia singular, anhelante, agotadora del buscador de un tesoro enterrado.

-A veces -continuó con aires de oráculo- estas viejas leyendas que hablan de dinero escondido no carecen de fundamento. ¿Y si me dejaras echar una mirada al papel que indica el emplazamiento? Tal vez juntos podríamos...

El resultado fue que Goodloe Banks y yo, rivales en el amor, nos hicimos socios en la aventura. Viajamos a Chico pasando por Huntersburg, la estación de ferrocarril más cercana. En Chico alquilamos caballos, una carreta cubierta y equipo de acampar. Contratamos al mismo topógrafo para que estableciera el trazado, ahora corregido por Goodloe según la declinación magnética, y después le enviamos de nuevo a su casa.

Cuando llegamos era de noche. Di de comer a los caballos, encendí el fuego cerca de la orilla y preparé la cena. Goodloe habría ayudado, pero su cultura no le hacía apto para las cosas prácticas.

Pero mientras yo trabajaba, él me daba ánimos expresando grandes pensamientos extraídos de los clásicos. Citó algunas traducciones del griego, bastante largas.

-Anacreonte -explicaba-. Este era uno de los pasajes favoritos de miss Mangum cuando yo se lo recitaba.

-Ella está destinada a cosas más elevadas -dije repitiendo su frase.

-¿Acaso existe algo más elevado -preguntó Goodloe- que vivir en compañía de los clásicos, en una atmósfera de conocimiento y cultura? A menudo has despreciado la educación. ¿Qué me dices de los esfuerzos que has malgastado gracias a tu ignorancia de las

Librodot

matemáticas más elementales? ¿Cuánto habrías tardado en encontrar el tesoro si mi sabiduría no te hubiese abierto los ojos?

-Primero echaremos una mirada a las colinas de la otra orilla y veremos qué encontramos -dije-. Aún tengo mis dudas sobre eso de la declinación. Me han enseñado a creer que la aguja siempre señala el norte.

La siguiente fue una brillante mañana de junio. Nos despertamos temprano y desayunamos. Goodloe estaba encantado. Se dedicó a recitar -creo que a Keats y a Kelly o Shelley- mientras yo asaba el tocino. Nos faltaba un rato para cruzar el río, que en ese punto era poco más que un riachuelo decrecido, y explorar las muchas colinas afiladas y cubiertas de cedros que se alzaban al otro lado.

-Mi buen Ulises -dijo Goodloe dándome una palmadita en el hombro mientras yo lavaba los platos de metal-, déjame ver una vez más el fabuloso documento. Creo que ordena escalar una colina en forma de albarda. Yo nunca he visto una albarda. ¿Cómo es, Jim?

-Apunta un tanto contra la cultura -dije-. Ya lo sabré cuando la vea.

Goodloe estaba contemplando el documento del viejo Rundle cuando de pronto soltó una palabrota impropia de un universitario.

-Ven aquí -dijo mientras ponía el panel a contraluz-. Mira esto -añadió señalándolo con el dedo.

En el papel azul, en letras blancas que jamás había notado, vi escritas la palabra y las cifras «Malvern, 1898».

-Es la filigrana -dijo Goodloe-. El papel fue fabricado en 1898. Las instrucciones están fechadas en 1863. Esto es un fraude palpable.

-Oh, no lo sé -objeté-. Los Rundle son campesinos honrados, llanos e incultos. Puede que los fabricantes del papel hayan intentado hacer una estafa.

Entonces Goodloe Banks se enfureció tanto como su educación se lo permitía. Se quitó las gafas y me taladró con la mirada.

-Te he repetido a menudo que eras un tonto -dijo-. Te has dejado engañar por un patán. Y me has engañado a mí.

-¿Cómo? ¿Cómo te he engañado?

-Con tu ignorancia. He descubierto en tus planes dos graves defectos que la más elemental educación habría evitado. Y veo a las claras -continuó- que no merece la pena seguir con esta turbia búsqueda. Estoy harto.

Me puse en pie y empuñé una enorme cuchara de peltre recién lavada.

-Goodloe Banks -dije-, tu cultura me importa un bendito rábano. Nunca la he tolerado más que a duras penas en los demás, y en ti la desprecio. ¿De qué te han servido tus estudios? Son una maldición para ti y un fastidio para tus amigos. ¡Fuera -exclamé-, fuera de aquí con tus filigranas y tus declinaciones! Para mí no significan nada. No me apartarán de mi empeño.

Señalé con la cuchara una pequeña montaña en forma de albarda que se encontraba al otro lado del río.

-Voy a recorrer esa montaña en busca del tesoro -añadí-. Decide ahora si vienes o no. Si una filigrana o una declinación pueden arredrarte, es que no eres un aventurero de verdad. Decídete.

A lo lejos, río abajo, una nube de polvo empezaba a levantarse en el camino. Era el coche de posta que iba de Hesperus a Chico. Goodloe le hizo señas.

-Estoy harto de este timo -dijo ácidamente-. Nadie más que un tonto tomaría en serio ese papel. Pero tú siempre lo fuiste, Jim. Bien, te abandono a tu destino.

Recogió su equipaje, subió al coche, se ajustó nerviosamente las gafas y desapareció en medio de una polvareda.

Después de lavar los cacharros y atar los caballos donde pudieran apacentarse, crucé el riachuelo y, a través de helechos de cedro, llegué a la cumbre de la colina en forma de albarda.

Era un maravilloso día de junio. En toda mi vida había visto tantos pájaros, tantas mariposas, libélulas, cigarras, tantos insectos de tierra y aire, con alas o aguijones.

Investigué la colina en forma de albarda desde la base a la cumbre. Encontré una ausencia total de indicios relacionados con tesoro alguno. No había montículos de piedras ni marcas en los árboles ni rastro alguno de los trescientos mil dólares del documento del viejo Rundle.

Bajé la colina cuando la tarde refrescaba. De repente, al dejar atrás la vegetación, me topé con un hermoso valle verde por el cual corría un arroyo afluente del Alamito.

Y allí me quedé atónito al ver lo que tomé por un salvaje de barba descuidada y pelo hirsuto, que perseguía una enorme mariposa de alas relucientes.

«Tal vez sea un loco que se ha escapado», pensé, y me pregunté cómo había logrado alejarse tanto de la civilización.

Pero enseguida di unos pasos más y divisé, cerca del arroyo, una cabaña cubierta de parras. Y en medio del pequeño claro de verdor vi a May Martha Mangum recogiendo flores silvestres.

Se incorporó y me miró. Por primera vez desde que la conocía, su rostro -del color de las teclas blancas de un piano nuevo- se ruborizó. Me acerqué en silencio. Las flores que ella había recogido cayeron suavemente sobre la hierba.

-Sabía que vendrías, Jim -dijo con voz clara-. Papá no me dejaba escribir, pero yo sabía que vendrías.

Ya imaginaréis lo que siguió... Mis caballos y mi carreta estaban al otro lado del río.

Con frecuencia me he preguntado de qué le sirve la cultura a un hombre incapaz de usarla en provecho propio. Si todos los beneficios van a parar a los demás, ¿a qué tanto esfuerzo?

Pues May Martha Mangum vive conmigo. Hay una casa de ocho habitaciones en un bosque de cedros, y una pianola, y en los corrales ya tenemos buena parte de las tres mil cabezas de ganado.

Y cuando por la noche llego a casa, nunca puedo encontrar mi pipa ni mis zapatillas.

Pero esto, ¿a quién le importa? ¿A quién? ¿A quién?

Un informe municipal

A Municipal Report

Las ciudades son orgullosas, compiten unas con otras: ésta desde su ladera, aquélla desde su playa sinuosa.

Rudyard Kipling

¡A ver quién imagina una historia que transcurre en Chicago o en Buffalo, digamos, o en Nashville, o en Tennessee! En Estados Unidos sólo hay tres grandes ciudades que sirven para si tuan historias: Nueva York, por supuesto, Nueva Orleáns y, la mejor, San Francisco.

Frank Norris

El Este es el Este y el Oeste, según los californianos, es San Francisco. Los californianos no son meros habitantes de un estado; son toda una raza. Son los sureños del Oeste. Es cierto que los de Chicago no se muestran menos fieles a su ciudad; pero cuando uno les pregunta por qué, balbucean y hablan de los peces del lago y del nuevo edificio de los Oddfellon. Los californianos, en cambio, entran en detalles.

Claro está que ya en el clima encuentran tema de disertación para media hora, mientras uno piensa en las cuentas del carbón y en la ropa interior de abrigo. Pero tan pronto como creen que nuestro silencio es convicción, la locura se apodera de ellos y pintan la ciudad del Golden Gate como si fuera la Bagdad del Nuevo Mundo. Hasta ahí, en mi opinión, no es necesaria refutación alguna. Pero, queridos primos míos (descendientes todos de Adán y Eva), temerario el que se atreva a poner el dedo sobre el mapa y decir: «Esta no es una ciudad para el amor, ¿qué puede suceder en ella entonces?». Sí, audaz y temerario el que en una sola frase desafíe a la historia, al amor, y a Rand y McNally.

***

NASHVILLE-. Centro mercantil y capital del estado de Tennessee, situada a orillas del río Cumberland. Atravesada por dos líneas de ferrocarril. Se la considera el centro cultural más importante del Sur.

***

Bajé del tren a las ocho de la noche. Habiendo registrado vanamente el diccionario en busca de adjetivos, apelaré, como fórmula sustitutiva, a un símil en forma de receta.

Tómense 30 partes de bruma londinense; 10 partes de malaria; 20 partes de escapes de gas; 25 partes de rocío recogido al amanecer en una tejería; 15 partes de aroma de madreselva. Mézclense bien.

La mezcla dará una idea aproximada de la llovizna de Nashville. No posee la fragancia de una bola de naftalina ni el espesor de la sopa de guisantes, pero basta a nuestro propósito.

Me dirigí al hotel en una carreta. Hube de realizar un violento esfuerzo de voluntad para no trepar a lo más alto y ofrecer una imitación de Sidney Carton. Dos bestias de una era superada tiraban del vehículo y un ente oscuro y emancipado lo conducía.

Yo estaba cansado y somnoliento, así que al llegar al hotel pagué a toda prisa los cincuenta centavos que aquella criatura me exigió (incluida la propina, les aseguro). Conocía sus hábitos, y no me interesaba oírle parlotear acerca de su viejo amo ni de lo sucedido «antes de la guerra».

El hotel era de esos que suelen presentarse como «renovados». Lo cual significa veinte mil libras de gastos en columnas de mármol, tejas, alumbrado eléctrico y escupideras de bronce para el vestíbulo, y horarios del ferrocarril y una litografía de Lookout Mountain para cada una de las habitaciones del piso alto. La gerencia no merecía reproches, la atención era de una exquisita cortesía sureña y el servicio tan lento como los movimientos de un caracol y de un buen humor digno de Rip Van Winkle.26 La comida justificaba un viaje de mil kilómetros. No existe otro hotel en el mundo donde sirvan una brocheta de hígados de pollo como aquélla.

Durante la cena le pregunté a un camarero negro si en la ciudad había algo que hacer. Consideró el tema unos minutos con gravedad, y por fin repuso:

[26] Personaje de la novela homónima de Washington Irving. *(N. del T.)*

-Bueno, jefe, la verdad es que no me parece que se pueda hacer nada por la noche.

Ya era de noche; hacía bastante que la llovizna había ahogado el crepúsculo, de modo que ese espectáculo ya no estaba a mi alcance. De todos modos, salí a recorrer las calles bajo la fina lluvia, a ver qué había por ahí.

La ciudad fue construida sobre terrenos ondulantes, y sus calles están alumbradas con luz eléctrica, a un costo de 32.470 dólares anuales.

***

Al salir del hotel me encontré con una pelea racial. Más abajo asistí a la carga de una compañía de libertos, o árabes, o zulúes, armados con lo que me parecieron fusiles, aunque, para alivio mío, eran látigos. Entreví una caravana de negros vehículos destartalados; y, al oír los tranquilizadores gritos de «Por cincuenta centavos le llevo a cualquier lugar de la ciudad, jefe», razoné que me consideraban más un «pasajero» que una víctima.

Anduve por largas calles, todas ascendentes. Me preguntaba si esas calles volverían a bajar alguna vez. Tal vez no lo hicieran hasta estar «niveladas». En algunas de las «principales» divisé luces en tiendas dispersas; vi tranvías que transportaban de aquí para allí a respetables burgueses; vi pasar gente ocupada en el arte de la conversación; frente a una heladería oí una explosión de risa casi alegre. Las calles «secundarias» parecían albergar en sus límites casas consagradas a la paz y la vida doméstica. En muchas de ellas, discretas luces brillaban tras las cortinas. En unas pocas, una música sosegada y correcta tintineaba en los pianos. Había, ciertamente, poco «que hacer». Me apenó no haber salido antes del atardecer. De modo que regresé a mi hotel.

***

En noviembre de 1864 el general confederado Hood avanzó hacia Nashville, donde cercó a las fuerzas nacionales al mando del general Thomas. Este último rompió el sitio y venció a los confederados después de una terrible batalla.

***

Toda mi vida he admirado, presenciado y oído hablar de la fina puntería con que los sureños resuelven sus pacíficos conflictos en las regiones de mascadores de tabaco. Pero en el hotel me aguardaba una sorpresa. En el vestíbulo había doce escupideras de bronce flamantes, relucientes, llamativas y enormes, lo bastante altas para merecer el nombre de urnas, y de bocas tan anchas que la lanzadora de un equipo femenino de béisbol habría podido meter el balón en una de ellas a cinco pasos de distancia. Allí estaban flamantes, relucientes, llamativas, enormes, intactas. Pero ¡por las sombras de Jefferson Brick! El tejado, ¡el hermoso tejado! Me fue imposible no pensar en la batalla de Nashville y tratar de extraer, según mi estúpida costumbre, algunas conclusiones sobre la puntería hereditaria.

Fue entonces cuando vi por primera vez al comandante (llamado así merced a una cortesía inmerecida) Wentworth Caswell. No bien mis ojos fueron lastimados por su imagen, supe qué clase de individuo era. Las ratas no tienen un hábitat geográfico determinado. Mi viejo amigo A. Tennyson dijo con su elegancia habitual:

Maldice, profeta, la boca deslenguada,
y maldice a la rata, esa plaga británica.

Permitámonos considerar la palabra «británica» intercambiable ad lib. Una rata es una rata.

Este individuo se paseaba por el vestíbulo del hotel como un perro famélico que no recordase dónde había enterrado un hueso. Poseía una cara de considerables dimensiones, roja, carnosa y con una suerte de somnolienta gordura semejante a la de Buda. Ostentaba un solo rasgo positivo: se afeitaba muy bien. Las facciones de la bestia jamás son discernibles en un hombre hasta que le aflora la barba. Pienso que si aquel día no hubiese empleado la navaja, yo habría rechazado su asedio, y los anales delictivos del mundo se habrían ahorrado un nuevo asesinato.

Por casualidad me hallaba de pie, a poca distancia de una escupidera, cuando el mayor Caswell abrió fuego sobre ella. Yo había sido lo bastante observador para percibir que la

fuerza de ataque llevaba ametralladoras en lugar de escopetas; de modo que me aparté con tal velocidad que el mayor aprovechó la oportunidad para disculparse ante un no–combatiente. Era de los que hablan sin parar. Le bastaron cuatro minutos para hacerse amigo mío y arrastrarme hasta el bar.

Deseo aclarar en este punto que soy sureño. Pero no un sureño profesional. He renunciado a la corbata de lazo, al sombrero gacho, a la levita, al número de fardos de algodón destruidos por Sherman y a masticar tabaco. No vitoreo cuando la orquesta toca el himno sureño. En esos casos me dejo hundir un poco más en el sillón de cuero y, en fin, ordeno otro würzburger y pienso que ojalá Longstreet... Pero ¿qué sentido tiene?

El comandante Caswell dio un puñetazo en el mostrador y el primer cañón de Fort Sumter le respondió con su eco. Una vez Caswell hubo agotado su última descarga en Appomatox, mis esperanzas renacieron. Pero entonces desplegó su árbol genealógico, a fin de demostrar que Adán no era más que primo tercero de una rama lateral de los Caswell. Eliminada la genealogía, abordó, a mi disgusto, los asuntos privados de su familia. Habló de su esposa, remontó su ascendencia hasta Eva y negó profanamente toda existencia de posibles parientes de ella en la tierra de Nod.

Por entonces comencé a sospechar que, mediante el ruido, intentaba ocultar el hecho de que había sido él quien pidiera las copas, con el objeto de inducirme a pagarlas. Pero cuando las trajeron depositó estruendosamente sobre la barra un dólar de plata. Era obligatorio, por lo tanto, pedir otra ronda. Y una vez la hube pagado, le abandoné bruscamente, pues ya me tenía harto. Pero antes de obtener mi liberación él se ocupó de alardear sobre unas rentas que recibía su esposa, y de mostrar un puñado de monedas de plata.

Al ir a buscar mi llave, el conserje me dijo con cortesía:

-Si ese Caswell le ha molestado y quiere usted presentar una queja, le haremos echar. Es vago, fastidioso y no se sabe de qué vive, aunque casi siempre parece tener dinero. Pero no logramos dar con una forma de expulsarlo legalmente.

-Mejor será que no -dije tras reflexionar un poco-. No me entusiasma la idea de elevar una queja. Al contrario, me gustaría dejar sentado que no me importa su compañía. Esta ciudad -continué- parece muy tranquila. ¿Qué entretenimientos, aventuras o distracciones pueden ustedes ofrecer a los visitantes?

-Bueno, señor -dijo el conserje-, el próximo jueves habrá un espectáculo. Es... Ya lo averiguaré y haré que le envíen la información a la habitación con el botellón de agua fría. Buenas noches.

Después de entrar en la habitación me asomé a la ventana. Sólo eran las diez, pero me encontré con una ciudad en silencio. La llovizna seguía cayendo, salpicada de tenues luces tan dispersas como pasas en un pastel comprado en la cooperativa femenina.

«Un sitio tranquilo», me dije mientras mi primer zapato golpeaba el techo del huésped de abajo. Ni un rastro del bullicio que da color y variedad a las ciudades del Este y el Oeste. Tan sólo una ciudad comercial, buena, corriente y atareada.

***

Nashville ocupa un lugar prominente entre los centros fabriles del país. Es el quinto mercado nacional en cuanto a industria zapatera, la principal productora de caramelos y galletas de todo el Sur, y distribuye artículos de mercería, conservas y productos químicos en cantidades enormes.

***

Debo decirles cómo llegué a Nashville, aunque la digresión me resulte tan tediosa como a ustedes. Yo iba de viaje a otra parte, por asuntos personales, pero una revista literaria del Norte me había encargado pasar por allí y entablar contacto con uno de sus colaboradores, Azalea Adair.

Adair (sobre cuya personalidad no se poseían más datos que su caligrafía) había enviado algunos ensayos (¡relegado arte!) y poemas que habían hecho blasfemar de entusiasmo durante el almuerzo a los editores. De modo que me habían comisionado para sondear a Adair

y arrinconarlo, o arrinconarla, hasta que firmara un contrato para escribir a dos centavos la palabra, antes de que otra editorial le ofreciera diez o veinte.

A las nueve de aquella mañana, acabada mi brocheta de hígados de pollo (no dejen de probarla si pueden encontrar el hotel), me interné en la llovizna, que aún caía sin cesar. En la primera esquina me topé con Tío César. Era un negro fornido, más viejo que las pirámides, con el cabello canoso y un rostro que al principio hacía pensar en Bruto y un momento después en el difunto rey Cetewayo. Llevaba el abrigo más extraordinario que yo hubiera visto o esperase ver jamás. Le llegaba hasta los tobillos, y en sus buenas épocas habría sido de color gris confederado. Pero el sol, la lluvia y el tiempo se habían ensañado de tal modo con él, que la mismísima túnica de José, a su lado, se habría difuminado en pálida monocromía. He de demorarme en ese abrigo porque tiene que ver con la historia; una historia que tarda en comenzar porque difícilmente puede uno esperar que en Nashville ocurra algo.

En otras épocas debía de haber sido el capote de un oficial. Desaparecida la esclavina, toda la delantera ofrecía una magnífica variedad de lazos y borlas. Pero ahora esos lazos y borlas ya no existían. En su lugar, alguien -supongo yo que alguna anciana negra- había cosido nuevos lazos, hábilmente hechos con hilo de cáñamo trenzado. El hilo estaba raído y roto. Lo habían añadido al abrigo, en sustitución de pasados esplendores, con una devoción tan falta de gusto como esmerada, pues seguía con enorme celo las curvas de los lazos mucho tiempo atrás desaparecidos. Y, para completar la comicidad y el patetismo del atuendo, le faltaban todos los botones menos uno. Sólo se mantenía en su sitio el segundo botón comenzando por arriba. El abrigo se cerraba merced a cuerdas trenzadas que enlazaban los ojales con otros agujeros burdamente practicados en el borde opuesto. Jamás existió prenda más extraña, más fantásticamente engalanada ni de matices más abigarrados. El botón solitario era del tamaño de una moneda de medio dólar; estaba hecho de asta amarillenta y cosido con hilo basto.

El negro se hallaba junto a un coche tan viejo, que el mismo Cam podría haberlo enganchado a su pareja de mulas cuando salió del Arca de su padre. Al ver que me aproximaba, abrió la puerta, tomó una bayeta de cuero, la agitó y, sin utilizarla, dijo en tono profundo y retumbante:

-Suba, señó; no hay ni una mota de polvo. Estoy de vuelta de un funerá, señó.

Inferí que en tales ocasiones de gala los carruajes eran objeto de una limpieza especial. Recorrí la calle con la mirada y comprobé que entre los vehículos alineados a lo largo del bordillo había pocas posibilidades de elegir. Abrí mi agenda en busca de la dirección de Azalea Adair.

-Quiero ir al 861 de Jessamine Street -dije, y me dispuse a subir al coche. Por un instante el grueso y largo brazo de gorila del negro me cerró el paso. En su rostro carnoso y saturnino relampagueó una mirada de repentina suspicacia y animosidad. Luego, con convicción rápidamente recobrada, preguntó afable:

-¿A qué va allí, jefe?

-¿Y a ti qué te importa? -pregunté un poco tajante.

-Nada, señó, nada. Sólo que e una parte solitaria de la siudá y poca gente tiene nada que hasé allí. Suba. Los asientos están limpios. Acabo de volvé de un funerá, señó.

Debimos de recorrer, hasta el final del trayecto, cosa de un par de kilómetros. Yo no lograba oír más que el terrible traqueteo del viejo coche sobre el irregular adoquinado; no alcanzaba a oler otra cosa que la llovizna, ahora fragante de humo de carbón, y algo parecido a una mezcla de alquitrán y flores de adelfa. Todo lo que conseguía ver a través de las chorreantes ventanillas eran dos borrosas hileras de casas.

***

La ciudad cubre una superficie de dieciséis kilómetros cuadrados; la suma total de la longitud de sus calles es de 290 kilómetros, 220 de los cuales están pavimentados; posee un sistema de cloacas valorado en dos millones de dólares, con setenta y siete colectores principales.

Librodot

***

El 861 de Jessamine Street era una mansión ruinosa. Se alzaba a treinta metros de la acera, entre una magnífica espesura de árboles y arbustos sin podar. Una fila de matas de boj sobrepasaba y casi escondía la empalizada. La cancilla se mantenía cerrada por una cuerda que la ataba a la jamba. Una vez que uno entraba, se daba cuenta de que el 861 era un caparazón, una sombra, un fantasma de grandeza y excelencia pasadas. Sin embargo, aún no he acabado de entrar en el relato.

Cuando el coche hubo cesado de retumbar y los exhaustos cuadrúpedos ganaron su descanso, entregué a mi Jehú particular sus cincuenta centavos, más otros veinticinco de propina, con lo cual me sentí inmerso en un resplandor de generosidad. El negro rechazó las monedas.

-Son dos dólare, señó -dijo.

-¿Cómo es eso? -pregunté-. Al salir del hotel he oído claramente que pedía cincuenta centavos por el trayecto a cualquier lugar de la ciudad.

-Son dos dólare, señó -repitió con obstinación-. E muy lejo del hoté.

-Está dentro de los límites de la ciudad, y bien dentro -repliqué-. No creas que estás hablando con un yanqui ingenuo. ¿Ves esas colinas de allí? -continué, señalando el este (ni yo mismo podía ver las colinas, por culpa de la lluvia)-. Bien, yo he nacido y me he criado en la otra ladera. Negro estúpido, ¿no eres capaz de diferenciar a la gente?

El ceñudo semblante del rey Cetewayo se suavizó.

-¿Usté e del Su, señó? La verdá e que me confundieron su sapato. Son un poco puntiagudo para un caballero del Su.

-Supongo, entonces, que la carrera son cincuenta centavos -dije inexorable.

La expresión anterior, una mezcla de codicia y hostilidad, retornó, persistió unos diez segundos y acabó por desaparecer.

-Sincuenta sentavo está bien, jefe -dijo-. Pero yo nesesito dos dólare, señó. Nesesito dos dólare. Ahora no se los esijo, señó, ahora que sé de dónde e usté. Sólo le digo que nesesito dos dólare para esta noche, y no hay mucho trabajo.

Sus groseros rasgos se inundaron de calma y confianza. Había sido más afortunado de lo que esperaba. En vez de recoger a un bobo ignorante de las tarifas, se había encontrado con una herencia.

-Condenado bribón -le dije, hundiendo la mano en el bolsillo-. Debería denunciarte a la policía.

Por primera vez le vi sonreír. Sabía, sabía, SABÍA.

Le di dos billetes de un dólar. Al entregárselos, noté que uno de ellos había pasado por tiempos críticos. Le faltaba el ángulo superior derecho y se había partido por la mitad, pero vuelto a unir. Su curso estaba garantizado por una tira de papel azul pegada a lo largo de la rasgadura.

De momento ya tenía bastante del bandido africano: lo dejé feliz, desaté la cuerda y abrí la quejumbrosa cancilla.

La casa, como he dicho, era un caparazón. Hacía veinte años que no la tocaba un pincel. Me era imposible entender cómo ningún vendaval la había derrumbado al igual que un castillo de naipes, hasta que volví a contemplar los árboles que la estrechaban, aquellos árboles que habían presenciado la batalla de Nashville y aún la protegían de las tormentas, el frío y los ataques con el abrazo de sus ramas.

Me recibió Azalea Adair, una mujer de cincuenta años, de cabello cano, descendiente de caballeros, tan frágil y delgada como la casa en que vivía, cubierta, con la sencillez de una soberana, por el vestido más limpio y humilde que he visto en mi vida.

Como no albergaba más que algunas hileras de libros apoyados en estanterías de pino blanco sin pintar, una agrietada mesa de mármol con patas de madera, una alfombra raída, un ralo sofá de crin y dos o tres sillas, la sala de recepción me pareció tener la superficie de un kilómetro cuadrado. Sí, en la pared había un cuadro, el dibujo a lápiz de un ramo de

pensamientos. Busqué a mi alrededor el retrato de Andrew Jackson y la cesta colgante para las piñas, pero no estaban.

Azalea Adair y yo mantuvimos una conversación, parte de la cual les transcribiré. Ella era un producto del viejo Sur, y a su abrigo se había criado sin asperezas. Sus estudios no eran variados, pero sí profundos y de una espléndida originalidad dentro de su limitación. La habían educado en el hogar, y su conocimiento del mundo procedía de la inferencia y la inspiración. De esa manera está hecho el invalorable, reducido grupo de los ensayistas. Mientras me hablaba, yo me frotaba inconscientemente los dedos para quitarles el polvo ausente de los volúmenes en becerro de Lamb, Chaucer, Hazlitt, Marco Aurelio, Montaigne y Hood. Ella era exquisita, un precioso descubrimiento. Casi todo el mundo en esta época sabe demasiado -oh, tantísimo- de la vida real...

Percibí con claridad que Azalea Adair era muy pobre. No poseía mucho más que una casa y un vestido, imaginé. Así, dividido entre mi deber para con la revista y mi lealtad a los poetas y ensayistas que lucharon contra el general Thomas en el valle de Cumberland, escuché su voz, que sonaba como un clavicémbalo, y comprendí que no podía hablarle de contratos. En presencia de las nueve musas y las tres gracias, no me atreví a rebajar la charla a un nivel de dos centavos. Tendría que producirse otro encuentro después de que recuperara yo el instinto comercial. Pero le hablé de mi misión, y acordamos discutir la propuesta de trabajo el día siguiente, a las tres de la tarde.

-Su ciudad parece un sitio tranquilo, sedante -dije mientras me preparaba para partir (momento este que suele reservarse a generalidades intrascendentes)-. Una ciudad hogareña, diría, donde suceden pocas cosas fuera de lo corriente.

***

Practica un extenso comercio en hornos y baterías de cocina con el Sur y el Oeste, y sus molinos harineros tienen una producción diaria de dos mil barriles.

***

Azalea Adair pareció reflexionar.

-Nunca lo he considerado así -dijo con una suerte de sincera intensidad que parecía pertenecerle-. ¿Acaso no es en los lugares tranquilos e inmóviles donde en realidad suceden las cosas? Me imagino que, cuando la mañana del primer lunes, Dios comenzó a crear la tierra, uno podría haberse asomado a la ventana y oír el gotear del fango que se derramaba de su paleta mientras el construía las montañas eternas. ¿En que acabó el proyecto más bullicioso del mundo, la torre de Babel? Apenas una página y media de esperanto en la North American Review.

-Por supuesto que la naturaleza humana es la misma en todas partes -dije tópicamente-, pero en algunas ciudades hay más color..., emoción, movimiento... y aventura que en otras.

-Sólo aparentemente -dijo Azalea Adair-. Yo he dado muchas veces la vuelta al mundo en una dorada nave sustentada por dos alas: la letra impresa y los sueños. En uno de mis viajes imaginarios vi al sultán de Turquía atravesar de un flechazo, con sus propias manos, a una esposa suya que se había descubierto el rostro en público. Y he visto cómo un hombre, en Nashville, hacía pedazos sus localidades de teatro porque su esposa salía a la calle con el rostro cubierto... de polvos de arroz. He visto cómo en el barrio chino de San Francisco sumergían en aceite de almendras hirviendo a la esclava Sing Yee, centímetro a centímetro, para obligarla a jurar que nunca volvería a ver a su amante americano. La muchacha cedió cuando el aceite llegó siete centímetros por encima de las rodillas. La otra noche, durante una partida de euchre27 en East Nashville, vi cómo siete compañeros de colegio, y amigos de toda la vida, de Kitty Morgan se desentendían olímpicamente de ella por haberse casado con un pintor de brocha gorda. El aceite hirviendo chisporroteaba a la altura de su corazón; pero me hubiera gustado que viese usted la espléndida sonrisa con que ella se paseaba entre las mesas. En efecto, ésta es una ciudad monótona. Apenas unos kilómetros de casas de ladrillo, de barro, depósitos y almacenes de madera.

[27] Juego de cartas. *(N. del T.)*

Alguien golpeó sordamente a la puerta trasera. Azalea Adair pronunció unas suaves palabras de excusa y fue a investigar. Tres minutos después regresó con los ojos brillantes, un tenue rubor en las mejillas y diez años menos sobre los hombros.

-Debe usted tomar una taza de té y un bollo de azúcar antes de marcharse -dijo.

Agitó una pequeña campana de hierro. Arrastrando los pies descalzos, entró a la sala una negrita de unos doce años, no muy limpia, que me miró con ojos saltones y el pulgar en la boca.

Azalea Adair abrió un minúsculo monedero gastado y sacó un billete, un billete de un dólar roto en el ángulo superior derecho, partido en dos y vuelto a unir con una banda de papel azul. Era uno de los dos que yo le había entregado al negro pirata, no cabía duda.

-Impy, ve a la tienda de mister Baker -dijo entregándole el billete a la niña- y trae cien gramos de té, el mismo de siempre, y diez centavos de bollos de azúcar. Vamos, date prisa. Al parecer nos hemos quedado sin té -me explicó.

Impy salió por la puerta trasera. Antes de que el raspar de sus ásperos pies descalzos se apagara en el porche, un violento alarido -que provenía de ella, supe enseguida- llenó la casa entera. Después, los tonos broncos y profundos de la voz de un hombre furioso se mezclaron con los gritos de la niña y sus palabras incomprensibles.

Sin revelar sorpresa o emoción alguna, Azalea Adair se puso en pie y desapareció. Por dos minutos oí el crudo estruendo de

la voz del hombre, luego algo como un juramento y una ligera refriega, y por fin la mujer volvió serenamente a su silla.

-Esta casa es muy grande -dijo- y tengo un inquilino que ocupa algunas habitaciones. Siento tener que retirar mi invitación a tomar el té. En la tienda se había acabado la marca que siempre usamos. Tal vez mañana mister Baker nos la consiga.

Yo estaba seguro de que Impy no había tenido tiempo de salir. Pedí información sobre las líneas de tranvías y me marché. Bastante lejos ya de la casa, recordé que no había averiguado el apellido de Azalea Adair. De todos modos, al día siguiente podría hacerlo.

Aquella misma tarde inicié el itinerario de iniquidades que la aburrida ciudad me impuso. Sólo estuve allí dos días, pero en ese lapso me las ingenié para mentir desvergonzadamente por telégrafo y ser cómplice -a posteriori, si el término es correcto- de un asesinato.

Al doblar la esquina cercana a mi hotel, el cochero africano del inefable abrigo policromo me agarró del brazo, abrió la lóbrega puerta de su sarcófago peripatético, esgrimió su bayeta y dio comienzo a su ritual:

-Suba, jefe; no hay ni una mota de polvo. Estoy de vuelta de un funerá, señó. -De pronto me reconoció y esbozó una gran sonrisa-: Perdóneme, jefe. Usté es el hombre que vino conmigo esta mañana. Muchísima grasia, señó.

-Mañana por la tarde tendré que ir de nuevo al 861 -dije-, y si estás aquí a las tres, podrás llevarme. ¿Así que conoces a miss Adair? -concluí, pensando en mi billete de un dólar.

-Fui sirviente del padre de ella, señó -replicó.

-Parece ser muy pobre -dije-. No tiene mucho dinero, ¿verdad?

Por un instante volví a encontrarme frente al fiero semblante del rey Cetewayo, quien enseguida se transformó otra vez en un viejo cochero negro y chantajista.

-No se va a morí de hambre, señó -respondió con lentitud-. Tiene medio, señó, tiene medio.

-Te pagaré cincuenta centavos -dije.

-Muy correcto, señó -respondió mansamente-. Lo que pasó esta mañana es que necesitaba los dos dólare, señó.

Fui hasta el hotel y mentí por vía eléctrica. Cablegrafié a la revista: «A. Adair pide ocho centavos por palabra».

La respuesta fue: «Acepta de inmediato, zoquete».

Justo antes de la cena el comandante Wentworth Caswell se abalanzó sobre mí con la efusión de un amigo recobrado. A pocos hombres recuerdo haber odiado tan de repente, y de pocos me ha costado tanto librarme. Cuando me abordó yo estaba junto al mostrador, de modo que no podía agitar el pañuelo de la despedida. De haber tenido la menor esperanza de escaparme de ese modo, le habría pagado una copa con la mayor alegría; pero el tipo era uno de esos rufianes despreciables, vociferantes y exhibicionistas que esperan ver recibido con bandas y fuegos artificiales cada centavo que gastan en sus locuras.

Con el aire de quien manipula millones, extrajo de su bolsillo dos billetes de un dólar y arrojó uno de ellos sobre el mostrador. Volví a encontrarme con el billete cortado en el ángulo superior derecho, partido por la mitad y pegado con una banda de papel azul. Era el mío. No podía ser otro.

Subí a mi habitación. La llovizna y la rutina de una triste y aburrida ciudad sureña me habían dejado exhausto e inquieto. Recuerdo que poco antes de meterme en la cama resolví mentalmente el misterio del billete de un dólar (que podría haber proporcionado la clave para una formidable historia de detectives en San Francisco), diciéndome entre bostezos: «Parece ser que mucha de esta gente tiene acciones en la Hermandad de Cocheros. Los dividendos, al menos, se pagan rápido. Me pregunto si... ». Después me quedé dormido.

Al día siguiente el rey Cetewayo estaba en su puesto y se encargó de sacudirme los huesos camino del 861. Tenía órdenes de esperar y volver a sacudirme una vez yo hubiera acabado.

A Azalea Adair se la veía más pálida, limpia y frágil que la víspera. Después de firmar el contrato a ocho centavos la palabra, se puso aún más pálida y empezó a resbalarse de la silla. Sin demasiadas complicaciones me las arreglé para recostarla sobre el antediluviano sofá de crin de caballo, y luego corrí a la acera para gritarle al pirata color café que buscara un médico. Con una perspicacia que no hubiera sospechado en él, abandonó sus caballos y se echó a correr calle abajo, como si hubiese comprendido el valor de la velocidad. En diez minutos volvió acompañado por un hombre de ciencia grave, canoso y capaz. Me bastaron pocas palabras (que valían cada una mucho menos de ocho centavos) para explicarle mi presencia en la desierta casa del misterio. Hizo una inclinación de cabeza para indicar que comprendía y se volvió hacia el viejo negro.

-Tío César -dijo con calma-, corre a mi casa y pídele a miss Lucy que te dé un tazón de leche fresca y medio vaso de oporto. Y date prisa en volver. Ve a pie. Quiero verte de nuevo aquí esta misma semana.

Se me ocurrió que el doctor Merriman también sentía cierta desconfianza por los corceles de aquel pirata en tierra. Cuando Tío César, vacilante pero veloz, se hubo alejado calle arriba, el médico me estudió con tanta cortesía como precaución, hasta que decidió que podía confiar en mí.

-Es sólo un caso de desnutrición -dijo-. En otras palabras, una consecuencia de la pobreza, el orgullo y el hambre. Mistress Caswell tiene muchos amigos fieles que la ayudarían gustosamente, pero nada acepta de nadie que no sea ese viejo negro, Tío César, que en una época perteneció a su familia.

-¡Mistress Caswell! -dije yo, sorprendido. Entonces me fijé en el contrato y vi que había firmado «Azalea Adair Caswell».

-Creí que era soltera.

-Se casó con un borracho holgazán y despreciable, señor -dijo el médico-. Se cuenta que le roba hasta las ínfimas sumas con que el viejo criado la ayuda a mantenerse.

Cuando llegaron la leche y el vino, el médico no tardó en despertar a Azalea Adair. Ella se incorporó y habló de la belleza de las hojas de otoño, entonces en su plenitud, y de la intensidad de sus colores. Se refirió brevemente a su desvanecimiento como producto de una antigua palpitación cardíaca. Mientras yacía en el sofá, Impy no dejaba de abanicarla. Al médico le esperaban en otro sitio, y yo lo acompañé hasta la puerta. Le dije que entre mis

posibilidades e intenciones se contaba la de adelantar a Azalea Adair una razonable suma en concepto de futuras colaboraciones para la revista, cosa que pareció satisfacerle.

-A propósito -dijo-, quizá le interese saber que el cochero que le ha traído es de sangre noble. El abuelo del viejo César fue rey del Congo. Y él mismo tiene modales aristocráticos, como usted habrá observado.

Mientras el médico se marchaba oí dentro la voz de Tío César.

-¿Así que se llevó los dos dólare, miss Zalea?

-Sí, César -respondió Azalea Adair débilmente.

Entré y cerré el trato con nuestra colaboradora. Asumí la responsabilidad de adelantarle cincuenta dólares, atribuyéndolo a una formalidad necesaria en esa clase de negocios. Después Tío César me llevó de vuelta al hotel.

Aquí termina la historia en cuanto a lo que puedo atestiguar. El resto sólo será una fría relación de hechos.

A eso de las seis salí a dar un paseo. Tío César estaba en su esquina. Abrió la puerta del carruaje, haciendo ondear la bayeta, y atacó su deprimente fórmula:

-Suba, señó. Sincuenta sentavo hasta cualquier lugá de la ciudá. Un coche relusiente, señó, resién llegado de un funerá. Entonces me reconoció. Creo que le estaba fallando la vista. Su abrigo había adquirido algunas tonalidades nuevas, las cuerdas trenzadas se habían deshilachado y raído todavía más y el ultimo botón -el botón de asta- ya no estaba en su lugar. Mísero descendiente de reyes era Tío César.

Unas dos horas más tarde, divisé una muchedumbre enardecida que sitiaba una botica. En un páramo donde no sucede nada, aquello era el maná; de modo que me abrí paso hacia allí. En un improvisado diván de sillas y cajas vacías yacía tendida la mortal corporeidad del comandante Wentworth Caswell. Un médico lo auscultaba en busca del componente inmortal. Su decisión fue proclamarlo notorio por su ausencia.

El cadáver del comandante había sido hallado en una calle oscura y transportado a la botica por ciudadanos curiosos y hastiados. Los detalles indicaban que el difunto se había visto envuelto en una terrorífica batalla. Vago y réprobo como había sido, tampoco le había faltado coraje. Pero perdió. Tenía los puños tan apretados que no se le podían abrir los dedos. Los amables ciudadanos que lo habían conocido se reunieron a su alrededor y revisaron sus vocabularios para encontrar algunas palabras amables con que referirse a él. Un hombre de aspecto gentil dijo después de pensar un buen rato:

-Cuando tenía catorce años e iba a la escuela, Cas era uno de los mejores en ortografía.

Mientras yo estaba allí de pie, los dedos de la mano derecha del «hombre que fuera», que colgaban al borde de la caja de pino blanco, se aflojaron y dejaron caer algo a mis pies. Cubrí tranquilamente el objeto con la suela del zapato y poco después lo recogí y me lo guardé en el bolsillo. Pensé que durante el combate postrero debió de haberlo aferrado sin darse cuenta, para no soltarlo más.

Esa noche, en el hotel, el tema principal de conversación -exceptuando tal vez la política y la Ley Seca- fue el deceso del comandante Caswell. Oí que un hombre decía frente a un grupo de gente:

-En mi opinión, caballeros, a Caswell lo ha asesinado uno de esos gamberros negros, que quería robarle. Esta tarde Caswell llevaba con él cincuenta dólares que mostró a varias personas del hotel. Cuando lo encontraron, el dinero había desaparecido.

Al día siguiente, a las nueve, abandoné la ciudad y, mientras el tren cruzaba el puente sobre el río Cumberland, saqué del bolsillo un botón de asta amarilla del tamaño de una moneda de cincuenta céntimos, del cual colgaban hilachas de tosca cuerda de cáñamo, y lo arrojé por la ventana a las lentas aguas fangosas que corrían abajo.

¡Me pregunto qué pasará en Buffalo!

La máxima renuncia

The Higher Abdication

Curly, el vagabundo, se dirigió al mostrador del menú libre. Captó una mirada distraída del tabernero y por un instante se detuvo, intentando adoptar la actitud de un empresario que acaba de comer en el Menger y espera a un amigo que ha prometido pasar a recogerle en su automóvil. La capacidad histriónica de Curly estaba a la altura de las circunstancias, pero su vestuario dejaba mucho que desear.

El tabernero dio la vuelta al mostrador, mirando el cielorraso como si sopesara algún arduo problema relativo al acabado, y luego cayó sobre Curly tan imprevistamente que el vagabundo no tuvo tiempo de preparar la coartada. De modo irrefrenable, pero con tal compostura que parecía casi ajeno a sus acciones, el vendedor de bebidas empujó a Curly hasta la puerta de vaivén y lo echó de un puntapié con una naturalidad rayana en la tristeza. Así se hacían las cosas en el Suroeste.

Curly se levantó del arroyo con serenidad. No sentía ira ni resentimiento contra el autor de la expulsión. Quince de sus veintidós años, transcurridos en vagabundeos, habían acabado por templarle las fibras del espíritu. Las pedradas y las flechas de un destino injurioso no lograban traspasar el acero de orgullo acorazado. Soportaba con especial resignación las afrentas y humillaciones infligidas por los taberneros. Por lo regular eran sus enemigos; y en contra de toda regla se mostraban, a menudo, amigos suyos. Se trataba de probar fortuna. Pero aún no había aprendido a calibrar a aquellos fríos, lánguidos caballeros lanzadores del Suroeste, que ostentan los modales de un conde de Pawtucket y, cuando desaprueban la presencia de alguien, manipulan al intruso con el silencio y la eficacia de un autómata que avanza un peón en una partida de ajedrez.

Durante un momento Curly se quedó parado en la estrecha calle sembrada de semillas de mezquite. San Antonio lo confundía y perturbaba. Llevaba tres días como huésped de la ciudad, sin pagar un céntimo, después de haber caído de un furgón del ferrocarril de la I & GN, y todo porque su amigo Engrasador Johnny le dijera en Des Moines que Alamo City era como maná caído, recolectado, cocido y servido con crema y azúcar. Curly había observado que la afirmación era parcialmente cierta. Abundaba una suerte de hospitalidad negligente, liberal y caprichosa. Pero después de su experiencia con las bulliciosas, ajetreadas y sistematizadas ciudades del Norte y el Este, aquélla le pesaba sobre el ánimo como una losa. En cierta ocasión una partida de vaqueros graciosos le había enlazado en la plaza de Armas y arrastrado por el suelo ennegrecido hasta dejarle la ropa en un estado tal que ni el trapero menos respetable la hubiese querido. Las calles serpenteantes, que con frecuencia no conducían a ninguna parte, le atemorizaban. Y para colmo estaba el río, ganchudo como un garfio, que atravesaba la ciudad y era cruzado por cien puentecitos tan parecidos entre sí que los nervios de Curly no podían soportarlo. Y hasta el último de los taberneros calzaba un cuarenta y tres.

El saloon estaba en una esquina. Eran las ocho. Junto a Curly, por la angosta acera de piedra, pasaba gente que iba a su casa o salía de ella. Entre los edificios que tenía a la izquierda, divisó un paso estrecho que se daba a sí misma el nombre de calle. Con la excepción de un tramo iluminado, se hallaba a oscuras. Donde había luz, con seguridad había también seres humanos. En San Antonio, donde al caer la noche había seres humanos, podía haber comida y sin duda había bebida. De modo que Curly se dirigió hacia la luz.

La luz provenía del Schwegel’s Cafe. Frente a él, en la acera, Curly recogió un sobre. Podía haber contenido un cheque por un millón de dólares. Estaba vacío, pero el vagabundo leyó el nombre del destinatario, «Mister Otto Schwegel», seguido de la ciudad y el estado. El matasellos era de Detroit.

Curly entró en el café. Ahora, a la luz se hacía visible su estampa, marcada por muchos años de vagabundeo. No poseía nada de la pulcritud del mendigo profesional, curtido y calculador. Su guardarropa era el muestrario de una docena de épocas y modas de la marginación. Para proveerlo de zapatos, se habían combinado los esfuerzos de dos fábricas.

Al mirarle se cruzaban en la mente vagas reminiscencias de momias, figuras de cera, exiliados rusos y hombres confinados en islas desiertas. Tenía la cara cubierta casi hasta los ojos por una barba enmarañada que solía cortar con una navaja de bolsillo, y que le había valido su nom de route.28 Los ojos azules, cargados de suspicacia, miedo, astucia, impudicia y descaro, atestiguaban las tensiones que su alma había soportado.

El café era pequeño y en su atmósfera se disputaban la primacía los olores de la carne y de la bebida. El cerdo y la berza luchaban a brazo partido con el hidrógeno y el oxígeno. Detrás de la barra, Schwegel trabajaba con un ayudante cuyos poros no mostraban indicio alguno de taponamiento. A los que compraban cerveza se les servían salchichas calientes con chucrut. Curly arrastró los pies hasta el extremo del mostrador, carraspeó y le dijo a Schwegel que era un ebanista de Detroit sin empleo.

En menos de lo que canta un gallo obtuvo una jarra y la correspondiente ración de comida.

-Tal vez en Detroit haya conocido usted a Heinrich Strauss -inquirió Schwegel.

-¿Que si conozco a Heinrich Strauss? -repitió Curly con afectación-. Oiga, jefe, me gustaría tener un dólar por cada una de las veces que jugué al pinacle con el bueno de Heine, los domingos por la noche...

El diplomático recibió en pago más cerveza y una segunda ración de comida caliente. Y luego Curly, que sabía a la perfección cuáles eran los límites del juego de la «confianza», se escabulló hacia la poco acogedora calle.

Comenzó así a sufrir los inconvenientes de esa pedregosa ciudad del Sur. No había ni rastro de la alegría callejera, el fulgor y la música que ofrecían distracción hasta a los más miserables en las ciudades del Norte. Aquí, incluso a hora tan temprana, las casas sombrías, de sólidos muros, estaban cerradas y atrancadas contra la insidiosa humedad de la noche. A medida que andaba, iba oyendo risas y un rumor de fichas y monedas detrás de las ventanas herméticas, y una música que se escapaba por los intersticios de la madera y la piedra. Pero eran diversiones egoístas; a San Antonio aún no había llegado la era de los pasatiempos populares.

Sin dejar de errar, por fin Curly dobló la esquina de otra calle perdida y dio con un grupo de rancheros de los alrededores, que se divertían a la puerta de un viejo hotel de madera. Uno de los más juerguistas, que procedía de la región ovejera y acababa de encabezar un movimiento hacia el bar, arrastró consigo a Curly como si fuera una cabra separada del rebaño. Los príncipes de la carne y la lana vitorearon al vagabundo como si se tratara de un reciente descubrimiento zoológico y, en medio de ovaciones, se pusieron a conservarlo en el diluido formol de sus elogios y observaciones.

Una hora más tarde, Curly salía del bar trastabillando, despedido por sus fortuitos amigos, cuyo interés en él se había disipado con tanta rapidez como se despertara. Cargado de combustible alcohólico y atiborrado de comida, el único problema que le inquietaba era el de hallar un techo y una cama.

Había comenzado a caer una fría llovizna texana, ese interminable y ocioso goteo regular que deprime el espíritu de los hombres y condensa un vapor remiso sobre las piedras de casas y calles. Así se cruzaban la adormecedora amabilidad de la primavera norteña y el amigable otoño con los glaciales saludos o adioses del invierno que llegaba o partía.

Curly introdujo la nariz en la primera calle tortuosa a la cual le llevaron sus pasos irresponsables. En el extremo de ella, en la orilla de la corriente sinuosa, divisó una puerta abierta en un muro de piedra y cemento. Al asomarse distinguió unas cuantas fogatas y una hilera de cobertizos de madera apoyados en tres de las altas paredes del recinto. Se adentró. Bajo los cobertizos había gran número de caballos ocupados con sus raciones de maíz y avena. Numerosos carros y coches rurales estaban diseminados por el cuadrilátero, con mantas y arneses abandonados al desgaire sobre los varales. Curly reconoció en aquel lugar uno de esos corralones que los comerciantes urbanos destinan a los carruajes de sus amigos y

[28] Curly podría traducirse como «Ricitos». *(N. del T.)*

parroquianos. Sólo que allí no se veía alma viviente. Sin duda los dueños de los vehículos andaban dispersos por las calles, empinando el codo y jaleando con sus compinches. Sin duda, en su prisa por hacerse dueños de las diversiones que ofrecía la ciudad, los últimos en salir habían dejado abierta la puerta del patio.

Como había tragado como una boa y bebido como un camello, Curly no se sentía en absoluto con ánimos de explorar. Haciendo eses, avanzó hasta la primera carreta que sus ojos encontraron en la penumbra. Era de dos caballos, con toldo de lona blanca. Estaba parcialmente ocupada por pilas de sacos de lana, dos o tres hatos de mantas grises, paquetes, cajas y fardos. Cualquier observador razonable hubiera discernido que se trataba de una carga de enseres consignados a algún rancho cercano. Para los embotados sentidos de Curly, sin embargo, apenas representaban tibieza, suavidad y protección contra la fría humedad de la noche. Tras una cantidad de esfuerzos vanos, logró al fin dominar la gravedad lo suficiente para trepar a una rueda y dejarse caer en la cama más blanda y cálida que había disfrutado en muchos días. Enseguida, convirtiéndose instintivamente en un animal de madriguera, cavó un hueco entre los sacos y las mantas, como un perro de las praderas, y acurrucado y a cubierto como un oso en su cubil, quedó a salvo de la frialdad del aire. Durante tres noches el sueño había visitado a Curly sólo en dosis irregulares y estremecidas. De modo que, ahora que Morfeo se avenía a presentarse, Curly se abrazó de tal forma al viejo caballero mitológico, que aquella noche habría sido milagroso que cualquier otro ser vivo llegara a cerrar los párpados.

***

Seis vaqueros esperaban a la puerta del almacén del rancho Cibolo. Sus caballos pacían cerca de ellos, atados a la usanza texana, que consiste en no atarlos. Las bridas les colgaban hasta el suelo, lo cual -tal es el poder de la costumbre y la imaginación- los inmoviliza con mucha mayor eficacia que si se les atara a un roble.

Estos guardianes de vacas paseaban de un lado a otro, cada uno provisto de un tostado papel de fumar, y amable, pero incesantemente, maldecían a Sam Revell, el encargado del almacén. Sam permanecía en la puerta, tensando los elásticos encarnados que le sujetaban las mangas de la camisa de hilo rosa, y contemplando con devoción los únicos zapatos de cuero curtido que podían hallarse en sesenta kilómetros a la redonda. Había cometido una grave falta, y sus impulsos se dividían entre la necesidad de disculparse humildemente y la admiración que sentían por la belleza de su atavío. Había permitido que se agotaran las reservas de tabaco.

-Estaba seguro de que quedaba una caja bajo el mostrador, muchachos -explicó-. Pero resulta que eran cartuchos. -Así te dé una apendicitis -dijo Poky Rodgers, cuidador del potrero de Lago Verde-. Deberían partirte la cabeza con la culata de una carabina. He cabalgado quince kilómetros para encontrar tabaco; y no me parece justo ni natural que sigas vivo. -Cuando los dejé, los muchachos estaban fumando una mezcla seca de hierbas y hojas de algarroba -bufó Potro Taylor, domador de caballos en el campamento de Tres Olmos-. Me esperan de vuelta a las nueve. Estarán despiertos, con el papel listo para liar algo decente antes de irse a la cama. Y yo tendré que decirles que ese cabeza de oveja, ojos de vaca, patas de carnero, marica e hijo de mala yegua de Sam Revell no tenía tabaco a mano. Gregorio Falcón, vaquero mexicano, el mejor lacero de todo el Cibolo, empujó sobre la tupida mata de rizos negros su pesado sombrero de paja bordada de plata, y se hurgó los bolsillos en busca de unas briznas del precioso vegetal.

-Excúseme, don Samuel -dijo en son de reproche, pero con un toque de buena crianza castellana-. Dicen que los animales que tienen menos seso (¿cómo lo llaman ustedes?, ¿cerebro?) son los conejos y las ovejas. Pero yo creo que los sujetos que no guardan una reserva de tabaco para fumar... Excúseme usted, don Samuel.

-En fin, muchachos, ¿de qué sirve hurgar en la llaga? -dijo el impávido Sam mientras se agachaba para lustrarse las punteras con un pañuelo rojo y amarillo-. El martes Ranse marchó a San Antonio con la orden de traer más tabaco. Pancho volvió ayer con el caballo de Ranse y

dice que Ranse vendrá con el carro. La carga no es mucha, sólo unos sacos de lana, mantas, clavos, latas de melocotones y otras cosas que nos faltaban. Seguro que Ranse llegará hoy. Se despierta temprano y corre como mil demonios, así que estará aquí antes de que oscurezca.

-¿Qué caballos lleva? -preguntó Potro Taylor con un deje de esperanza en la voz.

-Los tordos del calesín -dijo Sam.

-Entonces esperaré -dijo el domador-. Esos caballos devoran leguas más rápido de lo que un correcaminos se traga una víbora. Y hasta que llegue algo mejor, Sam, puedes ir abriéndome una lata de ciruelas.

-A mí ábreme una de orejones -ordenó Poky Rodgers-. Yo también esperaré.

Los pendencieros fumadores se acomodaron en la escalera del almacén. Dentro, Sam abría las latas de fruta con un hacha pequeña.

El almacén, una construcción de madera blanca del tamaño de un granero, se hallaba a cincuenta metros de la casa. Más allá estaban las caballerizas y más lejos todavía, los depósitos de lana y los rediles de esquileo, ya que en el rancho Cibolo se criaban tanto terneras como ovejas. Detrás del almacén, a no mucha distancia, estaban los jacales, techados con hierba seca, de los mexicanos que trabajaban para el Cibolo.

La casa del patrón constaba de cuatro habitaciones amplias, con muros de adobe estucado, y de un piso superior de madera con dos dormitorios. Una galería de seis metros de ancho rodeaba el edificio. Éste se alzaba en medio de un bosque de robles inmensos y sauces que crecían junto a un lago -un lago largo, no muy ancho pero tremendamente profundo, de cuya superficie, por la noche, emergían enormes peces que saltaban, para volver a hundirse, con un chapoteo de hipopótamos retozones-. De los árboles pendían macizas guirnaldas de la melancólica hiedra del Sur. Y, ciertamente, la casa del rancho Cibolo parecía pertenecer más al Sur que al Oeste. Daba la impresión de que el viejo Kiowa Truesdell la hubiese llevado con él desde las tierras bajas del Mississippi, al llegar a Texas en el 55 con su rifle bajo el brazo.

Pero a pesar de no haber llevado consigo la mansión familiar, Truesdell había acarreado una herencia más perdurable que la piedra y el ladrillo. Había transportado hasta allí la vieja enemistad entre su clan y el de los Curtis. Y cuando los Curtis compraron el rancho Los Olmos, a veinticinco kilómetros del Cibolo, en las praderas cubiertas de espinos y los chaparrales del suroeste se vivieron tiempos muy movidos. Por aquella época Truesdell se dedicaba a limpiar el bosque bajo de lobos, gatos monteses y pumas mexicanos, y uno o dos Curtis le dieron la oportunidad de tallar otras tantas muescas en la culata de su rifle. También él tuvo que enterrar a un hermano, con una bala de los Curtis en el cuerpo, en la orilla del lago. Entonces los indios kiowa hicieron su última incursión sobre los ranchos establecidos entre el Frío y el Río Grande, y Truesdell, a la cabeza de sus batidores, exterminó hasta el último valiente y libró la tierra de invasores, ganando así su apodo. Sobrevino luego la prosperidad, materializada en rebaños abundantes y tierras cada vez más extensas. Y más tarde la vejez y la amargura; Truesdell, la larga cabellera blanca como los lirios españoles y los fieros ojos de un azul pálido, se sentaba a la sombra de la galería del Cibolo a rugir como los pumas que cazara en otros tiempos. Los años le tenían sin cuidado; el sabor amargo que le dejaba la vida no provenía del tiempo. La copa de hiel que no podía tragar era que Ransom, su único hijo, quisiera casarse con una Curtis, la última descendiente de sus rivales.

***

Por un tiempo los únicos ruidos que se oyeron en el almacén fueron el tintineo de las cucharas y el gorgoteo de los jugos ingeridos por los vaqueros, el golpeteo de los cascos de los caballos y la doliente melodía que Sam entonaba mientras por vigésima vez se cepillaba alegremente el pelo castaño ante un espejo desconchado.

Desde la puerta del almacén podía verse una franja irregular de praderas que declinaba hacia el sur, con sus manchas ondulantes de mezquites verde pálido en las zonas bajas y las elevaciones coronadas por masas casi negras de chaparrales. La llanura de mezquites quedaba atravesada por el camino del rancho que, a ocho kilómetros de allí, desembocaba en la vieja

carretera estatal de San Antonio. El sol estaba tan bajo que la más suave colina proyectaba una sombra de varios kilómetros sobre el luminoso mar verde dorado.

Aquella tarde los oídos eran más rápidos que los ojos.

E mexicano alzó un dedo bronceado para pedir a los que comían que interrumpieran el entrechocar de las cucharas con las latas.

-Una carreta -dijo- está cruzando el arroyo Hondo. Oigo las ruedas. Un lugar muy pedregoso, el Hondo.

-Sí que tienes buen oído, Gregorio -dijo Potro Taylor-. Yo no oigo más que el canto de los pájaros en las ramas y el silbido del viento en las barrancas.

Diez minutos después el mismo Taylor apuntó:

-Al final de la planicie se levanta la polvareda de un carro.

-Sí que tiene usted buena vista, señor -dijo Gregorio sonriente.

A tres kilómetros una tenue nube de polvo empañaba las verdes ondulaciones del mezquital. Veinte minutos más tarde oyeron el golpeteo de los cascos, y cinco minutos después los tordos emergieron de la espesura, ávidos de pienso y arrastrando la ligera carreta como si fuera un juguete.

En los jacales se elevaron gritos de «¡El amo! ¡El amo!». Cuatro mozos mexicanos corrieron a desenganchar los caballos. Los vaqueros lanzaron voces de saludo y entusiasmo.

Ranse Truesdell arrojó las riendas al suelo y rompió a reír. -Sé lo que estáis esperando, muchachos -dijo-. Está bajo la lona del carro. Si Sam vuelve a dejar que se le acabe, haremos tiro al blanco con sus zapatos amarillos. Hay dos cajas. Sacadlas y liad. Ya sé que queréis fumar.

Después de cruzar el arroyo, Ranse había quitado la lona de los montantes y había cubierto con ella las mercancías. Seis pares de manos anhelantes la retiraron y hurgaron bajo sacos y frazadas en busca del tabaco.

Largo Collins, tabaquero del San Gabriel y dueño de las espuelas más largas al oeste del Mississippi, hundió un brazo parecido a la lanza del carro. Apretó algo más duro que una frazada y sacó a la luz una cosa horrible: un amorfo amasijo de cuero embarrado unido con cable y bramante. De su carcomido extremo afloraban, como la cabeza y las garras de una tortuga puesta patas arriba, dos zapatos.

-¡Aaah! -aulló Largo Collins-. ¿Qué traes, Ranse? ¿Un cargamento de cadáveres? Porque aquí... ¡Caracoles!

Curly emergió de su prolongado sueño como un vil gusano de su pudridero. Se abrió paso a gatas y se sentó, parpadeando como un búho libertino y borracho. El rostro era de un rojo azulado, hinchado, cubierto de arrugas y costurones como el peor filete de un carnicero. Los ojos consistían en dos estrías abultadas; la nariz, en una remolacha en salmuera; y, al lado de aquellos pelos, las greñas del ogro más salvaje habrían parecido la satinada trenza de una Cleo de Mérode. El resto semejaba un espantapájaros que hubiese cobrado vida.

Ranse saltó de su asiento y contempló el cargamento con ojos como platos.

-Eh, tú, mostrenco, ¿qué haces en mi carro? ¿Cómo te has metido aquí?

Los vaqueros lo rodearon encantados. Por el momento se habían olvidado del tabaco.

Curly miró lentamente a su alrededor. Como un terrier escocés, rezongó desde el fondo de su barba hirsuta.

-¿Dónde estoy? -logró articular con la garganta reseca-. Esto es una maldita granja en el campo. Para qué me habéis traído aquí, ¿eh? ¿Acaso os dije que quería venir? ¿Qué miráis, palurdos? Fuera, u os aplastaré los morros.

-Échalo de ahí, Collins -dijo Ranse.

Curly intentó saltar y sintió como si la tierra se levantara hasta chocar con sus omóplatos. Se incorporó y fue a sentarse en los peldaños de la entrada al almacén, sacudido por un ataque de nervios, abrazándose las rodillas y lloriqueando. Taylor agarró una caja de tabaco y le arrancó la tapa. Seis cigarrillos encendidos restauraron la paz y predispusieron a Sam al perdón.

-¿Cómo te has metido en mi carro? -repitió Ranse, ahora con voz imperiosa.

Curly reconoció el tono. Era el mismo que emplean los guardafrenos y algunos matones de porra y uniforme azul.

-¿Yo? -gruñó-. ¿Me hablas a mí? Oh, es que iba camino de Menger, pero mi criado olvidó ponerme el pijama en la maleta. Así que entré en el corralón y me colé en el carro, ¿comprendes? Pero no pedí que me trajeran a esta maldita granja, ¿estamos?

-¿Qué es eso, Potro? -preguntó Poky Rodgers, que, en su éxtasis, casi había olvidado el cigarrillo-. ¿De qué se alimenta?

-Un lagarto gallináceo, Poky -dijo Mustang-. Esos bichos que por las noches ululan en los pantanos. No sé si muerde.

-No, Mustang -terció Largo Collins-. Los lagartos gallináceos tienen púas en la espalda y dieciocho patas. Este es más bien un hurón de campo, de los que viven bajo tierra y comen cerezas. No te acerques a él. Son capaces de derribar poblados enteros de un golpe de su cola prensil.

El cosmopolita Sam, que tuteaba a todos los taberneros de San Antonio, se asomó a la puerta. Como zoólogo superaba a los demás.

-Oye, ¿no será un petimetre disfrazado? -preguntó-. ¿De dónde lo has sacado, Ranse? ¿Vas a organizar clases para analfabetos en el rancho?

-Oíd -dijo Curly, en cuyo pecho blindado rebotaban todos los dardos de la ironía-. ¿Ninguno de vosotros tiene algo de beber, pandilla de graciosos? Podéis divertiros. Anoche le estuve dando a la botella hasta que casi no podía tenerme en pie. -Se volvió hacia Ranse-: Di, ¿qué pretendías? ¿Traerme como esclavo en tu podrido balandro campesino? ¿Te he pedido yo venir a esta granja? Necesito un trago. Estoy hecho polvo. ¿Qué pasa?

Ranse se dio cuenta de que los nervios del vagabundo estaban a punto de estallar. Ordenó a uno de los mexicanos que trajera whisky de la casa. Curly vació el vaso de un trago, y un breve resplandor de agradecimiento, tan humano como la expresión de un fiel setter, le animó las pupilas.

-Gracias, jefe -dijo en voz baja.

-Estás a cincuenta kilómetros del ferrocarril y a sesenta y cinco del saloon más cercano -dijo Ranse.

Curly, abatido, se reclinó en los escalones.

-Ya que estás aquí -continuó el ranchero-, ven conmigo. No podemos abandonarte en la pradera. Hasta un conejo sería capaz de matarte.

Condujo a Curly hasta un gran cobertizo donde se guardaban los vehículos del rancho. Allí instaló un jergón y mandó traer frazadas.

-No creo que vayas a dormir -dijo- porque hacía veinticuatro horas que no despegabas las pestañas. Pero puedes quedarte aquí hasta mañana. Le diré a Pedro que te dé algo de comer.

-¡Dormir! -dijo Curly-. Podría dormir una semana entera. Oye, compañero, ¿no tendrías unos clavos de ataúd?

***

Ochenta kilómetros había recorrido Ransom Truesdell aquel día. Y he aquí lo que le sucedió después.

El viejo Kiowa Truesdell estaba sentado en su sillón de mimbre, leyendo a la luz de una enorme lámpara de petróleo. Ranse puso a su lado un montón de periódicos recientes llegados a la ciudad.

-¿Ya estamos de vuelta, Ranse? -dijo el viejo alzando la mirada-. Hijo -continuó-, he pasado el día dándole vueltas a un asunto del que ya hemos hablado. Quiero que me lo expliques de nuevo. He luchado contra los lobos, contra los indios y contra seres humanos peores que ellos, para protegerte. Tú has conocido a tu madre. Yo te he enseñado a disparar un arma, a cabalgar como un hombre y a vivir con decencia. He trabajado para amontonar dólares que un día serán tuyos. El día que se me lleve la parca, Ranse, tú serás una persona

rica. Te he criado. Te he moldeado con el mismo amor con que un leopardo lame a sus cachorros. No eres dueño de ti mismo: antes que nada, eres un Truesdell. Y ahora contéstame, ¿van a seguir esas tonterías con la chica de los Curtis?

-Ya te lo he dicho -respondió lentamente Ranse-. Mientras yo sea un Truesdell y tú seas mi padre, no me casaré con una Curtis.

-Eres un buen muchacho -dijo el viejo Kiowa-. Será mejor que cenes algo.

Ranse fue a la cocina, que estaba en la parte trasera de la casa. Pedro, el cocinero mexicano, se apresuró a sacar la comida del horno.

-Sólo quiero una taza de café, Pedro -dijo, y la bebió sin sentarse-. Y oye, en el cobertizo de los carros hay un vagabundo tumbado en un jergón. Llévale algo de comer. Que sea como para dos.

Ranse se encaminó a los jacales. Un chico le salió al encuentro. -Manuel, ¿puedes ir al pesebre a buscar a Vaminos? -¿Por qué no, señor? Lo he visto cerca de la puerta hace unas dos horas. Estaba muy cansado.

-Ve a buscarlo y ensíllalo tan deprisa como puedas.

-Prontito, señor.29

Poco después, inclinado sobre la silla y apretando las rodillas contra los flancos del caballo, Ranse pasaba a galope frente al almacén, donde Sam rasgueaba su guitarra a la luz de la luna.

En cuanto a Vaminos, el buen caballo pardo, merece unas palabras. Los mexicanos, que poseen cien nombres para el pelaje de los caballos, lo llamaban gruyo. Era un ruano pardo, comido de pulgas, del color de los ratones y la pizarra, si es que esto es concebible. Una línea negra le recorría la espalda desde las crines a la cola. Era inmortal, y no hay agrimensor en el mundo que haya recorrido en su vida los kilómetros que era capaz de cabalgar aquella bestia en un solo día.

Doce kilómetros al este del rancho Cibolo, Ranse aflojó las rodillas y Vaminos se detuvo bajo una espesura de retamas. Las flores amarillentas derramaban un perfume que hubiera hecho palidecer al de las rosas de Francia. La luna daba a la tierra el aspecto de una fuente cóncava cubierta por una campana de cristal. En una hondonada, cinco conejos brincaban y jugaban como gatitos. Doce kilómetros más allá, despuntaba el fulgor de una estrella como hundida en el horizonte. Los viajeros nocturnos, que a menudo se guiaban por ella, sabían que era la luz del rancho Los Olmos.

Diez minutos después Yenna Curtis llegó al retamal montando a Danzarín, su jaquito alazán. Los jóvenes se asieron amorosamente las manos.

-Debería haberme acercado más a tu casa -dijo Ranse-. Pero nunca me dejas.

Yerma rió. Y la suave luz alumbró sus dientes blancos y sanos y sus ojos intrépidos. A pesar de la luna, de la fragancia de las retamas y de la admirable silueta de Ransom Truesdell, su enamorado, no existía en ellos el menor sentimentalismo. Pero la muchacha estaba allí, a doce kilómetros de su casa, nada más que para verle a él.

-Ransom, ¿cuántas veces te he repetido que hemos de compartirlo todo y siempre?

-¿Y bien? -dijo Ranse en tono inquisitivo.

-Lo he hecho -dijo Yenna, casi en un suspiro-. Se lo he dicho después de comer, cuando suele estar de buen humor. Ranse, ¿alguna vez has despertado a un león creyendo que era un gatito? Estuvo a punto de echar abajo la casa. Se ha acabado. Amo a mi padre, Ranse, y también... También le temo. Me obligó a prometer que jamás me casaría con un Truesdell. Y se lo he prometido. Eso es todo. ¿Cómo te ha ido a ti?

-Igual -dijo Ranse con lentitud-. Le prometí que su hijo no se casaría nunca con una Curtis. No sé por qué razón no puedo contrariarlo. Está demasiado viejo. Lo siento, Yenna.

La muchacha se inclinó y acarició la mano de Ranse, apoyada en el arzón de su silla.

[29] En castellano en el original. *(N. del T.)*

-Nunca imaginé que llegaría a quererte más al saber que puedes renunciar a mí -dijo con ardor-; y sin embargo, así es. Ahora debo volver, Ranse. Me he escapado de la casa y he ensillado yo misma a Danzarín. Buenas noches, vecino.

-Buenas noches -dijo Ranse-. Ten cuidado con las madrigueras de los tejones.

Dieron media vuelta y comenzaron a alejarse en direcciones opuestas. Yenna giró en su silla y le llamó.

-No olvides que siempre lo compartiremos todo, Ranse.

-Malditas sean las enemistades familiares y sus consecuencias -murmuró Ranse desafiando a la brisa mientras regresaba al rancho Cibolo.

Dejó el caballo junto al pesebre y fue a su habitación. Abrió el último cajón de un viejo escritorio para sacar el paquete de las cartas que Yenna le había escrito un verano al marcharse de viaje a Mississippi. El cajón se resistía a salir, y él lo sacudió salvajemente, como suelen hacer los hombres. Por fin se despegó y le golpeó las espinillas, como suelen hacer los cajones. De alguna parte, tal vez de uno de los cajones superiores, cayó una vieja y amarillenta carta doblada, sin sobre. Ranse la acercó a la lámpara y se puso a leerla con curiosidad.

Después cogió el sombrero y se dirigió a uno de los jacales de los mexicanos.

-Tía Juana -dijo-, me gustaría hablar un rato con usted. Una ancianísima mexicana de cabello blanco y maravillosas arrugas se levantó de su banquillo.

-Siéntese -dijo Ranse y, quitándose el sombrero, se acercó la única silla del jacal-. ¿Quién soy yo, tía Juana? -preguntó en español.

-Nuestro buen amigo y patrón, don Ransom -respondió la vieja confundida-, ¿por qué me lo pregunta?

-¿Quién soy yo, tía Juana? -repitió él buscándole duramente los ojos.

En el rostro de la vieja asomó una expresión de temor. Empezó a retorcer las puntas de su mantón negro.

-¿Quién soy, tía Juana? -dijo Ranse una vez más.

-He vivido treinta y dos años en el rancho Cibolo -dijo tía Juana-. Pensaba morirme y ser enterrada bajo el musgo, más allá del jardín, antes de que estas cosas se supieran. Cierre la puerta, don Ransom, que se lo contaré. Veo por su cara que ya está enterado de todo.

Ransom pasó una hora tras la puerta del jacal de tía Juana. Cuando volvía a la casa, Curly le llamó desde el cobertizo.

El vagabundo fumaba sentado en el catre, balanceando los pies en el aire.

-Oye, compañero -rezongó-. Ésta no es forma de tratar a un hombre después de haberlo secuestrado. He ido al almacén, a que el presumido ese me prestara una navaja y me he afeitado. Pero un hombre necesita algo más. Oye, ¿no podrías conseguirme, digamos, unos tres dedos más de bebida? Yo no te pedí que me trajeras a tu condenada granja.

-Ven y ponte bajo la luz -dijo Ranse mirándolo de cerca. Curly se levantó de mala gana y avanzó unos pasos.

Su cara, ahora afeitada y limpia, parecía otra. Se había peinado y el pelo le caía sobre el lado derecho de la frente en una curiosa onda. La piadosa luz de la luna suavizaba los estragos del alcohol, y la armoniosa nariz aguileña y la breve mandíbula cuadrada le daban un aspecto casi distinguido.

Ranse se sentó a los pies del jergón y le observó con curiosidad. -¿De dónde eres? ¿Tienes casa o familia en algún lugar? -tYo? Bueno, yo soy duque. Soy sir Reginald... Bah, olvídalo. No, no sé nada de mi familia. He sido un vagabundo desde que tengo uso de razón. Dime, compañero, ¿me vas a dar otro trago o no?

-Si respondes a mis preguntas, tal vez lo haga. ¿Cómo te convertiste en un vagabundo?

-¿Yo? -respondió Curly-. Bueno, adopté la profesión cuando era niño. Un caso de fuerza mayor. Lo primero que recuerdo es haber pertenecido a un vago grandullón llamado Bistec Charley. Me hacía recorrer las casas pidiendo limosna. Y yo ni siquiera llegaba al llamador con la mano.

-¿Te dijo alguna vez dónde te había encontrado?

-Una vez, estando sobrio, dijo que me había comprado a unos esquiladores mexicanos borrachos a cambio de un revólver viejo y seis dólares. Pero ¿qué más da? Eso es todo lo que sé.

-Muy bien -repuso Ranse-. Creo que dices la verdad. Te voy a grabar la marca del rancho Cibolo. Mañana empezarás a trabajar en uno de los campamentos.

-¡Trabajar! -exclamó Curly con una mueca despectiva-. ¿Por quién me has tomado? ¿Te crees que voy a perseguir vacas y hacer cabriolas entre las ovejas como me ha dicho el marica ese del almacén que hacen los palurdos de aquí? Quítatelo de la cabeza.

-Oh, cuando te acostumbres acabará por gustarte -dijo Ranse-. Sí, le diré a Pedro que te sirva otro trago. Creo que haré de ti un vaquero de primera sin demasiado esfuerzo.

-¿Yo? Compadezco a las vacas que me mandes cuidar. Ya pueden ir arreglándoselas solas. Por favor, jefe, no te vayas a olvidar del vasito.

Antes de entrar a la casa, Ranse pasó por el almacén. Sam Revell, apenado, se estaba quitando los zapatos de cuero curtido para acostarse.

-¿Hay alguno del campamento San Gabriel que marche mañana temprano? -preguntó Ranse.

-Largo Collins -dijo secamente Sam-. Va a buscar el correo.

-Dile -agregó Ranse- que se lleve con él al vagabundo y no le deje escapar hasta que yo llegue.

La tarde siguiente, cuando Ranse Truesdell llegó al campamento San Gabriel y desmontó de su caballo, Curly, sentado en sus frazadas, se hallaba blasfemando con enorme talento. Los vaqueros hacían caso omiso de él. Estaba cubierto de polvo y mugre. Sus ropas realizaban un último esfuerzo por responder a las conveniencias.

Ranse se acercó a Buck Rabb, el mayoral, y cambió con él unas palabras.

-Es un zángano -dijo Buck-. Se niega a trabajar, y está en el abismo de inhumanidad más negro que yo haya visto. No sabía qué pretendías que hiciera, Ranse, de modo que le dejé a su aire. Eso parece gustarle. Los muchachos le han condenado a muerte una docena de veces, pero les dije que quizá tú prefirieras torturarlo.

Ranse se quitó la chaqueta.

-Será un trabajo duro, Buck, pero alguien ha de hacerlo. Tengo que convertir a ese individuo en un hombre. Para eso he venido.

Se movió hacia Curly.

-Hermano -le dijo-, ¿no crees que si te dieras un baño podrías sentarte junto a tus compañeros sin ensuciar tanto la atmósfera?

-Apártate, granjero -dijo Curly sardónico-. Cuando a Willy le apetezca meterse en la bañera, avisará a su doncella. El charco, u ojo de agua, estaba a doce metros. Ranse agarró a Curly de un tobillo y lo arrastró hasta el borde como si fuera un saco de patatas. Seguidamente, con la fuerza y destreza de un lanzador de martillo, arrojó al enemigo público al lago.

Curly salió del agua farfullando y deslizándose como una marsopa. Ranse le salió al paso con una toalla vieja y una pastilla de jabón.

-Ve al otro extremo del lago y usa esto -ordenó-. Buck te dará ropa limpia en el carromato.

El vagabundo obedeció sin pestañear. A la hora de cenar ya se hallaba de regreso. Era difícil reconocerle, vestido como estaba, con una flamante camisa azul y pantalones pardos. Ranse lo observó por el rabillo del ojo.

«Ojalá no sea un cobarde», decía para sí. «Ojalá no resulte ser un cobarde.»

Pronto se despejaron sus dudas. Curly avanzó directamente hacia él. Los ojos celestes le relampagueaban.

-Ahora que ya estoy limpio -dijo intencionadamente- quizá quieras cambiar unas palabras conmigo. Piensas que estás de jira campestre, ¿eh? Pandilla de brutos, os creéis que

podéis atropellar a un hombre por el solo hecho de que no tiene cómo escapar. Muy bien. ¿Qué te parece esto?

Curly plantó una sonora bofetada en la mejilla derecha de Ranse. La mano dejó en la piel bronceada una marca rojo pálido.

Ranse sonrió feliz.

Aún hoy los vaqueros siguen comentando el combate que siguió.

Alguna vez, en su incansable deambular por las ciudades, Curly había aprendido el arte de la defensa personal. El ranchero no poseía más aliados que la fuerza espléndida, el equilibrio de una salud perfecta y la resistencia que confiere una vida ordenada. Las fuerzas estaban casi equiparadas. No hubo asaltos convencionales. Al fin se impuso la fortaleza de un hígado sano. La última vez que Curly fue derribado por uno de los torpes pero formidables puñetazos del ranchero, quedó tendido en la hierba, aunque con una expresión indomable.

Ranse fue hacia el depósito del agua y se lavó la sangre de un corte en la barbilla. Llevaba una sonrisa satisfecha pintada en los labios.

Tanto educadores como moralistas obtendrían gran provecho si conocieran los detalles del curso de formación que Ranse impuso a su pupilo durante el mes que éste pasó en el campamento de San Gabriel. El ranchero no echó mano de complejas teorías: tal vez todas sus reservas pedagógicas se redujeron al arte de la doma y a una buena dosis de confianza en lo hereditario.

Los campesinos comprendieron que su patrón intentaba convertir en un hombre a aquel extraño animal que había caído entre ellos; y tácitamente se organizaron a modo de ayudantes. Claro que con un sistema propio.

La primera lección de Curly fue un éxito. En adelante mantuvo relaciones amistosas y cada vez más íntimas con el agua y el jabón. Y lo que más le agradaba a Ranse era notar que los avances en esta «asignatura» eran continuados. Sólo de vez en cuando mediaba una larga pausa entre dos etapas.

Una vez echó la zarpa a una botella de whisky que se guardaba como algo sagrado en la tienda de las provisiones, para emplearla contra las picaduras de víbora, y pasó dieciséis horas tumbado con una borrachera descomunal. Pero cuando se incorporó tambaleándose, lo primero que hizo fue agarrar jabón y toalla y dirigirse al charco. Y en otra ocasión que llegó al campamento un regalo en forma de tomates frescos y cebollas tiernas, Curly devoró el cargamento íntegro antes de que los vaqueros volvieran para la cena.

Entonces los vaqueros le castigaron según su costumbre. No le hablaron en tres días, como no fuera para responder a sus preguntas y observaciones. Y se dirigían a él con una corrección absoluta e incesante. Entre ellos se hacían bromas; intercambiaban golpes rudos y afectuosos; se lanzaban maldiciones e injurias cariñosas; pero con Curly eran educados. Él lo advirtió, y aquello surtió el efecto que Ranse esperaba.

Una noche comenzó a soplar un frío y húmedo viento del norte. Wilson, el más joven de la partida, había permanecido dos días en el campamento atacado de fiebre. Cuando al amanecer Joe se levantó para preparar el desayuno, halló a Curly durmiendo contra la rueda del carro de la comida, tapado tan sólo con una manta de campaña, mientras sus frazadas envolvían a Wilson para protegerlo de la lluvia y el viento.

Tres noches más tarde Curly se enfundó en su frazada y se marchó a dormir. Entonces los demás vaqueros se levantaron sigilosamente y comenzaron los preparativos. Ranse vio que Largo Collins ataba una cuerda al arzón de una silla. Otros ponían a punto sus revólveres.

-Os lo agradezco, muchachos -dijo Ranse-. Estaba esperando que lo hicierais. Pero no me animaba a pedíroslo.

Media docena de revólveres comenzaron a disparar y agudos aullidos llenaron el aire. Largo Collins pasó galopando salvajemente sobre el lecho de Curly, arrastrando la silla tras de sí. Aquello no era más que su manera de despertar gentilmente a la víctima. Después, cuidadosa y burlonamente, lo hostigaron durante una hora según el código de los

campamentos. Cada vez que protestaba, le ceñían más el montón de mantas y le azotaban con un par de polainas de cuero.

Y todo esto quería decir que Curly se había ganado las espuelas y recibía el espaldarazo de los vaqueros. Nunca más le tratarían con corrección. Ahora sería un camarada y galoparía con ellos, estribo con estribo, bota con bota.

Cuando acabó la fiesta, todos se agolparon en torno a la cafetera que Joe había puesto al fuego para rematar la cena. Ranse estudió meticulosamente al nuevo caballero, para ver si había comprendido el nombramiento y se lo merecía. Cojeando, con la taza de café en la mano, Curly fue hasta un tronco y se sentó. Largo Collins le siguió y se colocó junto a él. Al otro lado se sentó Buck Rabb. Curly.. sonrió.

Y entonces Ranse proveyó a Curly de un caballo, una silla y el resto del equipo y lo puso en manos de Rabb, quien recibió instrucciones para terminar la labor.

Tres semanas después, Ranse visitó el campamento, que ahora se hallaba en Snake Valley. Los muchachos estaban aprontando los caballos para la salida diaria. Ranse buscó a Largo Collins.

-¿Qué hay de nuestro potrillo? -preguntó. Largo Collins sonrió.

-Extiende el brazo y lo tocarás, Ranse Truesdell. Y si quieres, también puedes zarandearlo, porque es fornido y no hay otro mejor en todo el campamento.

Ranse volvió a mirar la sonrisa del vaquero de rostro limpio y bronceado que se hallaba junto a Collins, ¿sería posible que aquél fuese Curly? Le tendió la mano y Curly la estrechó con músculos de domador.

-Quiero que vengas conmigo al rancho -dijo Ranse.

-Muy bien, compañero -dijo Curly con entusiasmo-. Pero me gustaría regresar. Oye, amigo, esta granja es una maravilla. Y no necesito otra cosa que perseguir vacas con estos muchachos. Son de lo más divertido.

Bajaron de los caballos al llegar a la casa del Cibolo. Ranse dejó a Curly esperando a la puerta de la sala. El entró. El viejo Kiowa estaba sentado a la mesa, leyendo.

-Buenos días, mister Truesdell -dijo Ranse.

El viejo volvió velozmente la blanca cabeza.

-¿A qué viene esto? -preguntó-. ¿Por qué me llamas mister...?

Al mirar la cara de Ranse se detuvo y la mano que sostenía el periódico tembló ligeramente.

-¿Cómo lo has descubierto, muchacho? -dijo con lentitud.

-No importa -respondió Ranse con una sonrisa-. Le pedí a tía Juana que me lo confirmara. Fue por casualidad, pero no tiene importancia.

-Tú has sido como un hijo para mí -dijo el viejo Kiowa estremecido.

-Tía Juana me lo contó todo -dijo Ranse-. Me contó cómo me adoptaste cuando yo no te llegaba a las rodillas y viajaba hacia el Oeste con una caravana de buscadores de oro. Y también me contó que tu hijo, tu verdadero hijo, se perdió o fue raptado. Y dijo que aquel mismo día los esquiladores se fueron de juerga y no aparecieron nunca más.

-Nuestro hijo se extravió cuando tenía dos años -dijo el viejo-. Después llegó esa caravana de inmigrantes con un niño que no querían, y nosotros lo aceptamos. Nunca quise que lo supieras, Ranse. Nunca volvimos a saber de nuestro hijo.

-A menos que me equivoque mucho, está ahí fuera -dijo Ranse, y abriendo la puerta, hizo una seña.

Curly entró. No cabía duda alguna. El viejo y el joven tenían la misma cabellera, nariz y barbilla, el mismo corte de cara y los mismos saltones ojos celestes.

El viejo Kiowa se levantó emocionado.

Curly miró a su alrededor con curiosidad. Una mueca perpleja le cubrió el rostro. Señaló la pared que tenía enfrente.

-¿Dónde está el tictac? -preguntó absorto.

-¡El reloj! -gritó el viejo Kiowa con potente voz-. El reloj de péndulo que teníamos ahí. Cómo...

Se volvió hacia Ranse, pero Ranse ya no estaba allí.

A cien metros de la casa, Vaminos, el viejo pardo comido de pulgas, le llevaba como una flecha hacia el rancho Los Olmos, a través de los chaparrales y el polvo.

Bruma en Santone

A Fog In Santone

El empleado de la farmacia escruta el pálido rostro semioculto por la solapa del abrigo, que está levantada.

-Preferiría no dárselas -vacila-. Ya le he vendido media docena de sellos de morfina hace media hora.

El cliente sonríe con tristeza.

-La culpa la tienen estas calles intrincadas. No era mi intención molestarlo dos veces, pero supongo que me he desorientado. Perdóneme.

Se cubre más aún con la solapa y sale lentamente. En la esquina se detiene bajo un farol y juguetea absorto con tres o cuatro cajitas de cartón.

-Treinta y seis -se dice-. Más que suficiente.

Porque esa noche había caído sobre Santone una bruma gris, posando la mano de su opaco terror sobre las gargantas de los habitantes de la ciudad:

Se calcula que hibernaban en ella unos tres mil inválidos. Habían llegado de muchos sitios lejanos dado que allí, entre aquellas apretadas calles divididas por el río, había decidido demorarse el dios Ozono.

¡Sí, señor, la atmósfera más pura de la tierra! De la presencia del río que serpentea por nuestra ciudad, deducirá usted que somos enfermos de malaria, ¡pero no, señor! Reiterados experimentos llevados a cabo tanto por el gobierno como por expertos locales, han demostrado que nuestro aire no contiene nada malsano, ningún otro elemento que el ozono, señor, ozono puro. A lo largo de todo el río se han realizado pruebas con papel tornasol, con el resultado de que... Pero es mejor que lo lea en los prospectos. En todo caso, los santonenses se lo recitarán palabra por palabra.

Pero si bien nos favorecen las condiciones climáticas, el tiempo está en contra nuestra. Por lo tanto, no hay que echarle a Santone la culpa de esa fría niebla gris que llegó para besar los labios de los Tres Mil y después los entregó al suplicio. Aquella noche la tuberculosis, cuyos estragos no se detienen ante las esperanzas ajenas, se multiplicó. Los retorcidos dedos de la lívida niebla, por lo tanto, no se retiraron sin ensangrentarse. Muchos de los devotos del ozono capitularon frente al enemigo antes del alba, los ojos vueltos hacia la pared en esa inexpresiva apatía de aislamiento que tanto aterroriza a los testigos. Varias almas fueron arrastradas por la corriente de la hemorragia, dejando atrás patéticos cadáveres tan blancos y helados como la misma niebla. Dos o tres confundieron el fantasma atmosférico con una revelación de gozos imposibles, enviada para demostrarles qué locura egregia es meterse aire en los pulmones nada más que para volver a exhalarlo, con lo cual los pobres decidieron darse alivio recurriendo a las pistolas, al gas o a la magnanimidad del muriato.

El comprador de morfina deambula entre la niebla, hasta que por fin se encuentra en un puentecito de hierro, uno de los muchos que hay en el corazón de la ciudad, bajo el cual fluye el río tortuoso. Se apoya en la baranda y boquea, pues en ese lugar la niebla se ha concentrado, extendiéndose como una alfombra, para agarrotar a los que transiten por ella. Los transeúntes del puente se irritan ante la persistencia de la tos y se apartan con una suerte de estremecimiento físico y como diciéndole: «¡Ea, señor! Un poco herrumbroso, el frío este, pero no viene de nuestro río. Se han hecho pruebas con papel tornasol por toda la ribera y no hay más que ozono. ¡Ea!».

Al fin el hombre de Memphis se recobra lo bastante para advertir que a tres metros de él, apoyado en la baranda, hay otro individuo que acaba de salir del paroxismo. Existe entre los Tres Mil una complicidad de logia que prescinde de las formalidades y presentaciones. Un acceso de tos obra como tarjeta de presentación; una hemorragia, como carta de crédito. El hombre de Memphis, más recuperado, es el primero en hablar:

-Goodall, de Memphis. Tuberculosis pulmonar. Supongo que en fase terminal.

Los Tres Mil economizan palabras. Las palabras son aire, y ellos necesitan el aire para firmar los cheques del médico.

-Hurd -resuella el otro-. Hurd de Toledo, Ohio. Catarro bronquial. De Dennis, lo llaman, según mi médico. Me ha dicho que viviré cuatro semanas, si me cuido. ¿Usted ya tiene el certificado?

-Mi médico -responde algo burlonamente Goodall de Memphis- me ha dado tres meses.

-Oh -anota el hombre de Toledo, rellenando con gemidos los grandes huecos de su charla-, maldita sea la diferencia. ¡Por lo que significan los meses! Yo espero... reducir mi plazo a una semana... y morir en un coche de cuatro ruedas, y no de tos. Estuve pensando... que prefiero estirar la pata en un bar. Los he frecuentado bastante... desde que me enfermé. Oiga, Goodall de Memphis..., si su médico le ha dicho que le falta tan poco para palmarla..., ¿por qué no... se va de parranda y apresura el trámite... como hago yo?

-Parranda -dice Goodall como si acariciara una idea flamante-. Nunca lo he hecho. En realidad tenía pensado otra cosa, pero...

-Vamos a beber unas copas -invita el de Ohio-. Yo... hace dos días que estoy probando, pero ese líquido del de ...monio ya no pega como antes. Goodall de Memphis, ¿cómo anda su respiración?

-Veinticuatro.

-¿Y la temperatura diaria?

-Treinta y ocho.

-Puede conseguirlo en dos días. A mí me llevará una semana... Anímese, amigo Goodall... Diviértase todo lo que pueda... Después, despídase bien curda y ahórrese dinero y problemas. ¡Caray, si esto es un lugar de reposo, yo soy un bala perdida! El mejor fantasma del lago Erie tardaría dos minutos en perderse. -Usted ha dicho algo sobre un trago -apunta Goodall.

Unos minutos más tarde se instalan junto a un mostrador reluciente, acodados en el apoyabrazos. El camarero que les sirve las copas, rubio, fornido, elegante, enseguida se percata de que sus clientes pertenecen a los Tres Mil. Observa que uno de ellos es un hombre maduro, bien vestido, con la cara chapada y angulosa; el otro, casi un muchacho del cual se advierte poco más que el abrigo y los ojos. Disfrazando con habilidad el tedio que surge de las repeticiones, el camarero se pone a salmodiar la cantinela de la salubridad de Santone.

-Qué noche más brumosa, ¿verdad? No es común en nuestra ciudad. A veces sube un vaho del río, pero nada dañino. Se han hecho muchas pruebas...

-Al infierno con vuestro papel tornasol -jadea Toledo-. No es personal, por supuesto... Ya hemos oído hablar de él... Déjelo que se ponga rojo, blanco y azul... Lo que queremos es hacer otro experimento con... ese whisky. Vamos, yo pago la última ronda, Goodall de Memphis.

La botella pasa de uno a otro, y no se le permite abandonar el mostrador. El camarero contempla cómo dos demacrados inválidos engullen una cantidad de Kentucky Belle suficiente para echar por tierra a una docena de vaqueros, sin reflejar más emoción que un interés absorto en las peregrinaciones de la botella. De modo que se siente impulsado a manifestar cierta inquietud por las consecuencias.

-No lograremos emborracharnos de aquí al Día del juicio -responde Toledo-. Nos han... vacunado con whisky... y aceite de hígado de bacalao. Lo que a usted le costaría una noche en la cárcel... a nosotros sólo nos da sed. Sirva otra botella.

Es muy arduo ir al encuentro de la muerte por ese camino. Debería hallarse alguna fórmula más expeditiva. Salen del bar y vuelven a sumergirse en la niebla. Las aceras son meros rebordes al pie de las casas. La calle es un barranco helado que la niebla rebasa. No muy lejos está el barrio mexicano. Un rasgueo de guitarra, acompañado por la desalentadora voz de una señorita, se acerca por el aire espeso, como guiado por cables.

En las tardes sombrías de invierno
en el prado a llorar me reclino

Librodot

y maldigo mi infausto destino,
una vida, la más infeliz.30

Ni Toledo ni Memphis comprenden la letra, pero las palabras son lo menos importante de la vida. La música destroza los corazones de los buscadores de Nepente, incitando a Toledo a comentar:

-Me pregunto qué será de mis hijos... ¡Por Dios, mister Goodall de Memphis, hemos bebido demasiado poco whisky! Preferiría no oír música, si no le molesta. Con la música uno se olvida de borrar los recuerdos. -Entonces Hurd, de Toledo, consulta su reloj y dice-: ¡Que me cuelguen! Tengo una cita a las once para ir a caballo a las cascadas de San Pedro. Yo, un tipo de Nueva York y las hermanas Castillo del jardín de Rhinegelder. El de Nueva York sí que tiene suerte... Le queda un pulmón entero... Suficiente para un año... Y le sobra dinero. Lo paga todo... No me puedo permitir el lujo... de perderme la juerga. Lamento que usted no venga. Adiós, Goodall de Memphis.

Dobla la esquina y se aleja, cortando así los vínculos de amistad con la facilidad con que sólo los moribundos lo hacen, porque la de la disolución es en el hombre la hora suprema del egoísmo y el amor propio. Pero antes de perderse en la bruma, se da la vuelta y exclama:

-¡Oiga, Goodall de Memphis! Si usted llega antes que yo, dígales que esperen a Hurd de Toledo, Ohio.

Así abandona a Goodall su tentador. El joven, sufrido y despreocupado, se toma su tiempo para toser y, recompuesto, vaga por una calle que no conoce ni le interesa. Llegado a cierto punto percibe una puerta de vaivén y oye filtrarse por ella un sonido de instrumentos de cuerda y de viento. Al llegar ve que entran dos hombres y los sigue. Hay una especie de antecámara poblada de palmeras, cactus y adelfas. En las pequeñas mesas de mármol se reparten los parroquianos, mientras dependientes calzados con zapatillas sirven cerveza. Todo es limpio, ordenado, alegre, melancólico, como si respondiera a la escala germánica del bienestar. A su derecha se alza una escalera. Desde allí un hombre hace señas. Goodall extiende la mano, llena de monedas de plata, y el hombre elige una. Goodall sube y ve dos galerías que bordean una sala de conciertos, que ahora lo comprende, está por encima de la antecámara en la que ha entrado y la sobrepasa. Las galerías están divididas en palcos o compartimentos que, con la ayuda de cortinas de encaje, brindan a sus ocupantes alguna intimidad.

Al moverse sin rumbo por el pasillo contiguo a esos cubículos discretos y de buen gusto, en uno de ellos le llama la atención una mujer joven sola, sentada en actitud reflexiva. La joven se percata de su cercanía. Una sonrisa de ella le deja inmóvil, y la consiguiente invitación le impulsa, aunque vacilante, hasta la otra silla del compartimento, que está separada de la de ella por una mesita.

Goodall sólo tiene diecinueve años. Hay quienes, escogidos por la terrible diosa Tisis para ensañarse en ellos, primero ganan en hermosura; el muchacho es uno de ellos. Su rostro es de cera, y una espantosa belleza nace del insidioso ardor de sus mejillas. Sus ojos reflejan una visión ultraterrena suscitada por la certidumbre de su destino. Como al hombre se le prohíbe imaginar con precisión su suerte, es inevitable que se estremezca cada vez que el velo se corre aunque sólo sea un poco.

La joven está bien vestida y exhíbe una belleza caracterizada por su tersura y feminidad, un atractivo a lo Eva que no parece destinado a desvanecerse.

Los peldaños por los cuales ambos acceden a un cierto plano de comprensión no poseen nada de material; son pocos y breves, como corresponde a la ocasión.

A menudo recurren a un botón que hay en el tabique, y a esa señal va y viene el camarero.

La belleza triste no obtiene nada del vino; dos gruesas trenzas del rubio cabello de la muchacha caen casi hasta el suelo; es una descendiente directa de Lorelei. De modo que el camarero trae cerveza: efervescente, helada, de un dorado verdoso. En el escenario, la

[30] En castellano en el original. *(N. del T.)*

orquesta toca «Oh, Rachel». Los jóvenes ya han intercambiado una buena dosis de información. Ella lo llama Walter, y él la llama miss Rosa.

A Goodall se le ha soltado la lengua y ha contado toda su vida; ha hablado de su hogar de Tennessee, de la vieja mansión con columnas, rodeada de robles; de los establos, de las cacerías, de sus amigos, hasta de los pollitos y de los arbustos de boj que flanquean los senderos. De su viaje al Sur para que el clima lo liberase de la hereditaria maldición que pesa sobre la familia. Le ha dicho todo sobre sus tres meses en un rancho, las cacerías de venados, las cabalgadas y los festejos en los campamentos vaqueros. Luego, sobre su llegada a Santone, donde un especialista eminente le dio a entender que, con toda seguridad, a su calendario no le quedaban más que dos hojas. Y, por fin, sobre esa noche gélida y blanca como la muerte que se ha cernido sobre él, dejándole exhausto e impeliéndole a buscar un puerto en medio del horrible oleaje.

-Esta semana no llegó la carta habitual de mi familia -le dijo- y me sentí muy desgraciado. Sabía que no me quedaba mucho tiempo, y estaba cansado de esperar. Salí a comprar morfina en todas las farmacias donde quisieran venderme unos sellos. Reuní treinta y seis y estaba por volver a mi cuarto para tomarlos, pero en el puente encontré a un hombre que me dio otra idea. -Goodall pone sobre la mesa una pequeña caja de cartón-. Las he guardado todas aquí.

Mujer al fin, miss Rosa no pudo evitar abrir la caja y, a la vista de esos comprimidos de aspecto inofensivo, sintió un escalofrío.

-¡Qué espanto! Pero ¡cómo pueden matar a una persona estas pastillitas!

Sin embargo está claro que podían. Walter lo sabía. ¡Nueve gramos de morfina! Y bien, bastaba la mitad.

Miss Rosa quiere saber sobre mister Hurd de Toledo, y se la complace. Ríe como una niña regocijada.

-¡Qué individuo más gracioso! Pero cuénteme más de su hogar y sus hermanas, Walter. De Texas, tarántulas y vaqueros ya conozco bastante.

En el estado de ánimo en que se encuentra, a él el tema le resulta grato y despliega frente a ella los detalles simples de un verdadero hogar: los pequeños vínculos y ternuras que colman el corazón del proscrito. Una de sus hermanas, Alice, constituye un apartado sobre el cual le encanta explayarse.

-Es como usted, miss Rosa -dice-. Tal vez no tan bonita, pero simpática, buena y..

-¡Por favor, Walter! -dice bruscamente miss Rosa-. Hablemos de otro tema.

Pero sobre la pared exterior se proyecta la sombra de un hombre alto, de paso silencioso, elegantemente vestido, que se detiene un instante ante las cortinas y luego entra. De inmediato llega el camarero con un mensaje:

-Dice mister Rolfe que...

-Respóndale a Rolfe que tengo un compromiso.

-No sé a qué se debe -dice Goodall de Memphis-, pero ahora ya no me encuentro tan mal. Hace una hora deseaba morir, pero desde que la he conocido, miss Rosa, quiero seguir viviendo.

La joven rodea la mesa, le pasa un brazo sobre los hombros y le da un beso en la mejilla.

-Debe hacerlo, querido muchacho -dice-. Sé lo que le pasaba. Lo que había deprimido su espíritu, y el mío, era esa bruma triste. Pero fíjese ahora.

Con un ligero brinco ha descorrido las cortinas. En la pared de enfrente hay una ventana e ¡increíble!, la niebla se ha disipado. Una vez más la luna indulgente viaja por el cielo nítido. Tejados, parapetos y agujas lucen un suave esmalte nacarado. Dos, tres veces el río recobrado devuelve a las casas la luz del firmamento. El amanecer traerá un día vivificante, dulce y próspero.

-¡Hablar de la muerte cuando el mundo es tan bello! -dice miss Rosa sin retirar la mano del hombro del muchacho-. Por favor, Walter, prométame una cosa. Prométame que irá a su casa a descansar y se dirá: «Quiero sanar», y lo hará.

-Lo haré si usted me lo pide -dice el joven con una sonrisa.

El camarero trae copas llenas. ¿Acaso lo han llamado? No, pero ha hecho bien. Ahora puede marcharse. Una copa de despedida. Miss Rosa dice:

-Por nuestro próximo encuentro.

Los ojos de él ya no miran el vacío, sino algo que es la antítesis de la muerte. Esta noche sus pies han hollado un país desconocido. Obediente, se apresta a retirarse.

-Buenas noches -dice ella.

-Nunca había besado a una muchacha -confiesa él-, salvo a mis hermanas.

-Tampoco lo ha hecho hoy -ríe ella-. He sido yo quien le ha besado a usted. Buenas noches.

-¿Cuándo volveré a verla? -insiste él.

-Me ha prometido ir a su casa -dice ella frunciendo el ceño- y curarse. Tal vez volvamos a encontrarnos muy pronto. Buenas noches.

Él vacila, el sombrero en la mano. Ella le dedica una ancha sonrisa y lo besa de nuevo en la frente. Le observa alejarse por el pasillo y vuelve a sentarse frente a la mesa.

La sombra vuelve a proyectarse sobre la pared. Esta vez el hombretón de andar suave separa las cortinas y se asoma. Su mirada encuentra la de miss Rosa y así permanecen, en silencio, medio minuto, librando un combate con las armas más nobles. Por fin el hombre deja caer las cortinas y sigue su camino.

De pronto la orquesta deja de tocar y una voz importante habla desde un palco, al otro extremo del pasillo. Sin duda algún ciudadano ha recibido visitas, y miss Rosa se reclina en la silla y sonríe al oír algunas de las palabras.

-La atmósfera más pura del mundo..., con papel tornasol a lo largo de la ribera..., por completo inocuo..., nuestra ciudad..., ozono puro.

El camarero regresa a buscar la fuente y los vasos. Al verlo entrar, la joven estruja una cajita vacía, de cartón, y la arroja a un rincón. Valiéndose del alfiler de su sombrero, está disolviendo algo en el vaso.

-Vamos, miss Rosa -dice el camarero con cortés familiaridad-, ¡aún es muy temprano para echar sales en la cerveza!

Dos renegados

Two Renegades

En la ciudad que es puerta de entrada al Sur iba a celebrarse un encuentro de veteranos del ejército confederado, y yo me paré a verlos desfilar, bajo las ondulantes banderas de la terrible guerra, en dirección al local donde se realizarían la misa y la ceremonia.

Mientras pasaban las columnas irregulares y vacilantes, me adelanté y extraje de las filas a mi amigo Barnard O'Keefe, que no tenía derecho a estar allí, pues tanto por cuna como por formación era norteño; ¿y qué servicio podía estar prestando al estandarte de las barras y las estrellas entre aquellos veteranos declinantes? ¿Y por qué debía marchar, con su cara reluciente, marcial, amplia y alegre, entre guerreros pertenecientes a una generación anterior y ajena a él?

Lo retiré, pues, y lo retuve hasta que hubieron pasado la última pata de palo y la postrera y temblorosa barba de chivo. Y luego lo aparté de la multitud, para introducirlo en un interior algo más tranquilo; porque la ciudad estaba un poco agitada y aquel día, sabiamente, los organillos habían eliminado «Avanzando a través de Georgia» de sus repertorios.

-¿Qué demonios pretendes? -le pregunté a O'Keefe una vez tuvimos por medio una mesa y un par de vasos.

Antes de dignarse a responder, O'Keefe se secó el sudor de la cara y sembró la anarquía entre los pedazos de hielo que flotaban en su vaso.

-Asisto al despertar de la única nación de la tierra que me ha tratado bien -dijo-. Mi deber de caballero es ratificar y celebrar la política exterior del difunto Jefferson Davis,31 el estadista que mejor ha manejado los asuntos financieros de este país. Su lema era la igualdad mercantil: un barril de dinero por uno de harina, un par de billetes de veinte dólares por un par de botas, un sombrero lleno de monedas por un sombrero nuevo. Dime, ¿no es eso mucho más simple que las oxidadas tablas monetarias de WJB?

-¿Qué tonterías estás diciendo? -le pregunté-. Esta digresión financiera es un nuevo subterfugio. ¿Por qué desfilabas con los veteranos de la Confederación?

-Porque el gobierno confederado, amigo mío -respondió O'Keefe-, interpuso sus poderes y derechos para proteger y defender a Barnard O'Keefe de un asesinato inminente y peligroso a manos de un sanguinario país extranjero, después de que Estados Unidos hubiese desechado su petición de auxilio y conseguido, así, que el secretario privado, Cortelyou, redujese en un voto la mayoría republicana de 1905.

-Vamos, Barney -protesté-, hace casi cuarenta años que la Confederación ha dejado de existir. Tú no pareces mucho más viejo. ¿Cuándo fue que el desaparecido gobierno ejerció su política exterior en beneficio tuyo?

-Hace cuatro meses -repuso-. La infame potencia extranjera a que me refiero aún se tambalea bajo los efectos del golpe que le asestó la agrupación de estados propugnada por mister Davis. He aquí la razón de que me veas desfilando con los ex rebeldes al son de la ilegítima tonada que habla de la piel oscura y el algodón. En Washington he votado por el Gran Padre, pero no por eso dejo de proclamar mi admiración por maese Jef£ Dices que la Confederación ha muerto hace cuarenta años. Y bien, de no haber sido por ella, yo estaría hoy tan exánime que no podría susurrar una sola palabra de afecto hacia mi tierra natal. Los O'Keefe no se destacan por su ingratitud.

Debí de poner cara de perplejidad.

-La guerra terminó en... -balbuceé.

O'Keefe auyentó mis pensamientos con una carcajada.

-¡Pregúntale al viejo Doc Millikin si la guerra ha terminado! -dijo inmensamente divertido-. ¡Oh, no! Doc aún no se ha rendido. Y en cuanto a los estados de la Confederación, acabo de contarte que se alzaron oficial, sólida y nacionalmente contra un gobierno extranjero para evitar que me asesinaran. El país del viejo Jeff se interpuso y me cobijó bajo su ala

[31] Jefferson Davis, ideólogo y líder de los estados sudistas (confederados) durante la guerra de Secesión.

mientras Roosevelt mandaba pintar una cañonera y esperaba que el comité electoral se ocupara de hacerme votar por él.

-¿Me estás tomando el pelo, Barney? -pregunté.

-No -dijo O'Keefe-, te contaré los hechos. Tú sabes que me marché a Panamá cuando empezó a hablarse del Canal. Pensaba situarme en terreno firme. Bien, no sólo me situé, sino que dormí en él y bebí agua con microbios. De modo que, por supuesto, contraje la fiebre de Chagres. Eso fue en un pueblo de la costa llamado San Juan.

»Cuando ya había acumulado bastante fiebre para matar a un negro de Puerto Príncipe, surgió la ayuda, en la persona de Doc Millikin.

»¡No existe médico que sepa tratar mejor a un enfermo! Si Doc Millikin se ocupa de uno, los horrores de la muerte empiezan a parecer invitaciones a una fiesta campestre. Tiene los modales de un catedrático y la tonificadora presencia de una carreta cargada de vigas de acero. No bien te ponía la mano sobre la frente enfebrecida, te sentías como el capitán John Smith antes de que Pocahontas le saliera de fiadora.

»El caso es que apenas mandé llamarle, esa maravilla de médico vino volando a mi lado. Tenía la complexión de un roble, las cejas negras y unas patillas blancas que le resbalaban hasta más abajo de la barbilla, como leche derramada de una jarra. Lo acompañaba un negrito con una vieja lata de tomates llena de calomel. También traía una sierra.

»Doc me tomó el pulso y comenzó a mezclar el calomel con un instrumento agrícola de la familia del palustre.

»Todavía no quiero una máscara mortuoria, doctor -le dije-, ni que me escayolen el hígado. Estoy enfermo, y lo que necesito es una medicina, no un estucado.

»-Eres un condenado yanqui, ¿no? -preguntó Doc sin dejar de mezclar el cemento Portland.

»Soy del Norte -repliqué-, pero me considero un hombre sencillo y no me interesan los adornos murales. Cuando haya acabado de asfaltar el istmo con ese potaje que está preparando, ¿le importaría darme algún calmante, o una tostada con estricnina, para quitarme el malestar?

»-Eran todos tan listos como tú -dijo el viejo Doc-, pero nosotros nos encargamos de bajarles considerablemente la fiebre. Sí, señor, te aseguro que mandamos unos cuantos de los tuyos al país de nunca jamás. ¡Acuérdate de Antietam, de Bull Run, de Seven Pines, de Nashville! No hubo batalla en que no os diéramos una paliza, a menos que fuerais diez contra uno. Supe que eras un maldito yanqui apenas te vi.

»-No hurguemos en la herida, doctor -le rogué-. Todo lo que tengo de yanqui es meramente geográfico; y por lo que me concierne, tanto me da un sureño como un filipino, por poner un ejemplo. Estoy demasiado enfermo para discutir. Aprobemos la Secesión sin dar más vueltas, si es lo que desea; pero a mí déme más láudano y menos cháchara. Si lo que se dispone a hacer es suministrarme ese peróxido de cuchumina, haga el favor de metérmelo primero en las orejas, porque si no empezaremos a hablar de la batalla de Gettysburg y eso será el cuento de nunca acabar.

»A esas alturas el doctor Millikin había dispuesto una serie de fortificaciones sobre sendos cuadraditos de papel. Entonces me dijo:

»-Toma estos polvos cada dos horas, yanqui. No te matarán. Yo regresaré al anochecer, a ver si continúas vivo.

»Los polvos del viejo Doc derrotaron a la fiebre de Chagres. Yo me quedé en San Juan y tuve ocasión de conocerle mejor. Había nacido en Mississippi y era el sureño más recalcitrante que haya pisado la tierra. A su lado, Stonewall Jackson y R. E. Lee habrían pasado por abolicionistas. Su familia vivía cerca de Yazoo City, pero él se mantenía lejos de Estados Unidos porque no lograba mitigar sus deseos de ver arrastrado al gobierno yanqui. Acabamos siendo tan amigos como podrían haberlo sido el zar de Rusia y la paloma de la paz, y eso a pesar de que políticamente no había avenencia posible.

Librodot

»El método terapéutico que el viejo Doc introdujo en el istmo era de una gran belleza. Empuñaba su sierra, su jeringuilla hipodérmica y su frasco de cloruro, y con ello hacía frente a todo, desde la fiebre amarilla hasta un amigo personal.

»Aparte de sus demás habilidades, Doc era capaz de tocar la flauta durante un par de minutos. Solía infligir dos canciones, “Dixie” y otra que, de tan parecida a “Río Swanee”, pasaba por uno de sus afluentes. En la época en que yo convalecía de la enfermedad, solía sentarse junto a mí a torturar su flauta y decir sobre el Norte cosas irreproducibles. Se hubiera jurado que aún flotaba en el aire el humo del primer cañonazo de Fort Summer.

»Ya sabes que por entonces comenzaron a fomentarse allí revoluciones separatistas que acabaron con un conmovedor quinto acto en el que Tío Sam tomaba de la mano a miss Panamá, las ovaciones del público le reclamaban nueve veces en escena, y los revanchistas mantenían al senador Morgan acorralado en la copa de una palmera.

»Así fueron las cosas; pero al principio dio la impresión de que Colombia iba a dejar a Panamá como uno de esos viejos que se ven en las freidurías de pescado de North Beach, con sus dentaduras postizas de 3,98 dólares. Por mi parte, aposté por los hombres del sombrero de paja; me nombraron coronel de una brigada de veintisiete combatientes en el ala izquierda de la segunda división del ejército insurgente.

»Las tropas colombianas nos trataron muy mal. Un día que tenía a mis hombres descalzos en un arenal, haciendo instrucción por pelotones, las fuerzas del gobierno se abalanzaron sobre nosotros desde la maleza, comportándose de la forma más ruidosa y grosera posible.

»Mis tropas se alinearon, giraron a la izquierda y abandonaron el lugar. Después de esquivar al enemigo a lo largo de unos cinco kilómetros, nos vimos cercados de zarzales y tuvimos que desistir. Cuando se nos ordenó rendirnos, obedecimos. Cinco de mis mejores oficiales no estaban en condiciones de seguir, pues tenían los talones destrozados por las piedras.

»En resumen, los colombianos tomaron prisionero a tu amigo Barney, lo despojaron de las insignias de su rango, que consistían en un par de manoplas y una cantimplora de ron, y lo colocaron frente a un consejo de guerra. El general que lo presidía cumplió con esas formalidades que, en ocasiones, hacen que un juicio militar suramericano dure hasta diez minutos. Me preguntó cuántos años tenía y luego me condenó a ser fusilado.

»Despertaron al intérprete del tribunal, un americano llamado Jenks, que alternaba su oficio con el de contrabandista de ron y viceversa, y le ordenaron traducir el veredicto.

»Jenks se desperezó y tomó una tableta de morfina.

»-Lo van a poner contra el paredón, amigo -me dijo-. Creo que le quedan tres semanas. ¿No tiene un poco de tabaco de mascar?

»-Vuelva a traducir todo, con notas al pie y un glosario -dije yo-. Todavía no me he enterado de si estoy absuelto, condenado o si me entregarán a un orfanato.

»-¿Así que no comprende? -dijo Jenks-. Dentro de dos o tres semanas le adosarán a una pared y le llenarán de plomo. Tres semanas más bien, me parece.

»-¿Me haría el favor de preguntarles si son dos o tres? -dije yo-. Una vez uno ha muerto, una semana no es nada; pero mientras se está vivo, no deja de tener su importancia.

»-Dos semanas -dijo el intérprete después de cambiar con el tribunal unas palabras en español-. ¿Quiere que les pregunte de nuevo?

»-Déjelo correr -respondí-. Aceptemos el veredicto. Si seguimos así, me habrán fusilado diez días antes de la captura. No, no tengo tabaco.

»Me enviaron al calabozo custodiado por unos negritos que parecían carteros armados con fusiles Enfield, me encerraron en una especie de horno de pan. Dentro la temperatura era la que las recetas recomiendan para una cocción rápida.

»Entonces le di un dólar de plata a uno de los guardianes y le pedí que buscara al cónsul de Estados Unidos. El tipo se presentó en pijama, con las gafas en la nariz y unos cuantos litros de alcohol en el cuerpo.

»-Dentro de dos semanas me fusilarán -le dije-. Y a pesar de que he reflexionado, no consigo habituarme a esa idea. ¿No podría enviarle un telegrama al Tío Sam y pedirle que se espabile? Dígales que manden cuanto antes al Kentucky, al Kearsage y al Oregon; por lo que respecta a acorazados, bastará con esos tres, pero no estaría de más que los acompañasen un par de cruceros y una fragata lanzatorpedos. Ah, y si Dewey no está muy ocupado, lo mejor será que venga él al mando de la flota.

»-Escuche un momento, O'Keefe -dijo el cónsul reprimiendo el hipo-. ¿Para qué quiere molestar al Ministerio de Asuntos Exteriores?

»-¿No me ha entendido? -le pregunté-. De aquí a dos semanas me van a fusilar. ¿O acaso le he dicho que me iba de jira campestre? Ni siquiera estaría de más que Roosevelt consiguiera que los japoneses mandaran el Amarillotuku, el Ogotosingsing o cualquier otro destructor de primera. Me sentiría más respaldado.

»-Vamos -dijo el cónsul-, lo que usted necesita es no excitarse. Cuando vuelva a visitarle, le traeré tabaco y bananas fritas. Estados Unidos no puede mezclarse en esto. Le han atrapado rebelándose contra el gobierno y debe someterse a las leyes de este país. Para serle sincero, el Ministerio de Asuntos Exteriores (claro que de manera oficiosa) me ha intimado a que, cuando un soldado de fortuna solicite ayuda de una escuadra, en caso de insurrección revolucionaria, suelte amarras, le provea de todo el tabaco que precise y, una vez fusilado, me quede con sus ropas como anticipo sobre mi salario.

»-Cónsul -le dije-, estoy hablando en serio. Usted es el representante del Tío Sam. Aquí no se trata de pamplinas internacionales, como la organización de un congreso mundial por la paz o el bautizo del Shamrock IV Soy ciudadano americano y exijo protección. Pido que se pongan en movimiento la flota Mosquito, Schley, el escuadrón Atlántico, Bob Evans, el general E. Byrd Grubb y dos o tres diplomáticos. Contésteme qué piensa hacer.

»-Nada -contestó el cónsul.

»-Entonces esfúmese -dije yo, perdida la paciencia- y envíeme a Doc Millikin. Pídale a Doc que venga a verme. »Doc se presentó y, al verme entre rejas, rodeado de soldados sucios, sin zapatos ni cantimplora, pareció muy complacido. »-¿Cómo estamos, yanqui? -preguntó-. ¿Disfrutando de la isla de Johnson?

»-Acabo de entrevistarme con el cónsul de Estados Unidos, Doc -le dije-. Deduzco de sus palabras que mi situación actual le importa tanto como si me hubieran pillado vendiendo tirantes en Kishineff con el nombre de Rosenstein. Parece que la única ayuda naval que recibiré de mi país será algo de tabaco para marineros. ¿No podría decretar una tregua en la cuestión de la esclavitud y hacer algo por mí?

»-No tengo por costumbre -respondió Doc Millikintratar con anestesia las caries de los yanquis: De modo que el pabellón de las barras y las estrellas no enviará a sus marines a ajustarles las cuentas a los caníbales colombianos, ¿eh? ¿Cómo es que no se ve alborear en la batalla la gloriosa insignia? ¿Qué diablos pasa con el Ministerio de Asuntos Exteriores? Qué gran cosa la de ser ciudadano de un país de buscadores de oro, ¿verdad?

»-Siga, Doc -le dije-, no se detenga. Supongo que estamos algo flojos en política exterior.

»-Para ser yanqui -dijo Doc calándose las gafas y hablando con más calma-, no eres de los peores. Reconozco que, de haber sido tú del Sur, habría acabado apreciándote. Y ahora que tu patria te abandona, recurres al viejo médico, cuyo algodón habéis incendiado, cuyas mulas habéis robado y cuyos negros habéis liberado para que os ayudaran a vosotros. ¿O no es así, yanqui?

»-Sí -dije yo apresuradamente- y será mejor que diagnostique el caso cuanto antes, porque dentro de dos semanas todo lo que podrá hacer será una autopsia, y preferiría que no me amputaran, si puedo evitarlo.

»-Bien -dijo Doc con aire práctico-, no te será difícil salir de este enredo. Con dinero, lo conseguirás. Tienes que sobornar a todo un batallón, desde el general Pomposo hasta este

antropoide que tienes por carcelero. Supongo que bastará con unos diez mil dólares. ¿Los tienes?

»-¿Yo? -le dije-. Todo lo que tengo es un peso chileno, dos reales y una moneda de medio centavo.

»-Entonces puedes ir formulando tu último deseo -dijo el viejo rebelde-. El saldo de tu presupuesto tiene un no sé qué de réquiem.

»-Cambiemos el tratamiento -dije yo-. Admito que ando escaso de fondos. Convoque una junta de médicos, emplee radio o escóndame en su maletín, pero haga algo.

»-Yanqui -dijo Doc Millikin-, yo sé cómo ayudarte. Sólo hay en el mundo un gobierno que pueda sacarte de este lío; el gobierno de los Estados Confederados de América, la nación más grande que haya existido jamás.

»Del mismo modo que tú me lo has señalado a mí, le señalé yo a Doc:

»-La Confederación no es un estado. Hace cuarenta años que fue disuelta.

»-Eso es parte de la campaña difamatoria -dijo Doc-. Se mantiene en pie, más sólida que el imperio romano. Es la única esperanza que te queda. Ahora bien, dado que eres yanqui, antes de obtener ayuda oficial has de cumplir ciertos trámites. Tienes que prestar juramento de lealtad al gobierno confederado. A partir de entonces yo garantizaré que se haga por ti todo lo posible. ¿Qué me respondes, yanqui? Es tu última oportunidad.

»-Si se está burlando, Doc -repuse-, no es usted mejor que cualquier hijo de Estados Unidos. Pero ya que es mi última oportunidad, como dice, dése prisa y tómeme el juramento. Al fin y al cabo, siempre me gustaron el whisky de maíz y las zarigüeyas. Me parece que incluso soy medio sureño por mi temperamento. Me gustaría cambiar mi uniforme por el del Ku–Klux–Klan. Póngase en marcha.

»Doc Millikin caviló un rato y luego me ofreció el siguiente juramento de fidelidad, sin siquiera una copita de licor para digerirlo:

»-Yo, Barnard O'Keefe, yanqui de convicciones republicanas pese a la salud de mi cuerpo, juro transferir mi fidelidad, respeto y lealtad a los Estados Confederados de América y a su gobierno, en consideración a que el mencionado gobierno, por intermedio de sus poderes y recursos oficiales, me libera de la reclusión y la sentencia de muerte, ambas consecuencia de la exuberancia de mi carácter irlandés y la proverbial mentecatez yanqui.

»Repetí las palabras a medida que Doc las iba pronunciando, aunque todo el asunto me parecía una especie de pasapasa; imagino que en aquellas condiciones ninguna empresa de seguros de vida me habría concedido una póliza.

»Doc se retiró afirmando que se pondría en contacto con su gobierno de inmediato.

»Puedes suponer cómo me sentía; faltaban dos semanas para que me fusilaran, y mis únicas esperanzas de salvación estaban depositadas en un gobierno muerto hacía tanto tiempo que nadie lo recordaba salvo en los días de conmemoración, o cuando algún viejo firmaba el comprobante de su paga de veterano. Pero no había otro remedio y, por lo demás, algo me decía que en su vieja manga de alpaca Doc Millikin no escondía sólo estupideces.

»Más o menos una semana después, el viejo Doc volvió a presentarse en el calabozo. Yo estaba un poco sarcástico porque las pulgas no me dejaban tranquilo y porque me moría de hambre.

»-¿Ya se oye el rumor de las huestes confederadas? -pregunté-. ¿No ha notado nada parecido a la carga de la caballería de Jeb Stewart o a la avanzada de la retaguardia de Stonewall Jackson? Si es así, me gustaría que me lo dijera.

»-Aún es muy pronto para que llegue la ayuda -dijo Doc. »-Cuanto más pronto, mejor -le contesté-. No me seduce la posibilidad de que lleguen quince minutos antes del fusilamiento; de modo que, si por casualidad divisa usted a Beauregard o Albert Sidney Johnson o a cualquiera del cuerpo de socorro, hágales unas señas para que pasen por aquí.

»-Todavía no he recibido respuesta -dijo Doc.

»-No olvide que sólo me quedan cuatro días -repuse-. No sé qué está tramando, Doc, pero dormiría más tranquilo si hubiéramos recurrido a alguno de esos gobiernos que figuran

en los mapas, como el de Afganistán, o el de Inglaterra, o incluso al reino del viejo Kruger. No es mi intención mostrarme irrespetuoso con los Estados Confederados, pero tengo la impresión de que cuando el general Lee capituló, mis posibilidades de salir de ésta disminuyeron considerablemente.

»-No lo eche a perder -dijo Doc-, porque no tiene otra posibilidad. ¿Qué ha hecho por usted su propio país? »Cuando Doc Millikin volvió a visitarme, sólo faltaban dos días para la ejecución de la sentencia.

»-Todo marcha bien, yanqui -me dijo-. Los Estados Confederados de América están gestionando su liberación. Ayer por la noche llegaron en un vapor de carga los representantes del gobierno.

»-¡Albricias! -exclamé-. ¡Albricias, Doc! Supongo que serán los marines, con algún cañón Gatling. Después de eso, amaré eternamente a su país.

»-Las negociaciones entre ambos gobiernos -dijo Docdarán comienzo cuanto antes. Hoy mismo sabrá usted si hemos tenido suerte.

»A eso de las cuatro de la tarde un soldado de pantalones rojos trajo un papel al calabozo, quitaron el candado y salí en libertad. El centinela me hizo una reverencia, yo le contesté con otra y después me di una vuelta por la cabaña de Doc Millikin.

»Doc estaba sentado en su hamaca, con la flauta en los labios, tocando “Dixie” suave y desafinadamente. Le interrumpí con gritos de “¡Lo hemos conseguido!” y le estreché la mano durante cinco minutos.

»Jamás se me había pasado por la cabeza -dijo Doc mascando tabaco con impaciencia- que un día hubiese de salvar la vida de un maldito yanqui. Y sin embargo, O’Keefe, no veo por qué tú no has de ser considerado parte del género humano. No se me había ocurrido que los yanquis pudiesen poseer el menor rudimento de decoro, ni virtud plausible alguna. Tal vez haya sido demasiado rígido en mi estimación. Pero no es a mí a quien debes dar las gracias, sino a los Estados Confederados de América.

»-Y se lo agradezco de todo corazón -dije-. Pobre de aquel que no se sienta patriota del país que le ha salvado la vida. Beberé a la salud de su bandera cada vez que encuentre un asta o una copa a mano. Pero ¿dónde están las tropas de socorro? -pregunté-. Le aseguro que, si ha habido tiroteo o fuego de artillería, no he oído nada.

»Doc Millikin se levantó y con su flauta señaló el barco bananero que se veía por la ventana cargado de fruta.

»-Ese vapor zarpará mañana por la mañana, yanqui -me dijo-. Si yo estuviera en tu lugar, me embarcaría en él. El gobierno confederado ha hecho por ti todo lo que estaba a su alcance. No se ha disparado un solo tiro. Las negociaciones fueron llevadas a cabo en secreto, y en nombre de una de las naciones actuó el contador del buque. Tuve que apelar a él, porque no quería mezclarme en este asunto. Se han pagado doce mil dólares para sobornar a los oficiales que te tenían a su cargo.

»-¡Pero hombre! -dije yo derrumbándome en el asiento-. Doce mil... ¿Cómo voy a hacer yo para...? ¿Cómo podría...? ¿De dónde ha salido el dinero?

»-De Yazoo City -dijo Doc Millikin-. Tengo allí unos ahorros. Dos barriles llenos. A los colombianos les pareció bien, pese a ser monedas de la Confederación. ¿Comprendes por qué será mejor que te vayas antes de que las examine un experto?

»-Sí -dije. »-Bien, ahora dame el santo y seña -dijo Doc Millikin. »-¡Viva Jeff Davis! -grité.

»-Correcto -respondió Doc-. Y déjame decirte una cosa: la próxima canción que aprenda a tocar en la flauta será “Yanqui Doodle”. Reconozco que no todos los yanquis son unos mentecatos. ¿O preferirías, de estar en mi lugar, aprender “La bandera roja, azul y blanca”?

«La Rosa de Dixie»

«The Rose of Dixie»

Cuando un complejo de accionistas de Toombs City, Georgia, emprendió la publicación de la revista La Rosa de Dixie, fue imposible para los propietarios pensar en otro candidato que el coronel Aquila Telfair para el puesto de director. Tanto la cultura como la familia, la reputación y el respeto a las tradiciones sudistas confluían para señalarlo de antemano como el hombre lógico y adecuado. Fue así que, temerosa de que la empresa y el Sur pudieran resentirse con una posible negativa, una delegación de los patriotas de Georgia que habían suscrito el fondo inicial de cien mil dólares se presentó en Cedar Heights, residencia del coronel Telfair.

El coronel recibió a los delegados en la amplia biblioteca donde pasaba la mayor parte de sus días. La biblioteca era un legado de su padre. Albergaba diez mil volúmenes, algunos de los cuales habían sido publicados en fechas tan lejanas como 1861. Al llegar la comitiva, el coronel Telfair se hallaba sentado ante su macizo escritorio de pino blanco, leyendo la Anatomía de la melancolía, de Burton. Ceremoniosamente, se puso de pie y estrechó la mano a cada uno de los visitantes. Si fuesen ustedes lectores habituales de La Rosa de Dixie, recordarían el retrato que del coronel aparecía de vez en cuando en la revista. Les sería imposible olvidar el largo cabello blanco de impecable peinado; la nariz ganchuda y de puente alto, levemente torcida a la izquierda; los ojos vivaces bajo las cejas todavía negras; la boca clásica con su abundante bigote negro, un tanto desigual en las puntas.

La comisión le ofreció solícitamente el puesto de director, esbozando humildemente los campos que la publicación estaba destinada a cubrir y mencionando un holgado salario. Recortadas por las hipotecas, las tierras del coronel empobrecían de año en año. Por otra parte, no cabía rehusar tan alto honor.

Durante su discurso de aceptación, que duró cuarenta minutos, el coronel Telfair trazó un esquema de la literatura inglesa desde Chaucer a Macaulay, reconstruyó la batalla de Chancellorsville y afirmó que, con la ayuda de Dios, dirigiría La Rosa de Dixie de tal manera que su fragancia y belleza impregnarían al mundo entero, hasta que los esbirros del Norte se atragantaran con su opinión de que no habitaba genio ni bondad alguna en los cerebros y corazones de aquellos cuyas propiedades ellos habían destruido y cuyos derechos habían conculcado.

Las oficinas de la revista se dispusieron y amueblaron en el segundo piso del edificio del First National Bank. Y el que La Rosa de Dixie floreciera, o bien se marchitara en la balsámica atmósfera de la tierra de las flores, quedó bajo la responsabilidad del coronel.

El equipo de asistentes y colaboradores que el director–coronel Telfair reunió a su alrededor era la flor. En realidad era un ramo de flores de Georgia. Al primer subdirector, Tolliver Lee Fairfax, le habían matado al padre durante la carga de Pickett. El subdirector segundo, Keats Unthank, era sobrino de uno de los jinetes de Morgan. El responsable de la sección de libros, Jaekson Rockingham, había sido el soldado más joven del ejército confederado, y se contaba de él que se había presentado en el campo de batalla con la espada en una mano y una botella de leche en la otra. El director artístico, Roncesvalles Sykes, era primo tercero de un sobrino de Jefferson Davis. Miss Lavinia Terhune, taquimecanógrafa del coronel, tenía una tía que una vez había recibido un beso de labios de Stonewall Jackson. Tommy Webster, el recadero, había obtenido su empleo por recitar los poemas completos del padre Ryan en un curso preliminar del colegio superior de Toombs City. Las muchachas que enfajaban y enviaban las revistas pertenecían a añejas familias sudistas venidas a menos. El cajero era un tal Hawkins, de Ann Arbor, Michigan, que poseía vínculos con una empresa de seguros de la confianza de los propietarios y venía recomendado. Porque hasta los complejos accionistas de Georgia saben que para enterrar a los muertos hace falta apelar a los vivos.

Ustedes, caballeros, no querrán creerme, pero lo cierto es que La Rosa de Dixie floreció cinco veces sin que nadie se enterase, excepto los que vivían confinados en Toombs City. Entonces Hawkins, bajándose del pedestal, decidió plantear el asunto a los accionistas. En

Ann Arbor ese hombre había tenido fama de que sus propuestas financieras se hacían oír hasta en Detroit. Así pues, se contrató a un gerente de publicidad, Beauregard Fitzliugh Banks, un joven de corbatín color espliego, cuyo abuelo había sido Altísimo Cubrealmohada del Ku–Klux–Klan.

A pesar de todo, La Rosa de Dixie seguía publicándose todos los meses. Aunque cada número traía fotos del Taj Mahal o los jardines de Luxemburgo, de Carmencita o de La Follette, cierta cantidad de gente la compraba e incluso se suscribía. Una vez, y con carácter extraordinario, el director–coronel Telfair publicó tres vistas diferentes de la antigua mansión de Andrew Jackson, llamada El Hermitage, un grabado a toda página de la batalla de Manassas, con el título de «¡Lee a la retaguardia!», y, en el número de verano, una biografía de Belle Boyd de una extensión de cinco mil palabras. Ese mes las suscripciones llegaron a 118. En el mismo volumen se incluían poemas de Leonina Vashti Haricot, seudónimo de una escritora emparentada con los Haricot de Charleston, Carolina del Sur, y con Bill Thompson, sobrino de uno de los accionistas. Como colofón, se publicaba un artículo de un corresponsal especial sobre un té ofrecido por la crema de la sociedad inglesa y bostoniana, donde una buena parte del té había sido derramado por algunos invitados disfrazados de indios.

Un día entró en la redacción de La Rosa de Dixie un individuo tan vital que su respiración podía empañar toda la superficie de un espejo. Tenía la altura de un agente de fincas, llevaba una corbata atada muy a su manera y se comportaba con unos modales tomados conjuntamente en préstamo a W J. Bryan, Hacksnsehmidt y Hetry Green. Se le hizo pasar al pons asinorum del director. El coronel Telfair se levantó e inició una reverencia digna del príncipe Alberto.

-Me llamo Thacker -dijo el intruso apropiándose de la silla del director-. T T Thacker, de Nueva York.

Sin perder tiempo esparció sobre el escritorio del coronel varias tarjetas, un abultado sobre de papel manila y una carta de los propietarios de La Rosa de Dixie. La carta presentaba a mister Thacker y muy gentilmente invitaba al coronel Telfair a ofrecerle una entrevista y toda la información que requiriese sobre la revista.

-Durante cierto tiempo he mantenido correspondencia con el secretario de los dueños de la revista -dijo impetuosamente Thacker-. Soy un hombre de prensa y, sin falsa modestia, un perito en cuestiones de promoción. Puedo garantizar un aumento de ventas del mil por ciento a cualquier publicación que no esté escrita en una lengua muerta. Desde que apareció, he seguido con mucha atención La Rosa de Dixie. Conozco este oficio desde la redacción hasta el montaje de los anuncios clasificados. Y he venido para hacer que esta revista gane un montón de dinero, siempre y cuando vea claro el panorama. Esto debería ir para adelante. El secretario me ha dicho que el negocio da pérdidas. No veo la razón de que una revista del Sur, si se maneja bien, no pueda venderse también en el Norte.

El coronel Telfair se reclinó en el asiento y limpió la áurea montura de sus gafas.

-Mister Thacker -dijo cortés pero firme-, La Rosa de Dixie es una publicación dedicada al fomento y la divulgación del genio sudista. Su lema, como habrá podido apreciar en la portada, es: «De, por y para el Sur».

-Pero no se negarían a distribuirla en el Norte, ¿o sí? -preguntó Thacker.

-Supongo -dijo el director–coronel- que lo normal es aspirar a un tiraje amplio. No lo sé. Estoy absolutamente al margen de las cuestiones monetarias. Me llamaron para asumir la dirección editorial y a ello he volcado mis escasos talentos literarios y la erudición que a mi edad puedo ostentar.

-Claro -dijo Thacker-. Pero un dólar es un dólar en cualquier parte, sea en el Norte, en el Sur o en el Oeste, y lo mismo si uno va a comprar bacalao, garbanzos tostados o meloncillos de Rocky Ford. Ahora bien, he estado leyendo el número de noviembre. Veo que aquí tiene un ejemplar. ¿Le importaría revisarlo conmigo?

»Bueno, su artículo de fondo está muy bien. Unas páginas sobre la región algodonera, con abundantes fotos, no pueden dejar de tener éxito. En Nueva York siempre interesa la

cosecha de algodón. Y este sensacional relato de la disputa entre los Hatfield y los McCoy, escrito por una compañera de colegio de la sobrina del gobernador de Kentucky, no está mal como idea. Pasó hace tanto tiempo que la gente casi lo ha olvidado. Pero aquí hay un poema de tres páginas llamado «El pie del tirano», de Lorella Lascelles. Por mis manos han pasado muchísimos manuscritos, pero jamás vi este nombre en ninguna hoja de rechazo.

-Miss Lascelles -dijo el director- es una de las poetisas más afamadas del Sur. Está estrechamente relacionada con los Lascelles de Alabama y bordó con sus propias manos el estandarte de seda de la Confederación presentado al gobernador del estado en la ceremonia de juramento.

-¿Pero por qué han ilustrado el poema con una vista del depósito de cargas de la estación de Tuscaloosa? -insistió Thacker.

-La ilustración -dijo el coronel con dignidad- muestra una esquina de la cerca que rodea la vieja finca familiar donde nació miss Lascelles.

-De acuerdo -aceptó Thacker-. He leído el poema, pero no consigo determinar si habla del depósito o de la batalla de Bull Run. Sigamos. Aquí hay un cuento llamado «La tentación de Rosie», de Fosdyke Piggott. Es una porquería. ¿Quién es este Piggott?

-Mister Piggott -dijo el coronel- es hermano del principal accionista de la revista.

-Así nos va... Bien, que pase Piggott -dijo Thacker-. Bueno, el artículo sobre la exploración del Ártico y el de la pesca con arpón son aceptables. ¿Pero qué me dice de este trabajo sobre las fábricas de cerveza de Nueva Orleáns, Nashville y Savannah? Parece consistir, sobre todo, en estadísticas relativas a la producción y la calidad de la cerveza. ¿Qué pito toca aquí?

-Si no comprendo mal su lenguaje figurativo -respondió el coronel-, el siguiente: el artículo a que se refiere me fue entregado por los dueños de la revista con instrucciones de publicarlo. Sus virtudes literarias no me sedujeron particularmente. Pero hasta cierto punto, y en algunas cuestiones, me veo impulsado a satisfacer los deseos de los caballeros interesados en financiar La Rosa.

-Ya veo -dijo Thacker-. Después tenemos dos páginas escogidas de Lalla Rookh, de Thomas Moore. Y ahora dígame, ¿de qué prisión se escapó este Moore? O, en todo caso, ¿cómo se llama la familia que lo ha enchufado?

-Moore fue un poeta irlandés que murió en 1852 -dijo compasivamente el coronel Telfair-. Es un clásico. Tengo proyectado volver a publicar, en forma de serie, sus traducciones de Anacreonte.

-Tenga cuidado con los derechos de autor -dijo Thacker sin darle importancia-. ¿ Y quién es Bessie Belleclair, que aporta un ensayo sobre la recién terminada planta hidráulica de Milledgeville?

-Ése, señor -repuso el coronel-, es el nom de guerre de miss Elvira Simpkins. No tengo el honor de conocer a la dama; pero su colaboración nos fue enviada, por el diputado Brower, que ha nacido en el mismo estado que ella: La madre del diputado Brower era pariente de los Polk, de Tennessee.

-Mire, coronel -dijo Thacker dejando de lado la revista-. Así esto no puede funcionar. Es imposible publicar con éxito una revista dirigida a una pequeña parte del país. Hay que inyectarle un atractivo universal. Observe cómo las publicaciones del Norte se ocupan del Sur y alientan a los escritores de aquí. Y hay que buscar colaboradores a lo largo y ancho del país. Debe usted comprar el material de acuerdo con su calidad, no según el pedigree o las recomendaciones del autor. Ahora bien, apuesto medio litro de tinta que este organillo sureño jamás ha tocado ninguna melodía escrita al norte de la línea Mason–Hamlin.32 ¿Me equivoco?

[32] La línea Mason–Hamlin era la vía férrea que tras la guerra de Secesión se consideraba frontera entre el Norte y el Sur de Estados Unidos. *(N. del T.)*

-Si entiendo bien su lenguaje metafórico -replicó el coronel-, he de decirle que consciente y escrupulosamente he rechazado toda colaboración que proviniera de esa región del país.

-Muy bien. ¡Le enseñaré una cosa!

Thacker tomó el grueso sobre de papel manila y desplegó sobre la mesa del director una montaña de originales mecanografiados.

-Para traerle esta mercancía -dijo- he tenido que pagarla al contado.

Desdobló los manuscritos uno a uno y enseñó al coronel los encabezamientos.

-Aquí tiene cuatro cuentos escritos por cuatro de los autores más renombrados de Estados Unidos; tres viven en Nueva York y el cuarto es nómada. Hay un artículo especial de Tom Vampson sobre la sociedad vienesa. Esto es un relato italiano del capitán Jack... No, del otro Crawford. Aquí hay tres análisis de Sniffings sobre distintos gobiernos municipales, y aquí tiene una verdadera perla titulada «Lo que las mujeres llevan en sus maletas»; para poder escribirlo, una periodista de Chicago trabajó cinco años como doncella de una gran señora. Esto es una sinopsis de los primeros capítulos del próximo folletín de Hall Caine, que aparecerá en junio. Aquí tiene unos cuantos gramos de vers de société; se los compré muy baratos a las revistas serias. Al público le gusta esta clase de cosas. Y aquí tiene un artículo sobre George B. McClellan, con fotos del personaje a los cuatro, doce, veintidós y treinta años. Es una primicia. Seguramente elegirán a McClellan alcalde de Nueva York. El artículo causará sensación en todo el país. El hombre...

-Perdone -dijo el coronel Telfair rígido en su silla-. ¿Cómo ha dicho que se llama?

-Me hago cargo -dijo Thacker esbozando una sonrisa-. En efecto, es hijo del general McClellan.33 Mejor dejar de lado ese manuscrito. Claro que, si me lo permite, coronel, le diré que lo que pretendemos hacer es una revista, no el cañoneo a Fort Sumter. En fin, aquí hay algo que le gustará más. Un poema inédito de James Whitcomb Riley. El mismísimo J. W. No tengo que aclararle lo que esto significa para la revista. Tampoco le contaré lo que me hicieron pagar por el poema. Pero le diré una cosa: con una simple estilográfica, Riley es capaz de hacer más dinero que el que podamos hacer usted o yo gastando cantidades industriales de tinta. Le leeré las dos últimas estrofas:

Papá holgazanea todo el día,
y quiere que lo dejemos en paz;
me deja hacer lo que yo quiera,
y cuando me comporto mal se ríe,
y cuando me pongo a gritar y a decir
palabras soeces y me divierto molestando
al gato, y papá no hace más que sonreír,
mamá se pone como loca y me zurra.
Siempre me he preguntado por qué me pega.
Supongo que es porque
papá está muy poco en casa.

Y cuando todas las luces se apagan
me da pena lo que he hecho;
por eso bajo de la cama y voy al cuarto de mamá
y le digo que la quiero mucho, mucho,
y la beso y me aprieto contra ella.
Y aunque los ojos no pueda verle,
ni un momento dejo de sentir
que ella llora y llora sin cesar.
Siempre me he preguntado por qué me pega.

[33] McClellan, general del ejército del Norte -abolicionista- durante la guerra de Secesión. *(N. del T.)*

Supongo que es porque papá está muy poco en casa.

-Hasta aquí el material -continuó Thacker-. ¿Qué opina usted?

-Los trabajos de mister Riley no me son desconocidos -dijo el coronel escogiendo las palabras con precaución-. Tengo entendido que vive en Indiana. Durante la última década he conocido una suerte de reclusión literaria y me he familiarizado con casi todos los volúmenes de la biblioteca de Cedar Heights. Por otra parte, sostengo que una buena revista debe contener cierta dosis de poesía de calidad. Muchos de los melodistas más delicados del Sur han desfilado ya por las páginas de La Rosa de Dixie. Yo mismo he acariciado el proyecto de traducir, para su publicación en nuestra revista, las obras de Tasso, el gran poeta itailiano. ¿Ha bebido usted alguna vez de esa inmortal fuente de belleza, mister Thacker?

-Ni media taza -dijo Thacker-. Pero vayamos al grano, coronel Telfair. Yo ya he invertido dinero en este asunto. La colección de manuscritos que acabo de mostrarle me ha costado cuatro mil dólares. Mi plan era incluir algunos de esos trabajos en el próximo número (que, según calculo, saldrá de aquí a un mes) y ver qué efecto producen en las ventas. Estoy convencido de que si publicamos lo mejor que se escriba en el Norte, el Sur, el Este y el Oeste, podremos sacar la revista adelante. Ahí tiene la carta de los propietarios, donde le piden que coopere con el proyecto. Lo único que hace falta es tirar a la papelera esos desechos que usted publica porque el autor es pariente de los Skoopdoople, del condado de Skoopdoople. ¿Está de acuerdo?

-Mientras no me aparten de la dirección de La Rosa -dijo el coronel Telfair con dignidad-, el director seguiré siendo yo. Pero también es cierto que mi deseo es satisfacer las inquietudes de los propietarios, siempre que no transgredan mis principios.

-Así se habla -dijo Thacker enérgicamente-. Ahora dígame, ¿cuántos artículos de los que le he traído podemos meter en el número de enero? Hemos de empezar cuanto antes.

-En el número de enero aún queda espacio -dijo el coronel- para unas ocho mil palabras, más o menos.

-¡Estupendo! -dijo Thacker-. No es que sea mucho, pero daré a los lectores la posibilidad de leer algo que no trate de garbanzos, de gobernadores o de Gettysburg. Como todo el material que compré es bueno, le dejaré a usted la responsabilidad de seleccionar. Yo tengo que volver corriendo a Nueva York; estaré de nuevo aquí dentro de un par de semanas.

Sosteniéndolas por la ancha cinta negra, el coronel Telfair balanceó lentamente sus gafas.

-El espacio del número de enero al cual me he referido -dijo mesurado- ha quedado en blanco exprofeso, pendiente de una decisión que aún no he tomado. Hace algún tiempo fue enviada a las oficinas de La Rosa de Dixie una colaboración que constituye uno de los esfuerzos literarios más sobresalientes que yo haya examinado. Esa obra no puede haber salido sino de un maestro de notable talento. Ocuparía aproximadamente el vacío reservado.

Thacker parecía ansioso.

-¿Qué es? -preguntó-. Ocho mil palabras son una cantidad sospechosa. Deben de haber colaborado las familias más rancias. ¿O es que se prepara otra guerra de Secesión?

-El autor del artículo -prosiguió el coronel, impávido ante las alusiones- es un escritor de cierta fama. Y no es sólo la pluma lo que le ha valido su reputación. No me siento en libertad de revelar su nombre, al menos hasta que no haya decidido si aceptar o no la colaboración.

-Y bien -dijo Thacker nervioso-, ¿es una narración, un informe sobre la inauguración de la nueva bomba de Whitmire, Carolina del Sur, una lista completa de los ayudantes del general Lee, o qué?

-Tiene usted cierta debilidad por lo festivo -dijo el coronel Telfair con calma-. El artículo que le menciono es obra de un pensador, un filósofo, un devoto de la humanidad, un estudioso y un retórico de primer orden.

-Todo un sindicato -dijo Thacker-. Pero sinceramente, coronel, será mejor que se lo piense. No conozco a nadie que hoy en día pueda leer una tirada de ocho mil palabras, como

no sea un miembro del Tribunal Supremo obligado a tragarse el sumario de un asesinato. ¿No será que por casualidad ha conseguido la copia de un discurso de Daniel Webster?

El coronel Telfair se revolvió un instante en la silla y, desde la sombra de sus espesas cejas, clavó la mirada en el promotor de la revista.

-Mister Thacker -dijo con gravedad-, estoy dispuesto a separar la crudeza con que su sentido del humor se manifiesta del celo que las inversiones realizadas indudablemente le han conferido. Pero he de instarle a que ponga fin a sus chanzas y comentarios desdeñosos sobre el Sur y su gente. Ni por un momento se tolerarán tales expresiones en la redacción de La Rosa de Dixie. Y antes de que prosiga usted con la solapada insinuación de que yo, el director de la revista, no estoy capacitado para juzgar los méritos del material sometido a mi consideración, le ruego presente alguna prueba de que es usted mi superior en cualquiera de los aspectos, perspectivas y formas relativas a la cuestión que nos ocupa.

-Vamos, coronel -dijo Thacker bonachón-. Yo no le he hecho nada de eso. Suena como un alegato del subayudante del fiscal general. Volvamos a los negocios. ¿De qué trata esa sarta de ocho mil palabras?

-El artículo -dijo el coronel Telfair, acusando recibo de las excusas con una ligera inclinación- cubre un amplio campo de conocimientos. Retoma teorías e interrogantes que durante siglos han preocupado al mundo y los reordena con lógica concisión. Una a una se suceden ante nosotros las rémoras de la humanidad, se señalan las maneras de erradicarlas, y por fin, concienzudamente, se lleva a cabo la apología del bien. No hay fase de la civilización que no sea discutida con sabiduría, calma y equidad. La gran política de los gobiernos, las tareas de los ciudadanos, las obligaciones de la vida doméstica, las leyes, la ética y la moral se manejan con tal solidez, con tan confiado conocimiento, que, he de confesarlo, me vi desbordado de admiración.

-Debe de ser la repanocha -dijo Thacker impresionado. -Es una inestimable contribución a la sabiduría mundial -dijo el coronel-. La única duda que mi mente alberga con respecto al inmenso honor que sería para La Rosa de Dixie publicar el artículo, se relaciona con la carencia de datos sobre la personalidad del autor.

-Creí haber oído que era un hombre distinguido -dijo Thacker:

-Lo es -replicó el coronel-. Tanto en el campo de la literatura como en otros, diversos y raros. Pero yo suelo ser cuidadoso en extremo con el material que acepto publicar. Mis colaboradores son gente de reputación incuestionable, hecho este que se puede verificar en todo momento. Como ya he dicho, retendré el artículo hasta conseguir más información sobre el autor. No sé si lo publicaré. Si la decisión es negativa, mister Thacker, me complacerá dar cabida al material que usted acaba de entregarme.

Thacker estaba a la deriva.

-No saco mucho en limpio -dijo- sobre el tema de esa inspirada pieza literaria. Parece más vaca que carnero.

-Es un documento humano -dijo confiado el coronel–director- escrito por una persona de enormes cualidades que, en mi opinión, posee una visión global del mundo más precisa que la de cualquiera de sus contemporáneos.

Thacker se puso de pie lleno de excitación.

-¡Oiga! -exclamó-. No me va a contar que ha pescado las memorias de John D. Róckefeller, ¿verdad? Si es así, no me lo diga de golpe.

-No, señor -respondió el coronel Telfair-. Estoy hablando de literatura y pensamiento, no de los deleznables entretelones del comercio.

-¿Entonces qué problema hay en publicar el artículo -preguntó Thacker algo impaciente- si el autor es conocido y ha dado en el clavo?

El coronel Telfair lanzó un suspiro.

-Mister Thacker -dijo-, ya me han tentado una vez. En La Rosa de Dixie nunca ha aparecido nada que no naciera de la pluma de alguno de sus hijos o hijas. Poco sé del autor de este artículo, excepto que ha cobrado renombre en una región del país que mi corazón y mi

mente siempre consideraron enemiga. No obstante, reconozco su talento; y, como ya le he dicho, he encargado una investigación sobre su personalidad. Puede que sea inútil. Pero no cejaré en mi empeño. Hasta que la búsqueda no llegue a su fin, mi obligación es dejar abierta la cuestión del espacio en blanco para el número de enero.

Thacker se dispuso a marcharse.

-De acuerdo, coronel -dijo con la mayor cordialidad posible-. Emplee usted su criterio. Si de veras tiene entre manos algo que mantendrá a la gente con las nalgas pegadas a la silla, póngalo en lugar de mi material. Volveré dentro dos semanas. ¡Buena suerte!

El coronel Telfair y el promotor se dieron la mano.

De regreso dos semanas más tarde, Thacker bajó en la estación de Toombs City de un mugriento vagón de la Pullman. El número de enero de la revista estaba cerrado y compuesto.

El espacio libre que bostezaba en espera de un texto había sido cubierto con un artículo encabezado de la siguiente manera:

Segundo Mensaje al Congreso
escrito para
«La Rosa de Dixie»
por T Roosevelt
miembro de la famosa
familia Bulloch, de Georgia.

Librodot

Un error técnico

A Technical Error

Nunca me han interesado especialmente las rencillas entre clanes, tal vez porque creo que en nuestro país son productos aún más sobrevalorados que el pomelo, las riñas callejeras y las lunas de miel. A pesar de ello, si ustedes me lo permiten, pasaré a relatarles una disputa ocurrida en el territorio indio, en la cual actué como agente de prensa, corresponsal y jurado.

Me hallaba de visita en el rancho de Sam Durkee, donde lo pasaba muy bien cayéndome de los ponis y saludando con la mano a las fauces de lobos que estaban a tres kilómetros de distancia. Sam era un individuo endurecido, de unos veinticinco años de edad, con fama de regresar siempre a su hogar bien entrada la noche y en total equilibrio, si bien a menudo con cierta desgana.

Allá, en Creek Nation, había una familia que llevaba el apellido de Tatum. Me contaron un día que los Durkee y los Tatum eran antiguos rivales. Varios miembros de ambas familias habían mordido el polvo y no se descartaba la posibilidad de que otros corrieran la misma suerte. En una y otra familia iban creciendo nuevas generaciones, y al mismo ritmo aumentaba el polvo. Pero, por lo que deduje, jamás habían jugado sucio: a nadie se le había ocurrido ocultarse en un maizal para apuntar por la espalda a los calzoncillos del enemigo, en parte, tal vez, porque por allí no había campos de maíz y nadie tenía más que un par de calzoncillos. Tampoco se había herido nunca a las mujeres ni a los niños. En aquellos tiempos -y la costumbre sigue vigente- las mujeres estaban a salvo.

Sam Durkee tenía una chica. (Si yo escribiese esta historia con el objeto de venderla a una revista de folletines sentimentales, diría: «Mister Durkee gozaba de los favores de una novia».) Se llamaba Ella Baynes. Daba la impresión de que se querían mucho y se tenían una confianza absoluta, como suele suceder con todas las parejas, o como no siempre suele suceder. Ella era bastante bonita, a lo cual contribuía su espesa melena de color castaño. El hecho de que Sam me la presentara no pareció deteriorar el afecto que ella sentía por él; razoné, por tanto, que en verdad eran almas gemelas.

Miss Baynes vivía en Kingfisher, a treinta kilómetros del rancho. Sam vivía encima de un caballo que pasaba todo el tiempo galopando entre ambos lugares.

Un día llegó a Kingfisher un joven valiente y algo bajito, de rostro suave y correctas facciones. Hizo muchas preguntas sobre los negocios del pueblo y, en especial, sobre los apodos de sus habitantes. Dijo que era de Muscogee, cosa que tanto sus zapatos amarillos como su berlina de cuatro caballos con adornos de ganchillo parecían corroborar. Me lo encontré cierta vez que iba yo a buscar el correo. Aseguró llamarse Beverly Travers, lo cual resultaba bastante improbable.

Por entonces se desarrollaba en el rancho una gran actividad y Sam estaba demasiado ocupado para ir al pueblo a menudo. En mi calidad de huésped incompetente y deleznable, se me encargó la misión de acudir en busca de postales, toneles de harina, levadura, tabaco y... cartas de Ella.

Un día, mientras me dirigía a comprar media gruesa de libritos de papel de fumar y un par de neumáticos para carreta, vi que el presunto Beverly Travers paseaba con Ella Baynes en una calesa de ruedas amarillas, con toda la ostentación que el negro y ceroso barro del pueblo permitía. Yo sabía que la noticia no obraría precisamente como un bálsamo en el alma de Sam razón por la cual me abstuve de incluirla en el resumen de noticias que referí a mi regreso. Pero a la tarde siguiente, un alargado vaquero llamado Simmons, viejo compinche de Sam, que poseía una tienda de ultramarinos en Kingfisher, se presentó en el rancho y sólo se decidió a hablar después de haber liado consumido varios cigarrillos. Cuando por fin articuló un discurso, sus palabras fueron las que siguen:

-Sabes, Sam, desde hace dos semanas hay por ahí un tipo que se hace llamar Beverly Travers, contaminando el ambiente de Kingfisher. ¿Y sabes quién es? No es otro que Ben Tatum, de Creek Nation, hijo de aquel viejo Gopher Tatum que tu tío Newt mató en febrero.

¿Y sabes qué ha hecho esta mañana? Ha matado a tu hermano Lester... Le disparó en el patio del juzgado

Me pregunté si Sam habría oído. Arrancó tina vaina de mezquita, la mordisqueó meditabundo y dijo:

-Así que ha hecho eso, ¿eh? Ha matado a Lester.

-Al mismo -dijo Simmons-. Y peor aún. Se ha escapado con tu chica, es decir con Ella Baynes. Me pareció que te interesaría saberlo, por eso he venido a darte la información.

-Te lo agradezco mucho, Jim -dijo Sam sacándose de la boca la vaina mordisqueada-. Sí, me alegro de que hayas venido. Estoy muy contento.

-Bien, creo que ahora debo regresar. Ese muchacho que he dejado en la tienda no distingue la avena del centeno. El tipo mató a Lester por la espalda.

-¿Por la espalda?

-Si, mientras él enganchaba su caballo.

-Muchas gracias, Jim.

-No sé por qué, me pareció que querrías saberlo cuanto antes.

-¿Por qué no entras y tomas una taza de café antes de marcharte, Jim?

-Oh, no. Mejor no; debo volver a la tienda.

-Y has dicho que...

-Así es, Sam. Todo el mundo los vio alejarse en una carreta, con un bulto enorme, como si fuera ropa, atado detrás. Los caballos eran los mismos cuatro que había traído de Muscogee. Será difícil alcanzarlos.

-¿Y por dónde...?

-Estaba por decírtelo. Se marcharon por el camino de Guthrie; pero no se sabe qué bifurcaciones seguirían después, ya te imaginas.

-Bien, Jim. Muchas gracias.

-De nada, Sam.

Simmons lió un cigarrillo y azuzó su poni con ambas espuelas. Veinte metros más allá tiró de las riendas y gritó:

-¿Necesitas, digamos... ayuda?

-Para nada, gracias.

-Me lo suponía. Bien, ¡hasta la vista!

* * *

Sam sacó del bolsillo una navaja con mango de hueso, la abrió y se rascó el barro seco de la bota izquierda. Al principio creí que iba a jurar vendetta o a recitar una maldición gitana sobre la hoja de acero. Las pocas peleas entre familias que yo conocía directamente o por los libros, empezaban, por lo general, de ese modo. Esta, sin embargo, parecía obedecer a un tratamiento nuevo. En caso de haber sido puesta en escena, el público la habría abucheado, exigiendo en su lugar algún conmovedor melodrama de Belasco.

-Me pregunto -dijo Sam con una expresión hondamente reflexiva- si aún quedarán habichuelas frías.

Cuando Wash, el cocinero negro, le respondió que, en efecto, quedaban, le ordenó que pusiese el cazo a calentar y preparase un café fuerte. Luego nos trasladamos los dos al cuarto privado de Sam, donde él dormía y guardaba sus armas, sus perros y las sillas de montar de sus caballos preferidos. Tomó de una caja tres o cuatro revólveres y, absorto, los contempló silbando «El lamento del vaquero». Después mandó ensillar y atar al poste los dos mejores caballos del rancho.

Ahora bien, en diversas zonas del país he observado que, en este asunto de las disputas familiares, existe un detalle sobre el cual debe mantenerse una estricta etiqueta. Jamás hay que mencionar el tema en presencia de uno de los contendientes. Este hecho sería más reprensible que referirse a la verruga que una tía rica tiene en la barbilla. Más tarde descubrí una segunda regla tácita, si bien ésta sólo se cumple en el Oeste.

Faltaban aún dos horas para la cena, pero apenas veinte minutos más tarde, Sam y yo devorábamos las judías recalentadas, el café y unas rodajas de ternera fría.

-No hay nada como una buena comida antes de una larga marcha a caballo -dijo Sam-. ¿Estás satisfecho?

Me asaltó una sospecha.

¿Por qué has hecho ensillar dos caballos? -pregunté.

Uno y uno, dos -dijo Sam-. ¿O es que no sabes contar?

Su aritmética me procuró un breve vahído y una lección. No le había pasado por la cabeza la idea de que tal vez yo no quisiera transitar a su lado por el rojo sendero de la venganza y la justicia. El cálculo era arriesgado. Se me había reservado un pasaje. Empecé a comer más judías.

Una hora después, poníamos rumbo al este con un galope sostenido. Montábamos caballos criados en Kentucky y fortalecidos por la hierba de mezquite que crece en el Oeste. Los corceles de Ben Tatum podían ser más veloces, y llevaba buena ventaja, pero si hubiese oído el puntual golpeteo de los cascos de nuestros animales, nacidos en el corazón de la tierra de las rencillas, habría pensado que era el espectro del desquite el que avanzaba sobre las huellas de sus pulcros rocines.

Yo sabía que la carta que debía jugar Ben Tatum era la de la huida; huiría a toda carrera hasta ganar el seguro territorio de sus partidarios y seguidores. No desconocía que el hombre que le iba persiguiendo le seguiría el rastro hasta cualquier confín.

Durante la marcha Sam habló de las perspectivas de lluvia, del precio de la carne y de la música del cristal. Nadie habría pensado que hubiese tenido nunca un hermano, una amada o un enemigo en este mundo. Hay temas demasiado importantes para encontrar definición incluso en las mayores enciclopedias. Conociendo esa faceta del código de las disputas, pero no habiéndolo practicado lo bastante, intenté regatearla contando unas cuantas anécdotas divertidas. Sam se reía cuando la cortesía lo indicaba. Se reía... con la boca; cuando de reojo miré esa boca, deseé que me hubiesen bendecido con un sentido del humor capaz de evitar las anécdotas.

La primera vez que los vimos fue en Guthrie. Cansados y hambrientos, entramos tambaleándonos, polvorientos, en un pequeño hotel y nos sentamos a una mesa. En el otro extremo del salón se encontraban los fugitivos. Estaban inclinados sobre la comida, pero a ratos miraban inquietos a su alrededor.

La muchacha llevaba un vestido castaño, una de esas prendas suaves, semibrillantes, como de seda, con cuello y puños de encaje, y con falda de las que, creo, llaman plisadas. Un tupido velo también castaño le cubría el rostro hasta la nariz, y llevaba un sombrero de paja, de ala ancha, adornado con varias plumas. El hombre vestía sobriamente de oscuro y llevaba el pelo muy corto. Era de esos que se ven en cualquier sitio.

Allí estaban: el asesino y la mujer robada. Allí estábamos nosotros: el vengador justiciero, que se comportaba según el código, y el supernumerario que escribe estas líneas.

Por una vez, al fin, en el corazón del supernumerario se despertó el instinto asesino. Por un instante se unió a los combatientes. Verbalmente.

-¿Qué esperas, Sam? -susurré-. ¡Liquídalo ahora! Sam emitió un suspiro melancólico.

-Tú no comprendes, pero él sí -dijo-. Él sabe. Mister Tenderfoot, existe entre los blancos del territorio indio una regla según la cual no se puede matar a un hombre cuando está con una mujer. Hasta ahora no conozco a nadie que la haya violado. No se puede. Hay que sorprenderlo entre hombres, o solo. Así que ya ves. El lo sabe. Todos lo sabemos. ¡De modo que ése es mister Ben Tatum! ¡Uno de los «guapos»! ¡Lo separaré del rebaño antes de que salgan del hotel y le ajustaré las cuentas!

Después de la cena los fugitivos desaparecieron enseguida. A pesar de que Sam vigiló vestíbulo, escalera y corredores durante la mitad de la noche, de alguna forma misteriosa le burlaron; y por la mañana la velada dama de blusa castaño y falda plisada y el atildado caballero de pelo corto, así como la carreta de los briosos caballos, se habían marchado.

Librodot

La de la persecución a caballo es una historia monótona; por lo tanto, seré breve. Volvimos a darles alcance por el camino. Íbamos a unos cincuenta metros detrás de ellos. Se volvieron y nos miraron; luego siguieron adelante sin castigar a los caballos. Su suerte ya no dependía de la rapidez. Ben Tatum lo sabía. Sabía que la única tabla de salvación que le quedaba era el código. De haber estado solo, sin duda Sam Durkee habría liquidado el asunto de la forma acostumbrada. Pero a su lado iba alguien que no permitía apretar los gatillos. No era probable que Tatum fuese cobarde.

Pueden ustedes observar, pues, que a veces la mujer es capaz de diferir un conflicto entre hombres en lugar de precipitarlo. Lo cual no significa que lo haga voluntaria o conscientemente. A ella no le interesan los códigos.

Ocho kilómetros más adelante, entramos en la futura gran ciudad occidental de Chandler. Los caballos de perseguidos y perseguidores estaban exhaustos y famélicos. Había un hotel que ofrecía peligro a los hombres y diversión a las bestias; de nuevo, pues, nos reunimos los cuatro en el comedor al tañido de una campana tan enorme y sonora, que había acabado por agrietar la bóveda celeste. El comedor no era tan amplio como el de Guthrie.

Estábamos comiendo tarta de manzana -¡y cuán relacionadas se hallan las manzanas y la tragedia!- cuando noté que Sam observaba con intensidad a nuestro perseguido, sentado al otro lado del salón. La muchacha aún tenía puesto el vestido castaño con cuello y puños de encaje, y el velo caído hasta la nariz. El hombre se inclinaba sobre su plato, la cabeza, de cortísimos cabellos, gacha.

-Según las reglas -oí que decía Sam, no sé si a mí o a sí mismo-, no se puede disparar a un hombre que está en compañía de una mujer. Pero ¡demonios!, nada prohíbe matar a una mujer acompañada de un hombre.

Y, sin darme tiempo a cavilar sobre el razonamiento, sacó un Colt automático de la cartuchera izquierda y descargó seis balas en el cuerpo cubierto por el vestido castaño; el vestido castaño de puños y cuello de encaje y falda plisada.

La joven persona del traje oscuro, de cuya cabeza había sido recortada la gloria femenina tanto como de su vida, se dejó caer sobre la mesa con los brazos estirados; mientras la gente corría a levantar del suelo a Ben Tatum, envuelto en el disfraz de mujer que había permitido a Sam salvar técnicamente las obligaciones del código.

La senda del solitario

The Lonesome Road

Moreno como un grano de café, robusto, provisto de espuelas y pistolas, cauteloso, indomable, vi a mi viejo amigo, Buck Caperton, ayudante del sheriff, caer con un tintineo de espuelas en una silla de la antesala de su superior.

Ya que a esa hora los tribunales estaban casi desiertos, y recordando que a veces Buck solía relatarme historias jamás impresas, le seguí y, conociendo sus debilidades, no me costó impulsarle a hablar. Porque para el paladar de Buck los cigarrillos liados con hojas de maíz eran dulces como la miel; y si bien era capaz de apretar el gatillo de una 45 con velocidad y puntería, nunca había aprendido a liar cigarrillos.

No fue culpa mía (pues yo liaba cigarrillos compactos y bien formados) sino de un antojo suyo, el que, en lugar de alguna odisea del chaparral, me viera yo escuchando... ¡una disertación sobre el matrimonio! ¡Cosas de Buck Caperton! Pues yo sigo sosteniendo que los pitillos eran impecables y, por lo tanto, solicito mi absolución.

-Acabamos de traer a Jim y Bud Granberry -dijo Buck-. Un asunto de robo de trenes. Fue en el paso de Aransas, el mes pasado. Los apresamos en el llano de Veinte Millas, al sur del Nueces.

-¿Os costó mucho acorralarlos? -pregunté; aquélla era la clase de alimento que reclamaba mi apetito épico.

-Un poco -dijo Buck; y luego, en el curso de una breve pausa, el pensamiento se le perdió por otros caminos-. Es extraño lo que sucede con las mujeres -continuó-, y el lugar que ocupan en la naturaleza. Si me pidieran que las clasificara, diría que son una especie de hierbas astrágalos de humanos. ¿Alguna vez has visto un potrillo que haya estado masticando esa planta? Lo llevas a un arroyo de medio metro de ancho, empieza a resoplar y hasta es capaz de tirarte de la silla. Retrocede como si estuviera delante del Mississippi. Y al rato baja por la ladera de un cañón de setenta metros como si entrara en un prado. Pues lo mismo les sucede a los casados.

»Es que estaba acordándome de Perry Rountree, que era compañero mío antes de cometer pecado de matrimonio. En aquellos tiempos Perry y yo detestábamos que nos molestaran. Vagábamos mucho, despertando toda clase de ecos y haciendo que cada cual se ocupara de sus asuntos. Cuando llegábamos a la ciudad en busca de diversión, se declaraba día de fiesta para todos los inscritos en el censo. Las fuerzas del sheriff se dedicaban por completo a dominarnos, y el resto de la gente tenía jornada libre. Pero entonces apareció esa Mariana la irresistible, y le hizo una caída de ojos, y en menos de lo que canta un gallo ya estaban preparando el ajuar y los arreos.

»Ni siquiera me invitaron a la boda. Apuesto a que la novia hizo un balance de mi pedigree y la alta estima en que se tenían mis costumbres, y decidió que Perry se movería mejor bajo los arneses sin tener al lado un potro como Buck Caperton, más bien reacio a los deberes matrimoniales. De modo que pasaron seis meses hasta que volví a ver a Perry.

»Un día, paseando por los suburbios de la ciudad, divisé algo parecido a un hombre que rociaba un rosal con una regadera en el jardincito de una casa minúscula. Seguro de haber visto antes a un penco similar, me paré frente a la cancilla, a ver si le descubría la marca en el flanco. No era Perry Rountree, sino una especie de gelatina de pescado en que le había convertido el matrimonio.

»Lo que Mariana había perpetrado recibe un nombre: homicidio. Claro que tenía buen aspecto, pero llevaba cuello blanco y zapatos, y se podía apostar a que hablaría con toda educación y pagaría los impuestos, y para beber, separaría el meñique, como hacen los borregos y los tipos de ciudad. ¡Rayos! ¡Lo que sentí al ver a Perry corrompido y transformado en un badulaque cualquiera!

»Se acercó a la portilla y me estrechó la mano; entonces yo, empleando todo mi sarcasmo y una voz de loro con catarro le dije:

Librodot

»-Excúseme, mister Rountree... Así se llama usted, ¿verdad? Si no me equivoco, creo que en una época tuve el honor de ser su compañero.

»-¡Oh, Buck, vete al diablo! -dijo Perry con cortesía, confirmando mis temores.

»-Pues entonces escúchame -le dije-, mascota decadente, infecto jardinero de tres al cuarto, ¿qué estás buscando? Mírate un poco al espejo; lo único que puedes pretender, con esa pinta de tipo decente e inofensivo, es formar parte de un jurado o ponerte a reparar la puerta de tu casa. ¡Y pensar que hasta no hace mucho eras un hombre...! No sabes el asco que me dan estas cosas. ¿Por qué no te metes en la casa a contar los tapetitos o poner el reloj en hora, en vez de quedarte al aire libre? Ten cuidado, puede atacarte un conejo.

»-Oye, Buck -dijo Perry bonachonamente y algo apenado-, me parece que no comprendes. Cuando un hombre se casa debe cambiar. No siente del mismo modo que un bruto como tú. Malgastar el tiempo molestando a la gente pacífica de los pueblos, jugando a las cartas y bebiendo es un verdadero pecado.

»-Hubo un tiempo -dije yo, y espero haber suspirado- en que cierto corderito domesticado cuyo nombre conozco demostraba amplios conocimientos en el campo de las depravaciones perniciosas. Alguna vez fuiste una verdadera plaga, Perry, y jamás habría esperado verte reducido a un frívolo fragmento humano. Pero mira, te has puesto corbata y hablas la jerga vacía e insulsa de los tenderos y las mujeres. Bien podrías llevar sombrilla y portaligas, y llegar temprano a casa todas las noches.

»-Mi mujercita -dijo Perry- me ha hecho mejorar muchísimo. Eso es lo que creo. Pero tú no podrías entenderlo, Buck. Desde que me casé no he ido de juerga una sola noche.

»Seguimos hablando un rato, y te juro por mi salud que de repente el tipo me interrumpió y empezó a hablar de las seis tomateras que cultivaba en el jardín. ¡Y lo increíble es que me refregó en la nariz su degradación hortelana mientras yo le recordaba cómo nos habíamos divertido desplumando a aquel tahúr en la taberna de California Pete! Sin embargo, poco a poco, fue recuperando el sentido común.

»-He de admitir que a veces resulta un poco monótono, Buck -dijo-. No es que no sea completamente feliz con mi mujercita, pero todo hombre necesita echar una cana al aire de vez en cuando. Así que mira: esta tarde Mariana irá a visitar a una amiga y no regresará hasta las siete. Esa es la hora límite para los dos: las siete. Ninguno se retrasa un solo minuto, a menos que estemos juntos. Y la verdad es que me alegra verte, Buck -siguió-, porque no me faltan ganas de correrme una juerguecita contigo en recuerdo de los viejos tiempos. ¿Qué te parece si esta tarde salimos a divertirnos juntos? A mí me encantaría.

»De la palmada que le propiné, el cautivo fue a parar al centro del jardín.

»-Corre a buscar tu sombrero, cocodrilo reseco -le grité-. Todavía no estás muerto. Por más que te hayan puesto el yugo, aún te queda algo de humano. Haremos trizas la ciudad, a ver cómo responde. Investigaremos la ciencia del descorchamiento hasta sus últimos rincones. Apenas vuelvas a recorrer la senda del vicio con el viejo tío Buck -le dije-, te saldrán cuernos nuevos, so vaca arrugada. -Y le di un puñetazo en las costillas.

»-Ya sabes que a las siete tengo que estar en casa -replicó Perry.

»-Sí, claro -dije yo, y me guiñé el ojo, porque conocía bien cómo cumplía Perry los horarios una vez se encariñaba de una barra.

»Fuimos a la Mula Gris, esa vieja taberna de adobe que está junto al depósito de la estación.

»-Di qué quieres -le propuse no bien apoyamos las pezuñas en el mostrador.

»-Zarzaparrilla -dijo Perry.

»Tan sorprendido me dejó, que hubieran podido derribarme con una cáscara de limón.

»-A mí puedes insultarme todo lo que quieras -dije-, pero haz el favor de pensar en el tabernero. Quizá sufra del corazón. Pon dos vasos altos -ordené- y esa botella que está a la izquierda de la nevera.

»-Zarzaparrilla -insistió Perry, y en ese instante se le iluminaron los ojos y me percaté de que estaba ansioso por exponerme una idea genial-. Buck -dijo sumamente interesado-. ¡Ya sé

lo que vamos a hacer! Quiero que este día me quede grabado con letras rojas en la memoria. Últimamente he estado demasiado metido en casa y necesito distraerme. Lo pasaremos como nunca. Iremos a la trastienda y jugaremos a las damas hasta las seis y media.

»Me incliné sobre el mostrador y le dije a Orejas Mike, que estaba alerta:

»-Prométeme que no le contarás esto a nadie. Tú conoces bien a Perry. Pero sucede que ha estado enfermo y el médico ha aconsejado que le levantáramos el ánimo.

»-Danos el tablero y las fichas, Mike -dijo Perry-. Estoy loco por divertirme.

»Pasamos a la trastienda. Antes de cerrar la puerta, le dije a Mike:

»-No se te ocurra mencionarle a nadie que has visto a Buck Caperton en relaciones fraternales con la zarzaparrilla y el tablero. Como me entere de que lo has contado, te haré una muesca en la otra oreja.

»Cerré la puerta y jugamos a las damas. Estar allí, sentado ante aquella humillada rareza hogareña que estallaba en gritos de alborozo cada vez que comía una ficha y chorreaba placer cuando coronaba una dama, habría bastado para enfermar de tristeza a un perro pastor. El, que sólo quedaba satisfecho cuando ganaba seis partidas de bingo o dejaba a los banqueros de faro en estado de postración nerviosa, no podía ser el mismo que movía ahora las fichas como Mariquita en una fiesta escolar. Aquello era insoportable.

»Y sin embargo seguí jugando con las negras, sudando de miedo a que entrara algún conocido y me sorprendiese. Me puse a pensar en ese lío del matrimonio, en lo mucho que se parece al juego que inventó la señora Dalila. Aquella mujer le cortó el pelo a su pobre marido, y ya sabemos cómo se ve la cabeza de un hombre después de que la esposa se ensañe con ella. Entonces vinieron los fariseos y el muchacho se sintió tan avergonzado que echó la casa abajo. “Basta que un hombre se case -pensé- para que pierda la garra, el orgullo y las ganas de hacer locuras. No beben, no asustan a nadie, ni siquiera se pelean. ¿Para qué se casan entonces?”, me pregunté.

»Perry, con todo, parecía estar disfrutando enormemente.

»-Buck, querido bestia -me dijo-, ¿no es la tarde más fantástica de nuestra vida? No recuerdo haberme divertido tanto en muchos años. Sabes, desde que me casé he estado demasiado apegado a mi hogar; hacía mucho que no me iba de parranda.

»¡Parranda! ¡Llamaba parranda a jugar a las damas en la trastienda de la Mula Gris! Supongo que le parecía ligeramente más inmoral y disoluto que pasearse entre tomateras con un hisopo en la mano.

»A cada momento consultaba su reloj y repetía:

»-Ya sabes que a las siete tengo que estar en casa, Buck. »-Está bien -le respondía yo-. Ahora cállate y mueve.

Me estoy muriendo de excitación. Si no me freno e intento sosegarme un poco, la tensión acabará con mis nervios.

»Serían las seis y media cuando se empezaron a oír ruidos en la calle. Hubo un griterío, disparos de revólver y un estrépito de caballos que iban y venían.

»-¿Qué será eso? -pregunté.

»-Alguna tontería en la calle -dijo Perry-. Te toca a ti. Tenemos el tiempo justo para terminar esta partida.

»-Echaré una ojeada por la ventana -dije-. No esperarás que un simple mortal pueda soportar al mismo tiempo que le coman una dama y escuchar un tumulto callejero.

»La Mula Gris era una de esas viejas construcciones españolas de adobe, y la trastienda sólo tenía dos ventanas de medio metro de ancho protegidas por rejas. Asomándome a una de ellas comprendí la causa del alboroto.

»Diez hombres de la banda de Trimble, la peor pandilla de forajidos y cuatreros de todo Texas, venían por la calle disparando a diestro y siniestro. Avanzaban directamente hacia la Mula Gris. Después los perdí de vista, pero los oímos bajarse de los caballos frente a la puerta y llenar el salón de plomo. Hicieron añicos el espejo y destrozaron varias botellas. Nos imaginábamos a Orejas Mike atravesando la plaza como un coyote despavorido, mientras

Librodot

alrededor las balas levantaban el polvo. Por fin la banda campó por sus respetos en la taberna, bebiendo lo que quería y rompiendo lo que no le gustaba.

»Tanto Perry como yo los conocíamos, y ellos a nosotros. Un año antes de que Perry se casara, habíamos estado los dos en la misma cuadrilla de batidores y, después de perseguir a la banda hasta San Miguel, nos habíamos traído de vuelta a Ben Trimble y a dos más para que los juzgaran por asesinato.

»-No podemos salir -dije-. Tendremos que quedarnos hasta que se vayan.

»Perry miró su reloj.

»-Las siete menos veinticinco -dijo-. Podemos acabar la partida. Te tengo acorralado. Y te toca a ti, Buck. Ya sabes que he de estar en casa a las siete.

»Nos sentamos y seguimos jugando. La banda de Trimble no lo estaba pasando nada mal. Se estaban poniendo las botas. Bebían más y más, y mientras iban bebiendo, usaban vasos y botellas como blanco. Por dos o tres veces intentaron abrir nuestra puerta. Después se oyeron más tiros en la calle y yo miré por la ventana. Ham Gosset, el sheriff, había apostado a su gente al otro lado de la calle y trataba de abatir a alguno de los Trimble a través de las ventanas.

»Aquella partida la perdí. Debo decir en mi descargo que Perry me comió tres damas que yo habría salvado de ser otras las circunstancias. Pero cada vez que me comía una ficha, el bragazas aquel cacareaba como una gallina idiota que picotea granos de maíz.

»Cuando acabó la partida, Perry se puso en pie y consultó su reloj.

»-Lo he pasado en grande, Buck -dijo-. Pero ahora he de marcharme. Son las siete menos cuarto, y ya sabes que a las siete tengo que estar en casa.

»Pensé que me tomaba el pelo.

»-No pasará menos de una hora antes de que esos tipos decidan largarse o la borrachera los tumbe -dije yo-. Supongo que no estarás tan cansado del matrimonio como para suicidarte de repente, ¿verdad? -dije, y solté una carcajada.

»-Una vez llegué a casa con media hora de retraso -dijo Perry-. Mariana estaba esperándome en la calle. Si la hubieses visto, Buck... Pero dudo que lo comprendas. Ella sabe muy bien qué clase de golfo he sido, y teme que me suceda algo. Nunca más volveré tarde a casa. Ahora voy a despedirme, Buck.

»Le cerré el paso hacia la puerta.

»-Mira, casadito -dije-, ya me doy cuenta de que en cuanto el cura te enredó, empezaste a volverte imbécil; pero ¿será posible que al menos una vez pienses como un ser humano? Ahí fuera hay diez bandidos embrutecidos por el whisky y los deseos de matar. Si sales de aquí, durarás menos que una botella de vino. De modo que emplea la inteligencia, o al menos el instinto del jabalí. Siéntate y espera hasta que podamos escapar sin que nos saquen de aquí en ataúd.

»-Tengo que estar en casa a las siete, Buck -repitió aquel cerebro de gallina como si fuese un loro subnormal-. Mariana estará esperándome. -Y, alargando el brazo, le arrancó una pata a la mesa que sostenía el tablero-. Pasaré entre la banda de Trimble como una liebre por un corral alborotado. Ya me he curado de la fiebre de los jaleos, pero tengo que estar en mi casa a las siete. Cierra la puerta cuando haya salido, Buck, y no olvides que te he ganado tres de las cinco partidas. Jugaría un rato más, pero Mariana...

»-Cierra el pico, correcaminos chiflado -le interrumpí-. ¿Cuándo has visto que el tío Buck cierre la puerta a los problemas? No estaré casado -le dije-, pero soy más tonto que un condenado mormón. Cuatro menos una es igual a tres -dije, y arranqué otra pata de la mesa-. Llegaremos a casa a las siete, aunque sólo sea a la casa celestial. ¿Me dejarás acompañarte a casa, zarzaparrillero, jugador de damas sediento de muerte y destrucción?

»Abrimos la puerta muy despacio y enseguida nos abalanzamos hacia la salida. Parte de la banda estaba alineada en el mostrador; otros servían las bebidas y el resto espiaba por la puerta y las ventanas, tiroteándose con los hombres del sheriff. Estaba todo tan lleno de humo

Librodot

que no nos advirtieron hasta que estuvimos a mitad de camino. Pero entonces, desde algún sitio, Berry Trimble aulló:

»-¿Cómo se ha metido aquí Buck Caperton? -Y una bala me rozó la piel del cogote. Aquello no debió de gustarle, porque Berry es el mejor tirador que hay al sur de las vías del Southern Pacific. Tal vez fuese el humo, que no favorecía precisamente la puntería.

»Perry y yo descrismamos a un par de bandidos con nuestros garrotes, que fallaban menos que las balas, y, mientras corríamos hacia la puerta, le arrebaté el Winchester a un sujeto que montaba guardia. Entonces me volví y arreglé cuentas con mister Berry.

»Perry y yo salimos a la calle y doblamos la esquina. No había esperado librarme de aquélla, pero tampoco habría podido dejarme intimidar por un tipo casado. En opinión de Perry, el gran suceso de la jornada habían sido las partidas de damas; pero, a poco buen juez que sea yo en materia de pasatiempos refinados, creo que aquella estampida a través del salón de la Mula Gris, a golpe de patas de mesa, merecía figurar en cabeza de cualquier antología.

»-Date prisa -dijo Perry-. Faltan dos minutos para las siete, y tengo que estar en casa...

»-Vamos, cállate -contesté-. Yo debo presentarme como testigo de cargo en una investigación judicial que empieza a las siete, y no culparé a nadie por el retraso.

»No me quedó más remedio que pasar por la casita de Perry. Su Mariana estaba en la puerta. Llegamos a las siete y cinco. Ella llevaba un delantal azul y se había peinado el cabello muy tirante y hacia atrás, como lo hacen las niñas cuando quieren parecer personas mayores.

»No nos vio hasta que nos acercamos, porque estaba mirando hacia el otro lado. Pero de pronto se dio la vuelta, divisó a Perry, y una expresión extraña, como de alivio, si es posible describirla así, le fue ganando la cara. La oí lanzar un largo suspiro, como lo hubiese hecho una vaca a la que le devolvieran su ternero, y luego dijo:

»-Llegas tarde, Perry.

»-Cinco minutos -respondió él, todo jovialidad-. Es que el viejo Buck y yo hemos estado jugando a las damas.

»Perry me presentó a Mariana y me invitaron a entrar. Pero no acepté. No, señor. Por ese día ya había tenido bastante vida familiar. Dije que debía marcharme y aseguré que había pasado una tarde muy agradable con mi buen amigo.

»-Especialmente -añadí para tomarle el pelo un poco a Perry- cuando, en plena partida, se desprendieron de pronto las patas de la mesa. -Pero no continué porque había prometido que no hablaría de lo sucedido delante de Mariana.

»No he dejado de pensar en este asunto desde que ocurrió -prosiguió Buck-. Hay algo que me da vueltas en la cabeza y no acabo de comprender.

-¿Y qué es? -pregunté yo, mientras terminaba de liar el último cigarrillo y se lo pasaba a él.

-Bien, te lo diré. Cuando vi la mirada que esa mujercita dirigía a Perry al volverse y comprobar que regresaba a casa sano y salvo, por un instante me pareció que aquella mirada valía más que todas nuestras sandeces, zarzaparrilla y damas incluidas; y que si en aquella historia había un tonto, no era el que respondía al nombre de Perry Rountree.

Librodot

El valor de un dólar

One Dollar’s Worth

Una mañana, al pasar revista a su correspondencia, el juez federal del distrito de Río Grande encontró la siguiente carta:

Juez:

Cuando me condenó usted a cuatro años, me endilgó un sermón. Entre otros epítetos, me dedicó el de serpiente de cascabel. Tal vez lo sea, y a eso se debe el que ahora me oiga tintinear Un año después de que me pusieran a la sombra, murió mi hija, dicen que por culpa de la pobreza y la infelicidad. Usted, juez, también tiene una hija, y yo voy a hacer que sepa lo que se siente al perderla. También voy a picar a ese fiscal que habló en mi contra. Ahora estoy libre, y me toca volver a cascabelear El papel me sienta bien. No diré más. Este es mi sonido. Cuidado con la mordedura.

Respetuosamente suyo,

Serpiente de Cascabel

El juez Derwent dejó la carta de lado, sin preocuparse. Recibir esa clase de cartas, de proscritos que habían pasado por el tribunal, no era ninguna novedad. No se sintió alarmado. Más tarde le enseñó la carta a Littlefield, el joven fiscal del distrito que estaba incluido en la amenaza, pues el juez era muy puntilloso en todo lo concerniente a las relaciones profesionales.

Por lo que se refería a él, Littlefield dedicó al cascabeleo del remitente una sonrisa desdeñosa; pero ante la alusión a la hija del juez, frunció el ceño, ya que pensaba casarse con Nancy Derwent el otoño siguiente.

Littlefield fue a ver al secretario del juzgado y revisó con él los expedientes. Decidieron que la carta debía de provenir de México Sam, un mestizo forajido que vivía en la frontera y había sido encarcelado por asesinato cuatro años atrás. Al correr de los días, Littlefield fue absorbido por tareas oficiales, y el cascabeleo de la serpiente vengadora cayó en el olvido.

El tribunal llevaba a cabo sus sesiones en Brownsville. La mayoría de los procesos consistían en acusaciones de contrabando, falsificación, robo a oficinas de correo y violaciones de las leyes federales a lo largo de la frontera. Uno de los acusados era un joven mexicano, Rafael Ortiz, que había sido sorprendido por un muy listo ayudante de sheriff en el momento de pasar un dólar de plata falso. En más de una ocasión se había sospechado de su rectitud, pero era ésta la primera vez que se tenían pruebas en su contra. Mientras esperaba el juicio, Ortiz languidecía placenteramente en la cárcel fumando cigarrillos negros. Kilpatrick, el ayudante del sheriff, entregó el dólar falso al fiscal del distrito en el despacho que éste tenía en el juzgado. Tanto el ayudante como un farmacéutico de reputación intachable estaban dispuestos a jurar que Ortiz había pagado una medicina con ese dólar. La moneda era una imitación burda, mate, maleable, y hecha principalmente de plomo. Era la víspera de la sesión dedicada al caso de Ortiz y el fiscal del distrito se encontraba preparándose para el juicio.

-No nos hará falta gastar un dineral en expertos para demostrar que la moneda es falsa, ¿verdad, Kil? -sonrió Littlefield al arrojar el dólar sobre la mesa, donde cayó sin más tintineo que el de una bola de masilla.

-Supongo que el material es tan bueno como el que puede hallarse en el calabozo -dijo el ayudante del sheriff aflojándose el correaje-. Lo tiene usted atrapado. Si hubiese sido una sola vez, podría pensarse que es uno de esos mexicanos incapaces de diferenciar el dinero bueno del falso; pero ese bribón pertenece a una banda de estafadores, lo puedo asegurar. Y por fin se me ha presentado la oportunidad de descubrirlo con las manos en la masa. Tiene una chica en los jacales de la ribera. La vi un día que estaba vigilándolo a él. Es preciosa, como una vaquilla colorada entre las flores.

Littlefield se guardó el dólar falso en el bolsillo y metió en un sobre los informes sobre el caso. Justo en ese momento apareció en el marco de la puerta un rostro brillante, encantador, franco y alegre como el de un muchacho. Era Nancy Derwent.

-Oh, Bob, ¿es cierto que el tribunal ha aplazado hasta mañana la sesión de hoy a las doce?

-Así es -dijo el fiscal del distrito-, y me alegro. Tengo que revisar un montón de fallos y...

-Muy propio de ti. ¡Me sorprendería que tú y mi padre os pasarais un día sin mirar códigos y expedientes! Quiero que esta tarde me lleves a cazar chorlitos. En Long Prairie abundan. ¡Por favor, no te niegues! Me gustaría probar mi nueva escopeta de repetición. He ordenado en el establo que enganchen a Fly y a Bess al calesín: son los que mejor soportan los tiros. Estaba segura de que vendrías.

Tenían planeado casarse en otoño. El idilio estaba en su momento crucial. Aquel día -o, mejor, aquella tarde- los chorlitos ganaron la partida a los volúmenes encuadernados en becerro. Littlefield empezó a apartar sus papeles.

Llamaron a la puerta. Kilpatrick abrió. Una hermosa muchacha, de ojos oscuros y piel de tinte ligeramente alimonado, entró en el despacho. Un mantón oscuro le cubría la cabeza y le rodeaba el cuello.

Comenzó a hablar en español con la voluble música melancólica de un arroyo plañidero. Littlefield no entendía el idioma. El ayudante sí, de modo que tradujo parte por parte, alzando la mano de vez en cuando para detener a la muchacha y confirmar alguna palabra.

-Ha venido a verlo a usted, mister Littlefield. Se llama Joya Treviñas. Quiere hablarle de... Bueno, tiene algo que ver con Rafael Ortiz. Es..., es la chica de él. Dice que es inocente. Dice que fue ella la que fabricó el dinero y consiguió que él lo pasara. No le crea, mister Littlefield. Estas mexicanas son así: cuando les gusta un hombre, son capaces de mentir, robar y matar por él. ¡No confíe nunca en una mujer enamorada!

-¡Mister Kilpatrick!

La indignada exclamación de Nancy Derwent llevó al ayudante a deshacerse en excusas por haber expresado mal sus propias ideas, tras lo cual siguió traduciendo.

-Dice que no le importa ir a la cárcel si lo dejan a él en libertad. Dice que la había atacado una fiebre y el médico aseguró que moriría si no tomaba una medicina. Fue por eso que él pagó con el dólar falso en la farmacia. Dice que eso le salvó la vida. No me cabe duda de que se deshace por su Rafael; habla mucho de amor y otras cosas que a usted no le interesan.

Al fiscal del distrito la historia le sonaba conocida.

-Contéstele -dijo- que no puedo hacer nada. El caso será juzgado mañana, y la defensa deberán hacerla ante el tribunal.

Nancy Derwent no era tan inflexible. Había estado mirando alternativamente a Joya Treviñas y a Littlefield con benévolo interés. El ayudante repitió a la muchacha las palabras del fiscal. Ella pronunció un par de frases en voz baja, se ciñó el mantón en torno al rostro y se marchó.

-¿Qué dijo al final? -preguntó el fiscal.

-Nada fuera de lo corriente -respondió el ayudante-. A ver...: «Si alguna vez estuviera en peligro la muchacha que amas, acuérdate de Rafael Ortiz».

Kilpatrick se alejó por el pasillo rumbo al despacho de su superior.

-¿No puedes hacer nada por ellos, Bob?-preguntó Nancy-. ¡No es justo arruinar la felicidad de dos vidas por un mísero dólar! El lo hizo para salvarla. ¿Acaso la ley no conoce la compasión?

-En la jurisprudencia no hay sitio para ella, Nan -dijo Littlefield-, y menos aún en la labor del fiscal, que se atiende a los hechos. Te prometo que el alegato no será furibundo. Pero ese hombre está condenado de antemano. Hay testigos dispuestos a jurar que ha pasado un dólar falso. Y yo tengo ese dólar en el bolsillo, con la etiqueta de «Prueba A». En el jurado no hay ningún mexicano, y declararán culpable a mister Truco sin pestañear siquiera.

* * *

La tarde se presentaba perfecta para cazar chorlitos y, con la excitación del deporte, fueron olvidados el caso de Rafael y el dolor de Joya Treviñas. El fiscal y Nancy Derwent dejaron atrás la ciudad y recorrieron cinco kilómetros por un camino de blanda hierba verde, para después atravesar el declive de un prado hacia una apretada hilera de árboles que bordeaban el arroyo de Piedra. Más allá se extendía Long Prairie, lugar ideal para cazar chorlitos. Al acercarse a la corriente, oyeron, a su derecha, el galope de un caballo y vieron a un jinete de pelo negro y piel atezada que cabalgaba hacia los árboles en una línea sesgada, como si hubiese estado siguiéndolos.

-He visto a ese hombre en algún sitio -dijo Littlefield, que era buen fisonomista-, pero no recuerdo exactamente dónde. Supongo que será algún ranchero que ha tomado un atajo.

Pasaron en Long Prairie una hora, disparando desde el calesín. Nancy Derwent, una activa muchacha del Oeste criada al aire libre, estaba encantada con su escopeta de doce cartuchos. Había cobrado el doble de piezas que su compañero.

Iniciaron el regreso con un trote tranquilo. A unos cien metros del arroyo de Piedra un hombre emergió entre los árboles en dirección a ellos.

-Parece el mismo que hemos visto antes -observó Nancy.

Al acortarse la distancia que los separaba, el fiscal del distrito, con los ojos fijos en el jinete, tiró bruscamente de las riendas. El sujeto había sacado un Winchester de la funda que llevaba en la silla y se lo acomodaba en el brazo.

-¡Ahora te reconozco, México Sam! -farfulló Littlefield-. Eras tú el que hacía sonar los cascabeles en aquella carta tan amable.

México Sam se ocupó de no dejar lugar a dudas. Era ducho en el manejo de armas de fuego, de modo que cuando se encontró a una distancia apropiada para un fusil, pero demasiado grande para una escopeta, apuntó con el Winchester y abrió fuego sobre los ocupantes del calesín.

La primera bala se incrustó en el respaldo del asiento, en el espacio de cinco centímetros que había entre los hombros de Littlefield y miss Derwent. La segunda pasó entre el tablero y el pantalón del fiscal.

El fiscal instó a Nancy a que se agachara. Ella estaba un poco pálida, pero no hizo preguntas. Poseía ese instinto de la gente de frontera, que acepta las situaciones de emergencia sin gastar palabras superfluas. Empuñaron las armas, y Littlefield tomó apresuradamente un puñado de los cartuchos que había en una caja y se lo metió en el bolsillo.

-Manténte detrás de los caballos, Nan -ordenó-. Ese tipo es un rufián que hace años mandé a prisión. Pretende vengarse. Sabe que a esta distancia no le podemos hacer daño.

-Muy bien, Bob -dijo Nancy con firmeza-. No tengo miedo. Pero cúbrete tú también. ¡So, Bess! ¡Quédate quieta!

Acarició la melena de Bess. Littlefield preparó su escopeta mientras rogaba que el forajido se aproximara.

Pero México Sam pensaba cumplir la venganza sin arriesgarse. No tenía nada de chorlito. Su ojo experto trazó una circunferencia imaginaria alrededor del área de alcance de una escopeta y se mantuvo dentro de esa línea. Movió su caballo a la derecha y, en el momento en que los acosados buscaban cambiar de posición detrás de los arreos de sus equinos, traspasó de un tiro el sombrero del fiscal. En una ocasión calculó mal y sobrepasó el margen. La escopeta de Littlefield relampagueó y México Sam agachó la cabeza ante el inofensivo rocío de los perdigones. Algunos de éstos alcanzaron al caballo, que enseguida retrocedió a la línea de seguridad.

El forajido volvió a hacer fuego. Nancy Derwent dejó escapar un grito apagado. Littlefield se volvió con los ojos encendidos y vio que la muchacha tenía un hilo de sangre en la mejilla.

-No estoy herida, Bob... Ha sido una astilla. Creo que ha dado a uno de los radios de la rueda.

-¡Dios! -rugió Littlefield-. Si por lo menos tuviera perdigones zorreros.

El rufián aquietó a su caballo y apuntó cuidadosamente. Fly lanzó un bufido y cayó con su arnés, herido en el cuello. Bess, convencida de que ya no se trataba de cazar chorlitos, logró desengancharse y se alejó a galope tendido. México Sam atravesó de un balazo el costado de la cazadora de Nancy.

-¡Échate! ¡Échate! -gritó Littlefield-. Más cerca del caballo... Cuerpo a tierra... Así -casi la aplastó contra la hierba detrás del cuerpo caído de Fly. Por más extraño que parezca en ese instante le volvieron a la mente las palabras de la joven mexicana: «Si alguna vez estuviera en peligro la muchacha que amas, acuérdate de Rafael Ortiz».

Littlefield soltó una exclamación.

-¡Asómate sobre el lomo del caballo y dispárale, Nan! ¡Dispara todo lo rápido que puedas! No conseguirás nada, pero mantenle ocupado un minuto mientras pongo en práctica una idea.

Nancy miró de reojo a Littlefield y le vio sacar el cortaplumas del bolsillo y abrirlo. Luego se dispuso a obedecer las órdenes y comenzó a disparar una y otra vez sobre el enemigo.

México Sam esperó pacientemente a que acabaran los inocuos fuegos de artificio. Tenía mucho tiempo y ninguna intención de recibir una perdigonada en el ojo mientras, con un poco de cautela, pudiese evitarlo. Se cubrió el rostro con el recio sombrero Stetson hasta que cesaron los tiros. Luego se acercó más y apuntó meticulosamente a lo que podía ver de sus víctimas detrás del caballo.

Ninguna de ellas se movía. Espoleó a su animal para que avanzara. Vio que el fiscal hincaba una rodilla en tierra y apuntaba cuidadosamente. Se bajó el sombrero y aguardó la leve andanada de bolitas.

El disparo tronó pesadamente. México Sam suspiró, se dobló en dos y cayó muy despacio de su caballo, como una serpiente de cascabel sin vida.

A las diez de la mañana siguiente se inició la sesión del tribunal y fue convocado el proceso de la Unión contra Rafael Ortiz. El fiscal del distrito, con un brazo en cabestrillo, se puso de pie y se dirigió al juez.

-Si su señoría lo permite -dijo-, desearía solicitar el sobreseimiento del caso que nos ocupa. Aun cuando el acusado pudiese ser culpable, el gobierno no tiene en sus manos pruebas suficientes para llevar adelante el proceso. La moneda falsa a causa de la cual éste fue iniciado ya no se encuentra disponible como evidencia. Por lo tanto solicito que la demanda sea anulada.

Durante el intervalo de mediodía Kilpatrick visitó la oficina del fiscal.

-Vengo de echarle una mirada al viejo México Sam -dijo el ayudante del sheriff-. Han traído el cadáver. La verdad es que el viejo México era un hueso duro. Los muchachos se preguntan con qué le disparó usted. Algunos dicen que han de haber sido clavos. Jamás tuve en mis manos una escopeta capaz de hacer los agujeros que hay en ese cuerpo.

-Le disparé -dijo el fiscal- con la «Prueba A» de su proceso por falsificación. Ha sido una suerte para mí, y para alguien más, que la moneda fuera tan burda. No me dio ningún trabajo despedazarla. Oiga, Kil, ¿no podría bajar a los jacales y averiguar dónde vive esa joven mexicana? Miss Derwent se lo agradecerá.

Librodot

La ambigüedad de Hargraves

The Duplicity Of Hargraves

Cuando el comandante Pendleton Talbot, de Mobile, y su hija miss Lydia Talbot se mudaron a Washington, señor, eligieron como lugar de residencia una casa que estaba a cincuenta metros de una de las avenidas más tranquilas. Era un anticuado edificio de ladrillo, con un pórtico sostenido por columnas blancas. El jardín recibía la sombra de majestuosos olmos y acacias, y una catalpa derramaba sobre la hierba sus flores blancas y rosadas. La valla y los senderos estaban bordeados de altos arbustos de boj. Lo que gustó a los Talbot fue la apariencia y el estilo sureños del lugar.

En esta grata residencia privada alquilaron sus habitaciones, incluyendo un estudio para el comandante Talbot, que estaba corrigiendo y culminando los capítulos finales de su libro Anécdotas y recuerdos del ejército, los tribunales y la justicia de Alabama.

El comandante Talbot era un producto del viejo Sur. El presente carecía para él de todo interés y cualidades. Tenía la mente anclada en el periodo anterior a la guerra de Secesión, época en que los Talbot poseían miles de acres para plantar algodón y los esclavos necesarios para trabajarlos; en que la mansión familiar era escenario de una hospitalidad principesca y lo mejor de la aristocracia sureña llegaba de visita. De aquellos tiempos provenían su orgullo y sus escrúpulos en cuestiones de honor, una cortesía puntillosa y pasada de moda, y hasta puede que su vestuario.

Seguramente hacía cincuenta años que no se confeccionaban prendas semejantes. El comandante era alto, pero cada vez que practicaba la maravillosa genuflexión que él denominaba reverencia, los faldones de su levita barrían el suelo. El atuendo sorprendía incluso a los habitantes de Washington, de antiguo habituados a las levitas y los sombreros de ala ancha de los diputados sureños. Uno de los huéspedes la había bautizado con el nombre de «chaquetón de Papá Hubbard», y lo cierto es que era ancha de solapas y de cumplidos faldones.

Sin embargo, a pesar de sus ropas extrañas, de la inmensa extensión de su pechera de barrocos bordados y del corbatín de lazo siempre desequilibrado, era objeto de las sonrisas y la estima de los selectos inquilinos de la pensión de mistress Vardeman. Algunos jóvenes oficinistas solían «azuzarlo», según expresión de él, para que comenzara a hablar del tema que más le apasionaba: las tradiciones y la historia de su adorado Sur. Durante esas charlas no se privaba de citar párrafos de las Anécdotas y recuerdos. Pero los otros se cuidaban muy bien de evidenciar sus verdaderas intenciones, pues, a pesar de sus sesenta y ocho años, el comandante podía fulminar al más osado con la inflexible mirada de sus penetrantes ojos grises.

A sus treinta y cinco años, miss Lydia era una doncella algo entrada en años, pequeña y rolliza, con un cabello levemente ondulado que, peinado hacia atrás, la hacía parecer aún mayor. También era anticuada; pero no irradiaba el mismo esplendor prebélico del comandante. Poseía un frugal sentido común, y era ella quien manejaba las finanzas de la familia y trataba con los acreedores. Para el comandante, las cuentas de la pensión y la lavandería eran molestias despreciables, con tal frecuencia y terquedad acostumbraban a llegar. ¿Por qué razón, hubiese querido saber, no podían acumularse y ser pagadas mediante una suma redonda en el momento conveniente, por ejemplo una vez editadas las Anécdotas y recuerdos? Por toda respuesta miss Lydia seguía cosiendo sin alterarse y decía: «Pagaremos puntualmente mientras dure el dinero, y después quizá tengan que acumular las cuentas».

La mayoría de los huéspedes de mistress Vardeman pasaba el día fuera, pues casi todos eran empleados y hombres de negocios; pero había uno que andaba mucho por la casa de la mañana a la noche. Este joven se llamaba Henry Hopkins Hargraves -todo el mundo en la pensión se dirigía a él por el nombre completo- y trabajaba en un conocido teatro de vodevil. En los últimos años el vodevil había alcanzado tal plano de respetabilidad, y mister Hargraves era una persona tan modesta y educada, que mistress Vardeman no había podido hallar objeción alguna para no incluirle en la lista de inquilinos.

En el teatro, Hargraves tenía fama de cómico políglota, dueño de un repertorio que incluía el alemán, el irlandés, el sueco y los dialectos negros. Pero mister Hargraves era ambicioso y a menudo hablaba de su anhelo de triunfar en la comedia artística.

Daba la impresión de que en el joven había nacido un profundo cariño por el comandante Talbot. Bastaba que el caballero diera rienda suelta a sus reminiscencias sureñas, o repitiera las anécdotas más animadas, para que Hargraves se encontrara entre los oyentes más atentos.

Durante cierto tiempo el comandante mostró una tendencia a desalentar las acometidas del «cómico», como le denominaba en privado; pero pronto los afables modales y el indudable gusto que el joven mostraba por sus historias acabaron por vulnerar las defensas del caballero.

Poco después eran ya como viejos camaradas. Todas las tardes el comandante elegía unas páginas del manuscrito para leérselas al actor. Cuando se trataba de anécdotas, Hargraves jamás dejaba de reírse en el momento debido. Un día el comandante se vio obligado a confesar a miss Lydia que el joven Hargraves poseía una notable sensibilidad y mostraba un reconfortante respeto por los logros del antiguo régimen. Y cuando se hablaba de los viejos tiempos -en caso de que el comandante Talbot deseara hacerlo-, mister Hargraves escuchaba con toda atención.

Como a casi todos los viejos que hablan del pasado, al comandante le gustaba entrar en detalles. Al describir los fastuosos, casi regios días transcurridos en las plantaciones, solía vacilar hasta que recordaba el nombre del negro que le preparaba el caballo, la fecha exacta de algún acontecimiento sin importancia o el número de balas de algodón recolectado en determinado año; pero Hargraves no perdía el interés ni la paciencia. Al contrario, formulaba preguntas sobre diversos temas relacionados con la vida de la época, y las réplicas no se hacían esperar.

Las cacerías de zorros, las cenas a base de zarigüeya, los funerales y los festejos en los caseríos negros, los banquetes en el gran salón de la mansión, cuando acudían invitados de ochenta kilómetros a la redonda; las disputas ocasionales con clanes vecinos; el duelo del comandante con Rathbone Culbertson por la mano de Kitty Chalmers, que finalmente se había casado con cierto Thwaite de Carolina del Sur; las carreras privadas de yates, por sumas fabulosas, en Mobile Bay; las singulares creencias, las costumbres imprórvidas y la lealtad de los viejos esclavos; ésos eran los temas que, a veces durante horas, mantenían absortos al comandante y a Hargraves.

Algunas noches, cuando el joven subía las escaleras al regresar de la función, el comandante asomaba a la puerta de su estudio y le hacía una seña para invitarle a entrar. Al hacerlo, Hargraves encontraba una mesita con una jarra, una azucarera, fruta y un buen ramo de menta fresca.

-Se me ha ocurrido -comenzaba el comandante, que era un hombre ceremonioso- que tal vez el trabajo en... su lugar de ocupación... le haya resultado lo bastante arduo, mister Hargraves, para apreciar lo que quizás el poeta tuviera en la mente al escribir «la cansada naturaleza es un dulce bálsamo». Aquí tiene usted un julepe sureño.

A Hargraves le fascinaba observar los preparativos. Los llevaba a cabo con una seriedad de artista y jamás introducía cambio alguno. ¡Con qué delicadeza maceraba la menta; con qué exquisito amor calculaba los ingredientes; con qué solícito cuidado batía la mezcla de fruta escarlata y líquido verde oscuro! Y había que ver la gracia y generosidad con que la ofrecía, después de haber sumergido en ella unas pajas de avena escogidas.

Una mañana, cuando llevaban cuatro meses viviendo en Washington, miss Lydia descubrió que estaban a punto de quedarse sin dinero. Anécdotas y recuerdos estaba acabado, pero no podía decirse que los editores se pelearan por las gemas más selectas de la sabiduría y el ingenio de Alabama. El inquilino de la casita que aún poseían en Mobile no pagaba desde hacía dos meses. Faltaban sólo tres días para que en la pensión les presentaran la cuenta del mes. Miss Lydia decidió consultar a su padre.

Librodot

-¿No hay dinero? -dijo él con una mirada atónita-. Tener que pagar constantemente sumas tan insignificantes es de lo más molesto. La verdad es que...

El comandante hurgó en sus bolsillos. No encontró más que un billete de dos dólares, que devolvió a su chaleco.

-Debo ocuparme de esto enseguida, Lydia -dijo-. Ten a bien darme mi paraguas, que iré inmediatamente a la ciudad. El diputado por nuestro distrito, general Fulghum, me aseguró días atrás que usaría de su influencia para que mi libro fuese publicado cuanto antes. Iré a su hotel a ver qué ha hecho.

Con una sonrisa triste, miss Lydia lo contempló abotonarse la levita y partir, no sin antes detenerse en la puerta, según su costumbre, para hacer una profunda reverencia.

Volvió al anochecer. Parecía que el diputado Fulghum había visto al editor que tenía el manuscrito del comandante. El editor había dicho que si las Anécdotas eran reducidas aproximadamente a la mitad, a fin de eliminar los prejuicios de clase y raza que las teñían de principio a fin, podría tomarse en cuenta su publicación.

El comandante venía lívido de furia pero, de acuerdo con su código personal, tornó a la ecuanimidad no bien se halló en presencia de miss Lydia.

-Tenemos que conseguir dinero -dijo ella frunciendo apenas el entrecejo-. Dame los dos dólares y esta misma noche le enviaré un telegrama a tío Ralph.

El comandante sacó un sobrecito del bolsillo de su chaleco y lo arrojó sobre la mesa.

-Puede que haya sido una insensatez -dijo tímidamente-, pero la suma era tan irrisoria que he comprado entradas para ir al teatro esta noche. Es una obra nueva sobre la guerra, Lydia. Pensé que te gustaría presenciar el estreno en Washington. Me han dicho que tratan muy bien al Sur. Te confieso que a mí me gustaría mucho verla.

Miss Lydia alzó las manos en un gesto de silenciosa impotencia.

Pero ya que las entradas estaban allí, no quedaba más remedio que usarlas.

De modo que esa noche, sentada en el teatro mientras se desarrollaba el animado preludio musical, incluso miss Lydia se vio impulsada a relegar los problemas a segundo plano, al menos por unas horas. El comandante, vestido de forma impecable, con la extraordinaria levita perfectamente abotonada y el pelo blanco peinado con soltura, tenía un aspecto de lo más distinguido. El telón subió para que comenzara el primer acto de Una flor de magnolia, y en el escenario apareció una típica plantación sureña. El comandante Talbot delató cierto interés.

-¡Eh, mira! -exclamó miss Lydia apretando el brazo de su padre y señalando el programa.

El comandante se puso los lentes y leyó la línea del reparto que indicaba el dedo de ella.

Coronel Webster Calhounz_____H. Hopkins Hargraves

-Es nuestro mister Hargraves -dijo miss Lydia-. Debe de ser la primera vez que actúa en lo que llama «teatro serio». ¡Cuánto me alegra!

El coronel Webster Calhoun no apareció en escena hasta el segundo acto. Cuando hizo su entrada, el comandante Talbot soltó un bufido, clavó la mirada en él y pareció quedar congelado. Miss Lydia lanzó un imperceptible gritito ambiguo y estrujó el programa. Porque el coronel Calhoun se parecía al comandante Talbot como un guisante a otro. El largo y delicado cabello blanco rizado en las puntas, la amplia pechera bordada, el corbatín con el lazo desequilibrado eran copias perfectas del original. Y, para coronar la imitación, llevaba puesta una gemela de la supuestamente inigualada levita del comandante. Ninguna otra podría haber servido de patrón a esa prenda de cuello alto, abultada, de sisa imponente y amplios faldones, varios centímetros más larga por delante que por detrás. A partir de ese momento, hechizados, el comandante y miss Lydia asistieron al falso itinerario de un arrogante Talbot «arrastrado -según el término que después emplearía el comandante- en el fango ignominioso de un escenario corrupto».

Mister Hargraves había aprovechado bien la oportunidad. Había captado a la perfección las características del lenguaje, el acento y la entonación del comandante, así como su

rimbombante cortesía, exagerando todo para cumplir con los dictados del teatro. Cuando hacía la maravillosa reverencia, que en la imaginación del comandante era la sublimación de los saludos, el público estallaba en un súbito aplauso entusiasta.

Miss Lydia estaba paralizada; no se atrevía a mirar a su padre. A veces la mano que descansaba junto a él había de alzarse hasta la mejilla, como para disimular una sonrisa que, a pesar del disgusto, no lograba reprimir.

El momento culminante de la audaz imitación de Hargraves surgió en el tercer acto. Era la escena donde el coronel Calhoun recibía a unos cuantos terratenientes vecinos en su «estudio».

De pie junto a una mesa, en el centro del escenario, rodeado de sus amigos, pronunciaba el inimitable y divagante monólogo que ha popularizado a Una flor de magnolia, mientras diestramente preparaba julepes para sus invitados.

El comandante Talbot, sereno pero pálido de indignación, oyó cómo eran contadas sus mejores historias, como eran reveladas y divulgadas sus pequeñas teorías y pasatiempos, y cómo, grotesco y mutilado, se ofrecía al público el sueño de sus Anécdotas y recuerdos. No faltaba ni siquiera su relato favorito -del duelo con Rathbone Culbertson-, impregnado de más ardor, gusto y egotismo de los que él mismo le confería.

El monólogo concluía con una extraña, deliciosa e inteligente conferencia ilustrada sobre el arte de preparar julepes. La ciencia delicada pero pintoresca del comandante era reproducida hasta en los menores detalles, desde el primoroso manejo de la hierba fragante -«una presión exagerada en sólo una milésima de segundo, caballeros, y en lugar del aroma extraerían ustedes la hiel de esta planta celestial»- hasta la cuidadosa selección de las pajas de avena.

Finalizada la escena el público explotó en una tumultuosa ovación. El retrato era tan exacto, acabado y preciso, que incluso hacía olvidar a los personajes principales. Después de ser reclamado repetidamente, Hargraves apareció delante del telón y saludó, su cara algo infantil radiante y sonrosada por el éxito.

Por fin miss Lydia se volvió para mirar a su padre. Las aletas de la nariz le vibraban al comandante como las de un pez. Apoyó las manos temblorosas en los brazos de la butaca para levantarse.

-Marchémonos, Lydia -dijo con voz ahogada-. Esto es una profanación abominable.

Antes de que lograra levantarse, ella lo hundió de nuevo en el asiento.

-Aguantaremos -declaró-. ¿O acaso pretendes dar publicidad a la copia de la levita enseñando el original a todo el mundo?

De modo que se quedaron hasta el final.

Esa noche el triunfo debió de haber mantenido despierto a Hargraves hasta tarde, ya que no se presentó en la mesa a la hora del desayuno ni a la del almuerzo.

Alrededor de las tres de la tarde llamó a la puerta del estudio del comandante Talbot. El comandante abrió y Hargraves entró con las manos llenas de periódicos; demasiado llenas de gloria para notar nada desacostumbrado en el talante del viejo.

-Los he dejado boquiabiertos, comandante -dijo exultante-. Tenía mis cartas, y creo que triunfé. Fíjese en lo que dice el Post:

La concepción y el retrato del viejo coronel sureño, con su grandilocuencia absurda, su garbo excéntrico, sus rebuscadas frases y modismos, su orgullo familiar devorado por el moho, pero también con su corazón sincero, su inquietante sentido del honor y su admirable sencillez, es la mejor creación de un personaje que pueda verse en la actualidad. El traje que usa el coronel Calhoun es ni más ni menos que una genialidad. Mister Hargraves se ha metido al público en el bolsillo.

-¿Qué le parece como debut, comandante?

-He tenido el honor -dijo el comandante en un tono glacial que nada bueno auguraba- de presenciar su muy notable actuación de ayer por la noche, caballero.

Hargraves se quedó desconcertado.

Librodot

-¿Estaba usted allí? Nunca imaginé que... No sabía que le gustara el teatro. Oh, por favor, comandante Talbot -exclamó con franqueza-, no se sienta ofendido. Admito que he tomado de usted un montón de detalles que me ayudaron a redondear el papel. Pero se trata de un tipo, comprende, no de un individuo. Lo demuestra la reacción del público. Más de la mitad de los que van a ese teatro son sureños. Han reconocido el personaje.

-Mister Hargraves -dijo el comandante, que continuaba en pie-, usted me ha infligido un insulto imperdonable. Me ha caricaturizado, ha traicionado groseramente mi confianza y pisoteado mi hospitalidad. Si pensara que posee la más vaga noción de las normas de la caballerosidad, o de lo que así suele llamarse, lo retaría en duelo, viejo como soy. Y ahora, señor, hágame el favor de marcharse de aquí.

El actor, ligeramente intimidado, parecía no comprender por completo el significado de las palabras del viejo.

-Siento de veras que se haya ofendido -dijo apenado-. Aquí no vemos las cosas del mismo modo que ustedes. ¡Sé de gente que compraría la mitad del teatro sólo para verse representada en escena y que el público la reconociese!

-Eso es porque no nacieron en Alabama, señor -dijo el comandante altanero.

-Tal vez no. Yo tengo muy buena memoria, comandante; permítame citarle unas líneas de su libro. En respuesta al brindis de un banquete (ofrecido creo que en Milledgeville), usted pronunció, y piensa publicar, las siguientes palabras:

El hombre del Norte carece de todo sentimiento y calor humano, salvo cuando la sensibilidad pueda rendirle beneficios comerciales. Es capaz de soportar sin inmutarse toda humillación ejercida tanto sobre él como sobre sus seres queridos, siempre y cuando no comporte una pérdida pecuniaria. La caridad la ejerce con mano espléndida; pero exige que se la anuncie con trompetas y se perpetúe en bronce.

-¿Cree usted que este retrato es más honesto que el del coronel Calhoun?

-Esa definición -dijo el comandante arrugando el ceño- no carece de fundamento. En los discursos públicos está permitido exag..., tomarse ciertas licencias.

-Lo mismo que en el arte de actuar.

-No se trata de eso -insistió el mayor, inflexible-. La de ayer fue una caricatura personal. Me niego rotundamente a pasarlo por alto, señor.

-Comandante Talbot -dijo Hargraves con una sonrisa encantadora-, desearía que me entendiese. Quiero que sepa que jamás ha pasado por mi ánimo la idea de insultarle. En mi profesión uno siente que la vida entera está a su disposición. Uno toma lo que le apetece, o lo que puede, y lo representa ante las candilejas. Pero, si me permite, dejemos el tema. Durante varios meses hemos sido muy buenos amigos y voy a correr el riesgo de ofenderle una vez más. Sé que tiene problemas económicos (no importa cómo me he enterado, una pensión no es el mejor sitio para mantener estas cosas en secreto) y quiero que me deje usted ayudarle a salir del paso. Toda esta temporada me han pagado un buen salario, así que he podido ahorrar. Si necesita usted doscientos dólares, o incluso más, hasta conseguir...

-¡No siga! -ordenó el mayor con el brazo extendido-. Parece que, al fin y al cabo, mi libro no miente. Usted piensa que su dinero podrá restañar las heridas del honor. Pero yo no aceptaría un préstamo de parte de un conocido fortuito en ninguna circunstancia; y en cuanto a usted, señor, me moriría de hambre antes de considerar siquiera la execrable propuesta de saldar nuestro altercado mediante un arreglo financiero. Me veo obligado a repetir mi ruego de que abandone este cuarto.

Hargraves salió sin volver a abrir la boca. El mismo día se marchó también de la pensión, mudándose, según informó mistress Vardeman durante la cena, a una pensión cercana al teatro donde, por una semana, se representaría Una flor de magnolia.

La situación del comandante Talbot y miss Lydia era crítica. En todo Washington no había nadie a quien los escrúpulos del mayor le permitieran pedir un préstamo. Miss Lydia había escrito una carta a tío Ralph, pero no estaba claro que los menguantes negocios del pariente le permitieran brindar auxilio. El comandante se vio forzado a realizar frente a

mistress Vardeman una disertación apologética referente a «inquilinos inmorales» y «remesas retrasadas» que se mezclaban confusamente.

La salvación surgió de una fuente del todo inesperada.

Un atardecer la doncella subió a anunciar que un hombre de color preguntaba por el comandante Talbot. El comandante indicó que lo enviaran al estudio. Pronto se presentó en la puerta un viejo negro que, con el sombrero en la mano, hizo una reverencia y movió torpemente un pie. Llevaba un traje oscuro muy holgado pero decoroso. Sus toscos zapatones negros tenían un brillo metálico, de curtido casero. La mata de sus rizos era gris, casi blanca. Siempre es difícil calcular la edad de un negro después de la madurez. Aquél debía de tener tantos años como el comandante Talbot.

-Apuesto a que no me reconoce, señorito Pendleton -fueron sus primeras palabras.

Al oír la antigua manera familiar de dirigirse a él, el comandante se puso de pie y avanzó hacia la puerta. Sin duda era uno de los negros de la plantación; pero hacía mucho que todos se habían dispersado y no lograba recordar el rostro ni la voz.

-Creo que no -dijo con amabilidad-, a menos que usted me ayude.

-¿Recuerda al Moisés de Cindy, señorito Pendleton, aquel que emigró apenas acabar la guerra?

-Espera un momento -dijo el comandante frotándose la frente con las yemas de los dedos. Le apasionaba recordar todo lo relacionado con aquellos tiempos añorados-. El Moisés de Cindy -repitió-. Trabajabas con los caballos, domando potrillos. Sí, ahora te recuerdo. Después de la capitulación tomaste el nombre de... (no me lo digas) Mitchell, y te largaste al Oeste... A Nebraska.

-Sí, señor, sí, señor -la cara del negro se dilató en una sonrisa de satisfacción-. Eso es. Nebraska. Ese soy yo, Mose Mitchell. El viejo Tío Mose Mitchell, así me llaman ahora. Cuando marché, señor, su padre me dio un par de mulas jóvenes para el viaje. ¿Se acuerda de las mulas, señorito Pendleton?

-Me parece que de las mulas no me acuerdo -dijo el comandante-. Supongo que sabes que me casé durante el primer año de la guerra y fui a vivir al viejo Follinsbee. Pero siéntate, siéntate, Tío Mose. Me alegro de verte. Espero que hayas prosperado.

Tío Mose acercó una silla y con gran cuidado dejó su sombrero en el suelo, junto a ella.

-Sí, señor. Al final me hice muy famoso. Cuando llegué a Nebraska, la gente de allí se juntó a mi alrededor para mirar la! mulas. En Nebraska nunca habían visto mulas como aquéllas. La! vendí, las mulas, por trescientos dólares. Sí, señor, trescientos

»Después puse una herrería, señor; hice algo de dinero y compré tierras. Con mi mujer criamos varios niños, señor, y a todos les va bien, salvo a dos, que murieron. Hace cuatro años apareció el ferrocarril y empezó a armar lío y me compró las tierras que tenía más cerca del pueblo. Y ahora, señorito Pendleton, Tío Mose tiene miles de dólares en dinero, tierra y propiedades.

-Me alegra oírlo -dijo el comandante con sinceridad-. Me alegra oírlo.

-¿Y aquella hijita suya, señor Pendleton, una que se Ramal): miss Liddy? Apuesto a que ha crecido tanto que nadie pudría reconocerla.

El comandante fue hasta la puerta y llamó:

-Lydia, querida, ¿podrías venir?

Miss Lydia, bastante mayorcita y algo preocupada, salió de su habitación.

-¡Cielos! ¿Qué le había dicho yo? Sabía que esa niña crece ría con ganas. ¿No se acuerda de Tío Mose, niña?

-Este es el Tío Mose, Lydia, el de Cindy -explicó el comandante-. Se marchó de Sunnymead, rumbo al Oeste, cuan do tú tenías dos años.

-Bien -dijo Lydia-, a esa edad es difícil que uno recuerde a la gente, Tío Mose. Y, como usted dice, he crecido mucho, de ello hace bastante. Pero aun así, me alegra verle.

Y era verdad, como también lo era en el caso del comandan te. Algo vivo y tangible había venido a renovar el vínculo con tu pasado feliz.

Hablaron los tres de los viejos tiempos, Tío Mose y el comandante asistiéndose y corrigiéndose el uno al otro cuando se trataba de recomponer el paisaje y las jornadas de la plantación.

El comandante preguntó al negro qué estaba haciendo tan lejos de su hogar.

-Tío Mose es delegado en la gran convención Baptista que hay en esta ciudad -explicó el negro-. Yo nunca he predicado, pero como soy de los más viejos de la iglesia y puedo pagarme el viaje, me han enviado.

-¿Y cómo supo que estábamos en Washington? -inquirió miss Lydia.

-En el hotel donde duermo trabaja un hombre de color que es de Mobile. El me dijo que había visto al señorito Pendleton saliendo de esta casa una mañana.

»Pero a lo que he venido -continuó Tío Mose metiendo una mano en el bolsillo-, además de para verle, es para pagarle al señorito Pendleton lo que le debo.

-¿Lo que me debes? -dijo el comandante sorprendido.

-Sí, señor, trescientos dólares -entregó al mayor un rollo de billetes-. Cuando yo partí el amo dijo: «Llévate esas mulas jóvenes, Mose, y si puedes, ya las pagarás». Sí, señor, ésas fueron sus palabras. La guerra dejó al amo muy pobre. Y como el amo murió hace mucho tiempo, la deuda hay que pagársela al señorito Pendleton. Trescientos dólares. Tío Mose puede pagarlos sin problema. Cuando el ferrocarril aquel me compró las tierras, separé lo de las mulas. Cuente el dinero, señorito Pendleton. Esto fue lo que me dieron por las mulas. Sí, señor.

Los ojos del comandante Talbot se habían llenado de lágrimas. Con una mano estrechó la de Tío Mose, y le apoyó la otra en el hombro.

-Querido y fiel servidor -dijo con voz vacilante-, no me importa confesarte que tu «señorito Pendleton» gastó la semana pasada el último dólar que le quedaba en el mundo. Mira, Tío Mose, aceptaremos este dinero porque en cierto modo es tanto el pago de una deuda como un símbolo de lealtad y devoción hacia el antiguo régimen. Recibe el dinero, querida Lydia. Estás más capacitada que yo para administrarlo.

-Tómelo, niña -dijo Tío Mose-. Le pertenece a usted. Es dinero de los Talbot.

Cuando Tío Mose se marchó, miss Lydia se echó a llorar... de alegría; y el comandante volvió el rostro hacia un rincón del cuarto y fumó volcánicamente su pipa de arcilla.

El día siguiente marcó el restablecimiento de la paz y la tranquilidad entre los Talbot. El rostro de miss Lydia se despojó de toda preocupación. El comandante se presentó con una levita nueva, que le daba el aspecto de una figura de cera que encarnara el recuerdo de su edad dorada. Un segundo editor, que había leído el manuscrito de las Anécdotas y recuerdos, opinó que con sólo retocar el conjunto y suavizar el tono de algunos párrafos, podía lograrse un volumen en verdad brillante y con posibilidades de éxito. En resumen, la situación era alentadora y no carecía de ese toque de esperanza que a menudo resulta más dulce que una bendición.

Un día, alrededor de una semana después de aquel afortunado lance, una criada subió una carta al cuarto de miss Lydia. El matasellos indicaba que provenía de Nueva York. Miss Lydia, que no conocía a nadie allí, se sentó a su mesa ligeramente intrigada y abrió el sobre con las tijeras. Lo que leyó fue esto:

Estimada miss Talbot:

Pensé que la alegraría recibir buenas noticias mías. Una compañía de Nueva York me ha ofrecido doscientos dólares semanales para representar el papel del coronel Calhoun en Una flor de magnolia, propuesta que he aceptado.

Quiero que sepa algo más. Supongo que será mejor no contárselo al comandante Talbot. Mi deseo era ofrecerle algún tipo de reparación por la ayuda que me brindó en el estudio de mi personaje, así como por el disgusto que le causé. El se negó a recibirla, y por lo tanto lo hice sin su consentimiento. No me será difícil recuperar los trescientos dólares.

Suyo sinceramente

H. Hopkins Hargraves

P D.: ¿Qué le pareció mi interpretación de Tío Mose?

El comandante Talbot, que pasaba por el vestíbulo, vio abierta la puerta del dormitorio de Lydia y se detuvo.

-¿Ha llegado correo para nosotros, querida Lydia? -preguntó.

Ella escondió la carta en un pliegue del vestido.

-He dejado el Mobile Chronicle sobre tu escritorio -se apresuró a responder.

Magnetismo personal

Jeff Peters as a Personal Magnet

Jeff Peters estuvo metido en tantos planes para hacer dinero como recetas para cocinar arroz hay en el pueblo de Charleston.

La mejor de todas ellas, que a mí me gusta oírle contar, es aquella de los días pasados, cuando vendía linimento y remedios contra la tos en las esquinas, conviviendo con la gente, echando suertes para jugarse la última moneda.

-Yo llegué a Fisher Hill, Arkansas -cuenta-, con un traje de piel de ante, mocasines, pelo largo y un anillo de diamante de 30 quilates que había obtenido de un actor, en Texarcana. Nunca supe qué hizo con el cuchillo de bolsillo que le di en trueque.

Yo era el doctor Waugh-hoo, el celebrado médico hindú. Llevaba mi mejor apuesta por aquellos años, y esa era un licor amargo, hecho de plantas que daban la vida (por eso el nombre de "Resurrección") y unas hierbas, descubiertas por accidente por Ta-qua-la, la hermosa esposa del Jefe de la tribu de los Choctaw, mientras recogía hortalizas para decorar un plato de perro hervido para la danza anual del maíz.

Los negocios no habían sido buenos en el último pueblo, así que solamente tenía encima cinco dólares cuando fui al droguero de Fisher Hill y él me acreditó por la mitad una gruesa de botellas de ocho onzas y corchos. Yo tenía las etiquetas y los ingredientes en mi valija, que había dejado en el último pueblo. La vida comenzó a presentarse, de nuevo, color de rosa, cuando llegué a mi habitación de hotel y comencé a llenar, por docenas, los frascos con los brebajes de la Resurrección.

¿Impostura? No, señor. Hubo dos dólares de gasto en el extracto de quinina y uno más de anilina en esa media gruesa de frascos. Estuve visitando pueblos años después y todavía encontraba tipos que preguntaban por el producto.

Alquilé un carromato esa noche y comencé a venderlos en la calle principal. Fisher Hill era un pueblo con malaria, y el tónico antiescorbútico con un hipotético compuesto neumo-cardíaco era justo lo que le diagnosticaba a la muchedumbre como necesidad perentoria. Los frascos salían como pan dulce tostado en una cena de vegetarianos. Vendí dos docenas al precio de cincuenta centavos de dólar cuando sentí que alguien tiraba de mi traje. Sabía lo que eso quería decir: me bajé y deslicé un billete de cinco dólares en la mano de un tipo que tenía una estrella de plata en su pechera.

-Alguacil, es una linda noche.

-¿Tiene una licencia de este pueblo para vender esta esencia falsa que usted disfraza bajo el nombre de "medicina"? -preguntó.

-No la tengo -le dije-. No sabía que ustedes tenían municipalidad. Si la encuentro mañana, tomaré el permiso si eso es necesario.

-Tendré que clausurarle hasta que lo haga -me dijo el alguacil.

Dejé de vender y regresé al hotel. Le conté al hotelero lo que había sucedido.

-Oh, no le dejarán hacer ninguna exhibición aquí. El doctor Hoskinks es el cuñado del alguacil, y ellos no permiten que ningún falso doctor practique en el pueblo.

-Yo no practico medicina -le dije-. Obtuve del Estado una licencia de buhonero, y sacaré un permiso del pueblo si ellos lo requieren.

Fui a la oficina del alguacil a la mañana siguiente, y me dijeron que no había llegado aún. No sabían cuándo lo haría. Así que el doctor Waugh-hoo se sentó en una silla del hotel y ataviado elegantemente, esperó.

En la silla de al lado, un joven con un lazo azul me preguntó la hora.

-Las diez y media -dije-, y usted es Andy Tucker. Lo he visto trabajar. ¿No fue el que impuso el paquete "Gran Cupido" en el sur? Déjeme recordar, era un anillo con un engarce de diamante chileno, un anillo de boda, un puré de patatas, una botella de miel y a Dorothy Vernon... todo por cincuenta centavos.

Andy se sentía complacido de que yo recordara. Era un excelente hombre de mundo. Era más que eso... él sentía respeto por su profesión, y se sentía conforme con una ganancia del 30

por ciento. Tenía numerosas ofertas para entrar en la droga y en el negocio de la hierba, pero nunca se había dejado tentar fuera del camino recto.

Buscaba un socio, así que Andy y yo convinimos en salir juntos. Le conté acerca de la situación en Fisher Hill, y cómo las finanzas se agotaban por culpa de una mezcla de políticos y brebajes. Andy había llegado en el tren de la mañana y también estaba escaso de fondos; había llegado para anotar, por unos pocos dólares, a todo el pueblo en una suscripción popular que era para construir un nuevo barco de guerra en Eureka Springs. Por lo tanto, nos fuimos al porche y charlamos.

A las once de la mañana siguiente, estaba sentado solo cuando un negro se acercó al hotel y preguntó por el doctor, para que fuera a ver al Juez Banks que, según parece, era el alcalde y estaba enfermo.

-No soy médico -le dije-. ¿Por qué no vas a buscar al verdadero doctor?

-Jefe, el doctor Hoskins se ha ido lejos, a veinte millas, para ver a los enfermos. Es el único médico del pueblo, y el señor Banks se siente mal. Él me dijo que, por favor, viniera a buscarlo.

-Lo voy a mirar pero de hombre a hombre -dije.

Así que puse un frasco de los brebajes amargos de la Resurrección en el bolsillo y me fui a las colinas, donde tenía la mansión el alcalde, la casa más linda del pueblo, con techo a dos aguas y una pareja de perros hechos en hierro exhibiéndose en el jardín.

Banks estaba en cama, todo arropado, y hacía unos ruidos internos que habrían tenido a todo San Francisco corriendo por los parques. Un joven estaba parado al lado de la cama con una taza de agua.

-Doc -dijo el alcalde-, estoy muy enfermo, a punto de morir. ¿Puede hacer algo por mí?

-Mayor, no soy un discípulo de Esculapio. Nunca tomé un curso en una escuela de medicina. He venido como amigo para ver si le puedo ser de utilidad.

-Le estoy muy agradecido, Doctor Waugh-hoo, este es mi sobrino, Mr. Biddle. Ha tratado de aliviarme, pero sin éxito. ¡Oh, señor! ¡Oh, oh, oh!

Le hice una reverencia a Mr. Biddle, me acerqué a la cama y le tomé el pulso al Alcalde.

-Déjeme ver sus pulmones... quiero decir su lengua -dije. Le levanté los párpados y miré las pupilas.

-¿Cuánto hace que está enfermo? -le pregunté.

-Caí en cama la última noche -dijo el alcalde-. ¿Me dará algo para curarme, no es cierto, doc?

-Mr. Fiddle, levante un poco la persiana.

-Biddle -dijo el joven-. ¿Cree que podría comer algo de jamón y huevos, tío James?

-Señor Alcalde-le comenté, auscultándole su hombro derecho y escuchando-. Ha tenido usted un ataque de superinflamación de la clavícula derecha del clavicordio.

-¡Mi Dios! -exclamó el alcalde, con un gesto-. ¿Puede hacer algo, colocarla en su lugar o lo que sea?

Tomé mi sombrero y rumbee para la puerta.

-¿No se irá, doctor? -preguntó el alcalde, con un aullido-. ¿No se irá dejándome morir con este... superfluido del clavicordio?

-Doctor Who-ha, la humanidad debería impedirle desertar ante una persona en problemas -comentó Mr. Biddle.

-No soy Who-ha sino el doctor Waugh-hoo -le corregí-. Es para que no tenga dificultad - y caminé de regreso a la cama tirando hacia atrás mi largo cabello.

-Señor alcalde -le dije-. Hay una sola esperanza para usted. Las drogas no le harán bien. Pero hay algo mucho más fuerte, aunque las drogas ya suelen ser fuertes.

-¿Y qué es eso?

-Demostraciones científicas. El triunfo de la mente sobre la zarzaparrilla. La creencia es que no hay dolor ni enfermedad, excepto cuando no nos sentimos bien. Lo declaro en deuda. Demostración.

-¿Qué es toda esa parafernalia que habla usted, doc? -preguntó el alcalde.

-Estoy hablando -le dije- de la gran doctrina de la psiquis financiera... de la escuela iluminativa a larga distancia, del tratamiento subconsciente de las falacias y meningitis... del maravilloso deporte interior conocido como magnetismo personal.

-¿Puede utilizar eso, doc?

-Yo soy el único y ostensible bombo del púlpito interior. El rengo camina y el ciego ve cuando hago un pase de los que conozco. Soy un médium, soy un hipnotizador y un controlador espiritual. En Ann Arbor, recientemente, el extinto presidente de la compañía de viñedos Bitters pudo volver a la tierra para comunicarse con su hija Jane a través de mí. Usted me encuentra ofreciendo medicina en las calles a los pobres. No practico magnetismo personal con ellos.

-¿Tratará mi caso?

-Escuche -le dije-, he tenido grandes problemas con las sociedades médicas. Yo no practico medicina. Pero, para salvar su vida, le daré el tratamiento psíquico si usted, como alcalde, no me presiona a que tengo que conseguir una licencia.

-Por supuesto que lo haré -dijo él-. Y ahora póngase a trabajar, doc, porque los dolores están volviendo.

-Mis honorarios serán 250 dólares, con la cura garantizada en dos aplicaciones.

-Está bien -replicó el alcalde-. Le pagaré. Supongo que mi vida tiene un precio mayor que eso.

Me senté en la cama y le miré directo a los ojos.

-Ahora, quite su mente de la enfermedad. Usted no está enfermo. Usted no tiene ni corazón ni clavícula ni huesos ni cerebro ni nada. Usted no sufre de ningún dolor. Declare su error. ¿No siente que el dolor lo está abandonando?

-Me siento un poco mejor, doc -comentó el alcalde-. ¡Que me condenen si no lo estoy! Ahora, prepare unos cuantos pases para que se me vaya la inflamación del costado, y creo que ya podría levantarme y tomar algún caldo con algunas galletas.

Realicé unos pocos pases con mi mano.

-Bien, ahora la inflamación se ha ido -dije-. El lóbulo derecho del perihelio ha disminuido.

Va a dormir. Usted no puede aguantar más sus párpados. Por el momento, la enfermedad está controlada. Duérmase.

El alcalde cerró lentamente sus ojos y comenzó a roncar.

-Observe, Mr. Tiddle -le dije-. Es la maravilla de la ciencia moderna.

-Biddle -respondió él-. Doctor Pooh-pooh ¿Cuándo le suministrará al tío el resto del tratamiento?

-Waugh-hoo -le corregí-. Regresaré mañana a las once. Cuando despierte, déle ocho gotas de trementina y un biftec de tres libras. Hasta mañana.

A la mañana siguiente, estuve de vuelta a horario.

-Bien, Mr. Riddle -le dije cuando abrió la puerta del dormitorio-, ¿y cómo está el tío esta mañana?

-Parece reestablecido -contestó el joven.

El color y el pulso del alcalde eran normales. Le di otro tratamiento de pases, y él me comentó que el dolor había desaparecido.

-Es mejor que permanezca en cama por un día o dos, y se encontrará curado. Ha sido una buena cosa que yo estuviera en Fisher Hill, señor alcalde. Todos los remedios del vademécum no hubieran podido salvarlo. Y ahora que la confusión se ha ido y el dolor se ha borrado, toquemos un tema más grato -dije, aludiendo a los honorarios de 250 dólares.

-Sin cheques, por favor. Odio escribir mi nombre al dorso, me produce tanto mal como escribirlo al frente.

-Tengo efectivo aquí -dijo el alcalde, sacando una billetera de abajo de la almohada. Contó cinco billetes de 50 y los sostuvo en su mano.

-Trae el recibo -le dijo a Biddle.

Firmé el recibo y el alcalde me entregó el dinero. Lo coloqué, con cuidado, en mi bolsillo interior.

-Ahora, cumpla con su deber, oficial -dijo el alcalde, susurrando como un hombre que está enfermo.

Mr. Biddle puso su mano en mi brazo.

-Está bajo arresto, doctor Waugh-hoo, alias Peters -dijo él- por practicar la medicina sin la autorización legal del Estado.

-¿Quién es usted? -pregunté.

-Le diré quién es -intervino el alcalde, sentándose en la cama. Es un detective empleado por la Sociedad Médica del Estado. Viene persiguiéndolo por cinco condados. Se presentó ayer y entre los dos preparamos este plan para atraparlo. Creo que no hará más de doctor por estos rumbos, señor Fakir. ¿Qué era lo que usted dijo que tenía? -el alcalde rió-. Bien... no era ablandamiento de cerebro, creo.

-Un detective -murmuré.

-Correcto -respondió Biddle-. Tendré que llevarlo ante el alguacil.

-Vamos a ver si lo haces -dije, tomándolo de la garganta y arrojándolo contra la ventana. Él sacó un arma y me apuntó en la barbilla; me quedé paralizado. Me puso las esposas y sacó el dinero de mi bolsillo.

-Atestiguo que son los mismos billetes que marcamos, juez Banks. Se los llevaré al alguacil cuando lleguemos a su oficina, y él le enviará un recibo. Tendrán que ser utilizados como evidencia en el caso.

-Está bien, Mr. Biddle -respondió el alcalde-. Y ahora, doctor Waugh-hoo, ¿por qué no hace una demostración? ¿Por qué no saca el corcho de su brebaje magnético con los dientes y se libera de las esposas?

-Vamos, oficial -dije yo con dignidad-. Puedo hacerlo mejor que eso -y me volví al viejo Banks haciendo ruido con las esposas.

-Señor alcalde, llegará pronto el día en que usted creerá que el magnetismo personal es un éxito. Y se dará cuenta de que fue exitoso en este caso, también.

Y me parece que así fue.

Cuando estuvimos cerca del portón, hablé:

-Andy, podemos encontrarnos con alguien... Es mejor que me liberes.

Y... claro, por supuesto que Biddle era Andy Tucker, y ese fue el plan que preparamos, y así fue cómo obtuvimos el capital para iniciar nuestros negocios juntos.

Librodot

Un príncipe del Chaparral

A Chaparral Prince

Por fin eran las nueve y se acababa la esclavizante faena de la jornada. Lena subió a su habitación del tercer piso del hotel Quarryman's. Desde el amanecer había sido prisionera de las labores, realizando el trabajo de una mujer madura, fregando los suelos, lavando la pesada vajilla, haciendo las camas y satisfaciendo las demandas de leña y de agua que se sucedían en aquella residencia turbulenta y deprimente.

El estruendo del trabajo en la cantera también había cesado: el estallido de los barrenos, el chirriar de las grandes grúas, los gritos de los capataces, el estrépito de las carretillas que transportaban los pesados bloques de piedra caliza. Abajo, en el vestíbulo, tres o cuatro trabajadores gruñían y se injuriaban en el curso de una interminable partida de damas. En toda la casa, como una bruma lúgubre, flotaba un olor de carne cocida, grasa caliente y café barato.

Lena encendió un cabo de vela y, rendida, se sentó en su silla de madera. Tenía once años; era delgada y estaba desnutrida. Le dolían la espalda y las extremidades, pero lo más difícil de soportar era la pena. Una última gota había desbordado el vaso de sus pesares. Se le habían llevado a Grimm. Todas las noches, por más cansada que estuviera, Lena se había sumergido en Grimm en busca de aliento y esperanza. Y todas las noches Grimm le había susurrado que el príncipe del país de las hadas llegaría tarde o temprano a librarla del malvado hechizo. Noche tras noche, Grimm le había contagiado fuerza y coraje renovados.

En cualquiera de los cuentos que leyera, encontraba analogías con su propia situación. La hija extraviada del leñador, la desdichada cuidadora de gansos: la hijastra maltratada, la doncella presa en la choza de la bruja no eran, para Lena, la agobiada pinche de cocina del hotel Quarryman's, sino transparentes disfraces. Y siempre que los abusos alcanzaban el colmo, el hada buena o el príncipe galante llegaban en su socorro.

Así Lena, encerrada en el castillo del ogro, esclava de un pérfido embrujo, había esperado, los ojos puestos en Grimm, que las fuerzas del bien se impusieran al fin. Pero el día anterior mistress Maloney había encontrado el libro en el cuarto y se lo había llevado, afirmando tajantemente que las sirvientas no debían leer por la noche; perdían horas de sueño y al día siguiente trabajaban como atontadas. Pero ¿puede una niña de sólo once años que vive lejos de su madre y nunca tiene tiempo para jugar, vivir sin que le dejen leer a Grimm? Pruébenlo ustedes y verán lo difícil que es.

El hogar de Lena estaba en Texas, camino arriba entre las montañas bajas del río Pedernales, en un pueblecito llamado Fredericksburg. En Fredericksburg todos son alemanes. Por las noches colocan mesitas a lo largo de la acera y allí se sientan a beber cerveza y jugar a las cartas. Hay gente muy ahorrativa.

El más ahorrativo de todos era Peter Hildesmuller, el padre de Lena. Y ésta es la razón de que a Lena la hubiesen enviado a trabajar a la pensión de la cantera, a cincuenta kilómetros de allí. Ganaba tres dólares a la semana, y Peter añadía ese salario a sus bien guardados ahorros. Peter ambicionaba hacerse tan rico como su vecino, Hugo Heffelbauer, que fumaba en una pipa de espuma de mar de un metro de largo y casi todos los días comía wiener schnitzel y hassenpfeffer Y ahora Lena era lo bastante mayor para trabajar y contribuir a la acumulación de tanta riqueza. Pero imaginen ustedes, si les es posible, lo que significa abandonar a los once años el hogar, en una agradable población igual a las del Rin, para trabajar duramente en el castillo de un ogro, donde hay que afanarse para servir volando a señores que, gruñendo ferozmente, devoran ovejas y corderos mientras de sus zapatos cae blanco polvo calizo que uno debe barrer y limpiar con los débiles dedos doloridos, y entonces vienen y se llevan a Grimm.

Lena abrió la tapa de una caja vacía, que en otra época había contenido maíz, y sacó un lápiz y una hoja de papel. Iba a escribir a su madre. Tommy Ryan despacharía la carta en la fonda de Ballinger. Tommy tenía diecisiete años, trabajaba en la cantera, regresaba todas las noches a la fonda de Ballinger y ahora, oculto en la sombra, esperaba bajo la ventana de Lena

que ella dejara caer el sobre. Era la única manera de enviar las cartas a Fredericksburg. A mistress Maloney no le gustaba que escribiera.

El cabo de vela se estaba consumiendo, de modo que Lena se apresuró a sacar punta al lápiz y empezó. He aquí la carta que escribió:

Querida mamá:

Tengo muchas ganas de verte. ¿Y Gretel, y Claus, y Heinrich, y el pequeño Adolf? Estoy muy cansada. Quiero verte. Hoy mistress Maloney me ha castigado y me ha dejado sin cena. No he podido traer bastante leña porque me había hecho daño en la mano. Ayer se llevó mi libro. Eran los Cuentos de hadas de Grimm que me había regalado tío Leo. No le hace daño a nadie que yo lea. Intento trabajar lo mejor que puedo, pero hay mucho que hacer. Sólo leo un poco por las noches. Querida mamá, te diré lo que voy a hacer Si mañana no me mandas a buscar para que me lleven a casa, iré a un lugar que conozco, donde el río es muy profundo, y me ahogaré. Ya sé que ahogarse es pecado, pero quiero verte a ti y a nadie más. Estoy muy cansada y Tommy espera que le dé la carta. Si lo hago, mamá, perdóname.

Tu hija que te respeta y te quiere mucho,

Lena

Cuando la carta quedó concluida, Tommy aún esperaba fielmente y, tras dejarla caer, Lena le vio recogerla y trepar después por la colina. Apagó la vela y, sin desvestirse, se acurrucó en el jergón que había en el suelo.

A las diez y media el viejo Ballinger se asomó a la puerta en calcetines, a fumar su pipa. Recorrió con la mirada el ancho camino, blanco a la luz de la luna, y se rascó un tobillo con el dedo gordo del otro pie. El correo de Fredericksburg no tardaría en aparecer.

Sólo había estado unos minutos esperando, cuando oyó los cascos briosos de las pequeñas mulas negras de Fritz; poco después, la carreta cubierta frenaba delante de la puerta. Las grandes gafas de Fritz relampaguearon a la luz de la luna y su tremenda voz saludó al encargado de correos. El cartero echó pie a tierra y soltó las riendas de las mulas, pues siempre les daba pienso en la fonda de Ballinger.

Mientras las mulas comían de los morrales, Ballinger llevó el saco de las cartas y lo arrojó al interior de la carreta.

Fritz Bergmann era un hombre que sólo tenía tres amores -o, para ser más precisos, cuatro, ya que cada una de las mulas era objeto de devoción individual-. Las mulas eran la alegría y la pasión primera de su vida. Las otras dos eran el emperador de Alemania y Lena Hildesmuller.

-Dígame -preguntó Fritz cuando se aprestaba a partir-, ¿hay en el saco alguna carta de la pequeña Lena para frau Hildesmuller? En el último envío iba una que decía que se encontraba algo enferma. Su madre está ansiosa por recibir más noticias.

-Sí -dijo el viejo Ballinger-. Hay una carta para mistress Guindasmay, o como diablos se llame. La trajo Tommy Ryan al volver a casa. ¿Dice que la hijita de esa mujer trabaja allí?

-En el hotel -gritó Fritz recogiendo las bridas-; tiene once años y no es mayor que una salchicha. ¡Ese tacaño de Peter Hildesmuller! Algún día le sacudiré la cabeza de un garrotazo y lo arrastraré por todo el pueblo. Quizá en esta carta Lena diga que se encuentra mejor. Si es así, su madre se alegrará. Auf wiedersehen, herr Ballinger. Con este aire helado se le enfriarán los pies.

-Hasta la vista, Fritzy -dijo el viejo Ballinger-. Bonita noche te ha tocado para pasear.

Con un trote sostenido las pequeñas mulas negras se alejaron por el camino, mientras de vez en cuando Fritz les gritaba palabras de estímulo y aliento.

Esos pensamientos ocuparon la mente del cartero hasta que llegó al gran robledal distante doce kilómetros de la parada de postas de Ballinger. Allí sus meditaciones se vieron interrumpidas por una mezcla de fogonazos, tronar de pistolas y alaridos, como si una tribu entera de indios estuviese a punto de atacarle. Una banda de centauros galopantes rodeó la carreta. Uno de ellos se encaramó en la rueda delantera, apuntó al conductor con el revólver y le ordenó que parase. Otros se hicieron cargo de las bridas de Doder y Blitzen.

Librodot

-Donnerwetter! -clamó Fritz con toda la fuerza de su vozarrón-. Wass ist? Quitad las manos de esas mulas. Ve vas der correo de Estados Unidos!

-¡Deprisa, alemán! -se derramó una voz melancólica-. ¿No te enteras de que estás en un aprieto? Para las mulas y apéate.

En honor a la magnitud de la canallada de Hondo Bill y la magnitud de sus hazañas hay que manifestar que el asalto al correo de Fredericksburg no fue perpetrado con ánimo de proezas. Así como el león que persigue una presa acorde a sus facultades puede aplastar con frívola zarpa al conejo que por casualidad le sale al paso, así Hondo Billy y sus bandidos habían interceptado, por mera diversión, el pacífico transporte de herr Fritz.

El verdadero trabajo de aquella noche siniestra ya estaba consumado. Fritz, su saco de cartas y sus mulas representaban apenas una fuente de sano esparcimiento, reconfortante después de las arduas tareas que su profesión les deparaba. Treinta kilómetros al sudeste quedaba un tren con la locomotora estropeada, los pasajeros histéricos y el furgón del correo saqueado. Esa era la parte seria de la labor de Hondo Billy y su pandilla. Con un considerable botín en plata y billetes, los salteadores se replegaban hacia el oeste dando un amplio rodeo por las zonas menos pobladas de la región; la intención era llegar a México atravesando el Río Grande por algún vado. La ganancia obtenida en el tren había ablandado a los violentos malhechores hasta convertirlos en alegres alondras.

Temblando de dignidad herida, y sin el menor recelo, Fritz bajó del pescante después de volverse a calar las gafas. Los bandidos habían desmontado y se dedicaban a cantar, dar cabriolas y aullar, expresando así su alborozada satisfacción por la vida del proscrito con suerte. Cascabel Rogers, que se ocupaba de las mulas, tiró con demasiado vigor del freno que mordía la tierna boca de Donder, y ésta retrocedió lanzando un bufido de dolor. Al instante Fritz se abalanzó sobre el rechoncho Rogers con un grito furioso y golpeó una y otra vez al atónito asaltante con los puños.

-¡Canalla! -gritaba Fritz-. ¡Perro, cobarde! Esa mula tiene la boca dolorida. Os hundiré la cabeza entre los hombros, ¡ladrones!

-¡Ju, ju! -aulló Cascabel soltando una carcajada y echando atrás la cabeza-. A ver si me quitáis de encima esta pasta de chucrut.

Uno de los bandidos hizo retroceder a Fritz agarrándole por los faldones de la chaqueta y en los bosques resonaron los estruendosos comentarios de Cascabel.

-¡Endiablado perrito caliente! -exclamó con amabilidad-. Para ser alemán no es ninguna basura. ¡Habéis visto qué rápido salió en defensa de la bestia! Me gusta que la gente saque la cara por sus amigos, aunque sean mulas. ¡Y el maldito limburgués me quería partir la jeta! Ea, mula, tranquila; no volveré a hacerte daño.

Posiblemente el correo no habría sido registrado a no ser porque Ben Moody, el lugarteniente, entrevió en su sabiduría una promesa de nuevos trofeos.

-Oye, jefe -le dijo a Hondo Bill-, puede que en esos sacos haya algo interesante. He comerciado con caballos con los alemanes de Fredericksburg y conozco bien el paño. Por el correo de ese pueblo viaja mucho dinero. Los boches prefieren arriesgarse a enviar mil dólares dentro de un sobre antes de confiárselos al banquero.

Hondo Bill, de un metro noventa de altura, voz educada y actos impulsivos, comenzó a vaciar la carreta antes de que Moody acabara de hablar. En su mano brilló un cuchillo y todos oyeron el sonido de la lona desgarrada. Los delincuentes se reunieron en torno a él y empezaron a abrir cartas y paquetes, aliviando el ajetreo mediante el sistema de maldecir afablemente a los autores de las cartas, que parecían haberse confabulado para desmentir la predicción de Ben Moody. En todo el correo de Fredericksburg no iba un solo dólar.

-Deberías avergonzarte -dijo con solemnidad Hondo Bill al cartero-. ¿Qué es eso de transportar un montón de papeles inservibles? ¿Qué significa esto? ¿Dónde guardáis el dinero los alemanes?

El saco recogido en la fonda de Ballinger se abrió como una crisálida bajo el cuchillo de Hondo. Apenas contenía un puñado de cartas. Hasta el momento de llegar a ese saco, Fritz

Librodot

había estado consumiéndose de terror e impotencia. Entonces recordó la carta de Lena. Se dirigió al jefe de la banda para pedirle que no destruyera esa misiva en particular.

-Muchísimas gracias, alemán -respondió Hondo al atribulado cochero-. Supongo que ésa será la carta que buscamos.

Allí va la pasta, ¿verdad? Aquí está. Haced una fogata, muchachos.

Hondo halló la carta dirigida a mistress Hildesmuller y la abrió. Los otros lo rodearon sin dejar de quemar papeles. Hondo observó con muda decepción la única hoja cubierta de angulosa escritura germánica.

-¿Querías darnos gato por liebre, alemancete? ¿Y esto es para ti una carta valiosa? No se debe engañar así a un grupo de amigos que viene a ayudarte a repartir el correo.

-Eso está escrito en chino -opinó Sandy Grudy espiando por encima del hombro de Hondo Billy.

-Estás mal de la cabeza -declaró otro de la banda, un muchacho resuelto y cubierto de pañuelos de seda y adornos de níquel-. Eso es taquigrafía. Una vez lo vi en un tribunal.

-Ach, no, no. Es alemán. Es alemán -dijo Fritz-. No es más que una niñita que le escribe a su madre. Una pobre niñita enferma que trabaja duramente lejos de su hogar. ¡Ach, qué vergüenza! Sea bueno, señor ladrón, ¿no me dejaría conservar esa carta?

-¿Por quién demonios nos has tomado, viejo alcachofen? -dijo Hondo con súbita y sorprendente severidad-. No estarás insinuando que nos falta la educación suficiente para interesarnos por la salud de la señorita, ¿eh? Anda, empieza ahora mismo a leer esos garabatos con voz clara y en el idioma de Estados Unidos, para que este grupo selecto de caballeros se entere.

Hondo le quitó el seguro al revólver y, alto como una torre, se mantuvo junto al diminuto alemán, que de inmediato empezó a traducir al inglés las simples palabras. La pandilla de asaltantes guardaba absoluto silencio y escuchaba con atención.

-¿Qué edad tiene esa niña? -preguntó Hondo cuando Fritz hubo acabado.

-Once años -replicó Fritz.

-¿Y dónde está?

-Cerca de la cantera, trabajando. Ach, mein Gott, ¡la pequeña Lena dice que se va a ahogar! No sé si será capaz, pero si lo hace juro que atravesaré a Peter Hildesmuller de un tiro.

-Vosotros los alemanes me tenéis harto -dijo Hondo Billy, la voz vibrante de desprecio sutil-. ¿Cómo es posible que mandéis a las niñas a trabajar cuando deberían estar jugando con muñecas? Maldita secta. Te juro que os pararé el reloj durante un rato para que veáis qué pensamos de vuestro podrido país. ¡Venid, muchachos!

Hondo Bill cabildeó brevemente con sus hombres; después arrastraron a Fritz a un lado del camino y le ataron a un árbol con un par de lazos. A las mulas las amarraron a otro árbol cercano.

-No te haremos nada -dijo Hondo tranquilizador-. Demasiado daño no te hará quedarte aquí por unas horas. Y ahora te daremos las buenas noches, porque ha llegado el momento de marcharnos. Ausgespielt, espíritu alemán. No te impacientes.

Fritz oyó un largo crujir de sillas mientras los hombres montaban sus caballos. Luego, un fuerte alarido y un trepidar de cascos que se alejaban galopando por el camino de Fredericksburg.

Más de dos horas pasó Fritz sentado contra el árbol, atado firme pero no dolorosamente. Luego, la excitación de la aventura se resolvió en sueño. No llegó a saber cuánto tiempo durmió, pero al fin le despertaron de una violenta sacudida. Adormilado, con la mente confusa y el cuerpo entumecido, le hicieron ponerse de pie. Se frotó los ojos. Sólo para comprobar que volvía a estar en medio del grupo de terribles bandidos. Le empujaron hasta el pescante de la carreta y le pusieron las riendas en la mano.

-Vete a casa, alemán -dijo la voz imperiosa de Hondo Billy-. Nos has traído un montón de problemas y es una suerte que nos des la espalda. Spiel! Zwei bier! ¡Vamos!

Librodot

Hondo se apartó y arreó a Blitzen con un suave fustazo.

Las mulas se pusieron en marcha, contentas de reanudar el camino. Fritz las azuzó, todavía mareado y atónito por la tremenda aventura.

En circunstancias normales debería haber llegado a Fredericksburg al amanecer. En realidad, no entró en la larga calle principal del pueblo hasta las once. En su ruta hacia la oficina de correos tenía que pasar por la casa de Peter Hildesmuller. Se detuvo frente a la puerta y llamó. Pero frau Hildesmuller le estaba esperando. La familia entera salió corriendo de la casa.

Frau Hildesmuller, gorda y sonrosada, le preguntó si traía carta de Lena, y entonces Fritz, en voz alta, relató toda la aventura. Cuando acabó de reproducir el contenido de la carta que el ladrón le había obligado a leer, frau Hildesmuller rompió en un llanto incontenible. ¡Su pequeña Lena ahogada! ¿Por qué la habrían enviado lejos del hogar? ¿Qué se podía hacer? Tal vez fuese ya demasiado tarde. Peter Hildesmuller dejó caer su pipa de espuma de mar, que se hizo añicos sobre la vereda.

-¡Mujer! -rugió a su esposa-. ¿Por qué permitiste que la niña se marchara? Si no regresa nunca, la culpa será tuya.

Todo el mundo sabía que la culpa era de Peter Hildesmuller, de modo que no le hicieron caso.

Un momento después se oyó una voz tenue y extraña que llamaba:

-¡Mamá!

Al principio frau Hildesmuller pensó que era el espíritu de Lena, pero enseguida se precipitó hacia la caja de la carreta de Fritz y, con un agudo chillido de alegría, sacó de ella a la mismísima Lena cubriéndole de besos la blanca carita y estrujándola en sus brazos. Lena tenía los ojos hinchados de sueño y fatiga, pero sonreía y no se apartaba de quien tanto había añorado. Allí, entre los sacos de correo, arropada en un nido de raras mantas y abrigos, había dormido hasta que las voces la despertaron.

Los ojos de Fritz parecían querer traspasar los lentes.

-Got in Himmel! -exclamó-. ¿Cómo te metiste en esa carreta? ¿O es que además de que me roben y me cuelguen, hoy me toca volverme loco?

-Usted nos la ha devuelto, Fritz -lloró frau Hildesmuller-. ¿Cómo podremos pagárselo? -Luego se volvió hacia Lena-: Cuéntale a tu madre cómo has llegado en la carreta de Fritz.

-No lo sé -dijo Lena-. Lo único que sé es cómo escapé del hotel. El príncipe me rescató.

-¡Por la corona del emperador! -tronó Fritz-. Acabaremos por volvernos locos todos.

-Estaba segura de que iría a salvarme -dijo Lena sentada en la acera sobre el montón de frazadas-. Y anoche fue con sus caballeros armados a asaltar el castillo del ogro. Rompieron los platos y echaron las puertas abajo. A mistress Maloney la metieron en un barril de agua de lluvia y después la embadurnaron de harina. Cuando los caballeros se pusieron a disparar sus armas, los trabajadores que viven en la pensión saltaron por las ventanas y se escondieron en el bosque. Los tiros me despertaron y me asomé a la escalera. Entonces subió el príncipe y me envolvió en las frazadas y me sacó de allí. Era alto, fuerte y cortés. Tenía la cara tan áspera como un estropajo, hablaba con suavidad y educación y olía a aguardiente. Me colocó delante de él, en la silla de montar, y cabalgamos entre los otros jinetes. Me sostenía firmemente, y yo me quedé dormida y no desperté hasta llegar a casa.

-¡Tonterías! -se quejó Fritz Bergmann-. ¡Cuentos de hadas! ¿Cómo pudiste llegar desde la cantera hasta mi carreta?

-Me llevó el príncipe -respondió Lena con naturalidad. Y desde aquel día las buenas gentes de Fredericksburg no han sido capaces de obtener de ella otra explicación.

El manual de Himeneo34

The Handbook Of Hymen

Yo, Sanderson Pratt, que dejo asentado aquí mi testimonio, opino que el sistema educativo de los Estados Unidos debiera estar a cargo de la oficina meteorológica. Me considero en condiciones de ofrecer excelentes razones para demostrarlo, y. usted no podría aclararme por qué no sería preferible que nuestros profesores universitarios fueran transferidos al departamento meteorológico. Son expertos en leer y con suma facilidad podrían hojear los diarios de la mañana y telegrafiar a la oficina central informando el pro nóstico del tiempo. Pero éste es el otro aspecto de la proposición. Ahora paso a contarle de qué manera el tiempo nos proporcionó a Idaho Green y a mí una educación distinguida.

Nos hallábamos en los Montes Raíces Amargas, más allá de la frontera de Montana, buscando oro. En Wa-lla-Walla un individuo que usaba perilla y acarreaba un buen surtido de esperanzas como exceso de equipaje nos había abarrotado de provisiones, y allí estábamos cavando al pie de las montañas con bastante alimento a mano como para mantener a un ejército durante una conferencia de paz.

Un día, procedente de Carlos más allá de las montañas, llegó un cartero a caballo; hizo un alto para despachar tres latas de hortalizas y nos dejó un periódico de fecha moderna. Ese diario incluía un sistema de premoniciones meteorológicas, y el respectivo tirador de cartas, como última baraja de su mazo, anunciaba para los Montes Raíces Amargas:

“Caluroso y bueno, con leves brisas del oeste”.

Esa noche empezó a nevar con fuertes vientos del este. Idaho y yo trasladamos nuestro campamento ladera arriba a una vieja cabaña desocupada, convencidos de que eso no era nada más que una pasajera tormenta de noviembre. Pero cuando la nieve llegó a tener el espesor de un metro en terreno llano, el asunto comenzó a ponerse serio y comprendimos que estábamos bloqueados. Habíamos hecho una abundante provisión de leña antes de que la capa de nieve creciera y teníamos material ingerible suficiente para dos meses, de modo que dejamos a los elementos en paz para que devastaran y derribaran cuanto creyeran conveniente. Si usted desea fomentar el arte del homicidio no tiene más que encerrar un mes a un par de hombres en una cabaña de unos cinco metros por seis. La naturaleza humana es incapaz de soportarlo.

Cuando empezaron a caer los primeros copos de nieve, cada uno de nosotros, Idaho Green y yo, festejábamos con grandes carcajadas los chistes del otro, encomiábamos la sustancia que extraíamos de una cacerolita y la llamábamos pomposamente alimento. Al cabo de tres semanas, Idaho pronunció una especie de sentencia contra mí. Dijo:

-Para hablar con la exactitud que corresponde, nunca escuché el ruido que hace la leche agria al gotear desde un globo aerostático sobre el fondo de un recipiente de hojalata, pero se me ocurre que eso sería música de las esferas comparado con la estrangulada corriente de asfixiado pensamiento que emana de los órganos parlantes de usted. Los semimasticados sonidos que emite todos los días me traen a la memoria el recuerdo de una vaca rumiando, sólo que ella es lo bastante señora como para guardarse los ruidos para sí misma, en tanto que usted no procede del mismo modo.

-Señor Green -respondí-, como en algún tiempo fue amigo mío, vacilo un poco antes de confesarle que si yo estuviera en condiciones de elegir como compañía entre usted y un vulgar cachorrito amarillo de tres patas, en este mismo momento uno de los habitantes de esta cabaña estaría meneando la cola.

Las cosas siguieron así dos o tres días y después de jamos de dirigirnos la palabra. Repartimos los utensilios de cocina, e Idaho se hacía su comida en un costado del hogar y yo

[34] Téngase en cuenta que en el presente relato O. Henry remeda el testimonio de un hombre con escasa educación que pretende mostrarse ilustrado, para lo cual utiliza un lenguaje aparatoso aunque habitualmente inexacto. En el curso de la anécdota se menciona a Hornero K. M. y a la Rubia Yat; por supuesto, el primero de estos nombres es la defor mación auditiva propia de la lengua inglesa que corresponde a Ornar Khayam, el célebre poeta persa de comienzos del siglo XII de nuestra era, autor del popularísimo Rubaiyat, que, por cierto, da lugar al malentendido de “la Rubia Yat”. En los países de habla inglesa, este texto ha disfrutado de enorme difusión debido a la adaptación que realizó el poeta Edward Fitzgerald (1809-83). (N. de la T.)

la mía en el otro. La nieve ya había llegado hasta las ventanas y teníamos que mantener el fuego encendido todo el día.

Como usted comprende, Idaho y yo jamás habíamos recibido educación alguna, exceptuando aprender a leer y a sumar “si Juan tiene tres manzanas y Jaime cinco” en una pizarra. Nunca sentimos ninguna necesidad especial de obtener un título universitario, pero, sin embargo, a fuerza de andar dando vueltas por el mundo, ambos habíamos adquirido una especie de inteligencia intrínseca que nos era útil en caso de apuro. Pero al hallarnos bloqueados por la nieve en esa cabaña en los Montes Raíces Amargas, intuimos por primera vez que sí hubiésemos estudiado Hornero o griego y quebrados y las más nobles esferas del conocimiento, podríamos haber dispuesto de ciertos recursos en el ramo de la meditación y la reflexión. He conocido tipos universitarios del Este que trabajaban en campamentos a lo largo de todo el Oeste, pero jamás dejé de comprobar que, para ellos, la educación era un inconveniente menor de lo que usted puede suponer. Por ejemplo, una vez junto al Río de la Culebra, cuando su caballo de silla enfermó de parásitos, Andrew Me Williams mandó un carretón a diez kilómetros de distancia en busca de uno de esos forasteros que aseguraba ser botánico. Pero aquel caballo murió.

Una mañana Idaho estaba tanteando con ayuda de un palo la parte superior de una pequeña repisa demasiado alta para alcanzarla con la mano. Dos libros cayeron al suelo. Me adelanté de inmediato; me de tuvo la mirada de Idaho. Habló por primera vez en una semana.

-No te quemes los dedos -anunció-. Pese al hecho de que sólo eres apto para servir como compañía a una tortuga de pantano en período de hibernación, te daré un trato equitativo. Y esto es más de lo que tus padres hicieron por ti cuando te soltaron en el mundo con la sociabilidad de una víbora de cascabel y los modales de un nabo helado. Jugaremos una partida de naipes; el ganador elegirá el libro que prefiera y el perdedor se quedará con el otro.

Jugamos. Idaho ganó. Eligió su libro y yo recogí el mío. Acto seguido cada uno se recluyó en su rincón de la cabaña y dio comienzo a la lectura.

Al ver una pepita de oro de diez onzas jamás me sentí tan alegre como en el momento en que entré en posesión de ese libro. E Idaho miraba el suyo como un chico contempla un paquete de caramelos.

El mío era un libro pequeño de unos quince por veinte centímetros titulado Manual de Herkimer sobre Información Indispensable. Aún lo conservo, y puedo desafiarlo a usted o a cualquier otro hombre cincuenta veces en cinco minutos con la información contenida en él. ¡Y después que me hablen de la sabiduría de Salomón o del material noticioso que ofrece el Tribune de Nueva York! Herkimer los supera ampliamente a los dos. Este hombre debe haber invertido cincuenta años y recorrido un millón de kilómetros para reunir todos esos datos. Allí figuraba la población de cuan tas ciudades uno pudiera imaginar, la manera de establecer la edad de una muchacha y cuántos dientes tiene un camello. Informaba cuál es el túnel más largo del mundo, la cantidad de estrellas, cuánto tarda en brotar la varicela, cuánto debe medir el cuello de una dama, qué poderes de veto tienen los gobernadores, las fechas en que fueron construidos los acueductos romanos, cuántas libras de arroz podrían comprarse por día sin estar acompañadas por tres cervezas, el promedio anual de temperatura en la población de Augusta (Maine), la cantidad de semillas necesaria para sembrar en sur cos un acre con zanahorias, antídotos para venenos, la cantidad de cabellos que crece en la cabeza de una dama rubia, cómo conservar los huevos, la altura de todas las montañas del mundo y las fechas de todas las guerras y todas las batallas, y cómo revivir a los ahogados y la insolación, y la cantidad de tachuelas que entran en medio kilogramo y cómo fabricar dinamita, cultivar flores y preparar canteros, y qué hacer antes de que llegue el médico… v cientos y cientos de otros datos. Si había algo que Herkimer no supiera, no me di cuenta de que faltara en el libro.

Me instalé y leí ese manual horas y horas sin parar. Todas las maravillas de la educación estaban compila das en él. Me olvidé de la nieve v de que el bueno de Idaho y yo no nos dirigíamos la palabra. El estaba sentado, silencioso, en un banquito, leyendo y leyendo con

una extraña expresión, en parte .apacible, en parte misteriosa, que relucía a través de sus patillas color roble obscuro.

-Idaho -pregunté-, ¿qué clase de libro es el tuyo?

Sin duda él también se había olvidado, porque con testó en tono afable sin ningún indicio de desdén o malevolencia.

-Bueno -respondió-. Al parecer éste es un volumen escrito por Hornero K. M.

-Hornero K. M., ¿qué? -inquirí.

-Bien, exactamente Hornero K. M. -dijo.

-Eres un mentiroso -respondí, un tanto encolerizado al suponer que intentaba burlarse de mí-. Nadie anda por allí firmando libros con sus iniciales. Si se trata de Hornero K. M. Spoonpandyke o de Hornero K. M. McSweeneey o de Hornero K. M. Jones, ¿por qué no lo dices con valentía en lugar de morder el extremo del nombre como una cabra que mordisquea el faldón de una camisa colgada en la cuerda para que se seque?

-Te informo las cosas tal como son, Sandy -respondió Idaho sosegadamente-. Este es un libro de poesía escrito por Hornero K. M. Al principio me pareció sin ton ni son, pero después comprobé que tiene gran atractivo, si te tomas la molestia de descubrirlo. No me desprendería de él ni aunque me ofrecieran un par de mantas rojas.

-Me parece muy bien -repliqué-. Lo que yo necesito es un conjunto de hechos objetivos que la mente pueda elaborar y, según creo, esto es lo que me ofrece el libro que me tocó en suerte.

-Lo que conseguiste -contestó Idaho- es estadísticas, el peldaño más ínfimo de información que existe. Envenenarán tu mente. Para mí no hay nada superior al sistema de sobreentendidos del querido Hornero K. M. Al parecer es algo así como un traficante en vinos, Su brindis habitual es “nada, nada, nada” y se diría que tiene mal carácter, pero lo mantiene tan bien lubricado con bebidas alcohólicas que sus puntapiés más agresivos suenan como una invitación a tomar un trago. Pero esto es poesía -prosiguió Idaho- y miro con desprecio ese mamarracho tuyo que trata de inculcar sensatez con ayuda de centímetros y metros. Cuando llega el momento de explicar el instinto de la filosofía mediante el arte de la naturaleza, el bueno de Hornero K. M. derrota a tu hombre y sus perforaciones, hileras, parágrafos, medidas del pecho y promedio anual de precipitación pluvial.

Así era como Idaho y yo encarábamos el asunto. Día y noche nuestra única diversión consistía en estudiar nuestros respectivos textos. Sin duda alguna, esa tormenta nos proporcionó un espléndido bagaje de cono cimientos. Cuando se derritió la nieve, si usted súbitamente me hubiese encarado para preguntarme de sopetón, “Sanderson Pratt, ¿cuánto costaría por metro cuadrado cubrir un techo con chapas de zinc de veinte por veinte centímetros al precio de nueve dólares con cincuenta el cajón?”, le hubiese respondido con la misma velocidad a que se desplaza la luz a lo largo del mango de una pala a un promedio de trescientos mil kilómetros por segundo. ¿Cuántos están en condiciones de hacerlo? Despierte en medio de la noche a cualquier individuo que conozca y pídale que responda en el acto cuántos huesos tiene el esqueleto humano, sin contar los dientes, o qué porcentaje de votos se necesita para que la Legislatura de Nebraska anule un veto. ¿Cuál será la respuesta del susodicho individuo? Haga la prueba y verifíquelo.

Ignoro qué beneficios extrajo Idaho de su poesía. Ala baba al vendedor de vino cada vez que abría la boca, pero yo no estaba nada convencido.

A través de lo que se desprendía del libreto, vía Idaho, llegué a la conclusión de que ese tal Hornero K. M. era bastante parecido a un perro que observa la vida como si fuera una lata atada a su cola. Después de haber corrido y corrido hasta quedar medio muerto, el perro se sienta, saca la lengua, mira la lata y dice:

-Bien, como no podemos librarnos del jarro, vamos a llenarlo en la taberna y que todos tomen un trago a mi salud.

Además, parece que este tal Hornero K. M. era persa, y nunca tuve noticias de que Persia produjera nada digno de tenerse en cuenta, con excepción de alfombras turcas y gatos malteses.

Aquella primavera Idaho y yo obtuvimos mena de primera calidad. Teníamos por costumbre vender rápido y seguir viaje. Entregamos la mena a nuestro proveedor de comestibles a cambio de ochocientos dólares por cabeza. Luego nos encaminamos a toda velocidad a esta pequeña urbe, Rosa, ubicada junto al Río Salmón para descansar, ingerir alimentos dignos de un ser humano y hacernos podar los bigotes.

Rosa no era un campamento minero. Se erguía en el valle y se hallaba tan libre de estrépito y pestilencia como cualquiera de las poblaciones rurales de la campiña. Había una línea de tranvías que recorría unos tres kilómetros y mordisqueaba los alrededores. Idaho y yo pasamos una semana yendo y viniendo en uno de los vehículos; por la noche nos dejábamos caer en el hotel Sol del Ocaso. Como en ese momento contábamos con sólidas lecturas y además habíamos viajado mucho, muy pronto alternamos pro re nata con la mejor sociedad de Rosa, y fuimos invitados a las recepciones más elegantes y de mayor jerarquía. Idaho y yo conocimos a la esposa del difunto D. Ormond Sampson, la reina de la sociedad roseña, en un recital de piano seguido por un concurso de comedores de codornices que tuvo lugar en el Salón Municipal a beneficio del cuerpo de bomberos.

La señora Sampson era viuda y poseía la única casa de dos pisos que había en la ciudad; el edificio estaba pintado de amarillo y desde cualquier sitio que se mi rara podía vérselo con tanta claridad como una jirafa navegando sobre un témpano. Además de Idaho y yo mismo, en Rosa había veintidós individuos que estaban intentando reivindicar derechos sobre esa casa amarilla.

Después de que las partituras musicales y los huesos de codorniz fueron barridos del Salón Municipal, se dio comienzo al baile. Veintitrés del tropel se lanzaron a toda carrera a solicitar una pieza a la señora Sampson. Por mi parte, pasé por alto las actividades coreo gráficas y le pedí autorización para acompañarla a su casa. Entonces fue cuando me anoté un punto a mi favor.

Mientras recorríamos el trayecto, me dijo:

-¿No le parece, señor Pratt, que esta noche las estrellas son hermosas y resplandecientes?

-Gracias a la oportunidad que han conseguido, se están esforzando de una manera muy digna de elogio.

Esa grande que ve allí está a una distancia de cien billones de kilómetros. Su luz tarda treinta y seis unos en llegar hasta nosotros. Con un telescopio de dieciocho pies puede observar cuarenta y tres millones de estrellas, incluyendo las de decimotercera magnitud; si una de ellas se extinguiera en este preciso momento usted seguiría viéndola doscientos setenta años.

-¡Caramba! -dijo la señora Sampson-. Nunca tuve noticias de tales cosas. ¡Qué templada está la noche! Advierto que estoy tan transpirada como cual quiera puede estarlo después de haber bailado tanto.

-Eso es fácil de explicar -respondí- cuando uno está enterado de que tiene dos millones de glándulas sudoríparas funcionando al mismo tiempo. Si todos sus conductos respiratorios, cada uno de los cuales mide unos seis milímetros, fueran colocados uno a continuación del otro, cubrirían una distancia de siete kilómetros.

-¡Caramba! -exclamó nuevamente la señora Sampson-. Se diría, señor Pratt, que está describiendo un canal de riego. ¿Cómo adquirió tantos conocimientos e informaciones?

-Gracias a la simple observación -repliqué- Mantengo los ojos bien abiertos cuando recorro el mundo.

-Señor Pratt -aseguró ella-, un hombre instruido siempre despertó mi admiración. Hay tan pocos eruditos entre los individuos necios y de cortos alcances de esta ciudad que resulta

un verdadero placer platicar con un caballero culto. Me sentiré encantada si usted me visita cada vez que le sea grato.

Y de ese modo conquisté la benevolencia de la dama que habitaba la casa amarilla. Todos los martes y viernes por la noche iba a visitarla y le hablaba sobre las maravillas del universo tal como han sido descubiertas, tabuladas y recogidas en la naturaleza misma por Herkimer. Idaho y los restantes advenedizos de la ciudad se apropiaban de todos los minutos que podían del resto de la semana.

Nunca se me ocurrió que Idaho estuviera tratando de conquistar a la dama ateniéndose a las pautas de galanteo propuestas por el bueno de Hornero K. M., hasta que una tarde, cuando me encaminaba a ofrecer a la señora Sampson un canastillo de ciruelas silvestres, la encontré mientras ella avanzaba por la senda que conducía a su casa. Sus ojos relampagueaban de cólera y su sombrero se inclinaba peligrosamente sobre un ojo.

-Señor Pratt -prorrumpió-, según creo este tal señor Green es amigo suyo.

-Desde hace nueve años -dije.

-Ponga fin a esa amistad. ¡No es un caballero!

-Bueno, señora -sostuve-, no se olvide de que el señor Green es un simple montañícola ornamentado con todas las escabrosidades y defectos propios de un manirroto y un mentiroso, pero yo nunca, ni siquiera en las oportunidades más trascendentales, tuve el valor de negar que fuese un caballero. Es posible que en lo concerniente a sus camisas y al sentido de la altivez y de los buenos modales Idaho ofenda la mirada, pero he descubierto, señora Sampson, que en su fuero íntimo es impermeable a las manifestaciones más indiscretas del delito y de la obesidad. Después de nueve años pasados en compañía de Idaho, señora Sampson -concluí mi argumento-, me repugnaría acusarlo y me repugnaría comprobar que lo acusan.

-Es sumamente plausible de parte suya, señor Pratt -dijo la señora Sampson-, que se obnubile en defensa de su amigo, pero eso no modifica el hecho de que me ha formulado propuestas tan impertinentes como para vilipendiar el enardecimiento de quien se considera una dama.

-¡Oh, Dios mío! -exclamé-. ¡El bueno de Idaho procedió así! Antes lo hubiese creído de mí mismo. Con excepción de una sola cosa, nunca me enteré de nada que lo convirtiera en culpable de vituperio: la responsable fue una nevisca. En aquella oportunidad, cuando estábamos bloqueados por la nieve en las montañas, Idaho fue presa de una suerte de poesía espuria y procaz que quizá haya corrompido su comportamiento. -Efectivamente -confirmó la señora Sampson-; desde el momento mismo en que lo conocí me ha estado recitando un montón de poemas irreverentes compuestos por una persona a quien él llama Rubia Yat y que no es mejor de lo que debiera, si se tiene en cuenta la clase de poesía que escribe.

-Entonces Idaho ha conseguido un nuevo libro, porque el que tenía era de un individuo que usaba el nom de plume Hornero K. M.

-Hubiera sido preferible que se aferrara a él -dijo la señora Sampson-, sea quien fuere. En la actualidad ha llegado al colmo. Me envió un ramo de flores acompañado por una esquela. Bien, señor Pratt, usted es capaz de reconocer a una dama cuando la ve y además no ignora qué lugar ocupo en la sociedad de Rosa. ¿Cree por un instante que me internaría en los bosaues en compañía de un hombre con un jarro de vino y una hogaza de pan y que andaría brincando y cantando bajo el follaje con él?[35] En las comidas tomo un poco de clarete, es cierto, pero no tengo por costumbre irme con un jarro de clarete a los matorrales y armar un alboroto infernal de esa índole. Y, por supuesto, el señor Green habría llevado consigo su libro de versos. Así lo dice en la esquela. ¡Que se vaya solo a hacer esas escandalosas francachelas! ¡O que invite a su querida Rubia Yat! Tengo la seguridad de que no protestaría, a menos que fuese para quejarse de que hay demasiado pan. Bien, señor Pratt, ¿qué opina de su caballeresco amigo?

[35] La señora Sampson se muestra ofendida en su pudor por uno de los pasajes más citados del *Rubaiyat* en la versión de Fitzgerald: “Un libro de versos bajo el follaje, / un jarro de vino, una hogaza de pan.. . y tú / junto a mí cantando en nuestro refugio silvestre, / y ¡oh!, lugar tan inhóspito resultará un Paraíso”. *(N. de la T.)*

Librodot

-Bueno -respondí-, es posible que esa invitación de Idaho sea algo así como una poesía y que no se propusiese agraviarla. Acaso pertenece a la clase de composiciones que llaman alegóricas. Ofenden a la ley y al orden, pero pueden exhibirse públicamente en los puestos donde se venden periódicos con el argumento de que significan algo que no está explícito. Me sentiría muy feliz, en consideración a Idaho, si usted pasara por alto este asunto -dije-. Y ahora erradiquemos nuestras mentes de las inferiores regiones de la poesía para ascender a los planos más elevados de los hechos y de la imaginación. En una tarde tan hermosa como ésta, señora Sampson, debemos procurar que nuestros pensamientos se desenvuelvan concomitantemente. Aunque aquí el tiempo está templado, nos es preciso recordar que en la línea ecuatorial la zona de hielos perpetuos se halla a una altura de unos cinco mil metros. Entre las altitudes de 40 y 49 grados, ese nivel debe ubicarse entre mil quinientos y tres mil metros, aproximadamente.

-¡Oh, señor Pratt -exclamó la señora Sampson-, es tan gratificante escucharlo exponer esos hermosos hechos después de haber recibido una conmoción tan grande por culpa de la poesía de esa descarada rubia!

-Sentémonos en este tronco a la vera del camino -invité- y olvidemos la inhumanidad y la desvergüenza de los poetas. La belleza debe buscarse en las gloriosas columnas de hechos establecidos y de medidas legalizadas. En este tronco en el cual estamos sentados, señora Sampson, las estadísticas son más maravillosas que cualquier poema. Sus anillos permiten de terminar que tiene sesenta años de edad. A una profundidad de unos setecientos metros se convertiría en carbón en un lapso de tres mil años. La mina de carbón más profunda del mundo se halla en Killingworth, cerca de Newcastle. Un cajón de un metro treinta de longitud, un metro de ancho y ochenta centímetros de profundidad puede contener una tonelada de carbón. Si se corta una arteria, aplique un torniquete más arriba de la herida. La pierna de un hombre tiene treinta huesos. La Torre de Londres se incendió en 1841.

-Prosiga, señor Pratt -reclamó la señora Sampson-. ¡Sus ideas son tan originales y consuelan tanto! Creo que las estadísticas son exactamente tan encantadoras como deben ser.

Pero hasta dos semanas más tarde no obtuve todo lo que Herkimer me tenía reservado.

Una noche me desperté al escuchar que la gente gritaba “¡Fuego!” desaforadamente. Salté de la cama, me vestí y salí del hotel para disfrutar del espectáculo. Cuando vi que se trataba de la casa de la señora Sampson proferí una especie de aullido y llegué allí en dos minutos.

La planta baja íntegra era presa de las llamas y toda la población masculina, femenina y canina de Rosa es taba en el lugar chillando, ladrando y poniéndose en el camino de los bomberos. Lo vi a Idaho tratando de desprenderse de seis bomberos que lo sujetaban. Le decían que toda la planta baja estaba ardiendo y que nadie podía entrar y luego salir con vida.

-¿Dónde está la señora Sampson? -pregunté.

-No se la ha visto -replicó uno de los bomberos-. Duerme arriba. Tratamos de entrar pero no podemos y nuestra dotación todavía carece de escaleras.

Me acerqué rápidamente a la luz que emanaba del inmenso fuego y extraje el Manual de un bolsillo interior. Emití algo parecido a una risa cuando mis manos entraron en contacto con el volumen; admito que es taba un tanto fuera de mí a causa de la excitación.

-¡Rápido, querido y viejo amigo! -le dije al Manual mientras daba vuelta febrilmente sus páginas-, hasta ahora jamás me has mentido y nunca me dejaste abandonado en un atolladero. ¡Dime qué tengo que hacer, viejo amigo! ¡Dímelo!

Llegué a la sección “Qué hacer en caso de accidentes” en la página 117. Recorrí las líneas con el dedo y encontré lo que necesitaba. ¡El bueno y viejo Herkimer jamás pasaba nada por alto! Estas eran las instrucciones:

Sofocación provocada por inhalar humo o gas. No hay nada mejor que la linaza. Coloque unas pocas semillas en el ángulo externo del ojo.

Guardé el Manual en el bolsillo y atrapé a un muchachito que pasaba corriendo.

-Toma -le dije al tiempo que le entregaba dinero-, ve a toda carrera a la botica y tráeme un dólar de linaza. Apresúrate y cuando estés de regreso habrá otro dólar para ti. ¡La señora Sampson -proclamé a continuación ante la multitud allí congregada- muy pronto estará con nosotros!

Acto seguido me desembaracé de mi saco y de mi sombrero.

Cuatro individuos, entre bomberos y simples ciudadanos, me sujetaron. Sostenían que penetrar en la casa significaba una muerte segura porque los pisos estaban empezando a desmoronarse.

-¿Cómo diablos suponen que puedo colocar linaza en un ojo sin tener ese ojo a mi disposición? -grité, riendo un poco, aunque sin sentirme demasiado seguro.

Clavé cada uno de mis codos en la cara de un bombero, propiné un puntapié en la canilla a uno de los ciudadanos y derribé a otro con un revés. De inmediato me introduje precipitadamente en el edificio. Si me muero primero, le escribiré una carta y le diré si allá abajo se está mucho peor que dentro de esa casa amarilla; pero todavía no lo crea. Yo estaba mucho más cocido que el pollo hervido que se consigue en los restaurantes cuando uno pide que se lo sirvan lo más rápido posible. El fuego y el humo me derribaron dos veces y ya estaba a punto de cubrir de vergüenza a Herkimer cuando los bomberos acudieron en mi ayuda con su chorrito de agua y así conseguí llegar a la habitación de la señora Sampson. Se había desmayado por efectos del humo; la envolví en las ropas de cama y me la coloqué sobre el hombro. Bien, los pisos no estaban en tal mal estado como se decía porque en caso contrario jamás podría haber hecho lo que hice. La transporté hasta una distancia de unos cincuenta metros de la casa y la deposité sobre el pasto. Entonces, por supuesto, todos y cada uno de los otros veintidós que suspiraban por la mano de la dama se apiñaron alrededor munidos de recipientes de hojalata llenos de agua, dispuestos a revivirla. En ese momento llegó a la carrera el muchachito con la linaza.

Quité las mantas que cubrían la cabeza de la señora Sampson. Abrió los ojos y dijo: -¿Es usted, señor Pratt?

-Ssssss -fue mi respuesta-. No hable hasta que le haya aplicado la medicina.

Le rodee el cuello con un brazo y le levanté la cabeza suavemente mientras con la mano que me que daba libre rompía el paquete de linaza. Entonces, me incliné sobre ella y, con tanta destreza como me fue posible, le introduje tres o cuatro semillas de lino en el ángulo externo del ojo.

Para ese entonces llegó al galope el médico del pueblo, dio un resoplido, tomó el pulso a la señora Sampson y quiso saber qué cosa malditamente disparatada estaba haciendo yo.

-Bueno, esto es jalapa y semillas de roble de Jerusalén -le informé-. No poseo título habilitante, pero de todos modos pongo a su disposición la autoridad en la cual me fundamento.

Me alcanzaron el saco y extraje el Manual.

-Mire en la página 117 -aclaré- donde se in forma cuál es el remedio para la sofocación provocada por humo o por gas. Linaza en el ángulo externo del ojo, explica. Ignoro si actúa de modo tal que elimina el humo o si hace entrar en acción el complejo nervioso hipopótamo-gástrico, pero Herkimer lo aconseja, y a mí me llamaron primero para atender este caso. Si usted desea que hagamos una consulta, no tengo ninguna objeción.

El viejo médico tomó el libro y lo miró con ayuda de sus anteojos y de la linterna de un bombero.

-Bien, señor Pratt -afirmó-, evidentemente usted se equivocó de párrafo el hacer su diagnóstico. La receta para la sofocación es ésta: “Sacar al paciente al aire libre lo más pronto posible y colocarlo en una posición reclinada”. La linaza es el remedio aconsejado para “Polvo y cenizas en el ojo” y está en el párrafo de arriba. Pero, después de todo...

-Escuchen -interrumpió la señora Sampson-, creo que tengo algo que decir en esta consulta. Esa linaza me mejoró mucho más que cualquier otra medicina que haya usado jamás.

Levantó la cabeza, volvió a apoyarla en mi brazo y dijo:

-Ponme un poco en el otro ojo, querido Sandy.

Por lo tanto, si mañana o cualquier otro día usted hace un alto en Rosa, verá una casa amarilla nueva y hermosa y a la señora Pratt -anteriormente conocida como señora Sampson- embelleciéndola y ornamentándola. Y si usted penetra en esta morada, advertirá sobre la mesa recubierta de mármol que se halla en el centro de la sala el Manual de Herkimer sobre Información Indispensable, recién encuadernado en tafilete rojo y listo para ser consultado sobre cualquier asunto concerniente a la felicidad y a la sabiduría humanas.

Panqueques

The Pimienta Pancakes

Cuando estábamos arreando un hato de ganado del rancho Triángulo Cero en las hondonadas del Río Frío, mi estribo se enganchó en la rama seca de un mezquite; en consecuencia, se me luxó un tobillo y tuve que permanecer inmovilizado en el campamento una semana.

Al tercer día de mi forzado ocio, me arrastré hasta el carretón de la cocina, y me sometí, indefenso, a las parlanchinas andanadas de Judson Odom, el cocinero del campamento. Jud era, por naturaleza, un monologador a quien el Destino, con su habitual despropósito, había ubicado en una profesión en la que la mayor parte de su tiempo carecía de oyentes.

Por lo tanto, fui un verdadero maná en el silencioso desierto de Jud.

A veces, me acuciaba el deseo, peculiar en los convalecientes, de paladear algo que no estuviera mera mente rotulado como "Material Digestible". En mi mente surgían visiones de la despensa materna "profunda como el primer amor y pletórica de añoranzas"36. Le pregunté:

-Jud, ¿sabes hacer panqueques?

Jud soltó el revólver de seis tiros con el que machacaba un bife de antílope y se irguió ante mí adoptando lo que, según creí, era una actitud amenazadora. Aún más, confirmó mi impresión de que su aspecto era suspicaz al fijar en mí sus claros ojos azules con una mirada de helado recelo.

-Oye -dijo, con cólera espontánea aunque no excesiva-, ¿quisiste decir exactamente lo que dijiste o estás tratando de hacerme pisar el palito? ¿Alguno de los muchachos te contó algo sobre mí mismo y ese asunto de los panqueques?

-No, Jud -respondí con franqueza-. Quise decir exactamente eso. Me parece que sería capaz de cambiar mi montura y mi caballo por una pila de panqueques dorados, mantecados y endulzados con melaza de Nueva Orleáns de la primera cosecha recién preparada. ¿Circula alguna historia sobre panqueques?

Jud se apaciguó en el acto al darse cuenta de que yo no estaba empleando sobreentendidos. Extrajo del carretón algunos recipientes de lata y envoltorios misteriosos y los colocó a la sombra de la morera debajo de la cual me había instalado. Lo observé atentamente mientras se dedicaba a distribuir con calma esos objetos y a desatar sus múltiples ligaduras.

-No, no se trata de una historia -respondió Jud mientras proseguía con su tarea-, sino de las lógicas habladurías acerca del entredicho que tuve con ese criador de ovejas con conjuntivitis de la Cañada de la Mula Atascada con relación a la señorita Willella Learight. No tengo inconveniente en contarte qué pasó.

"En aquella época estaba trabajando para el viejo Bill Toomey, allá sobre el San Miguel. Un día me sentí absolutamente desesperado por el deseo de ingerir algo envasado que jamás hubiese mugido o balado o gruñido o hubiese sido proporcionado en medidas insignificantes. Por lo tanto, monté en mi potro y me encaminé cortando el viento al almacén de ramos generales del Tío Emsley Telfair en el lado de Pimienta, sobre el río Nueces.

"A eso de las tres de la tarde aseguré las riendas en las ramas de un mezquite y recorrí a pie los veinte metros que faltaban hasta llegar al local. Me instalé en el mostrador y le informé al Tío Emsley que, según indicaban todos los pronósticos, la cosecha de frutas del mundo entero estaba a punto de ser devastada. En menos de un minuto tuve a mi disposición un paquete de galletas y un cucharón de mango larguísimo, además de varias latas abiertas que contenían duraznos, ananaes, cerezas y arvejas; mientras tanto, el Tío Emsley estaba muy atareado con el destral sacándoles los carozos a los orejones. Me sentía como Adán antes de la estampida de la manzana; estaba clavando mis espuelas en el costado del mostrador y afanándome con mi cucharón de medio metro cuando por casualidad miré por la ventana hacia el patio de la casa del Tío Emsley, ubicada junto al almacén.

[36] Reminiscencia de Alfred Tennyson, *The Princess,* IV, ver so 39. (*N. de la T.)*

“Allí había una muchacha: era una chica forastera, muy bien ataviada; jugueteaba con un mazo de croquet y se divertía observando mi estilo de fomentar la industria de las frutas envasadas.

“Me aparté del mostrador y le entregué el cucharón al Tío Emsley.

“-Esa es mi sobrina -me informó-; se llama Willella Learight y ha venido de la localidad de Palestina a hacernos una visita. ¿Quieres que te la presente?

“La Tierra Santa -me dije a mí mismo, mientras mis pensamientos rumiaban algo e intentaban ubicarlo en el correspondiente corral-. ¿Por qué no? Seguro que en Pales... hay ángeles.

“-Encantado, Tío Emsley -repuse en voz alta-. Me sentiré terriblemente engalanado de trabar conocimiento con la señorita Learight.

“Por lo tanto, el Tío Emsley me acompañó hasta el patio y nos comunicó nuestras respectivas idiosincrasias.

“Jamás fui tímido con las mujeres. Nunca pude en tender por qué algunos individuos que son capaces de domar un potro cerril antes del desayuno y de afeitar se en la obscuridad se tornan inhábiles, transpiran y se inundan en excusas cuando divisan un rollo de percal que envuelve aquello para lo cual fue destinado. En un lapso de ocho minutos, la señorita Willella y yo estábamos fastidiando a las bochas de croquet y nos hallábamos en términos tan afectuosos como si fuésemos primos hermanos. Me hizo una broma sobre la cantidad de fruta envasada que yo había despachado y le respondí, resueltamente, que una dama, una tal se ñora Eva, había iniciado la explotación alimenticia de la fruta en el primer campo de pastoreo sin alambrados. “-Eso sucedió en Palestina, ¿no es verdad? -dije con la misma fluidez y firmeza con que podría haber enlazado un potrillo de un año.

“Así fue como establecí una relación en términos muy cordiales con la señorita Willella Learight, y esa cordialidad se fue acentuando a medida que pasaba el tiempo. Ella había ido al vado de Pimienta para re poner su salud, que era muy buena, y para gozar del clima, que era un cuarenta por ciento más cálido que en Palestina. Por algún tiempo cabalgué hasta allí una vez por semana para verla; después hice el cálculo, y comprobé que si duplicaba la cantidad de viajes también se duplicarían las oportunidades de encontrarla. “Una semana me llegué hasta el vado en un tercer viaje imprevisto y así fue como los panqueques y el criador de ovejas con conjuntivitis se entrometieron en el asunto.

“Esa tarde, mientras me hallaba instalado junto al mostrador con un durazno y dos damascos en la boca, le pregunté al Tío Emsley cómo estaba la señorita Willella.

“-Bien -me respondió-, ha salido a cabalgar con Jackson Ave, ese tipo que cría ovejas allá en la Cañada de la Mula Atascada.

“Me tragué los carozos del durazno y de los des damascos. Supongo que alguien sujetó el mostrador por las riendas cuando me fui. Caminé en línea recta hasta dar contra el mezquite en el que estaba atado mi ruano. “-Ha salido a pasear a caballo -susurré en la oreja de mi potro- con Avebruta Jack, esa muía arrendada de la Cañada del Hombre de las Ovejas. ¿Te das cuenta, mi viejo Cuero-y-galopes?

“El potro mío lloró, a su manera. Había sido criado como caballo vaquero v odiaba a muerte a los ovejunos. “Regresé y le pregunté al Tío Emsley: ‘¿Dijo que era un criador de ovejas?’

“-Dije que es un criador de ovejas -reiteró-. Tienes que haber oído hablar de Jackson Ave. Dispone de ocho parcelas de pastoreo y de cuatro mil cabezas de los mejores merinos que es posible hallar al sur del Círculo Polar Ártico.

“Salí y me senté en el suelo a la sombra del almacén; me apoyé en un espinoso nopal. Llené de arena mis botas con manos distraídas mientras me dedicaba a rumiar un extenso soliloquio sobre ese pajarraco re vestido con el plumaje de Jackson a modo de apelativo. “Nunca había creído en la necesidad de dañar a los ovejeros. Una vez vi a uno montado a caballo leyendo una gramática latina, ¡y ni siquiera lo toqué! Jamás me sacaban de quicio como le suele ocurrir a la mayoría de los vaqueros. No me parecía justo atacar, estropear y

desfigurar a esos criadores de ovejas que comen sentados a la mesa, usan lindos zapatitos y le hablan a uno de cosas serías. Siempre los había dejado en paz, de la misma manera en que nadie se preocuparía por un conejo; me limitaba a dirigirles unas cuantas palabras cordiales y a aventurar algunas opiniones sobre el tiempo, pero no me detenía a charlar con ellos en las tabernas. En aquellas épocas nunca creí que valiera la pena demostrar hostilidad a un criador de ovejas, y como había sido bondadoso y los dejé que vivieran tranquilos, ¡en ese momento uno de ellos cabalgaba por allí en compañía de la señorita Willella Learight!

"Una hora después, medida por el sol, llegaron caracoleando y se detuvieron ante el portal del Tío Emsley. El ovejuno la ayudó a desmontar y se quedaron allí, un rato, intercambiando frases agudas e ingeniosas. Después, ese emplumado Jackson se encaramó en su montura, saludó quitándose la pequeña budinera que usaba como sombrero y se marchó al trote en dirección a su rancho de corderos. En ese preciso momento yo me había sacado la arena de las botas y me había des prendido del espinoso nopal, y cuando él llevaba re corridos unos quinientos metros desde Pimienta, yo en persona, en mi potro, me le puse a la par.

"Afirmé que ese criador de ovejas padecía de conjuntivitis, pero no es cierto. Sus ojos eran bastante grises, si bien tenía las pestañas pelirrojas y el pelo de color arena, y en conjunto producía la impresión que puedes imaginarte. Criador de ovejas... de todos modos no era más que un simple corderito, una cosa pequeñita con el cuello envuelto en un pañuelo de seda amarilla y zapatos atados con cordones.

"-¡Buenas! -le dije-. Ahora está cabalgando al lado de un jinete ampliamente conocido por el apodo de Judson-Muerte-Segura por su puntería. Cuando quiero entablar relaciones con un forastero, siempre me presento antes de que empiecen los tiros porque jamás me agradó estrechar la mano de un difunto.

"-¡Ah!-replicó con tono indolente-. Estoy en cantado de conocerlo, señor Judson. Yo soy Jackson Ave, de allí, del rancho de la Muía Atascada.

"En ese preciso momento uno de mis ojos vio un cuclillo que saltaba colina abajo llevando en el pico una tarántula pequeña; con el otro ojo descubrí un gavilán posado en la rama seca de un sauce. Los hice pedazos uno después del otro simplemente para de mostrarle mi puntería. 'Dos de cada tres', dije. 'Todos los que vuelan parecen atraer mis disparos con absoluta naturalidad en cualquier parte donde estoy'.

"-Buenos disparos -afirmó el ovejuno sin siquiera estremecerse-. ¿Pero alguna vez no yerra el tercer tiro? La semana pasada tuvimos una lluvia extraordinariamente beneficiosa para los pastos tiernos, ¿no le parece señor Judson?

-"Willie[37] -dije, acercándome más a su cabalga dura-, es probable que sus envanecidos progenitores lo hayan inscripto con el nombre de Jackson, pero sin duda usted ha llegado a ser un parlanchín, Willie. No sigamos empantanándonos en esta cháchara sobre la lluvia y los elementos y hablemos con palabras que no pertenezcan al vocabulario de las cotorras. Usted ha adquirido la mala costumbre de salir a cabalgar con señoritas residentes en el vado de Pimienta. He conocido aves que fueron hechas a la parrilla por mucho menos que eso. A la señorita Willella -agregué- jamás se le ocurrió que necesitara ningún nido de lana ovejuna fabricado por un pajarraco perteneciente a la rama jacksoniana de la ornitología. Bien, ¿está dispuesto a ahuecar el ala o prefiere galopar al encuentro del aditamento Muerte-Segura de mi apellido que vale por dos agujeros y por lo menos un septeto orificio fúnebre acompañado por todas las ceremonias de ley?

"Jackson Ave se ruborizó un poco y luego rió.

"-Mi buen señor Judson -afirmó-. Usted se ha formado una idea equivocada. He visitado unas pocas veces a la señorita Learight, pero no con el propósito que usted imagina. Mi objetivo es puramente gastronómico.

"-Cualquier coyote -dije, echando mano al revólver- que se vanaglorie de deshonestos...

[37] *Willie,* en el lenguaje popular del Oeste norteamericano suele designar al hombre de aspecto poco viril. *(N. de la* T.)

“-No se apresure -interpuso el pajarraco- hasta que se lo explique. ¿Para qué querría yo una esposa? ¡Si usted viera lo que es mi rancho! Yo mismo me ocupo de cocinar y de remendarme la ropa. Comer: ése es el único placer que tengo criando ovejas. Señor Judson, ¿alguna vez probó los panqueques que hace la señorita Learight?

“-¿Yo?, no -contesté-. Nunca tuve noticias de que se dedicara a maniobras culinarias de ninguna especie.

“-Son dorados resplandores del sol -afirmó-, endulzados por los ambrosiacos fuegos de Epicuro. Daría dos años de mi vida por procurarme la receta de esos panqueques. Por eso voy a visitar a la señorita Learight -declaró Jackson Ave-, pero no he podido conseguirla. Se trata de una antigua fórmula que se ha usado en la familia a lo largo de setenta y cinco años. La transmiten de generación en generación, pero no se la confían a los extraños. Si pudiera enterarme de cuál es la receta, podría hacerme yo mismo los panqueques en mi rancho. Entonces sería un hombre feliz -sostuvo Jackson Ave.

“-¿Está seguro -inquirí- de que no anda detrás de la mano que prepara los panqueques?

“-No le quepa la menor duda -replicó Jackson-.

La señorita Learight es una chica asombrosamente bonita, si bien puedo asegurarle que mis intenciones no van más allá de lo gastro… -pero al observar que mi mano se deslizaba hacia la cartuchera modificó el símil-, más allá del deseo de procurarme una copia de esa receta -finalizó.

“-Bueno, después de todo usted no es un tipo tan despreciable -le dije tratando de obrar limpiamente-, Se me estaba ocurriendo la idea de dejar huérfanos a sus corderos; no obstante, por esta vez le permitiré que remonte vuelo. Pero atérrese a los panqueques -le dije- tan estrechamente como el leño que está en el centro de una pila; y no se le ocurra confundir los sentimientos con el almíbar porque, en ese caso, en su rancho se oirán cánticos fúnebres, aunque usted no los escuchará.

“-Para convencerlo de mi sinceridad -sostuvo el ovejuno- voy a pedirle que me dé una mano. Como la señorita Learight y usted son muy buenos amigos, es posible que le confíe algo que no estaría dispuesta a confiarme a mí. Si me consigue esa receta de los panqueques, le doy mi palabra de que jamás volveré a visitarla.

“-Eso es jugar limpio -exclamé, y estreché la mano de Jackson Ave-. Si puedo se la conseguiré y me sen tiré muy honrado de hacerle ese favor.

“Se alejó internándose en la gran llanura cubierta de nopales junto al río Piedra en dirección a la Muía Atascada, y por mi parte me marché hacia el noroeste, en procura del rancho del viejo Bill Toomey.

“Hasta cinco días después no tuve oportunidad de llegarme a Pimienta. La señorita Willella y yo pasamos una gratificadora velada en lo del Tío Emsley. Ella cantó un poco mientras mortificaba el piano berreando pasajes de óperas. Yo contribuí imitando a la víbora de cascabel; además le expliqué el nuevo sistema de desollar vacunos inventado por Snaky McFee y me explayé sobre el viaje que en cierta oportunidad hice a San Luis. Nuestra recíproca estimación crecía a medida que transcurría el tiempo. ‘Caray -reflexioné-, si se pudiese lograr que Jackson emigrara, yo obtendría el triunfo’. Pero en ese momento recordé la promesa con respecto a la receta de los panqueques y pensé que podría persuadir a la señorita Willella de que me la diera para pasársela a Jackson; y luego, si volvía a pescar a la avecilla fuera de su nido de la Muía Atascada, la haría bailar en la cuerda floja.

“Por lo tanto, a eso de las diez de la noche enarbolé una adulona sonrisa y le dije a la señorita Willella:

“-Bien, si hay algo que me guste más que con templar un novillo rojo sobre un prado verde es paladear un hermoso panqueque endulzado con melaza casera.

“La señorita Willella dio un saltito sobre el taburete del piano y me observó con mirada inquisitiva.

“-Sí -respondió-, esos panqueques son realmente sabrosísimos. Señor Odom, ¿cómo dijo que se llamaba esa calle de San Luis donde perdió el sombrero?

“-Avenida Panqueque -respondí guiñando un ojo para demostrarle que estaba al tanto del secreto familiar y que por consiguiente no podría desviarme de ese asunto-. Veamos, señorita Willella -agregué-, el deseo de saber cómo prepara esos panqueques me da vueltas en la cabeza como las ruedas de un carretón. Empiece ahora mismo. . . medio kilo de harina, ocho docenas de huevos y todo lo demás. ¿Cómo sigue el catálogo de ingredientes?

“-Discúlpeme un momento, por favor -interpuso la señorita Willella; me dirigió una extraña y rápida mirada de soslayo y se deslizó del taburete. Se introdujo anadeando en la trastienda; de inmediato apareció el Tío Emsley en mangas de camisa y llevando un jarro de agua. Se dio vuelta para tomar un vaso que había sobre la mesa y vi que del bolsillo de su cadera sobresalía un revólver calibre 45.

“-¡Diablos coronados! -pensé-, esta gente cree que un montón de recetas de cocina tiene que ser defendido a tiros. He conocido tipos que no hubiesen sido capaces de hacer lo mismo en una trifulca familiar’.

“-Tómate esto, ahora mismo, Jud -me pidió el Tío Emsley ofreciéndome el vaso de agua-. Hoy has cabalgado mucho y estás sobreexcitado. Trata de pensar en otra cosa.

“-¿Usted sabe cómo se hacen esos panqueques, Tío Emsley?- interrogué.

“-Bueno, no soy tan experto en la anatomía de los panqueques como muchos otros -respondió el Tío Emsley-, pero creo que se pasa por un tamiz yeso y un poco de masa, bicarbonato de sodio, harina de maíz y se lo mezcla con huevos y manteca como de costumbre. ¿Esta primavera el viejo Bill volverá a mandar ovejas a Kansas City, Jud?

“Esas fueron todas las instrucciones sobre panqueques que pude obtener aquella noche. No me asombró que Jackson Ave la considerara una tarea agotadora. Por lo tanto, dejé caer el asunto y conversé un rato con el Tío Emsley sobre enfermedades del ganado y ciclones. Después apareció la señorita Willella para decir ‘buenas noches’; acto seguido me marché veloz mente al rancho.

“Más o menos una semana más tarde me encontré con Jackson Ave que cabalgaba desde el vado de Pimienta, en tanto que yo mismo me encaminaba en esa dirección; nos detuvimos en el camino para intercambiar algunos frívolos comentarios.

“-¿Consiguió la lista de lo necesario para hacer esos pasteles? -pregunté.

“-Bueno, no -respondió Jackson-, hasta ahora todos mis esfuerzos han fracasado. ¿Usted hizo la prueba?

“-Sí, la hice -repliqué-, pero fue algo así como tratar de sacar a un animal salvaje de su cueva con ayuda de una cáscara de maní. Por la manera en que se aferran a ella, esta receta de panqueques tiene que ser algo fabuloso.

“-Casi estoy decidido a abandonar el asunto -dijo Jackson con un tono tan desalentado que me dio pena-, pero no le quepa la menor duda de que quiero saber cómo se preparan esos panqueques para comerlos en mi solitario rancho. A veces no puedo dormirme -agregó- pensando en lo sabrosos que son.

“-Siga tratando de conseguirla -le dije- y yo haré lo mismo. Es seguro que antes de mucho tiempo uno de nosotros dos habrá de poner un lazo alrededor de esos cuernos. Hasta pronto, querido Jackson.

“Como te darás cuenta, en aquella época estábamos en bonísimas relaciones. Cuando advertí que no cortejaba a la señorita Willella, empecé a sentir las más perdurables apreciaciones por ese criador de ovejas de pelo color arena. Para satisfacer las ambiciones de su apetito insistí en mis intentos de conseguir que la seño rita Willella me revelara la receta. Pero, cada vez que pronunciaba la palabra panqueques, ella exhibía una mirada inquieta y ausente y trataba de cambiar de conversación. Si yo hacía la prueba de acorrararla con respecto al asunto, se deslizaba de la habitación y arrastraba de regreso al Tío Emsley con su jarro de agua y su revólver en el bolsillo de la cadera.

“Un día galopé hasta el almacén con un lindo ramillete de verbenas azules que había arreado en un rebaño de flores silvestres, allá en la pradera del Perro Envenenado. El Tío Emsley echó una mirada a las flores con un ojo entornado y dijo:

“-¿Te enteraste de la noticia?

“-¿Están arreando ganado? -pregunté.

“-Willella y Jackson Ave se casaron ayer en Palestina -me informó-. Acabo de recibir una carta esta mañana.

“Arrojé las flores en un barril de galletas y dejé que la noticia se escurriera en mis orejas y desde allí se deslizara hasta el bolsillo izquierdo de mi camisa desde donde por fin llegó a mis pies.

“-¿No le molestaría repetirlo otra vez, Tío Emsley? Tal vez he oído mal y usted sólo se limitó a informarme que las terneritas en pie valen unos cinco dólares, o algo por el estilo.

“-Se casaron ayer -reiteró el Tío Emsley- y se fueron en viaje de bodas a Waco y a las cataratas del Niágara. ¿Cómo, no te diste cuenta de lo que sucedía? Jackson Ave estuvo cortejando a Willella desde aquel día en que salieron a cabalgar juntos.

“-Entonces -dije, y mi voz se convirtió en un aullido-, ¿qué significaba toda esa charlatanería acerca de panqueques que desparramó sobre mi persona? Dígame eso.

“Cuando pronuncié la palabra panqueques, el Tío Emsley se esquivó y retrocedió un paso.

“-¡Alguien ha estado burlándose de mí con pan queques desde el principio de este asunto -sostuve- y descubriré quién es! Creo que usted lo sabe. ¡Hable ahora mismo o armaré una batahola de todos los demonios!

“Salté por encima del mostrador en procura del Tío Emsley. Trató de aferrar su revólver pero, como lo guardaba en una gaveta, no pudo alcanzarlo rápida mente y le erró por cinco centímetros. Lo así por el cuello de la camisa y lo acorralé en un rincón.

“-Explique este asunto -amenacé- o lo convertiré en un panqueque agujereado. ¿La señorita Wíllella los hace?

“-Ella jamás hizo uno en toda su vida y por mi parte yo nunca vi ninguno -afirmó el Tío Emsley en tono apaciguador-. Cálmate, Jud. Te has excitado, y esa herida que tienes en la cabeza está contaminando tu sentido de la inteligencia. Trata de no pensar en panqueques.

“-Tío Emsley -respondí-, no tengo heridas en la cabeza excepto cuando mis naturales instintos cogitativos se encabritan. Jackson Ave me informó que estaba visitando a la señorita Willella para conseguir que le enseñara su receta para hacer panqueques y me pidió que lo ayudara a procurarse la fórmula necesaria para mezclar los ingredientes. Lo hice, con los resultados que son del dominio público. ¿Acaso un criador de ovejas con conjuntivitis ha sembrado cizaña en mi parcela? ¿Qué sucedió?

“-Quita tu zarpa de mi camisa -solicitó el Tío Emsley- y te lo diré. En efecto, me da la impresión de que Jackson Ave te tendió una trampa. Al día siguiente de salir a cabalgar con Willella, volvió y nos dijo que te vigiláramos cada vez que empezaras a hablar de panqueques. Nos explicó que cierta vez, en un campamento, cuando estaban cocinando pasteles, uno de los muchachos te hizo una herida en la cabeza con una sartén. Jackson afirmó que siempre que estás acalorado o excitado, esa herida te duele y te con viertes en una especie de energúmeno. Entonces empiezas a desvariar sobre panqueques. Nos dijo que teníamos que tratar de apartarte del tema y calmarte, porque en realidad no eras peligroso. En consecuencia, Willella y yo hicimos todo lo que estaba a nuestro alcance de la mejor manera que pudimos. Bueno, bueno -concluyó el Tío Emsley-, se diría que este tal Jackson Ave pertenece a un tipo muy especial de criadores de ovejas”.

Mientras avanzaba en su relato, Jud había estado mezclando, lenta pero diestramente, algunos ingredientes extraídos de sus envoltorios y de sus latas. Al concluir la narración, me ofreció el producto terminado en un plato de hojalata: se trataba de un par de panqueques calientes y bien endulzados. De algún escondite secreto extrajo, además, un trozo de excelente manteca y un recipiente que contenía dorada miel.

-¿Cuánto hace que sucedió eso, Jud? -le pregunté.

-Tres años -fue la respuesta-. Ahora viven en el rancho de la Muía Atascada. Pero desde aquella época no he vuelto a ver a ninguno de los dos. Según dicen, durante todo el tiempo

que me tuvo acorralado en el árbol de los panqueques, Jackson Ave se dedicaba a decorar elegantemente su rancho con mecedoras y cortinas en las ventanas. ¡Y bueno!, al cabo conseguí sobreponerme. Pero los muchachos siguen dándole vueltas al asunto.

-¿Preparaste estos panqueques según la famosa receta? -pregunté.

-¿No te expliqué que no existía la tal famosa receta? -respondió Jud-. Los muchachos insistieron tanto con los panqueques que terminaron por sentirse hambrientos de panqueques. Por eso recorté esta receta en un periódico. ¿Qué te parecen?

-Son deliciosos -contesté-. Pero, ¿cómo?, ¿tú no comes alguno, Jud?

Estoy seguro de que escuché un suspiro.

-¿Yo? -dijo Jud-. ¡Jamás en mi vida los he de probar!

Librodot